



**UACM**

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

*Nada humano me es ajeno*

# Dramaturgia reunida de Abigael Bohórquez

GERARDO BUSTAMANTE BERMÚDEZ  
compilador



Dramaturgia reunida  
de Abigael Bohórquez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO  
DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

RECTOR  
HUGO ABOITES AGUILAR

SECRETARIA GENERAL  
CARMEN ALICIA PINEDA SÁNCHEZ

COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA  
KOULSY LAMKO

JEFE DE PUBLICACIONES  
CARLOS LÓPEZ BARRIOS

La publicación de esta obra fue posible gracias al apoyo de la Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación del Gobierno del Distrito Federal, mediante el convenio de colaboración interinstitucional UACM/SECITI/060/2013 celebrado con la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.



# Dramaturgia reunida de Abigael Bohórquez

Compilación y estudio introductorio

Gerardo Bustamante Bermúdez

## COLECCIÓN NARRATIVA

---

Dramaturgia reunida de Abigael Bohórquez / compilación y estudio introductorio  
Gerardo Bustamante Bermúdez – México : Universidad Autónoma de la Ciudad de  
México, 2014

495 p. ; 23 cm. -- (Narrativa)

“La publicación de esta obra fue posible gracias al apoyo de la Secretaría de  
Ciencia y Tecnología del Gobierno del Distrito Federal.”

ISBN 978-607-7798-86-6

1. Bohórquez, Abigael — Crítica e interpretación – 2. Drama mexicano – Siglo  
XX. 3. Teatro mexicano – I. Bustamante Bermúdez, Gerardo, 1980- (comp.)

LC PQ7298.12.O4

Dewey M862

---

D.R. © Gerardo Bustamante Bermúdez  
© Universidad Autónoma de la Ciudad de México  
Dr. García Diego, 168,  
col. Doctores, del. Cuauhtémoc,  
06720, México, DF

Primera edición, 2014

El cuidado de la edición estuvo a cargo de SM Servicios Gráficos  
El diseño de portada es de Alejandra Galicia

ISBN: 978-607-7798-86-6

[www.uacm.edu.mx/difusioncultural](http://www.uacm.edu.mx/difusioncultural)

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema —electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro—, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso expreso del titular del copyright. Las características tipográficas, de composición, diseño, formato, corrección son propiedad del editor.

Impreso en México

## Nota del compilador

**D**ramaturgia reunida de Abigael Bohórquez se publica gracias a los recursos económicos de la primera Convocatoria del Convenio UACM/SECITI/060/2013, «Impulso a los Programas de Desarrollo Académico en la UACM para la investigación en Ciencias, Tecnología, Ciencias Sociales y Humanidades», que avaló el proyecto PI2013-2, «Rescate de la dramaturgia de Abigael Bohórquez».

En este volumen se rescatan doce obras teatrales del poeta y dramaturgo sonorense, una de las voces más lúcidas y reaccionarias que nunca supo ni quiso estar al servicio del *establishment* cultural y por eso prefirió permanecer al margen de los grupúsculos culturales y convertirse en un *outsider* de la poesía y el teatro en México, muy a pesar del silencio de críticos, académicos, periodistas y estudiosos del arte.

El presente libro es apenas el inicio en las tareas de rescate de la obra del vate sonorense, ese poeta que vino del norte y escribió piezas de gran factura como *La Madrugada del centauro*, *El círculo hacia Narciso* o *Nocturno del alquilda y la tórtola*. El siguiente paso es el trabajo de recopilación de su poesía en una edición crítica.

*Dramaturgia reunida* de Abigael Bohórquez pretende honrar su memoria y acercar al público una edición de calidad. Corresponde a las instituciones educativas y culturales impulsar el rescate de los intelectuales que han dejado

huella en nuestro país y en el mundo. Abigael es uno de ellos. Corresponde ahora a las nuevas generaciones de actores, estudiantes, lectores, directores, dramaturgos y poetas descubrir a un escritor que legó su obra y que nos invita a establecer un diálogo con la poesía, la historia y el arte dramático.

Gerardo Bustamante Bermúdez

## Agradecimientos

A Blanca Julia Corrales Bojórquez,  
quien me permitió amablemente  
la publicación del legado del poeta;  
a Mónica Luna, incansable promotora  
de la obra de su querido Abigael.

Agradezco también a Salvador Navarrete,  
Ismael Lares, Carlos Sánchez, Juana Reyes  
y a otros tantos conocedores  
de la vida y obra del autor de *Poesida*.





## Abigael Bohórquez: un dramaturgo exiliado del teatro mexicano del siglo xx

El texto dramático no es *per se* la materialización del hecho escénico, en tanto que requiere de una articulación entre los elementos actorales, espaciales, sonoros, escenográficos, de dirección e iluminación. El teatro supone la realización de un entramado de codependencias que permiten la unidad y la comunicación con el público. El espectáculo teatral se organiza por un director, quien es el encargado de conectar en el espacio escénico los distintos elementos que concluyen en la experiencia estética que el espectador recibe. El texto escrito es un signo lingüístico acotado; por sí solo es literatura. Es necesaria la hechura del signo con sus correspondientes lenguajes, incluso metasemióticos. El teatro espectáculo se nutre de elementos transformadores que, de acuerdo con Ana Goutman,

producen otras resonancias que son del orden de la mutua transformación: actores y espectadores sucumben sin darse mutuamente posibilidad de escapar. Cada montaje es recibido y reinterpretado por el espectador, es a su vez una alusión a la vida y a la historia del espectador; el tiempo del desarrollo del montaje es la posibilidad de reestructuración que abre y cierra caminos personales.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Goutman, A., «Papel de la crítica», 1995, p. 73.

El término *semiótica* tiene usos múltiples en el teatro, pues el discurso escrito se fusiona con el fenómeno discursivo del cuerpo, las entonaciones y demás simbologías y lenguajes del espacio escénico. El teatro es un género paradójico, según Anne Ubersfeld, porque plantea un universo efímero; cada representación es única por más armónico que sea el espectáculo. El género dramático es el

arte del refinamiento textual, de la más honda poesía, de Esquilo a Lorca o a Genet pasando por Calderón, Racine o Víctor Hugo. Arte de la práctica o de una práctica de grandes rasgos, de grandes signos, de redundancias, para ser contemplado, para ser comprendido por todos. Abismo entre el texto, de lectura poética siempre nueva, y de la representación, de lectura inmediata.<sup>2</sup>

El teatro, como otros géneros, goza de sus signos específicos. Al ser una práctica visual, auditiva y armónica encuentra una relación recíproca e ineludible entre texto escrito y representación. La semiología teatral se nutre de la preexistencia de un libreto que contiene signos y éstos adquieren doble significación cuando hay un espectador que pone sus sentidos no sólo en la comprensión de la trama, sino en la experiencia estética que le sugieren y detonan los actores/personajes. Al asimilar y sentir el espectáculo, el público ingresa a los terrenos de la ilusión mimética del montaje. Al salir del teatro es probable que no sólo haga un balance crítico sobre la representación, sino del contenido y la relación que la trama guarda respecto a la historia del hombre.

Amén de lo anterior, en el «Anticipo» que el poeta y dramaturgo sonorenses Abigael Bohórquez García (Caborca, Sonora, 12 de marzo de 1936-Hermosillo, Sonora, 28 de noviembre de 1995) escribe como paratexto a su obra *La estirpe. Una tragedia mexicana en tres actos*, se señala que un drama es

<sup>2</sup> Ubersfeld, A., *Semiótica del teatro*, 1998, p. 7.

la forma más sublime de la literatura porque requiere de un trabajo abstracto en el que el lector es un espectador atento a las voces, espacios, entonaciones e intencionalidades de cada uno de los personajes inmersos en un conflicto particular. El dramaturgo sonorenses defiende el texto dramático como posibilidades de existencia-realización escénica desde el terreno de la imaginación del lector. El mundo escénico se explica a sí mismo en el espacio de la lectura atenta pues, considera Bohórquez, los diversos hacedores del hecho teatral con frecuencia desvirtúan la propuesta primigenia, ya que «en primer lugar, el director [...] impone su propia opinión. Luego el escenógrafo que impone su visión escénica. Y después el actor, que impone su estilo particular. Pero cuando un drama está impreso, está ante nosotros en su forma pura e inviolada». La concepción atípica que tiene Bohórquez sobre la materialización de un libreto dista mucho de la generalización de los diferentes hacedores del teatro, que consideran que una obra existe en la medida en que se representa y que el libreto publicado en forma de libro es un ingrediente más, o bien, la materia prima del fenómeno escénico.

## I

El teatro de vanguardia en México abre el siglo xx como la posibilidad inmediata de remozar el ya acartonado estilo de la declamación actoral y la puesta en escena de dramas románticos o realistas de carácter nacional. El Teatro de Ulises, —también llamado teatro experimental por Xavier Villaurrutia— nace en 1927 bajo el amparo de la mecenas Antonieta Rivas Mercado. Con cinco temporadas realizadas del 3 de enero al 7 de julio de 1927, autores y artistas como Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, Clementina Otero, así como los pintores Roberto Mon-

tenegro, Julio Castellanos, Manuel Rodríguez Lozano y Adolfo Best Maugard, inauguran un teatro de cámara en una casona ubicada en la calle de Mesones 42, en el corazón de la ciudad de México, donada por Antonieta Rivas Mercado. En ese espacio se montaron obras de autores extranjeros clásicos como Eugenie O'Neill, Lord Dunsany, Jean Cocteau, Henry-René Lenormand, Charles Vildrac, entre otros. A decir de David Olguín, estas temporadas

cuestionaron lo convencional, gustaron apasionadamente o disgustaron con igual fuerza, y abrieron, finalmente, el camino hacia la visión moderna del concepto de puesta en escena, además de que muchos participantes en la odisea emprendieron el camino hacia la profesionalización.<sup>3</sup>

La labor e impulso de personalidades como Rivas Mercado hicieron posible que el teatro de vanguardia fuera introducido a México no sólo en la materialización dramática, sino en la posterior influencia de escritura. El Teatro de Ulises fue el bastión principal del teatro moderno y vanguardista en México y pronto se convirtió en el referente para nuevas generaciones de dramaturgos y actores que dejaron de pensar en los tópicos nacionalistas y en los escenarios realistas, de tal suerte que durante la época de los treinta se perfila un camino de madurez en el teatro mexicano.

Por otra parte, a partir de 1947 la Dirección General de Educación Extraescolar y Estética se transforma en Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA). Pareciera que las diferentes artes tendrían una oportunidad, no sólo para ejercerse, sino para recibir el patrocinio institucional tan requerido. Efectivamente, durante los primeros años de esta nueva institución así fue. Según Antonio Magaña Esquivel en *Medio siglo de teatro mexicano (1900-1961)*, el Instituto sería un espacio para los artistas, pues:

<sup>3</sup> Olguín, D., «El 'cacharro'», 2001, pp. 59-60.



para ellos se crearía, para formarlos y estimularlos, para proporcionarles un campo en donde crecer y desarrollarse, para darles los elementos teóricos y prácticos con qué hacer fructificar sus talentos artísticos... Parecerá obvio, pero es necesario insistir en que no van a ser artistas italianos o alemanes los que creen el arte mexicano... Arte propio no quiere decir arte cerrado. Que se busque la expresión propia no quiere decir que se niegue la expresión ajena, si es buena y bella, pero que la expresión ajena no impida, inhiba, o frustre la propia.<sup>4</sup>

Lo que se propone es dar cabida a las expresiones universales privilegiando el desarrollo del arte propio; esto le vino bien al teatro nacional, sobre todo porque con la creación legal del INBA, en 1947, se pone en marcha la Comisión de Repertorio en el área de teatro, integrada por grandes artistas como Xavier Villaurrutia, Agustín Lazo, Max Aub, Francisco Monterde y Rodolfo Usigli. Ese mismo año Salvador Novo es nombrado director del Departamento de Literatura y Teatro y hay un resurgimiento de las artes dramáticas en el país, pues las gestiones, impulsos y montajes fueron frecuentes, al menos en la ciudad de México. En 1947 se estrenaron obras nacionales y extranjeras de gran calidad: *La huella*, de Agustín Lazo, *El pobre Barba Azul*, de Xavier Villaurrutia y *El gesticulador*, de Rodolfo Usigli, que había sido censurada por el gobierno en 1938. Un aspecto importante es que el teatro, más allá del *business* del momento o del afán exclusivamente nacionalista, comenzó por apostar a la profesionalización de la escenografía como parte importante del hecho teatral. Los nombres de Agustín Lazo, Julio Castellanos y Antonio Ruiz, «El Corcito», comenzaron a ocupar un lugar preponderante dentro de la escenografía artística mexicana.

En 1948, obras como *Don Quijote*, adaptación infantil de Salvador Novo, *Antígona*, de Jean Anouilh, *Judith*, de Friedrich Hebbel, *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare

<sup>4</sup> Magaña, A., *Medio siglo*, 1964, p. 118.

o *Astucia*, de Luis G. Inclán, se posicionaron como parte de los grandes estrenos en la capital, gracias a la promoción de Novo y al empeño de Villaurruia, Lazo, Concepción Sada y otros hacedores de teatro que colaboraron con las traducciones y adaptaciones. Parecía que México y su capital estaban ansiosos porque el teatro fuera un arte mayor, principalmente por la promoción de jóvenes dramaturgos, así como por la difusión de clásicos universales.

Para el año de 1949 los montajes de *La danza macabra*, de August Strindberg, *Romeo y Julieta*, de Shakespeare o *El caso de Don Juan Manuel*, de Agustín Lazo, se convirtieron en obras singnificativas. No obstante, 1950 constituye un parteaguas en el teatro mexicano porque se da a conocer Emilio Carballido que, bajo el cobijo de su maestro Salvador Novo, estrena *Rosalba y los llaveros*, gran éxito de taquilla que repitió tres temporadas en Bellas Artes. Como parte de la promoción al teatro extranjero se montaron *Muertos sin sepultura*, de Jean Paul Sartre, *El emperador Jones*, de Eugene O'Neill, así como *El hombre, la bestia y la virtud*, de Luigi Pirandello y *Una viuda difícil*, del extraordinario dramaturgo Conrado Nalé Roxlo.

De 1951 a 1953 la promoción teatral del INBA incluyó *Los signos del zodiaco*, de Sergio Magaña, *La culta dama*, de Salvador Novo, *Corona de sombras*, de Rodolfo Usigli y *Los empeños de una casa*, de Sor Juana Inés de la Cruz. El repertorio fue promocionado en diferentes espacios de la ciudad de México; lo mismo se representaron y estuvieron en temporada en el teatro del Palacio Nacional de Bellas Artes que en la Sala Chopin, en el Teatro de la Comedia, Teatro El Granero, Teatro Orientación, del Centro Cultural del Bosque, Teatro del Caballito, Teatro del Seguro Social y otros que paulatinamente fueron siendo escenarios para el cobijo artístico de lo mejor del teatro nacional e internacional.

De 1955 a 1959 hubo sendos estrenos y proyecciones, tanto de dramaturgos jóvenes como de nuevos directores

y actores, que en pocos años se convertirían en verdaderos hacedores de teatro. Los estrenos de *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, *Por Lucrecia*, de Jean Giraudoux y *Enrique IV*, de Pirandello, fueron sólo algunos de los grandes estrenos. Como parte del teatro nacional se estrenaron *Un cuarto para vivir*, de Ignacio Retes, *Las palabras cruzadas*, de Carballido, *La ilustre cuna*, de Rafael Solana y *Los años de prueba*, de María Luisa Algarra. Mención aparte merece la presencia de la actriz Margarita Xirgu, quien en 1957 llegó a la ciudad de México para el montaje de la obra *Bodas de sangre*, de Federico García Lorca, bajo la dirección de Joaquín Bernal. Fue precisamente a partir de este rotundo éxito que la mirada de Salvador Novo apuesta por la promoción del teatro extranjero, bajo los auspicios del INBA, lo que permite que se presenten la compañía *Comédie Française* o la Nacional de España, por ejemplo.

Durante los años cincuenta se generaron políticas de ampliación y promoción del trabajo teatral, aprovechando al máximo todos los espacios artísticos de la ciudad con el fin de convocar a concursos teatrales, realización de conferencias, ciclos con directores y actores nacionales y extranjeros. Los magníficos resultados del Departamento de Literatura y Teatro hicieron posible que en 1961 se conformara la Compañía de Repertorio de Bellas Artes, que dirigió la actriz Isabela Corona.

Por otra parte, la inauguración de Ciudad Universitaria, en 1953, detonó no sólo la apuesta por la educación científica, social y humanística, sino que fue germen de varias generaciones de intelectuales, narradores, ensayistas y poetas que con las décadas se han convertido en clásicos nacionales. Los años cincuenta abren con la publicación de *El laberinto de la soledad*, (1950) de Octavio Paz; seguido de los trabajos de Juan Rulfo con la aparición de *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955). Por su parte, Carlos Fuentes inauguró la novela sobre la ciudad moderna y urbana en 1958 con

*La región más transparente.* Los nombres de otros escritores emblemáticos como Juan José Arreola, Rosario Castellanos, Elena Garro, Jorge Ibargüengoitia, Sergio Galindo, Juan García Ponce, Inés Arredondo y José Emilio Pacheco, se sumaron a la producción de novelas, ensayos, poesía, periodismo cultural, crítica literaria, teatro, así como a la creación de revistas literarias como *Metáfora*, *El Rehilete*, *La Palabra* y *el Hombre*, *Estaciones*, por mencionar sólo algunas.

Si en el campo de las letras hubo sorprendentes voces, en la pintura destacaron los nombres de Juan Soriano, Pedro Coronel, Carlos Mérida, Alberto Gironella, Vicente Rojo, José Luis Cuevas, y otros que siempre estuvieron ligados a los movimientos artísticos y empresas culturales, por ejemplo en el suplemento *México en la Cultura* (1949-1961), del periódico *Novedades* o en *La Cultura en México*, que comenzó a publicarse un año después en la prestigiada revista *Siempre!*

En el teatro, mención especial requiere el famoso grupo Poesía en Voz Alta, que surgió en 1956 y se extinguió en 1963, después de ocho programas, la mayoría de ellos exitosos. No obstante, la desaparición del grupo como tal fue más bien la diseminación para emprender nuevas empresas creadoras, personales o colectivas. Bajo el auspicio de la Universidad Nacional Autónoma de México y posteriormente de la iniciativa privada, el grupo Poesía en Voz Alta estuvo al inicio bajo la coordinación de Octavio Paz, Juan Soriano, Leonora Carrington y Juan José Arreola. Espacio de dramaturgos, actores, escenógrafos, directores y gestores culturales, este movimiento significó un impulso para las artes escénicas porque la diversa amalgama de creadores contribuyeron con su talento para lograr el hecho escénico. Las representaciones de los programas se hicieron en el Teatro del Caballito, Teatro Moderno, Teatro de los Insurgentes, inaugurado en 1953, así como en El Granero y Orientación, de la Unidad Artística y Cultural del Bosque, creada en 1955. También se usó para el mismo propósito la Casa

del Lago, creada en 1959 por Juan José Arreola. Montajes o adaptaciones de obras del Arcipreste de Hita, Quevedo, Calderón de la Barca, T. S. Eliot, Jean Tardieu, Eugène Ionesco, Jean Genet, Octavio Paz y Elena Garro fueron algunos de los logros de Poesía en Voz Alta. Actores y actrices como Rita Macedo, Ofelia Gilmáin, Antonio Medellín, Enrique Stopen, Beatriz Sheridan, Juan José Gurrola, Claudio Obregón, José Carlos Ruiz, Lilia Aragón y Ana Ofelia Murguía fueron parte sustancial de los programas. Como directores los nombres de Héctor Mendoza, Juan José Gurrola, Nancy Cárdenas y José Luis Ibáñez quedaron instituidos como grandes directores de teatro. A decir de Roni Unger,

las principales aportaciones de Poesía en Voz Alta al teatro de México son la motivación para experimentar con todo tipo de teatro y toda forma de entretenimiento popular, un reconocimiento de los valores plásticos y literarios de la escena, y la creencia en la posibilidad de desarrollo individual e independiente.<sup>5</sup>

## II

Las líneas anteriores son, a grandes rasgos, el contexto que acompaña al poeta y dramaturgo sonoreense Abigael Bohórquez a su llegada a la ciudad de México, en 1954, pues tan sólo un año después se dio a conocer como poeta con el libro *Ensayos poéticos*, publicado por la editorial Élite. Se trata de un poemario menor en el que a través de veinticuatro composiciones el poeta habla sobre el amor, los estados angustiosos que vive y, además, con influencias de la poesía romántica, contempla el ocaso de su joven vida. No obstante, Abigael Bohórquez hace su aparición escénica en 1956 ya como dramaturgo profesional con la obra *La estirpe*. Un año

<sup>5</sup> Unger, R., *Poesía*, 2006, p. 190.



más tarde escribe y estrena *Compréndeme y verás* y *El círculo hacia Narciso* (titulada *La vocación del orgullo* en su versión genésica; a mi juicio mayormente lograda que la versión final). En ese mismo año Abigael ingresó a la Escuela de Arte Teatral del INBA y un año más tarde lo aceptaron para estudiar creación literaria en el Instituto Cinematográfico de Radio y Televisión de la ANDA, en donde se inclinó por la composición dramática. Así las cosas, en 1960 tenía ya una conciencia sobre los géneros que le interesaba cultivar; poseía también una idea clara sobre la importancia que tiene en la poesía no sólo el conocimiento de la tradición, sino la experimentación del lenguaje, de tal forma que emprende la publicación de *Poesía i teatro*, con un tiraje de mil ejemplares, a cargo del Gobierno del Estado de Sonora, a través de la editorial Costa Amic. El texto fue producto del Concurso del Libro Sonorense, en 1957. En 1959 escribió *Tal vez nunca... o mañana*, registrada como manuscrito mecanografiado en 1984, en la Biblioteca de las Artes, en la ciudad de México y posiblemente inspirada en el conocimiento que le dejó vivir junto con doña Sofía Bojórquez García, madre del poeta, cuando ella atendía una casa para estudiantes en la calle de Donceles, en el corazón de la ciudad de México.

A decir de Hugo Salcedo, en los textos dramáticos de Bohórquez destaca la

predestinación, la alegoría o la presencia de símbolos en los que se intuye la fatalidad (llámense caballos desbocados, aullidos lastimeros, interrumpidas canciones de cuna que hacen referencia a un bienestar primigenio fragmentado; o bien, el propio sentido de 'extrañeza' con su entorno que experimentan los personajes.<sup>6</sup>

A lo anterior debemos agregar la presencia de la lluvia y los truenos del cielo como elementos recurrentes y simbólicos

<sup>6</sup> Salcedo, H., «La obra», 2002, p. 20.

tanto en las comedias, tragedias, farsas, piezas y melodramas que escribió como autor dramático. Resulta difícil clasificar con certeza las obras de Bohórquez porque en ocasiones elabora logrados híbridos a través de personajes de gran talante, fuerza poética y escénica, aunque a mi juicio sus mejores trabajos dramáticos están inscritos en los géneros de la tragedia y la comedia: *La madrugada del centauro*, *Nocturno del alquilado y la tórtola*, *El círculo hacia Narciso*, *La hoguera en el pañuelo* y *Ave Fénix, levántate y expira*, obras que aún no han gozado de la difusión que ameritan, ni se les ha hecho justicia dentro del panorama del teatro mexicano del siglo xx.

A Abigael Bohórquez los premios, reconocimientos y becas le llegaron a cuentagotas a lo largo de su vida. Ismael Lares al considerar a Bohórquez como un *outsider* literario dice que el poeta

Sufrió la injusticia en carne propia, el rechazo, la marginación, el escupitajo, la burla, la desazón. No es de asombrarnos su profundo compromiso social como poeta. Por tanto, es cierto que la poesía bohorquiana fue social, como puede verse en la mayoría de sus obras poéticas, y que sus lectores no necesariamente fueron marginados, pero también lo es que su lirismo e innovación iban dirigidos a transmitir su nueva visión de poesía.<sup>7</sup>

No pertenecer a ninguna generación poética o círculo institucional, con sus respectivas corruptelas, le trajo al escritor caborquense en varios momentos el *ninguneo* que se ejerce a través del silencio en la prensa, la academia y en los círculos de escritores. No obstante, Bohórquez obtuvo la beca de creador con trayectoria del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Sonora, otorgada para el periodo 1993-1994, tiempo en el que escribió las obras *Nombre de perro*, *La sagrada familia* y *Ave Fénix, levántate y expira*. Su carrera poética ya estaba consolidada, pues había publicado libros clásicos dentro de la

<sup>7</sup> Lares, I., *Abigael Bohórquez*, 2012, p. 112.

poesía nacional, como *Las amarras terrestres* (1969), *Heredad. Antología provisional* (1981) y *Abigaeles, Poenínimos* (1990).

Como parte de su formación literaria y dramática en la ciudad de México, hay que mencionar que Abigael Bohórquez trabajó no sólo en el montaje de sus propias obras, sino en las de otros autores, a partir de adaptaciones dramáticas o versiones libres de escritores como Plauto, Sor Juana Inés de la Cruz, Federico García Lorca, Pablo Neruda, Salvador Novo o Max Aub. También formó y apoyó a generaciones de estudiantes cuando llegó a Milpa Alta, provincia del Distrito Federal, a finales de los años sesenta. Ahí comenzó a trabajar en la Secundaria Diurna 37, en donde atendió a los estudiantes en su taller de teatro y de poesía coral. En una geografía muy distinta a su natal Caborca, impulsó actividades escénicas<sup>8</sup> itinerantes que todavía recuerda la población de Milpa Alta. En los años sesenta se desempeñó también

<sup>8</sup> Rosa María Juárez, originaria de San Pedro Atocpan, actualmente profesora de Química a nivel Medio Superior, recuerda la estancia de Abigael Bohórquez en Milpa Alta como una presencia importante en medio de un ambiente todavía rural: «En los años sesenta Milpa Alta era un pueblo pequeño. Nosotros no teníamos acceso a la ciudad, pero Abigael hacía representaciones de obras con sus estudiantes, incluso los llevaba fuera del pueblo; representaban mucho en Coyoacán, por ejemplo. También representaban obras en las festividades del 15 de agosto, que es la Feria Regional de Milpa Alta. Eran muy activos. Sus obras siempre tenían impacto y se le apreciaba mucho como profesor y como escritor. De esa generación de jóvenes hay varios testigos como Víctor, Francisco, Lourdes, Felipe y Salvador Chavira. También Octavio Retana, Salvador Navarrete, Juana Reyes y otros que tuvieron oportunidad de estudiar carreras profesionales. Yo creo que Abigael Bohórquez llegó a Milpa Alta para dar la visión de que teníamos que salir del lugar para aprender y socializar más allá de nuestro núcleo. Te estoy hablando de una época en la que no existía la carretera federal, sino que teníamos que llegar hasta la México-Tuyehualco y desde ahí seguir el camino hacia la ciudad». Testimonio personal concedido en junio de 2014.

como director del Departamento de Literatura del Organismo de Promoción Internacional de Cultura (OPIC), dependiente de la Secretaría de Relaciones Exteriores, de 1965 a 1970, actividad que alternaba con la impartición de talleres literarios en el Tutelar para Menores del Departamento del Distrito Federal. En 1970 la poeta y política mexicana Griselda Álvarez, entonces Jefa de Prestaciones Sociales del Instituto Mexicano del Seguro Social, lo invita a colaborar en la institución y le consigue una plaza para que funja como director del Coro de Poesía IMSS, en Milpa Alta. Siete años más tarde va a radicar a Villa de Chalco, Estado de México, en donde labora en el Centro de Seguridad Social del IMSS, como profesor de declamación y arte dramático.<sup>9</sup>

La estancia en Milpa Alta y en Villa de Chalco le permite al poeta y dramaturgo apartarse de los grupúsculos literarios del momento, a la vez que visualiza y vive el contexto de las comunidades en desarrollo, a las que pocas veces voltean a ver los políticos. La poesía escrita en la década de los sesenta y setenta tiene una fuerte dosis de crítica a la deshumanización capitalista, a la falta de solidaridad entre los hombres y, sobre todo, al poder político ejercido sobre los ciudadanos para subsumirlos en el estado más primitivo de la supervivencia. Quizás por eso conviene preguntarnos por qué razón la obra del escritor sonoreense sigue sin ser estudiada como se merece y en ocasiones ha caído en el ostracismo literario. Poemas como «Llanto por la muerte de un perro», «Acta de confirmación», «Menú para el generalísimo» o «Canción de amor y muerte por Rubén Jaramillo» son un canto de amor hacia lo aniquilado, a las injusticias del poder del tiempo al que se alude; son poemas incómodos para un régimen político en plena descomposición. A

<sup>9</sup> Agradezco a Salvador Navarrete sus remembranzas y datos para la construcción de un esquema biográfico de Bohórquez en su paso por Milpa Alta.

decir de Aguilar de la Torre, en los poemas de tema social de Bohórquez se asoma «un rostro bondadoso y justo; habla del obrero, de la costurera, del empleado, mordidos; y de las mordeduras, `justificadas` en servicio de los *pandemonius* transnacionales, los cuales se encargan de hallar los hilos de las marionetas de la política en turno». <sup>10</sup> En Bohórquez el deber cívico no debe entenderse, ni en su poesía ni en su dramaturgia, como un asunto de la moral social, sino como la respuesta de un poeta que habla y desenmascara las estructuras del *establishment* social, cultural y político, ya que indaga en su propio ser y circunstancia cultural y se coloca del lado de los exiliados, los marginados y los pobres. Abigael hace lecturas del pasado y del presente inmediato; elabora elegías a los caídos, a los luchadores sociales; revisa la historia del norte de México, particularmente a través de su teatro. La producción dramática de Bohórquez bien podemos considerarla dentro de la categoría de teatro universitario, pues en él convergen el diálogo con la historia y, a su vez, se corresponde con el teatro del oprimido, de Augusto Boal, de ahí que el despertar de la conciencia crítica en su paso por Milpa Alta no es un asunto menor.

Dionisio Morales, célebre crítico e impulsor de la obra del poeta sonoreense, le pregunta en 1975 a Bohórquez por qué no han sido representadas sus obras profesionalmente. Leamos la respuesta:

¿Para qué me voy a preocupar con que se me represente o no? Teatro Popular, que debiera impulsar a los nuevos autores, sigue desenterrando vejestorios. Ya ves lo que le hicieron a Carlos Olmos, y eso que él es de los `monstruitos` recientes.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Aguilar de la Torre, M., «Abigael», 1978, p. 6.

<sup>11</sup> Se refiere al rechazo que Héctor Azar hizo en su calidad de director de la Escuela de Teatro del INBA a la obra *Lenguas muertas* de Carlos Olmos, estrenada en 1975. La directora Soledad Ruiz le presentó la obra y el proyecto a Azar y éste calificó la pieza del joven dramaturgo como



Si a [Sergio] Magaña con ser el más importante dramaturgo mexicano no lo ponen ni en su casa, ¿qué puedo esperar yo? Además, para qué... luego me salen con que tengo influencias de Lorca, de Valle Arizpe o de Valle Inclán; ya me hice bolas... debe ser la 'incultura' que me achacan.<sup>12</sup>

La supuesta falta de cultura es desde la visión de los detractores de Bohórquez un factor que sostuvieron por largos años. Ser culto en México, sobre todo en el contexto del autor sonoreNSE, significa cumplir con el estereotipo del creador publicado en antologías, que goza de becas y empleos remunerados en la burocracia cultural, que viaja por el mundo y vive en las mejores zonas de la ciudad de México. Pero Abigael rechazó ese rito iniciático y prefirió apostar por la soledad creadora y el trabajo con los jóvenes. Un producto de este periodo es la compilación de *Teatro de la salud. Veintidós obras breves*, que publicó el IMSS en 1988, cuando el autor trabajó en el Centro de Seguridad Social de Chalco. Estas obras fueron adaptaciones del caborquense, creaciones colectivas o individuales de estudiantes que Bohórquez pudo orientar. Se trata de una colección de obras de teatro didáctico que abarcan temas de salud, sexualidad, higiene personal, problemas familiares, drogadicción y alcoholismo. Quizás este tipo de trabajo haya sido más útil socialmente, de ahí que la carrera literaria de Abigael Bohórquez estuvo marcada en varios momentos por el absoluto silencio de críticos acostumbrados a elogiar a los escritores encumbrados. En opinión de Ysabel Gracida:

El trabajo, la escritura, la creatividad y talentos de Abigael Bohórquez no pudieron ser calibrados nunca por un oficio

---

teatro costumbrista. No obstante, esta obra, clasificada dentro de la corriente del realismo mágico, fue montada por Marco Antonio Montero ese mismo año y en 1985 Germán Castillo se aventuró a montarla nuevamente. En ambos casos la obra fue un éxito de taquilla.

<sup>12</sup> Morales, D., «Se te ha ido», 1975, p. 7.

que hace mucho se ejerce en nuestro país donde la corrupción y la complacencia pondera productos anodinos y vacíos como si fueran de excelencia; una crítica que ha trabajado pulidamente una imagen sonriente y mayúscula de nuestra falsa, mezquina y pobre literatura es una crítica que nunca se permitió acercarse al trabajo teatral y poético de Abigael Bohórquez, mostrando así no sólo su infinita ignorancia, sino también su falta de autonomía e independencia de los grupos en donde ellos mismos se han colocado para cumplir con una tarea de complicidad.<sup>13</sup>

Abigael Bohórquez es un dramaturgo exiliado dentro del panorama de la escena nacional; quizás por ello defiende la idea de que el texto dramático es ante todo literatura, pues a falta de directores e instituciones interesadas en el montaje de sus textos, debemos concebir sus composiciones como un tipo de literatura valiente, arriesgada, sin reservas o complacencias, que se coloca en el espacio dramático de la imaginación del lector.

En su ensayo «La metamorfosis de los gustos», Pierre Bourdieu afirma que los gustos siempre se estipulan desde la condición de clase y los define como el «conjunto de prácticas y propiedades de una persona o de un grupo [que] son el producto de un encuentro entre bienes y un gusto».<sup>14</sup> Así, lo que llamamos *canon literario* supone un ejercicio de inclusiones/exclusiones; entre exaltación/devaluación; arte culto/arte popular. El repertorio de obras de Bohórquez montadas por él mismo no fueron reseñadas en los periódicos de la época, al menos en la ciudad de México. Cuando se trata de reseñar sus textos dramáticos, con frecuencia se hace de forma irresponsable y se le adjudica una postura maniquea respecto a las tramas y personajes. Para referirse a *La madrugada del centauro*, una de las obras más logradas del autor se dice:

<sup>13</sup> Gracida, Y. «Abigael Bohórquez», 1996, p. 4.

<sup>14</sup> Bourdieu, P., «La metamorfosis», 2008, p. 162.

su obra sostiene la tesis de la opresión del rico al pobre, del explotador al abnegado [...] el padre, un sujeto esféricamente abominable, ha hecho de las suyas, él solito, durante 20 años en toda su comarca (¡qué suerte!) Al final, claro, triunfa el bueno, que aplasta al malvado.<sup>15</sup>

La reseñista no sólo simplifica la trama, sino que es incapaz de dimensionar la carga simbólica y poética que tiene la obra; además de que no destaca los temas que la sociedad mexicana de los años sesenta del siglo pasado todavía esconde: el patriarcado, la dominación caciquil en las provincias mexicanas y el espinoso tópico de la zoofilia, tan finamente cuidado desde la construcción dramática por parte de Bohórquez, gran conocedor de las pasiones humanas. A decir de Pedro Ángel Palou, en el trabajo del dramaturgo la sensibilidad histriónica

radica en la percepción mimética de la acción. El escritor dramático, el dramaturgo, difiere del novelista porque las palabras que usa son las actualizaciones de la acción percibida. El escritor de ficción sólo tiene las palabras para transportar al lector a su espacio ficticio, mientras que el dramaturgo no sólo utiliza otras artes escénicas sino que las refunde en una nueva.<sup>16</sup>

Y efectivamente, Bohórquez recurre a la refundación de un lenguaje campirano a través de la inmediatez de acciones que pretenden subvertir el poder del caos familiar ocasionado por el patriarca a sus consanguíneos. Los parlamentos tienen un realismo lingüístico; no hay artificio, aunque se recurra a la expresión poética que, finalmente, es parte consustancial del habla de provincia.

Por el teatro de Abigael Bohórquez desfilan los temas del poder, el deseo, la historia de la Revolución mexicana, el pa-

<sup>15</sup> White, G., «La madrugada», 1968, p. 5.

<sup>16</sup> Palou, P., «Prólogo», 1998, p. 8.

sado, la enajenación religiosa, la soledad, la homosexualidad y la pugna por una sexualidad libre en oposición a la soltería femenina que *padecen* algunos de sus personajes. Se encarga también de hacer una feroz crítica a la modernidad burguesa, a la crisis de la individualidad, ya sea en espacios rurales o citadinos. Con su teatro, Bohórquez hace una metonimia de la historia nacional; pasa revista a la mitología prehispánica, a la Revolución mexicana en el norte de México, así como a la revisión del 2 de octubre de 1968. Y lo hace a través de personajes complejos en sus acciones dramáticas, con diálogos intensos, directos y efectivos en las conciencias de quien escucha; a veces recurre a la poesía para construir imágenes verbales y al hacerlo no sólo trabaja la trama, sino la estilización, la metáfora apelativa que hace un doble efecto en el espectador/lector, porque lo visual y sonoro se fusionan para construir obras de gran capacidad poética.

### III

Varias obras de teatro de Abigael Bohórquez merecerían un estudio de la semiótica de la puesta en escena, pues cada uno de los elementos verbales, visuales y sonoros constituyen un reto no sólo para el lector de dramas, sino para los directores, actores, escenógrafos y demás hacedores del hecho teatral.

En la obra *Ave Fénix, levántate y expira*, el autor recurre al género del melodrama, definido por Patrice Pavis como una opereta popular, en la que interviene la música en los momentos más dramáticos a través de personajes

claramente divididos en buenos y malos, [que] no tienen la posibilidad de ninguna opción trágica; están repletos de buenos o malos sentimientos, de certezas y evidencias sin contradicciones. Sus sentimientos y sus discursos, exagerados hasta el límite paródico, favorecen en el espectador una identificación fácil y una catarsis barata.<sup>17</sup>

<sup>17</sup> Pavis, P., *Diccionario del teatro*, 1998, p. 287.

En el caso de *Ave Fénix, levántate y expira* el *leitmotiv* es la inconciencia sobre el paso del tiempo y la necesidad de comprar amor. El título resemantiza la figura del ave de la mitología egipcia que se consume en el fuego para de ahí renacer. En el *Diccionario de símbolos*, de Cirlot, se anota que «cuando veía cerca su fin, formaba un nido de maderas y resinas aromáticas, que exponía a los rayos del sol para que ardieran y en cuyas llamas se consumía».<sup>18</sup> Esta mítica ave es asociada con el periodo de la destrucción, pero también con el triunfo de la vida sobre la muerte. La trama de la obra de Bohórquez gira en torno a un triángulo amoroso conflictivo y de conveniencia por parte de Stella, una actriz aristócrata y sesentona, con «vestigios de haber sido hermosa» en la Época de Oro del Cine mexicano y que en el contexto de la matanza del 2 de octubre de 1968, en Tlatelolco, establece una relación con Damián, un joven clasemediero, con aspiraciones de poeta y quien se vale de la extinta diva para obtener beneficios monetarios y utilizarlos para el sostenimiento económico de su joven amante Carlos, un militar que avanzada la trama le revela un amor convenido con Rossi, una *hippie* heredera que sólo desea vivir la efervescencia de la época. Desde el inicio de la obra, el dramaturgo pone atención en los detalles de la simulación y la artificialidad incluso desde el decorado. En la casa de Stella las flores de crepé, las plantas de plástico, los cojines de telas vaporosas y los retratos al óleo de la diva son el elemento *kitsch*<sup>19</sup> que sostiene la construcción melo-

<sup>18</sup> Cirlot, JE., *Diccionario de símbolos*, 2003, p. 209.

<sup>19</sup> Lo *kitsch* es definido como la producción de mala calidad y gusto; se asocia con la cultura de masas. Lo *kitsch* recurre a la representación naturalista y realista del objeto; reitera lo trillado y en un lenguaje comprensible para todos. Las figuras de ornamento, prefabricadas y reproducidas en serie se convierten en un cliché. Abraham Moles afirma que el *Kitsch* «proporciona placer a los miembros de la sociedad de masas y, mediante el placer, les permite acceder a exigencias suplementarias

dramática, afianzada por la canción *Cuando tú no estás*, en la voz del cantante español Raphael.

Aparentemente la obra es un guiño —que no su historia— a la actriz Lilia Prado, que Bohórquez conoció a mediados de los años sesenta, cuando el poeta Efraín Huerta se la presentó.<sup>20</sup> El dramaturgo también recurre a la intertextualidad con su propia obra, pues le atribuye al personaje de Damián la creación de una obra de nombre *Tórtola*, que corresponde precisamente al poema dramático *Nocturno del alquilado y la tórtola*, del que se reproducen algunos parlamentos. En la obra de Bohórquez los personajes no están divididos en buenos y malos, como requiere el melodrama puro, sino que muestran que las relaciones humanas son una suerte de conveniencias y codependencias.

---

y pasar de la sentimentalidad a la sensación» (p. 54). Para más detalles véase, «Principios y virtudes del *kitsch*», en *El kitsch*, Madrid: Casimiro, 2011.

<sup>20</sup> Lilia Prado (1928-2006) fue una destacada figura del cine mexicano de los años cuarenta y cincuenta. Trabajó al lado de figuras emblemáticas del cine nacional como Pedro Infante, Adalberto Martínez «Resortes», Fernando Soto «Mantequilla» o Emilio, el «Indio» Fernández. Fue dirigida por Luis Buñuel en *Subida al cielo* (1952), *Abismo de pasión* y *La ilusión viaja en tranvía*, ambas de 1954. Efraín Huerta le dedicó dos poemínimos titulados «Lilia Prado», que rezan: «(I) Soy/ La mujer/ Más/ Feliz/ de mi vida»; «(II) Si no/ Fuera/ Por mi/ Buena salud/ ya me habría muerto», en *Poemínimos completos II*, México: Universidad Autónoma de Puebla-Verdehalago, 2000, pp. 13-14. A decir de Emilio García Riera, durante el periodo de los años treinta las figuras femeninas que destacaron en el cine fueron Andre Palma —quien también fue dirigida por Buñuel—, Lupita Tovar, María Luisa Zea, Adriana Lamar, Adela Sequeyro, Virginia Zurí, Lupita Gallardo, Esperanza Iris, Virginia Fábregas, Medea de Novara, Beatriz Ramos y Gaby Sorel. Para mayor información consúltese *Breve historia del cine mexicano. Primer Siglo. 1897-1997*, México: Conaculta-IMCINE-Canal 22, 1998, pp. 76-99. La trama que Bohórquez presenta en su obra teatral es sólo inspiración de una historia contada por su amiga.

Por su parte, una historia en la que Bohórquez explora la maldad humana y el anhelo de poder la encontramos en *La madrugada del centauro*, obra cuya trama se ubica en un pueblo agrícola en donde el poder del patriarcado se ha instaurado en una familia desde hace veinte años y, ahora, son los hijos los que han tramado el final de una larga historia de penurias económicas y sometimientos por parte de Floriano, el padre violento y tacaño que ha ejercido en el poblado el miedo e incluso la violación sexual a varias mujeres. En esta obra, Bohórquez dota de un lenguaje simbólico y poético el discurso de personajes como Sagitario, el hijo menor que se ha enamorado de su yegua Galana y recurre a la zoofilia. La idealización del joven queda de manifiesto en parlamentos como éste: «no habrá nadie capaz de poseerte fuera de mí, yo defendería tu posesión armado de piedras y cuchillos o te daría muerte. Te amo como creo que amaría a la primera mujer». Sagitario representa simbólicamente al centauro mismo, como figura mitológica de cabeza, brazos y torso humanos; con cintura, piernas y patas de caballo, que se enfrenta al poder patriarcal y defiende su amor por la yegua al grado de preferir matarla, lo que significa el fin de la adolescencia y se traduce como el inicio de la hombría, condición que había venido rechazando. Por su parte, Golondrina es la hija sometida, quien ha padecido el asesinato de su prometido José, a manos de Floriano —nombre que significa el que da flor, el que germina y da descendencia. Veinte años de sometimiento familiar llegan a su fin cuando Aldebarán, cuyo nombre alude a la estrella luminosa de la constelación de Tauro y que, dentro de la simbología astral significa «el que sigue», subvierte el poder del padre, trama y realiza su muerte con el único fin de instaurar su poder y desplazar a la familia. Esta tragedia habla sobre el ejercicio del poder y la capacidad mimética del hombre en permanente lucha por conseguir el sometimiento del otro.

Sobre el tópico de la soledad en las mujeres, Bohórquez destaca por las obras *Nocturno del alquilado y la tórtola*, *El círculo hacia Narciso* y *La hoguera en el pañuelo*, tres obras de gran factura lírica y dramática. Algunos críticos del autor han notado con acierto que las tragedias bohorquianas tienen algunas influencias del teatro de Federico García Lorca. Si bien es cierto que esos contagios temáticos son perceptibles, las obras de Abigael destacan por su cariz poético en un contexto mexicano. En el primer caso existe una correspondencia entre el tema de la soltería y la lucha por la libertad frente a una madre recalcitrante, que en plena agonía continúa inhibiendo las posibilidades de libertad para que su hija Dolorosa, solterona de cuarenta años, pueda huír con Adán, un fuereño bandido al que busca la policía y que de acuerdo con el nombre bíblico, le daría la vida que aún no conoce. La acción de *Nocturno del alquilado y la tórtola* se desarrolla en un pueblo sonorenses en los años cuarenta del siglo xx. A la espera le sigue la congoja del alma en Dolorosa, porque la condición de solterona la padece al grado de planear la huida con el bandido, a quien le dice: «Tú sabes, Adán, que ya no hallo qué hacer con estos garfios, con esta vena abierta derramándose. Te seguiría». Dolorosa es la virgen enlutada debido a su estado vergonzoso; lo importante para ella es huír, salvarse.

*Nocturno del alquilado y la tórtola* es una obra que presenta la genealogía femenina en un pueblo árido. El personaje de Pasionaria, la sobrina de Dolorosa, resulta importante porque su calidad de madre soltera tal parece que la nulifica como mujer. En esta obra, Abigael pone atención en los nombres de sus personajes; pareciera que padecen las tragedias signadas en sus nombres de pila, según la tradición bíblica. El dolor de la vida lo personifica la solterona, en tanto que la sobrina representa el estigma de la sensualidad pecaminosa desde la mirada social. La madre moribunda es el símbolo del poder casi patriarcal, demandante y maldiciente hasta el último momento.



El tema de la soltería femenina también está presente en los personajes de Casandra y Olivia, en la obra satírica *El círculo hacia Narciso*, cuya trama nuevamente se desarrolla en el noroeste mexicano, en una casona de la época revolucionaria. En un tiempo dramático de seis horas, Bohórquez plantea de manera crítica dos asuntos destacables: 1) la Revolución mexicana significó la posibilidad del ascenso al poder y el ajuste de cuentas de los revolucionarios con la burguesía, mas no el impulso a la justicia social tan propagada en los discursos políticos y, 2) la burguesía provinciana construye una vida de simulación e intereses al interior de la familia, incluso bajo la transgresión de la moral social, que en este caso se personifica en las alusiones a la madre recién muerta, quien llevó una vida licenciosa y de simulación. En la historia, el personaje de Álvaro llega a anunciarle a sus hermanas Olivia y Casandra —sus antagonistas— el fin de la burguesía y la ruina familiar. Álvaro representa al parecer al tipo de hombres que renuncian a los privilegios de clase y pugnan por una justicia social, aunque en realidad es un sujeto que se queda en el nivel de la utopía. En *El círculo hacia Narciso* el tiempo pasado llega al presente para que, a través del personaje de Felipe Landeros, jefe revolucionario que irrumpe en la hacienda de las hermanas huérfanas, se haga un ajuste de cuentas amorosas. Los triunfadores de la revolución son ahora los que instauran las reglas y aniquilan a sus adversarios, sobre todo cuando media el odio personal que se une al de clase. Así pues, la obra del dramaturgo encuentra momentos muy logrados desde la poesía dramática, cuando al final de la obra, Casandra, casi anunciando su fatal derrota, interpele a Landeros y le dice: «Te llevarás mis ojos metidos hasta el último rincón de tus remordimientos. Yo estaré sobre ti, noche y día, no dejándote dormir, recomiéndote hora tras hora, plantada sobre tu corazón, echando raíces». Se trata de un discurso femenino potente, en voz de quien se sabe aniquilada en lo físico, pero presente en la

memoria culposa de su verdugo. La entronización de la voz poética con que el autor dota a su personaje tiene correspondencia con *El rastro*, obra emblemática de Elena Garro, quien también construye una voz femenina potente que, justo antes de morir, usa como defensa un discurso lapidario que hace alusión a la mirada que se fijará en la memoria de su esposo una vez que sea asesinada:

Adrián Barajas, si me matas no me iré. Me quedaré llorando junto al pirul, para que te acuerdes de cuando me hallaste en el camino de Almoloya, rodeada de mis padres y de mis hermanos y tú te me quedaste mirando y yo me quedé mirándote....<sup>21</sup>

La obra de Bohórquez puede leerse también como una mirada crítica al cine nacional de la llamada Época de Oro, pues se la dedica a «las heroínas inmarcesibles de la televisión y a los caudillos de la Revolución, esta anécdota de la vida real». Además, el autor refiere en el subtítulo que se trata de una sátira, género que según Linda Hutcheon es un tropo complejo que parodia al hombre con el fin de ridiculizar sus vicios, evaluar un proceder negativamente «para que se asegure la eficacia de su ataque».<sup>22</sup>

Otra tragedia en donde Bohórquez plantea la insatisfacción femenina la encontramos en *La hoguera en el pañuelo. Poema dramático en dos actos*, que encuentra su intertextualidad con *Yerma*, de Federico García Lorca. En la trama de Bohórquez el personaje de Eunice —la Deshabitada— se enfrenta al mundo hostil de murmuraciones, pues existe una promesa de castidad a la Virgen en tanto que se adjudica la salvación del suegro de Eunice en un incendio. Así pues, su esposo Andrés ha cumplido la promesa y se convierte en un fiel servidor de la parroquia del pueblo, a pesar de que está enterado de la adulación y cortejo del Cálido

<sup>21</sup> Garro, E., «El rastro», 2009, p. 254.

<sup>22</sup> Hutcheon, L., «Ironía, sátira, parodia», 1992, p. 178.

hacia Eunice. La historia se desarrolla en el contexto de una Semana Santa. A casi dos años de matrimonio no consumado, el personaje femenino profiere a su marido:

Es preferible el mar, las buenas intenciones. Te dejo, amor, amor de toda mi deshabitez. Yo que no sé llorar, estoy llorando ahora, como si todo el amor se hubiera acabado sobre la tierra, ese duro anclaje de sobrevivencia por el cual somos lo que se nos está destinando [...] Tú ya has hecho tu vida a tu manera, con ese Dios que no te deja y contra el que no me cabe derecho alguno a pelear por tu ternura. Ahora estoy más lejos que otras veces de ti y te dejo, te olvido y te sepulto.

La gran factura literaria de la obra se aprecia incluso desde las didascalias simbólicas que plantea el dramaturgo, sobre todo porque el tema y motivos quedan sugeridos no sólo en el discurso, sino en el ambiente escenográfico marcado por representaciones de la sexualidad en contraste con la abstinencia de los protagonistas. Como en otras obras, Bohórquez recurre al discurso poético de los hablantes para plantear la desesperanza y asfixia personal, conyugal y social. La alienación religiosa en Andrés se fija como un discurso extremo, al grado de propiciar la castración de su adversario y ocasionar el quebranto familiar. El Cálido —alusión a la humedad fálica— debe ser castrado, desmasculinizado para que se cumpla la manda matrimonial. Se trata de una historia en donde la espera conduce a la locura y a una tragedia inexorable.

Por su parte, una obra en donde Bohórquez vuelve a ocuparse del tópico de la rivalidad entre los hermanos, la encontramos en *Caín en el espejo*, solamente que aquí la ambición del personaje del Sargento viene a exponer su ansia de poder y dominio sobre la extensión de tierras de una familia rural, a quien pretende despojar. Para lograr que se cumpla el fratricidio entre Dámaso y Diego, el Sargento se vale de otros personajes que lo ayudan a tramitar la reactualización del motivo

bíblico, sobre todo de Clemencia, una joven ambiciosa que, a través de la seducción, hace rivalizar a los hermanos. Esta obra bien pudo pensarse como un guión para cine, sobre todo porque los escenarios naturales que piden las didascalias refieren algunas escenas a manera de corte cinematográfico y porque, además, el dramaturgo construye un par de escenas en tiempo retrospectivo. A través de una trama sencilla, Abigael Bohórquez plantea el tema del ejercicio del poder y la mezquindad humana como condiciones actuales, por eso sitúa la trama en una época indeterminada.

Abigael Bohórquez sostiene en varias de sus obras el tema-motivo del patriarcado como institución dentro de las sociedades, como en el caso de *La stirpe. Tragedia mexicana en tres actos*, en donde a través del personaje de Lucio Terremos se expone la ambición, el dominio y poder del patriarca, quien, no obstante, padece una esquizofrenia, heredada a su hijo Auro. Se trata de un hombre que sufre su condición de enfermo; vive con la idea de que todos le hacen daño y reniega al ver en su hijo una continuación de su enfermedad. La obra se desarrolla en una hacienda mexicana y en un tiempo posterior a la Revolución, en el que la familia ha perdido sus riquezas. El dramaturgo elabora un drama con rasgos naturalistas porque los personajes indagan en los motivos de la esquizofrenia. Leda, la esposa del patriarca, le dice a su hija Vilma: «Tu padre cuando fue joven fue un libertino, se dio a todos los vicios y a todos los excesos; el tiempo se ha encargado de que los hijos hereden una sangre maleada y enferma». No obstante, la propia Leda padece una enfermedad cardíaca y muere hacia el final de la trama. Esta tragedia es importante porque hace referencia al papel subordinado que siguen teniendo los campesinos de la época posterior a la Revolución: no tienen tierras, continúan siendo dependientes de la hacienda, aunque ésta se encuentre en ruinas. Le interesa al dramaturgo hacer una representación sobre el discurso social, pues ni los campe-

sinos ni los capataces de las haciendas son los beneficiados, sino que se trata sólo del ascenso de unos cuantos que ahora controlan todos los aspectos de la vida nacional desde las instituciones, así lo hace saber Lucio Terreros: «Para eso sirvió la tal revolución, para levantar a estos desarrapados y llenarlos de humo, pretextos para enriquecerse a costa de uno». Sin embargo, son también los indígenas que sirven a la hacienda arruinada los que adjudican el olvido presente a los triunfadores de la revolución y al mismo Dios que los ha ignorado, pues su condición actual no ha cambiado con el movimiento revolucionario: «Hace poco nos mandó tata Dios una revolución que pa maldito asunto ha servido [...] estamos probes porque nos tienen probes, somos enorantes porque nos han olvidado». *La estirpe* es una obra social que plantea la lucha del hombre por el poder y el afán de destrucción no sólo de la Naturaleza como proveedora de progreso, sino la lucha del hombre por el hombre mismo. Con esta obra, Bohórquez presenta una visión crítica sobre la Revolución mexicana más allá de la construcción que el Estado ha hecho a través de la historia oficial.

Por otra parte, la mirada crítica sobre la nueva burguesía la encontramos en la obra *Compréndeme y verás* en donde se hace un retrato sobre la burguesía excéntrica y frívola que vive desde las apariencias que le ofrece su círculo social *kitsch*. Desde mi punto de vista, el dramaturgo se nutre de las influencias del Teatro del Absurdo para hacer una crítica a la modernidad burguesa y a su estructura desalineada. Como en *El rinoceronte*, de Ionesco, Bohórquez recurre a la animalización del hombre que en su afán por tener vigor sexual y construir un mundo de placer, se auxilia de los avances científicos más insospechados. Todos los personajes de esta obra también poseen elementos de la poética del esferpento de Valle Inclán. Como pieza fársica, *Compréndeme y verás* hace varios juegos metateatrales, pues los actantes se saben personajes que simulan una historia escrita por un

dramaturgo. Quirino, el protagonista de la obra, opina en el «Epílogo» lo siguiente: «Me hubiera gustado que el autor de esta farsa hubiera colocado estatuas adornando esta sala y que al final del Segundo acto hubieran salido corriendo», a lo que el personaje de Celedonio opina: «Buena punta-da, pero el pobre Bohórquez es un pobre comediógrafo de poco seso y cero imaginación».

El tema de *Compréndeme y verás* es justamente la eterna incompreensión del hombre frente a una situación ajena. Los personajes son estrafalarios, cumplen a cabalidad los postulados del género fársico en el sentido de que son representantes de lo grotesco, bufonesco y sinsentido desde la perspectiva realista, aunque evidentemente debe pensarse la elección del género que hace el dramaturgo como una crítica al mundo actual, cargado de dobleces y resultados que rayan en lo inverosímil.

Otra farsa que escribe Bohórquez es *Nombre de perro*, que en su construcción dramática resulta ser también una tragicomedia situada en Sonora y que, a decir del autor, es una versión libre de una historia real acaecida en los años cincuenta en un pueblo de Aconchi. Se trata de la historia de Francis, un homosexual afeminado de cincuenta años que en su afán por conquistar a Jesús, joven herrero perteneciente a la familia de los Boquelumbre, pues su fama de léperos se ha extendido por toda la comarca, idea una serie de acciones extremas para lograr su objetivo. La obra tiene un cariz eminentemente jocoso, pues personajes entrañables como Carroloco, el loco del pueblo, así como Chuyita, la abuela de la familia, le dan ese tono cómico a una situación que termina siendo una tragedia. Esta obra despliega una visión sobre la experiencia homosexual en el norte de México en los años cincuenta, pues la pasión que siente el galletero Francis por el joven Jesús se convierte en una alienación que, entre música norteña y tropical, va conduciendo a un final inesperado. El mismo tópico de la homosexua-

lidad, asociada a actos transgresores lo encontramos en la obra *La sagrada familia. Documental tragigrotesco en dos jornadas y alternaciones*, que también está basada en un acontecimiento en la década de 1950 en la región del Río Mayo, de ahí que pretenda ser un documental. En este caso se trata de la historia de Fidelio Cucas, Diódoro Cucas y Rosario Humo, quienes hacen un ajuste de cuentas con otros parroquianos que, bajo discursos y acciones homofóbicas, han difamado y extorsionado en varias ocasiones a esta triada de homosexuales vengativos. El trabajo escénico que propone el autor se basa no sólo en la representación, sino que plantea un requerimiento de tomas cinematográficas que deben proyectarse durante la obra. Inspirado en un relato de crímenes, Bohórquez recrea la apreciación sensacionalista y la leyenda que se construye alrededor de estos homosexuales asesinos, acusados de castrar a sus detractores, así como de disecar y elaborar prominentes falos para el autoerotismo.

La presente antología cierra con dos obras: *Tal vez nunca... o mañana... Comedia en tres actos* y *Quechilóntzin Stranger*, definida por el autor como una tortifarsa. En el primer caso se trata de una historia que gira alrededor de la vida juvenil en una pensión para estudiantes en la colonia Roma de la Ciudad de México. En esta pensión, comandada por Nina, una mujer de setenta y cinco años, desfilan mujeres solteronas como Eva Lyman, jóvenes estudiantes que viven la fiesta y la sexualidad de forma libre, como Susana, Eric, Celeste; mujeres que se dedican al trabajo, como Alda y Susana o jóvenes que esconden una historia de vida que los avergüenza, como en el caso de Miguel. La trama podemos ubicarla a inicios de la década de 1960, en la efervescencia de la modernidad en la ciudad de México, con sus calles, centros nocturnos, espacios culturales y escuelas de arte. Quizás esta sea una de las pocas obras del autor que haya perdido vigencia, aunque bien vale la pena revisarla en aras de comprender un tiempo y espacios que configuran los

cambios en la juventud que vive y crea sus círculos sociales en la ciudad de México en la que vivió el autor.

Por su parte en *Quechilóntzin Stranger* se desolemnizan —se sexualizan— episodios de la historia prehispánica, se introduce la cojosidad y se pone de manifiesto la aculturación o transculturación en el contexto del mestizaje, el placer, así como la performatividad de género del Rey, que en su intento porque su hija posea al anhelado Quechilóntzin, a quien había visto en un mercado vendiendo chiles, acepta la fusión de poderes y culturas. La obra es inspiración de las películas de Tin Tan, Marcelo, Vitola y Óscar Pulido, personajes emblemáticos de la cultura mexicana que le sirven a Bohórquez para actualizar una leyenda tolteca, con referencias intertextuales con el famoso poema «Sonatina» del nicaragüense Rubén Darío, que en la obra de Bohórquez adquiere un tono de ansia sexual. Más allá de la jocosidad en el lenguaje, los ingeniosos y sexuales juegos de palabras, la desesperación y anhelo fálico de la estrafalaria Princesa, lo que plantea Abigael Bohórquez es la coexistencia de la multiculturalidad, el libre comercio y el poder.

La obra de Abigael Bohórquez merece ser atendida por la crítica literaria y teatral, por los directores de teatro y por sus lectores que ahora tienen este volumen en sus manos y que podrían hacer cumplir el postulado bohorquiano de que el teatro inviolable se encuentra en su versión literaria. El presente volumen es un recorrido por la poesía dramática de un escritor que optó de forma consecuente por exiliarse del panorama del teatro mexicano del siglo xx, en donde los grupos forman los gustos teatrales y construyen generaciones y corruptelas alrededor de los diferentes componentes del oficio teatral. Su obra está del otro lado del telón. Su palabra generosa ahora queda en esta reunión de teatro a la que nos convoca y asistimos gustosos.

Gerardo Bustamante Bermúdez

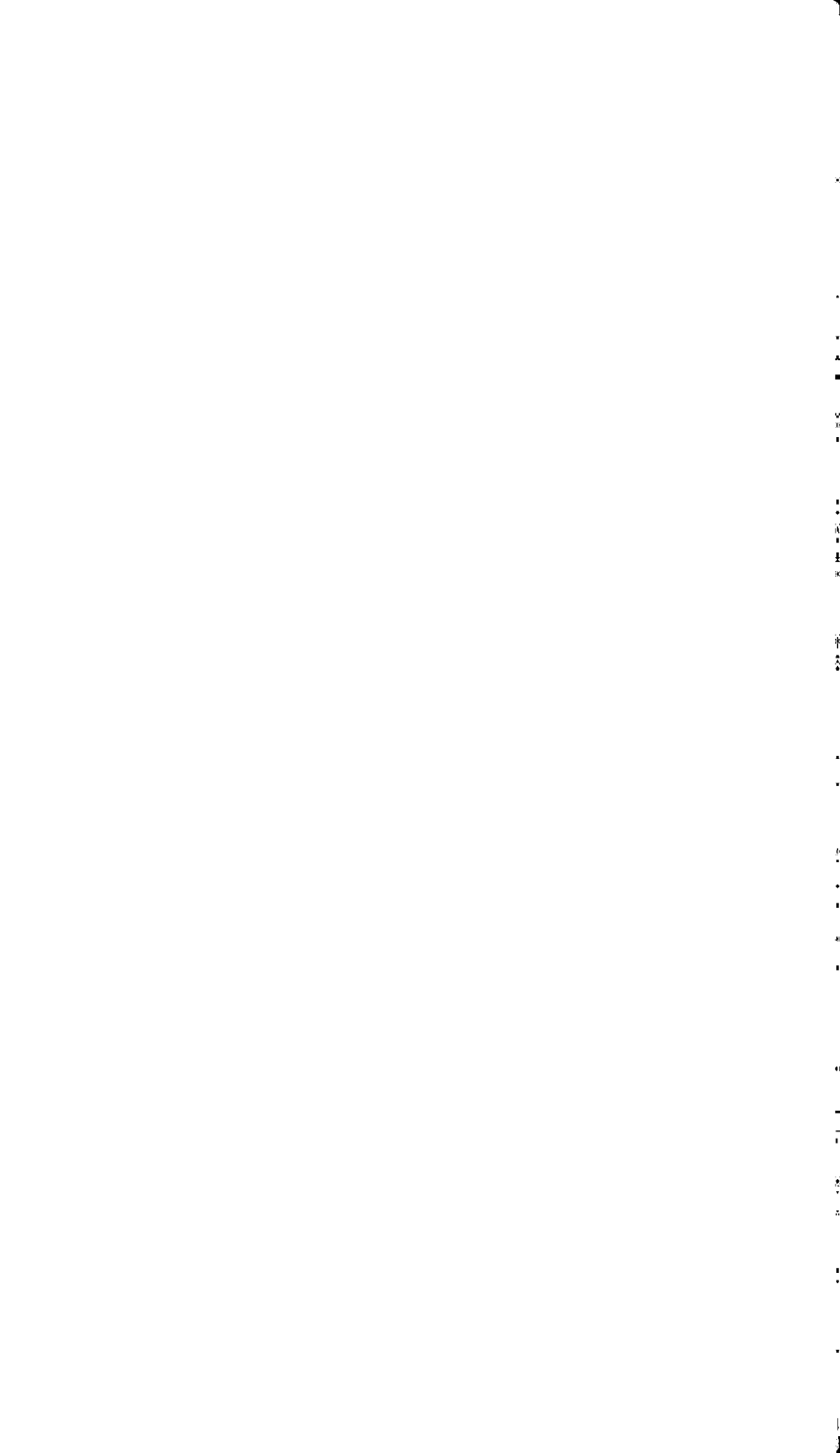


## Biblio-hemerografía

- AGUILAR DE LA TORRE, Manuel. «Abigael, la olvidada presencia», *Diorama de la Cultura*, suplemento dominical de *Excélsior*, México, D.F., 16 de abril de 1978.
- BOURDIEU, PIERRE. «La metamorfosis de los gustos», en *Cuestiones de sociología*, traducción de Enrique Martín Criado, AKAL, Madrid, 2008.
- CIRLOT, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*, Ediciones Siruela, Madrid, 2003.
- GARRO, Elena. «El rastro», en *Obras reunidas II. Teatro*, Fondo de Cultura Económica, México, 2009
- GARCÍA RIERA, Emilio. *Breve historia del cine mexicano. Primer Siglo. 1897-1997*, CONACULTA-IMCINE-Canal 22, México, 1998.
- GOUTMAN, Ana. «Papel de la crítica en el teatro contemporáneo o las condiciones de la comunicación tal como se instituyen en los medios», en *Estudios para una semiótica del espectáculo*, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 1995.
- GRACIDA, Ysabel. «Abigael Bohórquez: su vida y sus muertes», *El Universal*, sección Cultura, México, D.F., 6 de septiembre de 1996.
- HUERTA, Efraín. *Poemínimos completos II*, Universidad Autónoma de Puebla-Verdehalago, México, 2000.
- HUTCHEON, Linda. «Ironía, sátira, parodia», en AA. VV. *De la ironía a la grotesco en algunos textos literarios hispanoamericanos*, UAM-Iztapalapa, México, 1992.
- KULKA, Tomás, et. al. *El kitsch*, Madrid: Casimiro, 2011.
- LARES, Ismael. *Abigael Bohórquez. La creación como catarsis*, Fondo Editorial Tierra Adentro, núm. 451, México, 2012.
- MAGAÑA ESQUIVEL, Antonio. *Medio siglo de teatro mexicano*, Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1964.

- MORALES, Dionisio. «Se te ha ido la vida, Abigael Bohórquez», *El Sol de México en la Cultura*, suplemento dominical de *El Sol de México*, 5 de octubre de 1975.
- OLGUÍN, David. «El 'cacharro' de Mesones 42: Teatro de Ulises», en David Olgúin (compilador), *Un siglo de teatro en México: CONACULTA-Fondo de Cultura Económica* (Biblioteca Mexicana), México, 2011.
- PALOU, Pedro Ángel. «Prólogo», en Héctor Azar. *Obras. Dramaturgia y teoría escénica I*, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), México, 1998.
- PAVIS, Patrice. *Diccionario del teatro*, traducción de Jaume Melendres, prefacio de Anne Ubersfeld, Paidós, Barcelona, 1998.
- SALCEDO, Hugo. «La obra dramática de Abigael Bohórquez. Estudio premilinar», en *Noroestiada. Textos dramáticos*, CONACULTA-INBA-CECUT-CAEN (Los Inéditos), 2002.
- TIBÓN, Gutierre. *Diccionario etimológico comparado de nombres propios de persona*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.
- UBERSFELD, Anne. *Semiótica del teatro*, trad. y adaptación de Francisco Torres Monreal, Cátedra-Universidad de Murcia (Signo e Imagen), Madrid, 1998.
- UNGER, Roni. *Poesía en Voz Alta*, traducción de Silvia Pélaez, INBA-UNAM, (Colección Teatro), México, 2006.
- WHITE, Genoveva. «La madrugada del centauro», *Revista de la semana*, suplemento dominical de *El Universal*, México. D.F., 16 de junio de 1968.

Dramaturgia reunida  
Abigael Bohórquez



# Ave Fénix, levántate y expira

Pieza melodramática en un acto  
dividido en dos territorios y  
varios desvanes

## PERSONAJES

Stella del Mar: Diva, 60 años	Rossi: Amante de Carlos, 21 años
Damián: Escritor, amante de la Diva, 30 años	Adela: Madre de Damián, 50 años
Nené: Amigo y vecino de la Diva, 55 años	Willy de la Garza: El debutante, prospecto de la Diva, 22 años
Carlos: Amante de Damián, 24 años	

*La acción: alterna entre la ciudad de México, D.F., y Guadalajara, Jalisco. Otoño de 1968.*

## ESCENOGRAFÍA

*Plano 1. La azotea de un edificio de dos plantas en la ciudad de Guadalajara, y en la que puede advertirse, a la izquierda, un cuarto grande, descubierto al público y dentro del que se miran: una cama, un librero, mesa y silla, un locker donde se guardan*

trastes, víveres; un toca cintas, un perchero y un arcón. Pósters a colores en la pared del fondo con aviones, dirigibles, helicópteros, la Monroe, Elvis, el Che Guevara; todo en el cuarto es acogedoramente ordenado; la puerta de entrada a la habitación se abre a la derecha hacia la azotea; este plano se localiza al fondo alto y se ascenderá a él por un pasillo que viene de la calle, fuera de escena, con entrada por el área derecha y que, el escenógrafo pudiera hacer visible; podrían colocarse macetas con geranios en el pretil y jugarse el cielo, ya de día, ya de noche, en el ciclorama, cuando la acción ocurra en la azotea.

Plano 2. Sala o estancia de una casa o apartamento elegante en la ciudad de México, área abajo del escenario, más hacia el proskenio para que sea fácil diferenciar ambos planos. La estancia, alfombrada, está ocupada con mullidos sillones, un sofá, mesitas, flores de papel crepé «mexicanísimas», un teléfono, consola, bar, espejos, plantas de sombra «de plástico», retratos al óleo de Stella del Mar, cojines de telas «vaporosas» sobre los sillones y la alfombra.

Libros, vasijas con caramelos, una caja de pañuelos desechables, una agenda de mesa (el diario), y sobre un pedestal resalta una estatuilla de bronce (El «Ariel» cinematográfico) premio otorgado otrora a «La Diva» por una película. Salida a la derecha que conduce al exterior; a la izquierda salida que lleva al comedor y cocina y puerta centro arriba que conduce a las recámaras. Lados: los del actor.

Tema musical alternativo: «Cuando tú no estás», interpretado por Raphael.

## PRIMER TERRITORIO

### ESCENA I

*Son las siete de la mañana. Se escucha el tema musical «Cuando tú no estás». De la cocina llegan sonidos de licuadora, trastos, alguna vocecita de mujer siguiendo la letra de la canción, algo así... «nada soy sin Laura, sin Laura, sin Laura...»*

VOZ DE STELLA: *(Desde la cocina, al exterior, hacia la cochera)*

José, ya encienda el automóvil para llevar al señor a Relaciones. Recuerde que hay disturbio de estudiantes en Tlatelolco. Váyase con mucho cuidado.

*Sale a escena Stella del Mar. Es una mujer madura de unos sesenta años. Con vestigios de haber sido hermosa. Trae el rostro brillante de cremas y sujeto su cabello con una pañoleta anudada hacia atrás: viste bata de casa, holgada, elegante, como un «kaftan». Es mujer de cierta estudiada pulcritud de movimientos, ¿cómo si actuara?, pero de porte y personalidad características. Su voz es grave, modulada. Habla hacia la puerta que conduce a las recámaras.*

STELLA: Mi amor, se te va a hacer tarde. *(Se advierte alegre, entra por la puerta del fondo llamando)* Damián, cariño. *(Regresa acompañada por Damián, que es un hombre bello, blanco, de buena complexión, de unos ¿30 años? Viste muy casual. Su voz es cálida, amorosa, su actuación jamás será afectada, afeminada)* Te prepararé un club sándwich.

DAMIÁN: ¿Por qué estás de cocinera?

STELLA: Para ti. Me gusta hacerlo.

DAMIÁN: No tengo apetito. Ya no me da tiempo, Stella.

*Ella lo lleva de la mano hasta la cocina.*

STELLA: Siquiera el jugo, querido.

*Mutis de ambos a la cocina. Ruido de auto que enciende y claxon que suena. Damián sale de la cocina con el vaso con jugo en una mano.*

DAMIÁN: (*Gritando al chofer*) Voy.

*Se bebe el jugo apresuradamente. Sale Stella de la cocina.*

STELLA: Tranquilo. (*Le toma el rostro con ambas manos y lo besa en la boca*) Tranquilo, mi amor. (*Recoge el vaso. Regresa rápidamente a la cocina*) Llévate el lonch. (*Entra a la cocina. Damián toma un kleenex y se limpia con cierto asco los labios. Vuelve Stella trayendo un pequeño envoltorio de plástico*) Toma, te dará hambre. Te lo hice yo. (*Damián obedece*) ¿Regresarás? ¿Pasamos por ti? (*Claxonazo*)

DAMIÁN: No sé. Quizá no vuelva hoy. Si puedo te hablo. No he visto a mi mamá. (*Sonríe encantadoramente*) Por ti.

STELLA: Hay alboroto en las calles. Cuídate.

*Le besa la mejilla. Lo abraza. Nuevo claxonazo. Él se desprende casi bruscamente de ella.*

DAMIÁN: Háblale a mi madre. Dile que voy.

STELLA: (*Asiente*) Sí, mi vida.

*Mutis de Damián. Sonido de auto que arranca. Ella queda como arrobada. Luego se dirige a una de las mesas. Toma la agenda o diario y anota algo.*

STELLA: Anoche estuvo más dulce que nunca. Hoy sí...

## ESCENA II

*Entra del exterior Nené, cincuentón afeminado, calvo, desagradable; viste bien.*

NENÉ: Ya se le ve repuesto a tu galán. Cuando aterrizó aquí la primera vez era un esqueletito.

STELLA: No empieces.

NENÉ: ¡Ay, sí!; ya te vio la cara de cebadora. Y para el caso que te hace. Con el dinero que inviertes en engordarlo, ya hubieras podido comprarte algo mejor.

STELLA: Cómo eres ordinario. Me confundes.

NENÉ: ¡Ay, Stella!, estás ciega, no te hace ver el calor.



STELLA: Por supuesto que no me hace ver (*aclara*) el amor; porque estoy ciega de todo, de alegría, de pasión, de sexo, de amor.

NENÉ: (*Refiriéndose a Damián*) ¿Cuántos años tiene?

STELLA: Treinta.

NENÉ: (*Suspira*) ¡Ay, pobre de ti!

STELLA: ¿Pobre, por qué? Por primera vez en mi vida he sido feliz. Por él conozco el placer de la entrega tan sólo concebible entre sus brazos, y el placer de sentir que desfallece el alma ante la dicha de mirarlo. Le ofrezco todo lo que tengo y lo que soy y no puedo hacer más. Ahora valorizo lo maravilloso que fue Papis, sin recibir nunca mi cuerpo, ni mi amor, sólo el otro amor, el fraterno. Con Damián he aprendido muchas cosas que desconocía. Vivo.

NENÉ: Se ve. No hablabas igual cuando lo conociste.

STELLA: No.

NENÉ: Ni gastabas igual.

STELLA: Cómo te preocupa. No me perjudica.

NENÉ: Mira, no me preocupa, ni me importa, ni estoy metiendo mi cuchara nada más porque sí. Somos muy viejos amigos, desde que era yo secretario de Papis, tu marido, para qué te lo digo. Por ustedes levanté la casa aquí enseguida, y gracias al apoyo de los dos, me jubilé sin presiones económicas, pero esto ha ido demasiado lejos; si al menos éste viviera contigo, no que se está por acá de vez en cuando; llega, pisa y corre.

STELLA: Vivirá aquí. Cuando sea el momento. Cuando nos casemos.

NENÉ: ¿Qué? Estás súper loca. Te ha llenado la cabeza de humo con casorios, para luego quedarse con todo y darte una patada en las nalgas.

STELLA: He sido yo la que ha estado pensando en casarnos.

NENÉ: Peor. Pero sí, ¿quién es él?, un escritorsete que conociste en una lectura de sus versos en una de esas salas

de arte de la Alameda y quedaste patitiesa. Te enloqueció. Hasta tembló esa noche, acuérdate, primero de julio y yo te acompañaba. Lo invitaste a cenar y ahora tiene hotel. Lo lleva don José a Relaciones, tú lo recoges, le compras ropa, lo atiborras de enlatados, *patés de fuá*, trufas, mariscos ahumados, caviars y whiskys y hasta champaña, cuando en su perra vida sólo conoció la machaca de su pueblo. ¿No ves que es una «loca» que sólo ve en ti la mina de oro y un escalón para subir? Hasta esa película que tramas tiene libreto de ése. Cualquiera te lo reprocharía; deja que se entere la prensa: «Stella del Mar, aquella *star* de la época de oro del cine parlante y un joven escritor desconocido viven romance chueco». Pásale el chisme a Barrios Gómez, me desconciertas. Tú, toda una dama, una aristócrata, llegada al cine esplendorosamente bajo la tutela de Portes Gil, dejándose explotar por un Octavio Paz ranchero. Qué cosas.

STELLA: Basta. Me lastimas.

NENÉ: Es que no lo entiendo.

STELLA: ¿Por qué tienes que entenderlo tú?

NENÉ: ¿Qué tiene ése que te trastorna, que te hace parecer como chiflada?

STELLA: Su modo de tenerme. Y estoy perfectamente lúcida. No estoy despilfarrando mi dinero; Damián no me explota; viene cuando puede, se queda a dormir cuando quiere; me habla por teléfono si lo desea; don José lo lleva y lo trae si esa es la necesidad; es tierno y cariñoso conmigo; hacemos el amor sin exigencias, me acaricia, me canta. Si le doy dinero es porque con la miseria que gana, apenas puede sostener a su madre, que todavía tiene que ayudarse con abonados del edificio de Donceles, donde viven. ¿Entonces, víbora?

NENÉ: Si lo oyera tu marido...

STELLA: Si lo oyera. Pero está muerto. Fíjate que el Papis sería muy feliz si lo escuchara. Todo lo que me alegrara, me satisficiera, también a él le daba contento. Yo era su niña reina, por eso en los treinta años que duró nuestra unión, jamás recibió mi cuerpo. Me respetó siempre, yo era su Estrella, él me bautizó como Stella: Estrella. Él me hizo una estrella. Por su amor, por su fe en mí y por mi talento gané ese Ariel como la mejor actriz del año por aquella película memorable. Nunca llegó hasta mi cama para tomar lo que era de él.

NENÉ: Puros rollos del mar Muerto. Lo he escuchado desde que ganaste ese mono. A lo mejor te lo compraron en la Lagunilla.

*Stella no escucha.*

STELLA: Por eso es que yo no sabía qué era el sexo. Ya lo sé.

NENÉ: Y te has dado a Lord Byron como desbocada. No tarda mamá en venir del más allá a comerciar la boda del vate.

STELLA: Que venga. Diré que sí. ¿Quién más y mejor pudiera pretenderme?

NENÉ: Eres rica. Cronológicamente famosa. Podrían pretenderte otros tan ricos como tú.

STELLA: Y tan viejos como nosotros.

NENÉ: Importa tu seguridad, mujer.

STELLA: Estoy segura. No me conmoverás.

NENÉ: Y esa película. Qué horror, qué riesgo. Es un despilfarro. ¿Vas a producirla?

STELLA: Puedo producirla. Tal vez sea la última. Pero la mejor.

NENÉ: No es muy fácil volver después de tanto tiempo.

STELLA: Conservo mi prestigio. Mi nombre: Stella del Mar.

NENÉ: Pero en los cines clubes, cuando te dirigió «El perro andaluz». Tu estilo de actuación ya no se usa: hieratismo, sólo primeros planos, caballada, rebozos.

STELLA: Mi otro estilo de actuación lo descubrirá el director que yo contrate y de acuerdo con la unicidad de la cinta.

NENÉ: Ahora el cine es otro.

STELLA: Más pobre, más vulgar, más indecente, pero haremos una película de festival.

NENÉ: Festival, pero de risa loca. Hay que retirarse con dignidad como ya lo hiciste. No fingir que te vas. De hambre no estás muriéndote. Tantas han vuelto para luego ofrecerse lastimeramente ridículas con papeles de nanas o madrotas. Además, estás casi sorda. (*Es verdad. Pausa angustiosa*) Perdóname, es que te aprecio mucho, Stella.

STELLA: (*¿Sin oírlo?*) Mi película será un éxito. Triunfaremos.

NENÉ: Se irá más pronto.

STELLA: No me dejará. No si yo quiero. Nos conocemos profundamente y nos necesitamos ambos.

NENÉ: Y, ¿si él encontrara un alma como la mía, «María Greever», que se amaran, qué dirías, qué harías?

STELLA: No lo creo. (*Toma un retrato de Damián de una de las mesas*) Mira su rostro; hay una gran nobleza en su apostura; su mirada es firme, limpia, no miente, Nené.

NENÉ: Sólo estoy previniendo, yo también soy como él.

STELLA: Tú no tienes talento.

NENÉ: Pero sé qué nos pasa cuando el mundo se nos pone al revés en la mirada de otro hombre.

STELLA: Voy a consentirlo, voy a llenarlo de amor, no será lo que tú dices. Nadie lo quiere junto a mí, pero no me importa porque lo amo.

NENÉ: El alcohol y las latas no son el amor. ¿Ya se lo has preguntado?

STELLA: No hace falta.

NENÉ: Pues acláratelo.

STELLA: ¿Para qué? Lo tengo. Es mío.

NENÉ: Ciega. Sorda. Y hasta loca. (*Suena el teléfono. Nené contesta*) Residencia de la señora del Mar. (*Cubre la bocina. Le habla a Stella*) Te habla la madre de Rimbaud. ¿Estás?

STELLA: Estoy. *(Toma la bocina. Habla con fingida cordialidad)* Adela, mi reina, qué alegría escucharte. ¿Te pidió que me hablaras? ¿Un recital de él y Griselda en Guadalajara? No sabía. Quizá se le olvidó, salió tan aprisa. A ver si me habla de allá. Qué pena, mi reina. Bueno, es su vida. Ya sabes que yo no lo detengo, es su trabajo. Lo adoro.

NENÉ: *(Murmura)* Dios las envejece y ellas se juntan. Pendeja.

STELLA: *(Al teléfono)* Podríamos comer juntas mañana. Pasará don José por ti a las doce, mi amor. Adiós, Adela. Hasta mañana. *(Cuelga. A Nené que la observa inquisitivamente)* ¿Por qué me miras así?

NENÉ: Sólo dos mujeres de la tercera edad podrían entenderse tan bien.

*Oscuro sobre el área. Inmediatamente después se enciende el otro plano: la azotea. Damián entra de prisa. Atraviesa la terraza y toca a la puerta del cuarto de Carlos. Damián carga una mochila de tamaño medio muy abultada. Repleta. Carlos en el cuarto canta a la par que el casette la canción con Raphael: «...yo no sé si el mundo es el de siempre... pero yo lo veo diferente... cuando tú no estás...» Tirado sobre la cama. Carlos es esbelto. Armonioso. Moruno tipo costeño, muy atractivo. Viste ropa caqui del Ejército del Aire. Es jovial y risueño, muy dado a bromear, despreocupado, se incorpora para abrir la puerta. Ha atardecido.*

### ESCENA III

CARLOS: *(Alegremente sorprendido)* Damián. *(Se abrazan. Damián entra. Avienta el maletín en alguna parte. Carlos cierra la puerta)* No te esperaba, no me avisaste. *(Se besan infantilmente boca a boca).*

DAMIÁN: *(Se tira sollozando sobre la cama)* Perdóname.

CARLOS: ¿Qué ocurre?

DAMIÁN: No puedo más. Tantas horas de camino, lo nuestro tan arrebatado, esa mujer; me han puesto mal. Estoy harto. (*Llora*)

CARLOS: Cálmate (*Toma un pañuelo y le seca los ojos*) Son cosas que tú tramaste. No sé para qué. Yo no te las pedí. Todo estaba bien así, viéndonos cada vez que podías venir de México. Hubiera ocurrido lo mismo sin esa rémora.

DAMIÁN: Te quiero tanto.

CARLOS: Yo también. Porque nos tenemos.

DAMIÁN: ¿De veras?

CARLOS: Cuando te conocí sentí rechazo; no pensé que llegaríamos a ser todo esto que ahora somos; que un simple encuentro casual como aquel, nos convirtiera en esta unión extraña al principio, como tan amorosa ahora para mí.

DAMIÁN: Y tan frágil, tan lejos.

CARLOS: Quizá sea mejor así; nos vemos con más deseo.

DAMIÁN: Esa mujer...

CARLOS: Tú lo quisiste.

DAMIÁN: Estás pobre y estoy pobre; burócratas de mierda es lo que somos.

CARLOS: No necesito dinero. Con mi sueldito estoy más o menos. No tengo a quien sostener. ¿Necesario que vendieras placer a la estrella que vino del mar? (*Ríe*)

DAMIÁN: (*Consigue sonreír*) Para que estuvieras mejor.

CARLOS: Estoy bien. Con mi trabajo en el Colegio del Aire me basto. Siempre tengo un poco de dinero.

DAMIÁN: Eso lo sé. No me lo pides. Tampoco es una forma de retenerte. Los dos somos libres y maduros. Lo hago porque me nace. No lo veo mal. Ella me lo da. Yo te lo doy a ti.

CARLOS: Pero no es necesario. No fumo, no tomo, no despilfarro, no voy con las mujeres, sólo estoy para ti para cuando llegas. ¿Ya estás bien, te sientes mejor así?

DAMIÁN: Ya. Si vieras cuando estoy junto a ella. Cuando debo abrazarla, que tengo que besarla o dejar que me bese, que debo dormir toda la noche junto a ella y penetrarla, cierro los ojos y pienso en ti para tener una erección. Es como si fuera a la cama con la mujer tortuga. Luego escribe un diario abierto para chantajearme. Un día escribió:

VOZ DE STELLA: «Tuve que ir a la clínica privada porque necesitaba enfermera y otras cosas; hubiera podido enterarse todo el mundo; tenía dos meses, fue raspa, me dolió; ya tengo medicinas para no sufrir problemas futuros, pero... ¿habrá futuro? Qué horrible lo de nuestro niño, no puedo olvidarlo, pero qué habríamos hecho los dos sin D».

DAMIÁN: ¿Te imaginas, a su edad? Que se lo crea su chingada madre, por favor.

CARLOS: ¿Por qué no la dejas? ¿Para qué sufres?

DAMIÁN: No sé por qué no la dejo, no sé.

CARLOS: La amas.

DAMIÁN: No. Jamás lo había hecho con mujer, mucho menos había pensado siquiera hacerlo con una mujer así, tan vieja. Por ti fui capaz de todo eso para que estuviéramos así.

CARLOS: Nunca lo había hecho con un hombre, pero contigo esa experiencia me trastorna, porque me descubres zonas de amor no pensadas, sensaciones orales que pudieran avergonzarme. No contigo. Estamos parejos.

DAMIÁN: Pero tú lo aceptas conmigo. Yo no puedo... con ella. Y... ¿ya tienes amiga, novia...?

CARLOS: Material desechable.

DAMIÁN: Pero «mujer».

CARLOS: El «hombre» ya lo tengo. Tú.

DAMIÁN: Podrías descuidarte con... errores.

CARLOS: ¿Cómo crees?

DAMIÁN: Que te comprometieran.

CARLOS: Conmigo no funciona el viejo truco.

DAMIÁN: ¿Podría quedarme esta noche en tu cuarto, no alquilar un hotel?

CARLOS: Qué mejor. *(Damián abre su maletín. Carlos juega)*  
Claro. Así no te escaparás, grrrrr. *(Lo oprime contra su cuerpo)*

DAMIÁN: Espérate. Deja sacar toda esta mercadería.

CARLOS: *(Canturrea)* «¿Qué me trajiste, mamá, cuá, cuá, qué me trajiste, cuaracuacuá?» *(Damián va arrojando sobre la cama botellas, latas, golosinas y frutas)* No tienes remedio.

DAMIÁN: *Paté de fuá* con trufas, caviar, ostiones ahumados, aceitunas con almendras, fruta seca, mazapanes, tinto, whisky, dátiles, higos, champaña, carne seca de venado y... esta billetera *(Carlos hace un gesto de reproche)* es de piel de mamut, guárdala, no protestes.

CARLOS: ¿Lo ves?

DAMIÁN: Guárdala, luego verás lo que esconde. *(Carlos arroja la billetera en el arcón)* Más tarde iremos a cenar, ¿no?

CARLOS: Pozole.

DAMIÁN: Birria. Lo que quieras. Descorcha una botella de tinto. Yo abriré una lata de pistaches. Podrás tomar un poco. No más.

CARLOS: No más. Pero ocultaremos antes esta despesa escandalosa. *(Empieza a guardar en el arcón latas, botellas y paquetes)* Qué exageración.

DAMIÁN: *(Mientras Carlos descorcha la botella de tinto)* Ella las compra para mí y yo las gozo contigo. Juego completo. *(Carlos sirve el vino en unas copas que saca del locker)* Podrías invitarle una botana a tu amiguita.

CARLOS: ¿Cómo crees? Esa es de sopes. *(Carlos toma una hoja de papel, una pluma y una chinche y escribe: «Inútil llamar quien sea. No estoy»)*

DAMIÁN: ¿Qué escribiste?



CARLOS: Inútil llamar quien sea. No estoy. Lo clavaré en la puerta. *(Lo hace. Regresa riendo maliciosamente)* Sobre aviso no hay engaño. *(Damián ríe moviendo la cabeza a uno y otro lado. Toman sus copas)*

CARLOS: *(Levanta su copa)* Un poco. A tu salud. Porque has venido. *(Se sientan muy juntos sobre la cama)*

DAMIÁN: Por esta alianza. *(Bebe el vino de un solo trago)*

CARLOS: *(Bebe de igual manera)* Por ti. ¿Apeteces un poco más?

DAMIÁN: Después.

*Carlos deja los vasos sobre la mesa y comienza a desnudarse mientras va bajando muy suavemente la luz del cuarto.*

CARLOS: ¿Apago la luz?

DAMIÁN: *(Desnudándose)* Y esa casettera. Podría venir alguien. Y escuchar.

CARLOS: ¿Escuchar?

DAMIÁN: El amor.

*Se abrazan desnudos. Se desvanece la luz en el cuarto.*

#### ESCENA IV

*La azotea se ilumina con luz de luna llena. Aparece en la azotea una muchacha de unos veintiún años, bonita, muy moderna, vestida como hippie elegante. Es Rossi, con toda la apariencia de ser rica. Se detiene, mira el cuarto a oscuras. Consulta su reloj. Va hasta la puerta. Va a tocar pero mira el recado. Lo lee. Se encoge de hombros. Hace una bola de papel y lo lanza a la calle ganando la salida. Mutis.*

#### ESCENA V

*Media luz en la sala del departamento de Stella: está sentada, anota en su diario. Permanece la luz de luna llena sobre la azotea de Guadalajara. Stella fuma.*

STELLA: (Anotando) Hoy no.

*Se escucha la música incidental de «...nada soy sin Laura, sin Laura, sin Laura...»*

*Oscuro brevísimo.*

### *Desván I*

*Acción simultánea en los planos. Sentado sobre el pretil de la azotea, Carlos mira a la distancia. Sostiene en su mano una hoja de papel. Una carta. Desde el cuarto se escucha: «...yo no sé si el mundo es el de siempre...» En la sala del departamento, Stella y Damián ensayan una escena del script de la película. Sobre el pretil de la azotea Carlos conserva una copia del libreto del que, en su oportunidad, leerá los parlamentos correspondientes. Habrá un enlace de parlamentos entre Carlos y Damián, como de pensamientos y a través de la enorme distancia. Es media tarde. Domingo. Entran a escena Stella y Damián que trae un grueso legajo de cuartillas —el script— entre sus manos, mientras Carlos lee la carta y se escucha la voz de Adela:*

VOZ DE ADELA: «Carlos. Te escribo para pedirte un favor. Sé a fondo que has conseguido el amor de mi hijo en una forma sucia, y de esta manera me lo has arrebatado. Le estorbas como tú comprenderás para su mejoría en el trabajo, y si él sigue contigo me pierdo porque no me volverá a ver y eso quedará en tu conciencia. Te pido por el honor y la salvación de tus padres que termines todo con él. Para mí es muy vergonzoso todo esto. La maldición de una madre desesperada siempre llega, no me obligues a maldecirte. No quiero que le escribas ni que lo busques en ninguna forma, porque si no lo dejas en paz y sigues con él, yo hablaré con su jefe aunque pierda mi hijo su trabajo y me pierda a mí. No le comuniques nada de esto a mi hijo. Como madre destrozada te pido

que me des tranquilidad y la confianza en él que es mi vida y lo único que tengo. Adela».

*Carlos queda pensativo. Luego empieza a hojear el script de la película.*

DAMIÁN: No, Stella. Ten en cuenta los antecedentes mediatos de tu personaje.

STELLA: Ay, mi vida, no me estés trabajando como para el teatro; el cine es imagen.

DAMIÁN: Pero una imagen, sin la carga vivencial del personaje, será una mona carita en la pantalla, pero de piedra. Ten en cuenta que en esta escena ella lucha desesperadamente entre su moral y el deseo; entre todavía su recato de pueblo y lo que ya olvidó en el ayer: el calor de un hombre, un hombre que de tal manera la trastorna tanto ahora, que llega a cometer eutanasia con su madre moribunda.

STELLA: Actúala tú primero, mi amor. Yo te veré. Te aseguro que aprenderé de ti. Algo he perdido de soltura, de pericia, en tantos años de inactividad, entiéndelo. Tú conoces mejor el personaje. Es tuyo.

DAMIÁN: Te corroe la pereza. Mira, él está, como sabes, en su cuarto, escondido desde hace días, muchos días, huyendo de la judicial que lo rastrea. Ella lo retiene ahí, a salvo, porque lo ama. *(La voz de Carlos será la del bandolero. Damián deberá actuar el papel de la soltera. Stella, sentada sobre el sofá en postura yoga de medio loto, observa interesadísima. En su oportunidad bajará del sillón para actuar)* Llega esta mujer al cuarto del bandolero; ella acaba de despedir al Comandante de La Acordada, que sabe de cierto que el bandido se encuentra en esa casa, pero por amor a la mujer, un viejo amor de jóvenes, sólo la previene de que sea cautelosa. El prófugo ha escuchado todo detrás de la puerta.

*Deja el script sobre un mueble. En ocasiones habrá réplica de Carlos en el desarrollo de la escena, como el bandolero. Al-*

*gunas veces Stella como la mujer. Sin embargo, regularmente, Damián será el hombre y la mujer en pugna. La escena, en sus diferentes encadenamientos de personajes, debería ser actuada preferentemente memorizada y con vehemencia.*

DAMIÁN/ELLA: ¿Qué piensas hacer?

CARLOS/ÉL: Huir. Al precio que sea. Tú me darás el dinero.

DAMIÁN/ELLA: Si me llevas contigo.

CARLOS/ÉL: ¿Tienes mucho dinero?

STELLA/ELLA: El suficiente como para comprar tu libertad.

CARLOS/ÉL: Y destruir la tuya.

DAMIÁN/ELLA: La mía está destrozada desde tu llegada.

Tendrás que llevarme si quieres dinero. Te deseo.

CARLOS/ÉL: No me seguirías. Estás muy llena de todo esto.

STELLA/ELLA: Te seguiría. Te amo.

CARLOS/ÉL: Tendría que ser ahora.

DAMIÁN/ELLA: Será.

CARLOS/ÉL: El gavillero sospechó de tu desasosiego.

DAMIÁN/ELLA: Lo sabe. Por eso tiene que ser hoy. Me llevarás, ¿verdad?

CARLOS/ÉL: Te llevaré.

STELLA/ELLA: En el trajín de la muerte podrías vestir ropas de criada. Nos iremos cuando estén todas amortajando a Proserpina.

CARLOS/ÉL: ¿Por qué aseguras que morirá?

STELLA/ELLA: Si no muriera mi madre, yo no saldría de la casa para seguirte, y antes que raye el sol mi madre estará muerta.

CARLOS/ÉL: ¿Cómo nos iríamos del pueblo?

DAMIÁN/ELLA: A caballo, hasta la frontera.

CARLOS/ÉL: ¿Caballos...? ¿Y cómo...?

DAMIÁN/ELLA: Los hay muy buenos en el pueblo; durante el día, las sirvientas fueron a procurarlos entre la yacuría. Los indios callan cuando se les paga bien. No descansaría hasta estar bien lejos del pueblo, limpia

de ladridos, tendida a remojar me bajo los palofierros,  
con tu lluvia menuda.

CARLOS/ÉL: ¿Cómo escaparíamos, con toda la soldadera  
pendiente?

DAMIÁN/ELLA: Los caballos estarían listos donde tienen que  
estar. Lo demás déjalo por mi cuenta.

CARLOS/ÉL: No entiendo cómo has podido decidirte. Eras  
puerta de un cuarto a oscuras que sólo podría abrirse  
con la muerte de tu madre.

STELLA/ELLA: Ahora soy un incendio que devastaría hasta  
las cosechas. La muerte de mi madre sonará en la  
última campanada de las espuelas. Por mis tejidos  
ebrios las ruinas de la soledad están cayendo. Las  
yeguas de mi sexo están dando coces.

CARLOS/ÉL: Pero todo esto, tu casa, lo que te pertenece,  
¿cómo puedes abandonarlo así, sin más, como quien  
se desnuda para darse al amante?

DAMIÁN/ELLA: Tú serás el amante.

CARLOS/ÉL: ¿No tienes miedo?

DAMIÁN/ELLA: A ti. Como a una torre que se me viniera encima.

CARLOS/ÉL: ¿Y, esta gente... tu pueblo?

STELLA/ELLA: Ya hablarán. Pero mi libertad es más fuerte  
que todas sus lenguas. Que se haga la consumación.  
Nada me importa con tal de irme por el aire de afue-  
ra, aspirando el aroma de la aurora. Siempre envi-  
dí al cardo simple de los caminos y a la tórtola. Soy  
como una tórtola cautiva; pero mis alas se abrirán  
para irme por el alba hasta mi liberación.

CARLOS/ÉL: Tal vez yo no te sirva como compañero. Soy  
hombre de mí mismo. Pero me alquilas. Sea.

DAMIÁN/ELLA: Porque te amo.

CARLOS/ÉL: Podrías encontrarte con mi desprecio aguar-  
dando bajo las sábanas.

DAMIÁN/ELLA: O en el pasto, o en el polvo, o en el rocío.  
Pero volvería a lavar sábanas sucias para retenerte.

CARLOS/ÉL: Y, ¿la muerte?

STELLA/ELLA: Me enfrentaría a ella. Tú eres la última ventana que se me abre. La delicia que busco tal vez me pesará, pero debe caer primero mi dignidad ridícula y luego, todo lo que dispongas.

CARLOS/ÉL: No deberías seguirme.

DAMIÁN/ELLA: Pero tú quieres huir.

CARLOS/ÉL: Me alquilas una fuga y yo tengo que llevarte.

DAMIÁN/ELLA: De otra manera, no.

CARLOS/ÉL: Y... ¿si me fuera sin ti?

DAMIÁN/ELLA: Los rifles de la guachería hablarían por mi rencor.

CARLOS/ÉL: Eres capaz de todo.

STELLA/ELLA: De todo, con tal de apagar esta lumbre que día y noche me sube por los huesos, que entreabre mis piernas y no me deja estar quieta. Toma. Son diez mil dólares. Guárdalos tú. Serás tú el que deje caer la mano.

*Stella y Damián, o sus personajes, se besan ostensiblemente. Simultáneamente entra Rossi a la terraza corriendo hacia Carlos y se abrazan y se besan ¿con idéntica pasión?*

STELLA: Lo entendí perfectamente.

DAMIÁN: *(De capa muy caída)* Llévame, soy tuyo, Stella, soy tuyo, llévame.

STELLA: Ven.

*Mutis hacia las recámaras. Oscuro en la sala. Carlos y Rossi han entrado en el cuarto donde se enciende la luz, se sientan sobre la cama, muy juntos: Rossi se descubre como es.*

## *Desván II*

CARLOS: *(Mostrando cosas de su locker, abriendo el arcón y señalando)* Escoge lo que quieras, toma, abre la lata que desees, almaceno frutas secas, pistaches, queso

suizo, arenques, ostiones ahumados, vino blanco del Rhin, dátiles, exoticismos; todo lo guardo para ti.

ROSSI: (*Mirando las etiquetas de las latas y botellas*) ¡Ah, cabrón!, ¿cómo sabes pues de vino y todo esto? Tinto, vermouth, caviar, cabezas disecadas; esto es carito, carnal.

CARLOS: Ya ves. También tengo champaña. (*Se la muestra dentro de una cubeta con hielos*) Como pensé que vendrías quise agasjarte.

ROSSI: (*Sorprendida*) Oye, ¿pero cómo le hiciste? De veras son importación, bato.

CARLOS: A cosas mejores estarás acostumbrada. (*Le da una copa*)

ROSSI: Pero no tan cerca de alguien tan especial como tú, cariño. (*Descorchan la botella. El tapón se dispara. Carlos sirve las copas*) Vamos a brindar.

CARLOS: Tú primero.

ROSSI: Sale vale. (*Alza su copa*) Porque se muera mi padre.

CARLOS: Y... ¿eso?

ROSSI: No me deja ver a otro hombre, mucho menos a ti, me prometió liquidarte; él ha de ser el único.

CARLOS: Pero, ¿lo sabe?

ROSSI: Se lo dije, *of course*. (*Toman*) No seas miedoso. Yo mando.

CARLOS: Y hoy, ¿cómo le hiciste?

ROSSI: Se fue a Vallarta, me encargó con los gorilas.

CARLOS: Que son hombres.

ROSSI: Con una mordidita me escapé del guaruraje.

CARLOS: Pero que no se muera tu padre, Rossi; es de pésimo gusto. (*Siguen tomando*) ¿Quieres botanear algo de estas menudencias?

ROSSI: Luego. ¿Quieres que te diga una cosa? Uy, si se muriera mi charro, heredaría ya la casa de San Francisco con vista al *Gate*, ¿sabes?, allí me crié, ¿ves?, allí me eduqué; mi madre era gringa, muy bonita, muy *chic*,

pero dejó a mi padre por viejero, por machito, por coscolino, o mi padre la dejó a ella por puta, por loca; mi madre era modelo de *Vogue*, yo la quise mucho, me adoraba, pero el caso es que, por su oficio, *both of them*, ¿oui?, crecí suelta, ¿entiendes?, con una institutriz borracha que me enseñaba idiomas, *you know*, y me dedeaba; y heredaría el rancho de Ocotlán, la finca de Ajijic, la casa de Vallarta Beach, tres edificios de condominios, ¡uff!, los pesos, *you know*. Lo que la gozaríamos, bato; a mí no me importa el dinero, lo he tenido siempre, nunca he sabido qué hacer con él, me encanta gastarlo, por eso me gustaste, por eso te quiero, porque no lo tienes, y todavía te sacrificas por mí con *those things*, y porque eres un cuero a toda, buenísimo. Yo soy loca simple, deschavetada. (*Vuelven a llenar sus copas*) Vivo de impulsos, de caprichos, de sensaciones, pero también tengo mi dinero, el mío, mi herencia de mamá, aparte del que me deje aquel cuando se lo lleve la chingada. (*Toman*)

CARLOS: ¿Por qué vives con él, entonces, si eres autosuficiente?

ROSSI: Tiene que pagármelas.

CARLOS: Pagarte, ¿qué?

ROSSI: Aquella indefensa soledad. El suicidio de mi madre.

CARLOS: Ya es mucho lío, ¿no? (*Toman*)

ROSSI: Él mismo le dio la pistola a mi madre para que se matara, ¿entiendes? Y se mató. Drogada. Ella estaba harta de sus celos, de las palizas. Luego el ruco me trajo a Guanatos.

CARLOS: Tendrás muchas amistades tan ricas como tú.

ROSSI: Raza amiga de mi padre, con hijas bobas, cursis, mochas, zambutidas en Catedral, opresas, babosas; y chavos imbéciles que no se apean del carrito, echando hueva y panza con las cheves, hablando de puras millonadas aunque no tengan aproximadamente ni en qué caerse muertos hasta que hereden. Yo sí ten-



go y me lo pienso gastar contigo, porque me enloqueces, negro.

CARLOS: ¿Qué tengo yo?

ROSSI: No tienes problemas. Eres honesto. Ordenado. Sin familia cercana. No eres vago. Eres trabajador. Claro, ya no trabajarías, lo harías sólo para mí, como eres contador con los pelones, podrías ser mi administrador. Desde que nos conocimos en la disco, sólo has sido amable conmigo.

CARLOS: Yo no sabía que eras tan rica.

ROSSI: Y eso que no me has probado, *darling*.

CARLOS: Probaremos.

ROSSI: Sírreme otra copa de champaña. (*Carlos le sirve*) Tú también.

CARLOS: Es que... lo acostumbro muy poco... pero... Bueno. (*Toman*)

ROSSI: ¿Puedo fumar?

CARLOS: Ahí sí te fallé. No tengo cigarros. No fumo.

ROSSI: Yo traigo. De los que consumo. Grifa. De la *Golden*. (*Saca un frajo. Lo enciende*)

CARLOS: ¿Y eso qué es?

ROSSI: Mota. (*Fuma*) Carlos, tengo una idea estupenda, lo máximo.

CARLOS: ¿Cuál?

ROSSI: Embarázame.

CARLOS: ¿Y eso... otro capricho?

ROSSI: Embarázame. Así nos casaremos, a huevo, para parecerme a todas mis iguales de la alta sociedad que casi sueltan al chamaco en el altar, ah, pero eso sí, de blanco blanquísimo, como el semen que les echaron primero que el agua bendita. Y yo de velo y azahares. Pero contenta. (*Fuma*)

CARLOS: Pero... es cosa seria, ¿no te parece?

ROSSI: Tengo 21 años, estoy apta y dispuesta a engendrar un bebé para que mi padre se chingue. Seremos ricos,

muy felices y tan tán. ¿Qué? ¿No me deseas? ¿No te gusto? (*Fuma*)

CARLOS: Mucho.

ROSSI: Hace tiempo lo tenía pensado. (*Empieza a reír*) Mi padre... Me embarazó un pelado. (*La risa contagia a Carlos que termina riendo a carcajadas*) ¿Qué nos cuesta, negro?

CARLOS: Un apagón de luz.

ROSSI: (*Siempre riendo*) Estás bien bueno, Carlos. Un tú, un yo, un *baby*. Al carajo, pinche ruco que me dejaste niña, sola, triste, me las pagarás, chinga tu madre, viejo charro pedorro; y tendremos aviones y helicópteros y dirigibles, negro, y a Marilyn, y a Elvis, y al Che Guevara.

CARLOS: (*Su cara se ensombrece por Damián*) Adiós, tonto mío.

*Rossi se le lanza y lo cubre con su cuerpo sobre la cama.*

ROSSI: Un tonto que vas a hacerme, bato, *so beautiful, like you*. Cógeme.

*Oscuro en el cuarto.*

### *Desván III*

*Media luz en la sala del departamento de Stella. Sale Damián de la recámara, seguido de Stella, visiblemente contrariada.*

DAMIÁN: Perdóname, Stella. No pude; puedes anotarlo en tu diario, querida.

*Oscuro brevísimo.*

## SEGUNDO TERRITORIO

### ESCENA I

*Es la tarde. Damián y Carlos conversan en la azotea. Mírase el maletín de Damián en el piso.*

DAMIÁN: Vine lo más rápido que pude. No he sufrido antes viaje más enfadoso. Cada pueblo que pasaba, parecía que volvía a encontrarlo adelante. Creí que nunca llegaría. Pero, como venía a verte... ¿Qué ocurre?

CARLOS: Verás... yo...

DAMIÁN: *(Jugando. Afirma)* No tienes trabajo.

CARLOS: Espérate...

DAMIÁN: *(Afirmando)* Ya no me amas...

CARLOS: *(Hilvana a duras penas las palabras, incomodísimo, pero tiene que hablar, mientras Damián juega)* Hombre, silénciate.

DAMIÁN: Se hundió Catedral.

CARLOS: No bromees.

DAMIÁN: *(Riendo)* Los mariachis callaron.

CARLOS: Conocí a una chica.

DAMIÁN: Ya me lo dijiste la otra vez. ¿Para eso me has hecho correr? Ay, Carlos.

CARLOS: Se llama Rossi.

DAMIÁN: *(Todavía bromeando)* Gulp. Qué original. Pudo haberse llamado mejor... Hermelinda, Lupe la Criolla, Emerenciana, Vitola, pues'n.

CARLOS: *(Desconcertado)* No me hagas reír.

DAMIÁN: Le das tantas vueltas al asunto que algo más serio...

CARLOS: *(Lo interrumpe)* Esa chica y yo ya somos...

*Damián con un ademán de la mano le impone silencio.*

DAMIÁN: *(¿Seren?)* Epidemia. *(Dolido)* Sírreme un whisky. Solo. Sin hielos. Doble. *(Carlos entra a su cuarto. Damián se va desmoronando)* El piojo y la pulga se van

a casar. Hágase la boda, yo seré el padrino. (*Hace esfuerzos evidentes por no romper a llorar*)

CARLOS: (*Sale del cuarto. Le ofrece el vaso. Damián toma lentamente*) Ella y yo ya estamos...

DAMIÁN: Tú y yo ya estuvimos... ella y él estarán... no con-  
jugues. Ya se están cogiendo.

CARLOS: Pues sí.

DAMIÁN: (*Se bebe de un trago el whisky. Tendiéndole el vaso a Carlos en ademán de que vuelva a llenárselo*) Yo que estaba de fiesta, yo que ya había resuelto el rumbo de mi vida, aunque te suene ridículo... yo que vine... que mi sueño... que tu voz al teléfono... que tu palabra «ven»... ¿Qué quieres demostrarte, charrito?

*Vuelve Carlos y le entrega el vaso.*

CARLOS: Escúchame.

DAMIÁN: Pobre mi amor. Qué estafa. Con qué cara seguir vivo. Qué asco.

CARLOS: Te digo que me escuches, con un carajo.

DAMIÁN: (*Contundente*) Ya. Ya te escuché. Te reto para ver quién es el más ojete de los dos.

CARLOS: Vencí.

DAMIÁN: ¿Vas a dejarme... pues?

CARLOS: Escucha bien lo que voy a decirte, Damián. Rossi es millonaria.

DAMIÁN: Y te pusiste a coger con ella para ser millonario tú también.

CARLOS: Así es.

DAMIÁN: (*Liquidado*) Pero si... decías que... modestamente como eras... y como vivías estabas a gusto... que no necesitabas...

CARLOS: Cambié de parecer.

DAMIÁN: Y..., ¿yo?

CARLOS: Todo tenía que terminar algún día.

DAMIÁN: ¿Ya no... volveremos... a estar juntos?

CARLOS: No.

DAMIÁN: Y... ¿Para eso he viajado diez horas... sólo para saber que he fracasado?

CARLOS: Te soy sincero, Damián; hablé a tu oficina para que vinieras; solamente frente a ti podía atreverme a confesártelo; siempre fuimos francos el uno para el otro; por carta no hubiera sido lo mismo; hubieras pensado que inventaba; ahora ya lo sabes.

DAMIÁN: No lo quiero creer.

CARLOS: Todo tiene su final.

DAMIÁN: ¿Qué va a ser de mí? Me abandonas cuando eres mi único asidero, mi sobrevivencia, mi razón para vivir.

CARLOS: No dramáticos.

DAMIÁN: ¿Cómo te lo digo?

CARLOS: Sólo asimílalo. Si te lo hubiera ocultado, peor para los dos.

DAMIÁN: ¿Cuáles dos? ¿Los dos nosotros? ¿Los dos ustedes? ¿Los dos la vieja y yo?

CARLOS: He cambiado. Tú la tienes a ella.

DAMIÁN: Perfecto. Trama resuelta. Ingrato. Qué cruel eres. A esa mujer la tengo porque nos ha... servido mucho.

CARLOS: A mí... ya no.

DAMIÁN: Claro. Entonces vuelvo a ella, envejezco junto a ella, mientras tú...

CARLOS: Me voy acordando cada día menos de ti. Tómallo como te parezca.

DAMIÁN: Y todo ha sido así: trueque, cambalache, *medastedy*, Stella a mí, yo a ti, tú a Rossi, Rossi a ti, tú a mí, yo a Stella... y, ¿el amor?

CARLOS: Patrañas. Yo no te amé, te usé; Stella no te ama, te usa; la Rossi no me ama, me usa; yo no la amo, la uso; el amor ya no sirve, hay que dramatizar la pasión, la excitación, pelar los ojos, temblar, pasarte la lengua por los labios como si saborearas caramelo, gemir y fingir que te vienes. Así soy.

DAMIÁN: Eres tan impúdico, tan desalmado como yo. Carlos puerco, yo sí te amo.

CARLOS: Serás el único de este cuarteto de caníbales en el que todos mentimos el amor para comer cariño; Stella por senilidad; Rossi por enfermedad; yo por necesidad; y tú por la terquedad de eso que llaman amor.

DAMIÁN: No puedo decirte más. Te quiero.

CARLOS: Es que no logras entenderlo, quiero casarme, formar una familia.

DAMIÁN: Sin amor. Tendrás así otra junto a ti que te cumpla los caprichos, comenzarán a llegar los hijos, desamorados; dejarás por supuesto tu empleo y pasarás a formar parte de la colección de cornamentas de la millonaria que, claro, se va a acostar hasta con el jardinero; así podrás divorciarte ventajosamente, con todas las ganancias de tu parte, inocente palomita.

CARLOS: Mejor no habértelo dicho; desaparecer; que no hubieras vuelto a verme.

DAMIÁN: Mejor; como quien no deja rastro; en mi alma hubiera quedado resabio diferente, no que ahora me abandonas a la intemperie, aterido, desamparado, desesperanzado, como perro.

CARLOS: Olvidarás.

DAMIÁN: Qué terrible no encontrar qué decir en un momento como éste, donde todo se borra y sólo queda uno a la mitad de la estupidez preguntándose nada. Tú no eres éste. Me querías. Dijiste que me querías. Cuánto cambiaste. Qué pronto. Así no eras conmigo.

CARLOS: Frases. Así soy. Y esta es la oportunidad de lograr lo que nunca hubiera conseguido con mi chamba pinchurrienta. Confieso que, contigo, la pasé bien; pero reconoce que eso tampoco hubiera sido la felicidad. Todo fue como una vieja estación de ferrocarril donde el tren se detuvo una vez y cancelaron la ruta.

DAMIÁN: Y ahí sigue el andén... sin ti... sin nadie.

CARLOS: Nos irá bien.

DAMIÁN: Un espejismo. Yo tuve la culpa. Te abrumé con mis cartas, con mis versos, con mis visitas; si lo empezaste a hacer conmigo sería porque me tuviste lástima, y yo caí, rodé, lo perdí todo.

CARLOS: *(En inglés) I'm sorry. (Saca de uno de los bolsillos de su camisola la carta de Adela y se la da).* Ten... me escribió tu mamá. Me maldice. *(Damián toma la carta pero no la lee)* Lo siento, Damián.

DAMIÁN: ¿Qué será de mí, rodando?

CARLOS: ¿Apeteces otro whisky?

DAMIÁN: ...

CARLOS: Ve, que te abraze. *(Damián suelta el vaso que se estrella contra el piso. Se arroja llorando a los brazos de Carlos)* Mi amor, perdóname.

## ESCENA II

*Entra Rossi corriendo y al contemplar la escena se detiene.*

ROSSI: *(Alegre)* Carlooooo. *(Damián y Carlos se separan naturalmente)*

CARLOS: *(A Rossi)* Mi amor. Te presento a Damián, un amigo. Acaba de morírsele alguien querido y lo consuelo.

ROSSI: Lo siento, señor. Qué pena. *(Transición)* Carlos. La hicimos. Vengo de Ginecología. Vamos a tener un hijo.

CARLOS: Rossi. *(Feliz)* Yo, papá.

*Se abrazan ignorando a Damián. Se besan. Damián hace mutis violento, casi corriendo, sollozante.*

CARLOS: Damián.

ROSSI: Se ve muy pesaroso, déjalo, querrá estar a solas.

¿Qué te parece lo de parirte un hijo?

CARLOS: La locura.

ROSSI: Mira lo que te compré para celebrarlo.

CARLOS: (*Sinceramente impresionado*) Una esclava, hijole, preciosa.

ROSSI: (*Se la coloca*) Para mi esclavo.

CARLOS: (*Halagado*) Dice: Carlos.

ROSSI: Tu nombre con brillantes.

CARLOS: Como unas lagrimitas. (*Se queda pensativo*)

ROSSI: (*Por Damián*) Ya se consolará tu cuate. Pero a ti no se te ha muerto nadie. Te va a nacer alguien. Dame tu mano. Y... este anillo.

CARLOS: ...

ROSSI: Esmeraldas. (*Advierte el maletín que trajera Damián, sobre el piso*) Mira, Carlos. ¿Se le olvidaría a tu amigo?

CARLOS: Son cosas que me dejó... de alguien querido que acaba de morírsele. Botella, latería, cosas olvidadas.

*Rossi hurga en el interior del maletín.*

ROSSI: Carlos, hay un sobre con lana.

CARLOS: (*Bromeando. Cínico*) Te invito a cenar. (*Toma el sobre. Ríen ambos*) Cenaremos los tres.

ROSSI: ¿Los tres?

CARLOS: Tú, yo... (*Le toca el vientre*) y él.

ROSSI: O ella, ¿un volado?

*Oscuro en la azotea. Se ilumina la sala en la casa de Stella. Es otro día.*

### ESCENA III

*Sala de la Diva. Stella y Nené conversan mientras consumen algún bocadillo y toman.*

NENÉ: ¡Ay!, que no finja demencia El Tribilín, el dientorrón ordenó la matanza de estudiantes y nacos en Tlateolco, mientras se lo aventaba La Tigresa y la Muñequechere ejecutó, mandó los helicópteros y a los sardos. Dicen que apenititas duraron en la Plaza las



pilas de cadáveres acribillados; porque luego se los llevaron a enterrar en los dompes de basura; y a otros más los incineraron en el Campo Militar; fue una masacre i...nol...vi...da...ble... Y todavía los hijos de su puta quieren lavarse las manos de sangre ante la opinión pública con el «yo te aseguro/ que yo no fui,/ son puros cuentos de por ahí». Poquísima madre y las cárceles, hasta el tope.

STELLA: Pareces estanquillera. (*Nené la mira vengativamente*) ¡Ayl, y Damián que no se ha reportado ni con su mamá. El teléfono de la oficina en Tlatelolco está suspendido. Casi nadie trabajó por el escándalo. Hablé a las cruces, a las delegaciones de policía, a la morgue; ni detenido, ni... (*Nené la interrumpe con sorna*)

NENÉ:... ¿Muerto? Ha de estar en algún motel en Guadalajara curándose de tí.

STELLA: (*Corrigiendo. Drástica*) Damián está en la ciudad. Muchos de sus amigos escritores están detenidos. Quizá también él. Damián mismo participó con ellos durante las manifestaciones en el Zócalo. Era notoria su presencia en todos los mítines al lado de Thelma, de Paz Paredes, de Becerra, de Bañuelos, de Monsiváis.

NENÉ: Otra.

STELLA: Poemas suyos mimeografiados pasaron de mano en mano.

NENÉ: Claro que era notoria su presencia en los disturbios, iría a ver qué penenaba.

STELLA: Eso dilo por tí. Tú sí ibas a levantar estudiantes al Zócalo con el anzuelo de protegerlos en tu casa; ellos le platicaron a don José y que te vistes de lentejuelas y les cantas como Chelo Silva.

NENÉ: Palabra de chofer, tú.

STELLA: (*Cáustica*) Y que aquí están en tu casa.

NENÉ: Pues cuando aparezca tu amor, dile que lo espero para invitarle un buen taco de moronga; hay que «ex-coger».

STELLA: No me explico por qué lo desprecias.

NENÉ: No lo quiero y ya, es otra manada. Pero de ti soy tu amigo in...con...di...cional... Pero, ¿no que te había dejado, chula?

STELLA: Crisis, berrinches, tempestades en un vaso de agua; está muy agotado, ha trabajado mucho; volverá.

NENÉ: Por lo que veo eres tú la que deseas que regrese.

STELLA: Sí. Desde luego. Tú quisieras que lo cambiara por otro. ¿No es así?

NENÉ: Ay, loca, pero si no lo quieres. Yo haré que lo cambies por otro. (*Besa una cruz de dedos*) Por ésta.

STELLA: No digas insensateces. Es todo lo que me queda.

NENÉ: Claro, tu bastón de cristal, chata.

STELLA: Eres tan despreciable; no sé cómo te soporto.

NENÉ: Soy tu coro griego, y tan despreciable como tú que pagas porque te la...

*Suena el teléfono. Nené calla. Stella va al teléfono.*

STELLA: ¿Como tú...? (*Contesta*) Adela. Mi reina. (*Nené hace muecas alusivas*) ¿Cómo está mi viejita? ¿Qué ocurre? ¿Está llegando Damián? ¡Ay, qué descanso! Y ¿está bien? Bueno, te sentirás más tranquila. Yo también, mi amor. ¿Viene para acá; ya salió? Qué bendición. Adiós, Adela, gracias, que estés bien. (*Cuelga. A Nené*) Soy tan despreciable que... ¿qué?

NENÉ: Que no te importaría compartirlo con cien hombres con tal de tenerlo amarrado a tu capricho.

STELLA: Me pertenece. Ya oíste. Viene para quedarse.

NENÉ: ¡Ay sí!, el galán que llegó para quedarse. Yo sí tengo un cuero, no chingaderas. Ya se encuentra en la ciudad el debutante que te dije; de Monterrey, 22 años, apolíneo, funcional, fogoso, campeón juvenil de tenis, sano de cuerpo y espíritu, quiere ser galán cine-

matográfico, voy a presentártelo para ver si le das un papelito en la película o en tu cama. No será como tu Damián, cadáver de sí mismo. Despojo. Y, ¿qué hay de la película de marras?

STELLA: (*Visiblemente molesta. Traga saliva. Carraspea*) Tengo ya el crédito de apoyo del Banco Cinematográfico; firmado hasta el último convenio con Técnicos y Manuales, con la SOGEM, con perico de los palotes. Siempre va a dirigirla Gavaldón. Con Armendáriz y Charito.

NENÉ: ¡Ay, Jesús mil veces! La momiza en pleno, qué, ¿no hay más?

STELLA: Armendáriz y yo hacemos buena pareja.

NENÉ: Claro, Crucita; por ancianos. Al Pedro ya te lo quemó mucho La Cucaracha. Como estampitas de la Santísima Trinidad: María, El Indio, Pedro. Chale.

STELLA: Uno más joven, menos taquillero, sin el prestigio de Pedro, no llenaría la sala.

NENÉ: Pero el personaje de El Bandolero es joven, lo opuesto a la heroína que es vieja; tú apenas; si vas a malgastar, yo que tú me arriesgaría: Belmondo, Delon, Robert Redford; de aquí nadie, puros jotos.

STELLA: Dice Gavaldón que Armendáriz nos conviene. Lo mandaremos al gimnasio.

NENÉ: O al cirujano facial o a la fosa común; además, tiene cáncer. No tardará en petatearse.

STELLA: Cómo eres cáustico.

NENÉ: Como tú casquivana, superficial, frívola, te encanta el oropel, todo te vale madres, con tu dinero crees conseguirlo todo, hasta el amor.

STELLA: Hasta eso, ¿crees? Mira, (*Le muestra un sobre*) son los honorarios por su guión, se volverá loco de alegría.

NENÉ: La pobre. (*Reacción a la defensiva de Stella*) Bueno, me voy, Gloria Swanson.

STELLA: Adiós. ¿Vas a checar tu kínder, Chelo Silva?

NENÉ: Sí. Es que no tarda en ocuparse el tuyo, Tariácuti. De todas maneras, sólo recuerda esto; cuando te quedes sin nadie, me tendrás a mí, a tu lado, tu viejo amigo Nené, el secretario de tu Papis.

STELLA: No dudo que el Papis y tú...

NENÉ: Fíjate que sí. El Papis era como tú, no tienes una idea. Bien bonita. (*Stella no entiende*) El regiomontano se llama Willy... Willy de la Garza. Y está... como de pe-lí-cu-la.

*Mutis. Anochece.*

#### ESCENA IV

*Stella se encoge de hombros. Mira su «Ariel». Lo toma. Lo alza. Lo abraza. Lo besa. Se mira luego en sus óleos. Después, en un espejo.*

STELLA: Stella... Estrella... Ave Fénix... levántate y camina. (*Aparece Damián visiblemente abatido. Demacrado. Muy triste, Stella sobreactuada corre hacia él. Lo abraza. Lo besa*) Mi amor. (*Damián se deja acariciar*) Mi amor, ¿dónde estuviste?

DAMIÁN: Por ahí.

STELLA: ¿Apeteces comer algo?

DAMIÁN: No.

STELLA: (*En inglés*) *Some special drink?*

DAMIÁN: (*Que irá entrando en una crisis emocional irreversible*) Alcohol, mucho alcohol, sólo alcohol.

*Stella prepara unos cocteles. Enciende una consola. Música:*  
«Nada soy sin Laura, sin Laura...»

STELLA: ¿Qué estuviste haciendo?

DAMIÁN: Enterrando muertos, sepultando amigos, llorando.

STELLA: Ha sido horrendo.

DAMIÁN: Lo peor sería que todo esto sirviera para nada.

STELLA: No lo creo. Podría el tiempo partirse, a futuro, en antes de/ y después de/ Tlatelolco. Ten confianza en que algo distinto puede surgir de este desorden.

DAMIÁN: Bueno para algunos; malo para todos. (*Toma su copa*)

STELLA: Todo tiene su tiempo.

DAMIÁN: Y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora... (*Comienza a divagar en alta voz*) Carros blindados, tanquetas del ejército patrullando Tlatelolco; la tensión hace zumbir el aire; cuatro bengalas verdes abren el hocico de fusiles y ametralladoras; disparan sobre todo movimiento; ruido de estoperoles contra el pavimento. ¡Estoy herido! ¡Déjenme salirrrr! ¡Quiero salirrrr! ¡Aquí hay un niño muerto! Arde un edificio; la gente está de horror despavorida; Tlatelolco es madeja de lamentos. Tejido de estertores, el fuego se propaga y el saqueo; hay descarga expansiva: falanges de colmillo y bayonetas. (*Casi histérico se ha puesto en pies y actúa desgarradoramente*) Sin sirenas ni luces treinta ambulancias entran y salen del Campo Militar Número Uno: se ignora a dónde van; de qué salen cargadas, pero en los cristales traseros se ven zapatos oscilar; zapatos en donde comienza la muerte. Yo soy sobreviviente de esos muertos. (*Deja caer la copa a la alfombra. Se derrumba sobre el sofá, estremecido, pronunciando aquel nombre*) ¡Carloooooos! ¡Carloooooos! (*Fuera de sí, solloza*) De veras que quisiera morirme.

STELLA: (*Intrigada. Temerosa*) ¿Quién es ese Carlos?

DAMIÁN: ...

STELLA: Algunas noches te sentí llorar así, entre sueños.  
¿Era por ese Carlos?

DAMIÁN: ...

*Stella se levanta. Va y sirve un vaso con whisky.*

*Voces en off:*

CARLOS: Podrías encontrarte con mi desprecio tendido bajo las sábanas.

DAMIÁN: O en el pasto, o en el polvo, o en el rocío, pero volvería a lavar las sábanas sucias para retenerte. (*Damián decae*)

STELLA: (*Sentándose a su lado*) Estás muy tenso, algo te trastorna. ¿Ya no estudiaremos tu *script*?

DAMIÁN: (*Muy violento hasta el pequeño monólogo*) A la chingada el *script*.

STELLA: Pero si va de por medio mi prestigio. Y el tuyo.

DAMIÁN: Me vale madres mi prestigio y el tuyo.

STELLA: Tú nunca has hablado así; no entiendo.

*Le ofrece el vaso que Damián apura de un trago.*

DAMIÁN: Tú qué vas a entender. Sólo abres las piernas. Y sueñas fetos imposibles.

STELLA: Llamaré a un médico.

DAMIÁN: Quiero que te vayas, vete, sal de aquí, te odio.

STELLA: ¡Damián, mi amor!

DAMIÁN: No me llames mi amor. Que te largues.

STELLA: ¿Es otro asunto? ¿Un hombre? ¿Carlos? ¿Por eso sufres tanto?

DAMIÁN: (*Como alucinado, en trance, autómatas, comienza a narrar*) La representación había terminado; a la función habían asistido, invitados por las muchachas del grupo, tres cadetes del Colegio del Aire, de Zapopan, que andaban de licencia en México y que habían conocido Chapultepec, cerca de la Escuela de Teatro. Dos de ellos entablaron conversación con las chicas en el camerino, y el otro subió al escenario, mientras guardábamos el mobiliario y recogíamos la utilería. Se acercó y me preguntó: «¿eres tú el autor de *Tórtola*?» Yo —le contesté—, ¿te gustó? Luego platicamos largamente; le interesaba el teatro, la poesía, los aviones, las motocicletas, la locución, cantar; cuando

se despidió con los demás, quedamos en escribarnos; fueron cartas y vinieron, poemas, fotos y un día, su invitación para encontrarnos en Guadalajara; nos vimos y fue naciendo entre nosotros un afecto, un entendimiento... (*Seguirá en su divagación febril*)

STELLA: El amor.

DAMIÁN: Hasta que una noche, sin medirnos, dormimos juntos; todo.

STELLA: Después de una «promoción cultural» en Guadalajara.

DAMIÁN: (*Ausente*) Desde ese día nos encontramos allá, una vez al mes, más convencidos después de cada cita, de que lo que vivíamos era lo que queríamos vivir, de que lo que hacíamos era bello, de que nuestra relación era normal, tan común como cualquiera otra; nos bastaba con escribarnos, hablarnos por teléfono, o vernos para que el mundo de los demás se incorporara al nuestro sin antifaces, sin tabúes y me enamoré sin pensarlo mucho.

STELLA: Y, ¿yo?

DAMIÁN: Fue cuando te conocí; me impresionó tu personalidad, la perfección de tu mandíbula timoneando la proa de tu rostro clásico; me atrajo tu pasado, tu belleza madura, tu inclinación por mí, tan nadie; y acepté cenar en tu casa.

STELLA: Por mi dinero. Con el recuerdo de Carlos.

DAMIÁN: Con la ansiedad de retener a Carlos. Yo ya sabía qué iba a ocurrir contigo, entre tú y yo, pero no tuve miedo.

STELLA: Y me llevaste a la cama.

DAMIÁN: (*Volviendo a excitarse, se levanta y va a servirse otro vaso con whisky que bebe de un trago. Se sirve uno más*) Te necesitábamos. Acabas de decirlo. Carlos y yo. (*Queda parado. Stella se levanta*)

STELLA: Y me tuviste. Aunque yo, mujer, no fuera Carlos.

DAMIÁN: (*Caminando por la estancia mientras bebe*) Desde niño crecí entre mujeres, mi madre, sus hermanas, mi abuela. Muchas veces llegué a mirarlas desnudas, bañándose a jicarazos. Y siempre me atraieron sus formas blancas y firmes, sus tetas resaltando entre la espuma del jabón, sus pubis enmarañados donde las manos restregaban con fruición o con deleite sus sexos estremecidos. Cuando yo dormía junto a mi madre, yo todavía púber, la deseaba sexualmente, tenía erección cerca de ella y me mojaba; aún después, ya adolescente, la deseaba —mi vieja, mi amor—; y ese deseo me duró largo tiempo; cuando tú y yo nos acostamos por primera vez, tuve ese sobresalto, ese deslastre.

STELLA: Yo era como tu madre.

DAMIÁN: Y retomé todos aquellos deseos extraviados o confusos y te tuve.

STELLA: Como si hubiera sido tu madre. ¿No has podido verme como a... otra mujer?

DAMIÁN: No.

STELLA: Pero te sigues viendo con Carlos.

DAMIÁN: Se acabó.

STELLA: Te acostaste con él, conmigo, con los dos.

DAMIÁN: Qué afirmación más ridícula. Así fue.

STELLA: No entiendo. Te he dado los mejores días de mi vida.

DAMIÁN: Yo sí te he dado los mejores *años* de mi vida.

STELLA: Babas. Sobras. Cambalache.

DAMIÁN: Tú, despojos, cenizas.

STELLA: Dinero. Pudiste haberlo tenido todo. Y más.

DAMIÁN: Morbo. Un pinchi diario abierto. Soborno. Teatro.

STELLA: Yo siempre he sido una estrella, patán. Una señora. Una aristócrata.

DAMIÁN: A la verga con tu aristocracia. Calentura senil.

STELLA: Promiscuo. Prostituto. Te desprecio.



DAMIÁN: Mejor, porque voy a dejarte, arpía. No te aguento más. Voy a largarme a la chingada. Yo ya no necesito nada, ni tu dinero, madre, ni al pendejo de Carlos ni a nadie.

STELLA: Yo puedo levantarme. Tú quién sabe.

DAMIÁN: Ave Fénix, levántate y expira.

*Voces en off:*

CARLOS: Podrías encontrarte con mi desprecio aguardando bajo las sábanas.

DAMIÁN: *(Desencajado)* O en el pasto o en el polvo o en el rocío, pero volvería a lavar las sábanas sucias para retenerte. ¡Carloss, Carloss! ¿Por qué, por qué? *(Lanza su vaso contra un mueble. Corre en dirección a las habitaciones desde donde se escucha un portazo violento. Luego sus sollozos de dolor)* ¡Negro! ¡Negro!

STELLA: *(Excitada dramáticamente hasta el final. En trágica)* ¡Damián, Damián, ábreme! ¿Me escuchas, Damián? ¡Ábreme! *(Regresa como loca y busca en los cajones de los muebles desesperadamente. Actriz)* ¡Las llaves, las llaves! *(Revuelve todo)* ¿Dónde estará la llave de ese baño? *(No la encuentra. Se dirige a la cocina. Allí la localiza. Sale con la llave en la mano corriendo hacia el interior)* ¡Damián, por el amor de Dios, Damián, de lo que intentes, no lo hagas, no lo hagas! *(Se escucha cómo Stella abre al fin la puerta del baño e inmediatamente después un grito muy efectista de la actriz)* ¡Nooo! ¡Damián, Damián! *(Regresa a escena y se dirige apresuradamente al teléfono y marca un número. Al teléfono)* ¿Cruz Roja? ¡Urgencias, por favor! ¿Urgencias? Rápido. Una ambulancia. Escúcheme bien, es una emergencia. ¿Me escucha, me escucha, señor? Una emergencia, sí. Escúcheme, digo. Un herido grave, un accidente. Rápido. Sí, acá, en Satélite. Circuito de Poetas 37. Se lo ruego, señor, de prisa, es cuestión de vida o muerte. Pronto. Pronto. *(Cuelga. Marca*

otro número) ¡Adela? Adela, malas noticias. Damián. Es Damián. Es horrible. Está desangrándose. Se ha cortado las venas. (*Cuelga. Abre la puerta del exterior. Grita al vecino*) Auxilio, Nené. Auxilio. (*Regresa a la estancia. Grita. Aúlla como rata. Invoca a su marido difunto*) ¡Papis! ¡Papis! Ayúdame. (*Está realmente fuera de sí*) ¡Papiiiiiis!

Oscuro. En el breve apagón se escucha la sirena de la ambulancia que se acerca. Música leve: «No sé si el mundo es el de siempre, pero yo lo veo diferente, cuando tú no estás, cuando tú no estás...»

## ESCENA V

*Se ilumina la azotea. Por ella Carlos y Rossi atraviesan el área hacia la salida, cargando maletas. El cuarto de Carlos se ve desmantelado.*

ROSSI: No deberías llevarte ni uno de estos cachivaches. No vas a necesitar para nada esa ropa caqui tan fea. Voy a quemártela.

CARLOS: (*Riendo alegremente*) Como Cortés los barcos de Pánfilo Narváez.

ROSSI: Así no intentarás dejarme, loco.

CARLOS: Ni loco, mi loca.

*Hacen mutis festejándose. Oscuro en la azotea. Se enciende la luz en la sala de Stella.*

## ESCENA VI

*Es el mediodía. Stella y Adela, la madre de Damián, toman café. Truena el cielo. Va a llover. Adela es una mujer mayor, de unos sesenta años; pequeña, blanca, bella, muy sencilla, de actitudes menudas, mírase como una madre pueblerina: rústica, dulce y simple, pero de fuerte personalidad.*

ADELA: (*Con voz pausada, pero firme*) Yo sabía de la existencia de ese muchacho. No te lo conté por discreción. Pensé que sólo era uno de sus tantos amigos. Cosas del pasado. Que no valía la pena mencionártelo. Damián había conocido a Carlos ya de tiempo. Al principio creí que Carlos era nada de Damián, pero Damián empezó a beber y a entristecerse. Yo le notaba que lloraba. Le veía lo triste. Como si ni lo conociera. Una vez por mes viajaba a Guadalajara. Como Damián escribe, tú sabes, y es organizador de eventos culturales donde trabaja, pensé que iba para allá como a otras tantas ciudades a presentar escritores, pintores, danza, eso: pero de Guadalajara volvía cada vez más nervioso, más inquieto, más desesperado. Un día Damián trajo a Carlos a casa, de visita y yo sentí un extraño rencor por Carlos; celos. A casa llegaban sus cartas para Damián. Y mi hijo se alegraba extrañamente. Yo no sospechaba que pudieran existir relaciones así entre ellos. Damián siempre ha tenido muchos amigos poetas, artistas: Efraín, Pellicer, Pepe Revueltas, que lo buscan, que lo quieren y que toman y se divierten juntos y leen versos y hacen la cantada; sin embargo, me dio la corazonada, por la actitud de los dos, por cómo se miraban, que fuera aquello algo más que camaradería y me atreví, como madre, a escribirle una carta a Carlos detenidamente (*Durante los parlamentos de Adela, Stella se ha dedicado a hacer pedazos, hoja por hoja, las páginas del diario*) pidiéndole que dejara a mi hijo en paz, que no lo distrajera de su trabajo, que le hacía daño, pero no me contestó. Cuando Damián te conoció y me lo dijo, me alegré y rogué a Dios porque encontrara en ti la mujer que necesitaba. Damián había tenido ya novias, muchachas que lo asediaban, amorcillos,

pero ninguna de ellas me gustó, apestaban a cigarro y a disipación. Eran vulgares. Me gustaste tú.

STELLA: (*Levantándose para arrojar los papeles rotos en algún canasto*) Sabes que después de lo que acaba de ocurrir, Damián tendrá que irse.

ADELA: Lo sé, no es necesario que lo digas. Nos iremos de la ciudad; encontramos una casita por allá, en Milpa Alta, lejos de estos ruidajos de carros y mal aire; allá se repondrá. Ya ves que perdió su trabajo de confianza con lo de Tlatelolco, pero con algún guardadito que tengo y algunas clases particulares que podría dar mi hijo, no sé, la iríamos pasando. Siempre hemos sabido ser buenos pobres.

STELLA: (*Tendiéndole un sobre cerrado*) Este sobre es para Damián. Son los honorarios que le corresponden por su guión de mi película.

ADELA: (*Rehusando*) No nos hace falta dinero. Quédatelo. Que al mal tiempo, buena cara. Y gracias por habérmelo cuidado. Es muy buen hijo. La suerte no quiso darle un padre que lo sostuviera, que le diera estudios, pero estuve yo, pendiente para verlo crecer con dignidad; luego empezó a trabajar allá, como mecánografo en la burocracia, y así, hasta que nos vinimos para acá. Aquí empezó su hacer de escritor, a relacionarse y tuvo otros empleos mejor remunerados. Ya llevamos seis años en México, y pues, me aguanto. Él es todo lo que tengo. De pronto me entra la tiricia por mi pueblo, por mi gente, por mis hermanos, pero ya se ha hecho costumbre ir a visitarlos dos veces por año y eso basta. Así que me llevo a Damián, Stella. Dios dirá. (*Coloca la taza de café sobre la mesa. Se pone de pie. También Stella*) Háblale al muchacho. Esto de hospitales y vendajes me llenó de terrores.

STELLA: Lo bueno que *La Prensa* no se enteró, de lo contrario, mi carrera hubiera sufrido un revés con esta publicidad negativa.

ADELA: Ya lo creo. Debes cuidar tu pasado. Apenas recuerdo que, de joven, llegué a mirar tus películas. Eras, eso sí, muy guapa.

## ESCENA VII

*Aparece Damián, pálido, desencajado, saliendo de la recámara. Trae vendajes en las muñecas y en el cuello.*

ADELA: (Amorosa) Mijo. (Protectora) Ya nos vamos «mi grillo», ya nos vamos.

*Stella ha enmudecido después del último parlamento de Adela. La mirada de Damián es vaga. Habla con pesadez, difícilmente.*

DAMIÁN: Sí... Ma...má.

ADELA: Despídete de Stellita.

*Damián sólo mira largamente, distantemente a Stella.*

STELLA: (Fingidamente) Te repondrás.

*Van saliendo Adela y Damián. Stella va a encaminarlos a la salida. Sigue tronando el cielo.*

ADELA: (A Stella) No te molestes. Ya conozco la salida. Siempre he sabido dónde está la salida para todo. Soy mujer de la tierra. La estrella eres tú. Adiós, Stella. Vamos, Damián, antes que empiece a llover. (Saca de su bolso una cachucha y una mascada) Ponte la cachucha.

DAMIÁN: (Obedeciendo) Sí, Ma...má.

*Adela se coloca la pañoleta. Mutis de ambos.*

## ESCENA VIII

STELLA: *(Se desploma en el sofá)* Me salvé de la horca. Qué lección de experiencia. Otro más, no. No.

### Desván IV

*Entran a escena Nené y Willy de la Garza. Willy es notoriamente hermoso, atlético. Viste ropa sport. Tendrá unos 22 años. Su sonrisa estudiadamente seductora es determinante.*

NENÉ: Ay, fuuuta, esta guarida huele a sangre, a éter; aromatízala, fumígala, Gorgona.

STELLA: No, Medusa, te sentirás más a tus anchas en la morgue.

NENÉ: *(Sonríe con desagrado. Hace un mohín con los labios. Luego sonríe aparatosamente)* Voy a presentarte a Willy de la Garza, aspirante a galán de la pantalla. *(Stella mira a Willy impresionada. A Willy)* Ella es Stella, la Estrella... del Mar.

WILLY: *(Cortésmente coqueto besa a Stella la mano)* Señora.

STELLA: Es un placer, señor. *(Truena el cielo. Lluve ostensiblemente. Sonriendo infantilmente ridícula)* Qué tiempo, ¿verdad?, se nos vino un chubasco feroz.

NENÉ: *(Maquinando)* Qué mejor. Así él podrá quedarse entre nosotros mientras pasa el mal tiempo, si tú no decides otra cosa, querida.

STELLA: De parte mía: feliz. No sé, «él».

WILLY: Sería un honor.

STELLA: Hablaríamos de cine, de mí, de la película.

NENÉ: De nuestra... alianza, Stella. *(A Willy)* ¿Apeteces un trago?

STELLA: *(Mimosa. A Willy)* ¿Sí?

WILLY: Encantado.

NENÉ: *(Suspirando se encamina cimbreado a la barra para preparar las bebidas. Stella y Willy se sonríen)* Ayyy.

MÚSICA INCIDENTAL: «...nada soy sin Laura, sin Laura...»  
(Hasta el final)

STELLA: (A Willy) Hay un magnífico papel para ti y para mí,  
querido... querido... ¿qué?

WILLY: Willie. De la Garza. (Stella le brinda la más cinematográfica de sus sonrisas. Íntima) Memo.

*Un último trueno de borrasca. Sube la música. Oscuro sobre la escena. En oscuro se escuchan risas de los tres y chocan copas.*

*Final*

# La madrugada del centauro

## Poema dramático en un acto y oscuro

A Marco Antonio Félix,  
querido amigo desde siempre

### PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

Lila: La madre	Aldebarán: El hijo mayor
Golondrina: La hija	Tres vaqueros: Guardias ru-
Sagitario: El hijo menor	rales
Floriano: El padre	

### ESCENARIO ÚNICO

*Como el montaje de la obra contempla su posible presentación al aire libre, se ha eliminado toda escenografía innecesaria.*

*Hay bastidores a derecha e izquierda.*

*El de la izquierda (lados: los del público) conduce hacia alguna habitación de la casa, y el de la derecha hacia los corrales, los potreros, al campo.*

*Únicamente se advierten sobre escena los elementos más indispensables para la acción: leña, unas cajas de madera, unos jarros, unas bateas con semillas. La desnudez de la escena, la sencillez de los trastos escenográficos, apoyará indefectiblemente el desamparo y la pobreza en la que viven y luchan inútilmente estos personajes.*



*La acción transcurre del anochecer al amanecer de un día de  
desposesión en un lugar del agro mexicano.  
Se recomienda utilizar cámara negra.*

## ESCENA I

*Sobre unos bancos o troncos, en el exterior de la casa, Lila y Golondrina limpian de basura las lentejas en unas bateas o coritas, mientras rememoran una antigua conseja regional. Sagitario, que partía con un hacha el tronco seco de un mezquite entra y sale de escena cargando brazadas de leña, que deposita cerca de las mujeres.*

LILA: La Virgen oreaba carne al sol de la una y media.

Sobre las brasas que se eternizaban  
repitiendo llamitas de agonía,  
María iba dejando la maseca.  
Cántaros de agua remojaban higos  
para empezar a hervir la mermelada.  
Alunadas tortillas se anunciaban  
de la montaña breve de la harina;  
humeaba palofierros la cocina  
y un olfato a azahar iba a la huerta  
donde jadeaba tierno el chile verde.

GOLONDRINA: Con el sol de las dos  
iba María en busca de José.

LILA: José tenía las barbas de virutas y de espuma;  
iba y venía sobre la madera  
y camas de aserrín improvisaba;  
silbaba apenas mundos campesinos  
y pinos amarillos cabalgaban  
para inventar un sol de cuatro patas.

GOLONDRINA: José, José, para tu hambre guisé carne machaca;  
y horchata de melón y bichicoris.

LILA: Dame la olivatura de tus ojos,  
María  
la balsámina intensa de tu risa,  
María  
dame a volar la alondra de tus manos,  
quiero trepar tu cuerpo datilero.

GOLONDRINA: (*Con la voz quebrada por el llanto*)  
Y María y José bebiéndose, enlazados,  
fueron entre la vid y el trigo y la solana  
a procurarse un beso... de pinole...  
Golondrina solloza.

LILA: Otra vez...

GOLONDRINA: Será la última. La última.

*Se escucha el relincho de Galana, la potranca, hacia los corrales. Sagitario detiene su tarea y queda tenso. Durante su monólogo se escuchan, estremeciéndolo, nuevos y urgentes relinchos de la bestia. Las mujeres, de pie, una cerca de la otra, se congelan hasta pasado el monólogo de Sagitario. Cambio de luces.*

## ESCENA II

SAGITARIO: (*Escuchando los relinchos finos y urgentes de Galana, mientras empieza a palpar y crecer en él un deseo indómito. Su voz es fogosa, recia, encendida*) Relinchas... Y está más cerca de mí tu grupa húmeda. Ríes cuando relinchas, Galana, y no sé qué es más fuerte en mí, si tu llamado o mi costumbre. Te ríes y me llamas, porque todo lo sabes. Tú eres como un cuarto tibio. Como el cuarto que siempre invita a entrar en él. Como un cuarto que se hizo para mí y que me pertenece desde que se levantaron sus cuatro paredes. Relinchas y te floreas como girasol mojado por la brisa. Todo tu retozo me urge a que lo venza.

De pequeño fui tras los muchachos de dieciocho años y espíe lo que hacían en los cuartos mojados y calientes de las yeguas y aprendí. Entonces quise una sólo para mí y vigilé tu crecimiento. Te di a comer tiernas espigas y las más delicadas semillas fueron para tu pesebre porque eras blanca y madurabas para mí. Los muchachos crecieron, encontraron huecos de descanso en las mujeres, yo te tengo a ti. Ah, relinchas porque sabes que yo cuido de que no me sigan. Porque ya nos pertenecemos, Galana. He visto estampas de centauros violando niñas rubias.

Los centauros son muchachos que piensan como garañones. Creo que en algún tiempo fui centauro y ahora vivo de un recuerdo. Cuando tú relinchas, Galana, me sacuden los siglos y un desbridado deseo despierta en mi memoria viejos abuelos de cascos cogelones. Entonces, soy el centauro que resucita para domar potrancas. Soy tal vez el último hijo de los hombres destinado a aliarse con tu raza, pero habrás sido al menos la más bella y yo el más feliz.

Voy, Galana, que no habrá nadie capaz de poseerte fuera de mí, yo defendería tu posesión armado de piedras y cuchillos o te daría la muerte. Te amo como creo que amaría a la primera mujer. Amo tu voz singular que parece unir en su ambigüedad una risa y un relincho; amo mis dieciocho años en los que te irás perdiendo hasta encontrarte con mi silencio, cuando tú y yo hayamos crecido. Pero por ahora, ven, Galana, ardo... ardo...

*Mutis hacia los corrales. Cambio de luces. Desplazamiento de mujeres.*

### ESCENA III

GOLONDRINA: No habíamos estado juntos más que contados segundos; apenas habíamos cambiado palabras, cuando lo trajeron de aquella cacería sobre el lomo de su caballo, con la muerte abriendo brecha en su

cabeza, regocijada desde aquel agujero, manchando su cabello de trigo joven. Unas horas antes había él terminado de fabricar su última guitarra, que no pulsó jamás; pero su voz está ahora disuelta en la ahogada voz de esta rebeldía que me sube como la acidez, quemándome, en el odio que ha terminado por plantar su lanza sobre mi corazón, para esa bestia.

LILA: Es tu padre.

GOLONDRINA: Es el asesino. Aldebarán lo vio.

LILA: Conoces a Aldebarán. Detrás hay muchas cosas.

GOLONDRINA: Recuerdos. Eso es todo lo que hay detrás, madre. Malos recuerdos. Veinte años de opresión. Nada menos.

LILA: Yo era una maestra de primaria en una tierra donde faltaban hombres.

GOLONDRINA: Mi padre, Floriano, el hijo único de Ruiz, el oligarca. Heredero de tierras, aguas, hombres y ganados. Su madre, enloquecida, fue enviada a no sé dónde. Floriano, adolescente, a Francia, a España, a Inglaterra. Joven, elegante y poderoso, vivió sin contención posible la despreocupada alegría de los altos círculos sociales de las grandes capitales europeas. De casino en casino y jamás de Liceo en Liceo, muy lejos de la mezquina vida de su pueblo, a la que apenas se asomó, sólo importaron para él aquellas francachelas que procuraban con despilfarro tal las arcas inagotables de su padre.

LILA: Yo trabajaba en la pequeña escuela primaria de la Hacienda.

GOLONDRINA: Un día vuelve al pueblo y te embaraza.

LILA: Muere su padre quien dispone testamentariamente el primer matrimonio de Floriano, para que pueda tomar posesión de todo aquello. Y se casa conmigo. Para heredar.

GOLONDRINA: Y nace Aldebarán. ¿Qué pasa entonces? Le estorba tu pequeñez. Y te encarama a un caballo y

viene y te avienta como a una cosa usada en el rincón más oscuro de esta casa de rancho. Y eso es todo. Él pasa a ser el oligarca segundo, heredero de tierras, aguas, hombres y ganados y tú, la paridora, mientras tenía tiempo para ti. ¿Y luego?

LILA: Sus despilfarros se acrecentaron, sus correrías fueron de boca en boca, hizo de las suyas en la política, en las finanzas del Estado, mandó en los cuerpos y en las almas.

GOLONDRINA: Mientras nosotros crecíamos.

LILA: Olvidados de él. Porque él nunca tuvo para ustedes. Porque este rancho era uno más de todos los que poseía y tal vez ustedes unos de los tantos hijos que, seguramente, tiene por ahí.

GOLONDRINA: Tú eres su esposa legítima.

LILA: Y también una sierva que con estas manos ha procurado su alimento y el de su camada, lo ha arrancado de esta tierra pequeña y agredida, acre y torva a la que él nos arrojó inmisericorde y que a la boca se la lleva obligada a seguir el mismo rostro amargo, la misma mano labradora, el mismo sudor viejo, mientras afuera, lejos de este terrón inverosímil, las dulces y fáciles cosas son de él y para él, de Ruiz Segundo, mi patrón.

GOLONDRINA: Pero somos nosotros los que tenemos derecho a compartir lo que él disfruta porque nos corresponde, porque también se lo hemos trabajado, porque ya no debe ser la palabra cumplida *él*, sino ahora la palabra *nosotros* para nosotros, sobre nosotros y delante de nosotros... Aunque no estés de acuerdo.

LILA: Algún día será.

GOLONDRINA: Lo dices porque ya te resignaste. Podrías morir bajo las suelas de sus botas. Pero nosotros somos jóvenes. Estamos empezando a mirar, a darnos cuenta de que esto no puede continuar, de que es necesario tomar una determinación. Alguna salida debe

haber en este monstruoso contrasentido del hombre crucificado por el hombre. Porque de lo contrario sería el caso de pensar que la raza humana está maldita para siempre, que esto es el infierno y que no podemos esperar salvación.

LILA: Contemos con la esperanza.

GOLONDRINA: La esperanza no existe. Todo debe decidirlo la violencia y ya es el tiempo.

LILA: El tiempo, ¿para qué?

GOLONDRINA: Es urgente conseguir otro estado de cosas, madre, de lo contrario, seré yo la primera en levantar la mano contra él. Queremos la libertad.

LILA: Lo que tú quieres es vengar ese recuerdo.

GOLONDRINA: No. En todas partes hay huellas de sus manos, de su alma limpia, de su corazón limpio; donde suena una guitarra, un violín, cualquiera de esos que él hacía con sus manos, lo sigo oyendo y aunque no es esa la voz que me lanza a levantar el puño, es parte de esta otra voz ronca que me estremece para pedir mi liberación.

LILA: ... Eres débil.

GOLONDRINA: La débil eres tú. Lo dices porque ya has envejecido.

LILA: Soy nada más una madre.

GOLONDRINA: Una madre cobarde. Habla con Aldebarán, con Sagitario y encontrarás bajo sus lenguas la contienda. Todos contra él. Es la única salida.

LILA: No entenderá razones.

GOLONDRINA: Por la fuerza o por el crimen. Veo que callas. Eso quiere decir que sabes qué es lo que combatimos.

LILA: Eres una chiquilla. Por eso callo.

GOLONDRINA: Te arrastraremos con nosotros, te arrastraremos con tu moral, con tu silencio, con tu cobardía.

LILA: Me arrastrarían a la incertidumbre, a la larga pregunta. Denme tiempo para pensar.

GOLONDRINA: No queda tiempo. Estamos hartos y podríamos caer sobre los hombros del único culpable.

LILA: Muy jóvenes son aún para inminencias y puños y puñales...

GOLONDRINA: Las rebeliones deben hacerlas la gente joven...

LILA: Ese lenguaje no te lo conocía... Como que no te pertenece.

GOLONDRINA: Si te importáramos un poco, nos apoyarías.

LILA: Pero, niña, ¿de qué pueden acusarme? He sido buena madre. Si he contraído ante la iglesia y ante los hombres la obediencia a mi marido, eso no quiere decir que siempre sea sorda.

GOLONDRINA: El mal avanza. No podrás contenerlo. Es como la creciente, como el agua que llena un represo hasta reventarlo; como el pueblo que un día se cansa de ser pisoteado y se levanta en armas. Tú nos enseñaste muchas cosas, sí, pero nosotros hemos seguido buscando; los vaqueros traen libros; Aldebarán les encarga periódicos, revistas; y a pesar de nuestros veinte años encerrados aquí, hemos conseguido de esa manera, conectarnos con el mundo desconocido de más allá de esas montañas; noches y noches hemos hablado del asunto los tres, a solas, cuanto tú duermes, cuando nadie nos oye; sabemos que tenemos la razón, que tenemos derecho a la alegría y a una felicidad efectiva y más humana.

LILA: Todo eso lo sé y no me lo repitas, Golondrina. De pronto, me doy cuenta que mi camada ladra, se apretuja y demanda, solicita el acceso a vivir como se lo han ganado.

GOLONDRINA: Y matarán para dejar de ser bestias de carga, matarán si es preciso para poder sonreír sin consignas, respirar sin mordazas, vivir sin latigazos, trabajar sin presiones. Tú también alzarás la voz contra mi padre.

LILA: Sólo les pido tiempo.

GOLONDRINA: Nos perderás, entonces.

LILA: No.

GOLONDRINA: ¡Nos perderás!

VOZ DE SAGITARIO: ¡Suéltame, te digo que me sueltes!

#### ESCENA IV

*Entra Floriano arrastrando casi de un brazo a Sagitario, semi-desnudo. Lo arroja al suelo y va a azotarlo con un fuste.*

FLORIANO: ¡Y cualquiera que tuviere cópula con bestia, ha de ser muerto; será su sangre sobre él!

*Al ir a pegarle, Sagitario se aferra al fuste y lo arroja lejos.*

LILA: ¡Floriano!

SAGITARIO: ¡Ahora, atrévete! *(Lo desafía con la cara. Luego hace mutis hacia el interior de la casa)*

FLORIANO: ¡Estaba con una yegua! Haciendo abominaciones.

LILA: Sagitario no entiende, él mira y oye solamente este mundo, sus actos corresponden al mundo que le has dado. Si habrás de hacerte respetar, será de otra manera.

FLORIANO: Yo me haré respetar como me plazca. Carroña.

SAGITARIO: *(Entrando)* Pero ¿qué sabes de todo esto, si tú ya viniste del campo, corroído de mundo, ahído de ciudades, a descargar un poder que no entendías sobre esta gente que tampoco entendiste, si ya llegaste a disponer de las mujeres, a reinar otra vez...? Pero para nosotros que nacimos aquí, que aquí aprendimos a mal crecer, a mal vivir, para todos nosotros que no hemos conocido más desahogo que una yegua es muy distinto. Todos lo han hecho. Entonces, ¿qué sucede?

FLORIANO: ¡Dios todo poderoso lo condena!

SAGITARIO: ¡También condena el adulterio! Madre nos has hecho leer esa Biblia que llevas a todas partes; y condena el desear y abusar de la mujer del prójimo y el



hurtar y el matar; y tú, frente a mi madre te lo digo, eres muchas veces adúltero; frente a mi hermano te lo digo, has violado a la mujer de tu prójimo, frente a Golondrina te lo digo, has matado; delante de todos nosotros a voz en cuello te lo grito: ¡Ladrón! ¡Ladrón!

FLORIANO: ¡Insolente! Yo no he robado nunca. Ustedes sí. Me robaron la sangre. Sangre que di porque esa era la urgencia y el camino; mujer que tuve a la mano para salir del paso. Mas no me merecían como padre. Yo vengo de altos nombres. Ustedes son el pueblo al que hay que descender de vez en cuando para que no se diga. ¿Qué cosa les he robado, niño imbécil?

SAGITARIO: ¡La libertad! Nuestro derecho universal a ser cosas humanas. Aunque una cosa no; el derecho a la rebelión para aplastarte, y si hablas de tu sangre... (*Escupe*) ¡Sangre de lunático!

*Floriano va a pegarle.*

FLORIANO: Castigaré tu lengua.

*Lila se interpone entre ambos.*

LILA: ¡Basta ya, Floriano, si no quieres que todos ellos se alcen contra ti!

FLORIANO: ¿Y qué podía esperarse si no eso? ¡Ah! ¡Cuánto los detesto! ¡Y cuánto odio todo esto que no entiendo, tan lejano de lo que soñé, tan lejano a todo lo que esperaba para mi vida! Y no perdonaré.

LILA: Somos nosotros los que no perdonaremos.

FLORIANO: Pero, ¡cuántos berridos sólo porque deben cumplir con trabajar...!

SAGITARIO: Hemos trabajado bastante y hasta al más miserable por hacerlo se le debe pagar.

FLORIANO: Bien pagados están con llevar mi apellido.

GOLONDRINA: Un apellido más, simple como cualquiera, tu apellido no nos da de comer. Nos vale madres.

LILA: Floriano, hay generación que maldice a su padre, hay generación limpia en su opinión, hay generación cu-

yos dientes son espadas y sus muelas cuchillas. Ciertamente, el que provoca ira, causará contienda, mas el que disimula la injuria es cuerdo.

FLORIANO: Por eso al final de las cosechas, todo lo disimulo, olvido resquemores y calumnias, bebiéndome mi vino y el ajeno, abusando de mi vecina y de su próxima.

GOLONDRINA: Reconoce que tú asesinaste a José Manuel.

FLORIANO: Sí.

ALDEBARÁN: (*Entrando*) Tú embarazaste a Lucila.

FLORIANO: Sí. Y las embarazaría a todas sin descanso. Sólo para eso sirven. Se ofrecen, sahúman sus recámaras y nos embriagan de caricias hasta el amanecer como tu tal Lucila. Yo debí haberme quedado en cualquier gran ciudad, concertado alguna reunión provechosa con algún aristócrata; no que me hicieron regresar a toda esta mugre, renunciando a todo lo que ya era mi mundo, para tomar posesión de este otro puerco mundo y alzando de la mierda a una cualquiera.

LILA: Y desde entonces, esta cualquiera ha parido de ti, ha abierto surco, ha ordeñado, ha sido capataz, leñador, aguador, sembrador, albañil, vigilante, avaro, mentor, madre y padre; todo de lo que no has sido capaz tú, ni lo serías. Yo enterré las estacas del olivo, mientras mis hijos maduraban, y cuidé los acodos de la parra y la higuera, mientras ellos crecían. Luego la tierra nos dio a cambio racimos colmados, sólo para que tu gavilla nos dejara sin qué comer, llevándose a tus arcas el oro que era nuestro. ¿A qué has venido ahora? Si no te hacemos falta. Hace ya mucho tiempo que no se te veía por el llano.

FLORIANO: Vengo a dar una vuelta. A vigilar lo mío. A hacerles una cortés visita de reconocimiento. Para que no vayan a pensar que Floriano, su padre, no se acuerda de ustedes. Y para que no olviden que aquí van a seguir obedeciendo, trabajándome, hasta que se me antoje.

ALDEBARÁN: Estás equivocado. Si primero nos hicimos a la idea de la prudencia, de la tolerancia y de la obediencia, fue por mi madre que tenía siempre a Dios dentro de la boca; pero al ver que no recibíamos de ti nada que no fuera la malambre, el puntapié, la explotación inicua, rogamos a ese Dios que creciéramos pronto; ya hemos crecido y no estamos dispuestos a aguantarte más. Con tu pinche apellido nos limpiamos, para empezar.

FLORIANO: (*A Lila*) Tú eres la que los ha lanzado contra mí, tú que eres como todas las aldeanas de tu clase. Zorra. Carroña. Odio más que todo esta unión, esta mísera fuerza en la que se apretujan los unos junto a otros, pero pegaré y seguiré pegando.

ALDEBARÁN: (*Levanta un leño*) ¡Ni uno más!

FLORIANO: Tú también...

ALDEBARÁN: Hasta la más miserable criatura se cansa alguna vez.

SAGITARIO: Y va madurando la discordia, hasta que ya no puede contenerse y revienta, apestándolo todo.

GOLONDRINA: Como el gran estómago de una vaca inflándose de carroña bajo el sol.

FLORIANO: Yo sé que lo que desean es la tierra, pero es mía y cuando el plazo llegue, será de quien yo sé que será, de quien ya tengo designado y, por supuesto, ninguno de ustedes tendrá ni en qué caerse muerto.

ALDEBARÁN: Es más nuestra que tuya. Ella se ha bebido el sudor de nosotros, de mamá; queremos disfrutar lo que nos corresponde.

*Los hijos lo cercan hasta el final.*

GOLONDRINA: Queremos obrar como lo pide nuestro corazón.

SAGITARIO: Vivir como los demás.

ALDEBARÁN: Tus manos se aferraron a la tela de su vestido y la rasgaron, desnudando totalmente el cuerpo hermoso de Lucila, Lucila que era mía.

GOLONDRINA: Tus manos abrieron brecha en la frente de José con su bala asesina.

ALDEBARÁN: Desde los ocho años te cultivo la tierra, encierro tu ganado, riego tus siembras, desgrano tus mazorcas y no he recibido de ti lo que me corresponde.

SAGITARIO: Desde los seis años engordo tus marranos, doy de comer a tu ganado, levanto tus trillas, aviento tu trigo, parto tu leña y jamás te has dignado pagarme.

GOLONDRINA: Desde niña te aborrezco.

ALDEBARÁN: ¿Qué nos has dado a cambio de trabajo?

SAGITARIO: El puntapié, la presión, la patada, el madrazo.

GOLONDRINA: El crimen.

FLORIANO: (*Mutis de Floriano*) ¡Mierda!

## ESCENA V

LILA: Ya esperaba todo esto. ¿Por cuál rendija de ninguna parte había entrado jamás una esperanza? Veinte años obedeciendo, veinte años festejando y aceptando sus malas acciones, veinte años sabiendo de ésta, de aquella, de la otra, con la que concebía hijos como un semental, veinte años mirando crecer las espigas, reventar las mazorcas y saber que nunca eran para nuestra boca, sino para los acaparadores y la reventa y las cantinas y los tahúres y las prostitutas; veinte años soportando sus rencores, sus desequilibrios. Yo le di hijos, le di paciencia y no recibí nada a cambio.

ALDEBARÁN: Nosotros ya estamos grandes, nosotros podemos con todo esto solos, sin él.

GOLONDRINA: Yo quería casarme y él no lo aceptaba. José me llevaría lejos de todo esto y él lo mandó matar en una cacería.

ALDEBARÁN: A mí me robó a la Lucila. Yo la veía llegar todas las tardes bajo los palofierros de la siembra. Pero él

también la vio llegar. Los besos que la Lucila recién me daba, fueron a la fuerza, totales para él; luego la dejó olvidada en cualquier cantina del pueblo con un hijo que no era mío.

SAGITARIO: Yo he cuidado a Galana, desde pequeña, para mí...

GOLONDRINA: Ha terminado por entender que estamos contra él.

ALDEBARÁN: Nos odia.

LILA: Pero no nos iremos. La tierra es de todos nosotros. Nos ha costado mucho cultivarla de sol a sol, mientras él vigilaba de vez en cuando sobre su caballo bajo la sombra del mezquite. Floriano entenderá que nosotros hemos contribuido a enriquecerlo más y que no nos ha retribuido nada; aún cuando esté a favor de otra persona, no nos iremos.

GOLONDRINA: Estoy cansada de ponerme vestidos hechos siempre de tela de costales.

SAGITARIO: Estoy aburrido de vestir las ropas que le sobran a mi hermano.

ALDEBARÁN: Y yo de usar lo que manda mi padre. Bastante trabajamos.

LILA: Yo hablaré con él.

ALDEBARÁN: Es viejo. Todo en él es duro ya, saturado de sus propias convicciones, de sus propias ideas; todo en él es antiguo, no puede variar, o se deja arrastrar o habrá de destruirlo, derribar esa imagen caduca y ridícula de lo que no pedimos.

SAGITARIO: ¿Y Dios? Dios de hambre, Dios de látigo, Dios de cabeza gacha, Dios de fusta y de patada, Dios de ignorancia, Dios de muerte, Dios de dejarnos que se nos humille y se nos escupa y se nos pegue y se nos insulte. Tú nos has enseñado un Dios benigno, misericordioso y no lo conocemos, madre.

LILA: Dios es también humildad.

ALDEBARÁN: Humildad bajo el escupitajo. Y la recompensa, ¿cuándo?

SAGITARIO: Dios es el caballo gastado que ya no sirve para nada.

LILA: Esperemos que sea ahora bondadoso con nosotros.

ALDEBARÁN: Dios es para los bandidos como Ruiz.

SAGITARIO: Ya estamos hartos.

GOLONDRINA: Quiero ser libre.

ALDEBARÁN: Yo podría cosechar sin echar de la madre, yo podría arrear el ganado sin estar maldiciendo la hora en que nací, yo podría regar de madrugada sin estar odiándolo, sin estar mirándolo en las compuertas, en el trillo, en las acequias, en el agua, en las espigas...

SAGITARIO: Yo podría partir la leña sin rencor.

GOLONDRINA: Yo podría hacer la comida sin lágrimas.

LILA: Con él no se puede pasar a la violencia sin haber agotado previamente los medios pacíficos de corregirle. Se le ha de sufrir lo más posible todavía. Si rechaza toda clase de observaciones, si no deja lugar alguno a la esperanza, debe empezarse por declararle que no se le reconoce como amo, y puesto que necesariamente ha de nacer de ahí una guerra...

ALDEBARÁN: Matarlo a hierro como a un enemigo público, por el mismo derecho de la defensa, por la autoridad propia del humillado más legítima siempre y mejor que la del amo.

GOLONDRINA: Si está perdida toda esperanza, ¿quién de nosotros no será tan pobre de consejo que no confiese que es lícito derribar al infame?

ALDEBARÁN: Ni tolerancia ni mansedumbre.

SAGITARIO: Revolución.

ALDEBARÁN: Ahora en tu boca cabe pronunciar la palabra final.

LILA: Dios mío, ilumíname, dame tu lámpara, descorre estas tinieblas en las que todos te traen de la cintura.

*Relincha alarmada la potranca. Sagitario mira hacia los corrales y se pone tenso.*

SAGITARIO: Traen linternas, mamá, se la van a llevar, se la van a llevar.

ALDEBARÁN: ¡Sagitario, Sagitario!

*Mutis de ambos.*

GOLONDRINA: Ahora todo lo sabes.

LILA: Así es.

GOLONDRINA: Entonces, ¿qué respondes?

LILA: Me niego a responder.

VOZ DE SAGITARIO: ¿A dónde se la llevan?

VOZ DE FLORIANO: ¡Qué te importa!

VOZ DE SAGITARIO: Es mía.

VOZ DE FLORIANO: La preñarán los garañones.

VOZ DE SAGITARIO: Yo la he cuidado desde pequeña para mí.

VOZ DE FLORIANO: Pero mañana ya no será tuya sino de toda la caballada.

VOZ DE SAGITARIO: Tú no puedes hacer eso con Galana, es mía.

VOZ DE FLORIANO: *(Se escucha el chasquido de dos bofetadas)*

Esto es lo único que es tuyo, esto es solamente lo que es de ustedes. Geno, Alejo, encierren a la potranca en la pajera. Y avisen a Carlos Reyna que, mañana muy temprano, me mande su garañón.

VOZ DE SAGITARIO: No será. Esto me lo pagas. Me lo pagarás.

*Risas de Floriano y los peones. Entra a escena Sagitario que a grandes pasos penetra en su habitación. Entra Floriano. Tras él, Aldebarán.*

## ESCENA VI

FLORIANO: ¡Prende las lámparas!

LILA: Tú quieres la guerra.

FLORIANO: Ustedes la provocan y la acepto.

LILA: La tendrás.

FLORIANO: Yo tengo el poder.

LILA: Nosotros el desprecio. Contamos con el desprecio.

FLORIANO: Tenía que ser así. Pelusa. Plebe oprobiosa que nunca estuvo a mi altura, en la que nunca vi mi arrogancia, mi estirpe...

LILA: ¿En cuál de todas las demás la viste?

FLORIANO: En Esther, la de los Vélez.

LILA: Te darías a querer allí.

FLORIANO: Es de mi clase. Mañana el notario testará a su favor y al de los hijos que con ella tengo, yo firmaré y es todo.

LILA: La ley me protegerá para defender lo que me corresponde.

FLORIANO: Siempre fuiste pobre. Y los pobres apestan. Lo que quieras alegar está por verse...

LILA: Hay un acta civil de matrimonio...

FLORIANO: Existe si yo quiero, con dinero se arregla todo y tú no lo tienes, puedo comprar hasta tu vida. (*Lila pretende hablar*) Nada, nada, lo he dicho; silencio. Prende las lámparas, he dicho que prendas las lámparas.

LILA: Y yo he dicho que no. ¡Nunca! ¡Jamás!

FLORIANO: (*Levanta el látigo*) Carroña. Perros. Raza de perros. Pueblo de perros.

*Al levantar el látigo para pegarle a Lila, Aldebarán, furioso, da un puñetazo a Floriano en la mandíbula y lo tumba.*

ALDEBARÁN: El pueblo acabará contigo, miserable.

*Oscuro. Se escuchan los sollozos de Sagitario.*

SAGITARIO: Galana, Galana.

*Puente musical.*

## ESCENA VII

*A mitad del escenario, está de pie Sagitario, con una escopeta en la mano.*



SAGITARIO: Galana, voy a liberarte, voy a abrir para ti la gran puerta, para que entres en la noche. Estoy entero. Duro ante la despedida. Mañana te tendrán los garrañones, entrarán a galope tendido por donde yo acostumbraba ir. Siento ahora que me estoy haciendo hombre, que estoy destinado a soportar desde mañana una dura tarea; por eso será necesario darte la libertad y olvidar contigo definitivamente mi adolescencia encendida y brillar las navajas donde antes brillaron las lágrimas.

Todavía esta mañana hubiera querido saltar las trancas del corral para cazar tórtolas con resortera; ahora siento algo duro que crece aquí, adentro, que se me agolpa y no sé qué es; será que me estoy haciendo hombre; será que desde ahora tendré que llamar piedra a la piedra y llanto al llanto. Necesito despedirme de ti, necesito despedirme de mi adolescencia encendida y llorar la última lágrima por lo que irá empequeñeciendo día con día hasta quedar en recuerdo.

Amanece para el centauro la vida del hombre; en la ausencia quedan la crin y los viejos abuelos; la niña rubia que relinchaba riendo y los cascos traviesos del que vivió leyendas a su antojo.

*Mutis hacia los corrales.*

## ESCENA VIII

*Salen de la cocina Lila y Golondrina.*

LILA: He estado pensando. Profundamente. Las cosas han devenido como nunca lo hubiera esperado. En efecto, ustedes ya han crecido. Floriano no cederá. Y me resisto a imaginar siquiera lo que va a resultar de todo esto.

GOLONDRINA: Mira, mamá. Tú no lo sabes, pero Aldebarán tiene de su parte a toda la peonada. Aldebarán es

muy inteligente, mamá. Cuando les habla, es como si su lengua se encendiera, la mirada se le quema y las palabras prometen siempre un mundo diferente, un mundo libre. Lo hemos oído tanto que, de pronto, a cualquier hora el sonido de un simple metal nos aleluya.

LILA: Lo que me importa es que algo pueda mancharlos, que arrastren sobre sus conciencias lo que no reflexionaron. Aldebarán es más listo que todos. Ustedes ya no escuchan a su madre. Y son tres contra mí.

GOLONDRINA: Combatimos por nuestra libertad. No es un deseo de oro, es solamente el cambio, este cambio que ya se avizora, del que Aldebarán desde hace mucho tiempo nos anuncia, el que anhelamos como el pan o como el agua después de una larga tarea.

LILA: Y esta pobre mujer... ¿qué puede hacer?

GOLONDRINA: O muerto... o muerto.

LILA: Lo amo.

## ESCENA IX

*Entra Aldebarán de los corrales.*

ALDEBARÁN: Lo seguí desde que salió de aquí repitiendo lo que hará en la mañana. Está solo a la mitad del corral grande, hablando con él mismo. Sólo vine a avisarte.

LILA: ¿Avisarme? ¿Qué cosa?

ALDEBARÁN: Escucha, madre...

LILA: *(Interrumpiéndolo)* ¿Qué es lo que quieres decirme?

ALDEBARÁN: Yo desamarré los toros, yo los conduje con sigilo hasta muy cerca de Floriano. Sólo hay una pequeña tranca de por medio.

LILA: ¡Lo prenderán!

ALDEBARÁN: La peonada está alerta. Sólo vine a avisarte. A una señal mía espantarán el hato.

LILA: ¡Asesino! ¡Cómplice de asesinos!

ALDEBARÁN: Ya sabes qué tan maleados están los animales.

LILA: ¡El crimen! Pese a todo, Floriano es un hombre indefenso, Aldebarán.

GOLONDRINA: Un hombre que atenta contra nuestras vidas. Es la suya o las nuestras. En la lucha por la libertad hay que sacrificar todo lo que nos estorbe, lo que nos duela, lo que nos haga daño.

ALDEBARÁN: Lo de mañana lo hará, todas estas tierras serán de la que a él se le presente entre ceja y ceja y nosotros tendremos que salir de aquí más pobres que nunca, arriados por detrás de un piquete de soldados. Y todo lo que hemos trabajado, todo lo que hemos sufrido, será un recuerdo más entre las cosas que no pedimos.

GOLONDRINA: Más que nunca es ahora nuestro enemigo.

ALDEBARÁN: Nos avienta a otra miseria más, después de habernos exprimido.

GOLONDRINA: Sin ningún derecho.

ALDEBARÁN: Tendríamos que empezar otra vez. Y no nos queda paciencia, madre.

LILA: Tengo que hacerlo recapacitar. No está ni siquiera armado; déjame pasar, Aldebarán, voy a detener este crimen.

ALDEBARÁN: ¡No vas! (*Suenan unos disparos. Los toros se alborotan*) ¿Qué ocurre?

LILA: ¡Los toros! ¡Los toros!

VOZ DE FLORIANO: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡A mí! (*Los toros lo prenden*) ¡Ahhh!

LILA: Floriano, Floriano. (*Aldebarán sale hacia los corrales*) ¡Dios mío! Yo los parí y he parido la guerra.

GOLONDRINA: No, mamá, has parido la libertad, esta paz; la felicidad.

*Entra Sagitario de los corrales con la escopeta en la mano.*

## ESCENA X

SAGITARIO: Maté a mi potranca, mamá. Tres tiros en la cabeza antes que fuera de los garañones. Y maté con ella el último grito de mi adolescencia, el último vestigio de mi pubertad abierta. Soy un hombre ahora.

LILA: Esos disparos tuyos espantaron a los toros y... tu padre.

SAGITARIO: Mi padre está muerto. Ese fue Dios, mamá, ahora sí tenemos a Dios entre nosotros, siendo justo y misericordioso por primera vez.

LILA: Muerto...

GOLONDRINA: Lo llorarás por nosotros.

LILA: Lo lloraré por todos. Para que todas las violadas de la tierra y todos los huérfanos del mundo y todos los escupidos y los pateados y los encarcelados y los vejados y las paridas y los hambrientos y sedientos de justicia, puedan abrir los ojos a la vida. *(Sale hacia los corrales)*

*Cantan los gallos y los pájaros.*

SAGITARIO: Ya es de día, Golondrina.

GOLONDRINA: Ha salido el sol.

SAGITARIO: Barre tu casa, entonces, barre la casa, límpiala, centauro. Alegría.

GOLONDRINA: ¡Alegría!

SAGITARIO: A todo esto ya le hemos puesto un nombre, hermana. A trabajar.

GOLONDRINA: A trabajar.

SAGITARIO: Yo soy el hombre que buscando un libro para aprender a leer halló la catástrofe. Le dijeron que la palabra se había perdido, le dijeron que ahora, otra vez, habría que empezar a hablar.

GOLONDRINA: ¿A qué airarse pues, sólo porque esto sea un poco de ir en busca del viento, del hombre, de los pájaros?

SAGITARIO: Y Lucifer perdió a Dios y halló el dolor: un hombre.

GOLONDRINA: La palabra necesaria.

SAGITARIO: Hombre.

GOLONDRINA: El dolor para conocer al *hombre*.

*Entra Lila.*

## ESCENA XI

LILA: (*Retrocediendo*) ¡Aldebarán! ¡Aldebarán!

*Aparece Aldebarán vestido con la ropa de Floriano, lo acompañan los vaqueros bien armados y también bien vestidos, contrastando con la pobreza de Sagitario, Golondrina y la madre que, juntos, van retrocediendo. El grupo de hombres son los vencedores en turno.*

LILA: Aldebarán. Hijo. Aldebarán... pero...

ALDEBARÁN: Silencio. Quien manda ahora es Ruiz III. Que así sea. Lo siento por ustedes porque ya he ordenado que los echen. Yo no sé si nos veremos más.

*Lila y Golondrina entienden. Se abrazan. Sagitario se dirige al público.*

SAGITARIO: Lo sabemos todo. Lo hemos leído. Nos cuentan. Esto sucede. Sucedió. Sucederá. Podría sucedernos. Nuestros hogares son historias. Nuestros países son historias más. En nuestra fauna criolla conocimos, conocemos y conoceremos saurios gigantescos, simios equilibristas que han sufrido muchas veces metamorfosis extraordinarias y se convierten rápidamente de demagogos en magnates, que tienen el signo de cierta aristocracia o cierta parlería y parecen movidos por una fuerza desolada, no por eso menos implacable. Esta es pues, una historia de historias... Pero, si nuestra pobre historia fuera la de usted, señor... Usted, (*se ha dirigido a un espectador entre el público*) ¿qué haría?

ALDEBARÁN: Silencio. Quien manda ahora es Ruiz III. Que sea así. Lo siento por ustedes porque ya he ordenado que los echen. Yo no sé si nos veremos más.

SAGITARIO: Por supuesto que volveremos a vernos. Habrá guerra.

*Los vaqueros y el propio Aldebarán, apuntándoles con las armas, van sacándolos a empellones de la escena, hasta que todos desaparecen para el...*

*Oscuro final*

# La sagrada familia

## Documental tragigrotesco en dos jornadas y alternaciones

Para Jorge Luis Ibarra M.  
A Casildo Rivera

### PERSONAJES DE LA PRIMERA JORNADA

Fidelio Cucas: Viejo	Lupillo Madera
Diódoro Cucas: Viejo	Valeriano Moroyoqui
Fidelio Cucas: Joven	La madre de Trinito
Diódoro Cucas: Joven	El padre de Valeriano
Rutilio Plata	Pedro Valenzuela
Rosario Humo	Judas Judas Palomares
Trinito Wacabuita	Voz del convitero

### PERSONAJES DE LA SEGUNDA JORNADA, ADEMÁS DE LOS ANTERIORES

El locutor de radio	Aims Sosorry: Reportera gringa
El papelerito	Cuatro vecinos mayos
Una mujer	El Gobernador del Estado
René Reporter	Un niño
El ávido lector de periódicos	

## ÉPOCA DE LA ACCIÓN

*Sucedió en el año 50 de este siglo; pudo haber sucedido durante la Colonia o durante la Revolución agraria; tal vez esté ocurriendo ahora, en las últimas boqueadas finiseculares; esta tragedia fársica es versión libre de un caso criminal acaecido en la región del Río Mayo y que todavía provoca controversias, curiosidad, escepticismo, estupor, burlacas, porque todavía el homosexualismo, sigue siendo controversial, presente casi ya el siglo XXI. ¡Qué atraso!*

## LUGAR DE LA ACCIÓN

*Una comunidad indígena en el sur de Sonora, noroeste de México.  
Lados: Los del actor.*

## APROXIMACIONES

*Relativas al proceso instruido ante el Juzgado de Primera Instancia de Huatabampo en contra de Eusebio Yocupicio Soto, Leonardo Huipas López, Adelaido Huipas Quijano y Basilio Humo, por los delitos de homicidio, violación a las leyes de inhumación y exhumación y asociación delictuosa, confirmando la pena de muerte dictada con fecha 13 de mayo de 1950, por el Juez de Primera Instancia de esa ciudad, señor Pascual López Quijada.*

*El Imparcial, 22 de agosto de 1950, Hermosillo.*

## ESCENARIO

*La casa de Rutilio Plata.*

- 1. A la derecha del escenario, en diagonal que arranca de la mitad del fondo arriba y remata en el extremo derecho*



del proscenio, se mira una vivienda de adobes y horcones, paredes de carrizo enjarradas con lodo, a la usanza de la región: es un cuarto amplio en el que se observa un camastro o tarima con respaldo, cuyo tambor está hecho de cueros de res, cubierto con una sobrecama confeccionada con pedacitos multicolores de telas distintas, combinadas en cuadros y rombos; una silla rústica de varas de sauce, y una mesa o escritorio muy maltratado sobre el que se ven algunos libros y cuadernos; sobre la pared de arriba se distingue un espejo, un almanaque o calendario y retratos tamaño postal de los que se toman en las ferias; hay un petate sobre el suelo, a un lado del camastro. Sólo parte de la pared de carrizos y algo del techo de varas, ramas y tierra pueden apreciarse, como un rompimiento; lo demás queda descubierto para el público. Hay una montura sobre un tronco grande de pino. Botellas de licores baratos.

2. A la extrema izquierda, arriba del escenario, hay otro cuarto más pequeño, también descubierto al público y en el que se advierte una mesa grande, ancha y una banca larga, como para ser ocupada por cuatro o cinco personas; las paredes de este cuarto están decoradas con máscaras, ángeles diabólicos, esqueletos de cartón, vampiros de papel maché, etc., dando la sensación de una Curios satánica.
3. El patio. Entre un cuarto y el otro. Hay un árbol ancho de tronco, posiblemente un mezquite al centro, arriba del patio; este tronco de utilería deberá estar hecho como para resistir el peso de un cuerpo colgado de las manos de alguno de sus brazos; una cerca de ocotillos o carrizos remata el fondo, y en ella una pequeña puerta que lleva al campo, hacia la calle.

#### OTRAS SEÑALES

Sobre la boca escena bajará una pantalla china para efectos de sombras, proyección de video o de filminas; algunas ilustraciones

*anexas a este libreto aportarán al director de la obra detalles de vestuario, etnografía y una aproximación al ritual que habrá de verse primero en la pantalla traslúcida y después en vivo, entre efectos violentos de percusiones, humo seco, luz negra, iluminación estroboscópica, etc. Los demás elementos alternativos: un video, efectos y trucos de imágenes fantasmagóricas y bichos voladores, sonidos, desaparición súbita o aparición de personajes, serán advertidos en su oportunidad.*

*La pantalla cubrirá toda la boca escena.*

## JORNADA PRIMERA

### ESCENA I

*En la penumbra del escenario, entre la que apenas se acierta a distinguir la silueta de la humilde casa, el árbol, los cercados de ocotillo o de carrizo, el trascorral, el cuarto chico, se miran entrar dos siluetas de hombres viejos, vestidos a la usanza de la región: sombreros de palma, camisa común, pantalón de dril, de kaki, o de mezclilla, paliacate rojo al cuello; van descalzos o portan huaraches, todo su atuendo muy usado. Se escuchan a la distancia dos voces de hombres ebrios cantando: «Ay, pueblo mío, qué ganas tenía de verte... eee». Los dos bultos se sientan en cuclillas en el área izquierda del proscenio, de espaldas al público, frente a la vivienda abandonada.*

*Son Fidelio y Diódoro I, los viejos. Pasa el canto, muy cerca: «...qué ganas tenía de verte... eee». Luego las voces se pierden en la noche oscurísima, plagada de cantos de grillos y pájaros nocturnos.*

FIDELIO: ¿Nada tienes que contarme?

DIÓDORO: Nada.

FIDELIO: En la cabeza, en el corazón... ¿Nada?

DIÓDORO: Nada.

FIDELIO: Eso pensaba yo.

DIÓDORO: Egüi.

FIDELIO: ¿Cuántos años tenemos?

DIÓDORO: 68 yo.

FIDELIO: 54 yo. Tú tenías 40.

DIÓDORO: Tú, 28. ¿Te acuerdas?

FIDELIO: No.

DIÓDORO: ¿Entonces?

FIDELIO: Nada. ¿Lo sientes mucho?

DIÓDORO: Ya estamos choios.

FIDELIO: Churidos. Ya pagamos.

DIÓDORO: Qué ganas de ponerme a llorar.

FIDELIO: Lloro.

DIÓDORO: Nos iremos al mar. Ya no van a querernos en el pueblo.

FIDELIO: Si se acuerdan. ¿Qué cosas, no?

DIÓDORO: Mañana nos moriremos.

FIDELIO: Nada queda ya sino eso.

DIÓDORO: El último vuelo de la garcía.

FIDELIO: ¿Te acuerdas?

## ESCENA II

*Ha ido bajando la pantalla para la proyección de sombras mientras se escucha música primitiva a base de percutores: sonajas de bules y tamboril; es un acompasado ritmo monocorde, que los actores en sombras, danzarán a la manera ritual de las tribus del sur de Sonora, una especie de danza de coyotes y venado. En la pantalla traslúcida o pantalla china, iluminada en rojo, a contraluz de atrás (ciclorama) hacia adelante (proscenio), se advierten cuatro sombras de hombres desnudos o semidesnudos, evolucionando en coreografía de círculo continuo alrededor de otro hombre que, en medio de la rueda, trastabilla, ebrio o drogado. Los dos encucillados son iluminados tenue-*

mente con una luz violeta trágica, humo. Las cuatro siluetas en círculo sostienen contra sus ingles enormes falos artesanales de madera al tamaño de un bate de beisbol, que alzan y bajan con movimientos oscilatorios con sus manos, y empujando con movimientos pélvicos el trasero del que se mueve en el centro del círculo. Cada parlamento dicho por los actores será seguido de un golpe contundente del falo de madera contra el cuerpo que se tambalea a la mitad del grupo hasta que es derribado. Muerto. Los golpes serán en sienes, nuca, pecho, garganta. Todavía caída la víctima, será rematada sobre el suelo.

#### PARLAMENTOS PARA LA ESCENA II, PANTALLA

DIÓDORO II: (*Golpeando*) El pato vuela, pasa, muere. Y es el gran silencio. Fidelio, tú sigues.

LOS OTROS: (*A coro, emitiendo un grito de triunfo*) Egüi.

FIDELIO II: (*Golpeando*) La liebre corre, pasa, muere. Y es el gran silencio. Tú sigues, Rosario.

LOS OTROS: (*Igual*) Egüi.

ROSARIO: El cachorón huye, pasa, muere. (*Golpeando*) Y es el gran silencio. (*Conmovido*) Tú sigues, Rutilio.

RUTILIO: El hombre coge y duerme y muere. (*Golpeando*) Y es el gran silencio.

*El cuerpo cae. Cada uno golpea en su parlamento respectivo al cadáver en el piso.*

DIÓDORO: Y el aliento se apaga.

FIDELIO: Se apagan los ojos.

ROSARIO: Y ya no habla la boca. (*Se suelta llorando*)

RUTILIO: Muere el pascola, desaparece su carne.

FIDELIO: Y hace luna el silencio. (*Se desvanece la música*)

ROSARIO: (*Gritando, conmovedoramente*) Triniiii. Trinitooo.

DIÓDORO: (*A Rosario*) Cállate, Chayo. Levanten a éste. Vámonos a caparlo.

*Se apaga la pantalla que va alzándose. Vuelven a escucharse las voces de los paseantes borrachos cantando.*

VOCES: «Ay, pueblo mío...ooo, qué ganas tenía de verte...  
eee».

### ESCENA III

*Sobre los encucillados que se levantan se encienden luces azules/violetas/moradas.*

FIDELIO: ¿Te acuerdas?

DIÓDORO: Apenas. No me bañé ni me peiné por quince días. No comí dulces, leche, carne y alimentos de pronta pudrición. Tú sabes.

FIDELIO: No hay que comerlos mientras el muerto se deshace.

DIÓDORO: Salen granos en el pescuezo y en la cara. Ahora sí me acuerdo. Se llamaba Trinito, Lupillo, Valeriano.

FIDELIO: Estaba un cine ambulante en el pueblo. Y por el sonido cantaba Pedrito Infante. Pero también había bailongo en Etchoropo y maromas en el Júpari.

DIÓDORO: *(Cantando)* «Mi vida es tu vida, amor de los dos».

FIDELIO: «Tú me haces sufrir, ya lo pagarás, tú no tienes perdón».

DIÓDORO: Vamos a echarnos por ai, en los escombros.

FIDELIO: En los escombros de nosotros.

DIÓDORO: En los escombros que quedan.

*Se abrazan y salen caminando abrazados mientras entonan aquella canción.*

LOS DOS: *(Haciendo mutis hacia lo oscuro)* «Perdóname si te he ofendido, perdóname, ten compasión... tú me haces sufrir, ya lo pagarás, tú no tienes perdón».

*Mutis de ambos; sobre el escenario se hace la plena luz sobre la vivienda grande a la que entran Diódoro, Fidelio, Rosario y Rutilio.*

## ESCENA IV

*Veinticinco años antes de la primera escena. Se escucha lejos el sonido del cine ambulante y la canción «Amor de los dos». Rutilio tiene 15 años, Rosario 29, Fidelio 28 y Diódoro 40. Son indios de apariencia mansa y afable; morenos, de facciones agradables, altos, de pelo negro largo y ojos pequeños. Rutilio es el más fuerte. Rosario es el más endeble, Diódoro es el más viejo. Fidelio el más agraciado de físico. No es notorio su afeminamiento, sólo cierta parsimoniosa delicadeza en el trato entre ellos, cierta íntima complicidad inherente en algunos ademanes y miradas.*

*Por el alto parlante del carro de sonido del cine ambulante se escucha la voz del convitero que anuncia la programación.*

VOZ DEL CONVITERO: Atención, atención, Cine Rodante Cahita anuncia para esta noche en el terreno de costumbre dos películas nacionales de último éxito por una sola paga; dos comedias de debut en la capital de México y que Cine Rodante Cahita queriendo entretener decentemente a la pintoresca localidad de Bacapaco, procurándoles solaz esparcimiento, ha traído para todos ustedes a muy bajo precio *Ustedes los ricos*, con el galán de galanes, ranchero de rancheiros, Pedro Infante, y la comedia de risa loca *Nosotros los rateros*, con el incomparable Manolín; venga a divertirse con toda su chamuchina, olvídense del piojillo, de los censos, de la viruela negra, de la escasez de lluvias, de la sequía, de los comunistas; vengan a divertirse al Cine Rodante Cahita, el de los húngaros.

*Música «Amor de los dos»; el grupo toma de una botella de yocojihua.*

FIDELIO: He estado soñando seguido a *álguienes* que no veo sus caras, y que me avientan de cuchillos; también a toros que quieren comarme.

DIÓDORO: Es peligro, malas intenciones de cercanos.

RUTILIO: Yo he estado soñando que me peleo con perros o coyotes muy bravos, y que les destrozo las quijadas.

DIÓDORO: Es que eres capaz de hacerlo, quieras o no; eso dice tu sueño.

ROSARIO: Yo siempre sueño que corto una tuna roja y me la como.

DIÓDORO: Eso es besar cabeza, eso es mamar, Rosario, y siempre estás chupando.

ROSARIO: Y tú, ¿no sueñas?

DIÓDORO: Yo siempre sueño lo mismo; golpeo con un martillo sobre el pecho de un hombre; mato ratas persiguiéndolas por la casa.

RUTILIO: Y eso, ¿qué es?

DIÓDORO: Es un sueño de aviso, de eliminar enemigos, violencia, muerte; y yo he visto en el sueño al Trini Wacabuita.

FIDELIO: Ese chamaco nos anda desacreditando, levantando la hablada, diciéndole a la gente que somos unos putos viejos, feos, pobres, corrientes y borrachos, unas garraletas; y eso me encabrona de rabia.

ROSARIO: Cuando canta la gallina es porque ha ponido. Por algo ladra el perro.

FIDELIO: El Lupillo Madera también anda hablando. Al Rutilio le grita a media calle «puto fresco, hijo de la chingada», sólo porque el Rutilio le cobra el dinero que le ha prestado.

RUTILIO: El Lupillo es así.

ROSARIO: Pero tú tan fuerte que puedes hacerle tragar su lengua, Rut, que se le cuajan los miados, nomás lo ves y te pones lacio, y bien que te atrinca tus buenos chingadazos; además también andas con el Valeriano Moroyoqui, no te hagas, y ese sí molesta mucho, especial cuando anda pisto. Al Diódoro y al Fidelio les dice: «ustedes valen madre, putos salados, cochinos, pendejos», y te saca dinero, tan presumido que lo

verán, resollando con narices prestadas, tan vanidoso, con mujer y dos hijos; pero ya sus pisadas hacen camino *puay* enfrente, Rutilio.

RUTILIO: Pues sí le presté dinero, pero quiere más.

FIDELIO: Y aunque no se lo hubieras prestado, es un garrapata; se pega poco a poco y lo consigue.

DIÓDORO: Ya cállense.

ROSARIO: Era mejor cuando nosotros cuatro nos hacíamos un solo almáximo cogiéndonos los cuatro todos a uno, queriéndonos mucho, (*se ríe*) así nos hubiéramos quedado.

RUTILIO: La cosa no es para risa.

DIÓDORO: Que te calles, Rosario, hemos llegado a la raíz. No hay que aguantarnos *l'agua* puerca. Hay que acabar con éstos. De aquí a otro día pájaros nuevos habrá. Porque yo he pensado que, de lo que hoy más se ha de hacer, y de lo que se ha de venir a hacer después, vale más que se haga desde luego; porque no hemos de estar atentos a que se ofrezca ocasión de nuevo agravio para acabar con ellos, sino que se busque un día, una hora, a donde acudan para llegar por ellos y traerlos con maña, darles cuerda para que no sospechen y luego, atrincarles tieso y parejo sin lástima, pa que se mueran. No nos conviene ser la *risión* de la cantina.

RUTILIO: Andan echando tijera, hablando como el que se *pée* y no siente.

DIÓDORO: Pues, el que solo se anda *pellendo*, que se aguante la jedentina.

FIDELIO: Se la llevan armando la guasapera.

RUTILIO: Le están buscando tres pies al gato.

DIÓDORO: Ya les llegó el *tate* quieto, se metieron en la sin salida.

RUTILIO: Agarrarlos cortitos, tiñando la noche, entre oscurito y claro; y rápido, como *peluquiarse* un calvo.



FIDELIO: En dos tiritos, en un ya, lo que viene liso no *traí* arruga.

ROSARIO: Pero no se empuerquen con el Trinito. ¿Por qué no pues el Lupillo Madero o el Valeriano Moroyoqui primero?

DIÓDORO: Aquí mando yo. No tiene vuelta *dioja*, *pá* que no quede en dolor.

FIDELIO: Ya abrió el hocico, ora mismo le damos cuerda.

ROSARIO: Pobrecito el Trinito, está más delgadito que un chiflido de víbora; y apenas tiene 15 años.

DIÓDORO: Tú eres *diazúcar*, Rosa, como la cantimplora, que cuando se la beben, llora, por eso eres tan blandito.

ROSARIO: ¡Ay!, porque tú eres de cancha, el mandamás, la chucha cuerera, el invencible, así como el Fidel es Manuelito y el Rutilio es más *entralón qui'un* pichón azul, yo soy más sin plumas y cacareando.

DIÓDORO: A ese Trinito lo tengo *entriojos*; ese huevo quiere sal.

ROSARIO: Está bien tiernito, en cambio el Lupillo es una abundancia hasta de lo que tiene abajo, aunque sea buscarruidos, y tiene 24 años, y el Valeriano no hace malos quesos, pero ¿por qué Trinito?

DIÓDORO: Siempre se llega el día de rendir cuentas. Cuando el culo quiere *riata*, él mismo la está pidiendo. El primero será Trinito Wacabuita. El Lupillo para dentro de un mes, por el carnaval. Hay que dar tregua a ver qué pasa. Y en marzo nos echamos al Valeriano Moroyoqui. Va a haber maromas en el Júpari y bailongos en Etchoropo. Van a venir muchos *fuerañitos* esos días y guachos del destacamento. No faltarán borrachitos que arrastrarlos a *loscuro*.

ROSARIO: Yo no.

RUTILIO: Porque te andas gustando con el Wacabuita. Pero yo también te tengo y te puedo pegar.

ROSARIO: No me vengas ahora con celadas, Rutilio, y mira *nomás* quién. Bien que te coge el Valeriano y también

el Santos Humo, hasta le escribes cartas de cariño, y luego te lo pica el Lupillo Madera; él y tú son queridos; cogen mucho; como tú eres muy fuerte y muy cabrón y no tomas casi, todavía me quieres madrear, porque soy muy dobladizo, como el Casildo Vama-yua al que descabezaste en Huatabampo.

RUTILIO: Porque cantaba muy feo. (A Diódoro) Yo les traeré al Trinito.

FIDELIO: A mí nunca me gustó el Trini, nunca acaba, *gemiri-quella* y puja mucho y llora y mejor la saca.

RUTILIO: Le arde, no la tiene pelada, está empezando.

ROSARIO: Y ya lo quieren matar.

DIÓDORO: Lo que no sirve que no estorbe. Más noche va a sentir la mano peluda, lo que le va por la corva arriba, lo que se le avecina, te digo que lo he soñado.

FIDELIO: Tú ya lo *tráis* el indio en la nuca y ni quién te lo baje, traes el alma atravesada. Si tus ojos fueran balas ya te lo hubieras echado.

DIÓDORO: Cualquiera de los tres calientan asiento, si vamos a embarrarnos un dedo por uno, mejor toda la mano. Lo que pasa es que tienes culiyo.

FIDELIO: Ahora yo... ¿yo qué?

DIÓDORO: Se están portando como putas tristes. No faltará. El pitahayero seguirá ensartando las pitahayas, las gallinas seguirán teniendo quién las pise. No hay bonito sin su pero ni feo sin su gracia. Borrachos siempre los habrá.

RUTILIO: Pero ya ves, hay quienes sí se acuerdan y lo cuentan como estos tres.

DIÓDORO: ¡Oh, cómo chingas! Aquí mando yo.

ROSARIO: Lo que pasa es que como ya se aburrieron de éstos como nosotros ya nos aburrimos de nosotros...

FIDELIO: Pues ya no nos quisimos y ya no nos queremos y ya nos hacen estorbo estos mayates.

DIÓDORO: (A Rutilio) Tú llegarás con Wacabuita, le darás mucho pisto y cuando ya esté picado de *l'abeja*, más que a medios chiles, te lo traes a la casa, lo agarrotamos, lo capamos, lo enterramos y el *die'la* quema se verá el humo.

RUTILIO: Se lo sacó por andar de cencerro.

ROSARIO: Pero si aquí ya era un camino de hormigas, rodar de noche, pasar de cabrones chiflando; y todos los que vienen a los guateques, ¿a poco no hablarán?

RUTILIO: Yo tengo la lista de los que han venido a empedarse, no han hablado, pero por si las dudas, solamente estos tres.

DIÓDORO: Pues se acabó con estos tres, por andar de comadres.

ROSARIO: En pelea de comadres se descubren las verdades.

RUTILIO: No saben lo delicados que somos y lo cabrones que nos ponemos.

VOZ DEL CONVITERO: Pueblo de Bacopaco, *horitita* al término de la Marcha de Zacatecas, daremos principio a la función del Cine Rodante Cahita, el de los húngaros...

*Se escucha la Marcha de Zacatecas.*

FIDELIO: Cada quien a lo que tiene que hacer.

RUTILIO: Yo me lo mareo. Y con mariguana, mejor.

FIDELIO: Yo afilaré las navajas, tendré listos los pelos.

ROSARIO: Yo espiaré, si les parece.

DIÓDORO: No, tú te vas a hacer el hoyo... muy hondo. Por puto ofrecido.

RUTILIO: Si nos hemos de morir, vámonos ir enfermando.

FIDELIO: Tú sí sabes dónde pone la garza, tú sí sabes del agua.

DIÓDORO: (Todos están borrachos) Somos cachorras de la misma cueva.

*Rutilio y Diódoro abrazados salen al campo cantando; con música de «El murciélago».*

AMBOS: Somos indítaras huatabampítara  
que nos andámos por el tragal

buscando huévoros y mayatílloros  
y tomatílloros del temporal.

*Fidelio y Rosario se miran. Rosario se tira a llorar sobre la tarima. Fidelio se encamina al cuarto chico. Voces de Rutilio y Diódoro cantando a lo lejos.*

AMBOS: (Con la música de «La rielera»)

Tengo mi carro, tengo mi tren,  
chingue a su madre yo ya sé quién.

*Rosario se incorpora, toma una pala y sale al campo.*

FIDELIO: (A Rosario) Allí a la orilla del canal.

*Sube la música de la marcha de Zacatecas. Fidelio afila las navajas. Va bajando la pantalla china. Oscuro sobre el escenario. Se ilumina la pantalla.*

## ESCENA V

*En la pantalla primer plano del rostro de Rosario.*

ROSARIO: El 25 de enero como a las ocho de la noche llevó a Trinito a la casa con la intención de que se lo cogiera; el chamaco no quiso y Rutilio lo mató de un golpe en los sentidos y la nuca con un palo de mezquite. El chamaco se había sentado a la orilla de la tarima, porque apenas podía tenerse en pie; el golpe se lo dio por atrás sin que Trinito se diera cuenta.

*Proceso de encadenado de rostro de Rosario a la acción dramática misma, actuada y después cortinilla nuevamente al rostro de Rosario.*

ROSARIO: Fidelio y yo lo vimos, señor Ministerio Público, no pudimos intervenir porque le teníamos miedo a Rutilio. Rutilio lo mató por celos con el chamaco por Diódoro, al que sí quería cogerse el Trinito. Rutilio conoce muy bien el idioma castellano, es indio mayo mexicano, muy inteligencia; sabe leer y escribir el español y nos lee poesías y romances como corridos muy an-

tiguos (*imágenes de Rutilio que podrían encadenarse a rostro de Rosario y después cortinilla a rostro de Rosario. Numeradas*); en su casa tiene muchas cosas como almanaques y libros, le gusta mucho que lo retraten (1), le gusta verse en los retratos (2), mirarse en los espejos (3) y ponerse aromas (4); dice que no es puto completo porque también le gustan las mujeres, teniendo algunas amigas en Sinaloa. Al Trinito lo mató Rutilio. El Rutilio llegó con el chamaco bien borracho pues le había dado muchos tragos y mota. Dos semanas antes del 25 de enero se pusieron de acuerdo en matar al Trinito, señor Ministerio Público, porque los andaba desacreditando, cosa que les dio mucho coraje. Rutilio le dio garrotazos en la garganta y en la cabeza. Yo quería mucho a Trini.

*Disolvencia a primer plano del rostro de Rutilio.*

RUTILIO: El 25 de enero como a las once de la noche llegaron Fidelio y Diódoro con Trinito y me dijeron...

*Barrido a plano medio con los actores.*

DIÓDORO: Ahora mátalos, si no los matas, nosotros te vamos a matar a ti. (*Encadenado a rostro de Rutilio*)

RUTILIO: Y me amagaron. Diódoro agarró el garrote de mezquite que usábamos en la pelota y me lo dio. Yo fingí que le daba garrotazos a Trinito que ya se caía solo, cuando Fidelio y Diódoro salieron de la casa; pero volvieron al verlo tirado y le siguieron pegando en el suelo y apretándole el pescuezo.

ROSARIO: (*Encadenado a big close up del rostro*) Yo estaba afuera vigilando, pero también lloraba como perro sin dueño.

*Corte a rostro de Rutilio.*

RUTILIO: El Trinito ya se había acostado con los tres, yo no, porque yo era amigo de su mamá. A Trini lo mató Diódoro Cucas, señor Ministerio Público.

*Disolvencia. De un plano general: vereda ejidal, maleza, noche de luna, se acercan abrazados: Rutilio, no muy ebrio y Trinito, adolescente esbelto, alto y agraciado; a un plano de conjunto, quizá luego a entero y medio. Cantan: «Vivir en el mundo con una ilusión es loca esperanza, sufre el corazón, mi vida es tu vida y amor de los dos, tú me haces sufrir, ya lo pagarás, tú no tienes perdón...»*

RUTILIO: Tupidito de hermosura, yoremito; estás floreciendo como el palo verde, en ti liban las brillantes mariposas de la tierra. *(Le besa pero el Trinito se dobla y vomita. Plano general a pareja que se aleja hacia la casa de Rutilio)*

RUTILIO: Ahorita te alivias.

CANTANDO AMBOS MIENTRAS SE ALEJAN: «Perdóname, si te he ofendido, perdóname, mi vida es tu vida y amor de los dos, tú me haces sufrir, ya lo pagarás, tú no tienes perdón». *(Barrido a rostro de Trinito)*

TRINITO: *(Drogado)* Son cuatro. Son cuatro.

La cuadrilla.

No son machos ni hembras.

Son libres.

No toman mujer ni engendran hijos.

Los buitres del amor.

Son cuatro. Son cuatro.

Es decir dos veces dos.

Madre, tu hijo fue a los temporales por ver si ya estaban de comerse los frutos. Maduraron los frutos.

Madre, tu hijo pasa a la orilla opuesta, la otra.

No puede ya mirar atrás.

Oscuro.

## ESCENA VI

*Mientras va alzándose la pantalla, se enciende el escenario para ver el cuerpo desnudo de Trinito que está colgado de las manos a uno de los brazos del mezquite, semeja el cuerpo adolescente de San Sebastián asaeteado. Los cuerpos casi desnudos de Diódoro, Fidelio y Rutilio de pie, cubren el desnudo de Trinito. Frente a éste, sin que pueda observarse en la penumbra del escenario la acción precisa de los tres, pero algo cortan Rutilio y Fidelio del cuerpo de Trinito. Diódoro sostiene una pequeña jícara. Rosario a distancia, observa aterrado, sosteniendo una lámpara de petróleo. Rutilio tiene una navaja de barbero. Fidelio voltea a mirar a Diódoro.*

DIÓDORO: Del ombligo para abajo; de los dos lados, hasta las verijas y luego por debajo hasta atrás. (*Fidelio deposita algo que termina de cortar del cadáver, en la jícara de Diódoro*) Ahora, échenlo al hoyo y aplanen bien la tierra.

*Diódoro entra al cuarto chico llevando la jícara. Fugazmente se ve en escena la parte púbica de Trinito, sangrante, mientras Rutilio y Fidelio lo descuelgan, lo arrastran y lo sacan al exterior. Rosario les sigue alumbrando el camino con la lámpara de petróleo.*

ROSARIO: (*Llorando*) Apúrense, porque nos van a hallar.

*Aparecen luego los tres frente a Diódoro.*

DIÓDORO: Hay que hacer otro hoyo debajo de la tarima para Lupillo Madera. El 3 de marzo se lo llevará patas de catre. Rosario, tráete el yocojihua y luego le echas cal a esa sangre. (*Rosario obedece*) Vamos a beber y a cantar (*a Rutilio y Fidelio*) hay que salar los huevos y retacarlos de trapos y meterlos en la ceniza. Dentro del pellejo del pito hay que meter un palo grueso y lisito. Ayúdame, Rutilio, a estirar este cuero; tú, Fidelio, pásame las tachuelas para clavar la piel sobre esta tapadera de jaba de chícharos; tiene que quedar

bien tiesa la bichora; se nos puede ofrecer; en tiempos de hambre no hay misericordia.

*Todos empiezan a realizar sus actividades respectivas. Regresa Rosario con la botella, sin dejar de llorar; todos beben de la botella y comienzan a cantar.*

LOS TRES: Somos indítaras huatabampítaras  
que nos andámos por el trigal  
buscando huévoros y mayatílloros  
y tomatílloros del temporal.

DIÓDORO: (A Rosario) Canta, viuda negra.

ROSARIO: (Llorando) «Yo soy rielera, tengo mi tren, chingue a su madre yo ya sé quién».

## ESCENA VII

LUPILLO: (Voz, desde el camino) ¡Rutilio! ¡Rutilio!

*Los cuatro suspenden la tomada y se miran. Fidelio mira a Rutilio sin rencor.*

FIDELIO: Es Lupillo.

ROSARIO: Viene por oro. Ya viene briago.

FIDELIO: No se lo des.

DIÓDORO: Dáselo. Hay que irlo preparando para que ya no deba. Al cabo el rico eres tú.

ROSARIO: Se lo hemos dado los cuatro. Nos ha cogido a los cuatro.

FIDELIO: No salgas.

ROSARIO: Ahora será tuyo.

RUTILIO: Porque es mío.

VOZ DE LUPILLO: Rutilio, Rutilio, ven acá.

*Rutilio sale al corral. Parado junto al mezquite está Lupillo Madera, un hombre hermoso para su etnia, trigueño y de pelo espeso y oscuro. Es muy burlesco, pero lo hace con coquetería; es evidente que su inclinación lo ha enseñado a ser práctico.*

RUTILIO: ¿Qué quieres?



LUPILLO: ¿Podemos *culiar*?

RUTILIO: ¿Para que luego vayas y lo cuentes y se haga la *risión*?

LUPILLO: (*Sonriente*) Necesito dinero.

RUTILIO: ¿Otro préstamo?

LUPILLO: Necesito dinero.

RUTILIO: No tengo.

LUPILLO: Es que me voy a matrimoniar.

RUTILIO: ¿Cuándo?

LUPILLO: A principios de marzo. Yo sí me voy a casar (*Burlándose, pero con coquetería*), no como tú que, según tú, tienes novia en Etchoropo, pinche putito salado; debería darte vergüenza, mujercita. (*Pero ya lo tiene enlazado por atrás de la cintura*) Más mujercita tú que esa novia tuya de Etchoropo. Anda, vamos, y me aflojas la lana. Si no, pues me *cacharpean* aquellos. (*Se le restrega por atrás y se mueve*) ¿Qué dices?

*Los otros escuchan, sentados en la banca y conspiran.*

FIDELIO: ¡Cuánto odio a Rutilio!

DIÓDORO: Ya sé, te gusta el Lupillo.

FIDELIO: Me... zumba.

RUTILIO: (*A Lupillo*) Es cierto, Lupe. Un día de éstos voy a traerte a la casa para acabarte a garrotazos.

LUPILLO: (*Empujándolo hacia la casa*) Yo también te voy a matar. Ya sabes cómo. Ándale, que vengo de calor. Necesito veinticinco pesos.

RUTILIO: Ya no sigas riéndote de nosotros. Te va a pesar.

LUPILLO: Te voy a pesar más yo, pero arriba de ti, putito.

*Cantan Diódoro y Rosario, mientras Fidelio, de pie, mira a Rutilio y Lupillo entrar a la casa.*

DIÓDORO y ROSARIO: (*Ebrios*)

Quando tuve yo te tuve te mantuve y te di,  
hoy no tengo ni te tengo ni mantengo ni te doy,  
búscate otro que te tenga te mantenga y te dé,  
hoy no tengo ni te tengo mi mantengo ni te doy.

ROSARIO: *(Canta desafinadamente)*

«Amor perdido, si como dicen es cierto que vives dichoso sin mí, vive dichoso, pues si otros labios te dan la fortuna que yo no te di...»

FIDELIO: *(A Rosario)* Ahora me toca a mí.

*Oscuro en la escena. Cenital sobre la madre de Trinito, colocada en el área izquierda abajo del escenario. Es mujer común, joven, vestida a la usanza regional.*

MADRE DE TRINITO: A mediados de enero había un cine ambulante en Bacapaco y allá fue Trini mi hijo y no volvió. Fui con mi hermano para que le avisara a usted, señor comisario, pero mi hermano no lo hizo. Vine a preguntarle a Rutilio que es mi amigo, si había visto a Trini y me dijo que no había querido decírmelo, porque tenía miedo que con la noticia me enfermara, pero que Trini se había ido a Sinaloa, que lo había visto subir al camión. Yo no quedé conforme. Averigüé con mi parentela si estaba con ellos o si lo habían visto pero nadie sabía de él. Finalmente, un amigo de Trini, de su edad, el Santos Buitimea, me dijo que había visto a Trinito con Rutilio al oscurecer, después de la película, camino a la casa de Rutilio. Yo ya había visto el sombrero y el cinto de mi hijo encima de la mesa cuando fui a preguntar por él.

*Oscuro sobre la mujer. Se ilumina la casa, a la que entra trastabillante Lupillo seguido de Rutilio y Fidelio. A la entrada de la casa se encuentran Diódoro, sosteniendo el garrote: por detrás de él se asoma Rosario, con la lámpara en la mano, en una violenta y trágica:*

## ESCENA VIII

RUTILIO: *(Dando un empujón a Lupillo)* Te dije que no siguieras mitoteando, que te iba a pesar.

LUPILLO: (*Puños en guardia*) No me tientes putofresco, hijo de la chingada, me agarran jincho. (*Alcanza a darle un puñetazo a Rutilio en la cara. Rutilio coge de la camisa a Lupillo, Fidelio lo agarra del cabello. Lupillo tira golpes desesperados a sus adversarios. Diódoro le pasa el garrote a Rutilio*)

DIÓDORO: Denle en la moridera, échenselo al buche.

*Rutilio pega a Lupillo dos garrotazos. Lupillo tira patadas inútiles.*

LUPILLO: (*Gritando*) Perros. Perros. Putos.

RUTILIO: Ya para ti no habrá sol. Ya para ti no habrá coger. (*Le pasa el garrote a Fidelio*) Nada podrá darte calor.

DIÓDORO: Adentro, diablos; el que siembra truenos cosecha tempestades.

*Fidelio pega dos garrotazos a Lupillo.*

FIDELIO: Ya para ti no habrá familia. Ya para ti no habrá alegrías.

*Lupillo cae, Rutilio le aprieta el cuello a Lupillo. Rutilio lo suelta y Diódoro le estrella la cabeza a Lupillo con el garrote.*

DIÓDORO: Todo ha terminado para ti.

ROSARIO: (*Dando un alarido*) Ya no. Ya no le den. Ya está muerto.

DIÓDORO: *Hastai* fueron gruñidos de animal grande.

RUTILIO: El cochi se estira para morir.

*Diódoro y Rutilio arrastran el cuerpo de Lupillo al cuarto chico; Rosario los sigue, sosteniendo la lámpara. Diódoro y Rutilio suben el cuerpo de Lupillo a la mesa y lo desnudan.*

FIDELIO: Hasta aquí llegó mi macho.

DIÓDORO: Amárrate los calzones, Fidelio y aguántate.

*Rosario alumbra con la lámpara.*

ROSARIO: (*Refiriéndose al miembro de Lupillo*) Aquí sí hubo pa' comer y dejar.

DIÓDORO: Yo le corto las partes. Tú me pasas las tachuelas, Rutilio, y tú jalas el cuero, Fidelio. Luego lo echamos al hoyo y se acabó el nido de la perra.

*Comienzan su operación. Diódoro toma una jícara, la llena con la sangre que mana y la va pasando de uno a uno; todos sorben sin inquietarse. Oscuro sobre la escena, luz cenital sobre el padre de Valeriano. Va bajando la pantalla.*

## ESCENA IX

*El padre de Valeriano Moroyoqui es un indígena común, vestido a la usanza de la localidad. Tendrá unos 40 años. En la pantalla se apreciará la narración del indio, que permanecerá siempre bajo el haz de luz.*

<i>En escena</i>	<i>En pantalla</i>
<p>EL PADRE: La mañana del 10 de abril, Pedro Valenzuela iba a Huatabampo por provisión en su carreta.</p> <p>Mi hijo Valeriano iba a vender chile colorado al mercado municipal.</p>	<p>VIDEO: Una carreta de dos ruedas jalada por una bestia. Valenzuela conduce la «Araña», parado al frente del vehículo.</p> <p>Carreta que va acercándose.</p> <p>Valenzuela es un hombre joven que viste todo de blanco.</p> <p>AUDIO: Trote del caballo sobre la tierra.</p> <p>VIDEO: Podría jugarse con el movimiento de la rueda, los cascos del caballo y luego primer plano a rostro sonriente de Valeriano, hombre joven, trigueño, pelo oscuro y poblado, de unos veinticinco años.</p> <p>AUDIO:</p> <p>VALERIANO: Llévame a Huatabampo, ¿no?</p> <p>VOZ DE PEDRO: Ora, súbete.</p>
<p>EL PADRE: Rutilio Plata se les agregó con dos sartas más de chile pasilla de lo mejor, que llevaba a Huatabampo.</p>	<p>VIDEO: Primer plano a chiles en la sarta. Detalle de los labios sonrientes de Rutilio, pasándose la lengua por el labio inferior, con primitiva lascivia. Detalle de mano de Rutilio oprimiendo suavemente la mano de Valeriano.</p> <p>AUDIO (Sobre detalle)</p> <p>VOZ DE RUTILIO: ¿Vas a querer?</p> <p>Ruido de trote de caballo. Ruedas de carreta sobre la tierra pedregosa.</p> <p>VIDEO: Primer plano a rostro de Valeriano, media sonrisa y mirada afirmativa.</p>

VALERIANO: No te la vas a acabar.

VOZ DE RUTILIO: Deuda finada.

VIDEO: *Traveling profundidad en retroceso. Negro a carreta que se aleja, hasta plano general. Valeriano y Rutilio van sentados en la parte posterior de la carreta. Cantan.*

*Voces de los tres mientras se alejan en la carreta.*

VOZ DE VALENZUELA: Arte, caballo puto.

RUTILIO Y VALERIANO: «Ay, cuánto me gusta el gusto y toda la parranda y el tiempo se me va en beber...»

*Tomas a sembradíos, el campo, el río, el cielo. Disolvencia. Entrada al mercado municipal de Huatabampo. Rutilio y Valeriano cargando las sillas de chiles entran en él.*

EL PADRE: Eran parientes por parte de madres, trabajaban juntos la tierra, yo no sabía de amistades íntimas o si las había.

EL PADRE: Rutilio y Valeriano se bajaron en el mercado de Huatabampo y Pedro fue a conseguir café y maíz; a lo que iba. Cuando Pedro regresó por ellos los dos estaban borrachos, gastado en tequila el dinero del chile.

*Primer plano a rostro de Rutilio.*

RUTILIO: Por ai amarra la bestia, te invitamos unas cervezas.

VOZ DE PEDRO: Ya estaría de Dios santito.

*Entra a plano rostro de Valeriano.*

VALERIANO: Así nos regresamos pedos los tres.

*Barrido a plano medio. Rostro de Rutilio.*

RUTILIO: Valeriano y yo nos bajamos en la escalera, pero fuimos a Etchopro a buscar un trago para seguir tomando pero había maromas y nos quedamos a la función.

*Toma a luchadores, torsos, piernas, posturas de cuerpos entrelazados, jadeos, griterío; detalles a ojos de Rutilio y Valeriano. Disolvencia.*

RUTILIO: La función terminó muy noche, dimos vueltas en el poblado y llegamos a Bacapaco a las cuatro de la mañana, yo me fui a dormir y no volví a ver a Valeriano, señor Ministerio Público.

*Primer plano a rostro de Rosario.*

ROSARIO: Pero nosotros lo estábamos esperando entre los matorrates.

EL PADRE: A mi hijo lo vieron con Rutilio, pero Valeriano no volvió a aparecer y fui a reportarlo con Francisco Palomares, de la judicial.

	<p><i>Rostro de Fidelio.</i></p> <p>FIDELIO: Rutilio nos había dicho: aquí vamos a chingar a éste.</p> <p><i>Rostro de Rosario.</i></p> <p>ROSARIO: Le iba a descomponer los tragos como siempre lo hacía con todos, es decir, que iba a envenenarlo. Luego llegó con él.</p> <p><i>Rostro de Diódoro.</i></p> <p>DIÓDORO: El hoyo ya estaba hecho al pie del mezquite.</p> <p><i>Rostro de Fidelio.</i></p> <p>FIDELIO: Le dio con un marro en la cabeza, luego con un palo y otro marrazo en el pecho.</p> <p>Negro.</p> <p><i>Sube pantalla.</i></p>
<p><i>Se apaga cenital.</i></p> <p><i>Al subir la pantalla se ilumina el escenario.</i></p>	



## ESCENA X

*Sobre un tronco seco hay una silla de montar en la que se encaja Valeriano.*

VOZ EN OFF: *(Mientras va subiendo la pantalla)*

Madrugaba Valeriano  
a poco del sol salido;  
convidando va a su boda  
a los parientes y amigos;  
a las puertas de Rutilio  
sofrenaba su rocino.

*Valeriano y Rutilio parodian un romance, ebrios.*

VALERIANO: Buen día, Rutilio Plata.

RUTILIO: Valeriano, bienvenido.

VALERIANO: Vengo a invitarte, Rutilio,  
para mi boda el domingo.

RUTILIO: Esas bodas, Valeriano,  
debieron de ser conmigo,  
pero ya que no lo son  
igual al convite estimo,  
y en prueba de la amistad  
beberás del fresco vino  
el que solías beber  
dentro mi cuarto florido.

VOZ EN OFF: *(Pudiera ser la de Rosario)*

El Rutilio muy ligero  
en su cuarto se ha metido,  
tres onzas de solimán  
con el acero ha molido,  
de la víbora los ojos,  
ponzoña de alacrán vivo.

RUTILIO: Bebe, bebe, Valeriano,  
bebe de este fresco vino.

VALERIANO: Bebe primero, Rutilio,  
que así está puesto en estilo.

VOZ EN OFF: (*Mientras Rutilio y Valeriano miman*)

Levantó el vaso Rutilio,  
lo puso en sus labios finos,  
los dientes tiene menudos,  
gota adentro no ha vertido.  
Valeriano, como es mozo,  
maldita gota ha perdido. (*Bebe*)

VALERIANO: ¿Qué me serviste, Rutilio,  
qué me diste en este vino?  
Las riendas tengo en la mano  
y no veo a mi rocino.

RUTILIO: Vuelve a casa, Valeriano,  
que el día ya va corrido,  
y se celará tu esposa  
si quedas acá conmigo.

VALERIANO: Rutilio Plata, Rutilio,  
¿qué me diste en este vino,  
que por las riendas le tengo  
y no veo a mi rocino?  
Rutilio, junto a la puerta,  
¿qué me diste en este trago,  
que por las riendas le tengo  
y no veo al mi caballo?  
¿Qué me diste, el mi querido,  
que pierdo todo el sentido?  
Sáname de este veneno,  
yo me casaré contigo.

RUTILIO: No puede ser, Valeriano,  
que el corazón te ha partido.

VALERIANO: No se me da por mi muerte,  
aunque temprano lo digo,  
por la pobre de mi esposa  
que jamás me verá sano,  
no se me da por mi muerte,  
aunque temprano la hallo;

por la triste de mi madre  
que ya no me verá vivo.

RUTILIO: Más desdichada mi madre  
desque te hube conocido.

*Valeriano empieza las convulsiones del envenenamiento, entran los demás armados de garrotes y portando máscaras de tigres. Rutilio da con un marro en la cabeza a Valeriano y emitiendo un alarido triunfal. Los demás arremeten a garrotazos emitiendo alaridos igual. Diciendo frases en su lengua nativa (\*). Valeriano cae y Rutilio le da con el marro en el pecho. Grito final aterrador de triunfo, oscuro violento. En el oscuro se escucha que los cuatro cantan algo con la música del can can de la alegría parisién de Offenbach.*

LOS CUATRO: Todas somos prostitutas,  
todas somos putas,  
qué risa me da:  
Ja ja ja ja ja ja ja ja *(la repiten)*

-----  
*(\*) Parlamentos que deberán ser dichos en lengua mayo.*

RUTILIO: Atríncale con todo el alma.

FIDELIO: Que ya no resuelle.

DIÓDORO: Mávalo. Mávalo.

ROSARIO: No. Ya no. Ya se murió.

## ESCENA XI

*Al iluminarse la escena, por la puerta del fondo entran al patio, el padre de Valeriano y el Judas Judas Palomares. Rutilio se encuentra peinándose al espejo de su casa.*

JUDAS: ¿Hay alguien aquí?

RUTILIO: ¿Qué quieres?

JUDAS: Buscamos a Valeriano Moroyoqui. Ha desaparecido y Pedro Valenzuela lo miró contigo.

RUTILIO: Pues sí, sí lo vi hace poco que fuimos a Huatabampo, pero ya no le he visto más, no sé dónde esté.

JUDAS: Dame permiso para entrar.

RUTILIO: Pásale.

*El padre y Judas Judas Palomares entran a la casa de Rutilio, echan un vistazo y luego van al cuarto chico, mientras Rutilio huye por entre el público, es decir, por entre las tierras de la siembra. Palomares descubre sobre la mesa y clavado como trabajo de fustería en una tapadera de caja para empaque de chicharos, un pene disecado con todo y su forro testicular, erecto.*  
JUDAS: ¿Qué chingados es esto? Puta madre, es una verga.

*El padre de Valeriano descubre entre las máscaras y monigotes de cartón.*

EL PADRE: Y otra.

*Con los falos en la mano el padre de Valeriano y Judas Judas Palomares salen al patio. Ya no está Rutilio Plata.*

JUDAS: Tropa, tropa. A la carga. Vamos tras ellos. Son putos. Son asesinos.

Oscuro.

*Fin de la Primera jornada.*

*Los personajes de la Segunda jornada pueden ser doblados por algunos de los actores de la primera, que ya no aparecerán.*

## SEGUNDA JORNADA

### ESCENA I

*Durante el intervalo del oscuro para ajuste del movimiento de actores en la Segunda jornada, se escucharán efectos de sonido, voces de comentaristas de radio, papeleritos, comerciales, música de la época, a saber:*

*Claves Morse, timbre de teléfono llamando y voz: «¿Bueno? ¿Hermosillo?», máquina de escribir, sonido de rotativas imprimiendo.*

COMENTARISTA DE RADIO: (*Voz en off*) Aquí Navojoa. (*Música de radio, es un valsecito muy elemental a la manera de «Los montañeses del Álamo»; quizá, en cuanto a la voz, algo de lo menos conocido de Ramón Armengod*) Escuche usted a Gabriel González «El tenor de las damas», quien deleitará al auditorio de XEBH y XEHQ con su voz melodiosa el domingo 23 de abril como invitado de honor al concierto «Ritmos del ayer» que presenta Cervecería de Sonora, S.A., todos los domingos a la una de la tarde con la orquesta de «Los viejitos». (*Música, se disuelve al locutor con música de fanfarrias de noticiero antiguo*) Un tenebroso grupo de asesinos fue capturado en la región del Mayo, Navojoa, abril 20. Verdaderamente satánica es la banda de asesinos que fue capturada en el carserío de Bacapaco, y sus personajes parecen arrancados de las páginas de alguna novela de truculencias del medioevo. Llama poderosamente la atención que los asesinos sean afeminados.

CORTE A VOZ DE PAPELERO ANUNCIANDO SU DIARIO: *El pueblo, El pueblo*, Seúl, capital de Corea, capturada por los comunistas. (*Fanfarrias en radio y luego entrada a marcha del Café Combate*) Café Combate de rico aroma, Café Combate, la gente toma... VOZ DEL PAPELERO: *El pueblo, El pueblo*, infame y vergonzosa amputación sexual a las víctimas de los degolladores de Bacapaco. *El pueblo, El pueblo*.

VOZ DE MUJER: A ver, chamaco, dame tres. Ay, qué pecado; ¿no trae fotos? Entonces dame uno.

*Mientras se va haciendo la luz sobre el escenario para que el público advierta...*

## ESCENA II

*A la izquierda, abajo del foro, un carro de escena que representa una celda, dentro de la que se encuentra la cuadrilla de Bacapaco. Rosario, aferrado a una de las rejas mira el exterior, apesadumbrado. Parados están Diódoro y Fidelio recargados en uno de los muros, visiblemente abatidos. Rutilio en cuclillas está sentado en el suelo sonriendo maliciosamente, luego reirá a carcajadas. Está iluminado el patio de la casa de Rutilio donde se encuentran Palomares y René Reporter. A la orilla derecha del proscenio, piernas colgando frente al público bajo luz central, un hombre. En su oportunidad leerá en voz alta el periódico que ahora sostiene en sus manos. Se escuchará de vez en cuando la voz en off del cronista de radio. Todas estas escenas seguirán una secuencia acelerada a manera de flashazos alternativos que serán acentuados a su tiempo por el encendido de spots sobre cada área en el orden correspondiente. Oscuro total para iluminarse solamente el patio de la casa de Rutilio.*

## ESCENA III

*Patio de la casa de Rutilio Plata.*

*René Reporter, periodista de un diario hermosillense, es alto, delgado, moreno, joven, de anteojos de gruesos vidrios. Todo lo apunta en su libreta y toma fotos. Judas Judas Palomares es hombre de mediana edad y mediana estatura, blanco, vestido entre militar federal y vaquero, ensombrerado, armado; Aims Sosorri es una turista norteamericana, joven, medio boba. El lector de periódicos, lo mismo da, es cualquier hombre ordinario, es un joven curioso que le gusta estar informado de veras y mitotes, o un anciano.*

*JUDAS: ...Rutilio Plata fue capturado en Moroncárit por Vicente Ruiz; mi tropa le tiraba balazos y nunca le dio... Pero Vicente Ruiz lo lazó y lo colgó de un palo para que dijera el paradero de Valeriano Moroyoqui.*

*Oscuro. Luz a...*

## ESCENA IV

*Celda.*

ROSARIO: Tú los mataste a todos. Tú nos denunciaste. Por eso luego me cayeron en la casa.

FIDELIO: A mí en Huatabampo.

DIÓDORO: Y a mí en la iglesia, cuando hacía el aseo.

RUTILIO: Y, ¿por qué chingados iba a cargar yo solo los garroteados? Fuimos todos. Y en todo caso, ¿por qué no agarraron monte y se largaron a Sinaloa?

ROSARIO: El único que tenía dinero eras tú, nos iríamos cuando ya tuviéramos dinero todos.

RUTILIO: Pues les salió el tiro por el culo. *(Ríe a carcajadas)* Bueno y ¿qué iban a hacer con los pitos disecados, Diódoro Cucas? *(Diódoro no contesta. Se adelanta Rosario)*

ROSARIO: Nos los íbamos a llevar a Sinaloa, como recuerdo. Para sentarnos en ellos.

*Nuevas risotadas de Rutilio.*

DIÓDORO: Mejor cállate, Rutilio. Tú guardabas la bichora disecada de Leoncio Ayala, el que mataste por el lado de Esperanza.

RUTILIO: Pero no era para sentarme en ella, viejo pendejo. *Oscuro.*

## ESCENA V

*El patio.*

JUDAS: Los capturamos a todos y ellos mismos excavaron. A la orilla del canal estaba el cuerpo de Trinito Wacabuita. Debajo de la tarima el de Lupillo Madera. Y al pie del mezquite, el de Valeriano Moroyoqui.

RENÉ REPORTER: Disculpe... *(Morboso)* y ¿qué... presentaban en especial, en sus cuerpos... martirizados... es cierto que...? *(Tiembla de curiosa morbosidad)*

- JUDAS: Pues mire, amigo, los tres presentaron contusiones en el cráneo y en la región frontal de lado derecho; costillas destrozadas, tráqueas y esternones despedazados, golpes de marro, de martillo y de garrote...
- RENÉ REPORTER: *(Temblando, sin dejar de escribir)* Sí, pero que les faltaba otra parte del cuerpo... dicen...
- JUDAS: Ah, sí. *(Él mismo se señala el lugar y lo marca con los dedos, movimiento que es seguido con avidez por el reportero)* No tenían órganos genitales; *(se los agarra)* nada de esto. *(Accionando)* Cortaban en forma circular desde el ombligo hasta el ano, desprendían hábilmente y luego rellenaban los testículos con borra y ceniza y la verga con sal y un mango de martillo o de marro. Depende...
- RENÉ REPORTER: ¿De qué?
- JUDAS: Pues los mayos son muy diestros para trabajar la fustería, pero depende de la calidad del cuero, hay unos que se estiran mejor que otros.
- RENÉ REPORTER: Es increíble.
- JUDAS: Todavía detrás del espejo encontramos una bolsa confeccionada con piel del pubis, todavía con pelos, con figura de cuadrilongo irregular por el lado de donde se encuentran los pelos y un pedazo de piel al parecer correspondiente al pene.
- RENÉ REPORTER: Y ¿era muy grande el... bolso?
- JUDAS: Más bien, era un monedero. Como 15 por 17 centímetros de cada lado, y unos cuantos centímetros de grosor.
- RENÉ REPORTER: Realmente, más bien chiquito. Y eso... y todo lo demás... ya no está en Bacapaco, seguramente. Necesitaba fotografiarlo...
- JUDAS: Todo va ya en camino a Hermosillo.
- RENÉ REPORTER: *(Con afectación)* Ay, pecado divino. Es lamentable que en Sonora se vengán descubriendo casos frecuentes en que median los tipos de esta calaña.



JUDAS: (*Mordaz, observándolo*) Muy cierto, amigo, muy cierto.

RENÉ REPORTER: Ojalá que las autoridades, las del estado, las judiciales, las policiacas, realicen una drástica campaña encaminada a desterrar este horrendo mal social.

JUDAS: (*Sonriendo*) Así es... este horrendo mal social...

*Oscuro, cenital al lector de periódicos que está sentado junto a un pequeño altero de diarios que irá tomando uno a uno.*

## ESCENA VI

LECTOR: (*Toma uno. Lee*) Navojoa, abril 20. Algunos crímenes cometidos en la región de algunos años a esta fecha, que no fueron investigados por la falta de policía de verdadera vocación, se aclararán ahora por casualidad, si los presos no resultan más hábiles que los investigadores. En 1947, en 1948 y en 1949 fueron degollados tres hombres. Los asesinos escogieron una misma fecha en cada año; el 7 de agosto, día de San Cayetano. Estos tres cadáveres no habían sido sometidos a la amputación sexual infame y vergonzosa, como los tres hallados enterrados en la casa de los afeminados.

*Oscuro. Luz a patio.*

*Entra caminando sigilosamente, cámara en mano la Aims Sosorry tomando fotografías de todo el lugar; por la entrada al patio aparece Pedro Valenzuela que va acercándose a la gachucha. Pedro camina descalzo; no se le oyen las pisadas; la gringa, con evidente cara de pánico, toma fotos de todo sitio y nota de lo que se le ocurre. Pedro se le acerca y le toca el hombro, inocentemente, como para ver qué se le ofrece.*

PEDRO: Señorita...

*La Aims Sosorry da un alarido de terror tan espantoso que Pedro sale huyendo. Oscuro. Luz a lector de periódicos.*

## ESCENA VII

LECTOR: (*Tomando otro periódico. Lee*) Huatabampo, Sonora, abril 26. Los asesinos de Bacapaco se apiñan en una misma celda. Tres de ellos han querido matar al llamado Rutilio Plata, a quien culpan de estar, por él, al borde del paredón de fusilamiento; y uno de éstos, nombrado Rosario Humo, se está volviendo loco. El proceso de los Cucas está casi para sentencia y como no han apelado a recursos dilatorios, ya convictos y confesos, el juicio ha sido rápido. El Ministerio Público formuló conclusiones pidiendo la pena de muerte.

## ESCENA VIII

*Patio de la casa de Rutilio Plata. La Aims Sosorry queda como piedra. Entra Judas Judas Palomares y se repite la escena de Pedro Valenzuela. Le toca el hombro.*

JUDAS: Miss. (*La Sosorry vuelve a gritar pero Judas Judas no huye*)

AIMS SOSORRY: *I am so sorry. Zoyla Sosorry Murrieta is my name, from Arizona's Dayli News. Do you speak inglés?*

JUDAS: No, pero usted habla un *gud Spanish*. *Don't you?*

AIMS SOSORRY: *Of course*, pero mal.

JUDAS: *Well*, pero podremos entendernos, *what can I do for you?*

AIMS SOSORRY: *Those gays...los jotos...*

JUDAS: ¡Ah, los Cucas!, ¿qué quiere saber *about those* putos?

AIMS SOSORRY: *I want to know* cuáles fueron las herramientas encontradas *at the place of* las masacres.

JUDAS: *Let me see. We found* una bichola (*la miss se estremece*) Bueno: tres, taxidermiadas; apunte, güera; una navaja de *barber shop* sin mango, una navaja de *barber*

*shop with* cachas blancas, un cinturón de baqueta, una montura, un baúl, cuatro palos en forma de horquetas, pelos, muchos pelos, patas de catre, tablas y garrotes en forma de penes. (*La gringa se está desgrediando, ha tirado la libreta y la cámara, casi se masturba*)  
Unos bicholones y mucha sangre y muchos pelos.

*La Aims Sosorry está en el suelo convulsionada. El Judas se baja el cierre de su pantalón.*

AIMS SOSORRY: ¿Qué ser bicholones?

JUDAS: (*Mientras la Aims Sosorry se revuelca*) Mondas. (*Y se orina sobre ella, la que parece que «le dio el santo»*)  
Agua que no has de beber, déjala caer.

AIMS SOSORRY: ¡Oh, lluvia del Mayo!, mor, mor. (*Y empieza a desnudarse*)

*Oscuro violento. Cenital sobre el lector de periódicos.*

## ESCENA IX

LECTOR: Navojoa. Abril 26. La noticia que había circulado de que los asesinos de Huatabampo serían llevados a Hermosillo para internarlos en la Penitenciaría del Estado no fue confirmada. La ejecución debería llevarse a cabo en la misma población de Huatabampo para que su ejemplaridad sea eficaz. (*Otra noticia*) No salga de su casa el 6 de junio. Las penas son severísimas si no espera a su censor. (*Otra noticia*) Puso la lengua en un socket y murió instantáneamente un niño de 3 años al electrocutarse con una extensión que su padre había dejado después de usarla. (*Otro periódico*) Pena de muerte confirmada a los Cucas. Viaja en tren a Trincheras la viruela negra, viene de Nayarit.

*Empieza a bajar la pantalla china. Oscuro, se escucha la voz de René Reporter y en la imagen...*

## ESCENA X

<p><i>Audio</i></p> <p>RENÉ: Todos los cadáveres fueron profanados con amputaciones sexuales que después fueron objeto de exhibición no por privada, menos repugnante y odiosa.</p> <p>Una comisión de vecinos del municipio habló con el Gobernador Ignoto Pacho al que pidieron se hiciera rápida justicia, toda vez que en la región hay razonable indignación en contra de los tenebrosos afeminados. La comisión de referencia integrada por tres vecinos iba reforzada por el teniente comandante de la partida federal en Huatabampo, personas que, dentro de una caja de cartón llevaron a mostrar al Jefe del Poder Ejecutivo aquellas partes bochornosas de las víctimas transformadas en macabras y espeluznantes artesanías.</p> <p>GOBERNADOR: Oh, my God.</p> <p>RENÉ: Se confirma la pena de muerte. Los Cucas, quienes son puestos a disposición del Ejecutivo del Estado en Hermosillo, serán privados de la vida con sujeción a lo dispuesto por los artículos 491, 492 y 493 del Código de Procedimientos Penales en vigor.</p>	<p><i>Video</i></p> <p><i>Rostro de René Reporter.</i></p> <p><i>Corte a primer plano a grupo de vecinos y comandante que llegan hasta el Gobernador.</i></p> <p><i>Abren la caja y muestran su contenido al Gobernador.</i></p> <p><i>Rostro del Gobernador. Aterrado.</i></p>
--	---

GOBERNADOR: Al paredón.

RENÉ: Los acusados nombran defensor de oficio a don Alberto Coustonó, quien ya presentó su escrito de defensa, estimando que era indebida la aplicación de la pena de muerte, dada la ignorancia de los inculpadados, y pidiendo una condena de 20 a 30 años para cada uno de los asquerosos aborígenes.

*Corte a rostro de René Reporter.*

*Corte a rostro del Gobernador.*

*Corte a rostro de René Reporter.*

*Corte a primer plano a rostro de los mutiladores. Rutilio sonríe. Rosario llora y los otros dos permanecen inmutables.*

*Se alza la pantalla y en la escena sólo se ilumina el área de la celda. Los demás personajes han desaparecido.*

## ESCENA XI

COMENTARISTA DE RADIO: (*Voz en off*) Rutilio Plata pidió al juez de «la causa» que se le pusiera en otra celda, porque sus compañeros de crímenes habían intentado matarlo una noche. Rosario Humo continuamente tiene actos, gesticulaciones y palabras (*Rosario va mimando su personaje a medida que van siendo descritos sus síntomas*) de loco; probablemente todo es fingido. No se han dado providencias para ponerlo en observación médica y ver si su locura es real; no se tienen antecedentes de que antes la hubiera padecido, pero dada su peligrosidad, las autoridades han manejado el problema con mucho tiento. Los cuatro, tan feroces con sus víctimas, se muestran reservados y si bien no abatidos, sí un tanto apesadumbrados porque sospechan cuál podría ser su fin: el paredón.

ROSARIO: *Volvemos dionde vinimos, dionde vinimos* volvamos, hablemos desde el *prencipio* para ver en qué quedamos, pelos de la misma perra, que nos lleve la garabatuda, con una mano *elante* y *l'otra* atrás; el que me *quere*, yo lo quiero, y como se puede, pues cómo noooo... (*Adopta distintas posturas, se sienta, se para, camina, se detiene, se mama el pulgar, actúa en doble personaje, se ríe, coquetea*) Chismes que corren, chismes que vuelan, y ¿cómo supiste ese *enriedo*, Lupe? Me lo contó un pajarito. Y eso fue meterse en camisa de once varas, pudiéndola hacer con tres; se hundió el barquito y quedó el mar; patadas de burro *ogado*; uno anda vivo y *güele* a muerto.

*Rutilio lee un pedazo de periódico. Diódoro y Fidelio al fondo, sentados en el suelo los tres.*

RUTILIO: El Rosario no caga en ladera por no ver rodar el cerote.

DIÓDORO: Sácalo de pasar trabajos.

FIDELIO: Se le cayeron las alas.

ROSARIO: Rutilio ojos de perro con rabia, ojos de toro matrero, ojos de sapo *toriado*, pagaste las verdes y las maduras, pájaro de mal agüero, perro de toda boda, *pateperro*, libertino, *piqui* aquí y *piqui* ayí, lengüicalliente; y ahora lo pusieron a *blanquiarse* aquí en el tambo bote tambo *güeco*, tambo, *güeco*, *peni*, cárcel; las patas le valieron una chingada, porque puto lo hizo su *apá* como a mí mi tío y al Fidelio el Diódoro su hermano, *ónde'tan* los hombres que no veo sino puros indios putos; ¡ay!, por lo bonito que era y lo feo que se está poniendo; ay, tan divino él, dónde lo ponemos; prendió el mundo, hizo escándalo entre el caserío y quedó como la *care'los* cochis, como nido de tórtola, cagado, cagado. (*Se ríe*) ¿De dónde salió ese animal? (*A Rutilio*) ¿Qué me mira, le gusto? Si le debo, cóbreme, ¿Quién dijo que cacaraquea, quién lo metió a usted aquí, mi amor, mi querido? Pobre alma, se come un chicharrón y *eruta* una cochi.

RUTILIO: Tú estás pidiendo el cuchillo, Rosario.

DIÓDORO: Déjalo sin decir un ay.

FIDELIO: No hay con qué trapos cogerlo, no se aguanta ni él mismo.

ROSARIO: (*A los tres*) El Diódoro es más amargo que la hiel, más de malas que la *braguet'e* Pilatos, más que la que rompió los calzones a pedos, más malo que Caín y Judas, ser un cochambre, Lupe. El Fidelio es como el Diódoro su hermano, otro basura, otra peste; yo soy una mielecita, un *alma'Dios*, cerrado de mollera, una sedito; el Rutilio es una postal, el Diódoro es una bruja, el Fidelio un culicagando, un vomitivo. Yo soy la *mule'carga*, la pendeja, soy la vidita mía y los tres *riales*.

RUTILIO: Ya cállate el hocico, Rosario, déjate de estarle echando viento a la teja.

FIDELIO: A mí lo mismo me da caer que quedare colgando, de todos modos sufro, no tenemos ayuda.

DIÓDORO: Estás cogiendo el tizón por la brasa, Rosario.

RUTILIO: Está *peído* de La Virgen, está loco.

ROSARIO: El Rutilio se tienta y no se haya, Lupe. El Fidelio es una mosca muerta. El Diódoro es más feo que caglera a la madrugada y salir al corral lloviendo. Yo soy el paliacate, el hoyo de coger, y todos nos cogíamos juntos y todos nos teníamos encimados, ¿qué pasó, pues? Ay, Rutilio Plata, te fuiste y me *dejastes* como garza *e'la* laguna, con el pico entre las alas, sin esperanza ninguna, durmiendo en el alcanfor, sin almuerzo y *enayunas*; te quiero mucho, *remucho*, poquito y nada; tu madre; la tuya que es mi comadre; unas veces tú debajo y otras veces él encima. Y sí, comadre Lupe, ya uno mayor, con estirar la pata y adiós, pero estas criaturas... Al Rutilio no le valieron las patas, salió como perro con vejiga, salió sin plumas y cacareando, salió con el culo quemado el vida mía de mi corazón. Ya es alma de la otra orilla, Lupe. Está tísico. Se está volviendo loco. Yo estaba cocinando el guacabaque, Lupe, cuando me cayeron, yo ya le veía las espuelas al gallo y las uñas al gato y nos cayó el mundo encima, comadre. Ya ves que nos mataron al Trinito. (*Se suelta llorando doblado sobre el suelo*) Ai viene el Rutilio, Lupe. Pero es para recibirlo con una piedra en cada mano.

*Rutilio levanta de los cabellos a Rosario y lo pone de pie.*

RUTILIO: ¿Qué tripa se te torció, por qué gruñes? (*Rosario lo mira aterrado*) No me echés ejotes que no soy mata de frijol, putito.

DIÓDORO: Endúlzale el oído.

FIDELIO: Que desocupe el amarradero.

RUTILIO: (*A Rosario*) Aquí estoy y si no me has visto, ¿cuál es la tirria conmigo?

*Lo baja de los cabellos y lo arrodilla. De espaldas al público y dándole el frente al Rosario. Se desabotona la bragueta.*



RUTILIO: Ora, mámale.

*Lo agarra de las orejas con ambas manos y se lo pega. Cuando Rosario obedece la indicación, Rutilio le da un fuerte golpe en la nuca primero, en la garganta después. Rosario cae. Rutilio lo estrangula salvajemente, Diódoro y Fidelio se arrojan sobre el cuerpo casi desnudo de Rosario. Le desgarran la ropa, le muerden el cuello, se lo chupan, y entre todos parecen perros despedazando su presa en medio de sordos quejidos de morboso placer. Levísimo apagón. Durante el apagón se escucha voz del Comentarista de radio dando las noticias. Música de fanfarrias entre noticia y noticia. En off.*

COMENTARISTA DE RADIO: *(Voz en off, después de fanfarria)*

De última hora. El defensor de oficio de los Cucas, licenciado Alberto Coustonó, luego de desusual y acalorada defensa salva a los asesinos de morir en el paredón de fusilamiento. Veinticinco años de prisión para los mutiladores de Huatabampo. Hay indignación en la culta y cristiana sociedad hermosillense.

*Fanfarria. Corte. Se ilumina el escenario. El cuerpo de Rosario está colgando de la reja de la cárcel con un cinturón al cuello.*

## ESCENA XII

FIDELIO: Ya no levanta la pata ni pa'miar.

RUTILIO: No dijo ni mamá, no dio un brinco, no hizo ni muecas, ni siquiera se tiró un pedo pa'conocerle la despedida.

DIÓDORO: Ai quedó María par'otro. Duérmanse, que ya va a ser la medianoche. No se han dado cuenta los gendarmes.

RUTILIO: Y conste, se mató, ¿eh?; él se aruñó y se hizo giritas.

FIDELIO: Nos arropamos con la misma *cuilta*, no se hable.

DIÓDORO: A todo cochi gordo se le llega su nochebuena.

FIDELIO: Ya te traía de encargo.

RUTILIO: Si abren el hocico...

FIDELIO: Somos tres en las ancas de un burro.

*Los tres se acuestan sobre el piso. Diódoro y Fidelio muy juntos en un rincón de la celda. Rutilio más hacia el público. Fanfarria de noticiero.*

COMENTARISTA DE RADIO: (Voz en off) Llega el Presidente Miguel Alemán a la capital sonoreNSE. (Música) Según los datos arrojados por el censo del 6 de junio próximo pasado, Cananea tiene una población de 18,449 habitantes; Nogales 23,000; Obregón 30,252; Navojoa, 38,211; Etchojoa, 23,719; Huatabampo, 21,717 y Hermosillo 45,500, de los cuales en suma hay 3,000 mujeres más que hombres. (Música) De última hora volveré a estar con ustedes en menos que canta un gallo. (Comercial de Café Combate)

*Música de noticiero se diluye. Baja la luz en la celda. Los reclusos duermen. La celda se llena de bruma. De la pared se desprenden los fantasmas de Trinito, Lupillo y Valeriano que llegan hasta Rutilio. Éste presintiendo se incorpora sobre el suelo, pero sin estar de pie. Los espectros con movimiento de manos y cabeza lo llaman.*

RUTILIO: (En esta escena se desplazará arrastrándose siempre sobre el suelo de la celda acosado por los zombies) ¿Otra vez? Regrésense a la otra vida. Vienen todas las noches. No estén chingando, conmigo es metiendito. No me hagan subir la mierda. ¿Qué quieren de mí, Trini, Lupillo, Valeriano? Yo soy güeso muy duro de roer. Ya váyanse, ya lárquense a la otra orilla. (Empieza a toser, ahogándose; es un acceso incontrolable) Váyanse ya, no puedo más. (Se escucha cantar el gallo. Los fantasmas se han ido retrocediendo. Desaparecen. El cuerpo de Rosario está en el suelo) Váyanse a chingar a su madre.

COMENTARISTA DE RADIO: (Muy lejana, cavernosa) Rutilio... Rutilioooo.

*Rutilio arrastra el cuerpo de Rosario a la mitad del escenario y ahí sigue estrangulándolo.*

RUTILIO: Por encima de mí no pasa *naides*.

*Oscuro. Se ilumina el patio de la casa de Rutilio Plata.*

### ESCENA XIII

*Entra la madre de Trinito al patio llevando de la mano a un pequeño de unos ocho o diez años que viene emberrinchado. Luego aparecerá el padre de Valeriano Moroyoqui y la reportera gringa.*

LA MADRE: Aquí te voy a dejar amarrado en el mezquite pa' que te lleven los Cucas y te hagan lo que a tu hermano.

*El pequeño da de berridos y patalea en el suelo.*

NIÑO: No, má; no, amá... (*Chilla más fuerte*)

VOZ DE ALTOPARLANTE EN EL CASERÍO: Pasen, pasen a ver al hombre que come fuego y a Chumina, la mujer tortuga, por el precio de un solo peso. Vamos a ver, Chumina, animal del averno, dígales a los aquí presentes dónde fue capturada.

VOZ DE CHUMINA: En las playas de Huatabampito, cuando salía a tomar el solecito.

VOZ DE MEROLICO: Dígales usted a los niños por qué se encuentra en ese lamentable estado.

VOZ DE CHUMINA: Por la maldición que me lanzaron mis padres antes de morir.

*El sonido va perdiéndose. El pequeño chilla. La madre lo orejea.*

LA MADRE: (*Al niño*) Mira, *iscuincli* cabrón, si no te sosiegas, van a venir los Cucas y van a cortarte la chola y hacer alcancías con tus huevitos. Luego te van a traer en los circos.

NIÑO: Mamá, soy Paquito, no haré travesuras, ya voy a portarme bonito.

*Se calma; todavía haciendo pucheros.*

LA MADRE: Que conste, cibori éste. Porque ya sabes, los Cucas te van a mochar la chora. Y luego, ¿qué vas a hacer sin pitito? Ni modo que te salga panocha.

NIÑO: No, mamá; rajada, no.

*Sale corriendo. Entra a escena el padre de Valeriano.*

EL PADRE: ¿Ya supiste, Lupe? Se murió el Rutilio Plata, dizque de tísico, pero yo creo que de terrores, hace mucho que ya no quiso comer y se fue quedando en los huesos, como si se le hubiera ido la tripa.

LA MADRE: El miedo es gente grande. El pecado acobarda; de esa tos murió un perrito que tenía. Indios de mala calaña. ¿Y cuándo?

EL PADRE: Pues dijo el radio, y de oídas los runrunes, que a las diez y treinta de la mañana de ayer 21 de diciembre en la Penitenciaría del Estado.

LA MADRE: A darle quejas al diablo, se fregó por su culpa. Y han pasado cinco años. Pero primero se lo cargó al Rosario Humo.

EL PADRE: Ése se ahorcó.

LA MADRE: Dicen. Se les *voltió* el Cristo de espaldas.

EL PADRE: El que busca *di* abrojos espinas topa.

LA MADRE: Pero todavía quedan dos. Y les faltan años al Diódoro y al Fidelio Cucas de prisión ordinaria. (*Suspira*) Mi Trinito tendría ya 20 de edad. No he podido resignarme nada nada.

EL PADRE: Yo tampoco. ¿Hasta cuándo serán penas?

LA MADRE: Qué vida ésta. Y que se acabe.

*Hace mutis. Entra la Aims Sosorry libreta y cámara en mano, y se encara a Moroyoquí.*

AIMS SOSORRY: Señor, señor, ¿podría hacerle unas preguntas?, soy periodista.

MOROYOQUI: Usted dirá, señorita.

## ESCENA XIV

*Mientras va iluminándose la celda donde Diódoro y Fidelio sentados en el suelo conversan. Las escenas alternativas y simultáneas compartirán un mismo diálogo.*

*El patio.*

MOROYOQUI: ¿Y qué desea saber?

AIMS SOSORRY: La lista, la lista de posibles víctimas.

MOROYOQUI: Celedonio Verduzco, Porfirio Gastélum, Teodoro Buitimea, Luis Moroyoqui, Santos Ayala, Rosendo Valenzuela, Jorge Ochoa, Jesús Anguamea, Julio Mendoza, Rosendo Vacasehua, Venancio Soto, Valeriano Rojas, Mariano Borbón, Eusebio Cozarit, muchos yoris Manríquez y al Patronilo Yocupicio. La lista estaba detrás del almanaque.

AIMS SOSORRY: Y la sangre, la sangre...

MOROYOQUI: Se bebían la sangre de sus víctimas. Es una creencia muy vieja que el beber sangre humana puede rejuvenecer a las personas...

AIMS SOSORRY: *Oh, yeah*, la absorción de la *blood* como elixir de rejuvenecimiento, ritual que encontramos en todas las culturas antiguas, es sustituida hoy en los Estados Unidos por la absorción de procaína; pero eso no impide que al menos en los Estados Unidos existan actualmente varios cientos de ellos. De *vampires, you know*.

MOROYOQUI: Sí, ya los he visto por ahí, chingando la borrega, por acá vienen muy seguido. Los éstos sólo eran cuatro. Y ustedes una caterva.

AIMS SOSORRY: *Excuse me, what do you say?* ¿Qué querer decir?

MOROYOQUI: Sí, los gringos, con sus Biblias. Pero los de aquí sólo querían convertirse en esos animales.

AIMS SOSORRY: ¿Y los objetos?

MOROYOQUI: Ah, los objetos. Pues se perdieron, alguien se los llevó para su casa, seguramente los tiene el Gobernador o su señora.

AIMS SOSORRY: ¿Y el diablo?

MOROYOQUI: Ah, sí, eran diableros, se transformaban en animales, mataron mucha gente, hasta mujeres.

AIMS SOSORRY: Mujeres, too?

MOROYOQUI: Así bonitas como usted.

*Moroyoqui va sonriendo y al hacerlo va mostrando unos espantosos colmillos de vampiro, la Aims se desmaya, Moroyoqui se quita la dentadura postiza y cargando a la gringa huye hacia los sembradíos.*

MOROYOQUI: A ver si no me pegas la rabia, mamacita.

*La celda. Mientras se oscurece el patio.*

FIDELIO: No te echas a morir.

DIÓDORO: El que es pendejo al cielo no va, lo joden aquí, lo joden allá.

FIDELIO: Ya está entrando el gorgojo.

DIÓDORO: Aquí nomás estamos de bonitas.

FIDELIO: Pélale el colmillo al dolor.

DIÓDORO: Es como tener madre, pero muerta.

FIDELIO: No chilles.

*Tres actores van sacando del escenario el carro que representa la celda.*

DIÓDORO: Que nos llevan al Cereso de Huatabampo.

FIDELIO: ¿Qué día es hoy?

DIÓDORO: 25 de junio de 1975.

*Desaparece la celda. Oscuro. Se ilumina el cuarto chico de la casa de Rutilio Plata. El cuarto chico es ahora un coqueto expendio de curiosidades. Arriba con letras muy visibles un letrero que dice: «monederos, bolsos, billeteras, cinturones, en legítima piel de varón cabita, Cucas Curios».*

## ESCENA XV

*En escena Diódoro y Fidelio I, Diódoro sostiene y muestra unos enormes testículos de vejiga de borrego y Fidelio un espantoso falo hecho de tripa gorda de res.*

DIÓDORO: Sin decir aquí me duele, sin haber un sí ni un no, ay, qué fracaso, no hemos vendido nada. Se está haciendo de noche.

FIDELIO: Es que en 1950 esto era de importación cahita, y ahora los gringos las venden hasta como supositorios. Hemos quebrado.

*Se hace de noche. Noche profunda plagada de aullidos de coyote y graznidos de pájaros agoreros. El escenario empieza a llenarse de niebla. En la oscuridad los Cucas se iluminan de una luz extrañamente violeta.*

FIDELIO: ¿Te acuerdas?

DIÓDORO: De lo que no me acuerdo es del conjuro.

FIDELIO: Vámonos al mar te digo. Aquí ya no la haremos.

DIÓDORO: A ver cómo era, con, sin, sobre, tras, por atrás y por delante...

FIDELIO: ¿Qué estás hablando?

DIÓDORO: Tú cállate, ahora sí, para que hablen, tápate los ojos.

FIDELIO: ¿Para qué?

DIÓDORO: Oh, tú tápatelos. (*Fidelio obedece*) Con, sin, sobre, tras, por delante y por detrás, y nos vamos a la verga.

*Desaparecen. De la parte superior del escenario por mecanismos de poleas, dos enormes vampiros de terrorífica utilidad se desprenden hacia el público y pasan sobre él mientras baja la pantalla china en la que se mira escena de alguna película con el tema. Dos vampiros se alejan en la pantalla por entre la noche tenebrosa. Se escucha el grito escalofriante de una mujer en el lunetario y las carcajadas diabólicas de los hombres que luego cantan:*

«Si porque vengo de lejos  
me niegan la luz del día...»

*Los vampiros cinematográficos van desapareciendo. Se diluyen las voces:*

«Se me hace que a su esperanza  
le faltó lo que a la mía,  
ya llegó el que andaba ausente...»  
*En la pantalla las palabras «The end»*

*Fin de documental*



# Nocturno del alquilado y la tortola

## Poema dramático en un acto

A Alba Gloria Galindo,  
vida mía de mi corazón

### PERSONAJES

Dolorosa: Soltera, 40 años	Pasionaria: Madre soltera,
Pura: India pápago, 50 años	25 años
Anubis: Hijo de Pasionaria,	General: 45 años
7 años	Cinco adolescentes: Entre
Huésped: Adán, un prófu-	15 y 17 años
go, 25 años	Voz de Proserpina: Desde el
	interior

*La acción se desarrolla en un pueblo sonorense cercano a la frontera con los Estados Unidos.*

*La casa de Dolorosa. La escenografía sobria, comprenderá las siguientes áreas de actuación: arriba centro, puerta que conduce al exterior, a la calle. Arriba izquierda, recámara del alquilado: cama, buró, una silla contra la pared del fondo. Por el muro suben escalones de ladrillo que llevan a la azotea. Arriba derecha, una sala, muebles de mimbre, un perchero de pared; ambas áreas sobre tarima alta de la que se bajará por dos escalones. A derecho centro, la cocina, una mesa redonda, sillas. Izquierda centro, entretelones, fuera de escena, entrada a*

cuarto de Proserpina, cruzando el escenario, directamente desde la cocina. El corral. Proscenio, un haz de luz cenital marcará escenas en el patio para evoluciones de los cinco adolescentes y demás personajes. De la cocina se sale hacia el corral por un bastidor que simula una puerta, así como a la recámara del alquilado se entra a través de un bastidor que simula otra puerta cerrada. Los hechos transcurren una noche de verano, hasta el amanecer. Época: los cuarenta. Acción simultánea. Lados, los del actor.

El patio. Bajo la luz cenital, sobre una piedra, Dolorosa lava las sábanas. Pura parte leños con un hacha. El Huésped está tirado sobre la cama, en su cuarto, fumando. Pasionaria pela papas sobre la mesa de la cocina. El niño se mece en una poltrona, en la cocina, cantando su «Cura, cura». Música al final.

DOLOROSA: (Mientras lava) Blancas te quedarán las sábanas de lino, Proserpina; blanquitas y amorosas como un traje de novia; blancas te quedarán las sábanas, señora; blancas y suavécitas como una nube de verano caída sobre tus piernas; blancas para tus piernas blancas ancladas bajo la frazada, aunque tenga mi olfato que sacudirse como animal herido y el aire entre y salga por mi nariz a pedacitos. Qué mal huele todo esto, qué mal huele. (Aúllan los perros en la distancia. Pura deja de partir la leña) Otra vez esos perros. (El niño se sobresalta. Deja de mecerse y escucha)

PURA: Esos perros... (Se persigna) Inflan sus pulmones y chillan porque han visto a la muerte. La muerte se pasea por los corrales sonando sus cascabeles, los perros levantan su pelambre y sus aullidos son como navajas cortando a grandes tajos el silencio de las pajeras; la muerte les hace muecas desde los mezquites, se levanta la falda y les enseña el hueso mondo y lirondo; escúchalos, Dolorosa, sentados en sus patas traseras, abren sus ojillos estupefactos y ladran y se llenan

de temblores. Escúchalos, Dolorosa, persiguen a la muerte, la traen al trote por los callejones. (*El niño se refugia en el regazo de su madre*)

PASIONARIA: (*En la cocina*) No te asustes.

DOLOROSA: (*En el patio*) Y sin embargo hay que lavar las sábanas. La muerte... la muerte vivirá sobre la muerte.

PURA: Algún ánima en pena...

DOLOROSA: Te recorre de pies a cabeza la superchería. Que más ánima en pena que nosotros, penando minuto a minuto esta jodida vida. Por mí, que vuelvan todos los muertos de la muerte. No serán más horrendos que los que aún golpeamos tercamente una concha vacía. Ay, si los muertos volvieran, uno de ellos, uno solo de ellos me daría la vida eterna. (*Sigue lavando. El huésped tira la colilla del cigarro. Se desnuda hasta la cintura. Se arroja sobre la cama y estruja la almohada. Pasionaria le da un beso al niño y lo empuja tiernamente hacia la mecedora*)

PURA: La muerte debe estar ahora en el gallinero, espiando con sus cuencas sin nadie.

DOLOROSA: Ayúdame con esto. (*Las dos empiezan a exprimir una sábana*)

PURA: Tu madre sí que vive como recién nacida. Ya se ensucia y se orina en la cama. Quién dijera que hace algunos años su bastón inclemente se alzaba poderoso sobre nuestras cabezas.

DOLOROSA: Es ahora un hilacho. Y el viento, de un momento a otro, la arrastrará hacia un lugar distante, como la ropa que sorprenden los remolinos en los tendederos, y ya no habrá más suciedad que fregar, ni más pestilencia que cargar a cuestas noche y día. No aguanto la cintura.

PURA: Son los riñones. Recuerda que ya son más de tres años levantando, cargando a Proserpina, aun para beber un poco de agua y luego venir a la piedra, a se-

guir de noche lavando las sábanas sucias; prepárate un bebedizo de cabellos de elote.

DOLOROSA: De nada serviría. Es el tiempo y la hartura los que han caído sobre mi esqueleto. *(Vuelven a aullar los perros. Pura se persigna)*

PURA: Dolorosa. La muerte.

DOLOROSA: La muerte llegará cuando Dios quiera. Anda, vamos a tender esta ropa. *(Dolorosa se dobla, herida por un dolor en la cintura. Pura se apresura a auxiliarla)*

PURA: Es que ya estás muy agotada, Dolorosa. *(Dolorosa se yergue)*

DOLOROSA: Tengo que sobrevivir; mirar el fin de todo esto. *(Van saliendo con las canastas de la ropa)* Y el fin ha de llegar. Y para siempre. *(Salen a tender la ropa. El huésped se incorpora y llama desde su cuarto hacia la cocina)*

HUÉSPED: Pasionaria... *(Pasionaria se levanta de un impulso pero no da un solo paso. Sólo voltea instintivamente hacia donde Dolorosa tiende supuestamente la ropa)* Pasionaria... Pasionaria... *(Ésta va hasta la puerta del cuarto del huésped. El diálogo se inicia estando Pasionaria fuera de la puerta cerrada y el huésped en su cuarto. Cada uno de ellos pegado a las hojas imaginarias de la misma)*

ANUBIS: *(Cantando)*

Cura, cura,  
con qué se cura  
la desventura,  
la desventura,  
con qué se cura,  
cura  
cura...

HUÉSPED: *(Mientras aprieta sus manos sobre su sexo)* Pasionaria.

PASIONARIA: Mejor cállate. ¿Por qué no te callas?

HUÉSPED: Pasionaria, esto crece, se derrama, tú puedes aliviarme. Pasa.

PASIONARIA: Ya sé cómo es eso. Aprendí demasiado pronto.

HUÉSPED: Hay un encierro de gozo para mí bajo tus enaguas y tú no lo sabes. Defienden tus hombros, repletos de castigos, una guerra de lámparas con las que puedes alumbrarme, si tú quieres. Eres lustrosa, igual que una naranja al medio día, espejo que no me das para que no me mire en él, Pasionaria; tus aromas enclaustrados me llenan el olfato, los estoy disfrutando ya, los huelo, los gusto. Pasa.

PASIONARIA: Palabras así me pusieron como estoy. Cualquier mano si ahora me tocase me encontraría como el hielo.

HUÉSPED: Pasionaria, si ahora abrieses la puerta te encontrarías poseída antes de desnudarte. Con que sólo tu pie entrase en esta pieza, ya estarías tumbada sobre la cama.

PASIONARIA: Por eso no abro.

HUÉSPED: Estoy poseyéndote desde que te conozco, en la esperanza. Ya hubieras podido concebir cien hijos de este incendio.

PASIONARIA: No seré yo quien lo apague.

HUÉSPED: ¿Seguirás atrasando este vinagre ardiente, Pasionaria? ¿Seguirás deteniendo como tierra enemiga esta espada de fuego, Pasionaria? Una jarra de fiebre tengo entre los muslos y maduran los higos bajo este pantalón que está echando a correr para que vengas. Están los miembros en guardia y los cuchillos para herirte la carne.

PASIONARIA: Yo no pregunto filos. Un mes ahí, en ese cuarto, oliendo a semental y un mismo mes soñando con segarme. Pues sigue todos los años del deseo preguntando por mí. Nunca saldré a tu paso. La almendra oscura que tú quieres ya no puede servir para el hambre de nadie.

HUÉSPED: Entonces, ¿nada guardas para mí?

PASIONARIA: Cerrojos.

HUÉSPED: Toma.

PASIONARIA: Y candados.

HUÉSPED: Me pesan las uvas impacientes bajo el trapo.

PASIONARIA: Y aldabones de puertas que ya no se abren.

HUÉSPED: Entra. Nuestros dos cuerpos se incomunican, se huyen, tú puedes reconciliarlos. *(El huésped abre repentinamente la puerta y toma a Pasionaria de una muñeca)* Pasa. *(Pasionaria no grita. El huésped la aprieta contra su cuerpo)* Se me está humedeciendo la soledad, Pasionaria. Déjate. Solamente un minuto. En poco tiempo saldría pan, paz y reposo para el mundo que llamo.

PASIONARIA: Suéltame. No puedo gritar. Pero gritaría. *(Entran del patio hacia la cocina, Dolorosa y Pura)*

DOLOROSA: *(Llamando)* Pasionaria. *(El huésped suelta a la muchacha)*

PASIONARIA: *(Al huésped)* ¿Ya lo ves? Dolorosa no duerme vigilando sus cosas. *(Corre a la cocina. Aúllan los perros. Dolorosa y Pura entran a la cocina. Dolorosa y Pasionaria se miran. El huésped vuelve a tenderse, fumando sobre la cama)*

*Desde el cuarto de Proserpina.*

VOZ DE PROSERPINA: *(Golpes de su bastón sobre algún mueble)* Dolores. Pura. India maldita. Malditas sean todas. Dolorosa. Te estoy llamando. *(Pura corre hacia la pieza de Proserpina y hace mutis)* Zorras. Qué cruz. Qué cruz. Pasionaria. Carroña.

*Desde la cocina.*

DOLOROSA: *(A Pasionaria)* Volvió a llamarte, ¿no es eso?

PASIONARIA: *(Tocándose el pecho)* No hay nadie aquí adentro. El alquilado es tuyo. Tú lo marcaste cuando llegó. Eres tú la que lo guarda ahí para escuchar a hurtadillas sus pisadas de hombre. No seré yo quien lo pelee.

DOLOROSA: Y, ¿qué buscaba en ti?

PASIONARIA: Lo que tú te niegas a darle.

DOLOROSA: No quieras ablandarme. Tú tienes pan y casa.  
Antes de nada saldrá mi madre muerta. No conviene  
que el pueblo me sepa con hombre. (*Aparece Pura en  
la puerta de la cocina. Viene hasta la cocina*)

PURA: Lo visto, visto está. Se muere. (*Voces desde el cuarto  
de Proserpina*)

PROSERPINA: Dolorosa, te llamo a ti, gran perra, que me es-  
toy muriendo. ¡Ay, misericordia, Dios!

PASIONARIA: ¿No te da miedo?

DOLOROSA: Miedo me doy yo misma. Vamos, acompaña-  
me. (*Mutis hacia el cuarto de Proserpina*)

ANUBIS: Nana, la canción de los ángeles tontos.

PURA: (*Le sonríe*). Esta es la canción de un ángel de cuya  
cabeza nació  
la tierra:

Dios no tenía qué hacer.

Esa mañana

un ángel reprobó en cosmografía  
y fue decapitado.

Dios no tenía qué hacer.

Pensó, de pronto, que sería muy triste  
que tan dulce cabeza fuera dada  
a iluminar los patios.

Era costumbre que de las cabezas  
de los ángeles tontos  
se hicieran los candiles del reinado.

Un último farol desvergonzado  
de cabeza de niño boquiabierto  
no tendría plazuela en todo el año;  
todo estaba colmado de bujías.

Dios no tenía qué hacer.

No lo sabía.

Y a la luz de las lámparas sin cuerpo,  
ángeles reprobados,

fraguó el Señor la broma:  
dio a esta cabeza una onda de esperanzas  
y la lanzó al vacío.

*(Aparecen Dolorosa y Pasionaria y se dirigen a la cocina)*

DOLOROSA: *(A Pura)* Pon a calentar el agua; pronto. Está tan llena de suciedad.

PASIONARIA: *(A Pura)* Ya le empezó el estertor. Sí que se muere. *(Pura pone a calentar el agua)*

DOLOROSA: *(A Pasionaria)* No estés muy segura. En tres años ha muerto por lo menos cien veces, y cien veces he creído que por fin ha llegado para mí la primavera. Luego te vas por el cura.

PASIONARIA: Descansarás por fin.

DOLOROSA: Es mi madre, a pesar de todo.

PASIONARIA: Es mi abuela, sin embargo. Aunque ya debería morirse.

DOLOROSA: Me apestan hasta las palabras.

PASIONARIA: Estarás harta.

DOLOROSA: Lo estoy. En el árbol queda ya la última hoja oscilando. Yo la arrancaré sin pestañear.

PASIONARIA: Carnicera de todas nosotras.

DOLOROSA: Tirana.

PASIONARIA: Ella tuvo la culpa.

DOLOROSA: Tienes un hijo.

PASIONARIA: Por eso. Un hijo de cualquiera. Ninguno de mis novios duró más de un día en los sillones de la sala, ni por fuera de la casa, ni en los membrillales. Huían aterrados mientras caían sobre mi cabeza los golpes de su bastón. Cuando llegó el que a ella le pareció bien, fue para quedarme embarazada... y soltera.

DOLOROSA: Tampoco tuve a nadie por su culpa. Por eso me di al primero. Por un hijo. Uno que me daría pie sobre la tierra. Y el niño nació muerto, con las huellas invisibles de su gran bastón de vidrio. Ya he pagado bastante. Ya he sufrido mucho.



PASIONARIA: ¿Por qué no fuiste como las demás, Dolores, como mi madre, como mis otras tías?

DOLOROSA: A esas las casó por conveniencia. A mí quiso conservarme aquí, bajo su hacha para que la limpiara en su vejez. Ya dame el agua. (*Pura se la da a Pasionaria*) Se la echaría en los ojos.

PASIONARIA: ¡Échasela!

DOLOROSA: Es mi madre, a pesar de todo.

PASIONARIA: Es mi abuela, sin embargo.

DOLOROSA: Ándale, vete ya por el cura. Y avisa a la familia.

PASIONARIA: No vendrá nadie.

DOLOROSA: Lo sé, pero cumplimos con avisarles. Vamos, Pura. (*Mutis de ambas hacia el cuarto de Proserpina. Pasionaria va saliendo hacia la calle. El huésped se levanta y habla a Pasionaria*)

HUÉSPED: Pasionaria. Toma.

PASIONARIA: A mí no me atrapas como a Dolorosa. Días allí convocado, resoplando como un asno. Deberías reventar.

HUÉSPED: Vámonos conmigo.

PASIONARIA: No quiero que me balacee la Montada o me ahorquen en el monte por cubrir a un prófugo. Tú eres un bandido, estoy segura. Llegaste de noche entre las sombras, tocando las ventanas, amedrentando a las mujeres. Algo encubres, algo turbio que no sé. Si yo pudiera, te denunciaba al Comandante... pero está Dolorosa... y es ella la que manda callar... porque te quiere.

HUÉSPED: Me gustas tú.

PASIONARIA: Pero ella te mantiene.

HUÉSPED: Entra.

PASIONARIA: Y tú le perteneces, alquilado. (*Aparece Dolorosa*)

DOLOROSA: Pasionaria. (*Pasionaria sale de prisa. Dolorosa viene hasta el huésped. Al huésped*) Te he dicho ya que no la molestes.

HUÉSPED: Sospecha; podría denunciarme. Tú sabes que me buscan. Ya estará la Montada acampando en las orillas.

DOLOROSA: El general, su comandante, es nuestro amigo. En cuanto a Pasionaria, debe estar al tanto de lo tuyo. Será mejor estar unidos por el secreto que por la sospecha.

HUÉSPED: ¿Me pueden cambiar de sábanas?

DOLOROSA: Pura te las cambió ayer tarde.

HUÉSPED: Están manchadas ahora. (*Dolorosa entra al cuarto*)

DOLOROSA: ¿Manchadas?

HUÉSPED: De soledad. (*Dolorosa mira las sábanas húmedas*)

DOLOROSA: Por eso buscas a Pasionaria.

HUÉSPED: Tú no quieres.

DOLOROSA: Aún vive mi madre.

HUÉSPED: Morirá.

DOLOROSA: Cuando muera.

HUÉSPED: (*Acariciando sus hombros*) Siéntate junto a mí, sobre la cama.

DOLOROSA: Prefiero estar de pie.

HUÉSPED: ¿Entonces...?

DOLOROSA: Bésame, bésame, bésame... (*Se besan. Terrible. Desesperadamente. Ella se separa de él. Pura sale hacia la cocina y prepara la cena del huésped. Dolorosa sale, trémula, hacia la cocina. El huésped se arroja sobre la cama y estruja las sábanas*)

*En la cocina.*

PURA: (*Mirando a Dolorosa*) Tiemblas.

DOLOROSA: Cántame.

PURA: (*Cantando*) Tortolita triste, solitaria reina, defiende a tus hijos de toda epidemia. (*Música al final*)

*Cuarto de Proserpina.*

VOZ DE PROSERPINA: ¡Ay, Señor, pequé! ¡Pequé, piedad, piedad! *En la cocina.*

DOLOROSA: (*A Anubis*) Mira, con cuidado le llevas la cena al huésped, te vas muy despacio, no vayas a derramar

el café. Ya estará ese hombre en la cama. (*Pura le da la charola*)

ANUBIS: Tía, ¿qué es la muerte? (*Dolorosa lo mira profundamente*)

DOLOROSA: Todo lo que se olvida. (*A Pura*) Ven conmigo, voy a darle a mi madre lo que me dio el doctor. No queda otra salida. (*El niño toma la charola y se encamina al cuarto del huésped. Mutis de Dolorosa y Pura hacia el cuarto de Proserpina. En el haz de luz del corral aparecen los cinco adolescentes, torsos desnudos y realizan las evoluciones de lo que podría suponer una danza alegórica al misterio de la masturbación y que queda al gusto y juicio del director de escena. Suenan guajes a la manera de güiros que hacen las veces de falos erectos*)

*En el patio.*

- 1.- Es un pecado.
- 2.- Es dulce.
- 3.- Es como un hormigueo.
- 4.- Es cansado.
- 5.- Un cosquilleo de muerte me bailotea en las corvas.
- 6.- Dicen que luego se nota en las ojeras.
- 7.- Que salen pelos en la mano.
- 8.- Jugando a que crezca.
- 9.- Jugando a hacer crecer.
- 10.- Jugando a que gotee.
- 11.- Se llama adolescencia.
- 12.- Se llama delicia.
- 13.- Se llama soledad.
- 14.- Como un claro almidón.
- 15.- Como la leche.

*Los adolescentes cambian de evoluciones. Ahora alegorizan una conspiración.*

- 1.- Oye, ese niño de las gachupinas.
- 2.- Lo contará después. Los del castigo seremos nosotros.  
Es muy pequeño. No me confío.

- 3.- Por eso. Se le puede enseñar. Todo lo que sabemos.
- 4.- Yo ya tengo 17 años.
- 5.- Y yo 14.
- 6.- Siempre está solo. La vieja Proserpina me las debe. Envenenó a mis perros y a los de doña Jesús.
- 7.- Y a los míos cuando todavía no caía en cama. No dejaba perro vivo de los que pasaban por su casa.
- 8.- Cuentan que mató a su marido de puros corajes.
- 9.- Todas en esa casa son iguales. Malvadas. Putas.
- 10.- La Dolorosa, no. Porque la castigan con un bastón de vidrio, dice mi madre.
- 11.- Oye, ese niño.
- 12.- Siempre está solo.
- 13.- ¿Y si lo lastimamos?
- 14.- Tendrá que callarse.
- 15.- Saca el aguardiente, pues. Lo hacemos. Me vale un cuerno. *(Se apaga la luz cenital en el patio)*

*En la habitación del huésped.*

HUÉSPED: Entra.

ANUBIS: Te mandan la cena.

HUÉSPED. Deja la charola sobre la silla y ven acá. Sube a la cama. *(El niño obedece)*

ANUBIS: Qué manos tan calientes tienes. *(El huésped lo besa en las mejillas)*

HUÉSPED: Qué bonito niño eres. Te pareces mucho a Pasionaria. ¿Quieres ser como ella?

ANUBIS: Sí, yo quiero ser como mamá. *(El huésped mira hacia los escalones)*

HUÉSPED: *(Toma al niño en sus brazos)* Oye, ¿hacia dónde se sale por ese pasadizo?

ANUBIS: A la azotea. Y luego a la calle. Pero está muy oscuro. Muy oscuro.

HUÉSPED: Yo te cargo. No temas. Silencito. *(Vuelve a besarlo)*

ANUBIS: Yo nunca tengo miedo.

HUÉSPED: Veremos qué encontrar juntos en lo oscuro. Vamos. *(Y lo besa)*

ANUBIS: ¿Traes fósforos?

HUÉSPED: Sí, llevo lumbre. *(Mutis)*

*En la estancia.*

*Dolorosa y Pura salen de la pieza de Proserpina y empiezan a rezar.*

DOLOROSA: Padre nuestro que estás en los cielos...

PURA: El pan nuestro de cada día...

DOLOROSA: La primavera, Dios, la primavera...

PURA: Dios te salve, María...

DOLOROSA: Santa María, madre de Dios... la libertad, el sol, la primavera.

PURA: Padre nuestro que estás en los cielos...

DOLOROSA: El pan nuestro de cada día... la primavera, por fin, la primavera.

*En el patio.*

*Bajo la luz cenital aparecen los adolescentes mirando hacia la casa, sonando sus güiros y haciendo un ruido acompasado, como si fueran disponiéndose a tomar posiciones estratégicas. Continúa el rezo. Por la puerta de la calle entra Pasionaria acompañada por el General. Dolorosa y el General se miran. Vuelven a aullar los perros. Suena el viento. Oscuro. Todos quedan congelados para la Segunda estación.*

*En su recámara, el huésped escucha tras la puerta. Anubis se mece en la poltrona de la cocina mientras Pura hace algo sobre la mesa y canta. Dolorosa se enfrenta al general.*

*En la sala.*

DOLOROSA: Desde anoche entró mi madre en agonía. Se siente no sé qué. Desasosiego.

GENERAL: Como cuando se miente o se encubren ladrones debajo de las camas.

DOLOROSA: No te entiendo.

GENERAL: *(Refiriéndose a Adán)* Debes estar preparada para lo peor.

DOLOROSA: (*Refiriéndose a Proserpina*) Estoy. Como la muerte misma.

GENERAL: (*Refiriéndose a Adán*) No creo que en vida te sirviera de algo. Es gente que sobra. Resiste todavía, pero ha pisado la trampa.

DOLOROSA: ¿A qué debemos tu intempestiva visita, general?

GENERAL: Lo hemos venido persiguiendo desde Cananea. No nos ha dado tregua desde hace meses. Sin embargo creo que lo tenemos acorralado aquí.

DOLOROSA: ¿A quién?

GENERAL: Al más peligroso. Al más buscado por la ley. Y por las mujeres.

DOLOROSA: ¿Aquí?

GENERAL: En el pueblo.

DOLOROSA: ¿Cómo es él?

GENERAL: Es alto y brama. Como un toro semental en mitad de la noche.

DOLOROSA: El pueblo no es muy grande.

GENERAL: Buscará la seguridad de una casa decente como ésta. Y estas sábanas.

DOLOROSA: Mi padre fue el último varón que se cobijó con las nuestras. Las sábanas de esta casa están hechas sólo para mujeres.

GENERAL: Su presencia inquietaría hasta a la más estoica.

DOLOROSA: Bastante hemos tenido con la primera vez.

GENERAL: La casa tiene cuartos vacíos.

DOLOROSA: Puedes registrarlos.

GENERAL: Sabemos que está en el pueblo.

DOLOROSA: El pueblo no es esta casa.

GENERAL: No iría a refugiarse en cualquier pocilga. Ama la comodidad y la blandura.

DOLOROSA: No estaría aquí nadie como él.

GENERAL: Pero es astuto. Dicen que llega de noche, cuando los ánimos son como la seda.

DOLOROSA: En casa no dormimos jamás.

GENERAL: Sé discreta.

DOLOROSA: Ricardo...

GENERAL: Discreta.

DOLOROSA: ¿Drogas?

GENERAL: Opio. Lleva y trae. De la sierra de Sahuaripa al  
Sásabe y de ahí al otro lado.

DOLOROSA: Habrá otros con él.

GENERAL: Éste es quien nos importa.

DOLOROSA: Ricardo...

GENERAL: Nos conocemos hondamente, Dolorosa. Te he  
querido y te quiero. Por todas esas viejas cosas me  
detengo. Simplemente te prevengo. Somos muchos  
contra un solo hombre. Afuera, mi cariño no vale.  
Manda la Ley, y yo soy su instrumento.

DOLOROSA: Te quedo agradecida.

GENERAL: No me guardes rencor. (*Inicia mutis*) Hasta pronto,  
Dolores. (*Mutis*)

DOLOROSA: Adiós, Ricardo. (*Dolorosa corre hacia el cuarto  
del huésped*)

*En la habitación del huésped*

DOLOROSA: (*A Adán*) ¿Qué piensas hacer?

HUÉSPED: Huir. Al precio que sea. Tú me darás dinero.

DOLOROSA: Si me llevas contigo.

HUÉSPED: ¿Tienes mucho dinero?

DOLOROSA: El suficiente como para comprar tu libertad.

HUÉSPED: Y destruir la tuya.

DOLOROSA: La mía está destruida desde tu arribo. Tienes  
que llevarme si es que quieres dinero. Las hormigas  
cabalgan mis sentidos. Estoy a punto de desbocar-  
me. Te deseo.

HUÉSPED: No me seguirías. Estás muy llena de todo esto.

DOLOROSA: Te seguiría. Tú sabes ya que todo esto que digo,  
antes de mí saberlo, lo supiste; que esta vida trunca  
que descolgaste de algún paisaje cojo, nunca ha tenido  
campamento fijo, ni vigilia importante, ni deleite pro-

lijo; que esta congoja alucinante y diaria que de algún frenesí descaminaste, nunca ha tenido fácil escondite, ni afrodisia cerrada ni casa permanente. Tú sabes, Adán, que ya no hallo qué hacer con estos garfios, con esta vena abierta derramándose. Te seguiría. Te amo.

HUÉSPED: Tiene que ser ahora.

DOLOROSA: Será.

HUÉSPED: El general sospechó de tu desasosiego.

DOLOROSA: Lo sabe. Por eso tiene que ser hoy. ¿Me llevarás, verdad?

HUÉSPED: Te llevaré.

DOLOROSA: En el trajín de la muerte podrías vestir ropas de Pura. Nos iremos cuando todas estén atareadas amortajando a Proserpina.

HUÉSPED: ¿Por qué aseguras que morirá?

DOLOROSA: Si no muriera mi madre, no saldría la Dolorosa de la casa para seguirte, Adán, y antes que raye el sol, mi madre estará muerta.

HUÉSPED: ¿Cómo nos iríamos del pueblo?

DOLOROSA: A caballo, hasta la frontera. Me tumbarás en cualquier arroyo hasta que dentro de nosotros haya también cascos de caballos galopando la delicia.

HUÉSPED: ¿Dónde conseguiríamos caballos?

DOLOROSA: Los hay muy veloces en el pueblo. Durante el día, Pura fue a buscarlos entre la yaquería. Los indios callan cuando se les paga bien. No descansaría hasta estar bien lejos del pueblo, limpia de ladridos, tendida a remojar me bajo los palofierros con tu lluvia menuda.

HUÉSPED: Pero de aquí, de casa, ¿cómo escaparíamos, con toda la soldadesca alerta?

DOLOROSA: Los caballos aguardan. No hay problema. Lo demás déjalo por mi cuenta.

HUÉSPED: No entiendo cómo has podido decidirte. Eras como un cuarto cerrado que sólo podría abrirse con la muerte de tu madre.



DOLOROSA: Ahora soy un incendio que devastaría hasta las cosechas. La muerte de mi madre sonará en la última campanada de las espuelas. Por mis tejidos ebrios las ruinas de la soledad están cayendo. Las yeguas de mi sexo están dando de coces.

HUÉSPED: Pero todo esto, tu casa, lo que te pertenece, ¿cómo podrías abandonarlo así, sin más, como quien se desnuda para darse al amante?

DOLOROSA: Tú serás el amante. Pasionaria tiene un hijo. Para ella será todo esto.

HUÉSPED: ¿No tienes miedo?

DOLOROSA: A ti. Como a una torre que se me viniera encima.

HUÉSPED: ¿Y esta gente, tu pueblo?

DOLOROSA: Hablarán. Pero mi libertad es más fuerte que todas sus lenguas. Yo quiero darme a ti. Que se cumpla la consumación definitiva. Nada me importa con tal deirme por el aire de afuera, aspirando el aroma de la aurora. Siempre envidié al cardo simple de los caminos y a la tórtola. Yo soy como una tórtola cautiva, pero mis alas se abrirán parairme por el alba hasta mi liberación.

HUÉSPED: Tal vez yo no te sirva como compañero. Soy hombre de mí mismo. Pero me alquilas. Sea.

DOLOROSA: Porque te amo.

HUÉSPED: Podrías encontrarte con mi desprecio aguardando bajo las sábanas.

DOLOROSA: O en el pasto, o en el polvo, o en el rocío, pero volvería a lavar las sábanas sucias para retenerte.

HUÉSPED: ¿Y la muerte?

DOLOROSA: Me enfrentaría a ella. Tú eres la última ventana que se me abre. La delicia que busco tal vez me pesará, pero debe caer primero mi dignidad ridícula y luego todo lo que dispongas.

HUÉSPED: No deberías seguirme.

DOLOROSA: Pero tú quieres huir.

HUÉSPED: Me alquilas una fuga y yo tengo que llevarte.

DOLOROSA: De otra manera, no.

HUÉSPED: ¿Y si yo me fuese sin ti?

DOLOROSA: Los rifles de la soldadesca hablarían por mi rencor.

HUÉSPED: Eres capaz de todo.

DOLOROSA: De todo, con tal de apagar esta lumbre que día y noche me sube por los huesos, que entreabre mis piernas y no me deja estar quieta. *(De su cintura desata una bolsa que entrega al huésped)* Toma. Son diez mil dólares. Guárdalos tú. Serás tú el que deje caer la mano. *(El huésped besa largamente a Dolorosa. Pasionaria sale del cuarto de Proserpina. Dolorosa se le une. El huésped se tira sobre la cama y comienza a contar el dinero).*

*En la estancia.*

PASIONARIA: Cualquier esfuerzo sería por demás. La muerte todo lo llena ahora como un perfume viejo. Está aquí junto a ti, junto a nosotros, está allí junto a ella en su recámara, está debajo de las camas, en la ropa, en todo sitio, esperando su turno. Y quién sabe si ya también en todo lo que creemos vivo.

DOLOROSA: Después de media noche. Pasionaria, nos iremos cuando nadie sospeche.

PASIONARIA: Nada puedo opinar. Ha sido tu voluntad. Lo siento por ti.

DOLOROSA: Proserpina ha cumplido, le dije a nuestro médico. Ninguna fuerza de la ciencia ni aún la de Dios impediría su muerte. Yo le entregué un fajo de billetes como habíamos convenido. Para tu hospital —le dije—. Sí, para mi hospital, me respondió, con el rostro transfigurado, el primer centro de salud del municipio. Toda una proeza —le contesté—, sobre todo —le dije—, que ni el mismo gobierno ha querido apoyarte. Nadie te lo agradecerá en el pueblo, pero dirán que hacía mucha falta e irán a meterse ahí con todos

sus achaques. Entonces me confesó que terminarlo había sido uno de sus sueños imposibles. Ya ves, —me dijo— ahí está la construcción abandonada, sin techar. Todo se cumple —dije—. Entonces me dio la otra píldora. Puedes darle ya la píldora de muerte —dijo— no se presentará problema alguno, su estado de coma es propicio, vendré más tarde para extender el acta. Nada temas —dijo—. Creo que no podré —le respondí—. Ausencia que da la vida, Dolorosa, —me dijo— y hay que ser como piedra.

PASIONARIA: ¿Por qué no dejas que se muera, como debe morir, sin empujarla? No tardará mucho.

DOLOROSA: No. Es la última barca por el río. No me puedo esperar. Mis velas se hinchan empujadas por el postrer viento desesperado de mi carne.

PASIONARIA: Has de darla a que la pudra esa bestia.

DOLOROSA: No soy una santa ni tengo caminos de continencia para más tiempo. Eso se acabó.

PASIONARIA: Lo que dirá la gente.

DOLOROSA: Con ésa lucharás tú. Con el rifle en la mano. Para ti es todo esto. Y para tu hijo.

PASIONARIA: Regresarás, Dolorosa. Adán quedará tirado sobre cualquier camino de la sierra, floreada la camisa de boquetes.

DOLOROSA: Y yo junto a él, viva o muerta, intacta o deshonrada. Pero saliendo de la casa, ya no regresaré. Si he permanecido tanto tiempo a la orilla de toda mancha, no será ahora cuando me pierda y que me vean, pudiendo hacerlo lejos, arrullada por los coyotes, peleando con las liebres las briznas de hierba.

PASIONARIA: ¿A dónde irás?

DOLOROSA: Me procuré caballos. Saldremos de la casa disfrazados y por las azoteas. Luego hasta Sásabe y de ahí no lo sé... Tucson, Phoenix, Los Ángeles...

PASIONARIA: ¿Qué debemos hacer mañana?

DOLOROSA: *(Mientras el huésped se pasea nerviosamente mirando el fajo de billetes con sostenido interés. Anubis viene hasta la madre)* Enterrar a Proserpina. Decir que se me llevó intempestivamente a la capital, que me volví loca de amarrar, por quien llegó una noche hasta mis puertas y me colgó para siempre en el perchero de su sexo. Esta casa puede darte para mucho, si la conviertes en posada. En mi ropero te dejo algunas bolsas de oro, las escrituras de la casa, unas alhajas. Podrías empezar muy bien. Eso sí, tu boca cerrada. No quiero palabras para nadie. El vecindario empezaría a roer estas paredes hasta que no cesaran de ver cómo caían piedras sobre piedras. Cuando se lo proponen... Una palabra, un indicio, desboca todo lo que ni tú ni nadie podría contener. Cuida sobre todo a este niño. El acta de defunción te la va a traer el doctor. Ya sabes lo demás.

ANUBIS: ¿A dónde te vas, tía? *(El huésped se guarda los billetes bajo el cinturón, escribe una nota que pone sobre la cama)*

DOLOROSA: Muy lejos, hasta donde la música canta en otro idioma.

ANUBIS: ¿Por qué te vas?

DOLOROSA: Porque me llaman todas las cosas que no conozco. Porque voy a casarme.

ANUBIS: ¿Con quién?

DOLOROSA: Con el huésped. *(El huésped llega hasta el pasadizo y observa. Anubis se encamina como autómatas hacia el cuarto del huésped. Éste se decide y huye por el pasadizo)* Ahora, no me molesten por favor, quiero estar a solas con mi madre. *(Pasionaria comprende y cierra los ojos)* Con el recuerdo de mi madre. *(Sale hacia el cuarto de Proserpina. Pura y Pasionaria se encuentran en la cocina. Anubis entra en el cuarto del huésped y se queda boquiabierto en la soledad de la recámara. Luego canta: «Cura, cura»)*

*En la cocina.*

PASIONARIA: (*A Pura*) Por fin, cuando no había siquiera esperanzas, cuando el porvenir de mi niño se vislumbraba desolador y miserable, se va la Dolorosa, Pura, se va, no volverá nunca. Y todo esto será de mi hijo. Cuando Anubis nació, me dije: ahora te verás como las otras, blanco de las habladurías, paredón del insulto y del escarnio; pero no me fui de esta casa a la que había sido enviada por mi madre para recibir en casa de mi abuela rectitud y obediencia, y me di a ser esclava de Proserpina y me di a ser consecuente y servicial con Dolorosa. Yo no hice con mi hijo lo que otras del pueblo: dejar que mi madre ahogara con almohadas el resuello del recién nacido, o regalarlo a alguna estéril pudiente para que lo anunciara como suyo o tirarlo a la fosa séptica como muchas otras que no quiero decir sus nombres. Una tarde me dijo Dolorosa que todo esto sería para Anubis y para mí cuando ella muriera. Pero ahora se va con ese bandolero, no quiero saber a dónde, ahora que todo parecía imposible y mi pequeño comenzaba a crecer incontenible. Ahora se va, enloquecida o no, y me lo ha vuelto a repetir, todo esto es para mí y para mi hijo. (*Sale Dolorosa de la recámara de su madre. Trueno el cielo*) Pura, quiero creerlo, pero, ¿y si de pronto, todo eso no fuera sino un espejismo? (*Se escuchan balazos, descargas de fusilería. El niño ha subido a la cama del huésped y mira un papel que se encuentra sobre la colcha*)

DOLOROSA: Al fin. Mi madre ha muerto. (*Las mujeres se persignan*)

PURA: Que el Señor tenga piedad de su alma. Y de la tuya, Dolorosa.

PASIONARIA: Ahora eres libre, ahora somos libres, Dios de misericordia. (*Dolorosa se encamina gozosa hasta el cuarto del huésped. Ahí se encuentra con el niño que le*

*tiende el papel escrito. Siguen escuchándose los balazos confundidos con los truenos de la tempestad y de pronto se hace silencio. Un caballo se acerca al galope y luego en la puerta de la calle aparece el General)*

DOLOROSA: *(Aturdida. Leyendo el papel)* De nadie, —dice— de nadie.

ANUBIS: ¿Se fue? *(Dolorosa estupefacta, dolida en lo más profundo, sale al pasillo y allí se encuentra con el General. Éste tiende el dinero. Lo pone después sobre la mesa).*

GENERAL: Afuera tenemos el cadáver. Aquí está tu dinero.

DOLOROSA: ¡Ay, Ay! Todo lo he perdido. Asesina. Ramera. Loca. *(Cae sobre sus rodillas sollozando. Pasionaria se abraza a Pura)*

PASIONARIA: Todo ha sido inútil. Se quedará en casa a envejecer como Proserpina.

DOLOROSA: *(La sacuden los sollozos)* ¡Madre, madre! Si pudieras vivir otra vez para darme sentido, para darme resignación, mis manos crecerían hasta el horizonte para seguir lavando tus sábanas.

*En la cocina.*

PASIONARIA: ¿Crees que Dolorosa llegue a ser igual que Proserpina? Yo me iría lejos. Algo se ha roto entre ella y yo.

PURA: Pero importa también todo lo que le debes.

PASIONARIA: Mi diestra sea olvidada, mi lengua se pegue a mi paladar, si de eso me olvidara. Nos ha dado de comer a Anubis y a mí por muchos años. Pero también les he servido bastante a ella y a la muerta.

PURA: No seas interesada.

PASIONARIA: Y, ¿por qué no? Esto iba a ser para mí.

PURA: No le guardarás rencor a Dolorosa. Ella no tuvo la culpa de lo que soñaras.

PASIONARIA: Arrasó mi paraíso.

PURA: Y ella también el suyo, como las siete plagas. Acepta tu destino.

*En la sala.*

DOLOROSA: Pura, Pasionaria. Amortajen a mi madre. (*Pasionaria y Pura entran a la recámara de Proserpina. El General permanece de pie a la entrada de la sala. En el haz de luz aparecen los adolescentes. El niño escucha absorto hacia el patio. Dolorosa y el General se miran*)

*En el patio.*

- 1.- Ahora hay que llamar a ese niño. (*Lo hacen sonando sus güiros*)
- 2.- Esconde ese aguardiente.
- 3.- Tú, déjame; hay que brindar por las gachupas.
- 4.- Llamaremos al niño desde los mezquites y luego lo invitaremos a jugar en los escombros a la gallina ciega.
- 5.- Y sin calzones.
- 6.- Nos conviene que aprenda. Casa, comida y culo. (*Ríen*)
- 7.- Allí viene. (*Los muchachos suenan los güiros atrayéndolo, mientras Anubis se acerca lleno de curiosidad*) Chamacoco, chamaco.
- 8.- Ven, acércate, niño. (*Anubis es cercado por los adolescentes*). Te enseñaremos cosas.
- 9.- Ven y juega con «esto».
- 10.- Toma de la botella. (*Anubis toma. Los adolescentes lo tentalean*).

*En la sala.*

*Dolorosa se yergue. Calmada.*

GENERAL: Tú ordenas.

DOLOROSA: Llévatelo, si esos son los trámites. Haré de cuenta que se fue sin reconcilio. No quiero verlo. Y mucho menos muerto.

GENERAL: Enviaremos a la tropa con el cuerpo hasta Hermosillo. Allá lo entregarán a la Superioridad.

DOLOROSA: Valía más que todos. Pero vivo.

GENERAL: Resígnate.

DOLOROSA: Qué se le va a hacer.

GENERAL: Hay que seguir.

DOLOROSA: Sin duda alguna. Hasta que todos estemos resignados.

GENERAL: Y nuestra vida sea absurda.

DOLOROSA: Absurda, como una vieja caricia. (*El General mira a Dolorosa y hace mutis rápido. Aparecen Pura y Pasionaria*). Pura, trae una botella de vino y unas copas. (*Pura obedece rápidamente*). Pasionaria, no quiero que me odies.

PASIONARIA: No te odio. (*Viene hasta ella*).

DOLOROSA: Tu hijo es nuestro, Pasionaria, de él es todo esto. El tiempo pasará y entonces Anubis cantará para nosotras, Pasionaria, sentados los tres al claro de la luna, mirando pasar los ángeles. (*Entra Pura*). Pura, siéntate; toma un poco de vino. (*Dolorosa llena las copas*). Aquí las quiero a todas, todas aquí, bajo la sombra de la tórtola. (*Toman. A Pasionaria*). Ve a buscar a ese niño.

*En el patio.*

- 1.- Amárrenle un pañuelo sobre los ojos.
- 2.- Denle después unas vueltas.
- 3.- Le decimos nuestros nombres y a quien se lo adivine primero, ese comienza.
- 4.- Yo me llamo Quito.
- 5.- Yo, Rafael.
- 6.- Yo soy Enrique y éste se llama Buenaventura. (*Le dan vueltas al niño*)
- 7.- Por aquí.
- 8.- Por acá.
- 9.- A tu derecha.
- 10.- A tu izquierda.
- 11.- Ahora.

ANUBIS: Éste se llama... Quito. (*Risas de los adolescentes. Dos cargan como un botín el cuerpo del niño y lo van sacando hacia lo oscuro. Tres suenan sus güiros. Truena el cielo repentinamente. Relampaguea. Dolorosa se pone de pie y echa imagen*



vivísima del dolor, mira profunda y estoicamente hacia ninguna parte de más allá de nada. Se va haciendo el oscuro sobre el escenario muy lentamente. Pasionaria sale al patio y llama).

PASIONARIA: ¡Anubis!... ¡Anubis!

En la sala.

DOLOROSA: (A Pura). En mi casa lo tendrán todo, mujer, como un festín interminable.

PURA: Que así sea.

DOLOROSA: Porque tendremos que vivir, hay que vivir, no queda otro remedio. (Agotan sus copas de vino)

PASIONARIA: (Gritando hacia las sombras) ¡¡Anubisss!!

DOLOROSA: El bastón de cristal se queda para mí. (Pura canta: «Tortolita triste». Truena el cielo)

PASIONARIA: Anubiiiiiss... Anubiiiiiss.

## Telón final

### TONADAS

#### (1) TIEMPO LIBRE. MUY LENTO

CU — RA CU — RA CON-QUE-SE CU-RA LA-DES-VEN TU-RA

LA DES-VEN-TU--RA CON-QUE-SE CU-RA CU-RA CU-RA

TORTOLITA TRISTE, SOLITARIA

#### (2) TIEMPO LIBRE, MUY LENTO

TOR--TO--LI--TA TRIS-TE SO--DU--TA--RIA DE-FIEN-DE - A -- TUS HI--JOS

DE-TO-DA-EI DE-MIA:

# El círculo hacia Narciso

## Sátira en tres jornadas

A Inés Martínez de Castro, a las heroínas  
inmarcesibles de la televisión y a los caudillos  
cinematográficos de la Revolución, esta anécdota  
de la vida real

### PERSONAJES

Casandra: Hermana de Olivia	Claudia: Esposa de Álvaro
Olivia: Hermana de Álvaro	Felipe Landeros: General
Álvaro: Esposo de Claudia	Asúnsolo: Teniente

### ESCENARIO ÚNICO

*Una estancia. Al centro arriba, un gran arco solitario; a la derecha lateral centro, pared con una ventana enrejada que da al patio; el arco conduce al exterior, por el cual se entra y sale solamente hacia la izquierda. Debe evitarse lo innecesario. Al centro, sofá y sillón elegantes. A la izquierda lateral, secretaire y silla. Cámara negra. Lados: los del actor.*

*La acción se desarrolla de las 6 de la tarde a las 12 de la noche en primavera, en una pequeña ciudad del noroeste de México, un día de contienda.*

*Después de los funerales de la madre.  
En la casona.*

## JORNADA PRIMERA

*Entra Casandra por la derecha, seguida de Olivia; vienen del exterior; llegan abanicándose; entran así mismo Álvaro y Claudia, inmediatamente después. Casandra queda de espaldas a los demás, junto al secretaire. Olivia se sienta en uno de los sillones y hace un ademán a Álvaro de que haga lo mismo. Claudia se sienta en otro sillón. Álvaro se ha colocado de pie tras el respaldo del sillón donde se encuentra Claudia.*

CASANDRA: (A Álvaro) ¡Bueno! Dejé que nos siguieras sólo para saber qué buscarías aquí, en la casa, después de cumplir con el protocolo de los funerales.

ÁLVARO: (Su actitud es arrogante, nunca servil) Deseo despedirme.

CASANDRA: También tú... ¿te vas?

OLIVIA: Todos huyen como liebres. Cobardes. Por una balaceira que no tardarán en sofocar las fuerzas del gobierno. (Casandra se desplaza hasta el área abajo izquierda del escenario)

ÁLVARO: Estás mal enterada, Olivia, las calles de la capital están sembradas de cadáveres. Yo lo vi. Se lucha en todo el país. Y las fuerzas federales no serán capaces de detener esta avalancha. También en este pueblo no queda nadie. Ya lo vieron.

CASANDRA: (Siempre de espaldas) Me di cuenta. En el funeral nada más estábamos la servidumbre y nosotros. Pero no es muy seguro que el pueblo esté completamente solo. En las orillas, como perros, husmea la pelusa esperando su turno.

OLIVIA: Menos mal que en las troneras del palacio municipal aún vigila nuestra guardia.

ÁLVARO: ¿Aún?

CASANDRA: (*Sin voltear*) Y como todos los demás, ¿te irías a *El otro lado*?

ÁLVARO: Trataremos sólo de llegar a la frontera... Claudia y yo, mis hijas... (*Casandra les da por primera vez en escena la cara, y aparenta sorprenderse ante la presencia de Claudia*)

CASANDRA: (*Viene hasta Claudia*) Claudia. Perdona. Posiblemente no te había visto antes, confundida como estarías entre la servidumbre. (*Pasa junto a ella que baja la cabeza, humillada, y va hasta la ventana en la que se detiene mirando hacia el jardín*)

OLIVIA: (*Ante un ademán de rabia contenida de Álvaro*) No sé para qué te marchas, Álvaro; no tienes nada que perder, eres tan pobre como todos esos que se descuartizan, despanzurrándose unos a otros, por saquear las despensas de las casas honradas.

ÁLVARO: No me amilanan la pobreza ni la guerra; pero quiero poner a salvo a Claudia, que espera un hijo.

CASANDRA: (*Voltea y dice violentamente*) ¿Otro? Hasta eso has aprendido de la gentuza. Se multiplican como conejos.

OLIVIA: (*Se levanta y va hacia Álvaro pero sin enfrentársele ocupando el área izquierda abajo*) Podrías vivir en la casa del traspatio. Así no te arriesgarías.

ÁLVARO: Gracias. Sólo quería despedirme.

CASANDRA: Y por supuesto ahora que regresas a donde perteneciste hace 10 años, ahora que has vuelto y podemos mirarnos las caras y medir nuestras fuerzas, creo que antes de partir a la frontera, como dices, querrás saber de cuál manera has resultado favorecido con la voluntad testamentaria de la que acaba de morir. No tarda en llegar el notario. (*Casandra se desplaza hasta el centro abajo del escenario*) Procederá en cuanto llegue a la lectura del documento. He activado tan enojosa diligencia para privarme de la presencia (se-

ñala a Claudia con el abanico) de cierta plebe que me desagrada.

ÁLVARO: (*Entiende, viene hasta Casandra, a la defensiva*) No me provoques; no me detendría para cruzarte la cara.

CASANDRA: Atrévete y verás cómo te mando echar.

ÁLVARO: (*Empezando el juego de humillar a sus hermanas*) ¿Con quién? No hay un solo criado en todo el caserón. Si acaso quedarán las más viejas recamareras. Y borrachas.

CASANDRA: (*Tiembla*) ¡Mentira! (*Le hace un ademán a Olivia con la cabeza para que investigue. Olivia va hacia la ventana*)

OLIVIA: (*Gritando por la ventana hacia el exterior*) ¡Elías! ¡Rodrigo! ¡Juana! ¡Sósima! (*Pero nadie responde*) ¡Elías! ¡Rodrigo! ¡Juana! ¡Sósima! ¿Hay alguien en casa? (*Silencio*)

CASANDRA: Entonces te echaré yo misma, Álvaro.

ÁLVARO: No hará falta. Me iré más pronto de lo que crees.

CASANDRA: ¿Qué esperas entonces?

ÁLVARO: Me iré cuando quede saciado de mirarte tal y como vas quedando, doblada por la fuerza de este largo silencio, junto a la otra que traes del cuello desde chica. Sabes que nos odiamos.

CASANDRA: (*Interrumpiéndolo con furia*) Desesperadamente. (*Casandra regresa al arco y queda allí de espaldas, mientras Álvaro la sigue con la mirada*) Siempre te las diste de liberal. Alardeaste más tarde de independencia. Saliste de la casa a los veinte años para casarte con ésa, haciendo a un lado todo el amor, la dedicación, el esfuerzo de mi padre por rodearte de magníficos mentores. Saliste de la casa a los veinte años y desde entonces, visitas intermitentes, después indeterminadas, te fueron alejando paulatinamente de aquí hasta que no volviste más; luego perdiste la estimación de madre y nuestra por tu indiferencia.

(*Mira a Álvaro*) Si ahora la muerte te ha acercado un poco a las puertas de esta casa, si ahora el interés te ha impulsado a buscarnos, será porque tus sueños de independencia no funcionaron, o porque verdaderamente estás muriéndote de hambre o no tienes vergüenza; porque si quieres congraciarte ante nosotros, no será insultándonos como vas a conseguirlo.

ÁLVARO: Repito que no persigo nada. Muerto mi padre; hablemos del pasado, hermana, muerto mi padre, quien fue la única persona limpia de esta casa, ¿qué más podía esperar para irme, qué más podía hacer sino huir de toda esta mentira, de esta podredumbre? ¿Por qué empezó a tomar papá? ¿Por qué después de aquella borrachera de muerte se arrojó a las ruedas de un carruaje? Porque lo había descubierto todo. Mi madre lo engañaba y en su propia cara y con todos sus amigos. Yo podría traerte, si vivieran, a cada uno de ellos... (*Casandra sufre ante la verdad*) Me vas a decir que aquel orgullo, aquella vehemencia que mi madre provocaba sobre ustedes no lo dictaba su interno temor a verse reprochada, descubierta: «orgullo, orgullo, hijas», mientras ella paseaba su orgullo en camisa de noche por los cuartos de todos sus amantes, o dejándose manosear o revolcar entre la hierba. Para mí no hubo secretos. Yo lo vi todo. Por eso quise vivir la vida cara a cara. Lejos de perfumes embriagadores, criados sofisticados, hermanas ambiguas, que en esta casa veían noche a noche la procesión de ninfómanas arrastrando su burguesía desencantada, para concertar con mi madre las citas de la ignominia. Vivir la vida al sol, al viento, a la verdad. Me casé con una obrera a la que amo, pero ella puede enseñarles algo que ustedes desconocen: la libertad.

OLIVIA: Siempre fuiste un parásito. (*Casandra viene hasta Álvaro*)

ÁLVARO: Eso durante los años que fui estudiante, pero con qué ganas le hubiera devuelto a ella, uno a uno, los billetes que arrojaba a puñados sobre mis profesores ya que me hice abogado y supe ganarme la vida por mi cuenta. Pero todoapestaba. Y me alejé definitivamente. Ahora soy un extraño de visita en un viejo prostíbulo.

CASANDRA: Siempre fuiste un extraño, sólo que ahora vuelves para que veamos que tu gloria sólo alcanzó a llegar a los pies de una rata. *(Casandra y Álvaro están ahora frente a frente bajo el arco)*

ÁLVARO: No seas ridícula. Sobra toda comparación, hermanas. Hay ejemplos cercanos más lacerantes. Para empezar, podrían verse en un espejo y entender que nada queda de aquellos Narcisos irredentos mirándose en los vidrios de la sala... *(Casandra llega hasta Olivia)* Y que el círculo se cierra, se va cerrando... ¿Quién era mi madre antes de que mi papá la hiciera su esposa? Una putilla viuda, sin hijos, hermosa, pero en la miseria y que por intermediaciones del señor cura llegó hasta la deseada soltería de un millonario de a buenas, como mi padre.

OLIVIA: *(Cortándolo)* Su primer marido la había arruinado, pero era una aristócrata.

ÁLVARO: De las camas.

CASANDRA: ¡Álvaro!

OLIVIA: De ahí que, muerto mi padre no íbamos a poner nuestra fortuna a la disposición de un hombre despilfarrador, de un pelantrín o de una recamarera como tú, para correr la misma suerte.

ÁLVARO: ¿Un pelantrín como Arturo Landeros, Olivia, que se mató por ti? Estabas enamorada de él, como de todos los que significaban para ti una esperanza de salir de esta ratonera, pero aparte de pobre, detrás de

ti estaba la voz de madre y la voz sucia de Casandra que te tenía dominada.

CASANDRA: Arturo Landeros era uno de los muchos que rondaban los balcones de la casa, como Joaquín Lepe, Mario Carrillo o Felipe Landeros... su hermano mayor.

ÁLVARO: (*Con sorna*) Magnífica memoria. ¿Joaquín Lepe, el que según ustedes tuvo el atrevimiento de pedir a madre la mano de Olivia, y al que mató en un duelo a tu pretendiente frustrado Mario Carrillo...? (*A Casandra*) ¿Y Felipe Landeros, al que te diste el lujo de abofetear una y otra vez delante del gobernador, y a quien gritaste frases indignas de tu cacareada educación y cuya única falta era tener poca fortuna? Si no niego que popularidad y éxito lo tuvieron, hermanas, reinas del club Zutano, reinas del aniversario Mengano, reinas del centenario Perengano, pero han pasado ya varios abriles.

CASANDRA: Felipe Landeros era un jilguero de la política pegado siempre a los talones del gobernador, aspirando sin descanso a ser alguien dentro de la planilla. Nunca lo quise. Me asediaba como un perro famélico. Por eso lo abofeteé y mandé que lo encarcelaran.

ÁLVARO: Ahora suena fuerte en la lucha armada, es algo así como general.

OLIVIA: (*Lo detiene*) No veo por qué te empeñas en resucitar ese pasado, en hablar de mi madre, de los viejos amigos, existiendo la perspectiva de un futuro inmediato, brillante aún para Casandra y para mí... viajar... casarnos.

ÁLVARO: Magnífica charada. Futuro brillante... viajar... casarnos... (*Ríe*) Futuro como viejas arañas poblando los rincones, tejiendo y destejiendo en la rueca del tedio viejos sueños encendidos.

OLIVIA: Te estás desbocando.



CASANDRA: Es que él, como ha dicho, regresó los ojos a la tierra demasiado temprano, casándose con una criada. (*Sin poder contenerse Claudia se levanta*)

CLAUDIA: Claudia es mi nombre; Claudia del pueblo; Claudia de los ínfimos; Claudia de los menesterosos y de los pateados; Claudia de la calle; Claudia del arroyo; pero al fin, Claudia que vendrá a vomitarse en ustedes y en todas las burguesas heladas, frías, estériles, en todas ustedes, cristalinas babosas saliendo de las cajas de música. Yo, todas nosotras, las Claudias de la Revolución.

CASANDRA: (*Crispada*) Ustedes no sirven... más que para parir.

CLAUDIA: Sí. Para parir. Ustedes ni para eso... Pero el parto que ahora estamos fraguando en los cerros, en el campo, en las rancherías, será para que todas ustedes queden sepultadas bajo millones de incendiarias placentas. (*Pausa*) Como si no se hubiera sabido por el pueblo quién fue la madre de ustedes, qué se hacían los fines de semana por la huerta, en las caballerizas, cómo se las tenía a las dos en la planta alta de la casa, rodeadas de espejos, de tules, de joyas, de orquestas, de novios sobornados mientras la señora, «La Leona», como se le llamaba por las calles, ponía un velo entre su libertinaje y el orgullo. Muy criada seré, muy lo que ustedes quieran, pero a la luz, a la lluvia, a los cuatro vientos, sin tapujos ni clandestinaje...

ÁLVARO: (*Retiene a Claudia*) Cálmate. (*Claudia se separa del grupo y llorosa queda de espaldas a ellos, mirando por la ventana*) Debieron haber hecho lo mismo que mi madre, para que así se hubieran ahorrado las noches terribles que sospecho, bramando como perras calientes sobre la blancura de las sábanas cómplices; hubiera sido más adecuado que las tres se hubiesen dejado revolcar por los jardines, no que ahora la vejez las ha convertido en un par de lunáticas, soñando todavía

con viajar, con casarse. *(Suelta una sonora e hiriente carcajada. Casandra lo abofetea)*

CASANDRA: ¡Fuera de aquí!

ÁLVARO: *(Sin dejar de reír)* Y lo que se decía de ti...

CASANDRA: ¡No quiero saber nada! *(Lo toma de las solapas del saco y quiere en vano sacarlo por el arco hacia el pasillo)* ¡Vete de la casa!

ÁLVARO: *(Riendo)* Que la idiota de Olivia era la que se acostaba contigo, que por eso la tenías tan dominada, tan estúpida.

CASANDRA: *(Inexplicablemente, con fuerza inaudita, arroja a Álvaro contra el arco)* Sabía que por algo me seguirías con tu rata de campo, para insultarme, para desquitarte, para descansar de tu envidia. *(Va hasta el secretaire y abre un cajón)*

ÁLVARO: Y de eso de tus gustos tan «especiales» lo creí. Siempre me pareciste marimacho.

CASANDRA: *(Que oculta una pistola bajo la mantilla. Apuntando tímidamente a Álvaro)* He dicho que se larguen... tú y esa pueblerina.

ÁLVARO: Pero toda la tropa entrará en esta sala y se mearán en los rincones y la caballada se comerá tus rosas de Normandía y la soldadesca hará leña de tu clavecín y de tu caballete. Y si eres bondadosa con ellos, podrás deshacerte hasta de tu arrumbada virginidad, aunque te diré, Casandra, que ya no estás apetecible ni para la soldadesca. *(Suelta una nueva carcajada. Casandra descubre la pistola. Le apunta y le dispara hiriéndolo en un hombro)*

CLAUDIA: *(Yendo hacia él; abrazándolo)* ¡Álvaro! ¡Dios mío!

ÁLVARO: Ha sido sólo un rozón en el hombro. *(Resiste la herida y se aprieta el hombro derecho con la mano izquierda)*

CASANDRA: Y ahora, a la calle.

ÁLVARO: Sí, a la calle; quedan ahora solas frente a frente, en el más dulce infierno. Mi rumbo es la libertad, la calle, los estudiantes y su santísima agresividad, el sil-

bido de las balas, el viento. Hasta nunca, pues... malqueridas estúpidas... *(Va haciendo mutis, abrazado de Claudia, riéndose apagadamente por la izquierda. Olivia se desplaza hasta el arco apresuradamente y queda allí parada, dando la impresión de estar mirando partir a Claudia y Álvaro)* Se quedan como «La Leona». *(A Claudia)* Vámonos. *(Mutis de los dos. Música de transición. La iluminación se suaviza. Queda en el ambiente algo como una plaza desierta después de la cohertería)*

## JORNADA SEGUNDA

CASANDRA: *(Sentándose sobre la silla del secretaire)* Tiene razón.

OLIVIA: *(Corriendo a la ventana y gritando hacia el exterior)* ¡Sósima, Josefa! *(No contesta nadie)* ¡Sósima... Josefa! *(El más absoluto silencio le responde)* ¡Sósima, Sósima! *(Termina sollozando)* ¡Josefa! *(Casandra guarda la pistola donde la tomara, se levanta)*

OLIVIA: Casandra, ¡solas!

CASANDRA: Solas. Y la farsa seguirá.

OLIVIA: *(Viene hasta Casandra)* Hermana, tenemos 50 años.

CASANDRA: *(Va desplazándose hasta ocupar la parte central de la boca del escenario, como ensoñándose en un remoto pasado. Se escucha en toda esta segunda escena, hasta la entrada de Landeros, música de clavecín, voces lejanas como en una fiesta, la carcajada sensual de una mujer)* Teníamos 20 años y una madre ardiente lucía sus encajes bajo las bugambilias.

OLIVIA: *(Viene hasta Casandra, metida también en esa regresión a su verdadera atormentada personalidad)* Desde los pilares la veíamos reír; y su risa estaba llena de corrupción y de campanas. *(Casandra va hasta el arco y queda allí de espalda mirando hacia donde se cree, está la biblioteca)*

CASANDRA: Mi padre sumergía su soledad en los ríos del vino. Su soledad como un molusco espeluznante, bajaba y subía por los volúmenes de la biblioteca. Enternecía su opaca figura que se iba poniendo triste como un perro tullido.

OLIVIA: Pero ella nos tenía atrapadas con su convencimiento y nada podíamos hacer por papá, por su cobardía, por su invalidez; aun cuando hubiésemos intentado socorrerlo, un enemigo varón se levantaba entre él y nosotras: Álvaro; y empezó el primer acto.

CASANDRA: *(Da la cara al público y se recarga sobre uno de los pilares del arco, inclinada la cabeza sobre la columna, va humanizándose)*. Teníamos 30 años. La voz de mi madre persuadía y le entraba a uno por los oídos, hasta correr sonora por la médula de los huesos.

OLIVIA: *(Casi siendo la madre, su voz, sus actitudes, entre vulgares y refinadas, entre los de una irascible institutriz y los de una prostituta liquidada)* «Orgullo, orgullo, hijas: el mundo está lleno de pobres gentes cobardes, necias y conformes como tu padre». *(Se escucha la carcajada lejana de una mujer)*

CASANDRA: Y el maestro de música decía: «Todos estos jovencitos no buscan de ustedes más que su dinero»... Y también el maestro lo disfrutaba.

OLIVIA: Y el maestro de danza decía «Cualquiera de esos gañanes se hacen pedazos por ustedes, pero sus intenciones no son nada limpias, como ellos no poseen fortuna, sueñan con la de ustedes»... Y él soñaba con los gañanes.

CASANDRA: *(Como la madre)* «Orgullo, orgullo, hijas»... *(Se escucha nuevamente la carcajada lejana de una mujer)*. Y cada mañana, mi padre náufrago, bajaba las escaleras bajo la mirada tristísima de Álvaro.

OLIVIA: Desde los pilares la mirábamos alegre y despreocupada, sacudiendo su abanico de Toledo.

CASANDRA: Y la obedecíamos.

OLIVIA: Y le creíamos.

CASANDRA: Hasta que ya no pudimos volver atrás. Y se levantó el telón del segundo acto... *(Se escucha una remota serenata y una voz que canta algo romántico de la época)*

OLIVIA: Arturo Landeros tenía las manos como las azucenas, una red de venas azules las cruzaba, haciéndolas parecer como de santo.

CASANDRA: Joaquín Lepe tenía los ojos oscuros y mojados, como los de un venado nuevo.

OLIVIA: *(Con amargor en su voz)* «Orgullo, orgullo, hijas»... *(Se escucha la carcajada lejana de una mujer)* Y el maestro de canto decía: «Su solidez espiritual la llevará muy lejos, Olivia, palpita en usted una mujer excepcional»... Y la cara se le curvaba con su sonrisa de cura.

CASANDRA: Y el maestro de pintura decía: «Admiro sobre todo su carácter, Casandra, su fuerza deslumbrada, su don de inteligencia y de persuasión»... Y por debajo de su pantalón su mano contaba los billetes con que mi madre premiaba su fidelidad... *(Pausa. Va hacia la ventana)* Y nos fuimos haciendo viejas.

OLIVIA: Cada vez más ricas.

CASANDRA: Cada vez más viejas... *(Se escucha un triste vals lejano)*

OLIVIA: Frente al espejo, en la planta alta, rodeadas de criados, de adulaciones, de caravanas serviles; joyas, tulles, violines, pretendientes.

CASANDRA: Fortino tenía el cabello suave como la madrugada.

OLIVIA: Carlos era tan alto como la soledad. *(Olivia empieza a sollozar)*

CASANDRA: Teníamos 40 años. Pero había que obedecer a mi madre. Luego de lo de papá y de Álvaro, la vigilancia

de ella fue más cerrada. Estaba envejeciendo, enferma y más sola cada vez. Yo la veía correr por la huerta, perseguida por alguien... (*Se escucha nuevamente la carcajada de mujer*) Veía cómo después, alguien acariciaba sus senos flácidos, mientras ella reía, reía tras su abanico de Toledo...

OLIVIA: Y jamás tuvimos fuerzas para reprochárselo, para desobedecerla, para recriminarle sus actos. Tuvimos que aparentar lo designado, ante los ojos del pueblo que se mofaba de nosotros... (*Más amarga con su voz*) «Orgullo, orgullo, hijas»...

CASANDRA: (*Ya cabalmente sincera con ella misma*) Un orgullo impuesto, que nos fuimos creando a fuerza de su insistencia, como en una escuela, como si hubiera existido una escuela del orgullo. Y tú, llorando detrás de las rejas de la balconería, cuando mi madre despedía con malos aires a tus novios...

OLIVIA: Tú ya eras seca, inmovible y no querías saber nada de los hombres... (*Casandra va hasta el centro de la escena*)

CASANDRA: Ya los conocía sin haberlos conocido, los había visto llegar como un enjambre y correr detrás de la miel como lobeznos y reír por los corredores como zánganos, hasta que decidí quedarme sola. Mi madre, sus actitudes, su comportamiento, habían ido indisponiéndome contra ellos hasta hacerme entender que sólo buscaban como en ella, la aventura, que ninguno era capaz de buscarme sólo por mi belleza. Tanto me decían... (*Viene hasta Olivia*) Tú estabas con los demás en la terraza... (*Casandra oprime contra su pecho a Olivia*) Y lloraba mi deseo trunco de soñar con haber nacido hombre para llevarte de aquí.

OLIVIA: Ya nada tiene remedio. (*Se sienta*)

CASANDRA: Tenemos 50 años. Se levanta el telón del tercer acto.

OLIVIA: (*Llora desconsoladamente*) No... Dios mío, ¡no!

CASANDRA: Calla. Salen sobrando las lágrimas. Álvaro sí es feliz, ¿sabes? Tiene la frescura que da la libertad. Desde ahora sí estamos solas, Olivia, mucho más que en toda nuestra vida... (*Se sienta junto a su hermana*) Mírame. Todavía tenemos una esperanza. El gobernador recordará que tenemos en el sótano un gran cargamento de armas del estado. Vendrá por ellas y nosotras, así, podremos irnos. (*Olivia levanta su cara levemente esperanzada*) Nos llevaremos solamente lo indispensable. Documentos. Poca ropa. Ya no estés triste. Sé que tienes miedo.

OLIVIA: ¿Y si a estas horas el gobernador ha caído bajo las fuerzas y la furia de esa chusma?

CASANDRA: (*Imaginando que así es. Dominándose*) No será.

OLIVIA: De cualquier manera, salir ahora es imposible.

CASANDRA: Yo destruí tu vida. Desde pequeña me apoderé de tu voluntad.

OLIVIA: Nunca fui fuerte.

CASANDRA: Y anulé tus determinaciones, malogré tus sueños, apagué tus esperanzas. Si tu vestido era mejor que el mío, yo lo destruía. Por orgullo. Si tu pretendiente era más apuesto que el mío, yo lo echaba de la casa. Por orgullo. Si tú asimilabas mejor que yo las lecciones de música, hablaba con mi madre para que expulsaran a tu maestro. Por orgullo. Mi madre me decía: «Los actos de los hombres, para que sean valederos, deberán estar regidos por el orgullo y por la ambición para lograr la recompensa: hacer a un lado, si es necesario, las cosas más queridas que se atraviesen en tu paso, para alcanzar tus propósitos». Y yo te hacía callar. Para lograr los míos. Perdóname, si puedes.

OLIVIA: Y me venciste.

CASANDRA: Felipe tenía sed de abrazarme y yo lo derribé como a un pájaro ciego.

- OLIVIA: Arturo sonreía como niño saciado. (*Empiezan a escucharse balazos lejanos y galopar de caballos*)
- CASANDRA: ¡Caballos! (*Olivia queda tensa y luego mira aterrizada a Casandra*)
- OLIVIA: ¡Soldados! ¡Era verdad! Han ocupado la ciudad, Casandra. Y estamos solas.
- CASANDRA: Cargaré las pistolas. (*Va hacia el secretaire*) La muerte para quien se atreva a penetrar nuestra casa. Ve a cerrar el portón; el notario habrá huido, con toda seguridad; ha anochecido; el ambiente pesa como las pezuñas de la ira; esos desarrapados no se andarán con miramientos. (*Olivia no se mueve, tiembla*)
- OLIVIA: ¿Y las armas?
- CASANDRA: Fuimos dos a la hora del acuerdo, dos seremos en cualquier hora y bajo cualquier circunstancia.
- OLIVIA: Me arrastras.
- CASANDRA: La máscara. Con la máscara de siempre es como vamos a afrontar todo lo que venga, la verdad quedará sepulta bajo el trapo y los abanicos. Con la máscara, porque la hemos arrastrado con nosotras desde la primera cerradura hasta esta derrota y cargarla nos ha costado la juventud y la felicidad. Ahora, los hombres ladran y muerden nuestros calcañares.
- OLIVIA: Tengo miedo... (*Se hace mucho más audible el galopar de caballos y el griterío de la soldadesca. Después es casi ensordecedor el tumulto. Han entrado a carrera tendida por la calle*)
- CASANDRA: Ahora es cuando no hay que tenerlo. El círculo se ha cerrado y Narciso envejeció esperando. (*Carga las pistolas*)
- OLIVIA: Guardo en el pecho la daga de mi madre. Ordena. (*Casandra viene hasta Olivia*)
- CASANDRA: Ve a cerrar el portón, te digo... (*La soldadesca ha invadido el patio arrasándolo todo*)



OLIVIA: Están aquí. *(En el arco de la entrada aparece Felipe Landeros. Olivia, que había iniciado el mutis hacia el exterior se topa frente a frente con el general y retrocede espantada, después de dar un grito. Casandra queda como petrificada, pero se yergue después con su máscara)*

### JORNADA TERCERA

CASANDRA: ¿Quién es usted, por dónde ha entrado, con permiso de quién?

*El ruido de caballos y soldados se va esfumando. Se entiende que ahora acampan en los prados del jardín.*

GENERAL: Soy Felipe Landeros. Entré por una rendija del recuerdo. Con permiso del rencor. *(Casandra se sienta. Lo ha reconocido)*

CASANDRA: Felipe Landeros.

*No dejará de escucharse hasta el final del drama el ruido atenuado de la soldadesca y las bestias en el patio.*

LANDEROS: La puerta estaba abierta. Por veinte años soñé con que esa puerta estuviese abierta para mí. Y ahora lo estaba. Ahora que nadie ni nada hubiera impedido que yo con mis manos la derribara para venir a verte. Había esperado mucho tiempo, Casandra. *(Se desplaza hasta el área izquierda, abajo del escenario)* Después de tu nombre, aprendido a martillazos, rodé peregrino por los caminos del mundo, sordo y cerrado ante cualquier reblandecimiento; bajé hasta el polvo, duro y tenaz, mascullando tu nombre para no olvidarlo; dejé escurrir entre mis dedos la arena del desierto y contra mi paladar reventaron las guañábanas del trópico; bebí el aire caliente a bocanadas y me purifiqué en el sudor de los pescadores y tu nombre era cada vez más como una herida profunda; viví cerca de todos los sinsabores y todas las

injusticias y en cada capataz y en cada látigo y en cada casa de *contratas* y en cada enganchador y en cada fotografía del Presidente veía a todos los tuyos, a ti, a tu madre, a tu hermana, a mi hermano suicida, a mí mismo; tenía que regresar a este pueblo y tu nombre crecía y crecía brotando como el agua en un surtidor, de aquella piedra alta de mi rencor. Me junté a los revolucionarios, luché como desposeído que era, hasta lograr el poder. Estamos ahora frente a frente, Casandra... (*Casandra se levanta y lo mira inmutable*) Entre tú y yo se levanta un espectro, triste como mi corazón, insaciable como mi venganza... (*Entra Asúnsolo, el teniente. Se cuadra*)

ASÚNSOLO: Mi general, las armas han sido localizadas en el sótano de la casa. El cargamento es muy apreciable, como para resistir un largo sitio. Era verdad lo que dijera esa vieja comadre del gobernador, antes de boquear, con las tripas al aire, meado y pateado por la tropa.

LANDEROS: Teniente Asúnsolo, esta es Casandra. Luciérnagas y ruina. Aire difícil de negar.

CASANDRA: (*A Olivia con la voz apagada*) Mataron al gobernador, Olivia; estamos en su poder.

LANDEROS: La otra es Olivia, su hermana, como planta de sombra creciendo a la orilla del árbol envenenado, parásito arrimado a la gran mata de pelo.

CASANDRA: (*A Olivia*) Yo iré hasta el *secretaire*.

LANDEROS: Yo tenía un hermano, se llamaba Arturo y era dentro de mi corazón mucho más que la mitad del amor. Se dio un tiro en la cabeza por esa mujer; (*señala a Olivia*) por la otra conocí el rencor, las lágrimas... Teniente, tome usted posesión de la casa, de esta casa en nombre de la Revolución... (*Olivia corre a la ventana y mira muy asustada hacia el exterior*) Disponga de esas armas y ordene que preparen una gran hartazón. Sacrifique una res, un borrego, puercos,

pavos, no sé, ah, y vino, mucho vino, que corra como en las bodas, porque esta noche me caso.

OLIVIA: (*Alarmada, mientras Casandra permanece inmutable*)

El patio está lleno de guachos. Los caballos pacen en los prados y se hartan de alhelíes; beben las bestias en la fuente y por la huerta se han diseminado esos desarrapados. Algunos van al gallinero para empezar la carnicería; alguien ha hecho fogata con las sillas de mimbre. Los gansos huyen en desbandada por el portón hacia lo oscuro. Casandra, ¿qué es? No entiendo nada.

CASANDRA: Es la Revolución.

LANDEROS: ¿Dónde guardas los vinos? (*Casandra, viendo en esto la oportunidad de llegar al secretaire en donde tiene las llaves y las pistolas, responde serena y rápidamente*)

CASANDRA: Los vinos están en su cava bajo la cocina. A la cocina se llega por la arquería. Te daré la llave. (*Va hasta el secretaire*)

LANDEROS: (*Maliciando*) Espera. (*La detiene. Olivia se sobre-coge. Landeros abre los cajones del secretaire. Mira las armas. Mira a Casandra. Llama al teniente*) ¡Asúnso-lo! (*El teniente llega hasta Landeros*) Junte estas armas con las demás. (*Casandra no se inmuta. El teniente toma las pistolas. A Casandra*) ¡La Llave! (*Las mujeres están lívidas. Olivia acaricia inconscientemente la daga que oculta en el pecho*)

CASANDRA: En el cajón de la derecha. Una dorada.

LANDEROS: Lo esperaba de ti, Casandra.

CASANDRA: Queremos salir de aquí. No importa la cantidad que pidas por un salvoconducto. (*Landeros decide jugar con las hermanas. Empieza a burlarse*)

LANDEROS: (*A Casandra*) No necesito dinero. El único precio sería tu cuerpo. Sólo así podría dejarte ir.

CASANDRA: (*Le huye. Llega hasta Olivia*) Lo que me pides es una burleta que no estoy dispuesta a tolerar.

LANDEROS: Burla no. Te quise. Ahora te deseo como necesitar del aire en una mina derrumbada.

CASANDRA: Mi cuerpo es viejo y torpe. Pide cualquier otra cosa. (*Endurece su gesto que es de rabia y asco*) Te lameré las manos como animal agradecido. Es todo lo que podría hacer. Pero no me pidas eso. (*Landeros la ignora*)

LANDEROS: Asúnsolo, distribuya los vinos, la leña, los asadores. Deberá ser una gran fiesta. Cuando estén todos borrachos y saciados de comer y de beber, vendrá usted por mí, por nosotros.

ASÚNSOLO: Entendido, general. (*Se cuadra y sale*)

CASANDRA: Escúchame. No voy a defenderme, pero entiendo que es necesario que conozcas la verdad, toda la verdad sobre nuestro comportamiento en aquellos años, antes de tomar cualquier otra decisión.

LANDEROS: No quiero saber nada. La verdad es Arturo y su cabeza reventando. La verdad soy yo, caminando por el mundo, ahito de despecho y amargor y tus bofetadas ardiendo sobre mi cara como chicotazos.

CASANDRA: Jamás imaginé que una revolución se hiciera para cobrar despechos particulares, que una lucha se iniciara para vengar agravios personales, comadreos. Que los metidos en ella fueran menos que marranos hoceando en busca de mejor hueso.

OLIVIA: Yo quería a tu hermano, Felipe.

LANDEROS: Pero te reías de él. Lo hiciste mierda.

OLIVIA: Detrás de nosotras estaba mamá.

LANDEROS: Y estaba Casandra.

CASANDRA: Era mi madre la que nos manejaba como a una pareja de títeres.

LANDEROS: La víbora eras tú, la única víbora silbante soplando en todas las orejas. Y yo juré venganza. No descansar hasta consumir la venganza. Ahora, ahora el rencor es viejo como yo, como ustedes y pesa

más que mi propia continencia. Creo que estamos hablando de más. (*Burlándose*) Casandra, entre el paredón y tu cama, ¿cuál camino prefieres?

CASANDRA: El paredón. Morir aplastada también por esa revolución, por tu revolución, no por la fuerza de tu odio; nosotros escondimos esas armas, aceptamos el soborno; de ello tenemos plena culpa y la tenemos quizá de esta revolución, doy fe y justicia por la historia, de lo otro no, por eso no acepto. (*Landeros viene hacia ella y la oprime de los hombros. Se burla*)

LANDEROS: Te besaría hasta abrirte brecha en los labios con mis dientes; te mordería los hombros hasta besar tu carne viva; te poseería como desesperado hasta hacerte llorar; quiero tu cuerpo. La entrega te daría la libertad; bastaría una sola palabra tuya y rodaríamos los dos por la delicia; después te irías segura y protegida y yo olvidaría mi rencor.

CASANDRA: Esa es tu revolución.

LANDEROS: Puedes olvidar lo del paredón. Y entonces llegarías hasta Nogales sin ser molestada, pero quiero tu cuerpo, quiero tu cuerpo. (*Se aprieta con fingida lascivia sobre el cuerpo de Casandra. La oprime de la cintura*)

CASANDRA: (*Sin dejar de advertir la presencia de Olivia*) Mi hermana...

LANDEROS: Entiende que la única autoridad aquí soy yo. Tu hermana se salvaría como tú. (*Intenta besarla. Casandra se resiste. Olivia acaricia la daga de su pecho, tramando algo*)

CASANDRA: Prefiero la muerte. (*Forcejean*)

LANDEROS: Pero sobre mí, en tu cama. (*La besa. Olivia se conmueve. Saca la daga y se lanza sobre Landeros*)

OLIVIA: ¡Noooo! ¡Es míaaaa! Es mi hermana. (*Landeros le da un golpe y la derriba. Olivia suelta la daga y Landeros le da un puntapié al arma arrojándola lejos. Se descubre él, definitivamente*)

LANDEROS: *(Como enloquecido)* Con daguita en la mano, ¿verdad? Quédate con tu cuerpo, Casandra y tú *(a Olivia)* con tus remilgos y tu daga; y sí, fíjate que si hubieras aceptado irte a la cama conmigo, Casandra, era capaz la otra también de haberse dado a cualquiera y no por libertad, sino por saborear lo que nunca, por sentir sudar sobre los suyos, cuerpos de hombres como lumbré, trezándose, hundiéndose, moviéndose, y voy a darles gusto, pues no seré yo el intruso, será la chusma, ellos, los del patio, serán quienes las arrastren entre la basura, el lodo y las guitarras deshechas, hasta el cansancio, serán todos ellos, las chusma, la indiada, los guachos, los que se sacien de ustedes. A mí me daría asco tu cuerpo, tu cuerpo jadeante y triste, Casandra, y te poseería con horror y llegaría a tu cuello y lo apretaría hasta ver que tus ojos tronaran fuera de sus órbitas. Y no meteré las manos... *(Empiezan a oírse canciones, gritos y vocerío de la soldadesca borracha)* Serán todos ellos los que las tengan a ti y a la otra, y esta casa será mía y todo será mío, como yo lo soñaba y si ustedes quedan vivas después del agasajo, mandaré que las arrastren al paredón. Estoy en mi derecho por mi causa y por mi rencor. *(Olivia está llorando)*

CASANDRA: Sobre todo por tu causa. Mírame indefensa, inerme, inútil. Pero no olvides estos ojos. Son los ojos del corazón que ya no tienes. *(Entra el teniente Asúnsolo. Olivia se abraza a Casandra, pero Landeros, fuerte, las separa)*

LANDEROS: *(Al teniente)* Asúnsolo, llévase a ésta. *(Toma a Olivia de un brazo y la arroja sobre el teniente. El teniente la aprisiona)* Yo mismo me llevaré a la otra. *(Después de este parlamento hasta el final de la sátira, el ritmo habrá de acentuarse, vivísimo)*

CASANDRA: *(Sujeta por Landeros)* Ten piedad, al menos de mi hermana.

LANDEROS: Empiezo a sentirme libre. (*Olivia gime y se retuerce contra el pecho del teniente*) Vamos, Asúnsolo, vamos he dicho, que toquen dianas, la burguesía se derrumba; viva la Revolución.

OLIVIA: ¡Casandra!

CASANDRA: (*A Olivia*) ¡Orgullo. Orgullo! (*Se escucha una lejana carcajada de mujer, la misma de la segunda escena*) Muérdelos, aráñalos, sácales los ojos con las uñas, con los dientes, con los puños, defiéndete, saca fuerzas del alma si es posible, pero defiéndete.

ASÚNSOLO: (*Mientras va sacando a Olivia que se defiende inútilmente*) Eres brava, quién iba a pensarlo de ti, richona.

OLIVIA: (*A su hermana*) Me defenderé, te lo juro; como perra. (*Mutis del teniente y de Olivia*)

LANDEROS: Ahora tú, a la tropa, a la chusma, había esperado mucho todo esto y he de gozar del espectáculo, bien limpio de ponzoñas.

CASANDRA: (*Derrotada. Definitivamente derrotada. Sin fuerza ya para defenderse se suelta del nudo que sobre su cuerpo hacen los brazos de Felipe Landeros*) Suéltame. Voy por mis propios pies. (*Viene hasta el centro del escenario, desolada y le da la cara, sin perder nunca su arrogancia*) Te llevarás mis ojos metidos hasta el último rincón de tus remordimientos. Yo estaré sobre ti, noche y día, no dejándote morir, recomiéndote hora tras hora, plantada sobre tu corazón, echando raíces.

OLIVIA: (*Desde afuera*) ¡Auxilio, Auxilio!

CASANDRA: (*Mientras Landeros viene hasta ella y la empuja hacia la salida por el arco*) Tenlo en cuenta, Felipe. Militar, matas ahora a nuestra burguesía, la agrietas y la escombras en nombre de tu revolución, (*los soldados cantan, se escuchan carcajadas y los gritos de Olivia entre guitarras y algazara*) pero tú, todos ustedes serán la burguesía de mañana y entonces, de

ese pueblo, de ese mismo pueblo al que ustedes dicen redimir ahora, de ese pueblo pisoteado que nada más servirá para abonar con su miseria y con su sangre la tierra que habrá de enriquecerte a ti, a todos los que babearán sobre esta revolución frustrada, de ellos nacerá otra revolución para acabar con ustedes, recuérdalo... (*Landeros la empuja hacia la salida*) Recuérdalo.

GRITOS DE OLIVIA ACERCÁNDOSE: ¡Casandra! ¡Casandra!

*Inesperadamente entra a escena Olivia, que se ha desprendido de los brazos de Asúnsolo y le ha arrebatado la pistola. Desgreñada, descompuesta, dispara dos, tres veces sobre su hermana.*

OLIVIA: Perdóname. Perdóname. (*Casandra se desploma. Olivia se dobla sobre la pistola y se dispara repetidas veces*) Orgullo, orgullo, hijas. (*Mueren*)

*Sobreviene un instante de desconcierto. Landeros y Asúnsolo quedan mirándose profundamente, acariciándose casi con los ojos. Asúnsolo se delicadiza, sin afeminarse grotescamente. Camina. Se agacha, quita las joyas, pendientes, collares de las muertas; se adorna con todo lo que puede. Sonríe a Landeros. Se le acerca, Landeros lo abraza de la cintura y Asúnsolo sólo le dice, con voz de María Félix.*

ASÚNSOLO: Ya fui mucho la guacha, la defeña; chinguen a su madre. Bésame, Felipe. La Revolución es la Revolución.

*Entre carcajadas hirientes y besos de ambos se hace el oscuro violento para el final.*

*Fin*



# La hoguera en el pañuelo

## Poema dramático en dos actos

A A. Huerta Bernal

A David G. Zumaya

A Alicia Ávalos

«No penséis que vine a meter paz en la  
Tierra. No vine a meter paz sino espada.  
Vine a separar al hombre de su padre y a la  
hija de su madre y a la nuera de su suegra y  
enemigos del hombre los de su casa».

Mateo. X- 34-36

«... Y estás como al principio de la Tierra,  
un poco arcilla tibia,  
sensual y adormecido,  
sin el divino soplo que te inflame  
la muralla del pecho,  
Adán en sombra,  
ausente del prodigio,  
mientras Eva sin ti,  
por ti sigue inventando  
alrededor de ti su Paraíso...»

Margarita Paz Paredes

## PERSONAJES

Deshabitada: 25 años

Mujer rezandera

Penitente: 27 años

Padre del penitente: 68 años

Cálido: 25 años

Voces del pueblo

Hombre maduro

*Época indeterminada. Un pueblo de labradores. La tierra. El hombre.*

*Primer acto: Al empezar: las seis de la mañana de un Viernes Santo. Transcurrirá el día hasta ser las siete de la noche al cerrarse el telón.*

*Segundo acto: Unos días después, mediodía.*

## ESCENARIO ÚNICO

*Colgante, sobre el escenario, una enorme lámpara. La lámpara estará construida con piezas de metal (cobre, bronce, aluminio, etc.) en forma de una planta enredadera, cuyas hojas simulan ostensiblemente en el contorno la forma de un órgano sexual femenino, mientras los frutos semejan pares de testículos. Al fondo, pared con arco, a la derecha, que lleva a la cocina; a la izquierda, entarimado con escalones a puerta que conduce a la alcoba; una mecedora junto a la puerta de la cocina y recargado contra el entarimado que conduce a la alcoba, un catre cubierto con una frazada. Frente al público los altos marcos de dos puertas que llevan a la calle; la de la izquierda es de tipo arábigo (eminentemente de forma fálica, por la que entran únicamente el Penitente y el Cálido) y la de la derecha de tipo ojival, arquitectura gótica (para representar el órgano sexual femenino y por la que entrará y saldrá únicamente la Deshabitada). Al final del poema el Penitente sí saldrá por la puerta de la mujer y ella por la del hombre.*

*La Deshabitada es una muchacha alta, muy blanca, delgada, casi seca, hermosa; pelo largo, negrísimo, viste falda larga*

que deberá cambiar con mucha frecuencia en el transcurso de la obra, para lo cual es conveniente las lleve ya sobrepuestas; la blusa de cuello ojal y manga tres cuartos e invariablemente blanca, de manta, como el resto de su atuendo. Ciñe a su cadera una gruesa cadena de la que cae sobre su sexo un gran candado dorado. El Penitente viste todo de blanco y así en toda la obra, a excepción de la escena donde deberá estar vestido como Jesús el Nazareno. Es alto, muy hermoso, de melena rubia algo crecida y pequeña barba. Le ciñe la cadera una cadena de la que pende sobre su sexo una gran llave enmohecida. El Cálido es musculoso, moreno, de facciones recias y viriles, muy bello, todo él transpira sexualidad y fuerza, va con el torso desnudo, lleva unos ajustados pantalones color marrón; sobre su pecho cae una gruesa cadena de la que pende un hermoso puñal de plata. Todos los personajes deberán estar descalzos.

El Hombre y la Mujer rezaderos son de facciones comunes. Visten casi como pordioseros. El padre del Penitente viste como los campesinos de alguna parte del mundo.

## PRIMER ACTO

La luz mortecina de dos quinqués alumbra la alcoba y la cocina de la casa, apareciendo el escenario en penumbra; se escucha el trajinar de alguien en la cocina, el ruido de trastos y cubiertos, de manos en el agua; en la alcoba se recorta contra la pared, visible al público, la silueta de un hombre que se viste; los haces de luz que salen de las piezas alumbran apenas el escenario a oscuras.

## ESCENA I

VOZ DE LA DESHABITADA: (Desde la cocina) El verano ha llegado como un ronco temblor, Andrés; viene abrién-

dose paso; y a su redoble el semental endurece su gozo y lo levanta a las miradas de todos, despertando morbosos sobresaltos; muge la vaca en celo y el toro cava con su miembro rojo y brillante la carne complaciente. El garañón da de coces contra las trancas de su encierro, mientras las yeguas relinchan una ternura de húmedos hocicos más allá de las espigas; y tú... cuerpo allí boca abajo, cuerpo de mí y sin mí no hueles esto, no lo sientes llegando, llamando con su corno de almíbar a todos los caminos; no adivinas la gigantesca tea prendiendo fuego a los lechos donde casadas y solteras se oprimen contra sus deseos. No. Duermes y yo no; hace ya mucho tiempo que no duermo; dolida de cómo al roce de mi mano sobre tu piel, mi misma mano se marchita, mi misma desesperanza se acrecienta... (*Aparece la Deshabitada secándose las manos en su delantal y recargándose sobre el marco de la puerta de la cocina*) ¿Cómo será tu cuerpo, Andrés, qué habrá bajo tus ropas, cómo los tallos de tus muslos, cómo la opresión de tu pecho macizo y cómo tu sudor, cómo tus palabras, esas palabras que seguramente pronuncian otros hombres en el momento de la desembocadura? Deshabitada soy. Amarga, doblemente sola. (*Viene hasta la mecedora*) Pero tu padre, tu padre... Ah, si tu padre muriera... entonces sí vendrías a mi prisión perpetua, porque él, él lo sabe bien, bien que lo sabe; él y su vida a cambio de esta hartura. Andrés, el verano crepita entre mis muslos y tú... tú de hielo y de ceniza... (*Pausa*) Sólo que muriera tu padre, entonces amanecería en cruz sobre tu cuerpo, llena de tus gemidos y tu lluvia. Pero sucede que estoy sola, sigo sola al paso del verano con sus enormes lenguas de fósforo, sola y sin un indicio de mudanza... Deshabitada me dicen. Seca. Almendra vana... (*Queda de espaldas al público*)

VOZ DEL PENITENTE: (*Desde la alcoba*) Tal vez un lunes, tal vez esté lloviendo, tal vez haya asnos, niños y borrachos en las esquinas de la tarde; tal vez un sábado iluminado de naranjas, tal vez haya caballos relinchando en la montaña, porque por algún sitio ha de llegar la advertencia, por algún lugar de limpias gargantas y palomas, por algún sitio de avispas, de labradores y molinos. Tal vez mañana; tal vez esté ahora mismo bajo los almendros o enterrada aquí bajo mi sombra la señal, Eunice; porque... ay, lecho como ataúd, ay, universo y saliva, ay, este silencio copioso, este ser tú entre ti misma, este ser yo entre mí mismo, Eunice.

Te desesperas, sé, y hasta comprendo que pudieras estar amarga de mirarme, pero tienes que saber esperar, como yo, no dejar de quererme, que aunque no soy poseedor, yo soy el amo; ámame aun cuando adentro de tus ojos sea la estatua por siempre abandonada. Porque no vamos a morir. El día viene. El día vendrá que yo pretenda tu sueño y salga a detener tu celo en viaje, a no dejar que el amor se petrifique, a tomar posesión de tu muralla. Ha quedado el dolor, y sólo estamos tú y yo para sobrellevarlo, porque te espero, centímetro a centímetro, te espero en los poros, en el color de mi camisa, en la blasfemia, en las lágrimas y en este infierno recientemente inaugurado, en la guadaña y en el viento, en el lagar, en la piedra redonda del amolador y en la piedra redonda del viejo molinero, en mi ombligo, llanto adentro y cuando me crece como un río, el deseo por la piel, virgen como tú y como yo.

¡Ah!, tus pasos, tu lengua que espero, la hiedra de tu voz profunda. Nadie sabría decirlo. Nadie podría decirlo. Sólo yo. Pero ahora puedo decirte así sencillamente, cuánto te amo. Esta soledad en nuestra carne. Este inútil canto del amor en sombra, esto de

ser pequeños como arena, de ser la muerte entre la llama, ah, paredes doloridas, ah, Dios mío, tú como una lámpara oscilando junto al lecho desde mi corazón que aúlla como un perro, guardando toda nuestra progenie; Señor, hay bastante ceniza sobre estos duros hombros de soledad... Y no te manifiestas... todo te lo has guardado, la hoja tierna y suave de su sexo y el fruto grande y húmedo... prolongando como un cruel patrón las raciones de la penitencia. De carne y hueso y miembros soy. Pero te debo y te obedezco...

VOZ DE LA DESHABITADA: Y el amor, este amor de la tierra, en qué día, a qué hora, en cuál lugar reventará su flor oscura...

VOZ DEL PENITENTE: Yo ya no sé ser hombre de mi casa, aunque si he de esperar a que suene tu clarín amantísimo, sea pues la abstinencia hasta que tú dispongas.

VOZ DE LA DESHABITADA: ¡Misericordia!

*Suena un balazo lejano. Luego otro y un galopar de caballo que se acerca; un tercer balazo más cercano todavía, el galopar del caballo que pasa muy cerca de la casa; dos, tres balazos más; el primer galope se apaga mientras otro se acerca; la Deshabitada está pendiente de la puerta que da a la calle; el galope del segundo caballo es ahora más fuerte, suenan nuevos disparos, aparece en la puerta de la alcoba el Penitente ya vestido; el galope del segundo caballo se apaga poco a poco. En el transcurso de esta segunda escena no dejarán de escucharse los balazos nutridos de dos armas, muy cerca de la casa. La falda de la Deshabitada es en esta escena roja púrpura.*

## ESCENA II

PENITENTE: (Con firmeza, refiriéndose a los que pelean afuera)  
No descansan.

DESHABITADA: *(Se estremece, sin darle la cara)* El pueblo ya no sueña, ni siquiera de noche.

PENITENTE: Y está obligado el ojo a ver, a ver, a ver.

DESHABITADA: Y toda oreja a oír.

PENITENTE: No quieren descansar. Gozan en la matanza. Hasta que no quede uno solo de ellos. Uno solo de ninguno.

DESHABITADA: Pero las madres largas estiran sus úteros inconcebibles y la semilla se prolonga para habitar sin descanso la cuartería de la desesperanza. Y fornican y paren y se matan.

PENITENTE: Las dos familias son numerosas. *(Va bajando la escalinata. Al sentir sus pasos, la Deshabitada se acerca mucho más a la puerta que da al exterior)* ¡Ten cuidado! *(La Deshabitada se detiene. En realidad le huye)*

DESHABITADA: Tanto cadáver por un pedazo de tierra que unos no quieren ceder a los otros.

PENITENTE: Los Alfonso lo ocupan.

DESHABITADA: Es de los otros; con que los Alfonso se salieran de allí, se acabaría la discordia... *(La Deshabitada no ha dado la cara a su marido)*

PENITENTE: *(Parado a unos pasos de ella)* Son poderosos.

DESHABITADA: Tienen a todo el pueblo contra ellos.

PENITENTE: Se les teme.

DESHABITADA: Ahora han desencadenado esta guerra.

PENITENTE: Tienen armas.

DESHABITADA: ¿Qué es lo nuestro, pues, en esta bola de tierra y agua, en este globo increíble, cuál nuestro derecho? ¿Solamente muerte?... ¡Asesinos!

PENITENTE: Ahora diezman a esos inocentes.

DESHABITADA: Día a día esas manos los cogen por los hombros, los voltean, los ponen frente a frente a sus horribles caras, los hunden en el lodo y avanzan orgullosos pueblo adentro con sus mitos feroces y nadie protesta, nadie se rebela, nadie se levanta contra

ellos... (*La Deshabitada se vuelve y da la cara al Penitente*) Los jóvenes tiemblan en las verijas de sus madres y los adultos se viven en la iglesia vistiendo faldones de marica.

PENITENTE: (*Llega hasta ella, con amargura*) Mujer, tú estás dolida de mí.

DESHABITADA: (*Se separa de él, va hasta la mecedora*) Te acepté por esposo. Tú me hiciste aceptar aquello, lo demás. (*Está de espaldas a él*)

PENITENTE: (*Siguiéndola con la vista*) Lo aceptamos los dos.

DESHABITADA: ¡Yo, a la fuerza!

PENITENTE: Pero mi padre se salvó.

DESHABITADA: Yo canto la destrucción. ¡Tu padre que se muera! Por él me condenaste a escuchar desde el fondo de un pozo, cómo el reino, nuestro reino, se vino debajo de pronto.

PENITENTE: Mi padre nos ha dado todo, ganado, tierras, agua.

DESHABITADA: (*Enfrentándosele*) Menesteres de los que no te ocupas como tus hermanos, por estar incensando los altares, haciendo sonar las campanas, llevando y trayendo los cepos de la limosna, siendo el comedero de todos los varones del pueblo, digo los varones, los que tienen mujer y saben para qué la tienen.

PENITENTE: (*Resintiendo la imprecación*) Nada te falta.

DESHABITADA: Me hace falta tu cuerpo, tu jadeo, la semilla y la sangre. Yo sí tengo memoria. Pero quiero decir quién soy para que tú me respondas quién eres. ¿Me recuerdas?

PENITENTE: El hombre está aquí para cumplir una sentencia.

DESHABITADA: El hombre estuvo aquí para imponerse una sentencia.

PENITENTE: Dios no da nada de balde. Prometimos a la Virgen, a cambio de salvar la vida de mi padre, mantenernos castos hasta que Dios dispusiera lo contrario,



hasta que una señal de su gran poder llegase con el viento para hacernos fecundar.

DESHABITADA: La promesa está aún en pie.

PENITENTE: Dios hablará. Él es la vida, y la vida: la Cruz.

DESHABITADA: A mí qué me importa Dios. Que se vaya a donde merece estar.

PENITENTE: (*Estrujándola*) Blasfema.

DESHABITADA: Me perdió tu fanatismo. ¿O sabes acaso tú por dónde, cómo habremos de salir de esta guerra nuestra, qué piqueta horadará el murallón de piedra para que termine, si esa señal no llega? Blasfemo, pero el llanto hecho blasfemia también vale... Yo me casé contigo para tener hijos, para criarlos, para verlos crecer, para hacer descendencia sobre la tierra. Es esta voz loca, ronca, ciega, acorralada, la que te habla por mi humana salmuera. Déjame que me vaya.

PENITENTE: No. Hay que cumplir.

DESHABITADA: Lárgate a cumplir.

PENITENTE: Eres mi mujer.

DESHABITADA: Tu estúpida sí. Óyeme gritar... lloro y grito... para que salgan desorbitados pájaros desde mi lengua a picotearte el alma... ¿Aún no me recuerdas? Soy una gran casa vacía, la cámara oscura del loco y el sonámbulo, una puerta sin abrir en la carne dura del mundo, una bolsa de lágrimas que no cuentan, una deuda antigua, el dinero del pacto, el precio de una esclava.

PENITENTE: Me pareces como cualquiera de esos que se matan afuera.

DESHABITADA: Al menos esos sí los tienen bien puestos.

PENITENTE: También sé tomar un arma.

DESHABITADA: (*Se le abraza frenética*) Tóname a mí, tu arma; dispárame tu amor, revuéntame los hijos en el vientre como amapolas de lumbre.

PENITENTE: (*Cercado por los brazos de la Deshabitada, angustiado, flaqueando*) ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!

DESHABITADA: Un año aquí cercada de tu aliento.

PENITENTE: ¡Dios mío!

DESHABITADA: Un año mirándote la espalda, blanca como las sábanas, mientras el techo y las brasas se me venían encima.

PENITENTE: (*Pidiendo templanza*) ¡Dios mío!

DESHABITADA: (*Separándose violentamente de él mientras empiezan a cantar los gallos*) Pero anda, cantan los gallos y hay que sonarle las campanas a ese Gran Sordo para que se le llene la casa de idólatras; por la tarde vestirás las ropas de Nazareno y te echarás a caminar por las calles con la cruz a cuestas en esa representación estrafalaria en la que ahora te toca representar el papel central. Te fotografiarán los turistas babeando su curiosidad trashumante; las beatas se darán de topes contra su ignorancia: ¡Santo, Santo, Santol (*Ríe a carcajadas*)

PENITENTE: No te burles. Cumpló simplemente y debo hacerlo con unción; soy el fruto más alto de un árbol de devotos, respeto porque creo todo lo que ha sido mi heredad espiritual por generaciones y generaciones.

DESHABITADA: Estoy desesperada; estoy empezando a odiarte con toda la furia de mi cuerpo deshabitado.

PENITENTE: ¡No me quieres!

DESHABITADA: Mas aún te deseo. Hace un año ya y el milagro, la señal, no han ocurrido.

PENITENTE: Ocurrirán.

DESHABITADA: Sí, cuando seamos tú y yo dos puñados de tierra.

PENITENTE: Es que debes obedecer.

DESHABITADA: ¡Obedezco, pero tú no entiendes!

PENITENTE: Entiendo. ¿Crees que no me duele también este capullo, este grande esqueleto, esta columna ciega?

¿Crees que no tengo que cerrar los ojos, los oídos, el tacto, cuando cerca de ti, de tu calor, de tu cuerpo caliente, siento endurecerse en mí la madrugada, mojarse el sueño, cabeceárseme el insomnio? Palpo mi destierro y maldigo esto que me lastima como a ti y quisiera de un salto hacerte viajar sobre mí y viajar yo sobre tu cuerpo. Entiendo, pero hay que cumplir.

DESHABITADA: También yo; no sólo eso, sino también para lo que fui hecha mujer sobre la tierra.

PENITENTE: Aprende a esperar.

DESHABITADA: Me seco de esperar. Estoy seca, seca como tú; no pienso nada más en mis apetitos, sino pienso en caer podrida de la rama sin haber dado belleza. Y tú que me habías prometido tu fuerza...

PENITENTE: ¡Ni una palabra más, entiéndelo! *(Sale violentamente por la puerta que le corresponde rumbo a la calle. La Deshabitada se dobla temblando en un llanto histérico)*

DESHABITADA: ¡Oh, Dios, Gran Sordo! *(Dejan de escucharse los balazos. Desde lejos se escuchan los gritos de una mujer que se acerca)* Y a mí qué me importa su padre. Es un viejo. Por un viejo no se cuelga para siempre un candado a la patria de una mujer que ha hecho destino de paridora y de hembra. Porque soy hembra, Señor. Soy una mujer y tú no sabes nada, nada de esto, nada de nada; porque estás sentado siempre, rascándote la pureza, manoseando tristemente a tus ángeles.

GRITOS DE LA MUJER: *(Acercándose, afuera)* ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Era mi hijo! ¡Venganza! Era todo lo que me quedaba sobre la tierra. ¡Todo! ¡Venganza! ¡Hijo! ¡Asesinos!

DESHABITADA: *(Gritando desde adentro a la mujer)* Te queda tu vientre, mujer, te queda tu vientre inagotable; a

fornicar, a parir, a fornicar, a parir, para eso estás sobre la vida.

SOLLOZOS DE MUJER: ¡Dios! ¡Dios mío, dónde!

DESHABITADA: ¡Sordo! ¡Ciego! ¡Tirano! ¡Carcelero! ¡Dictador!

GRITOS DE LA MUJER: ¡Hijo! ¡Dios mío! ¡Muerto! ¡Muerto!

DESHABITADA: No. Dios. ¡Dios es el muerto; apestando! (*Suenan campanadas, mugen las vacas, relinchan los potros*)

Y las madres largas estiran sin descanso sus úteros inconcebibles y la semilla seguirá prolongándose para habitar infatigable la cuartería de la desesperanza...

*Suben de tono las campanas. El escenario iluminado de azul completamente. En un haz de luz roja aparece la Deshabitada vistiendo falda amarilla. El Penitente viste de blanco. Camina hacia ella llevando en la mano derecha un ramillete de flores anaranjadas que tiende a la mujer.*

### ESCENA III

DESHABITADA: ¿Ahora me recuerdas, Andrés? (*Cesan los campanazos. Se escucha música lejana de acordeones*)  
Ahora sí me recuerdas...

PENITENTE: Son para ti... (*Le da el ramillete*)

DESHABITADA: Te amo.

PENITENTE: Apenas te conozco.

DESHABITADA: Pero te amo.

PENITENTE: Soy hijo de labradores. Mi padre también lo es. También mi abuelo. Y de abuelo en abuelo nos han caído los atributos de hombres de honradez y de buena salud. Tenemos dulce la tierra y grandes los rebaños. Quiero casarme contigo.

DESHABITADA: Apenas te conozco.

PENITENTE: Pero te amo.

DESHABITADA: Soy hija de pastores. Mi madre ha tenido hijos como pueden tenerse ovejas. Y yo quiero prolongar su fecundidad y ser como ella.

PENITENTE: Tendrás hijos conmigo.

DESHABITADA: Muchos. Lo vio mi madre a mi nacimiento en los rabos de las conejas. Estos son mis ojos, amor, tómalos.

PENITENTE: Te seguiré, almendro en flor, abeja de oro.

DESHABITADA: Y esta es mi boca.

PENITENTE: El pan de cada día. La cruz y la flor... *(Se besan)*

DESHABITADA: Mi vientre desde ahora moja sus paredes intactas para dulcificar su estanque.

PENITENTE: Mi salado almidón busca desde ahora el principio del tallo para lograr la mazorca dentro de ti, mujer.

DESHABITADA: Los hijos han de ser hermosos como tú, dispuestos a las faenas de la tierra, hombre.

PENITENTE: Y a las faenas del amor. Te prometo que han de crecer múltiples y reproducirán como nosotros, besos como semillas.

DESHABITADA: Alguno ha de llamarse Andrés.

PENITENTE: Alguna Eunice.

*Sube de tono la música de los acordeones. Empiezan a bailar un vals lento primero y poco a poco vertiginoso.*

VOCES: ¡Los novios, los novios! ¡Vivan los novios! ¡Arriba los novios! *(La Deshabitada y el Penitente bailando desaparecen por la puerta de la cocina)*

*Oscuro.*

*La Deshabitada aparece nuevamente con su falda encarnada. Se escuchan entre campanillazos, redobles acompasados y sordos tambores, las voces quejumbrosas orando y confesándose públicamente de los penitentes que se encaminan a la iglesia y el llanto de las plañideras. La Deshabitada se arrodilla. Al fondo de este ruido deberá escucharse claro, pero lejano, el coro de cinco mujeres cantando durante el recitado del Hombre y la*

*Rezandera que han aparecido uno a cada extremo de la boca del escenario bajo un haz de luz morada. El recitado y el canto de las mujeres deberán estar unidos al redoble de los tambores y así en las escenas que lo indiquen. La letra para el coro de las mujeres y la música respectiva están al final del primer acto.*

#### ESCENA IV

HOMBRE: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!, por el reino de la razón.

MUJER: La palabra.

HOMBRE: Por la potestad de los libres,

MUJER: La forma.

HOMBRE: Por la angustia de la voz,

MUJER: La esencia.

HOMBRE: Y lejos de la soledad de la muerte,

MUJER: Genesíaco.

HOMBRE: En el nombre de la dura belleza de las cosas,

MUJER: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

HOMBRE: En el nombre del silencio transparente del signo,

MUJER: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

HOMBRE: En el nombre de la Hora Santa de la Luz,

MUJER: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

HOMBRE: En el nombre del Padre, en el nombre del Hijo,  
en el nombre del Espíritu Santo.

MUJER: Amén.

#### ESCENA V

*Entra a la casa de un salto, animal y hermoso, el Cálido, la mujer se sorprende. Grita casi con terror.*

DESHABITADA: ¡Sal de aquí!

CÁLIDO: ¡Mujer!

DESHABITADA: (*Siempre enérgica*) Deja de molestarme. Hace ya dos años que dejé de verte. Que prometiste no asediarme. Lo nuestro fue mucho antes de que adquiriera compromiso.

CÁLIDO: Mujer... rompe tu angustia acostumbrada de ser como un adorno de tu casa frente a la media luna del deseo... (*El asedio del Cálido será siempre constante, sexual, como el gallo alrededor de su hembra; la Deshabitada ha de temblar en el asedio*)

DESHABITADA: Ahora soy mujer casada.

CÁLIDO: Pero yo quiero darte espigas rebosadas y cielos de alfileres que no entiendes.

DESHABITADA: ¡Respétame!

CÁLIDO: Pero yo quiero darte una cadencia que lleve mis raíces a tu selva entendida por la luna.

DESHABITADA: ¡Vete! Si en otro tiempo fuimos novios, eso no te da derecho a rondar mi casa.

CÁLIDO: Pero yo he de buscar tus rastros y tus huecos, con mi quebrado acento de escalera para alcanzar tus lágrimas mordidas.

DESHABITADA: Está mi esposo, está mi honra, está después todo el pueblo.

CÁLIDO: Pero yo he de buscar tus playas ignoradas con la linterna amarga que no sabes y mi sien desbordada.

DESHABITADA: Te pudieron haber visto entrar.

CÁLIDO. Nadie. Estamos solos.

DESHABITADA: Él, desde el campanario.

CÁLIDO: No. Visten ahora a la soldadesca para la representación.

DESHABITADA: Vete; vueltas y vueltas das junto a mi casa, vienes y vas y armas un cerco, me sítas y no entiendes que soy mujer comprometida.

CÁLIDO: (*Casi besándole la oreja*) Pero yo quiero darte furias aprendidas en el extraño rito de la bestia para que no me olvides ni olvidarte.

DESHABITADA: Hay armas en la casa, no tendría compasión.  
CÁLIDO: Te dejaré domar mi mediodía para dejarte un cauce luminoso.

DESHABITADA: Lo sabrá mi marido.

CÁLIDO: No te sirve. Yo sí. Te besaré con mis heridas frescas para tenerte herida, amor, como a una fruta.

DESHABITADA: ¿Quién dice que no me sirve?

CÁLIDO: Todos lo sabemos. Ha prometido y tú te quemas. Te dejaré encontrar mis gruesas ramas para que pierdas en ellas la sospecha.

DESHABITADA: Pero está Dios y ante Él es mi marido aunque ahora paguemos ese voto.

CÁLIDO: Yo puedo lograr tu felicidad. Entonces se olvidaría toda manda.

DESHABITADA: No, una mano tuya y sería llamada a la deshonra. Una caricia tuya y me pondría de luto para siempre.

CÁLIDO: No sería así. Tú estás llamada a dar fruto, a dar de ti toda la tierra colmada. Mi mano cultivaría tu corazón con paciencia de pobre; entonces te echaría sobre los surcos a que dieras aroma. Tú necesitas de mi brazo, de mi cintura, de mi rotación, de mi verano. Mira qué tengo aquí, cerca de mi mejilla, el niño que te espera, deja que te lo dé, Deshabitada.

DESHABITADA: El niño....

CÁLIDO: Sin él no serás la noche y el día y la muerte y la madrugada como todas; vara seca serás, clavada junto a los pájaros, junto a las hojas tiernas, y no habrá primavera posible para tu esqueleto. Yo soy fuerte; te llenaría de nidos, de golondrinas, de espejitos azules; tú estás llamada a la música, tu madre es una enorme guitarra, tus hermanas silban lo que tú no conoces.

DESHABITADA: Seca me dicen.

CÁLIDO: Maldecida.

DESHABITADA: Casa de avaro.

CÁLIDO: Deshabitada.



DESHABITADA: Eso.

CÁLIDO: Eras cálida, la más cálida de todas, con vocación de salamandra; ahora podemos abrir toda ventana, desencajar toda articulación, forcejear en todas las almohadas.

DESHABITADA: No te quise nunca. Te deseé, sí.

CÁLIDO: Sólo que mientras yo viajaba, tú te casaste con él.

DESHABITADA: Estaba en edad de merecer. Tú me prometiste regreso. No lo hubo. Ahora él es mi señor.

CÁLIDO: Pero te quemas.

DESHABITADA: Me quemo. Sí. ¡Yo!

CÁLIDO: Te cubriré con un puñado de alas para que seas frágil como el llanto y que te enteres que vengo de la luz que ahuyenta el gallo y apagar en tu escarcha mi fogata.

DESHABITADA: Ahora tengo «ley» que cumplir.

CÁLIDO: Pisotéala. Yo puedo hacerte alegre, fecunda, florecida. Tú no eres para estarte consumiendo, eres para el mundo, para dar hijos, para proseguir el destino de tu madre. Todas ustedes han salido buenas paridoras desde muchachas, y tú las has desengañado a todas.

DESHABITADA: ¡Vete!

CÁLIDO: Vámonos conmigo y ha de anochecer mi pecho sobre el tuyo y prenderá en el silencio tu grito retenido, su hoguera de corales. Deja esgrimir el puñal para tenerte. Deja ser huracán inundando el geranio y el humus de tu carne y apagar en un beso de sangre la sed de mis caballos.

DESHABITADA: Por favor, márchate; tiemblo como la lluvia.  
(*El Cálido la enlaza por la cintura y jadea sobre su boca*)

CÁLIDO: Mujer, déjame que yo haga tu destino y tu delicia.

DESHABITADA: No. No. Ten piedad de mí, vete, respétame, respeta mi casa y mi matrimonio. Soy débil y padezco.

CÁLIDO: También yo padezco, desde que me dejaste por ese que no da fruto.

DESHABITADA: Amo a quien ahora es mi marido. Ya basta.  
*(Le da una feroz mordida en el cuello. El Cálido la suelta dando un grito de dolor. La Deshabitada toma un hacha que encontrará sobre el catre)* Te digo que te vayas, que no vuelvas nunca.

CÁLIDO: Volveré por ti y te tomaré a la fuerza. Esta mordida no es sino una invitación al desenfreno. Él no se opondría. Porque hay algo. Pero te digo que hay algo esperándote aquí bajo el anhelo.

DESHABITADA: Márchate.

CÁLIDO: Siempre estás sola.

DESHABITADA: Tengo armas. También tengo mis fuerzas.  
*(Alza el hacha. Lo amedrenta. Viene hasta él)* Y no vacilaría en degollarte con el hacha. *(El Cálido llega hasta la puerta de la calle)* Márchate ya. No tarda en venir a vestir sus ropas de Jesucristo. No quiero problemas.

CÁLIDO: Cuando logre tenerte desnuda, serás entre mi amor como la yerba. *(La Deshabitada viene hasta él, el Cálido sale a la calle)*

DESHABITADA: Nunca. *(Aparece el Penitente. El Cálido se topa cara a cara con él)*

## ESCENA VI

DESHABITADA: *(A Penitente)* Déjalo.

PENITENTE: *(A Cálido)* ¿Qué buscas en mi casa?

CÁLIDO: Buscaba lo que no podría encontrar jamás; un hombre que lo fuera.

PENITENTE: *(Mientras le da de bofetadas)* Aquí me tienes a mí, que lo soy.

CÁLIDO: *(Sin inmutarse ante las bofetadas, en tono burlón)* Te cuelga cosa muerta.

PENITENTE: *(Tomándolo del cuello, cosa de la que el Cálido logra fácilmente zafarse con ambos brazos)* Voy a romperte la madre...

CÁLIDO: Menos disputas. Hoy estarás sobre la colina, crucificado por el pueblo y has de llegar sin agravios.

PENITENTE: ¡Ya nos encontraremos!

CÁLIDO: Esa mujer era para mí. Pensar que no ha sido tuya...

PENITENTE: ¡No la molestes, te digo!

CÁLIDO: Si no lo hago yo, lo hará cualquiera del pueblo, es joven, hermosa y se quema como potrilla en brama... *(El Penitente aprieta los puños y entra a la casa. El Cálido queda un momento parado fuera, luego hace mutis. La Deshabitada ha escondido detrás de ella el hacha. El Penitente la aprieta de los hombros)*

## ESCENA VII

PENITENTE: Yo sé qué quiere.

DESHABITADA: ¡Nada! No quiere nada. No busca nada. *(Presionada por las manos del Penitente sobre sus hombros, la Deshabitada deja caer el hacha. El Penitente la levanta. Mira luego a la Deshabitada)*

PENITENTE: ¿De qué te defendías?

DESHABITADA: De mí misma. *(El Penitente a grandes pasos sube a su alcoba. La Deshabitada queda sola a la mitad del escenario, temblando)*

## ESCENA VIII

*En sus haces de luz correspondientes, la Mujer rezandera y el Hombre. El escenario queda en penumbras. Solamente en la alcoba del Penitente sobre la pared se recorta su silueta arre-*

*glándose las ropas de Jesús. Continúan los ruidos de tambores, rezos y cánticos.*

MUJER: Imperturbable, el Señor siempre calla...

HOMBRE: Impasible, cuando le vendo...

MUJER: Calla.

HOMBRE: Cuando le agravio o cuando le hiero...

MUJER: Calla.

HOMBRE: Y nunca está lejos.

MUJER: Porque cuando hostigado...

HOMBRE: Le imploro.

MUJER: Cuando abrumado...

HOMBRE: Le pido perdón.

MUJER: Cuando abatido...

HOMBRE: Me rindo.

MUJER: Serenísimo...

HOMBRE: Calla.

MUJER: El Señor siempre calla...

HOMBRE: Porque es elocuente...

MUJER: Más que todo el vocerío de la inútil, humana lengua.

HOMBRE: Y su gran silencio es su amargo reproche.

MUJER: Y su gran silencio es su dulce paz. *(En el escenario todo va iluminándose de magenta. La falda de la Deshabitada es azul, está inclinada de rodillas sobre el suelo como si mirara algo en algún prado imaginario. Junto a ella el Cálido en idéntica postura)*

HOMBRE: Porque ese gran silencio suyo/ es su enseñanza y toda su salud.

MUJER: Y es su látigo y es su virtud.

HOMBRE: Porque es elocuente; más que todo el vocerío de la inútil, humana lengua.

*Se apagan los spots sobre los rezanderos.*

## ESCENA IX

DESHABITADA: (*Feliz*) ¡Qué hermoso gusanillo!

CÁLIDO: Se les nombra *medidores* y tal parece que eso hicieran sobre la tierra, medir a igual distancia, cabeza, patas; cabeza y patas, el tamaño de su insignificancia.

DESHABITADA: Sí, mira hacia lo alto mientras sus patas únicas levantan un cuerpo liso y redondo como el de las culebras; luego prensan con la cabeza el asidero terrestre mientras sus patas van por el aire hasta juntarse nuevamente cabeza y patas en un arco increíble.

CÁLIDO: Y a la mitad del campo, solo.

DESHABITADA: En medio de nosotros.

CÁLIDO: Sin otra voz que el eterno silencio... (*La Deshabitada y el Cálido quedan mirándose fijamente*)

DESHABITADA: Compartamos con él el campo, el pan y el vino, que al fin y al cabo es nuestro hermano; que si los animales no piensan, presienten el amor, erguidos, con los ojillos sedientos de infinito.

CÁLIDO: Eunice, ¿cuánto has vivido?

DESHABITADA: Nada.

CÁLIDO: ¿Quién eres?

DESHABITADA: Lo que tú presentes y no comprendes.

CÁLIDO: Sabes cuánto me gustas.

DESHABITADA: Mañana quizá tu copa. En este adiós, ahora, sólo el viento, el llano, los rebaños.

CÁLIDO: Pero ahora...

DESHABITADA: Nada. Tan sólo mientras sea presente tu breve movimiento. Y el ojo, alerta.

CÁLIDO: Pretendo que me conozcas, quiero que sepas lo bastante o necesario de un temblor diferente. Me hace falta una cueva, una guarida, a la que entrar sediento a devorar tu imagen... Aquí me tienes, Eunice, si tú quisieras...

DESHABITADA: No sé cómo has llegado. Alguna otra pudo reciberte.

CÁLIDO: Y has sido tú quien me ha visto primero.

DESHABITADA: Llegaste y eso es suficiente. Me gustas. De tan turbio y tan rojo, de tanta voz a la intemperie, de tanta mano ardiente. ¿Regresarás, verdad?

CÁLIDO: Más pronto que las primeras lluvias. Hasta tu corazón será pasto del fuego a mi regreso. Me llevo tu mano de esperar, de acompañar para volver. Nada más que este viaje al mar, de un punto a otro, de tu voz a la mía.

DESHABITADA: Y si no fuera cierto... Tanta vida esperando su oportunidad de ser vivida y llegado el momento, otro día que llega y todo es diferente; pediremos excusas, diremos: otro día; tanta pasión consumiéndose sin remedio y llegado el momento daremos la espalda, diremos: todo viento, su ayer...

CÁLIDO: Regresaré, te digo... *(Los dos se han puesto de pie tomados de la mano)* Ahora, dame un beso. Siquiera un beso.

DESHABITADA: Te vas sin él... Cuando regreses y te pregunte por mi sonrisa, entonces...

CÁLIDO: *(La suelta de las manos, la mira)* Mientras tanto, no has de dejar que algo ocurra. Nada. ¿Me esperarás?

DESHABITADA: Te esperaré hasta que la palabra corazón ya no pueda decirse.

CÁLIDO: Adiós. Mis rebaños verás multiplicados y el amor y mi oro. Pero seriamente te preguntaré por tu boca. Adiós. *(Mutis hacia lo oscuro. La Deshabitada se inclina para mirar al gusanillo)*

DESHABITADA: Y a la mitad del campo, muerto, aplastado por sus plantas enormes... *(Se va caminando hacia la cocina con el gusanillo muerto en el cuenco de sus manos. Mutis. Oscuro. Se ilumina el escenario. Aparece Andrés vestido como Jesús)*

## ESCENA X

PENITENTE: Mujer... (*Aparece la Deshabitada con su falda encarnada, lo mira*)

DESHABITADA: ¿Quién eres?

PENITENTE: ¿Cómo eres?

DESHABITADA: ¿Dónde te encuentras?

PENITENTE: ¿Somos otros en lugar de los que éramos antes?

DESHABITADA: Otra vez en este corazón que no se dice.

Oscuro.

*Se iluminan los spots sobre los rezanderos. Voces. Murmullo de multitudes y las mujeres cantando nuevas estrofas hasta el final de la obra.*

## ESCENA XI

UNA VOZ: ¿Qué haré entonces con Jesús, el que se dice Cristo?

VOCES: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

VOZ: Yo soy inocente de la sangre de este justo. Vosotros lo veréis.

VOCES: La sangre de él sobre nosotros y sobre nuestros hijos. (*Redoble de tambores*)

VOCES: (*Entre carcajadas*) ¡Salve, Rey de los judíos! ¡Salve, Rey de los judíos!

VOZ: Os lo traigo afuera para que sepáis que yo no encuentro en él ningún delito.

VOCES: ¡Muera! ¡Muera! ¡Crucifícalo! (*Redoble de tambores*)

VOZ DE JESÚS: Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?

MUJER: Por las agonías del huerto.

HOMBRE: Bendito y alabado.

MUJER: Por las salivas y blasfemias.

HOMBRE: Bendito y alabado.

MUJER: Por los azotes y dolores.

HOMBRE: Bendito y alabado.

MUJER: Por la hiel y el vinagre.

HOMBRE: Bendito y alabado.

*Se ilumina el escenario violentamente de rojo. Hace un viento enloquecedor. La Deshabitada viste de blanco, está arrodillada a la mitad del foro. Junto con el ramo, el velo lo sostiene la mujer entre sus manos. Se escuchan tres balazos, griterío de mujeres, tumultos, voceríos, relinchos de caballos.*

## ESCENA XII

VOZ: ¡Es al hermano mayor! Es al hermano grande de los Alfonso al que mataron.

OTRA VOZ: ¡Lo ha matado la madre del que enterraron ahora! ¡La madre de los otros! ¡Arreciará la matanza!

VOZ DE LA MADRE: Vengado estás, vengado quedas, vengado, hijo, hijo de mi victoria y de mi duelo.

MUJER: Cruz, árbol el más noble, señalado/ entre cuanto la selva ha producido/ en hoja, flor y fruto sazonado.

HOMBRE: Y en su bello matiz y colorido,/ dulces clavos sostiene, dulce leño;/ el dulce peso de mi dulce dueño.

MUJER: Ay, ay, pequé, tened misericordia de mí.

VOCES: Pecamos y nos pesa. Tened misericordia de nosotros... *(Se apagan los spots de los rezanderos. Arrecia el viento sobre el foro iluminado de rojo. Dentro de la escena aparece, vestido de blanco, el Penitente)*

## ESCENA XIII

PENITENTE: ¡Se incendian los trigales! ¡Con la sequía arden los pastizales!

VOZ DE HOMBRE: Sólo ha quedado cercado por el fuego el padre de los García. Es imposible que se salve.



PENITENTE: El viento arrastra las llamas más allá de las colinas.

DESHABITADA: Tú padre será ahora una tea.

PENITENTE: Sálvalo, Virgen de la Candelaria. Sálvalo. Es mi padre. Ha quedado cercado por el fuego, dicen. ¡Sálvalo! ¡Sálvalo!

DESHABITADA: ¡Promete algo, Andrés, prométele algo a nuestra Señora a cambio de la vida de tu padre!

PENITENTE: *(Viene hasta la Deshabitada. Se escuchan voces alarmadas del pueblo. El Cálido, semioculto, escucha el diálogo entre la Deshabitada y el Penitente)* ¡Te prometemos, en nuestra noche de bodas, Virgen de la Candelaria, si le concedes a mi padre la vida, nuestro voto de castidad...!

DESHABITADA: ¡Nooo! ¡Eso no, Andrés!

PENITENTE: *(Oprimiéndola de un brazo)* Nuestro voto de castidad, hasta una señal tuya, una advertencia que nos haga entender que podemos tener ya cercanía de mujer y hombre.

DESHABITADA: ¡Andrés, no! ¡Yo, no!

PENITENTE: Jura, mujer, jura. Prométele a nuestra Señora que si mi padre se salva, permaneceremos así hasta que Dios disponga lo contrario. *(Se arrodilla junto a ella estrujándola)*

DESHABITADA: ¡No! ¡No puedo jurar! ¡Eso no!

VOCES DEL PUEBLO: Es imposible que se salve. Sólo ha quedado cercado por el fuego Gonzalo García. Se acabó Gonzalo García, sin estar en las bodas de su hijo más tierno...

PENITENTE: ¡Jura! *(Con el brazo le oprime el cuello)* Jura, te digo. *(El viento se lleva el velo y el ramo de la desposada)*

DESHABITADA: No puedo jurar... ¡Esa señal que pides no llegará nunca! Tendría tu padre que morirse para que la manda se diera por cumplida, mejor que se muera ahora...

PENITENTE: ¡Jura! (*La Deshabitada rompe a sollozar*) ¡Pero dilo! ¡Grita!

DESHABITADA: ¡Juro! Juro en mi noche de bodas a Ti, Virgen de la Candelaria... (*empieza a tronar el cielo*) permanecer sin tener cercanía de lecho con mi marido hasta que Tú dispongas que eso ocurra, si Gonzalo García se salva en el incendio de los trigales...

PENITENTE: Y Te prometo estar a Tus servicios, en Tu casa de santidad, hasta que llegue la advertencia. (*Ruidos de truenos. Relampagueos*)

VOCES: Llueve... llueve... ¡Bendición!

PENITENTE: Pero repite.

DESHABITADA: ¡Juro!

VOCES: ¡Milagro! ¡Milagro!

PENITENTE: ¡Juro!

DESHABITADA: ¡Juro!

*Oscuro. Luz sobre los rezanderos.*

#### ESCENA XIV

MUJER: Imperturbable, el Señor siempre calla...

HOMBRE: Impasible, cuando le vendo...

MUJER: Calla.

HOMBRE: Cuando le agravio o cuando le hiero...

MUJER: Calla.

HOMBRE: Y nunca está lejos.

MUJER: Porque cuando hostigado...

HOMBRE: Le imploro.

MUJER: Cuando abrumado...

HOMBRE: Le pido perdón.

MUJER: Cuando abatido...

HOMBRE: Me rindo.

MUJER: Serenísimo...

HOMBRE: Calla.

MUJER: El Señor siempre calla...

HOMBRE: Porque es elocuente...

MUJER: Más que todo el vocerío de la inútil, humana lengua.

HOMBRE: Y su gran silencio es su amargo reproche.

MUJER: Y su gran silencio es su dulce paz.

HOMBRE: Porque ese gran silencio suyo/ es su enseñanza y toda su salud.

MUJER: Y es su látigo y es su virtud.

HOMBRE: Porque es elocuente, más que todo el vocerío de la inútil, humana lengua.

### ESCENA XV

*Se ilumina el escenario normalmente. Se apagan los spots sobre los rezanderos. La Deshabitada barre. Entra el Penitente, vestido todavía de Jesús. La Deshabitada suspende su labor. Se miran.*

DESHABITADA: Estarás muy cansado.

PENITENTE: Sí, pero debo regresar a la iglesia, hay que preparar todo el ceremonial de la adoración al Divino Cuerpo.

DESHABITADA: Que lo hagan otros, quédate a descansar, aquí.

PENITENTE: Mi obligación es ir. También tú.

DESHABITADA: Prefiero quedarme.

PENITENTE: ¡Irás! ¡Porque yo quiero! ¡No voy a dejarte aquí!

DESHABITADA: No tengo humor para salir.

PENITENTE: *(Se desviste rápidamente; debajo del ropaje aparece su traje blanco)* ¡Busca un tápalo! *(La Deshabitada no se mueve)* ¡Búscalos, he dicho! *(La Deshabitada sube a la alcoba. El Penitente deja sus vestidos sobre el catre. Baja la Deshabitada, el Penitente la toma de la mano y la jala rumbo a la puerta que da a la calle. La Deshabitada de pie sobre su puerta y el Penitente sobre la suya)*

DESHABITADA: ¿Por qué me obligas? Se reirán de mí todas esas mujeres.

PENITENTE: Te respetan.

DESHABITADA: No. Se burlan de nosotros. Lo sabes. Nuestro voto no duró en secreto tanto tiempo.

PENITENTE: Pero no quiero dejarte sola.

DESHABITADA: ¿Desconfías de mí?

PENITENTE: De los demás.

DESHABITADA: ¡Sientes celos!

PENITENTE: No se burlarán y si lo hacen, que lo hagan frente a mí; responderé a todos sus colmillos y a su lengua con una bofetada. Eres mi mujer y yo soy el hombre.

DESHABITADA: De eso es de lo que se burlan. ¡De que no lo seas! *(Sale al exterior por la puerta que le corresponde. Lo mismo hace el Penitente por la suya. Quedan fuera de la casa, mirándose)*

VOZ: Oremos, carísimos hermanos míos, a Dios Padre Omnipotente, para que purifique al mundo de todo error, disipe las enfermedades, destierre el hambre, abra las cárceles, rompa las cadenas de los cautivos, conceda a los caminantes el regreso, a los enfermos la salud y a los navegantes puerto seguro. Oremos...

VOZ: Por nuestro Señor...

VOCES: Amén.

PENITENTE. ¡Vamos! *(Hacen mutis hacia la iglesia. La Deshabitada adelante, de prisa; tras ella el Penitente; entra a escena el Cálido que mira hacia donde camina la Deshabitada)*

*Oscuro.*

*Fin del primer acto.*

## PRIMER ACTO

### CANTORAS

#### *Letra para el coro de las mujeres*

Mirando el hijo de Dios que ya venía  
de su angustiada vida el fin tremendo,  
el torrente Cedrón pasa gimiendo  
y sube al monte donde llorar solía.  
Era la noche y todo estaba en calma;  
el viento, el mar, la tierra delincuente,  
sólo Jesús, allá en el huerto, siente  
inmensa agitación dentro de su alma.

La luna, melancólica y sublime,  
estaba alumbrando con su rayo muerto  
a tres hombres dormidos en el huerto  
y al Dios del mundo que en silencio gime.

Hincadas las rodillas vacilantes,  
alza las manos lánguidas al cielo,  
alza los ojos que marchita el duelo,  
ojos un tiempo hermosos y brillantes.

A veces, inclinada la cabeza,  
el suelo toca con la blanca frente,  
y húmedo deja con sudor caliente  
aquel lugar de llanto y de tristeza.

Tal vez en tanto Salomé la bella,  
bailaba alegre como en otros días,  
y Jesús en sus tristes agonías  
lloraba por Herodes y por ella.

Al alma presentósele muy clara  
la historia de los hombres, sus hermanos,  
y al pensar en Salem, con ambas manos  
cubrió el sonrojo de su hermosa cara.

Oh, padre, si es posible entonces, dijo,  
ese cáliz aparta de mi boca,  
ten compasión del hijo que te invoca,  
ten compasión de tu inocente hijo.

Pero haz tus voluntades sin reserva,  
hazlas, Señor, en mí como es debido,  
dijo, y del pecho le salió un gemido  
y postrado cayó sobre la yerba.

Este es el Dios cuyo terrible trueno,  
hace temblar los montes y ciudades.  
Ay, cómo gime en tristes soledades,  
ay, cómo tiembla de terrores lleno.

Viendo Dios a Jesús agonizante,  
le dolió el corazón en lo más vivo;  
estaba el Hijo bajo el triste olivo,  
pálido, desmayado y palpitante.

Entonces haber hecho a los humanos  
al Padre le pesó la vez segunda;  
allá en tiempos atrás la tierra inunda,  
mas hoy no mueve sus potentes manos.

Ángel de luz al olivar descende,  
—dijo en el cielo el Hacedor del mundo—  
infunde aliento al Hijo moribundo,  
y el ángel volador el aire hiende.

Sostiene a Dios en el quebrado suelo  
con sus brazos y ánimale en la muerte;  
y al ver así descoyuntado al fuerte  
cúbrele el rostro con su negro velo.

Mas viendo el Salvador que se adelanta  
para aprenderlo silenciosa tropa,  
por fin apura la tremenda copa,  
y del suelo, sereno, se levanta.

### Primer acto Cantoras

TEMPO LIBRE. (♩ = 60)

VIEN - DO EL HI-JO-DE DIOS QUE YA- VE-NÍ- A DE SU AN-GUS-TIA-DAVI--DA FIN TRE-MEN

DO, EL TO--RRENTECE--DRONPASA GI-MIEN DO SU--BE AL MON--TE DON-DE UO-RAR SO--LI A.

### SEGUNDO ACTO

*Maestro y cantoras entonan el Alleluia.*

ALLELUIA.

TEMPO LIBRE. (♩ = 60)

RE-GI-NA CAE-IT ET LAE-TA-RE, AL LE LU--IA, AL LE LU--

IA, AL-LE-LU--IA, AL --LE--LU-----IA, AL-LE-LU--IA, AL-LE-LU-----IA

QUIA QUEM ME-RUIS-TI POR-TA-RE, AL-LE-LU-IA OH, RE-SU-RE-XIT, SI-CUT DI-XIT, AL LE- LU-IA O-RA-PRO NO-BIS-DE-UM, AL-LE-LU-IA LOU-DET-LAE-TA-RE,VIR-GO-MA-RIA, AL-LE-LU-IA QUIA SOR RE XIT DO MI NUS VE RE, AL-LE LU-IA

## ESCENA I

*Al levantarse el telón, se escuchan procedentes de la iglesia cercana las voces del Maestro y las Cantoras. El Padre del Penitente entra a escena durante el cántico; es un hombre obeso y triste.*

CORO: Regina Caeli Laetare, alleluia,  
 alleluia,  
 alleluia,  
 alleluia,  
 alleluia.  
 Quia quem meruisti portare, alleluia.

*Sobre la tarima que conduce a la alcoba está, de pie, la Deshabitada; el Padre se ha detenido afuera de la casa; dará la intención de que escucha, en la memoria, la voz de la Deshabitada; esto motivará algunas expresiones del Padre que han de justificar la presencia de la mujer en escena. Interior de la casa en penumbra.*



DESHABITADA: Andrés era el martillo y las lámparas, el ruidoso charco de la fragua, galanteador del árbol, pétalo de la noche, toro y cornamenta, agua corriente, corteza en desazón, corto calzón de las acequias, pájaro en la rama...

DESHABITADA Y PADRE: *(Simultáneamente)* Después el caos, el cántico funeral, el patíbulo, la mendiga araña en el quicio de la puerta...

DESHABITADA: Usted ya sabe lo que digo y para qué... *(El Padre llega hasta la puerta de la casa que corresponde al Penitente. Llama repetidas veces sobre la hoja imaginaria)*

DESHABITADA: No es verdad que yo pretenda dejar que el pavo cante como lo hacen saber los rumores; la orilla quiero de la danza, la insinuación de los gorjeos o el polvo y la arcilla de mi casa.

DESHABITADA Y PADRE: *(Simultáneamente)* Pero nadie entiende la fiebre de mi boca...

DESHABITADA: Ni por qué puedo dejar de amar a Andrés, querido suegro...

PADRE: Dejar de amar a Andrés... *(El Padre llama cautelosamente a la puerta)*

DESHABITADA: Hambre de justicia por esta lengua cortada, nunca balcón de los pañuelos; hora es de desechar la máscara para acosar al impío, para romper los vidrios de la insolencia; hora de que conozcan los tiranos la tormenta; de arrojarles frente a frente la mordaza con la que han pretendido hacer callar a los sumisos.

PADRE: No. No. No me deja tu voz, tu dedo como espada, tu filo en la memoria, este bosque de espinas de tu lengua...

CORO: *Resurrexit sicut dixit, alleluia.*

*Ora pro nobis Deum, alleluia.*

DESHABITADA: Sé que lo ha dicho. Y no termina. No. La sorda lucha. Pero estas son mis palabras. Las que puedo

decir más hondas que la sangre. Y este mi cuerpo. Un olvido sin nadie, tan abierto que la nube y el pájaro lo cruzan. Y esta mi soledad. Más alta que el desprecio.

PADRE: Más alta que el desprecio.

DESHABITADA: Lo ha dicho y eso basta.

PADRE: Sí. Mi culpa. Mi culpa.

DESHABITADA: La seca infeliz ha encontrado por fin su bebedero, su bendito hijo ha dejado crecer bajo su techo una puerta insaciable, la gata en brama fornicia con extraños mientras el santo viene y va con los cepos de la limosna; la adúltera tiembla de calor a la espera del macho, sé que lo ha dicho, suegro; que mi honra por su lengua va de lengua en lengua, que no he podido cumplir una manda, que no he sabido esperar la señal convenida, que no he podido pagar por la vida de usted a quien hemos sacrificado hasta el último tributo.

PADRE: Por el pueblo lo supe. Tarde lo supe; sin embargo, ¿qué quieres que yo haga? Yo no pedí manda semejante. Pero ahora necesito saber si he de darles salud a mí o a ustedes.

DESHABITADA: ¿Qué puede usted saber de lo que es ser lo que somos desde que vivimos sin vivir, estirando los brazos inútilmente el uno hacia el otro en la soledad de la alcoba, anudándonos las manos contra nosotros mismos en la pavora de la cama, mirándonos hacia el vacío de nuestros propios ojos, bebiéndonos la sombra y maldiciendo ahora, yo, la hora en que por culpa suya fuimos nosotros los muertos?

PADRE: Por mi culpa. (*Vuelve a llamar a la puerta*)

DESHABITADA: Ahora ya sabe por qué no he podido darle hijos.

PADRE: Por mi culpa... (*Llama a la puerta*)

DESHABITADA: Mañana estará él entre ese mujerío. En la bendición de las semillas. Semillas de trigo que quisieran echar sobre mi cabeza, pero como piedras, todas esas trastornadas por el embuste y por el chisme...

PADRE: Por mi culpa. Por mi culpa.

DESHABITADA: Si al menos se nos hubiese concedido la alegría de ser otra vez inocentes. ¿Por qué no se muere de una vez, por qué no se muere?

PADRE: Basta. Basta. (*Vuelve a llamar*)

DESHABITADA: Pero vivir. Vivir este cerebro que no calla. Vivir el corazón. Su alucinante golpe náutico. Vivir y no rendirse. Y saber. Y luchar. Cumplir el barro... Y no asumir la piel en vano, como un pájaro que se aferra al gorjeo, como llama que se atreve a la sombra sin descanso... No en soledad, con la esperanza hecha muñón. Muerte. Es el único camino para que nosotros podamos hacer vida.

PADRE: Yo he visto salir al Cálido de esta casa de muerte. Tiene que volver a este sitio para verse con ella. Necesito saber. Necesito saber. Porque tampoco con mirar adentro llego a lo cierto.

DESHABITADA: De lo contrario, ni Andrés ni usted ni el pueblo podrían obligarme a esperar una señal que no llega. He de hacer mi propia vida. Pero donde nadie me muerda ni me hostigue, lúcidamente sitiada por el mundo.

PADRE: Un inmenso pavor ha caído dentro de mí. Y me anega mi sangre de repente... Me topo con su espanto, con sus voces...

DESHABITADA: Arde la venganza. Arde mi corazón lleno de sed.

PADRE: Por mi culpa. Por mi culpa. Basta ya.

DESHABITADA: Algo debe ocurrir. Derrumbarse. Y no hay otra certeza que aceptarla. Morir. Y no rendirse.

PADRE: Por la barda. Saltaré por la barda. Así podré escuchar piedra tras piedra.

DESHABITADA: Nos hemos acostumbrado a morir sin tener piedad de nosotros. Pero no lloro. En nuestra familia el llanto no es muy fácil. Siempre se dosificó con mucho cuidado. Por lo contrario, el rencor siempre está de lado de las puertas que se abren.

PADRE: (*Haciendo mutis lento hacia donde se supone están las bardas de la casa, mientras oscurece completamente dentro de la estancia. La Deshabitada desaparece*) Siempre esa voz... esa voz...

CORO: *Gaude et laetare Virgo María, alleluia.*

*Quia surrexit Dominus vere, alleluia.*

Oscuro.

## ESCENA II

VOZ DE LA DESHABITADA: Que no recuerdo... no recuerdo... no recuerdo.

VOZ DEL CÁLIDO: Si todo fuera como la palabra no recuerdo...

VOZ DE LA DESHABITADA: Recuerdo... recuerdo... recuerdo...

VOZ DEL CÁLIDO: Desde que tienes miedo...

VOZ DE LA DESHABITADA: Yo siempre tuve miedo... yo siempre tuve miedo...

VOZ DEL CÁLIDO: ¿De qué tienes miedo? Habla.

*Se va encendiendo la escena sobre la estancia. La Deshabitada está de espaldas al público, de pie, a la mitad de la pieza; de idéntica manera el Cálido, observándola.*

VOZ DE LA DESHABITADA: ¿Por qué me arrastras?

VOZ DEL CÁLIDO: Pensé, quedé pensando...

DESHABITADA: No, no fue mi corazón, no puedo...

CÁLIDO: Vamos, ¿de qué tienes miedo?

DESHABITADA: De estar recordando, de estar recordando, de estar recordando... Deja quedarme aquí, recordando...

CÁLIDO: No pierdas tiempo.

DESHABITADA: ¿Por qué no me llevas por otra calle? ¿No ves que estoy amarga?

CÁLIDO: Creo que sabes lo que te puede acontecer.

DESHABITADA: Ah, si no tuviese miedo.

CÁLIDO: (*Muy suave*) Cállate.

DESHABITADA: ¿Qué quieres de mí?

CÁLIDO: Aquello que me debes. (*Camina hasta la Deshabitada. Ella le da la cara. Luego se separa de él*)

DESHABITADA: Te pedí cautela. Sin embargo, no has podido esperar. Aceptaste que habíamos de encontrarnos en el molino, alguna tarde. No has tenido paciencia. Y otra vez el mundo tiene oportunidad de atacarnos. Todos viven con la boca al frente.

CÁLIDO: Día tras día mis ojos estuvieron abiertos por el ancho camino y ancha y dura fue la soledad porque jamás acudiste.

DESHABITADA: Y ahora estás aquí por la respuesta.

CÁLIDO. Sí.

DESHABITADA: No la tengo. Mejor te vas. Pudiera ser que no te respondiera nunca.

CÁLIDO: No te habrás arrepentido. Ya estabas convencida de que tu sitio estaba junto a mí. Lo dijiste.

DESHABITADA: Como si no lo hubiera dicho. No es tan fácil. Ha sido una guerra implacable en la que aún no triunfa mi soledad sobre la cordura. Vete. No precipites lo que de llegar, ha de ser si me decido.

CÁLIDO: Podemos huir ahora mismo. El pueblo entero abarrota la iglesia agradeciendo a Dios la espléndida cosecha. No nos vería nadie.

DESHABITADA: ¿Y Andrés?

CÁLIDO: Viene y va con el cepo de las limosnas.

DESHABITADA: *(Viene hasta la puerta que da a la calle. Llega a la puerta)* Hace días que sólo la palabra amenaza tiembla sobre mi cabeza.

*Se oscurece el escenario. Se ilumina un spot sobre la puerta de la alcoba y allí, de pie el Penitente. Otra luz sobre la Deshabitada.*

### ESCENA III

PENITENTE: No te asomes siquiera. Esa puerta: cerrada. La calle: para nada. Y tú: para nadie.

DESHABITADA: ¿De dónde ahora precauciones, vigilancia, por qué y desde cuándo?

PENITENTE: No estás para averiguarlo, que te baste la obediencia que me debes.

DESHABITADA: ¿Pero hay algo de mal en que yo me asome a la calle, que entreabra o cierre la puerta? ¿Qué es lo que no te parece?

PENITENTE: Sé para qué estás cerca de la puerta.

DESHABITADA: Todas las puertas del pueblo están por este tiempo abiertas. El calor agobia y algo del viento fresco que llega antes de que el sol empiece, recompensa un poco el sofoco que sube con el día.

PENITENTE: Ni aun para eso. No ha faltado quien haya visto al Cálido vigilando esa puerta.

DESHABITADA: Embustes.

PENITENTE: Siguiéndote de cerca cuando vas a la plaza.

DESHABITADA: Ahora sólo falta que inventen que lo han visto conversando conmigo.

PENITENTE: Sí. Lo han visto.

DESHABITADA: Mentira.

PENITENTE: Mi padre nunca miente.

DESHABITADA: Ah, tu padre... Sabes que no me quiere, que no me ha querido nunca. Haría cualquier cosa por

echarme del pueblo. No me considera digna de ti.  
Por eso intriga.

PENITENTE: Porque no sólo él murmura. Y te prevengo.

DESHABITADA: ¿Amenazas?

PENITENTE: (*Viene hasta ella*) Amenazas. No me fío tanto de las lenguas, pero de yo verlo no mediré mis escrúpulos. Conocerás mi cólera. Heroica. Rescatada. Viva por fin.

DESHABITADA: Nada de lo que andan urdiendo es la verdad.  
¿Me crees capaz de deshonorarte?

PENITENTE: Podrías irte con él.

DESHABITADA: De haber pensado huir ya lo hubiera hecho con cualquiera y desde hace tiempo. Ah, una palabra sola, abierta y brusca, ancha y caliente, suavemente monstruosa, leve y tremenda, una palabra total: «adiós». Pero no puedo.

PENITENTE: ¿Lo harías?

DESHABITADA: Sí.

PENITENTE: Antes, muerta.

DESHABITADA: Mi muerte podría ser la señal que tanto hemos esperado. Así serías libre y yo también.

PENITENTE: Deliras.

DESHABITADA: Nadie puede dejar de lado su suerte una vez que se ha elegido un modo de cumplir con el tiempo.

PENITENTE: ¿Cómo has podido siquiera pensarlo?

DESHABITADA: Tú crees en todo lo que se dice afuera, con tu padre al frente de los profanadores.

PENITENTE: Porque hay algo de cierto.

DESHABITADA: Más verdad puede haber en lo que te he dicho sobre tu libertad y la mía. La muerte.

PENITENTE: Estoy celoso.

DESHABITADA: Y yo, entre un mundo a pedazos.

PENITENTE: Nada que se refiera al amor me habla de ti. No sé ya del color de tu piel ni del ritmo de tu caminar, ni de la línea de tu nariz, ni del tono de tus palpita-

ciones. Ya no me quieres. Lo huelo. Lo siento. Esta casa se ha vuelto de repente, como una cueva de sobrevivientes de algún paisaje destrozado.

DESHABITADA: Y no por mí.

PENITENTE: No. Por Dios. Te siento ya como un espejo hecho pedazos.

DESHABITADA: Y yo a ti.

PENITENTE: Pero te ves con otro.

DESHABITADA: Andrés...

PENITENTE: Todo el pueblo lo sabe.

DESHABITADA: Mejor te vas. Se te hará tarde.

PENITENTE: Se nos está haciendo tarde, Eunice.

DESHABITADA: Yo ya no espero nada.

PENITENTE: La señal.

DESHABITADA: No habrá justicia.

PENITENTE: Tal vez ese hombre...

DESHABITADA: ¿Qué dices?

PENITENTE: El Señor lo ha enviado para perturbar nuestra casa.

DESHABITADA: Hablabas de señal.

PENITENTE: El Cálido. Su muerte.

DESHABITADA: Quien debe morir es aquel por el que vamos sobre las ruinas de toda posible libertad. Tu padre.

PENITENTE: ¿Cómo puedes hablar así?

DESHABITADA: No pienso más allá de la verdad.

PENITENTE: Pero tu verdad no es el destino.

DESHABITADA: Ni la tuya y la del pueblo la verdad. Vete ya.

PENITENTE: Vigilaré.

DESHABITADA: Pero te repito que es tu padre quien debería morir.

PENITENTE: Te ha trastornado el calor. No cabe duda. Ya no tarda en prenderte la locura.

DESHABITADA: Eso. Pero yo he de hablar con tu padre...  
(*Mutis del Penitente. Se ilumina el escenario sobre el Cálido y la Deshabitada*).



## ESCENA IV

DESHABITADA: Por eso es mejor que te marches. Desde entonces el reproche y las imprecaciones habitan multiplicándose en todos los rincones de esta casa.

CÁLIDO: Me marcho ahora del pueblo. Llevamos una manada de borregos a la costa. Pienso quedarme a vivir por allá. En el viejo molino aguarda mi cabalgadura. No puedo decirte más.

DESHABITADA: No. No.

CÁLIDO: ¿Entonces?

DESHABITADA: ¡Espera!

CÁLIDO: ¿Más aún?

DESHABITADA: Entiende. Es demasiado triste lo que cantamos. Nuestra canción no nos pertenece. Y tal vez este juego que inventamos, este juego en el que ardemos confundidos, ha venido de ninguna parte. A lo mejor nuestro corazón que jamás fue duro, es como la piedra ahora.

CÁLIDO: Hemos sobrevivido a nuestros mismos deseos...

DESHABITADA: Pero somos inalcanzables el uno para el otro. Prefiero que todo quede en un recuerdo pacífico y cruel.

CÁLIDO: Ven conmigo, Eunice. Tú no conoces el mar. Los prestigios del agua. Nada recordarás allá de los días perdidos, de los días atados a las manos, como cintas. Un caserío blanco, simple y silencioso sobre el mapa, soñando viajes no emprendidos, pescadores uno a uno llegando, velas y peces doblando lentamente las esquinas de la espuma, gaviotas como ángeles y el trópico girando cielo arriba. Vámonos, vámonos, Eunice.

DESHABITADA: La costa no es mi patria. Días tristes vendrían.

CÁLIDO: Somos dos. Aquellos serían nuestros dominios, el puerto y nuestros hijos. Aparta de ti la sombra, esta tierra está en ruinas para ti y es tu cadáver por las calles errando entre cadáveres.

DESHABITADA: Te sabes libre y limpio, amando todo lo tuyo; pero yo no tengo derecho a nada.

CÁLIDO: Sí, a tomar el mundo, entregándote para que se entregue. A tomarme a mí, a todo lo que bajo mi piel promete lumbre.

DESHABITADA: (*Triste. Ensoñándose*). El mar... griterío de gaviotas... la sal del aire... escamas y velámenes... helechos... altas murallas de pájaros. Pero no puedo, no. Perdóname. No puedo huir.

CÁLIDO: (*Gozoso, convencido. Sacudiéndola*). ¡La libertad, Eunice! ¿No quieres la libertad?

DESHABITADA: (*Lejana*) La libertad...

CÁLIDO: Así diariamente buscaría tus manos, tu cuerpo, tus sílabas amantes hasta recobrar todo lo que ahora no te dice nada.

DESHABITADA: Los caminos para llamarme amor y empezar de nuevo con el alba en cada párpado. (*Eunice recuerda a Andrés*)

VOZ DEL PENITENTE: Nada que se refiera al amor me habla de ti. No sé ya del color de tu piel, ni del ritmo de tu caminar, ni de la línea de tu nariz, ni del tono de tus palpitaciones. Ya no me quieres. Lo huelo. Lo siento. Esta casa se ha vuelto de repente como una cueva de sobrevivientes de algún paisaje destrozado.

DESHABITADA: Y no por mí, Andrés.

VOZ DEL PENITENTE: No. Sino por Dios.

DESHABITADA: Quédate con Dios.

VOZ DEL PENITENTE: Te siento ya como un espejo hecho pedazos.

DESHABITADA: Y yo a ti.

CÁLIDO: (*Interrumpiendo el estatismo en que ha quedado Eunice*) En el viejo molino aguarda mi cabalgadura.

DESHABITADA: Bien. ¡Está bien!

CÁLIDO: ¿Tienes algo que llevarte?

DESHABITADA: Nada. Me iré como cuando entré por primera vez a esta casa.

CÁLIDO: No tardes.

DESHABITADA: (*Triste*) Escucha... En el molino, no.

CÁLIDO: ¿Dónde?

DESHABITADA: (*Triste*) En la mina abandonada.

CÁLIDO: ¿Cuándo?

DESHABITADA: El tiempo que tardes en dejar mi casa.

CÁLIDO: (*Intenta besarla*) ¡Eunice...!

DESHABITADA: (*Siempre triste*) No. Bajo este techo, no. Será en la costa, en un júbilo de ser, confundiéndonos y amando, repartiendo algo nuestro cada día; recordando cada tarde la descendencia olvidada, estableciendo mi oficio de mujer, mi reinado de madre inagotable. Yo sé que a través de tus brazos y tus muslos y las noches que han de envolvernos habremos de tener un lugar sobre la tierra.

CÁLIDO: Desesperaré esperándote.

DESHABITADA: Vete ya. Confía. (*Mutis del Cálido hacia el exterior. La Deshabitada se dobla en un llanto incontenible*)

DESHABITADA: ¡Andrés! ¡Andrés! (*Sale el Padre del Penitente de la cocina, visiblemente conmovido*)

## ESCENA V

PADRE: No te irás, ¿verdad? (*La Deshabitada se sorprende*)

DESHABITADA: ¡Suegro! ¡Cómo es que...!

PADRE: Brinqué la barda. Escuché todo...

DESHABITADA: (*Seca sus lágrimas con el dorso de la mano en un ademán rápido, mira a su suegro con rencor*). Espiando,

siempre espiando. No le basta lo que ya ha divulgado por el pueblo, sino que penetra a las casas para engordar la murmuración. Si escuchó todo, ¿qué espera para ir a contarlo?

PADRE: Digo que no es cierto que intentes huir, ¿verdad?

DESHABITADA: ¿Qué puede acaso detenerme; la señal? Aquí sólo hay áridos terrones y nadie quiere morir de balde.

PADRE: Lo dices por mí. ¡Espera!

DESHABITADA: ¿Esperar? Nada tiene sentido como cosa que fue, sino como cosa que será. Mi felicidad. Y eso, aquí, no me la ha podido dar ni usted ni Andrés ni nadie. Por eso me voy.

PADRE: ¿Abandonas a mi hijo?

DESHABITADA: Él prometió virtud y su amor fue virtuoso y alta su esperanza, más virtuosa; pero yo desde ahora escucho al que dice grandes viajes a lugares remotos, y todo esto brota de algo destruido, querido suegro. Andrés se sabe profundo, libre en su soledad que nadie ciñe. Pero usted no hace nada, olvida este olor y este dolor de cuerpos cercenados. Y todo ha de nacer inevitablemente del desorden si usted no nos entrega su libertad para alzarnos de estas ruinas que nos ha legado... Crecer y no crecemos, no damos. Usted ya lo dio todo, hasta el embuste. Pero nada nuestro hemos dado. Estuvimos preguntándonos cada noche: «nuestros hijos», decíamos, y nada que no fuera el olvido. Nosotros nada y sí lo que ahora dicen. A nosotros nada, pero sí lo de ellos, porque sólo lo de ellos, los de este pueblo ingrato, importa; siempre negándose la lengua a ceder. Pues yo tampoco cedo, me voy, abandono todo esto, a Andrés, al pueblo, la ceremonia inútil, toda esta edad desposeída bajo un párpado insomne.

PADRE: ¿Y tu madre, tus hermanas...?

DESHABITADA: Esas también han hablado.

PADRE: Andrés te ama. Eres todo cuanto él ama sobre la tierra.

DESHABITADA: Mentira. Él lo ama a usted y se ama a él mismo y a ese pavoroso espantabatas. Diariamente busco y pregunto por sus labios, y siempre me encuentro huesos, salobre arcilla de sombras y ciudades derruidas. Antes la lluvia nos cantaba algo; por las calles esperábamos, bebíamos la luz y sus memorias, teníamos hambre y sed, pero soñábamos. Y hasta usted que vive de la lengua, supo qué lenguaje fuimos. Estuvimos dando tumbos y tumbos sobre un destino oscuro, que ahora he decidido iluminar para mí sola.

PADRE: No te irás, Eunice.

DESHABITADA: No podrá conmigo, mientras se ampare en mí, agrietada, esta esencia hórrida. Voy tras los caminos para llamarme Eunice y empezar otra vez con la vida en cada piedra. Las huellas, el acto y la luz que nunca alzaron mis brazos; por usted, por culpa suya, llevando y trayendo los horarios, la gente aturdida, la deleznable sustancia del chisme engendrada por la rencorosa senectud, el pérfido camino de la saeta y un lenguaje vano. Aquí se quedan todos. Estos son sus dominios, los pedruscos resacos, las raíces podridas y la tierra sin hombres. Yo me voy al mar. Que aquí, aún hasta la edad de morir ya se hizo vieja bajo esos brazos decrepitos.

PADRE: Tú deseas mi muerte.

DESHABITADA: Yo no enturbio lo oculto, lo que adentro me abisma, vivo arraigada a una sola palabra: muerte; no hay otro camino que el desorden, voy contando los días al padre vivo y he encontrado la última intención y el fruto: quítese la vida.

PADRE: ¿Qué arreglaría mi muerte?

DESHABITADA: Esa es la señal. Por su vida dimos la nuestra. Pedimos ahora su muerte por nuestra vida. ¿Qué ra-

zón entonces habríamos de alegar para alzarnos a la primavera de la progeñie? La muerte, la muerte para entender sabiduría y doctrina, para conocer las razones prudentes, para recibir consejo de cordura. He aquí la tierra estéril y he aquí los presagios. Yo era su pertenencia, el gran campo convenido y convenido para el acto en soledad y ahora no queda sino asir una amarga máscara de olvido e irse. Porque soy amando, creciendo del grito mi nueva residencia, bajando hasta tocar la copa tierna de la costa con este amor que brota como garra. Porque de amar una fría cadencia, un mito, prefiero lo que se me anuncia como las espléndidas cosechas.

PADRE: Tú amas a Andrés, no a ese perturbador.

DESHABITADA: ¡Pero yo soy mujer! ¡Mujer! ¡Mujer que pide algo! Amanezco ausente cada día a reparar mis cosas rotas, a penetrarme hasta la hondura donde nace mi silencio, contemplo inasibles hojas en mis manos, breves días circundando la frente en que dormito y siempre sobre mi pecho encuentro los dientes de la muerte atisbando mis recuentos.

PADRE: No es tan fácil decidirse a morir.

DESHABITADA: Tampoco lo es huir sin desearlo realmente. Amo a Andrés, pero de él no espero nada ya.

PADRE: Él lo espera todo de ti.

DESHABITADA: ¡Y yo de usted! (*El Padre, callado, se aleja de la Deshabitada, pensando*) Pronto cumpliremos dos años de fidelidad. Y él nada, nada para mí; sí, lo que se dice, nada para mí, pero sí lo de ellos... Y ahora tienen puentes que han hecho como cuevas detrás de cada pecho; tienen los minerales, el trigo, las frutas húmedas, y para mí el desprecio, las cosas urdidas, haciendo proceso de la inocencia junto a la tormenta que me come. Andrés y yo sólo pedíamos lo nuestro para adentrarnos el uno al otro sin miedo, arañan-

do, bramando, pedíamos eso, lo que nos pertenecía por linaje; ahora, saturado de la indiferencia que nos nace en cada cosa que ya no es nuestra, en cada orilla que no tiene sentido, fuera de este quehacer de mujer y de hombre que no profesamos, sólo me queda a mí dejar el pueblo, abandonarlo a él, dejarlo esperando esa señal que lo encontrará viejo y amargo, reino de la acritud, sin tiempo jamás para regocijarse.

*Pausa larga.*

PADRE: He decidido, Eunice. Andrés no viviría para lamentar demasiado tu partida. Yo puedo detenerte hasta este tiempo de morir. Esa es la señal, Eunice.

DESHABITADA: Sí. Derrumbarse. Y no hay otra certeza que aceptarla. Morir. Y no rendirse.

PADRE: Adiós... (*Mutis hacia el exterior*)

DESHABITADA: Pero ya nada es igual entre tú y yo, Andrés... Es preferible el mar, las buenas intenciones. Te dejo, amor, amor de toda mi deshabidez. Yo que no sé llorar, estoy llorando ahora, como si todo el amor se hubiera acabado sobre la tierra, ese duro anclaje de sobrevivencia por el cual somos lo que se nos está destinando. Voy a buscar la manera súbita y tremenda de olvidarte, Andrés. Tú ya has hecho tu vida a tu manera, con ese Dios que no te deja y contra el que no me cabe derecho alguno a pelear por tu ternura. Ahora estoy más lejos que otras veces de ti y te dejo, te olvido y te sepulto. (*Va subiendo lentamente los escalones de la tarima que conduce a la alcoba*)

## ESCENA VI

*Aparecen a uno y otro lado del proscenio en haces de luz, el Hombre y la Mujer del pueblo. Se escucha un grito de rabia, lejano y sobrecogedor, de un hombre, luego otros más, siempre de*

*cólera, como de dos que pelearan. La Deshabitada habrá penetrado a la alcoba y al final de esta escena bajará la escalinata con un pequeño lío de ropa entre sus manos.*

MUJER: Por el viejo camino se encontraron.

GRITO DE RABIA: ¡Ah!

HOMBRE: Ambos armados con cuchillos de monte.

GRITO: ¡Ah!

MUJER: Andrés vigilaba la puerta de su casa desde el alto campanario, cuando lo vio salir.

GRITO: ¡Ah!

HOMBRE: El Cálido trotaba en su gallarda cabalgadura.

GRITO: ¡Ah!

MUJER: Por el viejo camino se encontraron.

HOMBRE: Ambos armados con cuchillos de monte.

*Arrecian los gritos, ahora de dolor.*

GRITO: ¡Ay!

MUJER: ¡Qué gritos, como espadas atravesando toros!

HOMBRE: Y la muerte que llega a preguntar su nombre.

GRITO: ¡Ay!

MUJER: ¡Qué gritos, como vidrios penetrando la carne!

HOMBRE: Y la muerte que llega repicando sus fémures.

GRITO: ¡Ay!

MUJER: ¡Qué furor de filos homicidas!

HOMBRE: Y la muerte que llega sonando su equipaje.

MUJER: Ay, qué alaridos de cielo desollado; ay, qué brechas de sangre sobre el polvo.

HOMBRE: Y la muerte que llega cobrando sus bramidos.

MUJER: ¡Y la muerte que llega con su jazmín hediondo!

*Se recorta sobre el fondo, en lo alto, clara y oscilante, la silueta del Padre del Penitente, pendiendo, ahorcado, de una alta viga. Se acrecientan los gritos de dolor.*

GRITOS: ¡Ay! ¡Ay!

HOMBRE: ¡Qué incansable el jadeo!

MUJER: ¡Y el rencor qué tan ancho!



HOMBRE: ¡Y la vida escapando por un túnel podrido! (*Disminuyen los gritos*)

MUJER: ¡La agonía!

GRITO MUY DÉBIL: ¡Ay!

HOMBRE: ¡La muerte!

MUJER: Por el viejo camino se encontraron.

HOMBRE: Ambos iban armados con cuchillos de monte.

MUJER: ¡Qué silencio!

HOMBRE: Y la muerte que huye con su fétida carga... (*Se apagan los spots sobre el Hombre y la Mujer. La Deshabitada ha bajado la escalinata con un pequeño bulto*)

## ESCENA VII

DESHABITADA: (*Recorriendo con los ojos toda la habitación*) Andrés... hasta nunca... Adiós... (*Del exterior entra desgarrado de la ropa, semidesnudo, el Penitente. Lleva atado a la cintura un pañuelo ensangrentado cubriendo algo pesado dentro. Penetra en la casa. La Deshabitada tiembla al mirarlo*)

DESHABITADA: ¡Andrés!

PENITENTE: ¡Ramera!

DESHABITADA: (*Con pavor*) ¡Andrés!

PENITENTE: (*Acercándose a ella*) ¡Miserable! (*La Deshabitada va retrocediendo. Toda esta escena será una persecución constante y lucha entre ambos*) ¡Y lo negabas! ¡Inútilmente lo negabas! Creyendo seguramente que nunca me cobraría tu deshonor. Aquí me tienes ahora, doblemente asediado. Pecador y homicida y no ya para arrancarte la verdad sino para terminar con todo esto. Contigo, conmigo, con las costumbres del silicio, dándome a la violencia y al sacrilegio. ¡Desnúdate!

DESHABITADA: Andrés. ¡Estás enajenado!

PENITENTE: Quiero ver todas las marcas que los dientes de ese imbécil te habrán dejado por el cuerpo, mirar las señales de la diaria nocturna posesión, oler su mugre, su lascivia y su tufo... ¡Desnúdate, o lo haré yo, a la fuerza! (*La Deshabitada huye*) No huyas, no representes recato, bien que te habrás dejado manosear, corromper, babear como a una prostituta por ése, y ahora quieres que te crea un pudor que no te va. (*La persigue. La Deshabitada huye*)

DESHABITADA: ¡Mentira! Jamás puso una mano sobre mi cuerpo desnudo, debes creerlo.

PENITENTE: Y además, huirían juntos...

DESHABITADA: Yo lo hacía por ti. Alguno de los dos habría de ser libre. Las calumnias te encegucieron. Me huiría sí, con él, pero jamás falté a nuestro voto y nuestro sacramento. Andrés, créeme... Alguno de los dos habría de buscar y encontrar su mundo en otra parte.

PENITENTE: Y yo defendiendo ciegamente mi promesa, mi fanatismo tenaz volviéndose crónico y tú viéndome la cara de farsante. ¿No te lo decía? ¿No lo decían todos? Pues todo eso a la basura: la señal, la penitencia, Dios, el abstenerse, la virginidad, el hambre; aquí se acabó todo, Eunice y sé cómo acabarlo, cómo hay que acabar con una manda y cómo acabar con una adúltera... (*Se quita el cinturón y alcanza a pegarle varias veces a la Deshabitada que queda aturdida*)

DESHABITADA: ¡Andrés, por favor! (*El Penitente aprovecha el desconcierto de la Deshabitada y la aprisiona contra él*)

PENITENTE: Así, así, ahora grita, que no te ha de oír nadie. Ahora te he de entregar mi penitencia, mis pedradas, mi lanza y mi vinagre, mi sudor, mis guardadas hogueras, pero como a una mujerzuela, como si en el burdel en el que convertiste mi casa no quedara otra que tú. Y para eso he matado, he matado, Eunice.

DESHABITADA: Andrés, suéltame, suéltame. (*El Penitente la abofetea*)

PENITENTE: ¡Cállate! Al suelo, al suelo; sobre el suelo he de tenerte como a los animales, porque ni siquiera mi alcoba ni mi cama mereces.

DESHABITADA: ¡Andrés, ten piedad, ten misericordia de mí!

PENITENTE: No. Te beso. Te muerdo. Te desnudo. Te poseo. Te entrego todo lo que guardé para otra mujer que no eres tú y que se llamaba Eunice; aquí, aquí me tienes, sierpe, sintiendo cómo me va creciendo el hacha con que he de degollarte... (*Arroja el pañuelo a los pies de la Deshabitada que grita aterrorizada al mirarlo que contiene*) Ahí tienes tu trofeo, perra.

DESHABITADA: (*Histérica*) ¡Andrés, Andrés!

PENITENTE: Lo castré. Ya habrá muerto desangrado en el viejo camino.

DESHABITADA: ¡Auxilio! ¡Auxilio!

PENITENTE: (*Ya sobre el cuerpo de la Deshabitada, la besa salvajemente, la estruja, luego de un tirón le desgarró la blusa*) Muerto, sí. ¡Castrado!

DESHABITADA: ¡No!

Oscuro.

*Se escucha un quejido y un agudo grito de dolor de la Deshabitada. Y en la oscuridad cómo cae la gran lámpara colgante sobre el escenario haciendo un ruido ensordecedor. Se iluminan los spots sobre el Hombre y la Mujer del pueblo, de pie en sus lugares de costumbre. La Mujer sostiene con las manos en alto la cadena que antes llevara sobre su cadera la Deshabitada. El Hombre sostiene de igual manera la cadena del Penitente.*

## ESCENA VIII

MUJER: Al amanecer, Andrés fue avisado de la muerte de su padre. Sólo dijo, aturdido:

HOMBRE: ¡La señal! Pero su simiente había prendido ya en tierra buena y propicia.

MUJER: Los guardias esperaban por fuera de la casa para conducirlo a presidio.

HOMBRE: Pero sus raíces habían prendido en los húmedos subterráneos un hijo para su esperanza.

## ESCENA IX

*Se enciende la luz sobre el escenario. La Deshabitada está de pie sobre la tarima. El Penitente a la mitad de la estancia está levantando extendida una sábana manchada de sangre. Ya no llevan ni él ni la Deshabitada las cadenas sobre las caderas. También la gran lámpara habrá desaparecido. Continúan los spots sobre el Hombre y la Mujer del pueblo. Y así hasta terminado el acto.*

PENITENTE: *(Como ausente)* Eras virgen, Eunice, virgen para mí, nada más para mí. Mi padre se ahorcó y todo lo demás nos corresponde ahora: el perdón mutuo y otra larga penitencia. Pero me esperarás. Pagaré mi crimen, volveré a tu lado y para quedarme aquí definitivamente.

DESHABITADA: Te esperaré, Andrés, como si fuera un viaje el que principias y al que no puedo acompañarte. *(El Penitente va saliendo por la puerta de la Deshabitada arrastrando la sábana)*

PENITENTE: Hasta siempre, Eunice... *(Sale. Se dirige a unos guardias que no se ven y que se cree que están a la puerta de la casa)* Señores, estoy dispuesto. Pago... *(Hace mutis arrastrando la sábana. La Deshabitada baja, atraviesa la estancia y se asoma por la puerta del Penitente)*

DESHABITADA: Andrés... *(Empieza a acariciarse el vientre)* Andrés...

VOZ DEL PENITENTE: Tal vez un lunes, tal vez esté lloviendo, tal vez haya asnos, niños y borrachos en las esquinas de la tarde, tal vez un sábado iluminado de naranjas, tal vez haya caballos relinchando en la montaña...

DESHABITADA: ¡Andrés! ¡Andrés! (*Va subiendo su voz en tono y en angustia*) ¡Andrés...!

VOZ DEL PENITENTE: Porque por algún sitio ha de llegar la advertencia, por algún lugar de limpias gargantas y palomas, por algún sitio de avispas, de labradores y molinos... tal vez mañana, tal vez esté ahora mismo bajo los almendros o enterrada aquí bajo mi sombra la señal, Eunice... (*Se diluye la voz*) Porque no vamos a morir...

DESHABITADA: (*Va cayendo de rodillas*) ¡Andrés! (*Oprimiéndose el vientre*) Andrés... (*Cae y grita*) Andrés... Andrés... ¡No! ¡¡Viviremos!!... (*Llora desgarradoramente*)  
Oscuro.

*Fin del poema*

*Telón*

# Caín en el espejo

## Poema escénico en un acto y oscuros

A Baltazar Enero, en Cuba

A Armando Lozada

### PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN EN ESCENA

Trovador

Dámaso

Sargento

Clemencia

Madre

Soldado

Diego

*Época indeterminada. El mundo.*

### ESCENARIO ÚNICO

*La escena tendrá cuatro áreas de actuación. Según vaya desarrollándose la acción en los distintos planos, la luz aumentará o disminuirá en los planos en que se verifique la obra.*

*Los planos de actuación estarán indicados con letreros de pie.*

*La milpa: Izquierda abajo y centro del escenario; por todo detalle, una alta planta de maíz; una escopeta sobre un tronco grande, seco, cortado sobre el suelo.*

*La loma: Por todo detalle un pequeño montículo de piedras y cactus; todo lo largo del escenario.*

*La casa: Abajo derecha; una fila de adobes, una gran vasija de cristal llena de agua, una silla.*

*La cantina: Dos banquillos de madera, un candelabro con una vela, una guitarra y un galón de vino.*

*Al fondo, un gran biombo, en el que se ocultarán los actores para el cambio de escena; sobre el escenario, colgando, una gran balanza inclinada por el peso de una calavera.*

*LADOS: Los del público.*

## ESCENA I

*Escenario a oscuras. Spot sobre la cantina.*

*El Trovador, un mozo apuesto, de cara al público, con el pie derecho sobre uno de los banquillos, sostiene contra su pecho una guitarra que rasguea; luego canta.*

TROVADOR: Las ovejas cargaban rizos de agua;

un rebozo de escarcha soportaban,

y sus balidos como cascabeles,

iban a la fogata y se tibiaban.

Los pastores cantaban;

cantaban un recuerdo de balazos

y las guitarras que barrían llanto

cobijas de zacate procuraban.

Coplas improvisaban los coyotes

contestando el albur de los pastores.

El frío tiritaba en los tuseros,

sobre pieles de cabra se extinguía

medio kilo de sol de ojos nublados;

sobre la loma se negaba el día

y una estrella oriental de nueve meses

reventó sobre el campo anaranjado.

¡Hossanna! ¡Hossanna!

Pregones carpinteros analizan  
oídos de cristal para el aviso;  
carretas de gorriones desempluman  
para el lecho de paja del pequeño;  
la tórtola se afina los laúdes.  
Ha nacido Jesús.  
Y tres magos canosos,  
tres caballos de crines de papel  
montaron.

## ESCENA II

*Sale el Sargento Ramírez detrás del biombo; es un hombre maduro, muy arrogante. Su paso es largo y pesado; sonríe siempre con cierta crueldad; es alto, correoso. Camina hasta el Trovador.*

SARGENTO: Bien haya el hombre cantor. *(El Trovador detiene su rasgueo. Deja la guitarra contra uno de los banquillos. El Sargento trae un gran fute)*

TROVADOR: *(Tras una mal disimulada reverencia)* Bien haya el hombre guardián.

SARGENTO: *(Pomposo)* Guardián de estas soledades. Y varón.

TROVADOR: Cantor de estas soledades. Y varón.

SARGENTO. Dámaso Vega llegó esta madrugada.

TROVADOR: *(Hace un ademán de rabia golpeando su puño derecho contra la palma de la mano izquierda)* No digo mi miedo. No lo digo.

SARGENTO: A pesar de la noche, pienso que el trueno llegará con el bagaje de tanta cosa soñada, triunfal desde el dorso de la lengua. A pesar de la noche la luz será como quizás la preparamos.

TROVADOR: Es tiempo de echar las redes a la noche.

SARGENTO: Hoy pasó a mi lado Dámaso Vega. Llevaba una sonrisa de buen hombre. Iba como quien sabe a dónde va.



TROVADOR: Diego, su hermano, padece ya la angustia sin nombre. Tú me prometiste un terrón a cambio de alertar sus oídos, me prometiste la semilla a cambio de hacer decaer su semblante, tú me prometiste fidelidad a cambio de hacerlo amargo.

SARGENTO: Y te prometí bondad a cambio de la intriga. Tú le has ido dejando caer adentro la contienda. Tú lo has ido preparando para la consumación. Tú le has cantado al oído la ira. Tú le has hecho germinar en el pecho la semilla que ahora no le cabe.

TROVADOR: Pero tú me recompensarás. Porque tú así lo quisiste.

SARGENTO: Tengo un arma poderosa para conseguir lo que deseamos: la Justicia, que los hombres han puesto en mi mano para velar por sus intereses.

TROVADOR: La Justicia, tú, Gran Juez, alzará la voz y levantará la mano. Pero no digo mi miedo.

SARGENTO: No lo digas. Todo llegará. A pesar de la noche treparemos el ancla mayúscula.

TROVADOR: El corazón de Diego ha quedado listo como un violín clandestino para que haga sonar a su hora las cosas de la muerte.

SARGENTO: Y el otro caerá vestido de huecos.

TROVADOR: Pero toda su tierra será nuestra; sólo de nosotros...

SARGENTO: *(Después de mirarlo con ironía)* Me voy.

TROVADOR: Nos encontraremos a la hora de la esperanza. Cuando sea el tiempo de que premies mi fidelidad.

SARGENTO: Hasta entonces... *(Camina hacia el biombo)*

TROVADOR: Adiós. *(Mutis del Sargento detrás del biombo. El Trovador rasguea su guitarra y canta)*

A que vengan a verte no invitarás a nadie,  
así como en tu tiempo de arañosos  
vete pronto y a solas;  
un apagón de pájaros

y en paz tu largo amor nunca encontrado.  
Porque te dio la gana te moriste  
de ayer en la mañana a mañana en la noche;  
*Va haciendo mutis hacia el biombo.*  
un camino bien pobre,  
herido hasta las ganas de quemarte  
y luego, la casa del final...  
*Mutis. Se ilumina completamente el escenario.*

### ESCENA III

*La casa: Mirando sobre la vasija de cristal con agua está Diego, en cuchillas. La Madre está sentada sobre la silla; Diego es un muchacho de 24 años, alto y pálido, duro y bien constituido. Tiene la nariz aplastada y la boca horriblemente deshecha, partida casi en dos como por un golpe descomunal e increíble. Viste viejos pantalones vaqueros, botas muy usadas, sombrero de palma y sucia camisa blanca anudada a la cintura, descubierto el pecho velludo. La Madre es muy parecida a él, pálida, blanca, de pelo entrecano suelto sobre la espalda, viste toda de negro, humildemente; va descalza. Es el mediodía.*

*La milpa: En la milpa, Dámaso está sentado sobre el tronco, con la escopeta en la mano. En actitud estática, mirando a la lejanía. Dámaso es menos fornido que Diego pero es muy atractivo, moreno, de pelo rizado y oscuro; tiene 22 años.*

*La loma: Junto a las piedras y el cactus está parada Clemencia con un canasto en la mano, cubierto con una tela. Es una muchacha hermosísima, blanca, viste blusa escotada y falda sencilla hasta media pierna. Lleva un rebozo sobre los hombros.*

*Diego, Dámaso y Clemencia, al escuchar las voces, respectivamente del Trovador y el Sargento, darán a entender al público que la voz que oyen es en la memoria, en el recuerdo.*

*Sale el Sargento detrás del biombo.*

SARGENTO: ¡Diego Vega! *(Diego alza la cabeza aterrorizado, recordando. El Sargento queda en el fondo de la escena, de espaldas)* Iba fresca y limpia la Canaria, como tajada de sandía. Adolfinia bajaba de la loma, morena y llena de felicidad. La Jesús doraba al sol su cabellera de trigo. Y las tres se burlaron de ti, como quien lo hace de un marica. Las había amado una a una y las tres buscaron a Dámaso que es apuesto. Que juega bien a los gallos. Y las mujeres más lindas se lo disputaron. Cuántas veces me pareció que tenías las manos llenas de flores para todas ellas. Y se marchitaron en tus manos por no poder dárselas, porque tú temías recibir algo. Y fuiste el que se hundió y caíste tan profundamente que tuviste miedo de lo que debió ser el milagro en tu vida. Todos los hombres son traicionados de la misma manera, sólo que ellos no lo saben... *(Diego se pone de pie como hipnotizado. La Madre lo mira con rencor)* Todos los juramentos y seguridades son palabras lanzadas al viento y éste se las lleva consigo, promesas de cosas que siempre cambian y que nadie domina. Tú has sentido miedo. Amas a Clemencia, la de los Serna, pero la Clemencia es para Dámaso. Si tú estuvieras solo como antes, como cuando tú y yo corríamos juntos aquellas fiestas magníficas, quizá la Clemencia fuese para ti y la Adolfinia y la Canaria, pero allí está Dámaso que es apuesto y gentil como tú lo eras y de quien gustan las hembras. Si tú estuvieras libre como antes cuando venías a mí en busca de consejos y no regresaba tu hermano todavía de la capital... si estuvieras libre, Diego Vega, sin él... *(El Sargento vuelve a darle la cara)* La muerte; un violento tirón y ¡ya! *(Desaparece el Sargento tras el biombo. Diego saca una botella de una de las bolsas traseras de su pantalón y se la empuja largamente. La Madre no ha dejado de mirarlo)*

LA MADRE: Desde la partida de Dámaso, no fue el campo para mí más que una quietud maldita, una paz criminal, un verdor inmovible, en el que me veía día tras día, caer harta, doblada por el desencanto y el desengaño. Dámaso había partido con la esperanza de que fueras tú el que se hiciera cargo de las tierras, mientras él iba a probar fortuna para rehacerlo todo. Dámaso allá, tú aquí y solamente yo sobre la tierra desde que tu padre desapareció después de aquella creciente; y te diste a tragar vino y el campo fue para mí como un verde sin nombre, como un padre con látigo al que había que arrebatarse solapadamente el pan agrio de cada día, porque tú arabas la tierra cuando querías, regabas los surcos cuando te daba tiempo la bebida... *(Se levanta. Va hacia él)* Y cuando tu renuncia fue definitiva y me dejaste, larga y hambrienta, amarrando junto a la muerte mis intestinos vacíos, malbarataste los bueyes labradores y al Pinto, al único potro que perdiste jugando a las gallos; jamás te apenó verme empujar el arado, quebrar la leña, llenar los depósitos de agua para las tinajas de riego; días enteros sentado allí borracho, desde aquel potro al que querías domar, mirándote en el fondo del pozo esa boca monstruosa. *(Diego arroja lejos la botella)*

DIEGO: *(La toma de una muñeca)* Ya está hecho, ¿no? Si no hubiera sido el potro aquel al que yo quería domar, hubieras sido tú con esa lengua. Ya no te quedan palabras para estarme punzando la desgracia. Yo era trabajador y diligente. Siempre ayudaba a mi padre en todo lo que él mandaba. Luego, algo se le hizo astillas adentro.

LA MADRE: Lucas te consentía demasiado. Te cumplía todos los caprichos, porque sabía que eras hermoso y que le solapabas todo, mientras que a Dámaso...

*(Diego dobla a su madre, apretándola de la muñeca. La madre cae de rodillas)*

DIEGO: ¡A ése lo consentías tú!

LA MADRE: Siempre fue mejor que cualquiera, y cuando había oportunidad, tu padre te lanzaba contra Dámaso y contra mí, porque tampoco a mí me veía bien. Mi presencia era para él la acusación constante de sus bajezas, porque jamás accedí a volver a su cama; me repugnaba oler en él a todas sus concubinas... *(Diego todavía agarrándola de la muñeca la avienta. La Madre cae)*

DIEGO: ¡Yo soy como mi padre! *(Va hasta el pozo —la vasija con agua)*

LA MADRE: El mismo perdido. Ahora Dámaso ha vuelto de la ciudad y parece que por todo esto, al amanecer, se paseara Dios y dejara los surcos hambrientos de semilla y mis manos con nuevas fuerzas para tener albeantes las sábanas de su lecho.

DIEGO: *(Regresa hasta su madre)* Yo le ayudé a levantar la casa grande y a chapear la tierra y a ararla.

LA MADRE: Eso y siempre con el pretexto de correr a la primera oportunidad a embriagarte al pueblo. No volviste a ayudarlo y él levantó lo que faltaba: el granero, el pesebre; volviste a la bebida con ese sargentillo que te pagaba el vino de todas las bodegas, y a la lágrima constante por esa boca deshecha.

DIEGO: *(Toma a su madre de los hombros y la pone de pie de un tirón)* Mi boca no la menciones. Es suficiente que yo sepa cómo la tengo para no tener que decirlo.

LA MADRE: No tuviste el valor suficiente para resistir lo que por consecuencia tuvo que venir después.

DIEGO: No lo tuve porque me dejaste solo; no me lo diste tú. Tú hubieras podido dármelo, pero viste mi desgracia, el pretexto definitivo para sentirte saciada de triunfo; fue entonces cuando escribiste a Dámaso y

le contaste que eras desgraciada. Luego, todos me miraron como a un apestado, a mí que había sido como un lirio fresquísimos, abierto de madrugada entre los chamizales. Yo no pude aguantarlo. (*Suelta a su madre. Ésta huye lejos de él*)

LA MADRE: Todo fue una ventana abierta para que agarraras la bebida, no trabajando más, abandonando las tierras, vendiendo las bestias.

DIEGO: ¿Cómo querías que tuviera deseos de trabajar para ti, si desde el alba hasta el crepúsculo te encontraba con la boca torcida sobre mi vida y los ojos duros y secos? Esa fue mi venganza por tu hielo. Pero ya vino Dámaso y él, como Dios, ha transformado el infierno en un paraíso, donde nada más faltan los ángeles.

LA MADRE: Debería darte vergüenza que tu hermano...

DIEGO: (*La interrumpe*) Sí debiste haberle vendido las tierras al sargento Ramírez, cuando vino a comprártelas una de aquellas noches. Pero tú esperabas a Dámaso.

LA MADRE: Lo que me hubieran dado por ellas te lo hubieras tragado tú.

DIEGO: Debiste habérselas rentado al trovador. Ése sí que te las hubiera puesto como un tapete del cielo. (*La toma del cuello*)

LA MADRE: Son para Dámaso y para Clemencia. (*Diego la suelta*)

DIEGO: Para Clemencia. Y ahora que él se casará con Clemencia, Clemencia a quien yo amaba, no tengo por qué dejar de beberme las bodegas del pueblo. Lo hago para olvidar.

LA MADRE: Fuera distinto si trabajaras como cualquiera, fuera diferente si te hubieras sabido ganar mi cariño.

DIEGO: (*El movimiento ahora es casi danzado. Diego vuelve a tomar con ambas manos el cuello de su madre. Ésta camina hacia atrás y Diego sobre ella, sin soltarla*) No pido compasión de ti, porque no me la tuviste. La compa-

sión en tu boca huele a muerto; no la quiero de nadie. Siempre fui para ti como el perro faldero de mi padre, y cuando él murió me volviste la espalda. Cuando me pateó el potro la cara, no dudo que en el fondo de ti, esos eran tus deseos. Pero me emborracho, como un desesperado, para tenerme lástima yo mismo. (*Detienen sus pasos*) No tienes de qué quejarte. Ahora serás como una reina. A mí, déjame tranquilo, ¿entiendes? Ya estoy muy crecido. Sólo beben los machos como yo... (*Trae ahora a la madre hasta lo que se supone es el pozo. Y la dobla sobre la vasija con agua*)

LA MADRE: ¡Auxilio! ¡Auxilio!

DIEGO: Yo también grité, grité por todos los rincones y nadie me tendió la mano, tú pudiste haberme ayudado, pero veías en mí a mi padre y te cegaba la cólera. Grita ahora tú. Te desprecio. Hasta tú me viste con horror. Yo esperaba de ti otra cosa... (*La suelta. La Madre huye hasta el extremo contrario*)

LA MADRE: Te encerraste con toda tu amargura dentro de tus costillas. Sólo para hacer crecer tu odio contra mí, contra Clemencia. Ahora, ve a buscar a todas las putas que te invitaba tu padre, cuando los dos se iban de parranda, a esas pégales y aviéntalas a un pozo... (*Se suelta llorando*)

DIEGO: No; ni siquiera eso. Era él, él, quien entraba con ellas, el billete se arrugaba en mis manos y yo sentía miedo, y la mujer borracha se abría y me invitaba, pero nunca toqué a ninguna... como nunca he tenido a ninguna... a todas las había tenido él y todos los hombres. Yo esperaba una para mí, sólo para mí... (*La Madre lo mira*) Luego, todos me apedrearón como al perro con sarna, por mi boca... (*Diego está llorando*) Pero me emborracho y me olvido de mi cara y me olvido de todos, porque ya estoy picado de discordia y de desesperanza y ha decaído mi corazón

y mi semblante... *(Se limpia los ojos con el dorso de la mano)* Pero me cobraré. Óyelo. Nada has de disfrutar de tu reinado. Nada. *(Hace la señal de la Cruz con sus dedos y la besa)* ¡Por ésta! *(Mutis hacia la loma. Diego allí se topa cara a cara con Clemencia. Se miran. La Madre se sienta en el suelo y queda allí sentada con la cabeza caída sobre el pecho)*

#### ESCENA IV

*Sale el Trovador detrás del biombo.*

TROVADOR: ¡Dámaso Vega! *(Dámaso se pone de pie. Está recordando las palabras del Trovador. Éste habla ahora de espaldas)* Tu hermano rumia en la humareda de su embriaguez su deseo cada vez más grande de acabar contigo. Hace días que no deja de tomar. Él era feliz y despreocupado antes de tu llegada y ahora resiente las ataduras que le han caído encima desde que regresaste. Algo trama en contra tuya, por lo de la Clemencia, se supone, y por lo de las demás, que ahora te siguen como perras al amo. Debes cuidarte de tu hermano, Dámaso. Un hombre como él está ya preparado para lo peor. Cualquiera día de éstos te da un buen susto. Preferible es que andes armado. *(Dámaso toma su escopeta)* Como precaución. Te odia. Te odia... *(Dámaso carga su arma al escuchar pasos. El Trovador regresa ahora a la cantina rasgueando su guitarra. La Clemencia deja de mirar a Diego. Llega hasta la milpa. Diego mirándola se oculta detrás del biombo)*

#### ESCENA V

CLEMENCIA: Dámaso, he visto tu potro, ¡qué hermoso!



DÁMASO: Acabo de hacer el negocio... *(Deja el rifle sobre el tronco)* Anoche apenas, ¿te gusta?

CLEMENCIA: ¡Mucho!

DÁMASO: Y no será el único que tengamos, Clemencia... *(Clemencia se agacha a dejar la canasta sobre la tierra y burgar dentro la comida que trae a Dámaso)* Vendrán después otros y una yegua clara, una vaca manchada, un par de borregos, todo lo que vaya dando esta tierra maravillosa. Madre está muy cansada ya, y quiero que todavía en vida, vea todo esto como lo soñó siempre; la bondad derramándose cielo abajo, de las espigas al pan y del pan bendito a la boca y tú en la casa y nuestros hijos... *(Dámaso se agacha junto a Clemencia. Le toma la barbilla)*

CLEMENCIA: ¡Loco!

DÁMASO: *(Al oído, besándola)* Loco por ti, loco por la vida, loco de contentamiento, infatigable y duro para lo que venga.

CLEMENCIA: *(Separándolo con una mano, mientras lo mira profundamente)* Diego es cada vez más como un viento de muerte.

DÁMASO: No deja que hable con él. Se cierra en sí mismo y huye a las cantinas...

Oscuro.

## ESCENA VI

*Aparece el Sargento en un haz de luz.*

SARGENTO: Dámaso Vega. ¿Vienes a ver a la vieja? *(Dámaso se cubre los oídos con ambas manos. Se levanta. Clemencia vuelve a burgar en el canasto, saca un pequeño mantel y lo tiende sobre la tierra. Irá sacando muy lentamente algunos platos de barro con alimentos)*

DÁMASO: *(Recordando)* Vengo a quedarme.

SARGENTO: ¿Te cansaste de la ciudad?

DAMASO: Me tira más el monte, sargento. Lo estoy mirando en su potro y ya me están pinchando las ganas de montar.

SARGENTO: Con la falta que le haces a tu madre.

DAMASO: Está con mi hermano.

SARGENTO: Ése va a terminar mal. Se pasa los días borracho. Queda sobre las banquetas del pueblo, tirado, sin que a nadie le importe, mientras tu madre se acaba la vida arreando bueyes. Lo encarcelamos para que escarmiente, pero no lo conseguimos. Bebe sin descanso. Su tierra no le importa, y no es de dudarse que hasta la emprenda a golpes con tu mamá, la pobre.

DAMASO: Lo esperaba con el Pinto, para llevar la maleta. Pesa.

SARGENTO: Olvídate del Pinto. Lo perdió en los gallos. ¿Te acuerdas del Colorado? Le sacó todo el buche afuera un gallito de Tomás, el hijo del mayoral de La Mariposa. Muy peleador el animalito, para el pobre Colorado, que estaba muy trabajado ya... Así perdió el potro tu hermano. Piensa en tu mamá. Y dale para el rancho que la vi llorando esta mañana de alegría, cuando recibió tu carta.

DAMASO: Buena tierra la nuestra, ¿verdad?

SARGENTO: Bien trabajada puede convertir en millonario a cualquiera; no la hay mejor en toda la comarca; morena y fértil como una buena mujer, nada más le dejas caer la semilla y puedes sentarte tranquilo el resto del tiempo a mirar crecer, solas y a la voluntad de Dios, las plantas, como un milagro. Qué lástima que Diego no haya podido hacer nada por ella; abandonada está desde tu viaje; con tu regreso, Diego va a ponerse agresivo. Si tú quieres, te lo encarcelamos de por vida, para que te deje trabajar; ése puede atentar contra ti.

DÁMASO: Diego es bueno... (*Desparecen el haz de luz y el Sargento. Se ilumina totalmente el escenario*)

## ESCENA VII

CLEMENCIA: Diego es cada vez más como un viento de muerte... (*Voz del Sargento detrás del biombo*)

SARGENTO: Tú no sabes. Tú no sabes. Y acuérdate de José Ramírez, que es la autoridad en el municipio; acuérdate que él es algo más que amigo de los hombres enteros y honrados como tú, acuérdate...

DÁMASO: Diego es bueno...

CLEMENCIA: No, Dámaso, no es bueno... (*Queda Dámaso pensativo. En la cantina el Trovador habla. La Clemencia recuerda. Deja su quehacer y queda como petrificada*)

TROVADOR: (*A Clemencia*) Dice el sargento Ramírez que si aceptas su proposición, Clemencia, nos dará para ti y para mí, la mitad de la tierra de los Vega. Debes pues hacer que Dámaso se enamore de ti, como Diego, y después lo echas contra su hermano; piensa qué hermosa sería la vida para nosotros, tan pobres; entonces sí podríamos casarnos... Tú sabrás conservarte intacta, en tu sitio; José Ramírez está de nuestra parte; él es la autoridad, es la justicia, ¿aceptas?

CLEMENCIA: (*Como ausente*) Sí.

DÁMASO: ¿Por qué dices que no es bueno; te ha hecho daño?

CLEMENCIA: Sí. Antes de tu llegada, él quiso ultrajarme. Como yo había quedado huérfana unas semanas antes, él quiso aprovecharse para abusar de mí. Yo le dije que esperara a que tú llegaras y ya vería cómo le iba... Y me contestó que te mataría.

DÁMASO: Eso trae entonces...

CLEMENCIA: (*Toma el rifle, se lo da. Dámaso lo toma*) Te matará. (*Sale Diego detrás del biombo, por la izquierda,*

*a espaldas de Dámaso. Lo mira. Tras Diego aparece el Sargento)*

SARGENTO: *(A Diego)* ¿Quién va a quererte con esa boca? ¿Quién va a quererte con la nariz aplastada? No será Clemencia. Esa es para Dámaso, que es apuesto y no toma licor. Dámaso al que también buscan la Adolfina, la Canaria y la Jesús. Dámaso que no es como tú. Yo tengo una buena pistola. Si la quieres... *(El Sargento camina a la cantina. Él y el Trovador se miran. Llega Diego hasta Dámaso. Dámaso a una seña de Clemencia lo apunta con el arma. En la cantina el Trovador enciende la vela)*

## ESCENA VIII

DIEGO: *(A Dámaso)* He visto tu potro.

DÁMASO: ¿Te gusta?

DIEGO: Brilla como el rocío.

DÁMASO: Llévaselo a la vieja para que lo vea.

DIEGO: Voy al pueblo. Si nos vemos allá...

DÁMASO: Iré por unas herraduras... *(Mira a Clemencia. Ésta le coquetea, mostrándole sus hombros brillosos y sus labios entreabiertos)*

DIEGO: Que aproveche pues... *(Se colocan en donde estuviera antes de iniciar el diálogo con Dámaso, ahora de espaldas a éste)*

CLEMENCIA: Ahora irá a emborracharse... *(Dámaso deja el rifle sobre el tronco, enlaza a Clemencia de la cintura. Le muerde una oreja)* ¡Fiera!

DÁMASO: ¡Te voy a comer! *(Clemencia ríe. Se besan. Diego se encamina a la cantina. Oscurece totalmente sobre el escenario. Sólo queda la vela prendida en la cantina. En la cantina el Trovador, Diego y el Sargento; los dos primeros sentados en los banquillos. Diego está empujando una botella)*

## ESCENA IX

TROVADOR: (*A Diego*) Entiendo que pronto van a casarse Dámaso y la Clemencia. Preciosa muchacha que pudo haber sido para ti. Entiendo que tú la querías, pero la hembra desde que regresó Dámaso de la ciudad, lo sigue como embrujada. No pudiste haber tenido peor suerte, Diego Vega. Con la tierra que tienes cualquiera de éstas se andaría disputando la boda, pero está Dámaso en medio, estorba; piénsalo, Diego; la tierra sería sólo de ti y todas las muchachas del ejido te lamerían la sombra. (*El Sargento toma su pistola*)

SARGENTO: (*Al Trovador mirando a Diego*) Dámaso acaba de estar en el pueblo. Compró unas herraduras con Lizandro y se regresó luego. (*Le da la pistola a Diego que no la toma*) Estará cruzando ahora los escombros de la ladrillera. Dijo que se iría despacio para pensar un poco en la felicidad. Porque dentro de tres días tendríamos boda... (*Diego toma violentamente la pistola y sale dando tumbos*)

TROVADOR: ¿Boda?

SARGENTO: Boda. Sí. Dámaso y la Clemencia.

TROVADOR: Pero la Clemencia. Tú dijiste...

SARGENTO: Yo no puse candado sobre su sexo.

TROVADOR: Y ella juró...

SARGENTO: Tú sabrás cómo impedirla. Tengo armas... Te protejo...

TROVADOR: (*Como un eco de sus sueños que ahora se tambalean*) Nuestra tierra, Clemencia...

SARGENTO: Mi tierra, Trovador. (*Oscuro. Inmediatamente después un haz de luz. Sobre la toma aparecen el Sargento y Clemencia, unidos en largo beso. Se escuchan tres disparos*)

## ESCENA X

CLEMENCIA: Fue por el rumbo de la ladrillera. Tres tiros.

SARGENTO: (*A Clemencia*) Esto era: una inmensa tristeza.

CLEMENCIA: Esto es: una voz perdida.

SARGENTO: Esto es: casi haber perdido su dignidad racional.

CLEMENCIA: Su esperanza es una cárcel, una voz de relámpagos que lo llama desde muy cerca, una esperanza que es casi la desolación como un manoteo en la sombra, huyendo del sofocante disimulo.

SARGENTO: Esto era: el odio inútil.

CLEMENCIA: Esto es: el ojo líquido con que nos ve la muerte. Bésame, señor.

SARGENTO: Te beso. (*Se besan*)

CLEMENCIA: Le harás entender al Trovador que si acepté el juego, fue por ti, que ya habías mordido mi flor y andado primero por mis túneles. Tú, el que todo lo puede.

SARGENTO: Le diré que has jugado con los dos... Pero que él ha perdido flor y fruto.

CLEMENCIA: Por nuestra tierra.

SARGENTO: Por mi tierra. Tú, la sierva, la mujer.

CLEMENCIA: La cómplice. Tu mujer.

SARGENTO: Yo: Caín, el hombre, con cien caras adentro del espejo, mirándolas todas, reconociéndome en cada una de ellas... (*Suenan nuevos balazos*)

Oscuro.

## ESCENA XI

*Al iluminarse el escenario se mira a Dámaso en la milpa arreado y gritando a unos bueyes imaginarios, con un látigo, mientras canta. Clemencia llega hasta la Madre que está mirándose en el fondo del pozo.*

CLEMENCIA: (*Alarmada*) A Diego lo han cogido los rurales.  
Mató a un hombre ayer tarde, cerca del pueblo.

LA MADRE: (*Triste*) Tenía que terminar así. (*En la cantina el Trovador está borracho; parado junto a él, el Sargento Ramírez sostiene una botella de la que está sirviendo interminablemente en el vaso que el Trovador sostiene en su mano derecha y del que bebe como autómeta*)

## ESCENA XII

SARGENTO: (*Al Trovador*) Toma. Toma. Te hará falta. No tiene que fallarnos ahora.

## ESCENA XIII

DAMASO: (*En la milpa, cantando mientras arrea a los bueyes*)  
Empanadas caseras,  
carne seca,  
requesón fresquecito,  
jamoncillos,  
ofrece el mango pápago al pequeño;  
tomates, garbancillos,  
ponteduro,  
le ofrece el mango yaqui al niño absorto;

*La Madre sigue mirándose en el fondo del pozo. La Clemencia está alerta, mirando hacia la loma.*

y plumas de pelícano,  
conchitas,  
tunas y caracoles el rey seri.  
María, con la mirada acuática agradece  
los regalos sencillos de los magos;

codornices,  
arroz y tejocotes.  
José sólo platica de serruchos.  
El mago pápago habla de trigales,  
el mago yaqui cuenta de venados,  
y el rey seri prefiere hermetizarse  
por no contar historias de puñales.  
María habla de lino y de «coyotas»,  
José sólo conversa de serruchos,  
y el niño que conoce amaneceres  
piensa sobre la tórtola campestre  
—solitaria tristísima cantora—  
y por primera vez, llora y presiente.  
«Señor —dice el rey pápago—,  
si quieres,  
te cuento un día entero de limones».  
«Yo te hablaré, señor,  
—dice el rey yaqui—  
de mis ríos cargados de azucenas...»  
«Yo,  
yo lloraré contigo» —dijo el seri.

*Aparece Diego junto a Dámaso, que no lo ha visto. Diego tiene ahora el rifle de su hermano.*

#### ESCENA XIV

DIEGO: (*Encañonándolo con el arma*) ¡Dámaso! (*Dámaso se estremece y voltea hacia donde escucha la voz de su hermano*) Deja eso, tenemos que hablar.

DÁMASO: ¡Diego! (*Diego viene hasta él sin dejar de apuntarlo con el arma*)

DIEGO: Me escapé de la cárcel. Ahora no voy a fallar como antes.



DÁMASO: Tienes mi rifle. Estuviste en casa.

DIEGO: Mira, Dámaso. Yo no tenía nada contra ese Leobardo Estrella. Lo maté porque de espaldas lo confundí contigo, ya de nochecita. Su potro y el tuyo son iguales.

DÁMASO: Estás loco. ¿Qué brujería te han dado?

DIEGO: Ninguna brujería. Ha sido el odio lo que me han dado. Tú siempre fuiste en casa el primero. El niño mimado de la vieja. Quisiste irte para la capital y como padre ya estaba finado, ella te dio el gusto. Querías un caballo. Te trajeron al Pinto. Yo lo perdí. Sí. Tú no lo hubieras perdido. Sabes de caballos más que nadie. Y hasta de mujeres... *(Le toca el vientre con el rifle)* Todo lo has tenido, hasta a la Clemencia. Yo la quería, pero soy feo, mi cara da pena, lástima, con mi nariz aplastada, y dejó de noviar con el Trovador para coquetear contigo, y se defendió como una leona de todos los machos del municipio, para ti, para mantenerse honrada para ti, para luego dársete como una piruja.

DÁMASO: Mientes, Clemencia nunca se me ha dado, sigue intacta. ¡Canalla! ¡Canalla! *(Dámaso no lo deja seguir. Con movimiento rápido de su mano izquierda se apodera del rifle y con la rodilla derecha golpea fuertemente los testículos de Diego, que cae)*

DIEGO: Tú me odias como me odia mi madre, como me odian todos.

DÁMASO: *(Ahora apuntándole con el rifle)* Escucha, Diego; sobra que recordemos el que tú hayas crecido junto a papá y yo junto a mi madre, sobra que recordemos que ellos no se veían bien y que el mismo antagonismo nos dividió, nos separó también a nosotros; que muerto él, tuve que irme a la capital; todo lo sabes, hermano, todo; pero no que yo te tengo cariño, Diego, que yo te quiero bien...

*En la cantina el Sargento levanta al Trovador de la mesa. Le da una pistola y le dice:*

#### ESCENA XV

SARGENTO: Es esta misma pistola... Tú dices... no habrá boda si lo impides... La Clemencia me dijo que estaría con pendiente... ella sabe que han hecho una promesa, pero las circunstancias, de las que no ha podido evadirse, la aprisionan: sólo tú podrías rescatarla...

TROVADOR: Tú me prometiste un pedazo de tierra para nuestra boda.

SARGENTO: Y la tendrás. Pero Dámaso estorba. Por lo demás no temas. Yo soy la justicia.

TROVADOR: Tú me proteges.

SARGENTO: Estaré en deuda contigo para toda la vida.

TROVADOR: Y la Clemencia y yo podremos al fin casarnos... Casarnos... *(El Sargento con el índice tendido hacia la puerta le ordena que salga. El Trovador se oculta tras el biombo)*

SARGENTO: Y la Clemencia y yo podremos al fin casarnos... *(Ríe a carcajadas)*

#### ESCENA XVI

DÁMASO: Yo siempre te tuve cariño, Diego. Pero eras un fanfarrón y un pendenciero porque mi padre te lucía como a un bello animal, y nunca creíste que yo, a quien veías con desdén, te tuviera en estima; nunca jugamos ni montamos juntos, pero en el fondo de mí yo deseaba jugar contigo y cabalgar de tarde en tarde rumbo a las minas de plata... Escuchar tu pa-

labra narrándome las travesuras de mi padre con sus queridas... Ahora todo lo han conseguido otros, el Sargento, el Trovador...

DIEGO: La Clemencia.

DÁMASO: ¿La Clemencia?

DIEGO: Como víbora sorda, procuraba pasearse delante de mí, moviendo sus caderas y sus hombros, castigándome con tu nombre. Ellos me decían que había que hacerte a un lado, y me dieron a tomar alcohol desde que me sucedió lo del potro; y mi madre me dio a tomar tu cara como ejemplo, y nadie me tuvo afecto; todos se voltearon contra mí; si uno solo de ellos me hubiera dicho que me tenía cariño, que me amaba, uno solo de ellos hubiera conseguido que yo volviera a ponerme de pie sobre mi vida... ahora tú... *(El Sargento deja la cantina. Se escucha el galopar de caballos cercanos)*

DÁMASO: Ahí vienen los rurales. *(Le da el rifle)* Vete, no quiero darle más disgustos a la vieja, vete... *(Diego no se ha movido)*

DIEGO: ¡Dámaso, tú me quieres, hermano; pero ahora que no tenemos asidero, la esperanza en tu boca sabe amarga; corta!

*El Sargento desaparece en el biombo.*

DÁMASO: Escapa, Diego, yo te quiero, sí, huye, busca la noche.

DIEGO: Fue el Sargento Ramírez el que me abrió la puerta de la cárcel, fue él quien me dijo que fuera a la casa cuando no estuviera madre y tomara tu rifle; el que me insinuó que te matara.

DÁMASO: ¡Vete! ¡Escapa! *(Diego sale corriendo y desaparece tras el biombo. Del biombo sale también agazapado corriendo hacia la loma el Trovador que desaparece hacia la derecha; después, tras él, un Soldado. Mutis del Trovador y del Soldado hacia la derecha; también hacia la*

*derecha, por la loma, desaparece Diego. Entra el Sargento Ramírez)*

## ESCENA XVII

SARGENTO: Buscamos a tu hermano. Se escapó de la cárcel, compró a los celadores... ¡Acuérdate! (*Dámaso se dispone a salir*) ¿A dónde vas?

DÁMASO: A avisarle a mi madre... (*La Madre se incorpora. Viene hasta la Clemencia y la mira fijamente, inquisitivamente a los ojos*)

SARGENTO: No hace falta. Ya lo saben las dos. Mira, Dámaso, ya sé que es tu hermano, pero no vale la pena.

DÁMASO: Sí vale la pena, José Ramírez, pero todos ustedes le dieron de puntapiés, lo fueron trabajando para alguna sucia cosa; él es un hombre de bien que pudo haber sido la esperanza, pero tú, Justicia, en quien nosotros pudiéramos creer con los ojos vendados, fuiste el primero en hocear entre la traición y tus intereses, fuiste el primero en aprovechar su desconcierto para enterrar en él la primera ponzoña...

SARGENTO: No vacilaremos en disparar, Dámaso... (*Suenen disparos a donde hicieran mutis el Trovador, el Soldado y Diego*)

## ESCENA XVIII

CLEMENCIA: Tengo miedo, madre.

LA MADRE: Quince años de condena le habían dado; ahora se escapa. Mal acaba.

CLEMENCIA: Diego es malo; como no consiguió que me entregara, amenazó que mataría a Dámaso... (*La Madre se alarma*) Me lo dijo con el puño en alto.

## ESCENA XIX

SARGENTO: (*A Dámaso. Se escucha la balacera lejana*) Deben estarle dando cacería; ahora lo hacen correr como a una liebre... No le quedaba otro camino.

DÁMASO: (*Sacude al Sargento de la camisa*) ¡Tú le abriste la puerta de la cárcel!... ¡Tú lo azuzaste contra mí, tú persigues algo, tú quieres algo, miserable, tú la Justicia, altero de mierda! (*Se escuchan más balazos*) ¿Qué es lo que quieres, José Ramírez?

SARGENTO: ¡La tierra! ¡La tierra!... (*Aparece Diego en la loma*)

DIEGO: ¡Dámaso! ¡Dámaso! (*Dámaso corre hacia la loma y ambos caen acribillados. Dámaso por el Sargento y Diego por el Trovador que aparece junto a su cuerpo. El Soldado entra tras el Trovador y lo encañona*)

## ESCENA XX

SOLDADO: Te pudrirás en la cárcel, de por vida.

TROVADOR: Él me ordenó que lo matara.

SOLDADO: Pero él ordenó que te encarceláramos a ti... (*Dámaso va incorporándose, el Sargento llega hasta él*)

DÁMASO: (*Agonizante*) Mamá, madre, mujer, tapia tu sexo, clausura tu vientre, sólo así podrás pedir la Justicia... (*El Sargento le dispara. Dámaso muere*)

Oscuro.

## ESCENA XXI

*Un spot de luz cae sobre la milpa, allí, la Madre sentada sobre el suelo; Dámaso y Diego, de pie, uno a cada lado de la Madre. En la casa, en otro spot de luz sentado sobre la silla, el Sargento; parada junto a él, Clemencia.*

LA MADRE: He aquí a la madre, víctima.

DÁMASO y DIEGO: Para siempre. Para siempre. Para siempre.

LA MADRE: He aquí al vientre.

DÁMASO: ¡Huelga! ¡Y te darán la Justicia!

LA MADRE: He aquí al útero.

DIEGO: ¡Huelga! ¡Y cesarán las luchas fratricidas!

LA MADRE: He aquí a la raíz. (*Pausa*) Ay, ay, para siempre musgo. Musgo. Sólo musgo en las manos. Ay, ay. Para siempre las ortigas sobre el pecho. Para siempre. Ay, ay.

DIEGO: Mira, mamá, qué ojos tan grandes tiene la muerte.

DÁMASO: Para siempre. Para siempre. Para siempre.

DIEGO: Mira, mamá, cómo se le ha ido la vida por ese agujero contra la frente.

LA MADRE: Para siempre. Para siempre. Para siempre.

DIEGO: Dámaso, ¡qué tarde, qué tarde, qué demasiado tarde!

LA MADRE: He aquí a la vida, he aquí a la tierra, he aquí a la discordia.

DÁMASO: Sobre lo nuestro se han levantado los hombres de la rapiña, los que roban y despedazan, los que abusan y los que matan, en nombre de la justicia.

DIEGO: Hermano ahora tan lejos; hermano.

DÁMASO: Yo te amaba; hermano ahora tan distante.

LA MADRE: Hijo de hombre, tú habitas en medio de casa rebelde. Come tu pan con temblor y bebe tu agua con estremecimiento y con anhelo.

DÁMASO: Para siempre. Para siempre. Para siempre.

LA MADRE: Y pondré mi rostro contra aquel hombre y le pondré por señal y fábula. Y yo lo cortaré de entre mi pueblo.

DIEGO: Para siempre.

LA MADRE: Esto es el hombre, pero vendrán días en que de todo esto que veis no quedará piedra sobre piedra que no sea removida y grieta que no sea recompuesta, y herida que no sea cicatrizada y crimen que no sea castigado.

DÁMASO: Para siempre. (*Dámaso y Diego van doblándose hasta quedar tirados -muertos- en el sitio en el que estaban de pie*)

DÁMASO: (*Tirado*) Para siempre.

DIEGO: (*Tirado*) Para siempre.

## ESCENA XXII

SARGENTO: (*A Clemencia*) Desde ahora todo esto será de ti, y lo gozarás si postrada me adoras. (*Clemencia cae de rodillas*) Y me sirves... (*Clemencia se inclina*) Sierva eres y yo premiaré tu servilismo.

## ESCENA XXIII

LA MADRE: Para siempre. Salió el sembrador a sembrar su semilla. Para siempre. Hay los sembradores alegres del trigo. Para siempre. Hay también los sembradores siniestros de la cizaña. Para siempre.

## ESCENA XIV

SARGENTO: Postrada me adoras y postrada me servirás. La Justicia está bajo tus sábanas y tú le has servido con deleite. Y se te premiará la fidelidad. Y serás colmada. (*El Soldado conduce al Trovador con las manos en alto y ambos se ocultan tras el biombo*)

## ESCENA XXV

*Empieza a sonar la guitarra del Trovador, acompañándose con una canción que quedará diluida bajo las palabras de la Madre.*

TROVADOR: Que un puñado de tierra lleve hormigas  
para que sobre mí pueblen su casa.

LA MADRE: Hombre de mí, hombre mío,  
a que vengan a verte no invitarás a nadie,  
(a Diego) así como en tu tiempo de arañazos,  
vete pronto y a solas;  
un apagón de pájaros  
y en paz tu largo, largo amor, nunca encontrado.

*Clemencia da al Sargento una manzana. El Sargento mira la fruta.*

TROVADOR: Que un puñado de tierra lleve trigo  
y se cubra de pan mi calavera.

LA MADRE: (Al cadáver de Dámaso)  
Porque les dio la gana te mataron,  
hombre de mí, hombre mío,  
de ayer en la mañana a mañana en la noche;  
un camino bien pobre,  
herido hasta las ganas de quemarte,  
y luego... la casa del final...

TROVADOR: Y un puñado de tierra con tu nombre  
para enterrarlo con el mío.

*El Sargento muerde la manzana. Relámpagos. Truenos. Ruidos ensordecedores de batallas. Gritos. Lamentos...*

CLEMENCIA: (Al Sargento) Bien. Empecemos el mundo, señor.

Oscuro.

*Telón final*



# La estirpe

## Un tragedia mexicana en tres actos

La creación no está inspirada por lo que «es», sino por lo que «puede ser»: no lo actual, sino lo posible.

Un animal, un hombre, que buscan su placer, no se hallan en un estado de placer, por la sencillísima razón de que nadie anda en busca de un estado en el cual se halla.

Por lo tanto el estado del que busca un placer, debe de ser doloroso en cualquier grado o manera. Toda acción tiene por causa el dolor.

Sonora, si todo esperamos de ti y tú esperas todo de nosotros, tus jóvenes, ¿por qué no darte lo mejor que tenemos, todo lo que tenemos para honrarte?

### ANTICIPO

Mucha gente no sabe aún que un drama puede leerse. Creen que únicamente puede ser representado. Por esta razón, en todos los países se venden muy mal los libros en que se publica una obra teatral. Se dice que falta el contacto personal con el autor. Es indudable que, desde una novela o una antología poética, habla el autor directamente. En un drama lo hace indirectamente. Por ello es por lo que un drama es la forma más sublime de la literatura. La pequeñez del autor, con todas sus debilidades y vanidades, desaparece tras la obra, tras el tema que él se ha propuesto así mismo. El que escribe un drama, no habla como el novelista, que presenta una historia o un cuento, comen-

tándolos con observaciones desde un punto de vista personal. El autor dramático cede su palabra a los personajes, de los cuales representa el destino, haciendo enfrentarse fuerzas contrarias, pero absteniéndose de todo comentario. Por esto resulta muy difícil descubrir la personalidad de un dramaturgo. Si tiene un estilo, que se reconoce fácilmente, también tiene tantas opiniones como personajes aparecen en sus obras. Esto, no le agrada al lector, que siempre gusta saber qué opinión tiene el autor.

El lector de un drama depende exclusivamente de la fuerza de su imaginación, y la imaginación es una cosa que no se puede aprender. Sólo por la capacidad de su imaginación puede llegar a entender, el lector de un drama, todo lo que suene junto, es decir, lo que concuerda. A cada palabra escrita en el texto corresponden gestos, reacciones de los demás personajes, pausas, *crescendos* y *decrecendos*; hasta la forma escenográfica de la obra. Y leer un drama, es, nada menos, que cumplir con todas esas exigencias. Por lo tanto, el drama es la forma más alta de la literatura puesto que es abstracto. Que nadie se asuste de la palabra «abstracto» que no quiere significar nada académico, ni cerebral; no significa más que en la literatura no hay nada más alto que el autor desaparezca porque ha creado un mundo que puede expresarse por sí mismo. Un drama es bueno si ha creado un mundo independiente. Un drama es más o menos dudoso, si no trata más que de reproducir un mundo. El drama publicado es el que exclusivamente ha escrito el autor. El drama representado es ya una interpretación de lo escrito. El público nunca se da cuenta de que la obra que ve es, rarísimas veces, lo que está anunciado en el programa. Toma parte demasiada gente en una representación para no imponer en ella sus demasías de ambiciones y juicio personal. Y lo trágico en el teatro es que la mejor intención puede poner en peligro, si no destruir, una comedia. Por ejemplo, en primer lugar, el director, que impone su propia opinión. Luego el escenógrafo que impone

su visión escénica. Y después el actor, que impone su estilo particular. Pero cuando un drama está impreso, está ante nosotros en su forma pura e inviolada.

## PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

Viejo: Campesino	Leda
Joven: Hijo del Viejo	Román Terreros
Auro Terreros	Vilma Terreros
Don Lucio Terreros	Justo

*La acción se desarrolla en una hacienda mexicana. Época posterior al movimiento revolucionario de 1910. Invierno...*

*Primer acto: Una noche en el corral de la hacienda.*

*Segundo acto: El comedor de la casa, dos semanas después.*

*Tercer acto: La misma habitación, un mes después.*

## ATMÓSFERA DEL PRIMER ACTO

*Es de noche. A lo lejos, confundiéndose con el escalofriante concierto de las lechuzas y los grillos que prenden contra el silencio su hoguera discordante, y el alarido de hielo del viento al lastimar las ramas de los mezquites y los pinos, se escuchan los siniestros aullidos del coyote, que merodea cerca. Luego los perros van coreando aquella algarabía. Escena vacía. Telón lento. Efectos de sonidos atenuándose, para dar paso a una voz potente, casi sobrenatural que dice:*

*«El que sembrare iniquidad iniquidad cosechará. La discordia generará contienda y la casa de los impíos será asolada».*

*Suben de nueva cuenta los ruidos, al fondo un telón negro con una luna inmensamente pálida, el esqueleto de un árbol, en el suelo un arado abandonado, ramajes... Sólo ha de quedar el*

grito del viento muy suavemente en todo el acto... Por la derecha aparece el Viejo caminando trabajosamente, lleva un candil en la mano izquierda; tras él viene el Joven hecho un arco por el frío. La cobija vieja y desgarrada que cubre la espalda del anciano cae, para arreglársela deja el candil en el suelo, pero ya el joven la ha levantado y lo cubre.

VIEJO: (*Mientras se abriga a su manera*) Jasi un frillo que se meti hasta los güesos y todavía no podemos llegar ni a las ruinas. (*Mira el cielo*) Ay, mijo, si no me falla la mimoria que ya hasta de telarañas y tierra se ha llenadu por los canijos años, ha de llelar esta nochi... (*Ve al Joven*) Cuando el viento viene secu y te parti la cara es mala seña. (*Aúlla un coyote*) Y aluego el nagüal anda rondando muy cerca y eso es de mal agüero.

JOVEN: (*Acercándose al Viejo*) Con todititu lo que ha pasadu ya nada puede ser de mal agüero... Onde que si yela, ora sí ha de llivarnos la miseria de al tiro. Tanto trabaju que nos dio arrejuntar esos granos de maíz y ahora con la escarchada que pegue, qué irá a ser de la milpa, tan verdecita que va creciendu... (*Pausa*) Un disastri tras otro. Onde que lo que usté dice si hace. Ah, qué retetrabajoso pa que le jerre y líbreme Dios de que no yele esta mesmita nochi.

VIEJO: (*Aseverando*) Sí, mijo, ha de llelar... (*Con amargura, moviendo la cabeza de un lado para otro*) ¿Pero por qué el tata Diosito ha de castigarnos tantu? Desde siempre hemos estado bajo el yugo y la pobreza, nosotros probes indios que según mi abuelo llevamos cuatro cientos de años en las mismas; algo hemos de deberli al Señor Grande, pos si él es todo misericordia y justicia, no estaríamos olvidados y recluidos en una tierra que nos corresponde, en una tierra en la que mandan extraños y no tenemos ya ni la luz del sol para decir

que es nuestra. Hace poco nos mandó tata Dios una revolución que pa maldito asunto nos ha servido.

JOVEN: Decían que era para redemirnos o sabe pa cuántas cosas más pero puras patrañas, pues los únicos que se han redemido con pesos ajenos son los que mandaban, puros generalotes abusados... Crioque el ser indios, pa, es llevar una mancha en el cuerpo, pos de onde quiera nos echan.

VIEJO: Qué me dices a mí, ya viejo y cascadu. Sempre será lo mesmo, también el color de la piel tiene mucho que ver, y aluego la enorancia y la probeza, aunque si es por eso, estamos probes porque nos tienen probes, somos enorantes porque nos han olvidado. Yo no sé de idiales ni de revoluciones, mijo, sólo sé que algo tiene tata Dios contra nosotros. Ya ves, los campos han quedado desiertos, las casas abandonadas, ya no hay brazos juertes en muchas leguas a la redonda, los surcos si han regadu con sangri. Yo crio que por eso no produce nada, todo eso ha matado el alma de la tierra que se ha ido secandu como el corazón de Dios que ya no nos quiere.

JOVEN: Cuando andaban los levantamientos y venían las tropas y se llevaban a la endiada, si no me escondu en la troja me llevan a mí también. *(Pausa)* Yo me quedé por usté que ya está más pallá que pacá. He joído por el pueblo que todavía sigue habiendo ajusilamientos por la Chiguagua, allá por el norti.

VIEJO: Júntate unas ramas secas por aí, vamos a hacer una lumbrada mientras le seguimos a la caminata. Estas riumas indecentes que me pican dondequiera... Nos falta mucho todavía pa llegar al barranco de las ánimas, ancal compadre Tacho.

JOVEN: *(Comienza a juntar ramas secas)* Probe viejo, a ese ni vieja le dejaron... Muertos y más muertos, muertos todos... *(Trae algunas ramas y las coloca al centro, junto*

*al viejo*) Y aluego de onde hemos de agarrar los centavos pa seguirla pasandu si no hay ni dónde rapiñar, porque eso es lo que nos corresponde, por indios. Cuando menos, siquiera nosotros tenemos eso de cuidarle los caballos al amo Don Lucio y aunque eso es pior que caminar sobre chollas, hay otros probes que muertos di hambre van con sus familias por los campos buscando algo tirado pa pepenarlo... ¿Con que pa redemirnos, no?

VIEJO: Pa enriquecerse... (*Transición*) ¿Te has fijado, mijo, en el amo Don Lucio? Mijo, de meses acá tiene una manera más fella de ver, cuando no está muy, muy abatido, está nerviosísimo y gritón...

JOVEN: (*Que ya ha terminado de colocar las ramas que trajo, busca más*) Está enfermo de la cabeza como aquel viejo del rancho que hechizaba gente... Y eso desde que al Auro le empezaron los gritos. Yo lo he pillado hablando solo.

VIEJO: No nos queda otro camino, mijo, que largarnos pa otra parte, presiento tantas cosas malas. Aunque aquí estemos seguros, será mejor jalarle pa otras tierras. La de aquí está muerta y de nada nos sirve. La tierra es como la gente. Si le abona con afecto los frutos que da serán buenos y brillantes. Cuando los hombres dejan de tener alma buena se pierden, se mueren por dentro como el amo Don Lucio. La tierra cuando le falta el agua, la semilla, muere también. (*Pausa*) ¿Qué estamos jaciendo, nosotros probes indios, en estas soledades sin viejas ni nada?, si hasta eso se llivaron. Menos que si hubieran podido se llevan hasta nuestras almas. (*El Joven acerca más ramas*) Vámonos, mijo, a lo mejor incontramos algo güeno por las Morelias, si esta tierra está muerta, nosotros no, los indios semos muy testarudos, hay tierras güérfanas y nosotros todavía tenemos mucha alma en el cuerpo

y juerzas en los brazos. (*El Joven se agacha para hacer fuego cuando se oye confundido con el rumor del viento y el aullido del coyote un alarido despavorido y crispante. Los indios se persignan*)

JOVEN: Ay, apá, ya se les soltó el loco, mejor dejamos la lumbrada y corremos, coja la cachimba, porque si nos ve ha de echársenos encima y acabar con nuestras vidas...

VIEJO: (*Ha cogido la cachimba y camina un poco mientras el Joven le arregla la cobija*) Todo el día ha estado encerrado en el granero gritando con todas sus ganas, «dónde estás, dimonio»... (*Los indios vuelven a persignarse. Se escucha de nueva cuenta el alarido más cerca todavía*) El Diosito nos libre de encontrarnos con él, vámonos, mijo, ándale.

JOVEN: (*Al ver que el anciano camina muy despacio y no puede correr*) Pero apúrese, apá, apúrese usté, escuche que ya viene ese dimonio.

VIEJO: Au, mijo, son los años los que me pesan más que todo. (*Con resignación*) Cómo no mata el Señor Dios a todos los viejos pa que ya no anden dando lata. (*Va saliendo jalado por el Joven que no deja de mirar a la derecha*) Porque un probe viejo, y con más razón siendo indio ni para la yunta, mijo.

JOVEN: No diga eso, apá, ande, corra...

VIEJO: (*Se detiene. Mira hacia donde se supone queda la hacienda*) Si correr pudiera no me quedaría más en esta maldita hacienda, donde todos tienen la sangre podrida.

*Hacen mutis apresurados por la izquierda. Por la derecha entra Auro y arrastra un trozo de cadena en el pie. Trae un pedazo de cordón grueso en una muñeca y ropa desgarrada. Como todo paranoico, tiene repentinos gestos de desesperación como si alguien lo persiguiera; su risa es grotesca y echa de vez en cuando, repentina, bruscamente, la cabeza hacia atrás y una mano danza como un hilacho.*

AURO: (*Súbita alegría. Carcajada sorda*) Me le he soltado, me le he soltado, y aunque el dolor ya me mordía huesos y carne, me le solté. He despedazado los cordones con los dientes porque he de matarle... (*Gesto de odio profundo*) Sí, he de matarle... (*Saboreando morbosamente la frase mientras juega los ojos*) Y cuando por las cruces de los cementerios chorree su sangre, reiré, reiré sabiendo que murió en pecado. Su cadáver agujoneado de culpas pasto será de los zopilotes y de los coyotes ávidos de carne joven. He de matarle. He de matarle... (*Llega hasta el área izquierda, abajo*) Ya entonces cuando mis manos hayan dejado de apretar su cuello y salten sus ojos y brinque su lengua, reiré. Ah, su garganta codiciada ha de ponerse negra como noche de difuntos y su vientre se reventará de luciérnagas... (*Risa súbita, ronca*)

LUCIO: (*Grita desde afuera*) Auro, Auro...

AURO: (*Voltea repentinamente aterrorizado*) Me persigue, me persigue... (*Va retrocediendo*) Ha de ser el verdugo que quiere encerrarme, que quiere chuparme la sangre y encadenarme para siempre a su árbol del infierno... (*Quiere correr y aparece Lucio*) Atrás, demonio, no quieras agarrarme, todavía no es la hora en que he de entregarle los huesos a tu hueste de diablos, todavía no es la hora... (*Se cubre la cara con las manos. Entra corriendo Leda*) Ah, pero viene contigo el ángel, el ángel bueno.

LUCIO: (*Llega hasta él. Sostiene un látigo. Leda permanece tras él. Lucio toma a Auro violentamente de un brazo*) ¿Qué no te estoy hablando, monstruo? Te estoy hablando desde hace rato... ¿Qué ya mi voz no te recuerda el respeto que me debes? No es ya la voz de tu sangre quien te manda obediencia a tu dios, soy tu dios. ¿Dónde estabas, asqueroso, dónde? (*A Leda*) Helo aquí, «tu» hijo, Leda, qué bien has preparado todo para hacerme daño como todos. Es tu hijo, yo no podría haber



engendrado hijos defectuosos. La mala semilla viene de ti, «tu hijo»... (A Auro) ¿Qué haces aquí, adefesio, no te he dicho que el sol no se hizo para ti, que el aire no se hizo para ti? ¿Por qué te atreviste a reventar la cuerda? ¿Por qué has salido del establo? Ahí, con las bestias, con las gansas y las puercas está tu sitio.

LEDA: Su sitio no ha de ser la inmundicia a que lo has tirado. Su sitio es el techo bajo el que tú y yo nos guarecemos y desde hoy no permitiré que se le encierre con los puercos. Es tan merecedor de su casa, como lo eres tú del infierno.

LUCIO: Me sigues haciendo daño como todos, pero en esta casa hasta el aire que se respira, hasta la palabra que se masculla y que por detrás hiere es mía, mía como toda la tierra en dos kilómetros a la redonda.

LEDA: Ya no, todo se lo llevaron, no te dejaron más que cuatro paredes incendiadas.

LUCIO: Tus palabras son humo, humo... Yo soy rico, el más rico del estado y este monstruo ha de seguir en el establo porque yo así lo quiero... (A Auro) Tú, ¿no temes que te trague la tierra por asqueroso? Hace rato que te busco, te busco para exterminarte. Una buena ración de azotes no te sentaría mal, aunque debiera matarte, hijo de perra... (Levanta el látigo y azota) Toma, toma...

LEDA: (En el momento de descargar el segundo golpe se aferra al látigo) No, Lucio, si no he conseguido nada con el insulto, he de rogarte por lo que es, compadécete de él, es un enfermo, un pobre enfermo. Un enfermo por ti... No comprendo cómo puede haberse desterrado de tu cabeza el raciocinio, la justicia. Déjalo, es aunque no quieras, de tu misma sangre, es tu hijo. Déjalo, Lucio, déjalo...

LUCIO: (De un tirón hace que Leda suelte el látigo) Atrás, serpiente, fuente de fenómenos, semilla de anormalida-

des... (*La empuja, Leda cae*) Atrás si no quieres que también a ti te aniquile, como todos quieren hacerlo conmigo.

LEDA: Sí, a mí pégame todo lo que puedas, mátame si eso ha de satisfacerte, pero a él no, Lucio, en caridad de Dios. Vilma, nuestra hija, está por llegar, por qué ha de ver ensombrecido nuestro cielo antes tan límpido y sereno. Nada ha podido hacerse porque ella no viniese. Cuando ella se fue éramos tan felices. Cuando ella se fue todavía no se agudizaba en ti...

LUCIO: No lo digas...

LEDA: No se agudizaba en ti... (*se levanta*) la esquizofrenia que de meses acá te viene carcomiendo los pensamientos. Todo te hace daño, crees que todo te persigue, que todo trama contra ti, en todo ves maldad y me extraña que no comprendas que poco a poco estás volviéndote loco; no, no puedes comprenderlo, los gérmenes ya te han llegado al cerebro pero te obstinas en aferrarte a una verdad que sólo puedes contestártela mirando hacia atrás, hacia lo que hiciste. Cuando Vilma se fue...

LUCIO: Cuando Vilma se fue, cuando ella se fue... De eso hace ya dos años y quién sabe en qué pasos ande. Todos saben que se fue a estudiar. ¿A estudiar qué...? ¿La mejor forma de venderse sin que la mercancía se deteriore mucho...?

LEDA: Lucio... Incluso ha de ser ella quien sepa de tu cólera, ha de conocerte como no te conoce. Sí, claro... Tu mal no se cura, es un mal del tiempo y de la vida, es un mal inevitable que no sólo te consume el entendimiento sino el deber y los actos.

LUCIO: Voy a acabar con ella y con todos, tú no podrás hacer nada, serás la primera que caiga, muy bien que lo sé.

LEDA: Quizá tengas razón, tal vez sea en lo único que tengas razón. Yo no puedo contra ti, por algo se es vieja,

por algo se es inútil. Pero mientes si dices que Vilma fue a venderse, tienes la mente envenenada.

LUCIO: Ella será ahora lo que fuiste tú cuando te conocí, ¿recuerdas? Fue en la casa de la violetera, tú estabas toda pintada y borracha, a grito abierto pedías una copa, ¿recuerdas?

LEDA: Mientes. No comprendo cómo puedes urdir todas esas historias, será el horror de ti mismo, el miedo de lo que tienes ante ti... Tratas de escudar tu mismo pasado abominable con mentiras, con mentiras que no han de valerte frente a mí... (*Camina, recordando, hasta el área derecha arriba*) Me robaste alevosamente de mi casa, del balcón de mi casa aquella noche de carnaval, ¿recuerdas? No te conocía, no sabía quién eras ni de dónde venías, me llevaste a la sierra y nunca aprendí a quererte porque nunca te diste a querer. El alcohol y las mujeres te distraían demasiado. Cuando comprendí cómo eras, una repulsión irrefrenable me impulsó a abandonarte pero ya había nacido el primer hijo. ¿Y cómo? «Deforme». No podía hacer otra cosa que resignarme ante aquella repulsión, mas no hay repulsión comparable a la que inspira un hombre que reniega de lo suyo, de lo ciertamente suyo delante de su pasado... Yo soy tu pasado... (*Señala a Auro*) Y ése, que fue el último que me diste, es tu pasado... Y Vilma... Toda esa inmundicia que tú contaminaste es tu pasado y quieres destruirlo... Qué poco eres ya, Lucio Terreros.

LUCIO: Qué poco somos ya, Leda Morlet, qué poco somos... (*Sigue pegando al loco*) Tú serás el primer árbol podrido que ha de caer...

LEDA: Azótate tú, tú eres el árbol podrido de donde vienen ellos, pégate tú, pégate tú... Lucio, está por llegar nuestra hija.

LUCIO: Calla, estúpida, no me importan ni tú ni tu hija... (*Se detiene*)

LEDA: Tenle misericordia, hazlo... por Dios, si es que puede sobre ti.

LUCIO: ¡Cuál Dios...? *(Ríe)* ¡Dios no existe!

LEDA: *(Reprochándole)* Lucio... Ya para ti no puede haber perdón.

LUCIO: A callar he dicho. Cuando aparece en los sembrados la cizaña, la mala yerba, hay que exterminarla como sea. Auro es la mala yerba de esta casa.

LEDA: Tú eres la mala yerba...

LUCIO: Cállate. *(A Auro)* Que no vuelva a suceder esto, Auro, en esta casa se obedece mi mandato, mi soberano mandato... *(Pega una vez)* Toma, demonio.

AURO: Satán, Satanás, no me pegues, haré lo que quieras, tengo la espalda como un fuego... *(Se arrastra un poco hasta la madre pero Lucio lo detiene pisándole la mano con la bota)* Mamá, mamacita, ilumíname con tu mirada, ven y cobíjame, destrúyelo, ¡destrúyelo!...

LUCIO: A mí no me destruyen los que siempre han querido destruirme porque les conozco todo. Y a la mala yerba se le corta de un tajo como se le corta el pescuezo a los guajolotes... *(Azota incansable)*

AURO: *(Quiere aferrarse del látigo)* Yo no te he vendido mi alma, Satanás, no he de darte un alma que no te he vendido... *(Lucio lo aparta de un puntapié. Por el extremo izquierdo del fondo entra Román riendo a carcajadas ante la dantesca escena que contempla. Leda está muda de espanto)*

ROMÁN: *(Caminando hasta Lucio que sigue pegando)* Eso, eso, pegue con ganas, padre, que brote a borbotones la sangre de la espalda y de las mejillas, que brinquen en su celda de carne los huesos, que hierva la sangre, pegue con ganas, padre, más fuerte... y a ella también.

LEDA: *(En un alarido)* Noo... *(Lucio se detiene. Román la mira retadoramente. Leda avanza hasta Román)* Hijo, te ha calado muy hondo la herencia de tu padre. Pensaba

que quizá tuvieras corazón. Veo que no. Ni conciencia ni sentimientos. Dios mío, he creado monstruos, he concebido monstruos... (*A Lucio*) ¿Y quién si no tú, Lucio, eres el verdadero culpable de todas estas abominaciones en mis hijos? Como se emponzoña el diente de las víboras al contacto de la carne, así me emponzoñaste el vientre con tus gérmenes del odio. De tu vida de libertinaje y depravación no podrían haberse creado hijos sanos y ahora ves en ellos tu pasado y quieres destruirlo matándolos. Ah, no podrás, lo impediré anudándome en mi misma debilidad. Mira a Román, a ese hijo desnaturalizado, a mi Auro, y luego Angelina que murió al momento de nacer. Le faltaba un brazo, ¿recuerdas? Tú, Lucio, tú eres el culpable... (*Transición*) Aún así, Dios te perdone, no puedo dejar de quererlos, buenos o malos, todos son mis hijos y tus hijos también. Lucio, tus hijos. Más de ti porque son como tú eres interiormente.

LUCIO: Me hacen daño, son mi pasado y por ser eso, tengo que borrarlo a como dé lugar...

LEDA: Loco, loco, loco...

ROMÁN: (*Camina hasta ella*) ¿Pero esta es mi madre? El ángel sumiso se ha vuelto demasiado bravo y se ha cortado las alas... (*A Lucio*) Mírela usted, la valentía le brinca hasta de las manos.

LEDA: (*Apretando los puños pero a punto de llorar*) Hijo, ¿tú también? No comprendes que...

ROMÁN: Atrás, anciana decrepita, atrás... (*Román, de un empuellón, arroja a Leda al suelo. Luego le arrebató el látigo a Lucio que ríe a carcajadas y pega sobre Auro*)

LEDA: Están condenados, no le peguen... (*Corre hasta Román*) No le peguen a mi Auro... (*Se interpone entre el látigo y el cuerpo tirado de Auro*) Pega, pega ahora, condenado, pega si eres tan bravo...

ROMÁN: (*Riéndose*) Ahí va pues...

VILMA: (*Entrando*) Román, hermano... (*Román se detiene y vuelve la cara*)

ROMÁN: ¡Vilma! (*Deja el látigo tirado, avergonzado sale mientras Lucio incluso quiere ganar la salida*)

VILMA: ¡Qué horror, madre mía! ¿Qué significa todo esto, qué maldito demonio se ha colado en esta casa, quién fue?... (*Mira a Auro*) Auro, ¡qué horror!... Quién, madre...

LEDA: (*Apunta a Lucio que va saliendo*) Ése...

VILMA: No comprendo, pero... (*Camina resuelta hasta su padre que se detiene*) Espera, padre, ¿a qué grado de degeneración has descendido, qué cambio tan repulsivo se ha operado en tu interior para que obres en esa forma? La metamorfosis es monstruosa, estás condenado, padre, estás... (*Corta la frase. Don Lucio la mira con odio y luego sale sin responder nada, como Román, en mutis por la derecha. Vilma va y abraza largamente a su madre*)

LEDA: (*Jugándole el cabello*) Hija, me apena mucho que me hayas encontrado en estas condiciones, te tenía preparada una buena merienda y para tu comodidad te había alistado una camita en mi cuarto, pero con esto no sé cómo ande la casa. Ay, hija, dos años sin verte, qué triste, qué doloroso se te ha de hacer mirar el desorden que nos circunda, el ambiente de violencia que nos rodea, pero qué quieres, él es el amo... (*Transición*) Pero déjame verte, estás igual, igual que cuando te fuiste, mi vida.

VILMA: (*Se separa de ella y la mira largamente a los ojos*) Estoy tan aturdida, tan confusa, es que cuando los dejé eran tan felices.

LEDA: Sí, éramos, pero la raíz ha dado frutos y el mal ha llegado hasta el cerebro.

VILMA: No comprendo cómo la situación de un hogar puede alterarse así, tan de repente, después de tantos

años de felicidad, en unos días... ¿Qué mal es ese, madre?

LEDA: El mal de la sangre...

VILMA: La sangre...

LEDA: Tu padre cuando joven fue un libertino, se dio a todos los vicios y a todos los excesos; el tiempo se ha encargado de que los hijos hereden una sangre maleada y enferma. Algún día tuvo que cundir el mal germen y de fuentes hediondas no hay herencias hermosas.

VILMA: Pero Auro, como...

LEDA: Sólo un doctor se había decidido a curarlo arriesgándose a venir desde México. Las gavillas de bandoleros y los asaltos a mano armada, después de la Revolución estuvieron a la orden del día por estos rumbos, pero de todas maneras, nada pudo hacerse. Auro está loco, irremisiblemente loco, delirios de persecución, ¿sabes? Tú comprenderás lo que es sumirse en las sombras de la inconsciencia, de la tormenta mental que nunca cesa y llevar dentro una confusión y una soledad más grande que esta luna indiferente. Luego, Lucio ha visto en Auro su pasado, el pasado del que ahora reniega y ha dado en martirizarlo tratando de destruirlo, es la única explicación... Ay, tengo miedo, mucho miedo, Vilma.

VILMA: Sé valerosa, tu valor y tu entereza siempre han sido punto de partida en mis ratos de desesperación. No te imaginas cómo sufrí durante los meses del movimiento en Guadalajara, pero me daban fuerza tu potencia espiritual y tu fuerza de alma que creía indestructibles, es lo que siempre he tenido presente, madre, no has de ser ahora menos que antes.

LEDA: Siempre he sido valerosa, hija, y tú has heredado de mí eso, como los demás heredaron lo otro, mas si hoy flaquean mis piernas y tiembla mi cuerpo es de contemplar el horror de todo esto.

VILMA: He estado a punto de caer, madre. No pensé encontrarme con esto, deseé tanto cuando vi a Román frente a ti que me tragase la tierra, que de no gritar... (*Leda va a hablar, Vilma la detiene*) No, madre, luego me cuentas, no tendría serenidad ahora para escucharte.

LEDA: Estamos malditas, estamos condenadas a sufrir las culpas de otro... Yo pudiera huir, pero como mi religión me obliga a respetar mi matrimonio no lo hago, además, están ustedes... Sería cobardía y sacrilegio, pues siempre ha de ser el inocente eterno cargador de las culpas del delincuente, y no puede evitarse lo que ya está escrito para unos y para otros.

VILMA: Te conviene descansar... ¿Cómo has seguido del corazón, madre?

LEDA: Muy mal...

VILMA: Te conviene descansar. Ten paciencia. Uno nunca sabe lo que decidirá Dios en momentos dados, Él dispone todo.

LEDA: Pero esto de la sangre lo dispone uno, uno se busca el mal. Lo que hoy es, es que tuvo su razón antes, hija... No podré descansar hasta ver todo consumado. Ya esta familia corre a su exterminio y yo seré la primera que caiga...

VILMA: Cálmate... (*Transición*) Te he traído algunas cosas que la tía Azucena te manda de la capital. Está muy gorda...

LEDA: ¿Fuiste a verla?

VILMA: A mediados de año...

LEDA: Pobre... Tuvo mejor suerte que yo. Pero no hablemos de maravillas en estos momentos, ayúdame a curar a mi Auro, con las lamentaciones nos hemos olvidado de él...

VILMA: Vamos por vendas y medicamentos a la casa, está muy golpeado.



LEDA: Tengo miedo enfrentarme con tu padre. No sabes hasta qué grado ha influido el carácter de Lucio sobre mí, ha logrado derribarme, pero él ha de derrumbarse más estrepitosamente, ya lleva la semilla en la mente. Tiemblo al saber que estoy llena de rencor contra mí misma. Y contra el destino y contra todos...

VILMA: Te juro que todo se arreglará, ya lo verás... (*Sube de tono el viento*) He de domar el agresivo carácter de papá y terminarán las lamentaciones...

LEDA: No se detiene la corriente cuando ya viene cuesta abajo... Qué noche tan espantosa, hasta el viento parece volverse contra nosotros...

VILMA: Vamos, madre.

LEDA: Madre... Cómo hacía tiempo que no oía esas palabras. Vamos, vamos pues, no debemos descuidar a Auro un momento más... (*Mutis de las dos por la derecha. Auro va incorporándose trabajosamente*)

AURO: El demonio se ha encaprichado en flagelarme, las carnes se me caen a pedazos, me pesa la cabeza, pero la noche de difuntos se acerca, y lo mataré, ay, lo mataré... (*Camina*) Y lo encontrarán tirado sobre el arroyo con las cuencas de los ojos vacías y las manos crispadas sobre el pecho como si hubiera querido agarrar algo invisible. Te mataré, te mataré... (*Oye rumor de pasos y retrocede espantado*) No, no he dicho nada malo... (*Va haciendo mutis por la derecha*) Nada que te ofenda, retírate. (*Sale con las manos sobre la cara. Mutis. Entran Román y Lucio por la izquierda*)

LUCIO: En mala hora fue a venir esa hija de perra, pero con ella también contaré.

ROMÁN: (*Levantando el látigo*) Padre, pero, ¿por qué?

LUCIO: No preguntes sobre eso, el pasado, como dice la araña, es el pasado, pero en ese pasado están incluidos todos, me hacen daño, mucho daño, quieren exterminarme y hay que acabar de una vez.

ROMÁN: Me asusta usted...

LUCIO: ¿Asustarte? No me hagas reír, tú que me sigues como la sombra al cuerpo, como el relámpago a la lluvia, que haces lo que yo digo y piensas como yo pienso, ¿miedo?

ROMÁN: No es miedo, pero... ¿Qué piensa usted hacer?

LUCIO: Matarlos, matarlos a todos.

ROMÁN: ¿Se ha vuelto usted loco?

LUCIO: ¡Loco! No digas nunca esa palabra, todos somos unos locos... *(Ríe)* Matarlos, matarlos a todos... *(Hace mutis por la derecha)*

ROMÁN: *(Va retrocediendo imaginando el alcance de las palabras de su padre)* ¿Matarlos? ¿Matarlos? *(Se oye el grito despavorido de Auro. Román voltea sumamente horrorizado)* Yo no quiero, no quiero... matarlos, matarlos a todos...

*Telón rápido.*

## SEGUNDO ACTO

*El comedor en la hacienda de los Terreros. Muebles de pino. Mesa larga, sillas a los extremos y al fondo y demás muebles adecuados. A un lado de la mesa, cerca de Leda, Auro canturrea. Justo, el mozo, sacude algunos objetos cuidadosamente. En las cabeceras de la mesa Lucio que mira a Justo y Leda que mira a Auro, por el lado de arriba fondo, junto a Vilma que medita. Román sonríe cínicamente. De vez en cuando se come. A la canción de Auro, Lucio le avienta un hueso que el loco toma desesperadamente. Lo muerde y luego lo arroja lejos de sí, sonriendo extrañamente.*

LUCIO: *(A Leda mirando luego a Justo)* Ya me está colmando la paciencia ese haragán... *(Justo deja de limpiar y espera a un lado de Leda con la cabeza baja)* Toda la mañana se la ha pasado sacudiendo aquí, arreglando

más allá, total, que no hace nada aparentando hacer mucho. He de llevármelo a la yunta aun cuando no sirva ni para buey.

LEDA: Lucio, por favor, el pobre Justo hace lo que puede, lo debido y bastante nos ayuda para que tú... Todo te parece mal, es necesario que comprendas...

LUCIO: ¿Comprender cuando no estoy en la edad de hacerlo? Bonito me viera yo tratando de comprender lo que a simple vista no es sino una sencilla y muy bonita holgazanería; todos aquí son una punta de imbéciles, flojos y por ende con un orgullo que no pueden con él. Para eso nomás sirvió la tal Revolución, para levantar a estos desarrapados y llenarlos de humo, pretextos para enriquecerse a costa de uno... Comprender, comprender, tal vez pudiera de no haberse llevado a mis cuatrocientos labradores la estúpida «bola»...

LEDA: Estás muy alterado, Lucio.

LUCIO: Ah, y quieres que esté rebosante de felicidad. Lo que me está pasando no es para poner feliz a nadie, las pocas miseras vacas que me quedan se están muriendo inexplicablemente y algo puede pasarle a mis caballos... (A Román) Ojalá el especialista que anda ahora inspeccionando los depósitos de agua confirme mis sospechas de que alguien los está envenenando alevosamente... Alguien que no se cansa de hacerme daño... Qué casualidad que de la noche a la mañana empiezan a morirse las vacas, sólo un veneno muy fuerte, un veneno casero puede hincharles la lengua y llenárselas de llagas en esa forma; además, las pezuñas no se ponen así solas... (A Leda) Y eso lo está haciendo alguien que tiene que ser de suma confianza, alguien que no espera que su lugar dentro de la familia suscite sospechas, alguien que... (Vilma se levanta intempestivamente, al hacerlo tumba la silla.

*Lucio se levanta y la toma violentamente de un brazo) ¿A dónde vas tú?*

VILMA: Esto es intolerable, padre. Bastante he aguantado ya en las semanas que tengo con ustedes, no es tan agradable que digamos escuchar a diario tonterías, sospechas, gritos... Además, creo saber lo que hago y el que yo me levante no implica que vaya a alguna parte. ¿Desde cuándo he de darle cuenta de mis actos a alguien a quien ni respeto siquiera porque no se da a respetar...? A usted, quien ha perdido toda noción de lo que se llama dignidad y de lo que es honor, ¡suélteme...! *(Se zafa. Camina)*

LUCIO: *(Furioso)* Maldita, hija de...

VILMA: Perra... *(Se devuelve y lo mira retadoramente)* ¿Por qué no terminas? Tienes a flor de labio el nombre de tu descendencia, ya tu boca no se puede ensuciar con nada que no sea la blasfemia, el escarnio, el horror; somos unos perros, Lucio Terreros, sería ponerte en situación desesperada si te preguntara sobre tu concepto de la hombría... *(Con odio sumo)* Hasta lo último has perdido...

LUCIO: Te voy a... *(Levanta el puño)*

VILMA: *(Lo desafía)* Anda.

LEDA: *(Que ha mirado la escena impávida, se levanta y va hacia ellos)* Hija, Lucio, ¿qué no pueden verse como hija y padre que son?

LUCIO: Esta no es mi hija. Tú sabes que no tengo hijos.

VILMA: Ni éste mi padre. Yo no tengo padre... *(Camina)*

LUCIO: *(Gritándole)* ¿Me quieres decir a dónde vas?

VILMA: *(Sonriendo)* Encantada... *(Impasible)* Voy a largarme. Prepararé mis maletas y entre más pronto salga de este infierno será mejor. Si me quedase un minuto más en esta casa reventaría de vergüenza. *(Mutis violento. Por la derecha, donde se supone están las habitaciones)*

- LEDA: ¿Te vas? Espera, no lo hagas... Vilma, hija... *(Sale tras ella)*
- LUCIO: *(Vuelve a la silla y cae abatido)* Yo lo sé, yo lo sé, todos quieren hacerme daño, todos traman contra mí.
- ROMÁN: Padre, ¿sospecha usted de alguien de veras?
- LUCIO: ¿Sospechar?
- ROMÁN: ¿Estará alguien envenenando el ganado?
- LUCIO: Sí, todos me hacen daño, todos quieren destruirme... *(Al mozo que ha permanecido aterrado)* Justo...
- JUSTO: *(Acercándose)* Diga el patrón.
- LUCIO: Ve a los trochiles, ahí anda el especialista inspeccionando las aguas, dile que me urge saber los resultados, pero corre...
- JUSTO: Sí, amo... *(Hace mutis por la izquierda a donde se suponen los corrales. Lucio da un golpe sobre la mesa con el puño)*
- LUCIO: No puedo esperar más.
- ROMÁN: *(Desviándose)* Hablábamos de sospechas.
- LUCIO: La única que puede hacerme esto porque me odia con toda su sangre, es tu madre.
- ROMÁN: ¿Mi madre? Es imposible...
- LUCIO: Quién si no ella. El odio es capaz de engendrar dentro del pensamiento humano, malévolas intenciones y orillar al ser hasta el crimen. *(Se oyen afuera gritos de auxilio. Auro se inquieta)* ¿Y ese vocerío? ¿Qué ocurrirá afuera? *(Entra apresuradamente el campesino joven)*
- JOVEN: *(Alarmadísimo)* Señor, patroncito, se quema el granero, arde por los cuatro costados, el fuego amenaza pasar a las caballerizas y no ha podido contenerse...
- LUCIO: *(De un golpe hace caer al indio)* Imbéciles... *(Él y Román salen apresuradamente)* Si nada puede conservarse en sus manos, inútiles.
- JOVEN: *(A solas)* Todo pasará desapercibido si no se descubren Ramón y Abundio... *(Con amargura)* Fue tan fácil prenderle fuego... *(Ve a Auro)* Dios... *(Mutis apresurado por la izquierda)*

AURO: Llamas, llamas, así han de crepitar tus huesos la noche del sacrificio, llamas serán las mariposas de su carne la noche de su muerte, en el infierno de sus huesos crepitará la angustia mientras mis manos anudarán su cuello hasta la asfixia... *(A algo imaginario)* No, no te acerques, quítate... El viento, me persigue el viento... Serpientes, serpientes, no... Quiero matarte, sombra que me persigues siempre... *(Inicia el mutis por la derecha)* Dónde estás... no te me acerques, quítate... aparta... *(Alarido de pavor. Desaparece. Entra Justo. Por la derecha salen Vilma y Leda abrazadas)*

LEDA: ¿Qué es lo que sucedió en el corral, Justo? ¿Por qué gritaban tanto? ¿Qué pasó?

JUSTO: El granero, señora, se ha requemado todo y la cabailleriza que ardió hasta desmoronarse sepultó bajo sus escombros a los más bellos ejemplares del señor, que atados, no pudieron huir. El señor los amarra con cadenas y como es tan desconfiado... *(Le da la espalda)*

LEDA: Dios mío, es espantoso... *(Se separa de Vilma y hace mutis por la izquierda. Vilma queda junto a la mesa)*

JUSTO: *(Para sí, sin percatarse de la presencia de Vilma)* Ya empiezan los castigos de Dios. No hay tal veneno en el agua, una fiebre maligna azota los ganados y ahora esto...

VILMA: ¿De qué hablabas?

JUSTO: Oh, señorita... De nada, señorita Vilma... Yo decía que...

VILMA: Decías que...

JUSTO: Que Dios premia y castiga de acuerdo con los actos.

VILMA: ¿Por qué tiembles, Justo?

JUSTO: Por nada, señorita, por nada...

VILMA: ¿Te has asustado?

JUSTO: Debe ser eso. Sí... eso es, señorita... Quizá sea como un presentimiento... o miedo, sí... miedo...

VILMA: El miedo de todos... (*Solloza*)

JUSTO: Señorita, no fue mi deber molestarla ni hierla, perdóneme usted. (*Entra Leda acongojada*)

LEDA: No ha quedado nada, el fuego ha consumido hasta la última piedra. (*Se detiene*) ¿Pero qué pasa aquí...? (*A Vilma*) ¿Por qué lloras?

VILMA: Es una prueba más de que estamos malditas, de que estamos condenadas a un exterminio inevitable... Me voy esta noche, madre. Es una cobardía abandonarte, pero no me queda otro camino. La situación entre mi padre y yo se intensifica cada vez más y esto no puede seguir así. Incluso no he podido hacer nada como eran mis propósitos, cambiarlo, a él, a todo esto... Perdóname. Tú sabes que esto puede tener alcances mayores... Dime algo, repróchame algo, madre. No calles así...

LEDA: Qué quieres que te reproche, que te diga... Sí, es mejor que te vayas. Es mejor que te vayas, hija, antes de que toda esta inmundicia te contamine y te pierdas tú también...

VILMA: Es tu voluntad que me vaya...

LEDA: No es mi voluntad, pero si tú así lo quieres, ve con mi bendición y que la suerte te acompañe... (*Le hace la señal de la Cruz. Se escucha un alarido de Auro*) Yo quisiera... Oh... (*Se lleva las manos al cuello y grita*) Me muero... Hija... (*Cae*)

JUSTO: Señora.

VILMA: (*Alarmadísima*) Madre mía, madre, qué te pasa.

LEDA: (*Trabajosamente*) El corazón... como siempre... dije que yo caería primero... ellos me han acabado... por un momento pensé... que a mi Auro le azotaban de nuevo... cuídate... yo... no podría resistir... más... (*Muere*)

VILMA: (*A Justo*) Un médico, por favor, pronto, Justo, un médico; mi madre... (*Sale el mozo*) Está... está muer-

- ta... mamacita, perdóname, perdóname... (*Se tira sobre ella sollozando. Entran Lucio y Román*)
- LUCIO: Todo perdido, todo perdido... (*Se sienta. Queda sobre la mesa escondiendo la cara entre las manos*)
- ROMÁN: No se desespere usted... (*Mira a su hermana y a su madre*) ¿Y esas qué tienen? (*Lucio levanta la cara*)
- VILMA: Mi madre está muerta, está muerta...
- LUCIO: Poca cosa.
- VILMA: Maldito, tú la mataste, tú la mataste, tú la mataste... (*Sigue sollozando*)
- LUCIO: (*Indiferente*) Mis dos caballos más preciosos murieron. Todo el trigo almacenado, el maíz, quemados, quemados... Los caballos, Román, los caballos, qué horrible pérdida, lo último que me quedaba. (*Entra Justo. Lucio se levanta. Vilma espera*)
- LUCIO: A ver, imbécil, ¿qué dijo ese animal?
- VILMA: ¿Qué pasó con el médico?
- LUCIO: Qué fue, contesta...
- VILMA: El médico. Por favor, todavía puede haber esperanza...
- LUCIO: (*Toma a Justo de un brazo y lo sacude violentamente*) Qué, idiota...
- VILMA: Dios mío, todo perdido, todo perdido...
- LUCIO: (*Sin soltarlo*) ¿Me vas a decir? No estoy para esperar, estúpido.
- VILMA: Justo, por caridad, dime...
- LUCIO: (*Toma su revólver*) O hablas o...
- JUSTO: (*Que había permanecido aturdido*) Una fiebre maligna, señor... (*A Vilma*) No está el médico, señorita, anda fuera, y no hay otro por estos rumbos.
- VILMA: (*Llorando*) No hay otro, no hay otro, Dios mío.
- LUCIO: ¿Una fiebre, dices?
- ROMÁN: Aftosa, no puede ser otra cosa, una plaga como la de hace seis años.
- JUSTO: (*Inconscientemente*) Dios, señor.



LUCIO: Dios qué, estúpido.

VILMA: Madre, madre.

LUCIO: Di todo lo que sientas o te mato aquí mismo...

ROMÁN: Tendría que confesarte también que está enamorado (*señala a Vilma*) de la cursi ésta, el muy arras-trado...

LUCIO: Dilo, dilo todo...

ROMÁN: (*Se acerca y levanta el fuate*) Anda...

JUSTO: Dios castiga a quien le ofende, son castigos de Él, premio justo a la maldad de los señores...

LUCIO: (*Colérico*) Lo que dicen todos. También tramas contra mí. Pero te acordarás para siempre de Lucio Ter-reros... En la otra vida... (*Amartilla la pistola*)

VILMA: Padre, no...

LUCIO: (*Guarda la pistola. Román baja el fuate*) No, mejor te me largas, muy lejos de esta hacienda, donde no vuelva a verte nunca. Es más triste morir de hambre en el monte... No vale la pena mancharme las manos con una insignificancia, pero juro que el día que te en-cuentre rondando por aquí, hecho un cadáver, te echo a los perros... Fuera, patán, fuera... (*De un empujón lo avienta cerca de la salida a los corrales*) Al infierno.

JUSTO: Ojalá que el día que nos encontremos no sea sino para pedirme perdón besando el suelo que piso. Este no será el primero ni el último castigo, por algo les dicen los condenados, estirpe de perros, malditos...

LUCIO: Estirpe de perros... besando el suelo que piso... (*Ríe*) Llévatelo, Román, sácalo; sal pronto... (*Justo escupe con asco. Román lo saca a empellones. Entra muy des-pacio Auro*)

VILMA: Ha dicho bien, la nuestra es una estirpe de perros...

LUCIO: Cállate...

AURO: El ángel se ha caído del cielo y se le han roto las alas, el ángel. Madre, única mía, inolvidable mía... (*De ro-dillas llora sobre sus manos junto a Vilma*)

VILMA: Padre, está muerta, está muerta, ¿sabes lo que es eso?

LUCIO: ¿Quieres callarte? Cien muertes de ésa no valen las de mis caballos, mis caballos, mis adorables caballos...

AURO: Ángel, ángel, se te han roto las alas...

VILMA: Está muerta, está muerta...

LUCIO: Cállate o lárgate, lárgate... Mis caballos, mis caballos... *(Vilma queda sobre su madre llorando en un alarido. Auro mira a Lucio. Lucio comienza a reír sordamente primero para terminar en una carcajada estridente)* Mis caballos, mis caballos...

*Telón rápido.*

*Fin del segundo acto.*

### TERCER ACTO

*El comedor. El fondo, sobre la pared, un retrato grande de Leda con un listón negro debajo. Auro juega con el puñal junto a la mesa.*

AURO: Este puñal te ha de rebanar tu cuello y su acero ha de escuchar tu último grito... *(Sonriendo)* Me ha citado la sombra en el arroyo, esta tarde la encontraré bajo el roble gigante, bajo la sombra del árbol han de terminar todas las persecuciones, ya no va a seguir acechándome como siempre, ella cree que es una cita de amor, pero es una cita de muerte. Voy a matarla, a saciar en su carne abierta mis inquietudes, a librarme de su persecución *(Mira la foto)* Ángel, diez días hace que te busco, diez días hace que dejo de sentir tu mano de seda en mi cabeza, ¿dónde estás, ángel? *(Mira algo invisible en el suelo)* Ya vienes, tarántula, ya vienes, aparta, aparta... *(Oye pasos)* La sombra, ahí viene la sombra... *(Repentinamente quiere*

*quitarse algo que mira volando*) Fuera murciélago, fuera... No, todavía no, tengo una cita, una cita con ella, adiós, ángel, adiós, te veré muy pronto. *(Mutis por la izquierda. Por la derecha entra Lucio visiblemente vencido, en un abatimiento y una melancolía enfermizas. Es un estado de depresión que lo encorva y lo hace mirarse más viejo)*

LUCIO: Ay, voy cediendo, tanto daño me han hecho que han logrado exterminarme. Me has vencido, Leda, tu inmerecida muerte, tu injusta muerte, tu muerte de santa me ha hecho recapacitar, estaba ciego, ciego de ira y... es que querían destruirme, querían hacerme daño todos ustedes y tenía que defenderme. Quería destruir mi pasado con violencias, no se puede reconstruir un pasado, pero sí edificar sobre él... *(Desvariando)* Yo tuve una hacienda muy hermosa, muy próspera, tuve mucho ganado y muchas tierras, pero los hijos me hicieron mucho daño, mucho daño... *(Vuelve a su depresión)* Leda, diez noches, veinte noches, no sé cuantas, hace que te fuiste, y hace apenas un momento que lloro y te adivino en la soledad de los rincones. Anoche te vi, ¿sabes? Te quise mucho, pero el daño que me hacías no me permitía comprenderlo. Luego me abandonó Vilma, me abandonaste tú, y en esta soledad, en esta incertidumbre he recapacitado... *(Inconscientemente)* Ha de llegarse el día en que mis potreros estén llenos de vacas grandes como mezquites y mis tierras verdezcan con el trigo... *(Grita)* Pero ya no quiero hijos... *(Serenamente)* No me perdono lo que te hice, Leda, me iré de esta tierra maldita que tantos recuerdos me trae y me presenta a cada paso, reconstruiré mi vida lejos, con mis hijos... *(Grita)* Con mis hijos no, me hacen daño, mucho daño. *(Entra Román alarmadísimo)*

ROMÁN: ¿Qué te pasa, padre, por qué gritas, ocurre algo?

LUCIO: (*A punto de llorar*) Hijo, estoy arrepentido, soy tan culpable; la muerte de Leda, el abandono de Vilma, la muerte del ganado, el incendio del granero, las plagas de langosta, la miseria, el odio, todo eso no puede ser sino el castigo divino a mis abominaciones... (*Delira*) Pero ha de llegar el día en que el establo se llene de caballos albos como la luna... (*Sereno*) ¿Has visto a Auro?

ROMÁN: ¿A ese adefesio? Lo vi gruñendo cerca del arroyo.

LUCIO: Calla y búscalo. Quiero abrazarlo, quiero perdonarlo.

ROMÁN: (*Haciendo mutis, extrañado, por la izquierda*) Sí, padre, regreso luego.

LUCIO: (*Se sienta*) Tarde llega el arrepentimiento a los corazones curtidos de maldades, tarde, muy tarde, Leda, ¿verdad que nunca es tarde para perdonar? Mírame, estoy arrepentido, erré mucho, pero he recapacitado y tu muerte hizo el milagro...

ROMÁN: (*Entra corriendo*) Padre, padre, en el arroyo... (*Lucio se pone de pie*) Auro está, está muerto... (*Se sienta y abatido oculta su cara entre las manos*) Tiene un puñal enterrado en el pecho, está con las manos crispadas como si quisiese o hubiera querido agarrar algo invisible. Está como sonriendo, no parece loco.

LUCIO: (*Sonríe*) Ya no podrá hacerme daño, se ha vencido a sí mismo, ha vencido a su sombra.

ROMÁN: ¿Decías?

LUCIO: Otra muerte injusta, Román, esta tierra está maldita, vámonos de aquí, vámonos, todo quiere hacerme daño.

ROMÁN: Padre, te desconozco. ¿O te has arrepentido?

LUCIO: Completamente, ¿y... tú?

ROMÁN: Yo era como usted, por no desairarlo, pero estoy arrepentido desde, desde hace tiempo... (*Se abrazan*)

LUCIO: Ya es tiempo de irnos, dejar estas tierras, rehacer nuestras vidas lejos de toda esta tragedia. Pobre Auro, debemos amortajarlo.

ROMÁN: Más tarde, padre, él descansa ya, para él han terminado sus problemas. ¿Sabes? Hoy nos ha abandonado el último campesino, el viejo de la linterna que por nada del mundo quería irse. Todos huyen de nosotros como huye el labrador de la langosta.

LUCIO: Ya no podrán hacerme daño... (*A Román*) ¿Has ensillado los caballos? (*Román asiente*) Vamos a dar una vuelta por el campo, luego tramitaremos la venta de los terrenos.

VILMA: (*Entrando con toda la firmeza de su presencia*) Aquí no se venderá nada, padre.

ROMÁN: Vilma...

LUCIO: (*Retrocede*) Vienes a hacerme daño, vienes a cobrarte.

VILMA: No, padre... reconstruiremos todo, el pasado sólo puede olvidarse reconstruyendo sobre él, sobre sus cenizas un sólido presente, ¿qué no miran cómo la tierra hambrienta pide a gritos la semilla, cómo el prado llama al caballo y al borrego que se encuentran perdidos, cómo el arado grita su inconformidad al verse abandonado? (*Va hasta su padre*) Padre, nos quedamos, no vengo a hacerte daño ni a cobrarte nada, he escuchado todo desde un principio, sé que estás arrepentido y he llorado de alegría. (*Lo abraza*) Si viviera mamá todo sería tan distinto... (*Abraza a Román*) He renunciado a mi mundo, desde hoy todo esto será mi monasterio, aunque ya no haya remedio, aunque pase lo que pase... He comprendido que mi lugar está junto a ustedes, aunque arruine mi futuro y mi bienestar.

ROMÁN: Ha muerto Auro.

VILMA: Sí, lo sé... se lo llevó ella, ella, quien tanto lo quería.

LUCIO: (*A solas, para sí*) Me hacían daño, como todos.

ROMÁN: (*A Vilma que llora*) No llores, lo importante es que tú ya estás aquí, tomemos el arado y nosotros mismos aremos la tierra, sembraremos la semilla, corramos en pos de la anhelada dicha, Vilma, padre, existe Dios.

VILMA: Él nos ha unido... (*Arrobada camina al extremo opuesto del escenario*) La tierra, óiganla cómo grita, nos llama con el crepúsculo y el río, nos llama la tierra, padre.

LUCIO: A la tierra también hay quien le haga daño, ella es como una madre, como cualquier madre buena y fecunda. Para ella también hay hijos ingratos y esposos inclementes. Que esta madre no se vea abandonada como la vuestra. Nos llama la tierra, hijos... (*Vilma y Román se van acercando al padre. Él los abraza. A lo lejos suena el toque de ánimas*)

LUCIO: El toque de ánimas... (*A Vilma*) Tu madre decía que a esa hora vagaban los espíritus inconformes... (*Atraviesa la escena, por el fondo, muy despacio, Leda, vestida de blanco*)

ROMÁN: Oremos por ella, por Auro... (*Los tres caen de rodillas. Empiezan a orar*)

LUCIO: Y no nos dejes caer en la tentación, libranos de todo mal.

JUSTO: Amén. (*El indio ha aparecido en la puerta con el sombrero en la mano y muy reverente termina la oración*)

VILMA: Justo... (*Se levanta*)

JUSTO: He pasado accidentalmente por aquí, quizá recordando mis pasados días en esta casa de los señores. Y al llegar al arroyo he visto el cuerpo exangüe de Auro. Lo he traído a cuestas. Quizá los señores...

LUCIO: Nada de patrón, tú has de ser el caporal de la hacienda y en bien de tu viejo, empezarán la siembra a la primera llovía. (*Salen los campesinos con Lucio, quien caminando trabajosamente va agarrándose la cabeza con las manos*)

JUSTO: (*Que ha quedado solo. A lo lejos se oyen muy levemente los truenos de la tempestad*) Qué engañoso es el corazón humano, qué cambios tan imprevistos nos reserva su latir... Se ha desviado el rumbo maligno que

ensombrecía la conciencia de Don Lucio y (*mirando el retrato de Leda*) sólo ella, sólo ella pudo obrar el milagro, bendita sea... (*Relampaguea insistentemente, los truenos han subido de intensidad y se oye el gotear de la lluvia sobre el techo de la casa*) Llueve, llueve, es la respuesta de la tierra, la contestación del cielo, la recompensa de Dios... (*Grita*) Don Lucio (*inicia el mutis hacia los corrales*) llueve, llueve... (*Mutis. Román y Vilma salen de las habitaciones con sábanas, caminan rumbo a la izquierda cuando tropiezan con Lucio que entra*)

LUCIO: Aprisa, ahí está el cuerpo y me mira... (*Román y Vilma con la cabeza baja hacen mutis por la izquierda*) El cuerpo, el cuerpo, y me mira... (*Frente a él aparece Leda con su vestido blanco. Lo mira sin parpadear. Lucio grita*) Eso de nuevo, eso de nuevo, ¿a qué has venido, a qué has venido? (*Leda lo llama extendiendo una mano hacia Lucio, luego da media vuelta y sale hacia la derecha*) Ya no tengo remedio, ya no tengo remedio, la esquizofrenia; han terminado por hacerme daño, por exterminarme... (*A cosas invisibles*) No me pueden agarrar, no me pueden hacer daño... Si ellos supieran que no tengo remedio, que todo lo dije en un momento de lucidez, cuando no me atacaba esta maldita neurosis. No tengo remedio... (*Ríe a carcajadas*)

VILMA: (*Entra corriendo*) ¿Padre, qué pasa? (*Lucio la mira todavía riéndose*)

ROMÁN: (*Tras Vilma*) Ocurre algo...

JUSTO: (*Con una alegría que va muriendo en su rostro*) Llueve, señor... (*Lucio los mira frente a frente, ellos instintivamente retroceden*)

LUCIO: Fuera, fuera de aquí, quiero estar solo, solo con mi sombra, fuera, a trabajar por la vida, a laborar esta tierra que como ustedes quiere aniquilarme, fuera, a

reconstruir todo, yo no cuento, yo no cuento... Fuera, quieren hacerme daño... (*Va retrocediendo. Toma una estatuilla de la mesa*) Quieren hacerme daño como tú... (*Estrella la estatuilla contra el vidrio del retrato de Leda que se hace añicos. Vilma grita*) Fuera, fuera... (*Empuña su pistola*) Quieren hacerme daño, me persiguen desde siempre, no lo conseguirán, no lo conseguirán... (*Mutis violento por la derecha*)

VILMA: Padre, padre... (*Se escuchan dentro dos balazos y el golpe de un cuerpo que cae*) Padre... (*Vilma corre con Román al lugar y se paran de golpe mirando hacia el interior. Entran los campesinos asustados*) Oh, Román, es horrible... (*Solloza*)

ROMÁN: No consiguieron aniquilarlo, se ha liberado solo. (*Justo se persigna. Los campesinos igualmente*) Ya ha tirado todo lo que le pesaba interiormente y traspone ahora, por fin, los límites de la razón perdida. (*Leda sale de la habitación y atraviesa el escenario por el fondo*)

VILMA: La discordia generará contienda...

ROMÁN: Y la casa de los impíos será asolada...

*Empieza a bramar el viento sobre las copas de los árboles como al principio y muy lentamente va cerrándose el telón.*

*Fin de la tragedia*



# Compréndeme y verás

## Farsa cómica en dos actos y un epílogo

### PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN EN ESCENA

Celedonio: Un mártir, 24 años	Amado Becerro: Un pobre
Quirino: El mozo, 19 años	amigo, 28 años
Chagua: La moza, perdón, la criada, 25 años	Dominguito: Un niño ado- rable, 9 años
Paloma: Una calamidad sin marido, 40 años	Gumaro: Padre de Celedo- nio, suegro de Agripina,
Agripina: Una tortura con faldas, 45 años	yerno de Agripina, sue- gro de Celedonio y con
Arnulfo Culebro: El doctor, 30 años	setenta años pasaditos

*La acción se desarrolla en la sala de una casa de excéntricos. Juego de sofás amarillos con verde, de corte modernista... Cabezas de animales en las paredes dan un aspecto de circo a la estancia. Cuadros abstractos arman una confusión con las cabezas que deben ser auténticas. Mesa de centro con flores exóticas que son robadas al final del Primer acto. Teléfono a la izquierda. Puerta al fondo que conduce supuestamente a las habitaciones del segundo piso. Pie de escalera, visible. A la izquierda puerta que conduce a la calle y a la derecha puerta que conduce imaginariamente a otras dependencias de la casa, más íntimas.*

*Época actual. Una importante ciudad. Cualquier ciudad del mundo. Puesto que en todas las ciudades del mundo hay cotorronas...*

*Esta era una viuda y su hija. Horrenda aquélla, bellísima ésta.*

*Y... Un viudo y su hijo. Horrendos los dos. La viuda se casó con el hijo del viudo. Y la hija de la viuda, con el viudo del hijo...*

*Y sucedió, que un día, el viudo aquel, dedicado tan sólo a contemplar a la joven y bellísima esposa, recibe el consejo africano de las glándulas de mono, para que... viviera más años y se va de safari al continente prieto. Pobres micos. En la masacre, fue contado el mono que salió con glándulas...*

## PRIMER ACTO

*Sentado junto al teléfono, Celedonio, bajo de estatura, delgado, nariz afilada, lentes de vitrina, cabellos en desorden sobre la frente, moreno, espera a que se abra el telón para empezar a marcar un número en el aparato.*

CELEDONIO: ¿Eres tú, Gaudelio?... Sí, hablo desde el escenario de un teatro... El telón ya se ha corrido y te tomo de pretexto para que el público que me escucha conozca mi amarga historia, la más amarga de las historias... Desde que mi padre se casó con la hija de la viuda y yo me esposé con la viuda, hermano, estoy hecho un lío terrible. Por tal motivo, no es dudoso que me convierta en *viudicida* con alevosía, premeditación y... bueno, sí, le daré tiempo para que salga corriendo y sea también con ventaja. Imagínate nomás; el casarme con la madre de la esposa de mi padre, hizo que mi esposa quedase como suegra de su suegro y a mí como el padrastro de mi padre. Luego mi esposa ha tenido un hijo y como comprenderás, mi madrastra fue la hermanastra de mi hijo y también abuela por-

que se trataba del hijo de su hijastro. Mi padre era también cuñado de mi hijo porque su hermanastra era su esposa. Yo llegué a ser hermano de mi hijo que era también el hijo de mi abuela política. Mi esposa era la hija de su hija y madre de su madrastra. Mi hijo era el sobrino de mi padre y yo era mi propio abuelo... ¿Qué dices, que te deje pensar?, pero si ya se acabó el relajo, hermano, y he quedado más confuso que antes... Y luego, perdóname por este rompecabezas, Gaudelio, si Violeta, hija de mi esposa y esposa de mi padre llega a tener un hijo, el niño será mi hermano puesto que será el hijo de mi padre y también será hijo de la madrastra de mi esposa y por lo tanto su nieto haciéndome esto, a mí, abuelo de mi hermanastro... Gaudelio, Gaudelio, ¿me escuchas?, ¿me escuchas? *(Cuelga el aparato)* Me dejó bailando... *(Se levanta)*

*Celedonio comienza a caminar dando grandes zancadas por la habitación, pensando, pensando...*

CELEDONIO: *(Toma una flor de la mesa y comienza a deshojarla)* La mato, la mato un poquito, la mato mucho, la mato enterita, no la mato, la mato, la mato un poquito, la mato mucho, la mato enterita... El destino me depara una brillante página en la enciclopedia de crímenes famosos... «Ser o no ser, he ahí el dilema». ¿Qué será más acertado, darle un garrotazo en la nunca o ir saboreando lentamente su agonía? *(Entra Quirino)* Ver que va enflaqueciendo, que va perdiendo fuerzas, que va perdiendo color, que se le va cayendo el pelo y los dientes, que siente mareos y vómitos...

QUIRINO: Así anunciaban en mi pueblo, los de las medicina, je, je...

CELEDONIO: Las medicinas... *(Sin darle la cara)* En las medicinas, muy buena idea, de gota en gota, malévolamente... *(Risa tétrica)*

QUIRINO: Perdone el señor, pero le faltó eso de nadie sabe, nadie supo el secreto del monje loco, je, je.

CELEDONIO: (*Voltea y lo mira*) ¿Loco? ¿Loco?... Sí, soy un loco, un loco... Mi número de camisa es el 15 y me gustan a cuadros. (*Risa tétrica. Vuelve en sí. Carraspea. Se endereza*) ¿Quién eres tú?

QUIRINO: Quirino Derrepente Pérez y González, je, je.

CELEDONIO: ¿Por qué Derrepente?

QUIRINO: La noche de mi nacimiento, señor, 16 de septiembre de 1938, mi pachoncita madre estaba muy mona, mirando arder los castillos cuando alguien le tiró a los pies un paquete de tronadores. Imagínesele usted, je, je.

CELEDONIO: A ver, déjame pensar, tu madre que mira, el trique que truena y tú que naces... Comprendo. ¿Qué deseabas?

QUIRINO: Venía a ponerme a las órdenes del señor. Soy el nuevo mozo, je, je.

CELEDONIO: ¿El nuevo mozo? ¿De modo que ya no está en el cuerpo de esclavos, el viejo Fructuoso?

QUIRINO: No, señor, desgraciadamente. El pobre Fructuoso tuvo el suficiente valor y temple de despertar una mañana a la señora... El pobre Fructuoso dice que nomás vio una cara de pesadilla con un garrero en la cabeza que le decía: «¿Dónde estoy?»

CELEDONIO: Sí, con eso de las anchoas se han ido acabando las sábanas y las cortinas de la casa... Bueno, fíjate bien, me gusta hablar poco y que se me entienda con media palabra. Aun, que se me adivine el pensamiento. Esto lo hago porque hasta hoy te había visto y quiero que sepas cómo soy. Así, cuando te diga, «Voy a afeitarme», debes entender que quiero agua, jabón, navaja, toalla; todo lo que necesita un hombre para afeitarse. Y como te digo para esta operación será para todo lo demás...

QUIRINO: Al enfermarse el señor, debo de traer hasta el sepulturero, je, je.

CELEDONIO: Correcto... Ahora, prepárame el baño, voy en seguida.

QUIRINO: ¿Sería el señor tan amable de indicarme dónde puedo encontrar los paraguas?

CELEDONIO: ¿Paraguas?

QUIRINO: Podría el señor resfriarse en el baño... Je, je.

CELEDONIO: *(Imita su risa)* Je, je...

QUIRINO: Je, je...

CELEDONIO: Je, je... Jesús me ampare... Vamos, vamos...

*(Quirino sale. En son de plegaria) Lola la Chata, Soberra de la Flor, Goyo Cárdenas, ayuda, ayuda... Ayuda. (Tocan a la puerta. Entra Chagua, flaca y jorobada. Celedonio, después de una inspección visual al vestido por la parte de atrás, le toca la joroba a la criada)*

CHAGUA: Al ataque... ay, me equivoqué... No toque...

CELEDONIO: Perdón, ilustre camella, pero como todo hoy en día ha subido pensé que también se le habían encaramado a la nuca los pliegues del vestido...

CHAGUA: Pues para pliegues, la cara de la señora, con permiso.

CELEDONIO: Pobre, ella no tuvo la culpa de que Dios no le haya dado una cara sanforizada. Anda, ve a abrir, deben ser los del museo, pues quiero darle a mi esposa unas bien merecidas vacaciones. *(Se oye un alarido y Chagua pasa de largo)*

CHAGUA: Los marcianos invaden la tierra... *(Hace su entrada a lo cine mudo Paloma del Campo que lleva un bien surtido jardín en la cabeza)*

CELEDONIO: Tórtola del Camino...

PALOMA: *(Se sienta)* Siéntese usted, Celedonio, está usted en su casa. Debo decirle, además, que Paloma del Campo es mi apellido. ¿Cuándo dejará usted esa adorable manía de cambiar los nombres? *(Celedonio*

*se sienta y Paloma cruza la pierna y se levanta un poco el vestido)* ¿Le gustan mis medias?

CELEDONIO: Pensé que por descuido se había traído los popotes de la refresquería. Son piernas, ¿verdad?

PALOMA: Sí, traigo también un hermoso par de ligas, ¿quiere usted verlas...?

CELEDONIO: (*Horrorizado*) No. (*Se levanta*)

PALOMA: (*Se levanta y muy insinuante se le pega*) Y con daga.

CELEDONIO: Úsela para podarse el bosque que trae en la cabeza.

PALOMA: Ay. ¿Mi sombrero? Fui con la modista y me dijo que cada flor me quitaba cinco años...

CELEDONIO: ¿Trajo usted la cuna?

PALOMA: (*Indiferente*) Unos turistas me confundieron con Xochimilco, y no ha faltado quien me grite, «Árbol de Navidad»... Pero así somos las mujeres *chic*. Unas incomprendidas. ¿Está la tartamuda?

CELEDONIO: Sí... (*Grita*) Chagua.

VOZ DE CHAGUA TRAS BASTIDORES: Diga el señor.

CELEDONIO: Entra...

CHAGUA: Señor, sufro del corazón y debo evitar todo susto.

PALOMA: Entra, chulita, no como gente...

CHAGUA: (*Asoma la cabeza*) Pues con esa cara de caníbal...

CELEDONIO: Dile a Agripina que aquí está Doña Primavera... (*Paloma le lanza una mirada a Celedonio*)

CHAGUA: (*Con intención*) Qué vieja la primavera... (*Mutis*)

PALOMA: Ay. No había venido por innumerables quehaceres que me reporta mi enorme casa. Mis 15 gatos me roban gran parte del tiempo. Y acabo de adquirir una docena de perros... Y a propósito, ¿cómo han estado ustedes?

CELEDONIO: (*Comprendiendo la intención*) Bien, la hemos recordado mucho, cacaatúa, digo, Paloma.

PALOMA: Ustedes siempre tan galantes.

CELEDONIO: Es que fuimos hace poco a Guanajuato. Visitamos las momias.

PALOMA: ¿Y son muy viejas?

CELEDONIO: Un poco. A su lado son unas niñas.

PALOMA: *(Se compone el sombrero para disimular)* Este... yo... de salud he estado bien. Incomprendida solamente. Los hombres ya no se fijan en mí...

CELEDONIO: Es que en estos tiempos ya se usan los lentes.

PALOMA: Ay, si viviera Viviano, qué feliz sería. Él permanecía a mi lado fiel y parlanchín haciéndome menos monótona esta existencia de reina que me pesa como un grillo... Oh, Viviano, cuánto lo quise... *(Saca un paliacate y se limpia una supuesta lágrima)*

CELEDONIO: *(Vivamente extrañado)* ¿Viviano? Pero si usted no se ha casado nunca... *(Se ríe)* Y yo que pensaba que a usted nunca...

PALOMA: No piense barbanadas... Jamás mano de hombre me ha tocado.

CELEDONIO: De un siglo acá ya no hay valientes, Paloma.

PALOMA: Viviano era mi perico.

CELEDONIO: Pobre perico.

*Aparece Agripina, cargada de pieles. Hace una entrada triunfal a lo cine mudo. Mano en alto donde sostiene una pitillera enorme... Paloma la encuentra y se besan en la mejilla.*

PALOMA: Clara querida...

PINA: Theda, chulita...

CELEDONIO: Clara Bow y Theda Bara, vampiresas del cine mudo... Bah, éstas con trabajo son murciélagos.

PALOMA: Mira, me he mandado hacer una nueva creación. *(Señala su macetero)* Es un sombrero de tapado.

PINA: ¿Cómo de tapado?

PALOMA: Tapa años... Es muy juvenil y me sienta mucho... *(Mira las pieles y las toca)* No te pregunto por los gatos, preciosa, porque siempre me han dado pánico los asesinatos.

- PINA: Y yo, pudiera alabarte esa hermosa caída tan pesada de ojos que tienes porque siempre me ha alarmado el monopolio del rímel, pero sería mentirte.
- PALOMA: Ay, a ti cómo te envidio ese cabello tan hermoso. Yo estoy llena de canas y... ¿No te pones nada?
- PINA: Absolutamente nada.
- PALOMA: Qué suerte tienes.
- PINA: Es que no soy tan vieja como tú, es decir, como tú crees, lo que pasa es que estoy un poco maltratada. Los golpes de la vida...
- PALOMA: También el tiempo golpea, linda...
- CELEDONIO: Y en qué forma, ¿verdad, Paloma? (*Aparece Chagua y no se anima a entrar. La ve Pina*)
- PINA: Entra, nena, no te asustes de las visitas.
- PALOMA: (*Acomodándose el sombrero*) Ay, qué poco tacto.
- CHAGUA: Señora, ahí está el hombre del salón de belleza y dice que si ya se le acabó el agua para pintarse las canas.
- PALOMA: (*Indignada*) Ya sabía yo que aquí había pellejos, digo, gato encerrado.
- PINA: (*Turbada*) Vete, Chagua... (*A Paloma*) No te creas, encanto, ha de ser alguna broma de la criada...
- PALOMA: La mentira dura mientras la verdad llega.
- CELEDONIO: Ah, cómo quisiera ser Jack el Destripador...
- PALOMA: Ay... Eso me recuerda que... Chula, este... ¿dónde puedo telefonar...?
- PINA: (*Señala el teléfono*) Ahí. Con confianza.
- PALOMA: No... no es eso... ¿Dónde puedo telegrafiar?
- PINA: Puedes telefonar a la Central, ahí te toman el mensaje...
- PALOMA: (*Se revuelve en su asiento*) No... no es eso... tú sabes...
- PINA: No sé, preciosa, ¿es muy urgente?
- PALOMA: Ya ni sé... ya pasó...
- PINA: Olvidalo... Vamos a la alcoba, que quiero que veas al nene, es un primor... (*Se levantan las dos. Pina mira*



*el sofá mojado*) Celedonio, háblale a un albañil, creo que el techo se gotea... El sofá está lleno de agua... Ven, querida, ahí platicaremos algo íntimo.

PALOMA: (*Camina a la puerta de la derecha. La abre*) Ay, esto era lo que yo necesitaba...

PINA: Por aquí, querida, por aquí, por esa puerta se va al WC.

PALOMA: Ya decía que el cuarto estaba muy pequeño para que fuera tu alcoba... Vamos, pues...

PINA: Estaba pensando que organizando un *té* canasta, o una fiesta navideña pro niño pobre podríamos comprar la televisión que nos hace falta...

PALOMA: O gatos nuevos para nuestro soñado abrigo de ocho metros de cola... Con permiso, Celedonio.

PINA: No le hables...

CELEDONIO: Pase usted, doña Primavera.

PALOMA: Paloma del Campo.

CELEDONIO: Perdón, Amapola del Camino.

PALOMA: Grulla del Cerro... Oh... Paloma del Campo... (*Mutis*)

PINA: (*Sobándole la espalda a Paloma*) Ya pasó, ya pasó... (*Mutis*)

CELEDONIO: Ya me muero porque termine el Primer acto para darle su merecido... (*Tocan a la puerta. Aparece Chagua. Celedonio le toca la joroba*)

CHAGUA: Al ataque... ya me equivoqué... No me toque... Ya estuvo suave, patrón... Caray, ya no respetan a una...

CELEDONIO: A poco no te gusta...

CHAGUA: No me esté insinuando nada que soy mujer decente. Con permiso, que tocan. (*Camina. Se detiene*) Sátiro... (*Sale. Aparece Quirino*)

QUIRINO: Señor, su baño de rosas.

CELEDONIO: Luego voy... (*Cuando Quirino va saliendo*) Oye, Cuasímodo, ven acá. (*Quirino regresa*) Si ves a una mujer por ahí, con un tocado marciano, le dices de

mi parte que si nunca le han dicho que se parece a un descarrilamiento.

QUIRINO: Sí, señor... (*Mutis. Entra el doctor. Chagua mira a Celedonio*)

CHAGUA: Camellícida. (*Mutis*)

DOCTOR: (*Tendiéndole la mano*) Amigo, buenas tardes. He recibido su llamado. Presto estoy a estrangularlo en nombre de Hipócrates.

CELEDONIO: Pues mire, señor Hipócrita.

DOCTOR: Doctor Culebro.

CELEDONIO: Bueno, señor Anacondo, mi problema es éste. Estoy loco, loco, ¿comprende? Y si no lo estoy me estoy volviendo... La actual situación familiar que impera en esta casa me exaspera, señor diputado y no paso a ser abuelo de mí mismo. He recurrido a usted, ingeniero, porque mejor quiero morirme.

DOCTOR: Morirse. Ha hecho usted muy bien en llamarme. Soy de los médicos mejor acreditados de la ciudad. Yo, Arnulfo Culebro, durante más de veinticinco años he estado aplicando mis tratamientos personales a todos mis pacientes sin haber recibido jamás la menor reclamación de ninguno de ellos. ¿Qué demuestra eso?

CELEDONIO: Que los muertos no hablan, señor Víbora.

DOCTOR: Culebro.

CELEDONIO: Mil perdones, señor contador. Pero siento enloquecer... Una solución: matar a mi esposa, origen y causa de todos mis males. Me es insoportable, además, no paso a ser abuelo de mí mismo. Y luego si Violeta, hija de mi esposa y esposa de mi padre, llega a tener un hijo, el niño será mi hermano puesto que será el hijo de mi padre, aunque también será hijo de la madrastra de mi esposa y por lo tanto su nieto haciéndome a esto a mí, abuelo de mi hermanastro. ¿Comprende usted? Dígame, por favor, cómo puedo

volverme loco y asesinar a la vieja con garantías, eso se usa, ¿verdad? Loco, loco...

DOCTOR: Cállese usted... Voy a estudiar concienzudamente su caso y ya me comunicaré luego con usted...

CELEDONIO: Sin perder tiempo... (*Aparecen Pina y Paloma*)  
Porque si no, aquí habrá... (*misteriosamente*) sangre y muertos... mucha sangre y muchos muertos...

PALOMA: ¿Sangre? ¿Muertos? (*Se desmaya como costalazo*)

PINA: (*Grita*) Doctor, por favor. Es que es muy sensible la ruca, digo, mi amiga.

*Paloma es conducida al sofá y al caer sobre él se levanta de un salto y da un grito.*

PALOMA: ¡Aaaayyy!

PINA: ¿Qué pasa, Paloma?

PALOMA: Ay, no sé. Ahí... (*Señala el sofá*)

CELEDONIO: (*A Pina*) Perdona, querida. Olvidé quitar las tachuelas con que clavé esta mañana la tela de alambre. Perdone usted, Guajolota.

PALOMA: ¡Paloma! Ay, señora, qué vejaciones, soy una incomprendida. (*Se acerca el Doctor y la toma de los hombros*)

DOCTOR: Calma, señora.

PALOMA: (*Rectificando*) Señorita... (*Emocionada*) Oh, un hombre... (*Suspira*) Ay, cuánto me gustaría ser víctima de un accidente.

DOCTOR: ¿Por qué?

PALOMA: Pues para ser cuidada y atendida por esas encantadoras manos fuertes y velludas.

DOCTOR: De verdad que tendría que ser un accidente muy raro, soy especialista en gorilas. ¡Con rabia!

PALOMA: Ay, me desmayo...

PINA: No sería acertado...

PALOMA: No merecen estas gentes que un desmayo tan sexy como el mío... Vamos, Pina... (*Pina la abraza y van saliendo*) Luisa me contó que tú le contaste el secreto que yo te dije que no le contarás.

PINA: Verás, yo le dije que no te contara que se lo había contado.

PALOMA: Oh, bueno. No le cuentes que te he contado lo que me contó. (*Mutis de ambas*)

DOCTOR: ¿Quién es ese esperpento?

CELEDONIO: Una chica del siglo pasado cuya única gloria reside en haber sido limpiabotas de Alfonso XIII.

DOCTOR: Está feíta, ¿eh?

CELEDONIO: Parece que puso todo su amor y voluntad en serlo.

DOCTOR: Buena broma que le he jugado.

CELEDONIO: Dice ser una eterna incomprendida. El mundo, por lo que veo, está lleno de incomprendidos. Yo, tú, él, nosotros, todos somos unos incomprendidos... Y volviendo, doctor, si mi padre no viene pronto del África, fenezco, me acadavero, me defuncio...

DOCTOR: ¿Está su padre en África?

CELEDONIO: Dadas sus pocas posibilidades de tener éxito en su reciente matrimonio por cuestiones de corriente, pilas apagadas, baterías descargadas, etc., usted comprende... Fue al África, considerando que las glándulas de mono que se venden actualmente en el mercado están muy adulteradas; fue él personalmente a matar changos para hacerse de una buena cantidad de glándulas puras.

DOCTOR: Pero es que... Yo no considero a su padre tan ignorante como para no saber que para llegar a obtener glándulas, es necesario que éstas pasen de su estado natural por una serie de procedimientos químicos.

CELEDONIO: Mi padre es un químico-biólogo eminentísimo. Se llevó todo un laboratorio. Él las quería puras... Lo que temo, señor almirante, es que tenga un hijo porque... No, el acabóse, la infamia de los dioses...

DOCTOR: Cállese. Si su padre ha ido hasta el África para buscar glándulas de mono auténticas para rejuve-

necerse y lo demás... allá él, usted no tiene por qué hacerse la vida imposible. Ya estudiaré su caso y procederé de acuerdo con lo que me dicte la conciencia.

CELEDONIO: ¿Tienen conciencia los médicos?

DOCTOR: Este... pues... Con permiso. Celedonio... mi secretaria le pasará después la cuenta... hasta luego...

CELEDONIO: Hasta luego, señor Serpiento.

DOCTOR: Víbora... Oh, Culebro, por favor... (*Mutis violento*)

CELEDONIO: Tan inepto como todos... ¿Qué hago, qué hago?  
(*Entra Quirino*)

QUIRINO: Báñese, señor...

CELEDONIO: Bañarme, no... Enloquecer es lo que quiero...  
Haga lo de la tortuga, dijo el doctor, críe concha.

QUIRINO: O haga lo de Fructuoso, despierte a la señora.

CELEDONIO: El hábito no me lo permite. Ya me acostumbré a las películas de horror. Tengo que madurar el plan para matar a la vieja, sólo así podré deshacerme de todos estos problemas de parentesco, tengo que matarla, tengo que matarla...

QUIRINO: ¿Me permite el señor un consejo?

CELEDONIO: Pero que sea original.

QUIRINO: En mi pueblo...

CELEDONIO: No, nada de pueblo...

QUIRINO: Espere. A una señora le metieron bajo la cobija un cargamento de ratones, luego en el vaso de agua que ponía en la cabecera, un sapo; dentro de las pantuflas, hormigas, y chile en los lentes... Usted imagine que al levantarse con aquel ratonerío en el camión, va y toma un trago de agua para el susto y se traga el sapo, va a ponerse las pantuflas y le pican las hormigas y se enchila los ojos con los lentes... Ya lo único que le queda hacer a usted es meterle la pierna al llegar a la escalera.

CELEDONIO: No, quiero algo más macabro... Tengo que matarla... (*Entra Pina*)

PINA: ¿A quién vas a matar, Celedonio...? (*Mutis de Quirino*)

CELEDONIO: (*Haciéndose el tonto y como queriendo agarrar algo con las manos al aire*) Nada, vieja, una mosquita, una mosquita.

PINA: Ahora que me he cortado el pelo no parezco una mujer vieja, ¿verdad?

CELEDONIO: No, querida. Pareces un hombre viejo.

PINA: Ay, odioso. Tengo ganas de que siquiera me echases un piropo de vez en cuando

CELEDONIO: Pasilla. Ciruela.

PINA: Ay, ¿así de dulce?

CELEDONIO: He dicho ciruela, pero seca. Y así de arrugada.

PINA: Mono, mono...

CELEDONIO: Gorila.

PINA: Y a propósito de gorilas, recibí carta del África.

CELEDONIO: ¿África? ¿Has dicho África?

PINA: Llegan Violeta y su flamante marido, mañana. Me cuenta que las glándulas de mono le han sentado estupendamente a su marido y va a tener un hijo, ¿te das cuenta? Un nieto, siendo yo tan joven...

CELEDONIO: No. El fin, esto es el fin...

PINA: Pero qué te pasa, qué tienes, vidita...

CELEDONIO: Nada, muertita, digo, mi vida... Anda, ve a preparar tu ataúd, digo, tu recámara, para cuando lleguen. Pronto, vete, antes de que...

PINA: Sí, antes de que despiertes a la criatura con tus gritos. Ya me desquitaré a la noche.

CELEDONIO: Ah, noche cómplice, noche que invitas...

PINA: (*Entrecerrando los ojos*) Al romance.

CELEDONIO: Al asesinato... (*Pina sale corriendo. Tocan a la puerta. Entra Chagua, sacándole la vuelta a Celedonio*)

CHAGUA: Ahora no se te va a hacer, sadomasoquista, masoquista, sádico...

CELEDONIO: Ni que estuvieras tan linda.

CHAGUA: Pues *ai* nomás, la princesa del Nilo...

CELEDONIO: Sí. Por la joroba. (*Sale Chagua*) Cómo no me casé con la camella, hubiera sido mejor, más placentero... (*Entra Chagua*)

CHAGUA: Asco, no tengo complejo de niñera. (*Mutis*)

CELEDONIO: Es cierto. Yo tampoco, complejo de zoológico. (*Entran Dominguito y Becerro*)

CELEDONIO: (*A Becerro*) Amigo Toro. ¿Cómo está usted?

BECCERRO: Bien, pero debo recordarle que mi apellido es Becerro.

CELEDONIO: Perdón. Debí notar la falta de cuernos. Viernes, ¿tan temprano de la escuela?

DOMINGUITO: ¿Por qué me cambias de día?, me llamo Domingo.

CELEDONIO: Han de perdonarme la manía de olvidarlo todo.

BECCERRO: Encontré a Domingo en el camino de la escuela. Había perdido el autobús. Me aproveché de eso para venir a saludarlos. ¿Cómo está el nene? ¿Y la señora?

CELEDONIO: Bien. La señora, bien. Por ahora. (*A Dominguito*) A ver, cuéntame, Jueves, ¿cómo saliste en los exámenes?

DOMINGUITO: Bien, tío. Me tocó un profesor muy atento y religioso.

CELEDONIO: ¿Religioso?

DOMINGUITO: Sí. A cada contestación mía levantaba los brazos al cielo y exclamaba: «Dios mío».

CELEDONIO: Malvado muchacho, eso quiere decir que saliste pésimamente mal. Ya me decía mi hermano Ramiro... (*A Becerro*) Ramiro se llamaba su padre, este escuincle lo mató a puro disgusto.

DOMINGUITO: ¿No soy un niño adorable?

BECCERRO: Y moderno, ante todo... Pero los métodos de regañar a los niños no van con la época. Aplique usted la psicología infantil del profesor Colón... Con persuasión, afecto... Observe. (*A Dominguito*) ¿En qué ocupas las horas que no estudias, Domingo?

DOMINGUITO: Como nunca estudio, me paso todo el día haciendo resorteras para matar pájaros.

BECERRO: (*Complaciente*) ¿Y qué otras cosas haces?

DOMINGUITO: Me voy de excursión con otros chicos.

BECERRO: ¿Y qué más?

DOMINGUITO: Ah, pues cuando voy de excursión y no tengo resortera... me quedo atrás con una niña y cuando nadie nos ve le levanto el vestido...

CELEDONIO: Miércoles, ¿qué es eso?

DOMINGUITO: Y le quito las resorteras de los calzones... ¿No soy un niño adorable?

BECERRO: En efecto.

CELEDONIO: Señor Vaca, no exageremos.

BECERRO: No me cambie de sexo.

DOMINGUITO: Oye, tío, tengo también la boleta de examen. Pero no te la voy a enseñar hasta que me digas antes, qué quiere decir un RE antes de la palabra.

CELEDONIO: Pues significa más, doble, por ejemplo (*con afecto*) re-fuerte, significa muy fuerte, re-bueno, muy bueno.

DOMINGUITO: Entonces me tranquilizo. Porque la boleta dice Re-probado.

CELEDONIO: Ay, si yo pudiera...

DOMINGUITO: (*Al entrar Pina*) Momia a la vista.

PINA: (*Al ver al señor Becerro*) Ah, el señor Toro.

BECERRO: Becerro, señora.

PINA: Bueno, usted debe ser el mismo, pero como no le veía desde que estaba joven...

DOMINGUITO: Tía, ¿por qué el señor Becerro tiene tan poco cabello?

PINA: Porque piensa mucho.

DOMINGUITO: Y tú, ¿por qué tienes tanto?

PINA: ¿Por qué?... Vamos, a lavarse las manos para cenar... no preguntes tonterías...

DOMINGUITO: ¿Lavarme las manos? No presumas. Si tú misma me dices que la cáscara guarda el palo.



PINA: Niño.

DOMINGUITO: Anda, no te hagas, si aquella vez, cuando ibas a ir a la ópera le dijiste a Violeta: «Hija, ¿nos lavamos las manos o nos ponemos los guantes?»

PINA: Vamos, vamos... (*Mutis de Dominguito*) No le hagan caso...

CELEDONIO: Los niños y los borrachos dicen la verdad.

BECERRO: Inevitablemente...

PINA: (*Tose*) Sabe usted, señor Becerro. Mi hija llega pronto. Viene a tener su hijo aquí, conmigo. (*Celedonio se desmaya*)

PINA: Quirino, Quirino... (*Entra Quirino*) Quirino, un médico.

QUIRINO: Sí, señora, un médico y todo, como al señor le gusta. (*Mutis de Quirino. Pina abanica desesperada a Celedonio*)

BECERRO: Bueno, señora, perdone que los ignore, me marcho, imagino que el momento no es propicio para ninguna clase de conversaciones. Adiós, vendré a saludar a su suegro y yerno.

PINA: Hasta luego, señor Semental.

BECERRO: Becerro... (*Mutis violento. Entran Chagua y Dominguito*)

CHAGUA: Jesús.

DOMINGUITO: Azotó la res.

CHAGUA: No. La res está con el abanico...

PINA: Celedonio, amor mío, despierta, tienes que estar bien para cuando nazca nuestro nieto. (*A Chagua y Dominguito*) Pero qué hacen ahí parados, con todo el zaguán abierto, hagan algo, traigan agua, alcohol, cualquier cosa líquida.

DOMINGUITO: ¿Le traigo cerveza?

PINA: Tú ve a ver si viene Quirino con el doctor... (*Sale Dominguito. Mutis de Chagua*) No quiero enviudar por segunda vez, Celedonio... Así murió mi primer ma-

rido. De un síncope... Yo le dije que no entrara a mi cuarto porque acababa de salir del baño y él se obstinó... Vida, mi vida, despierta... (*Entra Chagua con un vaso de agua y Pina se lo bebe de un golpe. Entra Dominguito*)

DOMINGUITO: Ahí viene Quirino, con cuatro señores vestidos de negro, en un carro largo y negro también, están bajando un estuche, de esos para morir.

PINA: (*Se levanta*) Habrán sufrido una lamentable equivocación. No será aquí. Será para la casa de en seguida.

DOMINGUITO: No, tía, es para ésta... ¿No serán los del museo que vienen a invitarte a una función de beneficio? (*Entra Quirino*)

QUIRINO: (*Trae un cajón de muerto sobre la espalda. Lo coloca en el sofá*) Ya vine, señora, afuera está el sacerdote, el notario, el sepulturero y el embalsamador. Ha de saber la señora que anticipándome a los deseos del señor, a quien le gusta hablar poco, he traído hasta la caja de muerto. Ya puede irse de vacaciones.

PINA: ¿Pero qué has hecho?, oh, Dios mío, una caja de muerto... (*Se levanta Celedonio*)

CELEDONIO: Será de tu medida, Pina... (*Saca una cinta y empieza a medirla*) Muerto, muerto...

PINA: ¿Qué insinúas, qué pretendes, qué quieres, qué anhelas, qué deseas, qué intentas, qué sugieres?

CELEDONIO: Insinúo, pretendo, quiero, anhelo, deseo, sugiero, intento, *matarte*... ¿Nunca te han matado?

PINA: (*Horrorizada*) No, Otelo de bolsillo, tu Desdémona no te ha faltado en lo más mínimo.

CELEDONIO: Desdémona no estaba tan arrugada... Voy a matarte, por fin voy a libertarme de tu yugo... (*Chagua y Quirino se abrazan*)

DOMINGUITO: Yo le diré a esos señores que esperen, tal vez se necesite otro cajón... (*Mutis*)

PINA: ¿Corro?

CELEDONIO: Todas las asesinadas corren antes de morirse,  
¿qué esperas?

PINA: Espero que me digas, «muere, muere...»

CELEDONIO: Muere, muere... (*Pina sale corriendo*) Espera,  
quiero matarte aquí...

PINA: Hay que privar al público de ese placer, alcánzame,  
tú traes la roña...

CELEDONIO: (*Haciendo mutis*) Me pondré crema como tú...  
(*Mutis. Tocan a la puerta. Quirino y Chagua, que han  
permanecido abrazados, se miran, lanzan un alarido de  
pavor y se separan. Chagua va a abrir, entra Dominguito*)

DOMINGUITO: Afuera está un hombre panzón, los sepultu-  
reros huyeron...

QUIRINO: Ayúdame con el cajón. (*Dominguito y Quirino hu-  
yen con el cajón por la puerta del fondo*)

PINA: (*Desde adentro*) Ay, mi cuello, suéltame, suéltame,  
no...

CELEDONIO: (*Voz*) Claro que sí, toma, toma...

PINA: Ay, mis ojos, los siento de cotorra...

CELEDONIO: Si los tienes...

PINA: Ay... Ay... Me tumbaste la peluca... Ay, mi pata de  
palo, ay, mis placas, mi ojo de vidrio...

CELEDONIO: Maldita... muere... ferretería ambulante. (*En-  
trando Chagua como si viniese precedida de alguien*)

CHAGUA: La señora está arriba, perdonen que no baje, es-  
tán ahora sacándole sus harapos al sol...

*Telón rápido.*

*Fin del Primer acto.*

## SEGUNDO ACTO

*Al día siguiente. Son las diez de la mañana. Chagua, sentada  
a lo vamp sobre el sofá, sujeta una lista de nombres en su mano  
derecha. Viste pieles, y lleva una flor enorme en la cabeza.*

CHAGUA: (*Marcando un número*) ¿Tintorería La Sensitiva?... ¿Sí? ¿Bueno? Hablan de casa de Agri... No, qué agripada ni qué cuero de gato... Habla la gata de los cueritos, quiero decir, habla la dama de compañía de la señora Agripina Topete... ¿Cómo que cuándo, gato? No se mande, no se mande, ¿o qué, acaso le he echado unos ojazos cuando paso por ahí?... Ande, ande, remilgoso... Cómo que jomitas... Ya quisiera, ya quisiera... *pos* este... (*Cuelga*) Madre de más de cuatro... (*Vuelve a marcar el número*) Oh, ¿*Le Sensitive?*... *Oui, oui, Monsieur...* Yes, Chagua *at pone...* Manden su mugrosa carcacha por unas garras a la calle de Arquímedes, 896... ¿Mi número de teléfono? Éjele, éjele, qué dijo, ya le dio el teléfono la reina... Hereje... (*Cuelga*) Bueno, ya he hablado a 9 partes, que la carnicería, que la lechería, que la panadería, que la *Mexican Curios* de Edelmira, que Paloma, ay, ¿he dicho Paloma? (*Con asco*) Uf, si esa es paloma yo soy ave del paraíso... Bueno, sólo me falta ahora telefonar a mis cuatachas... (*Marca un número*) ¿Bueno? ¿Despacho de la señora Pelencha? ¿Abarrotes, mensa? Claro, tonta, despacho, pero de mercancías, sí, el changarro de la fodonga de Pelencha. Hola, chulita, estoy sola en casa, visto un vaporoso *negligée* negro y fumando espero al hombre que yo quiero... A poco... ¿Que al Melquiades se lo despachó Artidoro de un garrotazo? Ay, no me digas que por la incendiaria de Ataúlfa... Sí, incendiaria, porque a donde quiera que va saca chispas del piso con las uñas... Qué lástima... ¿Que Argentina le acabó el metate en la cabeza a Lola?... (*Se oyen pasos*) Ay, chulita, más tarde te hablo, ahí viene alguien... Adiós, adiós, ¿eh?... (*Cuelga*). *Entran don Gumaro y Celedonio por la puerta del fondo, abrazados. Chagua se quita la flor y la pone en el florero y avienta las pieles bajo la mesa de centro*)

GUMARO: (*Mientras Chagua se lleva la piel y la mete a las habitaciones de la derecha*) Aquella aventura africana fue maravillosa, auténtica, a lo Walt Disney.. Si tú hubieras visto con qué precisión apuntaba procurando darle siempre al mico en el corazón, con qué precisión apuntaba, total, para darle siempre en otra parte que no era precisamente el corazón... Con qué galanura, con qué desplante, con qué chicuelinas y verónicas, qué pases, qué tronío, olé, los leones rugían como un público deslumbrado, y yo era el buey, quiero decir el toro cazando micos... Ah, si tú hubieras visto aquello... El sólo recordarlo me infunde nuevos ánimos, y he de volver... (*Sale Chagua del privado y por el otro lado entra Quirino*)

CELEDONIO: Pero si no necesita usted ir al África para cazar monos... (*Señalando a Chagua y a Quirino*) Mire nomás... (*Mientras Quirino permanece quieto a la entrada y Chagua espera la acometida*) Observe usted que ambos pertenecen a la rama del *Semnopithecus chrysomalas*...

GUMARO: Yo diría que éste (*señala a Quirino*) pertenece al *Cercopithecus cynosurus* y griseo-viridis y la otra, aunque un poco encorvada, tiene cara de mandril *Cynocephalus mormon*...

CHAGUA: (*Haciendo mutis*) También hay monos barrigones. (*A Gumaro*) Y si no le gusta ahí le va otra... *Macrorhinus proboscideus*... (*A Celedonio*) Y usted no es más que un *Oribos moschatus*... Bah, de cuándo acá se me crimina, quiero decir, *descrimina*... (*A Quirino*) ¿Y tú, qué me ves?, ¿tengo changos en la cara?

QUIRINO: Los changos no pueden tener changos en la cara... (*Mutis*)

CHAGUA: ¿Por qué se me ha declarado la guerra? He de quejarme a mi sindicato... Bah, ¿qué se está creyendo que nomás usted (*a Gumaro*) sabe zoología, an-

tropología y todas esas chivas? Qué me dura usted, viejo *Ahacochoerus athiopicus*... (*Mutis*)

GUMARO: Gran Dios, esta mujer es una eminencia, pero qué grosera... Acaba de decirme puerco verrugoso... Después de haberme llamado elefante marino y a ti, je, je... buey... Qué *eruditez* para expresarse científicamente... (*Transición*) Pues bien, hijo, volviendo al asunto del África, aunque parezca que estamos en ella, en 10 meses me hice de una respetable cantidad de glándulas de gorila, auténticas, genuinamente auténticas. Las que se venden en el mercado están muy adulteradas, acusan un tremendo déficit de *testicarbobydratos*... Bueno, tú no comprendes... Vale más, como vulgarmente se dice, arrancar la fruta de la mata. Ahora, parece que las glándulas no me han defraudado, me siento joven, joven, casi un niño...

CELEDONIO: Por favor, padre, no me vaya a salir ahora con que se siente mi hermano, porque entonces yo sería... no, no...

GUMARO: No, no tanto, pero mi hijo, que esta noche ha de llegar al mundo, confirmará que la experiencia emprendida será todo un éxito... (*Al ver el abatimiento de Celedonio*) Pero, ¿qué te pasa, hijo? En vez de alegrarte con mi feliz retorno te veo abatido y melancólico. ¿No crees que siquiera por ética debes mostrarte alegre cuando yo lo estoy...?

CELEDONIO: (*Sin escucharlo*) Ese hijo será... No, Dios mío, la muerte, la muerte...

GUMARO: (*Acercándose*) Tú tienes algo, hijo, ¿has fracasado en tu matrimonio?, ¿es cosa más personal? Mira, todavía me quedaron unas pocas intravenosas de glándulas...

CELEDONIO: No, no... Es el matrimonio, padre... Ha sido un fracaso.

GUMARO: ¿Te tocó acaso una mujer muy astuta?

CELEDONIO: No, más que eso, mi mujer es como una bacteria.

GUMARO: Algunas mujeres son como ciertas enfermedades, se meten en nuestra vida sin saberse cómo y luego no podemos deshacernos de ellas en ninguna forma, excepto... por la muerte...

CELEDONIO: Eso... Eso... He sido un ciego, un tonto...

GUMARO: (*Razonando*) El matrimonio es una institución. El matrimonio es amor. El amor es ciego. Luego, el matrimonio es una institución para ciegos... No debe preocuparte eso, búscate un buen perro que te lleve de un lugar a otro...

CELEDONIO: Y es por los líos de parentesco, no bromeé usted, desde que usted y yo nos casamos con hija y viuda, respectivamente, la duda me tortura, la confusión me abate.

GUMARO: Hijo, soy feliz yo, eso debe hacerte feliz a ti también.

CELEDONIO: Yo resulto ser abuelo de mí mismo... Oh, padre, morir es lo único que puedo...

GUMARO: No... Todavía no... Ya vendrá la calma, veras qué final de Segundo acto tenemos... (*Tocan a la puerta. Aparece Chagua. Al verla don Gumaro, impresionado por su carita de aborigen, le grita en náhuatl*) «O nen nontlacat, o nen nonquizaco, ye nican in tlalticpac. Ninotolinia. In manel nonquiz, in manel nontlacat, ye nican in tlalticpac...» (*Chagua lo mira arrobada. En su lengua de origen ha oído que alguien le dice: «En vano he nacido, en vano he llegado aquí a la tierra. Sufro, pero al menos, he venido, he nacido en la tierra»*)

CHAGUA: (*Patética*) «Ah nochipa tlalticpac, zan achica ye nican. Tel ca chalchihuitl, no xamani. No teocuitlalt, in tlapani, no quetzalli, in poztequi Ohuaya. Ah, nochipa, tlalticpac, zan achica ye nican...» (*Queda en pose de trágica*)

GUMARO: Maravilloso, maravilloso... (*Repite el fraseo*) «No para siempre en la tierra, tan sólo un breve instante. Si es esmeralda, se rompe. O si oro, se quiebra, o si plumaje de quetzal, se rasga. No para siempre en la tierra, tan sólo un breve instante»... (*Aplaude*) Maravilloso, maravilloso... (*Serio*) Pero abra la puerta, abra la puerta... (*Sale Chagua. A Celedonio*) Este camello es una joya, una joya... La asalté con el fragmento 10. Línea 7, de los *Cantares Mexicanos* y ella me atacó con el fragmento 17, línea 15, del mismo manuscrito... Qué mujer... (*Entra Chagua*) Pero qué mujer...

CHAGUA: Paloma del Campo y el señor Amado Becerro... (*Entra Paloma*)

GUMARO: Qué mujer... qué mujer...

PALOMA: Gracias, gracias... (*Mutis de Chagua. Gumaro y Celedonio se levantan. Ah, porque estaban sentados. Paloma le tiende la mano a Gumaro*)

PALOMA: Distinguido gorila.

GUMARO: (*Saludándola*) Envejecida ave. (*Paloma va y se le repara a Celedonio. Mientras, Becerro saluda a Gumaro*)

GUMARO: Excelentísimo rumiante.

BECERRO: Honorabilísimo simio. (*Todos se sientan. Como pueden. Pero se sientan*)

GUMARO: (*A Celedonio*) Pero si no debí ir hasta el África, como dices tú para ver animales. Camellos, becerros, palomas...

PALOMA: Y elefantes...

GUMARO: (*Risa de utilería*) Se conjuntan esta noche para dar la bienvenida a mi hijo...

PALOMA: No hemos querido perdernos un solo minuto más la llegada del futuro hijo de las selvas... ¿Cómo está la parturienta?

GUMARO: ¿La qué?

PALOMA: La parturienta.



GUMARO: Pues creo que haciendo eso.

CELEDONIO: El doctor y mi esposa atienden a Violeta, así que perdonarán su ausencia.

PALOMA: Ay, la aceptamos de mil amores... (*Los mira a todos*)  
Ay, una muchacha entre tres hombres... Ay, cómo quisiera estar en una isla desierta...

BECERRO: ¿Sola? Paréceme que sí...

PALOMA: Ay, debo de estar horrible... Y yo que me dije, Palomita, tienes que ir al salón de belleza, pero no se horroricen, esta tarde voy con la cultora y ya verán cómo quedo linda...

GUMARO: Va esta tarde, bueno, hoy es 20 de noviembre, entonces no la volveremos a ver hasta Año Nuevo, ¿verdad?

PALOMA: (*Alarmada*) ¿Por qué?

GUMARO: Creo que sólo hasta entonces la dejarán un poco arreglada.

BECERRO: (*Metiendo barullo*) Es verdaderamente increíble que las glándulas de mono hayan obrado tal milagro. No es que yo insinúe que es usted viejo... (*Don Gumaro carraspea*) Hay gente más vieja...

PALOMA: (*Cantando*) «Existen aves que cruzan el pantano y no se manchan, mi plumaje es de éstos...» (*Entra Quirino con una pistola. La pone sobre la mesa*)

PALOMA: Una pistola...

CELEDONIO: No se asuste, Miss, que la víctima no será usted... ¿Has limpiado bien el arma, Quirino?

QUIRINO: El señor me ha pedido la pistola y debe juzgar que va cargada y hasta lleva una nota de «no se culpe a nadie de mi muerte».

CELEDONIO: Gracias, Quirino...

PALOMA: (*A Quirino*) Yuju... (*Mutis de Quirino*) Es un mozo muy simpático, la otra vez me dijo que yo tenía el impacto de un descarrilamiento, así de explosiva juzgaba mi belleza, ya lo decía yo...

CELEDONIO: ¡O así de espantosa? (*Examina la pistola. Paloma se sienta entre Gumaro y Becerro y haciéndose la miedosa se abraza a los dos*)

BECERRO: Pero es que el diablo puede tocarle la mano y el arma dispararse.

CELEDONIO: Deje de alarmarse, señor Cordero.

PALOMA: Becerro...

GUMARO: Señorita, tenga la amabilidad de cambiar de asiento, tengo un olfato finísimo...

*Paloma, indignada, se levanta y se sienta en uno de los sillones.*

PALOMA: De mejores carpas me han corrido.

GUMARO: Perdone usted, señora Vaca.

PALOMA: Paloma.

GUMARO: Y volviendo al asunto de la serenidad, no doy a manifestar nerviosidad porque no la tengo... Espero que éste no sea el primero ni el último hijo... Soy muy feliz, señor Palomo, muy feliz...

BECERRO: Becerro...

CELEDONIO: Dígame, Paloma... (*Deja la pistola sobre la mesa*)  
¿Nunca ha participado en una carrera de galgos?

PALOMA: Sólo como simple espectadora. Odio las velocidades...

CELEDONIO: No era mi intención decirle que como corredora.

PALOMA: No era su intención, pero lo dijo... (*Se oye el llanto de un niño y un alarido*)

GUMARO: ¡Mi hijo!...

CELEDONIO: ¡Mi perdición!... (*Paloma y Becerro corren tras el señor Gumaro, que espera anhelante en el área izquierda del escenario. Aparece el doctor despavorido*)

GUMARO: Dígame, doctor.

DOCTOR: Calma, amigo.

PALOMA: ¿Qué fue, niño o niña?

DOCTOR: Todavía no lo sabemos.

BECERRO: ¿Cómo?

DOCTOR: Pues mire usted, todavía no sabemos, porque la criatura pegó un salto y no hemos podido hacer que se baje de las cortinas... *(Paloma se desmaya y nadie la levanta)*

DOMINGO: *(Gritando)* Tiene cola, tiene cola...

PALOMA: *(Se levanta)* Lástima de desmayo, tan ensayado que lo tenía... *(Entra a la habitación íntima de la derecha)*

DOCTOR: Yo los dejo, primero que todo está mi reputación como médico y no voy a dejar que lo manche un gorila. Buenas noches...

GUMARO: *(Saliendo tras el doctor)* Espere. *(Mutis de ambos. Celedonio se coloca la pistola en la sien. Entra Pina)*

PINA: ¡Cuidado! *(Becerro le arrebató la pistola a Celedonio. En las habitaciones de la derecha se oye el inconfundible alarido de Paloma, que sale corriendo)*

PALOMA: Ahí, ahí está el gorila, ahí, me he sentado encima de él... *(Entra Chagua. Celedonio cae abatido sobre un sofá)*

PINA: ¿Dónde, querida, dónde? No pudo haber salido tan pronto del cuarto.

PALOMA: Te digo que ahí está...

CHAGUA: Voy a ver...

PINA: Anda, Chagua... *(A Paloma)* Cálmate, chula. *(Aparece Chagua con la piel. Paloma da un alarido. Domingo desaparece)*

PALOMA: Ése es, me mordió.

PINA: Pero, querida, es la piel... calma, llévatela, Chagua... *(Entra Gumaro)*

GUMARO: *(Abatido)* Señor Dios, palomas, camellos, gorilas, culebros, no debí ir tan lejos para admirarlos... *(Llorando)* Las glándulas han sido un fracaso... debí excederme en *testicarbohydratos*... No, no, padre de un gorila... *(Llora. Entra Quirino. Celedonio llora también)*

QUIRINO: *(Mirando horrorizado a Gumaro)* Señor, se está usted llenando de pelos... *(Pina se abraza a Paloma)* Mire las manos; se le está estirando la boca, se le están saltando los dientes... *(Gumaro va haciendo instintivamente los movimientos que le ha señalado el muca-mo mientras se palpa incrédulo el cuerpo. Se levanta las mangas del pantalón, se ve peludo y da un grito)*

PINA: Yo me desmayo.

PALOMA: Yo primero...

PINA: Ándale, a la una, a las dos... *(Paloma se desmaya)* a las tres. *(Con pose de trágica cursi, Pina se desmaya)*

CELEDONIO: Padre... Oh... *(Se desmaya)*

QUIRINO: Señor... Oh... *(Se desmaya)*

BECERRO: Don Gumaro... Oh... *(Se desmaya)*

GUMARO: Soy un incomprendido. Me regreso a la selva con mis semejantes, soy un gorila, pero un gorila guapo y fornido...

PALOMA: *(Se levanta)* ¿Dijeron guapo y fornido? *(Grita. Al ver a Gumaro dando pequeños saltos hace mutis por la puerta de enfrente. Entra Chagua)*

CHAGUA: La señora Violeta se está poniendo peluda, pero peluda... *(Todos despiertan)*

PINA: Oh, una familia de gorilas...

PALOMA: Aquí nos toca correr, ¿verdad? *(Chagua corre por la puerta del frente)*

CELEDONIO: Primero las damas...

DOMINGO: Alguien baja las escaleras. *(Señala)* Miren qué cola... *(Todos los hombres salen corriendo. Pina y Paloma se quedan atrás)*

PINA: Esperen, esperen... tengan piedad de una pobre anciana.

PALOMA: Hasta que reconoces.

PINA: Lo dije por ti... *(Se oye un alarido. Salen las dos corriendo. Aparece Chagua con una maleta. Va cargada de pieles)*

CHAGUA: Tontos, me creyeron gorila cuando bajaba la escalera. A los otros los he encerrado en su alcoba...

VOZ DE GUMARO: *Aspetta, bambina, aspetta per me...*

CHAGUA: No, no, *arrivederchi squisitezza...*

*Telón rápido.*

*Fin del Segundo acto.*

## EPÍLOGO

*El escenario es el mismo. Las caras de Celedonio, Quirino y Dominguito están radiantes de felicidad. Sentados todos en el juego de sillones, toman una copa. Y para hacerle propaganda a la Coca-Cola, con la posible ventaja de que esta firma patrocine la temporada. Domingo toma una.*

CELEDONIO: Ah, ser feliz por primera vez... La emoción que experimento hoy sólo la he sentido después de una larga pesadilla...

QUIRINO: Me hubiera gustado que el autor de esta farsa hubiera colocado estatuas adornando esta sala y que al final del Segundo acto hubieran salido corriendo...

CELEDONIO: Buena puntada, pero el pobre Bohórquez es un pobre comediógrafo de poco seso y cero imaginación...

DOMINGUITO: ¿Venderás la casa, tío?

CELEDONIO: No. Da igual...

DOMINGUITO: Ay, mi pobre abuelo, desde que salió como bólide, con orangutana y todo para el África, porque se consideró un incomprendido, no hemos vuelto a saber de él. Ni una letra... Porque imagino que los gorilas educados saben hasta escribir...

QUIRINO: La que se ha de ver preciosa es la señora Violeta.

DOMINGUITO: Tan joven... y... tan peluda. Y el chimpacé, quiero decir, el niño.

CELEDONIO: Fue mejor que se largaran... Estaban orillándose a la locura... Culebro, ¡salud!... con el mayor de los entusiasmos, pues la que salió primero como tapón de sidra fue la vieja...

QUIRINO: La última postal que nos envió para que no la olvidáramos venía del Tibet...

CELEDONIO: Un ambiente muy propicio para esa Buda cascada... Ah, ser feliz después de tanta angustia.

DOMINGUITO: ¿Por qué Chagua se fue al Sahara?

CELEDONIO: Quería romper el récord de almacenar agua por un tiempo en su adorable jiba... Tanto la sugestionaron diciéndole que era un camello que terminó por creerlo. Otra incomprendida...

DOMINGUITO: Y Paloma del Campo...

QUIRINO: La vi ayer... Sin flores ni nada.

CELEDONIO: Es que tenía que robarse éstas (*señala las de la mesa*) al final del Primer acto, pero se le olvidaron. (*Entra Becerro*)

CELEDONIO: (*Levantándose. Deja la copa sobre la mesa*) Qué tal, señor Becerro, ¿no nota usted algo?

BECERRO: Primero que todo, que usted ya no confunde los animales, digo, los apellidos, y luego que la casa ya no huele a jaula.

CELEDONIO: Volaron los gorilas.

BECERRO: ¿Volaron? ¿Los gorilas tienen alas?

CELEDONIO: No, señor, volaron, se fueron... ¿Gusta usted una copa?

BECERRO: No. No tomo... Vengo a comunicarles a ustedes que Paloma del Campo, nuestra anciana amiga, fue contratada esta mañana, después de haber estado luchando días enteros contra doscientos aspirantes.

DOMINGUITO: ¿Era artista? Nunca descubrió su talento. ¿Para cantar o bailar?

BECERRO: Para trabajar en Estados Unidos, pero como bracer. Sale a Texas esta tarde.

CELEDONIO: (*Tristón*) Era también una incomprendida... Pobre Paloma, era simpática después de todo.

BECERRO: Nada de tristezas, nada de tristezas... ¿Qué piensan hacer ustedes esta temporada? Creo que no se quedarán en casa con el carnaval encima.

CELEDONIO: Domingo está de vacaciones...

DOMINGUITO: De vacaciones voluntarias. Sabe, me corrieron de la escuela por inteligente, me puse a discutir con el profesor sobre la desintegración del átomo y perdió. Hasta el empleo.

BECERRO: La incompreensión...

CELEDONIO: Y... teniendo en cuenta que Quirino no tiene problemas, nos vamos los tres a Río de Janeiro. El carnaval en Río es el mejor del mundo. Quirino, baja las maletas... (*Mutis de Quirino*) Alcánzame el periódico, Domingo, leeré por última vez un periódico de mi tierra... (*Dominguito obedece*)

BECERRO: Estoy francamente sorprendido.

CELEDONIO: No...

BECERRO: Sí...

CELEDONIO: Digo que no puede ser... (*Leyendo*) Por acuerdo de Gobernación serán devueltos a este país los paisanos que se encuentren en el extranjero, ya que los pasaportes extendidos entre noviembre y enero contienen ciertas anomalías que es urgente corregir...

DOMINGUITO: Y... todos sacaron sus visas en diciembre, tío. (*Entra Quirino con las maletas*)

CELEDONIO: Vamos, Domingo, vamos, Quirino, saquen pronto las maletas... Prefiero todas las borracheras del mundo y las peripecias más peligrosas al martirio de vivir en un zoológico, que gruñan ellos, no han de robarme la libertad que tantas horas de tortura me costó alcanzar... (*A Becerro*) Y usted, señor Novillo... (*Salen Dominguito y Quirino*)

BECERRO: Becerro.

CELEDONIO: Perdone, pero es que la confusión. (*Entra Quirino*)

QUIRINO: Señor, ¿y el féretro?

CELEDONIO: Estás muy escaso de noticias, mi querido mozo, ya lo he enviado a Siberia, ahí se utilizan por millares.

BECERRO: Bueno... este... yo...

CELEDONIO: Vámonos, mi querida Vaca, a Río, con nosotros.

BECERRO: Pero es que yo no tengo...

CELEDONIO: Ande, la casa invita, de mi cuenta corren los gastos y los gustos... ¿Vamos?

BECERRO: Vamos.

CELEDONIO: Eso, así hablan los Toros... Quirino, cierra el telón y...

QUIRINO: Esperaré a que hagan mutis, señor...

BECERRO: Además, soy Becerro, no Toro.

CELEDONIO: Ande, unos años de diferencia, ¿qué son?

BECERRO: ¿Pero yo qué culpa tengo de que usted confunda?

CELEDONIO: Compréndame y verá... (*Mutis de los dos. Se oye una música lejana de zamba*)

QUIRINO: (*Plagiando a Shakespeare. Toma la copa de nuevo*)

La fiesta terminó. Nuestros actores

eran fantasmas todos, cual les dije;

y en el aire se han deshecho, en aire leve.

Y cual de esta visión fundada en viento

se disipó la fábrica ilusoria,

así las altas torres coronadas

de nubes, los espléndidos palacios,

los sacros templos, y el gran globo mismo,

se acabarán y cuantos de él disfrutaban,

y como este aparato hueco y mustio

ni rastro dejarán... Formados somos

de la materia misma que los sueños



*Patético*

y un sueño abarca nuestra breve vida.

*Se agarra de la cortina y con un ademán trágico dice.*

Romeo, Romeo. Voy a reunirme contigo, lo bebo por ti... *(Bebe y cae muerto)*

*Telón final.*

*Fin de la farsa*

# Nombre de perro

## Tragedia fársica en un acto dividido en dos jornadas

Para Ana María Meza Victorio  
y para *el Ester*,  
quien también se llama Jesús

### PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN EN ESCENA

- |   |   |
|---|---|
| Jesús: Hijo primero, el herrero, 25 años      | Doña Blanca: La madre de Jesús, José y Blanquita, 50 años                         |
| Francis: Panchofrancis, el galletero, 50 años | Blanquita: La hija, 19 años   |
| Juan: El pretendiente de Blanquita, 22 años   | Don Jesús: El padre, 55 años  |
| Lola: Mujer de José, 21 años                  | Carroloco: El orate, 30 años  |
| José: Hijo segundo, el carbrero, 23 años      | Un trío de guitarreros, que harán las veces de clientes del estanquillo o vecinos |
| Doña Chuyita: La abuela, más de 70 años       | Alba Lluvia: La maestra, 24 años  |

## ÉPOCA ACTUAL

*Lugar de la acción: El pueblo de Cúmapa, Sonora, en la región de los pueblos del Río, durante el mes de agosto, en la canícula, la víspera y el día de la Patrona del Villorio, Señora Nuestra de La Asunción.*

*Esta pieza es versión libre de un caso criminal acaecido en el pueblo de Aconchi durante los años cincuenta y que causara revuelo en su momento. Por tanto, las coincidencias son meras similitudes.*

## ESCENARIO

*El gran patio principal de una casa de familia clase media, en la que, circundándolo, se advierten:*

*Área arriba, ramada adosada a la tapia del fondo, encalada, en la que se ve, colgado de su correa, un radio estéreo portátil, y en algún otro lugar de la misma, una linterna de petróleo y aperos de labranza. Más al centro de la ramada, un yunque, una fragua, un marro, utensilios dedicados al oficio de la herrería, trabajo de Jesús. A la izquierda lateral de la ramada se abre un corredor adosado al muro principal de una casa que baja hasta el proscenio y termina en el estanquillo. El corredor da al corral, en la casa se abren dos ventanas y una puerta central; se ven sillas rústicas de respaldos y asientos de tarima, es decir, de cuero entretejido en cruces entreabiertas; una poltrona hecha del mismo material de baquetas; macetas con plantas de ornato y flores; si es posible una gran jaula con canarios chifladores, y, en otra jaula —ineludiblemente— el clásico perico hablantín, lépero y metiche y por ahí, elemento no precisamente decorativo, en algún lugar del foro al desarrollarse la Primera jornada, una estratégica bacinica despostillada.*

*Prolongación de la misma casa, ya en la calle, abierta al público (es decir, de frente al) próximo al proscenio vemos una*

*caseta construida con tablas, a la que se entra desde el interior de la casa, y al frente de la que se puede leer «Tanichinito», y debajo pasando el rústico mostrador, esto: Kendis, Sodas, Cigars, Chuchulucos, Pan de mujer, Chorizo casero, Lechi. El proskenio a toda su longitud es la calle, de la que habrá afluencia al patio de la casa o que será vía, de uno a otro extremo de la misma para los actores. A la derecha lateral de la escena puede verse una cerca de ocotillo con rústica puertecita por la que se llega al trascorral, a los chiqueros de los puercos, al encierro de las chivas y vacas, al gallinero, al excusado de hoyo, y por consiguiente, hacia los campos. La boca escena la componen, a uno y otro extremo, dos grandes y copiosos árboles que pudieran aparentar ser mezquites, fresnos o benjamins vetustas. Cuelga un foco del horcón transversal de la ramada del herrero y otro del ángulo donde la casa se junta al estanquillo.*

*Lados: Los del actor.*

*El perico no llevará créditos. Se robaría la obra.*

## JORNADA PRIMERA

*Es viernes. Va atardeciendo. Noche al final.*

### ESCENA I

*Jesús es alto, quizá un metro ochenta de estatura, esbelto, de musculatura armoniosa y firme, es «güero» tostado, de cabellera crecida y ondulada, bellas facciones, dura de expresión su cara. Viste pantalón de pechera que hace resaltar su figura garrida cuando golpea con el marro el hierro candente con el yunque. Canta el metal tundido, canta la fragua impulsada por el pie del gigantón, canta la lumbre de la labor, canta Jesús con la radio algo que interpretan Los Invasores de Nuevo León: «... eres la lluvia que enverdece la llanura, eres amor que con su*

fe me das la vida...» Aparece Francis, quien entra por el lado izquierdo de la escena, área del estancuillo, que se ve cerrado.

Francis es feo, desagradable, vulgar, de «rompe y rasga», chaparro, panzón, de escaso pelo sobre la mollera, pero se le advierten muchas alhajas de oro en los brazos, en el pecho, en las manos: esclava, anillos, cadenas y medallas, hasta un aretito de cruz en una de sus orejas, viste camisa blanca de dril tipo indígena, suelta sobre la cadera, calza sandalias de playa. Entra de la calle con caminar mujeril, mientras ensaliva sus dedos índice y pulgar y se retoca con ellos las pestañas. Con una mano en la cintura y la otra atrás sobre su nuca, entra hasta medio corral, dirigiéndose a Jesús.

FRANCIS: Aló. ¿Qué onda, Chucho?

JESÚS: (Interrumpiendo su labor voltea a mirarlo rencorosamente) Chinga tu madre. (Toma una cubeta vacía y abre la llave del agua para que el balde empiece a llenarse) Mira, Pancho...

FRANCIS: Francis, aunque te tardes un poquito.

JESÚS: Ya deja de estarme molestando, Panchofresco, me tienes hasta el gorro. ¿Qué chingados te pasa?

FRANCIS: Ah qué tú, si ya lo sabes. (Como que baila) Fuego, que vengan los bomberos que me estoy quemando.

Jesús cierra la llave del agua. Levanta la cubeta a casi llenar y arroja el contenido con fuerza en el rostro de Panchofrancis.

JESÚS: Pues apágate, viejotorrón.

FRANCIS: (Gritando) Miaaaaaau, seré la gata bajo la lluvia. Huyo despávora. (Desaparece del corral pero se oculta tras el árbol de la derecha. Regresando) Ya volví.

JESÚS: Con una chingada, ¿qué pedo te gorgorella, eh?

FRANCIS: Ay, eso. Tú dices.

JESÚS: No le hago a la mermelada.

FRANCIS: Y ¿qué querías, petróleo?

JESÚS: ¿Qué tanto buscas, Pancho, que te la zambuta?

FRANCIS: Házmela buena, Chucho.

JESÚS: A mí no me dices Chucho, me llamo Jesús.

FRANCIS: Me gustas un resto. Quiero contigo.

JESÚS: Con tu madre si la tienes.

FRANCIS: Pero si la chola no se gasta, nada más se moja.  
Ándale.

JESÚS: Puto.

FRANCIS: Y como el Ave Fénix vuelve a levantarse del res-  
coldo.

JESÚS: Mira, lárgate.

FRANCIS: Déjame hablar. ¿Qué tiene? Soy rico, mi galletería da bastante lana. Tendrías lo que quisieras tener. No andarías vestido tan garriento, como menonita. Y sólo con aventarte.

JESÚS: Mejor garriento.

FRANCIS: Mira, chingo de ropa del otro lado, botas, joyas, hasta una *picap* si te decidieras. (*Jesús lo agrade de un puñetazo. Francis cae al suelo*) Además escribo novelas.

JESÚS: Vete de aquí, si no te atrinco con el marro.

FRANCIS: Mejor pégame con la de hacer pipí. Si como atrincas te vienes...

JESÚS: (*Toma de alguna parte una vieja bacinica y le da con ella en la cara*) Pues te atrinco con la de miar... (*Lo levanta violentamente de la camisa*)

FRANCIS: Rico, rico, más.

JESÚS: Y ahora déjame tranquilo y lárgate a seguir galletando.

FRANCIS: (*Sacudiéndose la ropa*) Cuántos otros lo hacen, tú, con peores y en el río, hasta el Carroloco.

JESÚS: Yo no soy otros. Hay muchos batos en el pueblo como el Carroloco *pa'* que te la dejen ir.

FRANCIS: No te pongas batalloso; si se cogen a las chivas, a las perras, a las yeguas, a las burras, desde que se les para la chaira, ¿por qué no tú a mí? No me gustan los demás, tú no eres otros batos, hace mucho que quiero contigo, desde que eras conscripto. Serás mío.

JESÚS: Voy a volver a madrearte.

FRANCIS: Sí, pégame pero no me dejes.

*Jesús se lanza sobre Francis y le propina dos bofetadas.*

JESÚS: Joto pinchi.

FRANCIS: No, Chucho, en la cara no.

JESÚS: No me digas Chucho, te lo advertí. Ya sabes cómo me llamo.

FRANCIS: Ah'ñil, si hasta tienes nombre de perro, Chucho, Chucho.

*Patalea el suelo cómicamente, las manos en la cintura.*

JESÚS: *(Tomando a Francis de un brazo lo arrastra y va a aventarlo hasta la calle)* Vete a la monda.

FRANCIS: Pero a la tuya, abusón, abusón, y ai la dejamos, que al cabo me encantan los gustazos a pesar de los trancazos; y grandotes como tú, aunque me rompan los dientes, verdá de Dios. Pero acuérdate que la venganza trabaja sin hacer ruido. *(Inicia el mutis llorando afectadamente)* Y hay pero no pa' todos. Adiós, güey, por si el recuerdo mata.

JESÚS: Galletero pendejo.

PERICO: Ay turrún tun tun. *(Mutis de Francis)* Rrrrrr.

## ESCENA II

*Entra a escena Carroloco. Es un joven desquiciado, moreno, de estatura y complexión medianas, aparece siempre con sonrisa idiota que lo hace menos aprensivo y hasta inocente. Habla muy de prisa. Gesticula y sus ademanes son muy continuos y arrebatados. Su conducta de sentirse automóvil ya es bien conocida en el Villorio. Prende, acelera su motor, arranca, frena, enclocha para los cambios, patina, se atasca, se jalonea, se le acaba la gasolina, etc. Y hace los consiguientes sonidos; rugido de motor, cláxones, escape y así sucesivamente. Viste ropa de ciudad muy «apachucada», calza bostonianos o bota militar, sus pantalones*

*amplios los sostiene con tirantes, camina como Chaplin. Mirando a Panchofrancis que se aleja actuando como Andrea Palma en la escena final de «La Mujer del Puerto» rumbo al suicidio.*

CARROLOCO: *(Mientras Jesús reanuda su labor, indiferente)*

Congélese aí, aniyo e' cuero, que la necesidá obliga a la jedentina y no vaya a hacerse el remolón porque me lo atropello, maritones, que también dícese invertido, pederasta, maricielo, sodomita, ninfo, fileno, cacorro, bujarrón, lilo, corrompido, bardaje, nefandario, pervertido, mujercito, cachagranizo, jotito, desviado, tulatráis, leandro, putarraco, Adelaida, canco, firi, güey, mariquita, adamado, fémimo, fresco, órale que ai le voy, may kuin, qué culto soy, prrrrrrruummmm prrrrrmmmm pii piiiii...

*Sale aceleradamente detrás de Panchofrancis que sale de estampida.*

FRANCIS: Virgen del agarradero.

### ESCENA III

*Entra por el lado opuesto a donde salieron Francis y Carroloco, un joven delgado, blanco, guapo, muy tieso; viste sombrero de palma y ropa de dril acampesinada; entre receloso y tímido, carga un six de cerveza de botes en la mano, y con la otra se cubre la costura rota del trasero del pantalón. Es Juan, el pretendiente de Blanquita, un vendedor de chiles. Jesús canta con la radio: «...eres la lluvia que enverdece la llanura... eres amor que con su fe me das la vida...» El herrero suspende su labor cuando mira a Juan.*

JUAN: *(Señalando hacia donde corre el apaleado Francis perseguido por Carroloco. Dirigiéndose a Jesús)* ¿De qué se trata pa' contradecir?

JESÚS: No me sale elante más que el resuello.

JUAN: ¿Qué ocurrió?



JESÚS: Fregaderas. Luego te cuento.

JUAN: Ya sé. Lo de a todos. Pero a ti te ha echado el ojo con su enfermedad.

JESÚS: Puterías.

JUAN: Entramos a la canícula. Cuídate. Sobre todo esta luna de agosto es más mala que las otras.

JESÚS: ¿Cómo pasas a creer?

JUAN: Mi tata dice. Con la canícula llegan el maldejojo, el chagüistle, los rayos y centellas, el carbón, el piojo, la garrapata, el maldeparto, el hervor de sangre, el puérpera, el tabardillo, el miserere, las andancias de todas clases, las criaturas y criamonstruos...

JESÚS: Ya párale.

JUAN: Mi tata dice: fenómenos, picazones de luna, locos mansos de repente furiosos, muchachas juidas, estropicios de coyotes, gavilanes y otras bestias dañeras, granizales, alacranes y tarántulas, derriengues, desbarrancamientos, crecientes, mangas de langostas, aguas, frutas y galletas envenenadas, almasenpeña, espíritus del mal, animales rabiosos.

JESÚS: Una buena vieja es lo que necesito.

JUAN: Demonios con manos libres, toda clase de daños y enconos, dice mi tata, agonías, agonizantes, desgracias a puños, caballos desbocados enloquecidos repentinamente, aires cargados de cáncer, pestilencias y toda forma de muertes por todas partes repentinas o lentas, tremendas o sosegadas, esperadas, inesperadas o desesperadas, la Pelona, dice mi tata. Y la yerba de la mala mujer.

JESÚS: Como aquella que se me fue del pueblo con la luna de agosto, pero esa era loca natural, qué canícula y ni qué madres. (*Toma la bacinica y la arroja hacia el corral de las chivas*).

JUAN: Palabras antiguas de mi tata, te lo decía por si quiere hacerte un daño el Panchofresco.

JESÚS: A mí no me hace daño el fresco. Ya me lo hizo aquella, allá está Diosito arriba que no me deja mentir. Pero a ti, ñengo senámbulo, ¿te ha traído la canícula... o andas dando la vuelta bombera?

JUAN: Pasaba. Bueno, es que se me tronó el pantalón por atrás cuando bajé del caballo.

JESÚS: ¿Pasabas? Das muchas pasadas por enfrente del tanichi de la Blanca, no te hagas. *(Va por dos sillas de tiras de baqueta y las acerca a Juan)* Me hueles a novio, cuñado.

JUAN: Mira, yo quisiera que tu apá me diera chance de verme aquí, en la casa con tu hermana Blanca.

JESÚS: Entonces, ¿ya se ven en otra parte la Blanca y tú?

JUAN: Pues, sí. *(Le ofrece uno de los botes de cerveza. Jesús lo acepta. Juan toma otro. Los destapan)* Ai en la parada de las combis.

JESÚS: Qué guardado se lo tiene la cabrona. *(Ambos toman)*

JUAN: ¿Qué crees que piense tu papá? Tú, como hermano mayor, ¿qué opinas?

JESÚS: No te vayas de punta. Eso, sólo mi apá. Y, la Blanca, ¿qué dice?

JUAN: No pues... la morra y yo nos gustamos.

JESÚS: Siéntate.

*Los dos se sientan. A Juan se le olvida el pantalón roto y como no trae calzoncillos, por los agujeros de las baquetas se le salen los testículos. Ninguno de los dos se da cuenta en ese instante, uno por nerviosismo y el otro por distracción. El incidente chusco se provocará al intentar Juan levantarse de la silla.*

JESÚS: Mi apá no está, ni mi amá, ni la Blanca; llevaron a mi nana Chuyita anquel chino huesero, porque se desconcertó un tobillo y eso que a mi nana le caen los chinos como patada de mula, a ver qué llega diciendo; mi hermano José no ha recalado todavía del monte con la manada de cabras, nada más está la sierpe de mi cuñada que se ha de estar afilando los colmillos pa cuando llegue aquel; se lo trae en chin-

ga. ¿Por qué habremos tenido tan mala suerte con las viejas? Y, ahora tú, ¿te vas a casar con mi hermana o es puro pedo?

JUAN: ¡Cómo crees!

JESÚS: (*Enfático*) Va a ser un desmadre.

JUAN: Y ora, ¿por qué?

JESÚS: Es que la Blanca es la chiquita, la consentida, la única mujer, mejor róbatela, elo verga que te metan al bote.

JUAN: No, hombre, no me cabulees. Yo pienso derecho las cosas. Tú sabes que con el chile que tengo, bueno, el que siembro, me va muy bien.

JESÚS: Pues la Blanca tuvo otro arribante que presumía tener los mejores huevos, bueno, de su granja, pero a las gallinas se las robaron los húngaros y el novio se quedó sin huevos. La Blanca se desanimó, entonces mi apá dijo: «pues, ya sin huevos, para qué lo queremos, hija». Al que sí le faltan es a mi hermano José. La perra de la Lola se lo trae a puros chingadazos, que porque se echa sus caguamas, que porque lo ve platicando con otras, que porque no le cumple, que porque no la saca cuando aquel se va a Hermosillo, que sepa la madre cuánta gritona que le arma; yo ya le hubiera dado unos buenos catorrazos.

JUAN: Y, ¿aquella, la Lupe?

JESÚS: Un día agarró camino, te digo, con tamaña barriga que llevaba. Ha de estar en San Luis con sus hermanas; era del carajo, me quería traer como al José la Lola. Y es cierto; la mandé a la fregada. A veces me arrepiento. Al fin que nada más estábamos amancebados. Quién sabe qué pariría. Lo siento por la cría. Ya encontraré otra morra mejor.

JUAN: Ajá.

*En el corral del hato se oyen las cabras entrando.*

JESÚS: Ya llegó mi hermano.

VOZ DE JOSÉ: Vamos, vamos, vamos, vamos, chivas cabronas, vamos, vamos, vamos, vamos, chiva pendeja, deja esa ropa, no te la comas, epa, epa, epa, deja la ropa, me van a matar, echa pacá, echa pacá.

#### ESCENA IV

*Sale de estampida del interior de la casa, Lola, la mujer de José, furiosa, y atraviesa la escena sin saludar. Mutis de la Lola hacia los potreros.*

JESÚS: Ya se armó el pedorrón.

JUAN: Ah, chingaos.

VOZ DE LOLA: (*Chillante y alterada*) Mira nada más, ya ni la chingas, ya me comieron los calzones la chivas; si serás pendejo, José; anda, carga las garras y métete a la casa, no faltaba más, chivas pendejas, deberías de vender a las culeras, puros pretextos pa agarrar la peda y verte con las viejas; camínale.

JESÚS: Yo que él, la mandaba a la canícula.

JUAN: Te digo.

#### ESCENA V

*Entra a escena José, cargando un gran montón de ropa y tras él, la Lola con una escoba en alto en la mano. José es muy joven, también muy atractivo y alto como su hermano Jesús, aunque trigueño y de pelo bien recortado. Lola es baja de estatura, pañosa, desgarrada, insignificante, prieta, ayacada; su voz es muy aguda y habla fuerte y apresuradamente.*

LOLA: (*A José, caminando los dos hacia la casa*) De haber sabido, tiendo las garras en tus narices, a ver si también te las chingaban las cabras, pura salación, carajo, eres un salvaje, un pioresnada, y una aquí, matándose por

traerte limpio, sabrá Dios qué vieja te desviste por ese lomerío, cabrón, anda, métete.

*Le pega en la espalda con la escoba.*

JOSÉ: Bueno ya ya, cállate el hocico, ¿no?

*Mutis de ambos a la casa.*

## ESCENA VI

PERICO: Putaputaputaputa. Rrrrrrrr.

JESÚS: El José estaba muy bien en la escuela. Iba a seguir para veterinario. Y terminó como ves. Se lo pescó esta gurbia y lo casaron a la fuerza. Pero es hija del Careto, el matón aquel de los judas de Ures. Y el cobardón del José azotó la res. Vieja más garra. Y es bien corajuda la pinchindia.

JUAN: La canícula. A correr. Es cuando pega la rabia.

JESÚS: Eso ha de tener la Pachilola. (*Mira hacia más allá de la calle*) Mira, allá viene mi apá y las demás. (*Juan trata de levantarse para componerse pero al intentarlo, los testículos se le atorán en las baquetas de la silla*).

PERICO: Lola Lola putaputaputaputa.

*Sale la Lola de la casa y le pega a la jaula del perico con la escoba.*

PERICO: Rrrrrrrr.

*Mutis de la Lola al interior.*

JUAN: Ay, Jesús, ay, ay, ay, ay.

JESÚS: Ora, ¿qué tienes?

JUAN: Se me atoraron los huevos, ¡ay ay ay ay!

JESÚS: ¿Cuáles huevos? Te pusiste amarillo.

JUAN: Los míos, pendejo; en las baquetas de la silla; es que no traigo calzones y se me salieron por la rompida, ¡ay, ay, ay, ay!

JESÚS: (*Riendo la primera vez, con cierta malicia, después rotundamente*) A ver, a ver, yo jalo las baquetas y tú te

zafas. (*Entre carcajadas y quejidos hacen lo indicado y Juan, ya descansado, se compone la ropa*) Híjoles, otro novio sin huevos pa la Blanca.

JUAN: Qué alivio. (*Transición*) Pero, qué pena, híjoles.

JESÚS: Aguas, aí'stá la raza. (*Juan se persigna*).

JUAN: Ayúdame, Jesús.

JESÚS: Jesús está en los cielos.

JUAN: Pues a ése le hablo, idiota.

JESÚS: (*Mirando al cielo, hacia su izquierda*) Ya salió la luna.

JUAN: La más mala.

## ESCENA VII

*Entran a escena Don Jesús, Doña Blanca, Doña Chuy y Blanquita. Doña Chuy viene abrazada de las otras mujeres, mientras camina con dificultad.*

DON JESÚS: Con cuidado, viejita.

CHUYITA: Viejita tu abuela. Ay, Señor, ya recógeme que me hago sola, Dios mío.

PERICO: Churruca churruca churruca.

CHUYITA: (*Al perico*) Ruca tu verde madre, pinchi perico.

PERICO: Rrrrrrrrr.

*Don Jesús es un hombre corpulento, alto, trigueño, con ojos como de lobo, suspicaz, gallardo, muy mal hablado. Doña Blanca es una señora alta, delgada, rubia, bonita, madura, aire silvestre de buena madre. Blanquita es alta y delgadita, muy hermosa, rubia de trenzas, sencilla, alegre, pero ingenua como simplona. Doña Chuyita es también muy enojona, viejita biliosa, impaciente, resopla y gesticula con vehemencia. Para su edad todavía camina derechita.*

CHUYITA: Un día vamos a comer churella. Voy a apretarle el pescuezo a ese perico lépero. Parece de la familia.

JUAN: Mejor me voy.

*Todos están ya delante de ellos.*

JESÚS: Mejor cuídate el de atrás. Ya te vieron. La Blanca se puso más colorada de lo que está.

BLANQUITA: El perico repite lo que oye. Aquí puras palabrotas, por eso nos dicen «allá con los boquelumbre».

DOÑA BLANCA: Hija...

DON JESÚS: Mensa mensa, pero tampoco tiene pelos en la lengua la cabrona.

JESÚS: (*A su padre*) Papá, Juan quiere hablar con ustedes, mamá.

*Blanquita inclina la cabeza ruborizada.*

DON JESÚS: Adiós.

JUAN: (*Saludando de mano*) ¿Cómo está, don Chú, qué tal, doña Blanca, Chuyita, ya viene de con el chino?

CHUYITA: Sí, chino pinchí, por eso los matan.

JUAN: ¿Qué tal, Blanquita?

*Ella no responde. Se ruboriza mucho más.*

DOÑA BLANCA: (*A don Jesús*) Vamos a llevar a tu mamá a que lonche algo...

CHUYITA: Ay, sí, porque ya me entró el latido. Ay, mi tobillo, y todo por andar arrancando chúcata del mezquite, ya nomás faltaba que me trajeran apupuchi. Ay, pinchí chino infesto, inclenque, verdulero prángana, cómo no resucita Alejo Bay pa que los vuelva a rematar, tísicos, leprosos, drogadictos, narcotraficantes, ay, voy a rezarle una novénisima a San Adolfo de la Huerta, para que se aparezca otra vez a capar tacatacas, ay.

BLANQUITA: Ay, nana, te van a oír.

CHUYITA: Que oiga el que tenga que oír, no faltaba más. Ese gusano de bellota que está ahí ha de ser tu novio, ¿eh?

*Lentamente las tres se encaminan hacia la casa.*

BLANQUITA: Ay, nana, ¿cómo crees?

CHUYITA: El cieso y el corazón avisan.

JESÚS: (*A su madre*) Má, le hablas al José, que venga, aunque esto sea asunto de hombres; a lo mejor lo tienen crucificado las apaches.

DOÑA BLANCA: Está bien, mijito.

PERICO: Rruca. Rrrrrr.

CHUYITA: Rrrr. Perico pedorro. (*Al unísono don Jesús suelta un ruidoso gas; a don Jesús*) No agraviando al presente.

DON JESÚS: (*Haciéndose el disimulado*) ¡Ah, qué mi amá, cómo se acuerda!

*Sin poder contenerse suelta otro.*

CHUYITA: Ay, qué bárbaro, parece que comieron péchitas.

JESÚS: Es que se ha de acordar de la matazón de chales, nana, por la balacera. (*Doña Blanca lo mira recriminándolo*) La de él, amá.

DON JESÚS: (*Metiendo barullo*) Lo de los chinos lo vivió tu abuela; en aquellos tiempos era ya morrita de tiempo atrás, ha de haber tenido algún pretendiente chino, por eso cada vez que mira a uno se le bota la canica como al pobre huesero que la hizo mentar madres, pero le arregló la pata.

CHUYITA: Mientes, te hubieras llamado Fumanchú y no Jesús como tu madre.

*Entran a la casa. Todos festejan. Sale José de la casa seguido de la Lola que se le pega por detrás para echar ojo, mientras se escucha la voz iracunda de doña Chuyita.*

VOZ DE CHUYITA: Ya vas a parar oreja, negra legüichi, zambútete a la casa, Pachilola.

*José de un codazo en las chichis hace que la Lola se doble y escupa como escorpión milpero.*

VOZ DE CHUYITA: Josefo, échame a esa víbora chirrionera padentro.

LOLA: Te voy a chingar.

JOSÉ: ¿A poco, moco?

*Lola se mete a la casa.*

DON JESÚS: Otro chapulín pal chonte.



## ESCENA VIII

DON JESÚS: *(Inesperadamente a Juan)* Y... ¿para qué soy más que bueno? *(Juan traga saliva. A José)* Véngase pacá, mijito, ajérquese, po'jabe que quedrá el huilo éste. *(Se forma el grupo. Don Jesús repite la pregunta. A Juan)* A ver, Juan... ¿Y?

*El Juan se tapa con ambas manos el trasero descosido. Jesús le dice algo a José y ambos se están riendo del Juan.*

JUAN: ¿Eh?

DON JESÚS: *(Refiriéndose a Juan. Dirigiéndose a sus hijos)* Uta, éste no supo ni quién capó al apachi.

*Los muchachos se ríen de Juan.*

JUAN: *(Muy serio, frente a ellos, sin moverse, por el aire que seguramente le está refrescando el trasero)* Pues, en caliente, don Jesús, su hija Blanquita y yo nos hemos estado viendo afuera y nos queremos y pues, quiero que me den permiso para visitarla aquí, en la casa, para irnos conociendo más.

DON JESÚS: Ah, chingaos. *(Grita hacia la casa)* Blanca. *(Aparecen las dos Blancas)* Vieja, ven acá. *(A la hija)* Tú métete pa'dentro, plebe.

*La hija obedece. Doña Blanca llega hasta el grupo, Jesús prende los focos, empieza a oscurecer.*

## ESCENA IX

DON JESÚS: Pues aquí el Juan Navarrete quiere visitar a la Blanquita, pues porque como ya se ven afuera, quieren adecentarse como novios, ¿qué dices?

DOÑA BLANCA: ¿Qué puedo decirte, Jesús? Tú mandas. *(Don Jesús repite un ruidoso gas)* Jesús mil veces, qué vergüenza.

VOZ DE CHUYITA: Hasta acá se oyó, Jesús asqueroso, si tengo oreja de tísica, qué bueno que me falla la nariz.

DON JESÚS: Oh, qué. Chchttt. Aquí nos moremos todos. ¿No que yo mando, Blanca?

PERICO: Futa Futa Rrrrr.

DON JESÚS: Habías tardado, perico cholenco.

PERICO: Rrrrrr.

*Jesús y José no aguantan la risa. Juan está muy serio. Como estacado.*

DON JESÚS: Más gas se desperdició en Guadalajara, lo bueno que éste no explota.

DOÑA BLANCA: (*Reprochándole*) Jesús, por favor, deja que hable este muchacho.

JESÚS: Primero déjalo que respire.

JOSÉ: Puro carburo, apá.

DON JESÚS: Moción de orden, raza. (*A Juan*) Bueno, con que...

JUAN: Mire, don Jesús... ya sabe que en mi familia somos como aquí ustedes, agricultores, a mí con mi chile no me va mal, tengo mis ahorros para cuando algún día pues... la Blanquita y yo...

DON JESÚS: Y, ¿los vicios?

*Señala los botes. Se los lleva Jesús.*

JUAN: Pues, ¿cuáles? Un botecito de vez en cuando, como todos, calmada la cosa, pero pistiar, pistiar pues no, ni fumo, ni callejeo, nada más me gusta la bailada.

DON JESÚS: Y, ¿qué días van a ser esas visitas?

JUAN: Pues los sábados y los domingos en las tardejitas, cuando no tengo tanto trajín, luego de pagarles a los peones.

DON JESÚS: Mi vieja y yo conocemos a tu familia, casi fuimos la misma palomilla en la jecundaria, pero cuando la Blanca y tú quieran ir a alguna bailada o a las maromas o al cine, pues o va mi mujer o voy yo, o los dos. *A mi'ja* no se la llevan.

JUAN: No faltaba más, yo por mí, vendría a diario.

DOÑA BLANCA: Pues que la visite, Jesús; el Juan Salvador es hijo de la Esperanza García, y de Navarrete; como de la casa. No sé éstos.

JOSÉ: Yo, ¿qué puedo decir? Mientras el Juan no corra la suerte del Jesús y la mía. Puras lunáticas.

*José mira la luna.*

DOÑA BLANCA: No piensen así de su hermana.

DON JESÚS: No veas tanto la luna, José, te caerá la malora de la luna de agosto.

JOSÉ: Ya me cayó.

DON JESÚS: Se quedan ciegos, oye; hay que andar con tien-to en estos días en que se da suelta a los espíritus mal'nos y no exponerse al malaire. Ya en Baviácora a una Navarro le mordió las nalgas un burro. A ver si no le da la rabia.

JOSÉ: Al burro, *apá*.

*Don Jesús carraspea. Juan se pone muy serio. Jesús ríe. La madre se intranquiliza. Se escuchan ladridos a lo lejos.*

DON JESÚS: Oí la ladrillera de perros, pues.

JESÚS: Y aluego más noche la llantería de coyotes, *apá*.

JOSÉ: Ha de traer la perrada en chinga al Carroloco por el río; es la hora en que se despiende de la oscurinata *pa'* soltar sus retahilas.

JESÚS: Ya pasó por aquí, salió correteando al galletero.

JOSÉ: Loco cabrón. (*A Juan*) *Ai* donde lo ves, estudiaba en la *Uni*, era bien inteligente el tambachudo, pero le entró a la mota y a los ácidos y se quedó arriba. *Pior* que se siente carro y prende dizque su motor y acelera y frena y pita y se atasca. Ya mi *apá* lo ha sacado con el tractor del zoquetal, sólo así se mueve, no es persona, ¿qué te da?

DOÑA BLANCA: Vamos a tomar café, ya va a salir el pan. Así le dices tú, Jesús, a Doña Chuy. No le va a gustar.

DON JESÚS: *(Hace un gesto y se rasca detrás de la oreja)* Ya sé, la conozco y más ahora que dice que ya se zurra sola.

*Empiezan a caminar hacia la casa. Primero don Jesús, doña Blanca y José.*

DOÑA BLANCA: Te envalentonas cuando no está presente, nomás acuérdate cuando te le aprontaste conmigo, no dijiste ni muuu.

DON JESÚS: ¿No que no ibas a tronar, pistolita? Pero es que era yo su unigénito.

DOÑA BLANCA: Y eso, ¿qué es? ¿Otra leperada?

*Jesús y Juan se han quedado atrás.*

DON JESÚS: Por aí. *(A Jesús y Juan)*. Órale, pa dentro.

JESÚS: Ai los alcanzamos, apá.

*Los demás entran a la casa.*

JESÚS: *(A Juan)* Espérate tantito.

JUAN: Y, ora, ¿qué hago?

JESÚS: Voy a remendarte la rajada. *(Va a la ramada)* Así te repones del susto por lo del hoyo y de la emoción por lo de la Blanca. *(Regresa con hilo y aguja. Empieza a coserle rápidamente el pantalón)*. Así no tendrás que andártela tapando.

JUAN: No me vayas a ensartar.

JESÚS: Entre cuñados no se vale. Listo. Ahora no te vayas a zurrar cuando te enfrentes a mi nana.

JUAN: *(Persignándose)* En nombre sea de Diosito.

*Ya con el calzón zurcido camina con más aplomo. Entran a la casa. De ahí sale disparada la Lola hacia el corral y se sienta en una de las sillas de baqueta, furibunda.*

## ESCENA X

*Sigue escuchándose la escandalera de perros. Lola escupe como loca. Entra a escena el Francis y llama a la Lola siseándole desde el árbol de la derecha.*

FRANCIS: Lolaaa. Lolaaa. Ssssst. Ssssst.

LOLA: No estoy.

FRANCIS: Ven, te digo, quiero que me hagas un servicio, anda, ven, no te hagas coyota-iguana.

LOLA: No chingues, ¿por qué no entras?

FRANCIS: Me matan. Ya sabes.

LOLA: ¡Ay, tú!, si de aquí no sales.

FRANCIS: De todos modos me echan, te digo que vengas.

LOLA: ¡Ah, cómo jodes!, ¿qué tráis?

FRANCIS: La oportunidad de tu vida.

LOLA: ¿Mi vida? Perra vida. Me tratan como a perra. (*Va hasta Francis*) ¡Cómo quisiera lograr que se murieran!

FRANCIS: De eso mero se trata. Primero uno. Y luego todos, hasta el perico. (*Dándole un fajo de billetes*) Toma.

LOLA: (*Mirando el fajo de billetes*) Y, ¿esto?

FRANCIS: Ayúdame. Tómalos.

LOLA: ¿En qué te ayudo?

*Toma el dinero.*

FRANCIS: Ahorita que andan todos alebrestados consíguelme un retrato del Jesús y una prenda, unos calzones, unos calcetines preferiblemente, ándale.

LOLA: ¿Qué vas a hacer, un mono, vas a dañarlo?

FRANCIS: Nada más atraerlo.

LOLA: No mames.

FRANCIS: (*Misterioso*) Si esto no resulta, tengo un plan súper.

LOLA: ¿Cuánto me diste?

FRANCIS: Mucho por unos calcetines y un retrato.

LOLA: (*Lola cuenta el dinero*) Es demasiado.

FRANCIS: Tengo más. El Jesús tiene que ser mío, mío.

LOLA: Ay, qué cabezón eres, no das tu brazo a torcer, pareces del Opus Dei.

FRANCIS: Soy de Aconchi, y ¿tú?

LOLA: De Ures.

FRANCIS: Paso sin ver, dicen que los de Ures regresan con la manita volteada.

LOLA: Ay, sí, embustero, si en mi pueblo se dan los meros hombres, tú.

FRANCIS: Pero unos con otros, tú.

LOLA: Pendejo.

FRANCIS: ¡Ay!, anda, Lolis, ¿en qué quedamos? Ayúdame.

LOLA: Retrato, ¿de cara o de cuerpo entero?

FRANCIS: De cuerpo entero; papacito.

LOLA: Bueno, tú vete, te llevo las cosas a la galletería.

FRANCIS: ¡Ay, Lolita!, que tus antepasados apaches te iluminen.

LOLA: Oye no; ese pasado me lo cuelgan los «boquelumbre»; yo tengo sangre azul.

FRANCIS: ¡Ay, sí!, y cuando te baja el mes ¿sangras añil?

LOLA: Ay, futa. Por eso con este dinero me voy a comprar aromas.

FRANCIS: Sí, que ya hueles a cimarrón.

LOLA: Por el chivero que tengo. Si no estuvieran tan...

FRANCIS: ¿Tan...?

LOLA: ¡Ay, sí!, ¿qué dijiste?, ya te lo conté. Secretos de tarima.

FRANCIS: Y, ¿el Jesús... estará tan...?

LOLA: No lo sé, pregúntaselo. Pero el José está tan tán.

FRANCIS: Y, ¿por qué lo maltratas tanto?

LOLA: Como el Lobo a la Caperucita, para que se desquite mejor. Me desprecia y yo como que sufro, como que soy mala, pero me le trepo a huevo.

FRANCIS: Ay, ya me puse chinita. Anda pues, tráeme lo que te pedí. Por lo pronto me voy, tengo que apalabrar-me con la bruja. Y con el trío.

LOLA: ¿Qué trío?

FRANCIS: Es que voy a pasarle por la calle al Jesús cantándole «Espinita».

LOLA: (*Asombrada*) Nooooooooo.

FRANCIS: Ehui.

LOLA: Ya ves, la india eres tú.

*Mutis hacia la casa. Francis se encoge de hombros.*

FRANCIS: Hipócrita. (*Mientras hace mutis*) «Santa Elena de la Cruz, hija de Rey y de Reina, tú que subiste al... al... Monte... ¡Ay, qué memoria! Al Monte Olivet, ¡ah, sí!, y quitaste los tres clavos de Nuestro Señor Jesucristo, clávaselos en el corazón a Chucho el herrero, para que no pueda en silla sentar, en mesa comer, en cama dormir, sino conmigo y... y... ¡Ay, qué memoria! (*Mutis*)

## ESCENA XI

*De la casa salen todos, primero Chuyita, detrás de ella los demás. A don Jesús.*

CHUYITA: Ahora resulta que la pendeja soy yo. ¿No te robaste a la Blanca, de Arizpe, en uno de esos viajes tuyos con ganado a Cananea? ¿Crees que no lo sospechaba, cómo crees que no sospechaba que (*señala a Blanquita*) ésta andaba nalgapronta? ¿Piensan que una por vieja bomba y arrumbada, no fue joven, también alguna vez? Si tu padre no fue un santito, como tú crees, pero yo lo quería, lástima que Dios se lo llevó tan temprano (*a doña Blanca*) y nada más me dio (*señala a don Jesús*) a este lépero. Ovarios me sobraron para levantar la siembra y multiplicar el ganado, mientras éste crecía. Pretendientes no me faltaron, pero mejor malo por enterrado que bueno por enterrador; yo estaba casada con mis obligaciones. (*A Juan*) Luego Jesús me llevó a esta santa mujer y dije: ésta me va a hacer a un lado y no le hablé en muchos días, pero resultó linda madre y lindos nietos. Por eso ahora digo: (*para ella*) el Navarrete se llevará algún día a la Blanquita y, ¿qué le ofrece?: chile; no, para mi nieta, más que chile: huevos —que ya se los

ofrecieron—, pero de los buenos; y muchas ganas de progresar, para no andar langareando préstamos, créditos ni pretextos para agarrar camino *pa'l* otro lado como quiere el José, a sufrir como perros lo que no pudieron defender como hombres, tienen tierra, juventud, salud, buen corazón; (*a don Jesús*) tus hijos, pobrecitos, no quisieron estudiar, uno hace herrería, carpintería, albañilería; el otro, con esa mujer horrible, cría chivas, cochis, gallinas, ordeña vacas, está bien; pero, ¿qué más quisiera que alguno de ellos hubiera logrado llegar a ser algo mejor? (*A Juan*) ¿Nunca pensaste, Navarrete, ser algo más que verdulero?

JUAN: Me llama desde niño la tierra, la siembra, el agua.

CHUYITA: Y mi nieta.

*Sale la Lola corriendo de la casa hacia la calle.*

JOSÉ: Epa, ¿a dónde vas?

*La Lola no le contesta y hace mutis hacia la galletería.*

CHUYITA: Irá a cortar cabelleras.

JESÚS: O a ponerte los cuernos.

JOSÉ: ¿Quién va a ocuparse de chúntaras?

JESÚS: Pues tú.

CHUYITA: (*A Juan*) Aistá. Mi Josefo merecía cosa mejor. Y al Jesusito le tocó otra araña mayor. Por eso, ya hablado, que todo sea para buena suerte. Vamos a darnos las manos. (*Se saludan con Juan. Lo abrazan*) Hay que dejarlos solos un rato, que hablen. Y nosotros, viejos y jóvenes, vamos a cenar. Aluego hay que amasar las coyotas. (*A José*) Oye, Josefo, me quedé pensando... ¿la comanche ésta te salió mula o tú resultaste como el galletero, de rosca izquierda, mijo? Que no se pierda el ilustre tronco de los «Boquelumbre», pura cajeta.

JOSÉ: Por lucha no ha quedado, nana.

CHUYITA: A lo mejor. ¡Mejor! ¿Qué hubiera hecho con nietos chiricahuas? Que mi boca sea bendita, pero deberías enviudar. (*A don Jesús*) Qué bueno que no te peíste.



## ESCENA XII

JUAN: ¿En qué piensas?

BLANQUITA: En que si no te asusta mi familia.

JUAN: Es como la mía. ¿Por qué?

BLANQUITA: Por tantos hijos y palabrotas.

JUAN: Es normal, no hay buenas ni malas, hay palabras, la gente del río comúnmente hablamos así, es una manera de tantas, algo tiene que ver con la libertad de cada boca.

BLANQUITA: Pero como estas bocas...

JUAN: ¿Para qué ser insincero?

BLANQUITA: ¿Te parece bien?

JUAN: No pienses que soy un santurrón. Al pan pan. De repente también suelto uno que otro jíjolo y una que otra mentada.

BLANQUITA: Espero que después no te dé por ser uno más de los «Boquelumbre».

JUAN: En eso ando, gracias a Dios.

BLANQUITA: En lo bocón, digo.

JUAN: Me voy.

BLANQUITA: ¿Te vas contento?

JUAN: Sí.

BLANQUITA: Mañana es sábado. Voy a abrir el changarro desde temprano. Es la fiesta del barrio. Ya las monjitas y el padre están en la Velación de la Virgen aquí enseguida. Se van a amanecer hasta que canten Las Mañanitas con el mariachi.

JUAN: (*Distraído*) Ajá.

BLANQUITA: ¡Ay, qué seco estás!; digo que, comparando con otras veces que platicamos, ahora apenas hablas.

JUAN: También no dejas hablar. Es la emoción. Te quiero mucho.

BLANQUITA: ¿Llegaremos a casarnos?

JUAN: Tú, ¿qué crees?

BLANQUITA: Pues...

VOZ DE DOÑA BLANCA: Blanquita.

*Blanquita y Juan se besan tímidamente.*

BLANQUITA: Hasta mañana.

JUAN: Buenas noches.

*Mirándose amorosamente hacen mutis respetivos a casa y calle. Regresa la Lola y casi choca con Juan.*

LOLA: Órale.

JUAN: Quiúbole.

LOLA: Pásale.

JUAN: Métete.

LOLA: Lárgate.

JUAN: Sésgate.

LOLA: Híjole.

JUAN: Chúntara.

LOLA: Guácala. *(Mutis a la casa)*

JUAN: Úchala. *(Mutis por la calle)*

### ESCENA XIII

*Hace su entrada el trío y tras él viene Francis con «el muñeco» en la mano. Mientras le clava y le saca alfileres al mono, el trío canta: «Suave que me estás matando, que estás acabando con mi juventud..... eres como una espinita que se me ha clavado en el corazón...»*

*Caminan despacio por la calle, van y vienen frente a la casa de Jesús.*

FRANCIS: *(Claveteando el muñeco)* Santa Elena de la Cruz, hija de Rey y de Reina, tú que subiste al Monte Olivet y quitaste los tres clavos de Nuestro Señor Jesucristo, clávaselos en el corazón a Chucho el herrero, para que no pueda en silla sentar, en mesa comer ni en cama dormir sino conmigo.

*Sigue clavando alfileres en el cuerpo del muñeco.*

TRÍO: «Eres como una espinita que se me ha clavado en el corazón, suave que me estás matando, que me estás sangrando de pasión...»

*Aparece don Jesús pistola en mano.*

DON JESÚS: Ah, cómo están chingando. (*Dispara repetidas veces al aire. José, Jesús y las mujeres están de pie en el umbral de la puerta. Trío y Francis salen huyendo*) Eso nomás faltaba, frescos cachondos.

CHUYITA: Vamos a meternos, ya fue mucho. (*Hacen mutis*)

DOÑA BLANCA: Qué susto.

#### ESCENA XIV

*Con los desplazamientos acostumbrados aparece Carroloco. Suena el motor, da unas vueltas por el escenario, mete cambios, se detiene, masculla a gran velocidad.*

CARROCOLO: Para esto/ para aquello/ para lo otro/ por lo tanto/ por lo visto/ por lo consiguiente/ en virtud de que/ en atención a que/ en consideración a que/ debido a que/ siendo así que/ si tomamos en cuenta que/ siendo inevitable que/ gratuitamente/ indiscutiblemente/ necesariamente/ impostergablemente/ contrariamente/ negativamente/ simultáneamente/ en relación a/ en cuanto a/ de resultas de/ en consecuencia/ en resumidas cuentas/ en breve/ siendo obvio/ siendo claro/ siendo irrefutable/ siendo inconfundible/ siendo inocultable/ siendo defendible/ siendo indemostrable/ debo/ estoy obligado a/ no me queda otro camino que/ no puedo actuar de otra manera/ específicamente/ particularmente/ antes que todo/ antes que nada/ por ningún motivo/ por ningún concepto/ terminantemente/ no me está permitida otra opción/ por el contrario/ desde luego/ cómo no/ a como dé lugar/ por idénticos motivos/ por simila-

res causas/ por razones que son de su conocimiento/  
en contestación a su amable/ por lo visto/ a juzgar/  
por si nos atenemos a/ siendo público y notorio/ por  
cuanto es violatorio/ por cuanto no se ajusta/ sien-  
do así que cumple con los requisitos/ examinados  
cuidadosamente los argumentos/ paralelamente/ ad-  
junto a la presente/ no cabe la menor duda/ resul-  
ta inexplicable/ resulta sorprendente/ es contrario a  
toda lógica/ se debe apreciar/ es necesario tomar en  
cuenta/ resulta de impostergable necesidad/ es curio-  
so/ en honor a la verdad/ ahorrando los preliminares/  
por ser del dominio público/ en atención a la breve-  
dad/ en el mismo sentido y en el medio de todo esto  
alguien que viene/ que se deja ver/ que se acerca/  
que espía/ que pajarea/ que otea/ que algo planea/  
que algo trama/ que algo intenta/. (*Enciende su mo-  
tor. Mete cambios. Da una vuelta por el escenario y se  
estaciona detrás del árbol de la izquierda junto al estan-  
quillo*) Es el frescolón jotorrón putorrón suripantón  
maricón del Franciscón que debiera tener vagina pu-  
cha panocha bizcocho choncho coño papaya tamal  
chusquete pepa rajada chuscómari tuta rendija dona  
arepa. ¡Caray qué culto soy! Carro, cállate apágate  
aplácate cálmate párate chchchiiiiittttt taca taca  
taca prrrrrummmmm...

*Se apaga. Se oculta. Por el extremo opuesto entra el Francis.*

## ESCENA XV

*Estrujando el mono alfileterado y que representa a Jesús, llega hasta el árbol de la derecha mientras hace un hoyo para enterrarlo y murmura:*

FRANCIS: Pasas sin verme, te ríes de mí pero no te ríes conmigo, tomas agua y no me invitas de tu vaso, te llevas

un pan a la boca y a mí no me pruebas, caminas por la calle y no me invitas a caminar junto a ti, duermes sin nadie y no quieres que yo te acompañe, estás solo y no dejas que yo llene tu soledad, en este agujero te quedarás, Jesús el herrero, hasta que me veas, hasta que te rías conmigo, hasta que me invites de tu vaso, hasta que me pruebes, hasta que camines junto a mí, hasta que duerma yo en tu cama, por Santa Elena de la Cruz, hija de Rey y de Reina y este Padre Nuestro al revés:

erdaP ortseun euq sátsE ne sol soleic, odacifitnas aes uT erbmon, agnev a sortoson ut onier, esagáh uT datnulov ísa ne al arreit omoc ne le oleic, le nap ortseun ed adac aíd, olsónaD yoh, anodreP sartseun sadued, on son sejeD reac ne nóicat-net, y sonarbiL ed odot lam, néma.

CARROLOCO: Arriba las manos. Engarróteseme ahí. Quedas en veremos.

FRANCIS: ¿Ora yo, pues?

*Carroloco aúlla como sirena de patrulla y arremete contra Francis y hace un círculo alrededor de él haciendo los consabidos ululeos.*

CARROLOCO: Te vi, te vi. (*Desentierra al muñeco*) Cuerpo del delito, cuerpo del deleite, manos en la masa y hasta masa en las manos, calcetín jediondo, Santa Elena de la Cruz, vieja alcahueta, mira a lo que te prestas, celestina comadre soplona chismosa encubridora proxeneta tercera enredadora cobertera trotaconventos corredera cómplice tapadera mediadora. (*Toma el muñeco. Le arranca los alfileres. Rompe la fotografía y lo arroja a la mitad del corral de Jesús*) Y tú, bájate los pantalones, novelera.

FRANCIS: Prefiero la muerte, Carroloco.

CARROLOCO: Entonces Ley Fuga, Pancha. Voy a atascarte la palanca. Rrrrrrr Rrrrrrr a correr, Pancha Loca. Pipip, pipip.

*Carroloco con los mismos aspavientos de patrulla arremete contra Francis que se aterroriza.*

FRANCIS: Jesús de Veracruz.

CARROLOCO: Acelérale, Carroloco, una cajuela es una nalga es una nalga es un anal ga es un anal ga. (*Hace sonido de rechinar de llantas, acelerado de motor y ulular de sirena*) Aunque sea de varón, (*Carroloco se lanza tras el Francis que huye despavorido*) y corre que te alcanzo, jurásica.

*Mutis de ambos.*

## ESCENA XVI

*Sale Jesús del interior de la casa y se sienta a la mitad del patio a mirar la luna de agosto.*

JESÚS: (*En off*) Luna de agosto, si todo pudiera ser como uno quisiera que así fuera, que sólo nos ocurriera lo que fuera bonito que pasara, que lo malo se fuera de largo, que no estuviéramos solos tanto tiempo, ni tan tristes. (*Se levanta, prende la casetera. Se escucha: «... eres la lluvia que enverdece la llanura...» Canturrea alguna frase, vuelve a sentarse, descubre al muñeco, lo levanta, lo observa, se para y lo lanza hacia el corral de las cabras*) Pendejadas.

*Aúllan los coyotes. Sale de la casa la madre de Jesús, se le acerca, queda de pie junto a su hijo.*

DOÑA BLANCA: Ya salió el pan, hijo. ¿Quieres uno calientito?

JESÚS: Más luego. Nadie como tú para la fruta de homo. ¿Qué hacen los demás?

DOÑA BLANCA: Ven la televisión. Tu padre tiene que irse al riego, temprano. José como siempre a la ordeña y al pastoreo y tú tienes que entregar las herraduras en Banámichi. (*Jesús queda pensativo*) ¿En qué piensas?

JESÚS: De pronto me sentí solo, con mucho miedo.

DOÑA BLANCA: Búscate una muchacha. Las hay buenas en el pueblo. Tiene que ser del pueblo. Buena. No como aquella. Alevántate que no hace mucho tiempo caíste. Nos tienes a nosotros.

JESÚS: Ya llegará, mamá. *(Y entran a la casa)* Vamos.

## ESCENA XVII

*Regresa Francis perseguido por Carroloco.*

FRANCIS: No vayas a apachurrarme, carritolo, cuidado con los frenos, Carroloco, atropellos no, soy inocente, soy virgencito.

CARROLOCO: Eras. Eras. Rrrrrrrrr. Y que yo me la llevé al río creyendo que era mozuela pero tenía majagua chóstomo chaira pene pito riata macana chile aguayón mazacuata mogollona machete picha pinga badajo monda garrote tranca fierro moronga longana maciza tripa verga perinola tasajo falo vaina funda recopla brocha tolete cachiporra basto morsolote chavinda gusano príapo pudiendo méntula percha pértiga vara calva carepapa carebala morada pelona pescuezoe-gallo chirria tiragua lambecios ojuechino llegal-hueso cariñosita o mejor dicho chola aféresis del vulgarismo bichola, aunque este metaplasmo debemos decir de él lo mismo que del primitivo; sólo se dice entre gente de baja estofa; expresión vulgar proscrita del lenguaje de la gente educada, ay turrún tun tun Rrrrrrrrrrrr *(Sirena de patrulla policiaca)* A correr, chamacona.

FRANCIS: Me entrego... me entrego.

*Se repite la persecución. Mutis. Baja la luz a apagón muy suavemente con la música de «...eres la lluvia que enverdece la llanura...» Apagón brevísimo. Inmediatamente después va su-*

biendo gradualmente la luz con música de mariachis. Luz nuevamente a escenario vacío. Blanquita está abriendo el tanichi.

VOCES DE MARIACHI: «Con jardines y flores hoy te vengo a saludar, hoy por ser día de tu santo, te venimos a cantar».

*Doña Chuyita sentada en la poltrona del corredor como una coyota. Doña Blanca barre el corral. Es sábado, día de nuestra Señora de la Asunción.*

## SEGUNDA JORNADA

### ESCENA I

CHUYITA: Ya han de estar las monjas pedas.

DOÑA BLANCA: Ay, Chuyita.

CHUYITA: Si bien que se atrincan la pachita y el cura a ellas.

DOÑA BLANCA: Válgame Dios.

CHUYITA: Si cuando tumbaron la iglesia vieja, estaba el piso abajo lleno de esqueletitos. (*Blanquita limpia latas, botellas y coloca un letrero por fuera del estanquillo: «Ya salió la lechi»*) Es que el padre González barre parejo, y uuuuuh, los años que tiene de cura por el rumbo persignándose la bragueta.

DOÑA BLANCA: (*Mientras se escuchan cantos y alabanzas de las religiosas*) Qué bonito cantan las monjitas; esa voz que sobresale es la de la Madre Asunción, es su día.

CHUYITA: Y eso que no has oído a la madrota cantando en la noche: (*la imita*) «Y quiero ser un pez/ para frotar mi nariz en tu pecera/ y hacer burbujas de amor por dondequiera/ u u u u...», con camisión transparente.

DOÑA BLANCA: ¿A poco la ha visto?

CHUYITA: Por eso me caí de la tapia y me desconcerté el tobillo. ¿Ya recordó la huevona Pachilola?



DOÑA BLANCA: Salió bien temprano anquel Panchofrancis.

CHUYITA: Jesús, María y José, qué amistad tan de repente le ha nacido a la que te cuento con el galletero. No vaya a ser que ahora me resulte mayata.

DOÑA BLANCA: En cuanto el José se fue a pastorear las chivas, peló gallo y como ni habla...

CHUYITA: India tan rara, pero allá que se testerelle, luego cuelga la jeta porque una le llama la atención; pero déjala, que mejor salga, como no tiene obligaciones, sólo lavarle y plancharle al José la poca ropa que le dejaron las chivas; ah, pero cómo traga, como pelona de hospicio; tú la malacostumbraste, todo le haces. Y todavía dice que no la queremos; nos odia la *recungerada*.

DOÑA BLANCA: Le hace falta la otra obligación, Chuyita, un buqui.

CHUYITA: Adiós. Y aún así, tú se lo ibas a criar.

DOÑA BLANCA: Qué quiere.

CHUYITA: Y hasta yo, pues sí, nunca se nos va a quitar lo pendejas. Porque ésa, la Pachilola, júralo que lo iba a traer con tamaños mocotes verdes colgando, pero eso sí, la pluma en la cabeza. (*Suben de volumen los cánticos*) Ve nomás, ya se han de estar embichando, para empezar a jugar a las cebollitas.

DOÑA BLANCA: Ay, Chuyita.

CHUYITA: Ay, Chuyita, ay, Chuyita; todo yo, todo yo.

PERICO: Turruca turruca tuuuu rrrrr.

*Chuyita se despoja de una chancla y con fuerza inusitada la arroja contra la jaula del perico.*

CHUYITA: (*Al perico*) La tuya, puto. (*Transición después de un respiro*) Ay, Blanca, todavía no han regresado los Jesuses, ¿a dónde salieron tan temprano?

DOÑA BLANCA: Pues es que se llevaron el tractor *pa'* sacar al Carroloco del río porque anoche se atascó.

CHUYITA: Ai que lo dejen, como flor en el pantano.

DOÑA BLANCA: Ya Jesús no fue a regar y mi'jo ya no pudo ir a Banámichi. Qué ocurrencias.

CHUYITA: Es sábado. Es temprano. Todavía no sube el borchorno del calorón. Y es fiesta, Blanca. Arriba la pepa. *Siguen en sus menesteres.*

## ESCENA II

*Al tendejón llega una muchacha alta y blanca, sobriamente vestida, falda y blusa sencillas, es bonita, con aires de ciudad, se siente algo desubicada pero se esfuerza por ser accesible; lleva un bolso grande o morral y un sombrero pequeño de paja; es Alba Lluvia, 24 años.*

ALBA: ¿Me das una soda?

BLANQUITA: ¿De cuál sabor?

ALBA: Una de naranja.

BLANQUITA: *(Atendiéndola)* Aquí la tienes.

ALBA: Gracias. *(Bebe la soda)* ¿Qué festejan?

BLANQUITA: A la Patrona del pueblo, Virgen de La Asunción.

ALBA: Desde luego que habrá bailada.

BLANQUITA: A la noche, y carreras mañana, y otra vez bailada.

ALBA: Te apuesto que irás.

BLANQUITA: Si me llevan... ¿No eres de por acá?

ALBA: De Hermosillo. Vine a conocer.

BLANQUITA: Y, ¿por qué viniste de tan lejos a conocer? ¿Cúmapa está refello.

ALBA: Cúmapa me gusta. ¿Por dónde queda el kínder?

BLANQUITA: Aquí bien cerca, *(señala)* como a dos cuadras para allá y luegoito a la derecha.

ALBA: Vengo a trabajar ahí, seré la directora.

BLANQUITA: ¿Tan joven? Qué suave.

ALBA: ¿Cómo te llamas?

BLANQUITA: Blanca. ¿Y, tú?

ALBA: Alba Lluvia.

BLANQUITA: Ji. Yo tuve una amiga que se llamaba Brisa.

ALBA: ¿Habrá por aquí una casa de familia donde pueda asistirme por un tiempo, mientras me acomodo?

BLANQUITA: De saber, no, pero... (*grita a doña Blanca*) Amáaa. (*Sale doña Blanca del corral*) Amá, es la nueva directora del kínder, viene de Hermosillo, busca una casa de asistencia, infórmale, a lo mejor, aquí.

DOÑA BLANCA: Tú a lo tuyo, chamaca. Venga, maestra.

ALBA: Buenos días, señora.

DOÑA BLANCA: (*Saludándose*) Buenos días, pásele, pásele a platicar, si no tiene prisas, ¿quiere un cafecito?

ALBA: Bueno. Gracias.

*Entran a la casa.*

PERICO: Fiuuu fiuuu.

*Chuyita despierta.*

CHUYITA: (*Al perico*) ¿Y ora tú? Hace mucho que no se oía por aquí uno de esos desagravios.

PERICO: Fiuuuu fiuuuuu rrrrrrrrrrr.

CHUYITA: Algo anda mal. Por Mangas Coloradas y Jerónimo, pariente de la Lola, que algo anda mal.

### ESCENA III

*Entran Francis y Lola. Francis se dirige al estanquillo. Carga una gran charola cubierta con papel celofán y que luce un moño decorativo enorme. La charola contiene galletas. La Lola entra a la casa. Se advierte algo «en copas», tambaleante, pero Chuyita la saca y se la lleva hasta la ramada de la herrería para reprenderla. Las escenas entre Chuyita y Lola serán alternadas con las de Blanquita y Francis.*

CHUYITA: Mira, Dolores, ahorita no puedes estar adentro, con esa cara de asaltabancos. Blanca está platicando decentemente y tú y yo también, cabrona.

LOLA: Pero ahora que estamos acá, a solas, usted y yo, vieja pinchi, ¿me va a dejar hablar decentemente?

CHUYITA: ¿De qué decentemente fregados vas a hablarme, india?

LOLA: De mí, de ustedes, de nosotros, vieja culichi.

CHUYITA: Hueles a pisto, vienes briaga.

LOLA: Sí, me empedé, ¿y qué?

*Se congelan.*

#### ESCENA IV

FRANCIS: Ay, buenos días, Blanquita.

BLANQUITA: ¿Qué pasó, Panchofrancis? Buenos días.

FRANCIS: Desde que Dios amaneció hemos andado por todo Cúmapa la Lola y yo, repartiendo charolas de galletitas a todas mis amistades.

BLANQUITA: *(Se asoma por el celofán que cubre la charola)* Galletitas. Qué sabrosas se ven. Coloraditas. Amasarías mucho.

FRANCIS: Ay, ni siento los brazos. Toda la nochi. Porque estuve como la hermana Engracia que se tira la lechi, pesando las almendras, el azúcar, las yemas, el coloradito, el ron...

BLANQUITA: ¿El ron?

FRANCIS: Porque son de rompopo, cocada, anís y cereza; quedé muirta. Y nada más me quedó por entregar ésta, especial para ustedes.

BLANQUITA: Muchas gracias; orita se las llevo a mi mamá. Oye, Francis, a las madrecitas, ¿no les mandaste?

FRANCIS: Ay, no, dije a *mis* amistades. Y... *(titubea)* ¿El Jesús?

BLANQUITA: Fue con mi apá a sacar con el tractor al Carro-loco que se atascó en el río.

FRANCIS: Yo lo aventé al fango. Me forzó.

BLANQUITA: Ijjjj.

*Seguirán platicando. Se congelan.*

## ESCENA V

LOLA: Pues mire, doña Chucha, (*Chuyita abre tamaños ojos incrédula ante el desplante de la Lola*) ya me harté. Voy a largarme de la casa, me voy a trabajar a la repostería del jotito; cuatrapizadas y cuchufletas y caras de macetón, ¿usted cree que no se siente mal ser tratada peor que perra, nada más porque no les pareció que al Josefo lo casaran conmigo? Yo ni quería.

CHUYITA: Ni él tampoco. Se le atravesó el pistolón del Carreto, tu padre.

LOLA: Aistá, pues. Fácil. Me voy a trabajar la masa con el Francis y por ai viviré, no faltará; si el José lo piensa, si ustedes lo piensan será otra cosa, sobre todo ahora que creo que voy a parir.

CHUYITA: Adiós.

LOLA: Yo ya me di cuenta que estoy panzona, nada más yo.  
*Se congelan.*

## ESCENA VI

BLANQUITA: Oye, Panchito, ¿qué tanto hace la Pachilola en la galletería?

FRANCIS: Trabaja conmigo recién. Ya no quiere estar aquí, se va a separar del José. Pero yo le digo que no, que obligue a su marido a que le haga una casita por allá en las orillas, lejos de la familia; muchas veces la familia cerca arruina todo. No sé qué dices tú.

BLANQUITA: Creo lo mismo. Cuando yo me case.

FRANCIS: (*Enfatizando*) Si te casas...

BLANQUITA: (*Recalca*) Claro que me voy a casar. Y muy pronto.

FRANCIS: Y, ¿se puede saber con quién?

BLANQUITA: Con el Juan Navarrete.

FRANCIS: ¿Ay, con ese talayote? Eso espero. Le das las galletas a tu mamá, y que levanten el celofán hasta que se sienten a cafetear para que no pierdan el espíritu, (*aclarar*)... las galletas; que estén todos; verás qué éxito; al Jesús van a saberle muy bien. (*Se ríe maliciosamente*) Ji.

BLANQUITA: Gracias.

*Mutis meneado del Francis. Blanquita entra a la casa con las galletas.*

## ESCENA VII

CHUYITA: Eso tienes que hablarlo con el José, Pachilola.

LOLA: Ya no me diga apachi, Chucha.

CHUYITA: Ni modo que te diga Diana de Inglaterra.

LOLA: Yo lo único que quiero es que el José me saque de aquí, que me haga una casita de cartones aunque sea a la orillita del río y a la sombra de un pirú, pero lejos, solos. (*Se va al corral trastabilleando*)

CHUYITA: Pueque, tú.

*De la casa salen Doña Blanca y Alba Lluvia.*

PERICO: (*Silbando*) Fiuuu Fiuuu.

ALBA LLUVIA: Voy a andar por acá, conociendo. Hay Lada, claro.

DOÑA BLANCA: Y telégrafo, biblioteca, correo, dos antenas parabólicas públicas, IMSS, ISSSTE, un Centro de Salud y hasta una pista de aterrizaje, maestra. Cúmapa ha progresado mucho.

ALBA LLUVIA: (*Cohibida*) Disculpe.

DOÑA BLANCA: Aquí nacieron Enriqueta de Parodi y Amadeo Hernández, glorias del Estado.

ALBA LLUVIA: (*Queriendo agradar*) Y El Negro Durazo y El Moro, tan afamados.

*Doña Blanca sonríe forzadamente. Luego reflexiona.*

DOÑA BLANCA: No tardará mi esposo, (*se les junta doña Chuyita*) se lo voy a consultar, vuelva por favor para la comida, venga a comer con nosotros, estaremos todos juntos. Bienvenida, maestra.

ALBA LLUVIA: Gracias. Con permiso, doña Chuyita.

*Aparece Blanquita sosteniendo la charola.*

BLANQUITA: (*Llamándola*) Maestra, ¿gusta una galleta de cerecitas y rompopo?

ALBA LLUVIA: Después. Voy a ver qué con el Jardín de niños.

BLANQUITA: Ai debe estar don Amparo, el cuidador.

ALBA LLUVIA: Bien. Regreso luego. Me iré caminando. (*Mutis*).

CHUYITA: Chula. Tiene garbo. ¿Será casada?

## ESCENA VIII

DOÑA BLANCA: (*A Blanquita que muestra la charola*) Y, ¿eso?

BLANQUITA: Tolondrones. Es un regalo del Panchofrancis; ya ves que cada año reparte charolas de galletitas para sus amistades. Ésta es la de nosotros.

DOÑA BLANCA: Pero nosotros *no* somos sus amistades.

CHUYITA: (*Asomando por el celofán*) A ver, a ver, pedos de monja.

BLANQUITA: ¿Eh?

CHUYITA: ¡Tú que sabes de repostería!, así se llaman o así les dicen a estas galletas de piquito por lo fino y delicado de la masita; si supieran... pedos de monja... y colorados... yo les he oído cada cañonazo a las jediondas.

DOÑA BLANCA: Mira, Blanca Julia, no es por nada, pero no me da mucha confianza todo eso que amasan los hombres; aquí, pobremente, pero con las manos limpias de tu madre y de tu abuela no nos ha faltado

el pan, las tortillas, las empanadas, las coyotas, los cochitos.

CHUYITA: Quién sabe qué se estarán agarrando cuando amasan esos frescos; puchi.

DOÑA BLANCA: Con todo respeto, llévaselos a la Madre Asunción y dile que es un regalo de Panchofrancis para ella, las madrecitas y el padre González.

*En el tanichi llama un cliente.*

CHUYITA: Que tampoco se lava las manos.

DOÑA BLANCA: Atiende el tendajo.

CHUYITA: Mira, Blanca, manda a la Pachilola, aistá en el corral, pero espérate, deja agarrarte una galleta pa'l curro.

*Levanta el papel. Toma una galleta.*

PERICO: Rrrrrrrrr.

CHUYITA: Se ven sabrosas. Pero a lo mejor train pelos de tanates.

*Doña Chuyita va hasta la jaula del perico. Doña Blanca llama.*

DOÑA BLANCA: Dolores. *(Entra la Lola. Doña Blanca repite el encargo)* Con todo respeto, llévaselos a la Madre Asunción y dile que es un regalo de Francis para ella, las madrecitas y el padre González.

LOLA: Doña, yo quería decirle que me voy a ir, que me voy a separar del José, que me voy a trabajar con el Panchofrancis. Si el José quiere, que me busque; ya no aguanto a doña Chuy.

DOÑA BLANCA: Entiendo. Cuando vengan los hombres, hablaremos. Anda, ve y cumple con el encargo.

*Mutis de la Lola hacia la casa de las monjas.*

CLIENTE: *(En el tendejón)* Y seis cocas familiares.

BLANQUITA: ¿Qué, tiene visitas?

CLIENTE: Mi comadre Abigay, de Oposura. La conejita, lleva diez partos así... *(Truena los dedos para denotar continuidad)* Diez ciboras. Y mi compadre Sacramento,



el manadero. Se ve rebonito el charco de familia. Ah, deme unos *Marboro* rojos pa mí y unos Alas extra pa' él que fuma mucho pero que s...

*Se cohíbe. Paga. Huye. Blanquita sonrío.*

CLIENTE: Que sigue, que sigue... pues. Que no se baja. Jii.  
(*Mutis*)

CHUYITA: Toma tu galleta, periquito; anda, bonito curro.

PERICO: Rrrrrrrrr.

*Le da la galleta mortal.*

CHUYITA: (*A doña Blanca*) Vamos adentro, (*llega otro cliente al tendejón*) hay pedo en el ejido; ¿qué vas a hacer para comer?

DOÑA BLANCA: Téparis con hueso. Nana, ¿le cayó la maestra trita?

CHUYITA: Tan propia. Tan decente. Es una tiesa. Como que no encaja. Haz de cuenta que metieron a Teresita de Jesús entre los gorilas. Podría componer o descomponer el cuadro. Tan distante. Pero me gusta para el Jesuso.

DOÑA BLANCA: Pobrecito Jesús, tan solito.

CHUYITA: Ay, tú, que se componga la raza. (*Mutis a la casa*)

## ESCENA IX

CLIENTE: (*A Blanquita*) Apenas ahorita sacaron del atacadero al Carroloco, estaba con el zoquete hasta el pescuezo.

BLANQUITA: Dirás hasta los parabrisas, Salomé.

CLIENTE: Ai mero.

*Paga y hace mutis. Con sus sonidos habituales entra Carroloco y después de evolucionar por el escenario, manipulándose, se detiene en el estancuillo.*

CARROLOCO: Blanquita, dame un litro de Cocanova.

BLANQUITA: (*Mientras lo atiende*) Por fin te sacaron, tú.

*Se escucha al mariachi tocando «Dios nunca muere» muy inspiradamente. La música, al principio viva, va moderándose, va desafinándose hasta parecer un disco en revolución equivocada. Luego todo calla. Este efecto es paulatino. Irá desarrollándose en el transcurso del parlamento de Carroloco. Debe cuidarse escrupulosamente el efecto, ya que marca el desenlace mortífero de la cofradía.*

CARROLOCO: Una mañana tarde noche el niño joven anciano que estaba moribundo enamorado prófugo confundido sintió las primeras punzadas notas de tonaciones reminiscencias sacudidas precursoras seguidoras creadoras multiplicadoras transformadoras extinguidoras de la helada la vacación la transfiguración la acción la inundación la cosecha.

Pensó recordó imaginó inventó miró oyó talló cardó concluyó corrigió anudó pulió desnudó volteó rajó barnizó fundió la piedra la esclusa la red la antena la espita la mirilla la artesa la jarra la podadora la aguja la aceitera la máscara la lezna la ampolla la ganzúa la raja y con ellas atacó erigió consagró bautizó pulverizó unificó roció aplastó creó dispersó cimbró lustró repartió lijó el reloj el banco el submarino el arco el patíbulo el cinturón el yunque el velamen el remo el yelmo el torno el roble el caracol el gato el fusil el tiempo el naípe el vino el bote el pulpo el labio el pelo el azadón, para luego antes ahora después nunca siempre a veces con el pie codo dedo cribarlos fecundarlos omitirlos encresparlos podarlos en el bosque río arrenal ventisquero volcán dédalo sifón cueva coral luna mundo viaje día trompo jaula vuelta pez ojo malla turno flecha clavo seno brillo tumba ceja manto flor ruta aliento raya, y así, se volvió el «Carro tarabilla».

*Caminando trabajosamente o arrastrándose moribunda llega por la calle la Lola. La miran.*

LOLA: Ayúdenme, ayúdenme, se me están quemando las tripas, se me va acabando el aire, siento como si me estuvieran dando tatahuilas, casi no puedo moverme... Ayúdenme, por favor.

BLANQUITA: Lola...

LOLA: Me... me lleva... me... muero... José... José...

BLANQUITA: (A gritos) Mamá. Carroloco, ve por una ambulancia, la Cruz, lo que sea.

*Carroloco obedece ipso facto con los ruidos característicos.*

CARROLOCO: Rrrrrrrrrr. (Sirena) Piiiiii. Piiiiiii.

*Mutis. La Lola se convulsiona dramáticamente.*

BLANQUITA: Mamá, mamá, nana...

*Entra a la casa. Luego todas salen a la calle y llegan donde la Lola yace moribunda.*

LOLA: Las galletas... algo... no sé... aghhh.

DOÑA BLANCA: Blanquita, ayúdame a cargarla, hay que meterla a la casa. (Lo hacen) ¡Ay, Diosito!

CHUYITA: Te digo que harta como cochi. (Mutis).

*Por dentro de la casa, Blanquita cierra el estancuillo. Llegan los Jesús. Entran a la casa. Se escuchan sirenas de ambulancias y patrullas que se acercan. Sale Jesús corriendo hacia la galletería.*

VOCES: (Entre ruido de autos y barullo).

Dejen pasar, dejen pasar, háganse a un lado.

¿Qué pasó, eh, qué pasó?

Pobrecitas, eran seis.

Siete con la madre.

Ocho con el cura.

Trece con los mariachis.

Bien muertos.

A un lado, a un lado, sin tentar, sin tentar.

Cómo apesta a amoníaco.

Mira, aquí había galletas, queda una.

Sí, las galletas del Francis. Cómetela.

Qué bonitas se ven las madres.

Madres. Negras.

Futaaa...

*Todo muy acelerado, vivísimo; llegan y salen vecinos por el escenario, moviendo de un lado a otro la cabeza, se persignan.*

VOCES: Qué mortandad. Allá viene el Jesús con el Francis.

## ESCENA X

*Jesús trae casi arrastrando a Francis y atraviesa la escena con él, rumbo a la casa del «horrendo suceso».*

JESÚS: Qué poca madre, pendejo, inconsciente, asesino.

FRANCIS: (*Melodramático*) Eran para ti, para ustedes, las galletas eran para ti, te prefería muerto.

JESÚS: Camina, anda.

FRANCIS: Como no serías mío: de nadie, de nadie, me dije, y amasé las galletas con cianuro.

JESÚS: Cállate, eso se lo dices a la policía.

FRANCIS: Lo hice por quererte tanto, así.

*Mutis. Salen don Jesús y las mujeres del interior de la casa.*

DON JESÚS: Ni modo, la Lola petateó.

DOÑA BLANCA: Se puso azul, negra. Ahora sí, de color.

CHUYITA: Más negra. Ora no rastreó bien la Pachilola.

DON JESÚS: Una comadre mía de Cananea, ya difunta, quedó como berenjena... Con té de cianuro. Por un minero de voltereta.

BLANQUITA: (*Alarmada*) Mamá, las monjitas... (*Don Jesús, doña Blanca y Blanquita corren hacia la casa de las monjas*) Las galletas.

DON JESÚS: Ya se las llevó la monda. *Pa'cabarla* de chingar, ya se me aguló la peda.

DOÑA BLANCA: ¿Y, qué tal si nos ha tocado a nosotros? Eran para nosotros, Jesús.

DON JESÚS: ¿Por qué para nosotros?

DOÑA BLANCA: No sé.

*Mutis de todos.*

## ESCENA XI

CHUYITA: *(En el corredor)* El curro. *(Corre a la jaula)* Lori... to... Está bien tieso el pájaro. *(Reflexiona tristemente, quizá con remordimiento)* La pachi dijo... que estaba... calla boca.

*Se persigna. Abre la jaula. Saca al perico y lo sostiene en sus manos. Entra José y penetra a la casa gritando.*

JOSÉ: India... ya vine.

*Entra Alba Lluvia de un extremo, al mismo tiempo que Jesús aparece en el otro. Se miran profundamente. Se encuentran.*

## ESCENA XII

JESÚS: ¿Qué pasó, quién eres?

ALBA: Alba Lluvia.

JESÚS: Yo me llamo Chucho.

ALBA: ¿Chucho?

JESÚS: Bueno... Jesús.

*Se saludan de manos. Sigue el ir y venir. Las voces se repiten.*

ALBA: Los chuchos son también... ¿los perros?

JESÚS: Muerden.

ALBA: ¿Qué pasó allá?

JESÚS: Se envenenó el Opus con unas galletas de cianuro.

ALBA: Ay, pobres.

JESÚS: Pues sí.

*Sin dejar de mirarse. Sale José de la casa y se encara con Chuyita.*

JOSÉ: La Pachilola está muerta, ¿qué le pasó?

CHUYITA: Eso.

JOSÉ: Abuela, ahora sí que voy a irme de mojado...

*Se escucha «Eres la lluvia que enverdece la llanura» entre los murmullos del gentío arremolinado afuera de la casa de las monjas.*

VOCES: Ya se llevó la judicial al Panchofresco.

Antes de que lo linchara el vecindario.

¿De que lo qué, el qué?

Lloraba que daba pena.

Por amor, por capricho, por pueblo, por no tener qué hacer.

Se le corrió el rímmel.

Pues sí, rímmel corriente de la Estrellita. De a gargajito.

Y, todas éstas, ¿serían señoritas?

Chepa la bola, el caso es que el Jesús se salvó de pura chiripa.

Tan bueno.

Eso sí. Bueno quetá.

*Chuyita contempla al perico muerto. José se sienta cabizbajo en la poltrona. Jesús y Alba Lluvia se miran mientras sube nuevamente el escándalo de voces. Ulular de sirenas.*

VOCES: Arria, arria, mulas. Dejen pasar, no estén babeando.

Ay, pesado, no avientes, quiero ver a las madres.

Santitas.

Las pobres.

Putísimas.

*Sube la música de «...eres la lluvia que enverdece la llanura...»*

JESÚS: (A Alba Lluvia) ¿Ya conoces el río?

ALBA: No. ¿Vamos?

JESÚS: Viene ya muy crecido.

CHUYITA: (A Alba Lluvia) Oiga, «maistra», cuidadito, ese Chucho busca dueña.

JESÚS: ¡Ah, qué mi abuela ésta!

*Mutis alegre de ambos. Pasa Carroloco en «zumba».*

### ESCENA XIII

CARROLOCO: Rrrrrrrr. Voy a tener que hacerla de carroza...  
Piii. Piiii.

CHUYITA: *(Le grita)* Eeeeeeyyyy, Carroloco. *(Carroloco frena y rechina sus llantas. Le avienta con el perico muerto)*  
Toma, empieza con el curro.

*Carroloco lo «cacha» en el aire y se queda como paralizado a la mitad del foro. José se suelta llorando. Entran a escena don Jesús, Blanquita, doña Blanca.*

CARROLOCO: Uta madre, hasta carro de la basura, ve nomás, ve pues.

*Don Jesús, doña Blanca y Blanquita se congelan a mitad del escenario mirando hacia el lugar de la acción. Ulular de sirenas que se alejan.*

DON JESÚS *(Aventándose un ruidoso pedo)* Aprieta, Chuy.

CARROLOCO: *(Declamando)* «Yo que sólo canté de la exquisita partitura del íntimo decoro, estoy parado a la mitad de un foro...»

*Actitud congelada. Se escucha el carro de la nieve de chorro con su cantinela: «turú tu tu turú tu tu, tutú, tu...»*

*Música final*

# Tal vez nunca... o mañana...

## Comedia en tres actos

«Nunca se llega a puerto. Pero cuando dos rutas amigas coinciden, todo el mundo nos parece, por una hora, el anhelado puerto».

Herman Hesse

### PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN EN ESCENA

Eva Lyman: 37 años

Susana: 18 años

Alda: 20 años

José Ramón: 20 años

Nina: 75 años

Darío: 18 años

Eric: 21 años

Celeste: 19 años

Magda: 18 años

Miguel: 23 años

Mario: 25 años

*Época actual: una pensión para estudiantes en la colonia Roma de la ciudad de México.*

*Primer acto: Los primeros días de octubre, un domingo cerca de las nueve de la noche; a medida que el acto transcurre irá acercándose la media noche.*

*Segundo acto: Los primeros días de noviembre. Cerca de las tres de la tarde.*



*Tercer acto: Primer cuadro. Diez días después de transcurrido el Segundo acto, alrededor del mediodía. Segundo cuadro, las diez de la noche del mismo día.*

*Escenario único:*

*Estancia amplia. Juego barato de sala a la derecha. Pantallas a uno y otro lado del escenario. A la izquierda, contra la pared, vieja consola y espejo grande, antiguo. A unos pasos de la consola arranque de escalera, unos cinco escalones que luego se pierden y que llevan torciendo hacia la derecha a las habitaciones de la casa. Al fondo centro, separando dos cuartos que llegan casi hasta la mitad del escenario, pasillo que por la izquierda lleva al comedor y a la calle. El cuarto de la izquierda está bajo la escalera. En la pared del frente, dando al escenario, vitrina grande y vieja con libros, discos, copas. La sala está colocada en el ángulo que forman la pared del frente del cuarto y la otra de la derecha. Distribuidos cuadros. Una alfombra grande, muy usada sobre el escenario. La estancia es limpia y bien pintada. La mesita de centro del juego de sala tiene un florero con rosas de plástico. En alguna parte hay un letrero que reza: «No hay mal que por bien no venga». El cuarto de la izquierda está ocupado por Alda y Susana. El de la derecha por Eva Lyman.*

## PRIMER ACTO

### ESCENA I

*Al levantarse el telón, adviértense sobre la alfombra, semiocultas entre el sofá y el sillón de la derecha: una botella casi llena de ginebra, una más de Ginger Ale, un vaso a medio llenar y un pequeño recipiente con cubitos de hielo. En la consola se escucha música lánguida de jazz. Una cierta pesada atmósfera de*

*sensualidad encubierta se percibe en la penumbra del escenario, entre adormecedores instrumentos de viento y pianos perezosos...*

*Delgada, severa, pero elegantemente vestida, sin maquillaje, recogido el pelo con suma sencillez hacia arriba, sentada sobre la alfombra, recargando un brazo sobre el sillón de la derecha, está Eva Lyman, una mujer guapa que fuma nerviosamente. Sus ademanes son finos, pero duros. Eva no sabe fumar. Hace ya algunos minutos que está tomando desesperadamente. Eva tiene una mirada indefinida entre fuerte y agónica, entre encendida y triste. Deja el cigarrillo sobre un cenicero de pie que está muy cerca de ella. Bebe lentamente del vaso hasta vaciarlo y vuelve a llenarlo. Bebe un poco más. Se levanta. Da la impresión de andar tomando una seria determinación. Pasea la habitación con una cierta torpeza, como si los pies le pesaran demasiado. Hay inquietud en toda ella. Toma el cigarro que dejara sobre el cenicero y se acerca a la consola. Fuma y al levantar la cara para soltar violentamente el humo del cigarro se encuentra de repente con su cara en el espejo. Sin poder evitarlo retrocede un poco mientras se mira fijamente. Luego empieza a hablar con ella misma. Su voz es seca. Sin matices.*

*EVA: (Hablando arrastradamente, pero sin perder su voz la continuidad) Solterona. Cobarde. Tomas para decidirte. Pero a qué. Nunca tuviste un novio y tampoco conseguirás jamás un solo amor. Amargada. Hueca. Te asusta el solo aroma de los hombres que pasan a tu lado; hipócrita. Le tienes miedo a la palabra sexo. Te emborrachas para olvidar que eres una solterona. Solterona. Vieja. Y ¿lo del cigarro, para qué, ridícula?... (Tira el cigarro al piso y lo apaga con un pie) Si no sabes fumar siquiera. (Regresa atropelladamente al lugar donde están las botellas, después de apurar lo que le queda en el vaso. Se inclina para servirse más. Se sirve la ginebra. Al hacer lo mismo con el Ginger, una parte de la botella choca con el vaso, que se derrama sobre la alfombra. Asociando algo suyo con el vaso caído, brotando*

*quién sabe de qué reconocida angustia, gruesas lágrimas le suben a los ojos y termina llorando sobre el sillón. Casi inmediatamente se domina) Llorar... todavía más... (Levanta el vaso caído y empieza a servirse lentamente) ¿Qué has hecho durante toda tu vida? El mismo trayecto con cuadernos bajo el brazo y el alfiler de la soledad clavado cada vez con más fuerza y más seguridad sobre tu alma... Y luego, los versos, los mismos versos heridos en la intimidad de tu recámara. Nunca tuviste tiempo para el amor... Pero sigues siendo una mujer. Tú eres una mujer, Eva Lyman, una mujer «viva»... no la maestra que por veinte años solamente ha sabido de niños, pizarras, gises, borradores... Tú puedes aún ser para alguien... Toma, toma un poco más... (Eva toma) Vamos... La noche tiene mil brazos que te llaman, el aire es como una hamaca... (Eva vacía el vaso y se sirve otro) ¿Por qué no? ¿Por qué no?... (Eva se levanta. Lleva el vaso en la mano. Está ya mareada. Apaga la consola. Vuelve a mirarse en el espejo) Mírate con detenimiento, Eva Lyman... El tiempo pasa, pasa, pasa. (Eva bebe de un trago el líquido de su vaso) ¿Por qué no?... El tiempo pasa... pasa... (Deja su vaso sobre la consola. Con pasos lentos entra en su cuarto. Sale inmediatamente después con un abrigo corto sobre el brazo. Queda parada allí, en el pasillo, un segundo) Después de todo, ¿qué?... Lo que sucede es que tienes miedo... Cobarde... Cobarde... ¡Vieja! (Mutis rápido hacia la calle. Se escucha un portazo. Inmediatamente la voz de Alda que entra apresuradamente de la calle, quitándose los guantes)*

## ESCENA II

*Alda viste de negro, vestido ajustado de un escote discreto. Gran medallón sobre el pecho, pelo corto, es alta, delgada, de belleza discreta, de cierta distinción. Lleva un abrigo corto sobre el brazo. Mírase contrariada. Llega hasta el espejo...*

*Vistiendo traje mucho más sencillo, en color gris, entra inmediatamente después su hermana Susana con visible inquietud en rostro y manos. De regular estatura, es bonita. Alda la mira. Susana mira a su hermana desde la desembocadura del pasillo.*  
SUSANA: No ha querido marcharse. Está ahí afuera, esperando.

ALDA: *(Terminando de quitarse los guantes y dándole la espalda a Susana mientras con una mano se arregla furiosamente el pelo)* Dile que se largue. Que no quiero verlo.

SUSANA: *(Con vehemencia)* Creo que le estás dando demasiada importancia a un incidente que no lo tiene. Piensa bien. ¿Qué consecuencias puede tener?

ALDA: *(Con más coraje que vergüenza)* Qué vergüenza.

SUSANA: *(Siempre vehemente)* A cualquiera puede pasarle lo mismo.

ALDA: *(Cada vez más alterada)* ¿Y por qué tenía que pasarme a mí? Muchas veces le dije que no quería nada con él. Que a mí las cosas desde el principio me disgustaban, o me agradaban, y que él no era de los tipos que me interesaban.

SUSANA: Está ahí afuera. Quiere disculparse.

ALDA: El muy canalla.

SUSANA: Estás empleando lenguaje cinematográfico. Podrías muy bien decir: el muy atrevido.

ALDA: *(Con un gruñido)* ¡Al cuerno!

SUSANA: *(Llegando hasta su hermana)* Estoy segura que nadie que nos conoce se dio cuenta. Fuimos a un cine retirado.

ALDA: La culpa la tengo yo, por tolerarlo. Nunca debí aceptar... el muy *(ante un ademán de moderación que le*

*hace Susana*) atrevido... (*Estallando*) ¿Por qué no se fijó primero? El gendarme estaba detrás de nosotros y rápido que fue para alumbrarnos con la linterna.

SUSANA: No es cosa para lamentarla tanto, Alda. Para mí es de lo más excitante... Él te quiere.

ALDA: ¿Y por eso he de quererlo yo? A mí me gustan los jóvenes complicados, los jóvenes que en su interior traigan una tormenta, no importan las consecuencias... Éste es demasiado blanco, demasiado insignificante... (*Caminando del sofá a la vitrina. De la vitrina al sofá. Mientras Susana va y viene tras ella buscando una oportunidad*) ¡Haga el favor de abandonar la sala! ¡Está usted en un lugar público! ¿No sabe usted leer? Luego el muy... (*mira a Susana que se ha quedado expectante*) el muy imbécil, le ofrece un billete de cincuenta pesos para que no hiciera aspavientos... Luego tú con esa cara de boba y la gente mirándonos como si hubiera sido rota la ley de gravedad.

SUSANA: Bueno, niña, nos sali... nos sacaron del cine, ¿y hemos de llorar por eso?... En resumidas cuentas, la aventura es como para platicarse.

ALDA. Atrévete a platicarla y verás. (*Se dirige a su cuarto*)

SUSANA: Y al... canalla, ¿qué le digo? (*Va entrando José Ramón por el pasillo*)

ALDA: Eso. Que es un canalla. Y (*mira a José Ramón*) que no quiero verlo. (*Alda entra en su cuarto dando un portazo*)

### ESCENA III

*José Ramón es un muchacho de la estatura de Susana, casi grueso, ojos de infinita ternura, bigote apenas, de ademanes torpes, de pequeña voz. Susana que al ver a José Ramón se ha sentado en el sofá, ha empequeñecido y queda suspensa bajo la luz de una pantalla de pie. José Ramón llega hasta ella y se sienta a*

*su lado, los codos sobre las rodillas, las manos en inquieto juego, mientras mira una y otra vez hacia la puerta del cuarto de Alda. Susana casi está de espaldas a José Ramón.*

JOSÉ RAMÓN: Susana...

SUSANA: (*Estremeciéndose. Sin darle la cara*) ¿Sí?

JOSÉ RAMÓN: No quiere verme, ¿verdad?

SUSANA: Ya lo has oído. Pero se le pasará. Alda es muy nerviosa. Muy irritable. Muy temperamental, como dice mi papá.

JOSÉ RAMÓN: ¿Me perdonará entonces?

SUSANA: Seguramente.

JOSÉ RAMÓN: Susana...

SUSANA: (*Estremecida*) Sí.

JOSÉ RAMÓN: ¿Tú... me perdonas?

SUSANA: Fueron demasiado efusivos. No tuvieron cautela. Detrás estaba él. Comprendo tu bochorno. Fue mala suerte, ¿no crees? Había docenas de novios cerca de nosotros haciendo lo mismo. Lo que pasa es que como te vieron de traje, dijeron: ¡aquí mordemos!

JOSÉ RAMÓN: Entonces, ¿me perdonas?

SUSANA: Sí.

JOSÉ RAMÓN: Era el primer beso que nos dábamos. Alda cerca. La escena aquella de la cinta. La oscuridad. Su mano oprimiendo la mía. Tú eres inteligente. Tú comprendes.

SUSANA: (*Se levanta y camina hacia la consola*) Para variar. Yo comprendo. ¿Qué tengo en la cara, pues, que siempre termino siendo el pañuelo de lágrimas de todos? En casa, por ejemplo, para Alda esto, para Alda aquello, que Alda acá, que Alda allá; papá y las tías montadas en cólera por colmar a Alda de reverencias y de repente: Santo Dios, nos olvidamos de Susana. Para que terminaran por darme siempre la oportunidad de que comprendiera... Así que a la larga, mi vocación de cotorrona va a conducirme ineludible-

mente a abrir al público un consultorio de almas... Ahora tú... Yo comprendo, sí. Pero, ¿crees que nada más puedo comprenderte, entenderte...?

JOSÉ RAMÓN: La virtud de comprensión que por buena suerte posees te ayudará en tu carrera literaria en la que la observación de tantos otros te conducirá a la comprensión final de ti misma. *(Susana se ha sentado junto a José Ramón)*

SUSANA: *(No esperaba una respuesta tan formal. Se siente molesta)* Mismos conceptos para tu voracidad, virtud tan necesaria en el ejercicio de tu futura carrera jurídica...

JOSÉ RAMÓN: *(Tras una pequeña pausa)* Me siento a gusto contigo.

SUSANA: *(Se ha alegrado. Prevé un acontecimiento en las palabras de Ramón)* ¿Es verdad eso?... ¿De verdad te sientes a gusto conmigo?

JOSÉ RAMÓN: Sí. Alda, por ejemplo... es demasiado... ¿cómo te diré?... Demasiado a la americana. Todo quiere empezar y concluir en un día. Para ella el tiempo que se pierde es para llorarse. Segura de su fuerza de espíritu se cree a prueba de lágrimas, pero yo sabré conmoverla. No tiene serenidad, la serenidad y placidez de alma que tú tienes. Es vital. Dinámica. Despierta como la lumbre. Tú eres límpida, quieta, revives, como el agua fresca de los arroyos. El de ella es fuego constante, alimentado de no sé qué lumbre interior... como la primavera. El tuyo es el constante y tímido fuego azul de una llamita al viento. Alda podría decirme: ya no te quiero, o te quiero, con esa determinación que le da su carácter. Tú te lo reservarías. Serías menos directa para hacérmelo saber. Sin embargo, estoy entre las dos, como algo sin camino. Ella no me quiere. Y tú...

SUSANA: (*Tempestuosamente*) Yo te quiero, yo... (*Se interrumpe con la salida intempestiva de Alda que entra a escena cepillándose el pelo*)

#### ESCENA IV

ALDA: (*A José Ramón que se pone de pie*) ¿No te has largado todavía, tinterillo?

JOSÉ RAMÓN: Te esperaba.

ALDA: Pues yo esperaba que ya te hubieras ido... (*Va hasta el espejo. Susana ha quedado ridículamente suspensa bajo la luz de la pantalla*)

JOSÉ RAMÓN: (*Camina hasta Alda. Se detiene a unos pasos de ella*) Alda...

ALDA: (*Con la boca llena de pasadores*) ¿Mmmm?

JOSÉ RAMÓN: No volverá a suceder.

ALDA: Lo sé porque no volveré a salir contigo. Hemos terminado.

JOSÉ RAMÓN: Pero Alda... comprende...

ALDA: Hemos terminado... (*José Ramón hace un gesto de tristeza*) por hoy... (*Mira su reloj*) Mira, gordo, son las once. Tengo que estudiar todavía... (*Le extiende la mano*) Ya se me olvidó lo del cine. (*Ramón le toma la mano*) Hasta mañana en la C.U.

JOSÉ RAMÓN: (*Deslumbrado*) ¡Alda!

ALDA: (*Con media sonrisa*) Buenas noches, Ramón. Para ti, que me quieres, primero que Alda debe estar el Código Civil.

SUSANA: Así como para ella son primero los alcaloides que tú. Hasta mañana, José.

JOSÉ RAMÓN: (*Terco*) Pero no hemos terminado, ¿verdad?

ALDA: (*Desembarazándose de él*) Primero los alcaloides que tú, pero no hemos terminado... (*Mutis radiante de*



*Ramón. Alda sigue peinándose. Susana sigue a Ramón con la vista hasta que desaparece)*

## ESCENA V

ALDA: Si fuera al menos más interesante... Pero es tan poca cosa el pobre.

SUSANA: ¿No te da lástima?

ALDA: En lo mínimo. Con gusto lo oiría tronar bajo mi zapato, como un grillo necio. José Ramón es amigo nada más. Por ahora no creo tener tiempo para novios. Son... como los grillos, sin ir tan lejos, que o los guardas en cajitas de cerillos para escuchar de cerca sus destemplados chirridos o los escuchas tronar bajo el zapato. No es José Ramón de la clase de hombres en los que se encuentra el que a mí me atrape. ¿Sabes?, yo quisiera para mí, aquel que me ayudara moral y espiritualmente, que a mi lado fuera su sombra del mismo tamaño que la mía, que fuera al mismo tiempo el amigo y el hermano, el novio y el compañero, para no sentirme inferior a él, o superior como me pasa con éste.

SUSANA: Él te quiere...

ALDA: *(Viniendo hasta su hermana)* Mira. Antes de salir de Saltillo, papá nos dijo: van a estudiar. Las dos. A prepararse para el futuro. No a buscar lo que aquí pueden encontrar sin necesidad de ir tan lejos. Así que, hermana... *(despectivamente)* te lo regalo, con sus códigos, sus leyes, su ñoñería y sus ojos de santo viejo...

SUSANA: Sin embargo, lo besaste.

ALDA: Fue por mera curiosidad. Pero ni para eso sirve.

SUSANA: No tienes ni pizca de corazón.

ALDA: *(Sinceramente alegre)* No, si yo tengo en vez de corazón una sulfona... *(Mutis a su cuarto)*

## ESCENA VI

*Susana queda sola. Va entrando Nina por el pasillo. Nina es la dueña de la pensión; gordísima, de lentes, vestida de negro, pelo canoso, rebosante de simpatía.*

SUSANA: Gordo... Ella tiene en vez de corazón una sulfona... Y yo soy como el agua de los arroyos... lo dijiste.

## ESCENA VII

NINA: Buenas noches, Susana...

SUSANA: (*Sobresaltándose*) Buenas noches, Nina, ¿cómo está?

NINA: No del todo bien, ya sabes, aunque hubo un tiempo en el que no estuve del todo mal. En aquellos tiempos antiperiféricos, mi palmito iba y venía por las principales calles de la ciudad cosechando piropos... Ahora la que silbo soy yo cada vez que me peso... Si tuviera automóvil no tendría que preocuparme por las llantas, (*se toca la cintura*) ¿no crees?

SUSANA: Usted siempre tan bromista...

NINA: Me viene de casta... (*Transición. Susana sonríe*) ¿Por qué no habrá cenado nadie? Bueno, no es que me preocupe que cenen; abren y cierran el refrigerador a la hora que se les antoja; pero es la costumbre, hija...

SUSANA: Será porque es domingo.

NINA: Ay, pero si es domingo. Esta grasa me está alterando hasta la memoria.

SUSANA: (*Riendo de buena gana*) Nosotras fuimos al cine. Imagino que también los demás.

NINA: Ni duda cabe. De todas maneras, en la mesa les he dejado una charola con tortas... Si quieres tomar algo, no hay necesidad de que te recuerde lo que debes hacer. Me voy... Ay, bendita cama que está recla-

mando mis redondeces... Hasta luego, muchacha...  
(*Nina camina a la salida*)

SUSANA: Que descanse, Nina. (*Nina va saliendo cuando casi es atropellada por Darío y Eric que entran*)

NINA: Jesús mil veces... ya llegó la caballada. Si no fuera porque tengo los pies en la tierra, me echan a rodar...  
(*Darío es moreno, atlético, alto, viene riendo a carcajadas. Sus actitudes, sin embargo, son las de un muchacho sereno, espiritual, humilde. Eric es también alto, blanco y bien parecido, de hermosa voz. Nina permanece de pie a la entrada del pasillo. Susana mira con evidente interés. Sale Alda de su pieza con un libro en la mano. Darío se sienta en uno de los brazos del sofá*)

## ESCENA VIII

ERIC: (*Invasado por una gran «zozobra» actúa en el Harpagon de El avaro de Molière*) «¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Justicia, gran cielo! ¡Me han robado mi dinero! ¿Quién puede ser? ¿Qué se ha hecho de él? ¿Dónde se oculta? ¿Qué haré para encontrarlo? ¿A dónde correr? ¿No está allí? (*A sí mismo, tomándose por el brazo*) ¡Detente! ¡Devuélveme mi dinero, miserable! ¡Ah, soy yo!... Mi espíritu está turbado, no sé dónde estoy, quién soy o lo que hago...» (*Darío no ha dejado de reír. Alda se ha sentado junto a Susana. Nina ha llegado muy despacio y se ha parado junto a la vitrina. Eric domina el escenario*) «Ay, mi dinero, mi pobre dinero, mi amigo del alma. Sin ti me es imposible vivir. Se acabó. No puedo más. Me han privado de ti y puesto que me faltas, he perdido mi sostén, mi consuelo, mi alegría; todo ha terminado para mí y nada tengo ya que hacer en el mundo. Me muero. Estoy muerto y enterrado. ¿No hay nadie que quiera

resucitarme, devolviéndome mi dinero o indicándome quién lo ha robado?» (*Alda, Susana y Darío cuchichean y se ríen*) «¿Qué decís? ¡No es nadie! El que ha dado el golpe tiene que haber acechado justamente el instante en que le hablaba (*señala a Darío*) a mi traidor de amigo... (*Darío ríe a carcajadas*) Salgamos. Quiero ir a buscar a la justicia y hacer dar tormento a toda mi casa, a sirvientes, a criados, a mi hijo, a mi hija, y a mí mismo. Cuántas personas reunidas... No fijo mi vista en nadie que no me dé sospechas. Cualquiera me parece mi ladrón. Eh, ¿de qué hablan allí? ¿Del que me ha robado? Por favor, si se tienen noticias de mi ladrón suplico que me las digan. ¿No está oculto allí, entre vosotros? Todos me miran y se ríen. Ya veréis que han tomado parte, sin duda en el robo que me han hecho. Vamos, pronto, comisarios, arqueros, prebostes, jueces, suplicios, horcas y verdugos. Quiero hacer ahorcar a todo el mundo, y si no encuentro mi dinero me ahorcaré yo también después...» (*Queda en pose risible. Todos aplauden*)

NINA: Es teatro, seguramente. Desde que llegaste a la casa no has hecho otra cosa, todo lo encubres con pantomimas y el día que realmente te suceda algo grave, no te lo vamos a creer por más esfuerzos que hagas.

SUSANA: De cualquier manera es admirable. Interpretar a Molière no es tan fácil...

ALDA: ¿Y esto qué fue ahora... verdad o ficción?

DARÍO: (*Sin dejar de reír*) ¡De veras lo robaron!

NINA: ¿Cómo?

DARÍO: Fue en el camión. Todo su cheque. Su actuación ha sido sincera...

ERIC: Uno por ahorrar se viene en segunda, para que le quede un poco de lo que a uno le mandan de su casa y de repente, manos maestras lo dejan a uno con la boca abierta...

SUSANA: Pero, ¿no hiciste nada?

ALDA: ¡Ay, Susana!, qué puede hacerse. Esa gente a un paso está del virtuosismo.

NINA: Mira, hijo. Por lo de la pensión no te preocupes, me pagarás cuando puedas. El problema está en que se esperen los de la escuela. Ya sabes que éstos no te perdonan ni un día de retraso.

ERIC: Me las arreglaré, Nina, es usted más buena que la bondad.

SUSANA: Alda y yo te damos para tu camión.

ERIC: (*Actuando*) Anticipando agradecimiento, pero soy un actor con dignidad.

ALDA: No es limosna, somos tus amigas, creo yo.

ERIC: No se crean, no se crean, muchachas, realmente se los agradezco.

NINA: Tú no tienes la culpa de que existan rateros.

ERIC: Ni los rateros son culpables de que existan los pende...

NINA: ¡Hijo! Moderación. Ya lo dije, si quieres, te presto. Pero cuida la lengua.

ALDA: Por nosotras no hay cuidado. Sin embargo, para pronta solución, puedes escribir a tu casa, contar cualquier cosa para que te manden más.

ERIC: (*Súbitamente, actuando*) Alda, Alda, qué viento te asalta el alma y te la trastorna. Un viento cálido, un viento súbito, un viento de espanto. Y la voz se te apaga en la boca y la sangre huye de tu rostro. ¿Por qué quieres que le mande un mensaje de mentira a mi madre?

SUSANA: (*Aplaudiendo*) ¡D'Annunzio!

ERIC: Bárbara. Eres diabólica. Te las sabes todas.

NINA: Criaturas, si van a cenar algo yo les suplicaría...

SUSANA: Sí, Nina... en un rato... (*Mutis de Nina*)

## ESCENA IX

ALDA: Pobre Nina, ya será cerca de la medianoche y la tenemos en pie todavía. Vamos, Susana. ¿Vendrán ustedes, muchachos?

DARÍO: Las alcanzamos enseguida. (*Mutis de Alda y Susana*)

## ESCENA X

ERIC: Ah, si lo hubiera agarrado con qué satisfacción le torcería el pescuezo... (*Pomposo*) «Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje...» (*Se aplaude*) Soy sublime. Ya sabes, manito... en boca cerrada no entran compromisos. La mitad para ti y la otra mitad para mí. Sí, es de ley; pocas veces tiene uno manera de disfrutar de unos pesos; y ahora que la ocasión se presentó, robo en un camión de segunda, ladrón ficticio y doscientos pachucos para cada uno. (*Le da el dinero*) Y ahora, vamos a ver qué le echamos a la víscera...

DARÍO: Gracias, mano. (*Mutis de Eric al comedor. Darío se guarda el dinero. Llega después hasta la puerta del cuarto de Eva. Va a llamar. Se arrepiente. Mutis al comedor. Ahí se escucha el griterío de Eric*)

## ESCENA XI

VOZ DE ERIC: «*La mia primma e la assoluta ballerina... (Entra a escena Celeste, morena, vivaz, bella. Lleva slacks negros, un sweater naranja holgado, de grandes mangas, en la mano un pequeño maletín) mamma mia, tutta mia...*» (*Entra a escena Magda, rubia, bonita, viste toda en negro, vestido de lana de falda anchísima con muchas crinolinas de un color rosa intenso, se ha dejado abajo las*

*mallas. También lleva un maletín: las dos llevan zapatillas de ensayo. Magda es graciosa)*

CELESTE: ¿Qué, no vas a subir?

MAGDA: No, aquí te espero. *(Se sienta. Del maletín saca un par de zapatillas de tacón alto, se quita las de ensayo y se coloca las otras)*

CELESTE: Nada más me cambio y bajo, ¿eh?... Recuerda que la pachanga es a medianoche y nos queda poco tiempo. *(Mutis de Celeste por la escalera)*

## ESCENA XII

MAGDA: *(Magda descubre la ginebra y demás botellas) Ay, qué chulada de suerte, esto es para mí... (Se prepara un cocktail. Todo en ella es picante y al mismo tiempo ingenuo) Aquí sólo falta música... (Va a la consola y pone la selección musical de la primera escena) Y un hombre... un hombre que me venga a decir cuatro verdades... (Se sienta subiéndose la falda arriba de la rodilla) Magú, de las zancas a la greña está usted a todo dar... (Entran a escena Eric, Darío, Susana y Alda, intrigados por una melodía que no les es conocida, los cuatro terminando de comerse unas tortas)*

## ESCENA XIII

ALDA: Que yo recuerde no teníamos nada de jazz en casa. ¿Lo trajiste tú, Magda?

MAGDA: Yo nunca traigo nada. Al contrario. Me llevo. Ya estaba en la consola... y esas botellas.

ERIC: ¿Botellas? *(Corre hasta ellas)* ginebra, Ginger Ale, cubos de hielo, cigarros, mujeres, domingo; todo un acontecimiento. Siéntense. Un cocktailito no nos vendría mal.

ALDA: Les cedo mi parte. Quién sabe de quién serán esos menjurjes...

SUSANA: Yo sí.

ALDA: Mañana es día duro, Susana. Como que empiezan los exámenes definitivos.

ERIC: Alda, no te vayas, sólo una.

ALDA: Ni una. Buenas noches a todos. (*Solamente Darío contesta. Mutis de Alda*)

#### ESCENA XIV

SUSANA: Ay, a mí me encantaría, pero el ogro tiene fino el olfato. Buenas noches a todos. (*Eric y Darío contestan. Mutis de Susana*)

#### ESCENA XV

MAGDA: Ésas sí que son estudiantes de molde. Pertenecen al tipo de estudiantes *standard*, hablando siempre de sus pruebas, de sus clases. No, señores, el estudiante también es cuerpo, es alma, es sentimiento, es pasión, es angustia.

DARÍO: No te creas, Magda, también ellas tienen su corazoncito.

MAGDA: Eric, lléname el vaso, ¿quieres? (*Eric obedece*)

ERIC: Supongo que vas a invitar, ¿no es así?

MAGDA: Sí, pero del mismo vaso. Antihigiénico o no, es muy sexy... (*Los muchachos ríen*)

DARÍO: (*Señalando a Eric*) Lo robaron.

MAGDA: (*Convencida*) Y en un camión de segunda, por supuesto. (*Eric y Darío se miran extrañados. Eric le da a Magda el vaso que bebe de un trago*) Más.

ERIC: ¿Qué también a ti te ha sucedido?



MAGDA: Pues te diré... En cierta ocasión en el apretujamiento de un destartado camión de cuarta, empezaron por hacerme cosquillas en la nuca, luego bajaron y bajaron, y cuando yo abandonaba el camión, la mar de furiosa, registré y registré el bolso por ver si me faltaba algo; alguien llegó hasta a mí, atropelladamente y me dijo: «Señorita, ¿esta cosa de olancitos es suya?» (*Los muchachos ríen*) Más... (*le tiende a Eric el vaso*) tengo una sed de vaca nortea. Con menos soda y menos hielo y mucho de lo otro... (*Eric obedece*) Pero siéntese junto a mí, Darío. Y si es con la guitarra no me enoja...

DARÍO: ¿La traigo entonces?... (*Entra Nina visiblemente molesta. Eric le da el vaso a Magda y ésta lo bebe de un trago*)

## ESCENA XVI

NINA: Aquí es una casa decente... nada de canciones... apaguen ese tocadiscos... (*Eric apaga el tocadiscos. Darío baja la cabeza. Magda ha cruzado descaradamente la pierna*) Y si quieren cantar se van al parque, a cualquier parque.

MAGDA: A cualquiera, menos al suyo, ¡gorilona!

NINA: Y luego con la hora que es... (*Llama a Celeste*) ¡Celeste! ¡Celeste! (*Baja Celeste apresuradamente, abrochándose todavía los aretes. Viste también en negro como Magda. Saluda casi imperceptiblemente a Eric con un coqueto «Hola»*)

CELESTE: Diga, Nina.

NINA: Sabes que si les permití traer a sus amigos a la casa, fue con la condición de que respetaran este techo y a quien viviese bajo él. Esta criatura no encaja aquí... (*Magda se ha servido otro vaso y bebe*) Ni esas bote-

llas, ni esas actitudes Y para terminar la loca esta me mandó al zoológico...

CELESTE: ¡Magda! (*La reprende sin que le importe mucho*) Levántate y vámonos. Tenemos todavía... pero qué es eso... se te han subido las...

MAGDA: (*La corta*) ¡Las copas! ¡Claro!

CELESTE: No. ¡Las faldas!

MAGDA: ¡Bah!, para ir al festín de medianoche de Francesco yo ya voy empezada, lista y acicalada.

NINA: Quedas advertida, Celeste... (*A Magda*) Ya buscaré una cadena para ti.

MAGDA: Pero que no sea la suya, elefantina... (*Mutis de Nina*)

## ESCENA XVII

CELESTE: Eres una grosera.

MAGDA: Yo no voy a la orgía si no van ellos... (*Señala a Darío y a Eric*)

ERIC: (*Animadísimo*) ¿Orgía?

CELESTE: No es precisamente eso. Así les llamamos a nuestras reuniones...

MAGDA: Y así son. Cuando no corre una en cueros por aquí, la otra, que ahogada de borracha se ha caído por el balcón, llora porque en la trifulca se le ha perdido un postizo...

CELESTE: Nos juntamos; bien lo sabes... Las fiestas de Francesco, Eric, no toman tonos tan alarmantes... Vamos, si quieres... No será la primera vez. ¿Nos acompañas, Darío? Sinceramente, hombre.

DARÍO: No puedo. Tengo examen mañana.

ERIC: Anda, hermano, un rato solamente.

DARÍO: De veras, mano. Prefiero quedarme. Nos veremos mañana.

MAGDA: (*Picándole sorprendentemente con un dedo el estómago*)  
Un ratón nomás, mi ñerazo...

CELESTE: No insistas. Darío tiene que estudiar todavía.

DARÍO: De veras, güera, de veras lo siento mucho. Pero los  
acompañaré a tomar un coche para que no digan que  
soy mal amigo.

MAGDA: (*Alegre*) Qué repapá. Así se habla, amigazo.

CELESTE: (*Jalándola de un brazo la lleva a un extremo del escenario*) Ven acá, vulgarsota; cuántas veces te he dicho  
que... (*Baja la voz. Aparte a Magda*) ¿Trajiste los ci-  
garros, niña?

MAGDA: *Siroles*, mana, va a haber más toq... (*Celeste le tapa  
la boca a Magda*)

CELESTE: Pero no se te va a quitar nunca. Sigues tan desbo-  
cada como cuando llegaste de Tijuana.

ERIC: Ya déjala, ya déjala. Desbocada y todo... Pero es me-  
jor bailarina que tú. Aunque te duela.

CELESTE: (*Herida. Inicia el mutis*) No. No me duele. Vamos,  
vamos ya... (*Mutis. Eric hace un gesto de no entenderla.  
Mutis tras ella llevándose a Darío*)

## ESCENA XVIII

MAGDA: (*Mareadísima*) Me parece que he tomado más de  
una copa. Pero por si fuera menos... (*Tomando la bote-  
lla de ginebra*) Vente, pequeña, no me gustan las huér-  
fanas... (*Toma luego el recipiente con los cubos, la botella  
de Ginger y el vaso*) Me daría tanta pena saber que en  
la fría soledad de una sala vulgar estaban abandonadas  
a su suerte tan lindas muchachitas... (*Inicia el mutis.  
Entra Miguel. Viene de la calle. Profundamente abatido.  
Se sienta. Es alto. Un poco de rasgos orientales. Moreno.  
No muy bien parecido. Fornido. De paso pesado y fuerte*)

MAGDA: ¡Hola!

MIGUEL: ¡Hola! (*Mutis tambaleante de Magda. En el comedor se escucha su voz visiblemente descontrolada por el alcohol que empieza a hacer sus efectos*) Adiós... ¡toNina!

## ESCENA XIX

*Entra Nina moviendo la cabeza y volteando todavía hacia la puerta de la calle.*

NINA: Menos mal que llegó usted después del terremoto. Esa Magda es, sin ir tan lejos, una clásica y depuradísima rebelde sin causa. Sin embargo... (*Sonríe*) Me cae bien. Así era yo de muchacha... ¡Ay! (*Suspira*) Joven, le traeré su acostumbrado vaso de leche y su pedazo de pastel...

MIGUEL: No se moleste, Nina, cené algo afuera.

NINA: Hasta mañana pues, y buenas noches...

MIGUEL: Hasta mañana, Nina... (*Mutis de Nina*)

## ESCENA XX

*Miguel se levanta. Se pasea nerviosamente por la habitación. Luego se deja caer nuevamente sobre el sillón, ocultando la cara entre las manos. Sale Alda de su habitación y lo mira. Alda no puede disimular una gran simpatía (¿amor?) por Miguel.*

ALDA: ¿Le ocurre algo, Miguel? (*Miguel niega con un ademán*) Si en algo puedo ayudarle...

MIGUEL: No es nada, Alda. Nada. De veras, preferiría... (*Se levanta y vuelve a caminar ahora hacia el espejo*)

ALDA: Que lo dejase solo, ¿no es así? Pero no son esos mis deseos. Perdóneme. No es la primera vez que me toca mirarlo así. En la escuela, varias veces he...

MIGUEL: (*Cortándola suavemente*) No es nada, se lo aseguro. Cansancio, tal vez.

ALDA: (*Se acerca a él*) Una mujer, ¿verdad? (*Miguel se juega las manos*)

MIGUEL: (*Turbado camina al otro extremo del escenario*) No... (*Se ha turbado*) Nada de eso...

ALDA: Será mejor para usted confiar, contar, decir. Siempre hay alguien con sed de escuchar para tratar de aliviar algo, lo que duela. En mí tiene a una amiga. Una buena amiga, con el criterio suficiente como para aconsejarlo. Es una mujer, ¿verdad? ¿La que va por usted de tarde en tarde a la salida de clases?

MIGUEL: (*Pausa. Tarda en contestar*) ¿Me espía usted?

ALDA: Nada de eso, Miguel. No me apena confesarle que por mirarlo a usted la he visto a ella.

MIGUEL: (*Está más descontrolado y turbado que antes*) Sí, es una mujer... (*Tartamudeando y luego dice resueltamente*) Es esa mujer.

ALDA: Lo dice como si existiera otra, que no lo dudo... ¿y por ella es entonces, esa desesperación?

MIGUEL: (*Titubeando*) Por... ésa... sí.

ALDA: Ninguna virtud es inmiscuirse en la vida de los demás, pero ella no me gusta. Se mira demasiado... vulgar. Imagino que usted por una seguridad la buscó. Parece tener dinero. Es varios años mayor que usted y no creo que...

MIGUEL: (*Vuelve a cortarla suavemente*) Le prohíbo...

ALDA: Yo sólo quiero ayudarle. Con lo mínimo de mi palabra. Es ya sabido que muchas veces, estudiantes, pobres la mayoría, que no pueden pagarse ciertas necesidades se hacen encontrar o encuentran mujeres solas y en casos repetidos con dinero, la mayoría... o con la forma de ganárselo... Y nace así como una sociedad que a ambos reporta satisfacciones... Si no me equivoco, usted...

MIGUEL: Le suplico. No siga. Tan vergonzoso es escuchar de sus labios mis acciones como vergonzoso es que usted

tenga más carácter que yo, que sea usted quien venga a decir lo que no he podido decir nunca: soy un mantenido... (*Hay una breve pausa. Alda se sienta*) Antes de venir a México fui compañero desde la infancia de varios muchachos alegres y despreocupados, frecuentaba sitios donde se practicaba la prostitución. Ahí aprendí... Pero si en el fondo no lo hacía por explotar a las pobres mujeres, sí encubría en aquella sucia maniobra un viejo trauma. Era mi venganza... la vieja venganza...

ALDA: ¿Venganza?

MIGUEL: Desde niño las chiquillas me rehuyeron, de adolescente las muchachas me repudiaron, mis amigos no tenían otra palabra más que «feo» para mí; en mi rebeldía interior fui un vago más o menos disimulado que pudo tener las mujeres que quiso y hacer con ellas lo que deseaba sin escuchar jamás la terrible palabra: «feo»... Sin deseos de estudiar vine a México... Ahora es distinto; le tengo amor a mi carrera...

ALDA: ¿Y ella?

MIGUEL: La conocí en un cine. Se quejaba de su soledad. Me invitó a su departamento. Tomamos un poco. La busqué otra vez. Y otra, inesperadamente, me dio bastante dinero. Ropa más tarde. Resultaba cómodo como antes, pero era vergonzoso... (*Pausa*) Los tiempos habían cambiado. No así... la necesidad. Me mandaban poco de mi casa... y... yo no sé hacer nada... Luego quise terminar con ella; pero usted, usted misma lo ha visto... Me sigue, me cela, me espía. No bien tardo unos minutos en salir de algún sitio cuando ya está ella ahí preguntando por mí. Ahora me aburre... Me aburría antes, pero...

ALDA: Pero necesitaba de ella... (*Se levanta*) No hay necesidad de que explique tanto, Miguel. Yo comprendo...

MIGUEL: Por ella he podido ir saliendo avante en mi carrera. Pero, ya no quiero.

ALDA: Déjela. Simplemente déjela.

MIGUEL: Estoy seguro de que irá a la escuela. Me armará un escándalo. Además me amenazó con escribir a mi madre. Mi madre, tan sensible, tan nerviosa, tan impresionable, no sé cómo reaccionaría, mucho menos mi padre, tan estricto, tan severo, tan intransigente, que para apartarme de todos estos líos me envió a México... Dejaría de mandarme... Ahora que las clases están tan duras...

ALDA: Hable con ella, hágala entrar en razón.

MIGUEL: Escribiré a mi casa. Lo sé de seguro.

ALDA: Debió usted de preverlo, Miguel.

MIGUEL: Nunca he podido prever nada, imaginar nada; todo ha sido una serie de revanchas por cobrarme lo que se me ha hecho. Mi padre, mi madre, mis hermanos, mis amigos... Todos han contribuido a que la existencia haya significado lo que significa para mí: un desquite. Soy un miedoso, nada más. Un inepto... Un cobarde...

ALDA: ¿A su edad?

MIGUEL: A mi edad.

ALDA: No es tarde para empezar a creer en algo a los veintitrés años, Miguel. Yo le ayudaré a que afirme su carácter. Yo lo ayudaré a descuartizar ese miedo. Yo le ayudaré como amiga, como hermana, como...

MIGUEL: *(La interrumpe. Se le ha iluminado el rostro. Mira en Alda un apoyo)* Alda. Gracias... *(Luego reacciona y vuelve a desmoronarse)* No. Ya no tiene remedio.

ALDA: *(Intuyendo que se trata de la mujer)* Mire. Hable con Darío, su compañero de cuarto, o con José Ramón, usted lo conoce, el muchacho que me acompaña. Algo estará de su parte, Miguel. Repito que nada está perdido. No sienta compasión por ella. No va a convertir usted errores de juventud en yerros para toda la vida. Hable usted con los muchachos. No es

usted un cobarde, ni un miedoso, ni un acomplejado, Miguel... *(Hay una pequeña pausa en que Miguel va controlándose)* Yo creí lo mismo de mí cuando tuve que vérmelas cara a cara con la vida a lado de mi padre, cuando murió mamá y tuve que quedarme dura y fuerte en la casona triste para cuidar a mis hermanos... Pero no. Le tomé sabor, a pesar de mis pocos años, a servirle a alguien, a servir de algo, a cuidar a papá, a mis hermanos, mientras él andaba lejos de la ciudad, por otras partes en su trabajo de siempre. Luego mi padre volvió a casarse. Ingresé a la preparatoria... Pero dentro de mí, muy dentro de mí había quedado el gusto gratisimo de haber perdido el miedo a la vida cuando fue necesario... Sola vine a México, después me traje a Susana y creo que solamente ciertos golpes podrían tumbarme. Por ejemplo, los golpes del amor... *(Transición)* Esa mujer es demasiado poca cosa para usted. Déjela, Miguel. Es usted un muchacho inteligente, bueno y noble que merece vivir mejor... *(Le tiende la mano)* Todo mi afecto está de su parte, Miguel...

MIGUEL: *(Le estrecha la mano)* Alda...

ALDA: Sí, Miguel. Es más que afecto. Buenas noches, Miguel. Hasta mañana... *(Alda camina a su habitación. Desde ahí vuelve el rostro y sonríe a Miguel. Mutis de Alda. Miguel ha quedado perplejo. Sin embargo, está más nervioso que nunca, más desesperado. Luego sube lentamente la escalera que lleva a la planta alta, rumbo a su cuarto. Mutis)*

## ESCENA XXI

*Sale Susana de su habitación, ya en bata. Trae una libreta. Se dirige al sofá donde se sienta.*



SUSANA: Algún mosquito le picó al ogro. Entró como sonámbula. *(Empieza a escribir. Va leyendo lo que escribe)* «José Ramón Castel. Chihuahua 2. Apreciado joven: Será inútil si trata de averiguar de dónde y quién le escribe esta nota... *(Pausa)* Limítese a comprender que quien lo hace y quien se interesa por usted es persona de bien que le desea lo mejor... *(Pausa)* Alda Rebel no lo quiere a usted. Usted mismo lo ha comprendido pero no quiere aceptarlo. Ella quiere a otro. Pero por no lastimarlo —como debiera— no se lo dice abiertamente. Si usted la quiere de veras y desea su felicidad, olvídela. Quien verdaderamente lo ama es su hermana Su-sa-na. Estudie las reacciones de ésta cuando lo mira. Susana merece que usted la quiera. Trate de hacerlo y verá cómo todo se soluciona con felicidad. Firma: Antonio». *(Susana dobla el papel. Lo coloca dentro del sobre y se levanta)* San Toñito de Padua, mira que te quitaré de la ridícula postura en que te tengo... *(Mutis hacia su cuarto en el preciso momento en que aparece Eva Lyman en el extremo del pasillo. La sigue un muchacho apuesto, vestido regularmente, que llega hasta la mitad del escenario mientras Eva apaga una de las pantallas de pie)*

## ESCENA XXII

*Eva mira al muchacho. Procede con mucha cautela. Una doble batalla se libra en su interior: ¿me entrego o no? Va hacia él. Él viene hasta ella. Eva lo abraza desesperadamente. Va a besarla en los labios pero Eva voltea la cara y puede mirarse en el espejo. Cuando él va a besarle el cuello enlazándola por la cintura, Eva toma fuerzas, se separa de él, va hasta el sillón y cae en él. La escena es casi a media voz. Sobre todo en Eva.*

EVA: (*Abogadamente*) Váyase, por favor, Mario o como se llame...

MARIO: No entiendo.

EVA: Se lo suplico.

MARIO: Pero si usted me sonrió, me esperó, me invitó luego a su casa, después de yo haberle invitado una copa. No me explico. Traigo dinero. Voy a pagarle...

EVA: (*Comprendiendo completamente lo que estaba a punto de hacer. La palabra «dinero» la ha herido. Se imagina la peor prostituta. Con voz contenida*) Váyase...

MARIO: ¿A qué me trajo, entonces?

EVA: A nada. Váyase, pueden oírnos. No sé lo que hacía. Fue el alcohol. La poca costumbre.

MARIO: Entonces usted se ha burlado de mí, me ha humillado...

EVA: (*Apoderándose poco a poco de su firmeza de carácter*) Salga de aquí.

MARIO: Se ha burlado de mí como de cualquier imbécil. No debió haber hecho eso conmigo.

EVA: Lárguese, he dicho.

MARIO: Está bien. Se arrepentirá.

EVA: ¡Fuera!

MARIO: Vendré a buscarla muy pronto. Lo que a mí me gusta, lo consigo, a como dé lugar. Hasta pronto. (*Mutis de Mario. Eva queda como derrotada. Avergonzada, se deja caer sobre el sofá*)

EVA: ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué iba yo a hacer? (*Se abre la puerza del cuarto de Alda y sale Susana*)

### ESCENA XXIII

*Eva busca rápidamente una salida. Premedita.*

SUSANA: Me pareció escuchar voces... Como tengo el radio prendido... ¿Está usted sola, señorita Lyman?

EVA: (*Aparentando serenidad*) Era yo. Sí. Hablaba a solas.  
Improvisaba un poema. Ya sabes que me da por ahí.  
Ven y siéntate un rato. Te lo diré.

SUSANA: (*Se sienta junto a Eva*) Debe ser bellissimo.

EVA: Uno de tantos estados de ánimo. Escucha:

Me bautiza el sudor.

La luna, empluma.

La noche baja un tonelaje de astros  
sobre el cuerpo llovido de la higuera.

Sola,

yo.

Por la ventana abierta

se asoman las recámaras del aire;

sobre la bíblica hoja de la parra

el estoque profano del mosquito.

Hambre en mi corazón,

como de verte.

Sola.

Sola.

Pero sola.

Yo.

SUSANA: Muy triste. Otro poema de la soledad, de esa soledad que en usted se ha hecho honda. Es necesario que de cualquier manera empiece usted a rehuirla. Ahora, por ejemplo, salió usted a caminar, ¿no es así? Tiene usted los zapatos empolvados. Un poco cansado el rostro...

EVA: Caminar... Se me ha hecho desconcertante. No salgo nunca. Decididamente yo soy para esta rutina, la mía, la que por tantos y tantos años se ha hecho ya costumbre. No me gusta salir a pasear. Es el cuerpo el que va caminando mientras el alma se queda entre los libros, el rosario y las cortinas empolvadas de la recámara familiar.

SUSANA: Si tuviese usted alguien que le hiciese ver distintas las cosas, su caminar sin rumbo determinado quizá tendría así su encanto. ¿Por qué no trata de...?

EVA: ¿Un hombre?... Ni desde joven. Siempre fueron los niños y no conozco otro amor, es preferible... Además, no tiene caso ya... Le rogaría que me dejase sola, Susana. Lo necesito.

SUSANA: Yo la quiero bien, Eva... *(Se levanta)* Esta niña sencilla que soy también tiene sus conflictos y eso la habilita para entender a los de otros. Por ejemplo, en esta casa, alguien está enamorado de usted... *(Eva la mira desconcertada)* No me lo ha dicho él... Pero lo he adivinado...

EVA: Alguno de estos niños...

SUSANA: Sí. Pero sinceramente.

EVA: Uno de tantos juegos. A lo mejor su imaginación ha ido más allá de todo lo posible. Susana... Buenas noches. *(Susana se levanta)* Gracias por quererme. Yo también la estimo bastante, Susana... *(Mutis de Susana. Eva empujécese en su sillón y termina sollozando despacio. Ausente. Entre lágrimas)* Lo miré. Cuando me tomó del brazo me sentí liberada. Era por decirlo así, una compensación. Dios mío, manténme fuerte, manténme serena, haz que yo vea... *(Entra Darío y va a subir la escalera cuando advierte que Eva está en la sala y que llora. Tímido le habla)*

## ESCENA XXIV

DARÍO: Señorita Eva... *(Eva se incorpora totalmente. Con disimulo se seca las lágrimas con el dorso de la mano)* Le ruego me disculpe si la molesto... Pero, ¿le ocurre algo?... *(Eva permanece de espaldas a él)*

EVA: Reconozco su voz, Darío. No, no es nada. Siempre que recuerdo a mi madre, lloro y ahora... su ausencia fue como un pesado fardo cuyo peso no pude resistir. (*Voltea a mirarlo. Le sonríe*)

DARÍO: (*Permanece en silencio. Luego habla repentinamente, como quien ha estado tomando una determinación y termina por decidirse*) Hoy quise hablar con usted... Dos veces estuve frente a la puerta de su cuarto, pero no me atreví a llamar... Han sido largos días madurando mi determinación para poder decirle que... (*Eva se levanta muy despacio. Ha comprendido*) Señorita, posiblemente usted tenga de mí algo menos que una vaga impresión. Un muchacho de mi edad se expone a que sólo se crea de él que es superficial y tonto... Pero esta noche no puedo ser más sincero... Yo...

EVA: Imagino qué es lo que va usted a confesarme. Seguramente... es usted el muchacho que está enamorado de mí... (*Darío no tiene escapatoria. Se derrumba todo su valor*)

DARÍO: ¿Quién se lo ha dicho?

EVA: Es usted, ¿verdad?

DARÍO: Sí.

EVA: Escuche, Darío... (*Darío casi se desploma*) Quizás usted había preparado un largo y bello discurso para decirme que me ama. Seguramente buscó usted la frase más bella y más pura para confesármelo, sin tal vez imaginar la forma en que reaccionaría, lo que yo le contestaría. ¿Qué antecedentes pudo tener ese amor suyo, Darío? Meses y meses junto a mí, cargando mis libros, esperándome a la salida de la escuela, escuchando de tarde en tarde mis versos, auxiliándome en la corrección de pruebas, tomando un café por ahí... Nada más, lo que cualquiera de los muchachos puede hacer por su maestra. ¿Ha estado usted enamorado antes, Darío?

DARÍO: No.

EVA: Yo le agradezco sinceramente ese afecto, porque eso es, no puede ser otra cosa: un afecto desmedido, alguna relación íntima con la madre suya, con alguna tía lejana.

DARÍO: No.

EVA: No valgo tanto como para haber despertado ese amor. Amor que en usted, por ser el primero será el más irreflexible, el más irresponsable, el que menos será lo que debe ser el amor. Le voy a dar un consejo. Yo no le convengo. Olvídeme. Soy una vieja, una amargada, un cuerpo hueco, sin tiempo y sin sentimientos. Usted, con 19 años y un futuro y un espacio y un lugar, debe mirar hacia otro lado, hacia lo nuevo, hacia lo que promete realizaciones y caminos. Yo no podré quererlo nunca, así como usted espera. Le ruego no vuelva a decirme esas cosas. Me lastimaría y no se lo perdonaría jamás. Puedo ser su amiga, eso sí... y si en algo he truncado sus ilusiones, perdóname y olvídeme en una muchacha de su edad y de su energía...

DARÍO: No he oído nada de lo que usted ha dicho. Yo sólo sé que la quiero, Eva.

EVA: ¿Qué espera, pues, de mí?

DARÍO: Amor. Usted no es como las demás mujeres. En usted parecen reencarnarse todas las virtudes.

EVA: O todos los defectos. Mire, Darío, mañana pensará usted distinto. No podrá encontrar jamás la palabra justa para convencerme. No creo además que su «experiencia» con las mujeres, lo ha conducido a buscarse una madre. Descanse usted... Mañana será otro día. Tal vez mañana su corazón amanecerá abierto por un nuevo camino.

DARÍO: O tal vez nunca, Eva...

EVA: Descanse. Buenas noches... (*Eva inicia el mutis a su cuarto. Darío la detiene*)

DARÍO: Eva... La quiero más ahora. Buenas noches... (*Sube corriendo la escalera. Eva se queda un momento perpleja y sonriente. En el exterior se escuchan las voces y risas de Eric y Celeste que van entrando. Eva hace mutis a su cuarto. Arriba se escucha la guitarra de Darío que persistirá hasta que caiga el telón*)

## ESCENA XXV

*Eric y Celeste, entrando. Vienen un poco alegres, un poco tomados.*

ERIC: Celebro que se haya terminado la reunión tan pronto... El ambiente estaba pesadísimo; si no ha sido por esa riña...

CELESTE: Nunca falta... ¿Y Magda?, ¿qué no venía con nosotros?

ERIC: Naufragó. ¿No recuerdas que la dejamos en su casa? Iba risa y risa como si hubiese fumado carretadas de cáñamo índico...

CELESTE: Tú te asustaste.

ERIC: Hice la pantomima de asustarme. Deberías tener cuidado. Te quiero tanto...

CELESTE: Quizá no tanto como yo... (*Se besan. Luego Eric se separa y sube la escalera. Celeste golpea sus zapatos contra el piso*) ¡Eric!

ERIC: (*Se detiene*) ¿Qué quieres?

CELESTE: Me siento dar vueltas. Llévame en brazos hasta mi recámara... como otras veces...

ERIC: (*Sonríe. Obedece. La alza en brazos y va subiendo con ella*) Estás borracha...

CELESTE: Estoy enamorada... (*Mutis de ambos*)

## ESCENA XXVI

*Bostezando entra Nina. Viene en camisón, apaga las pantallas del escenario. Darío canta quedamente acompañándose con la guitarra. Llega Nina hasta la pantalla del fondo del pasillo y antes de apagarla, dice:*

NINA: ¡Chchcht!

*Todo queda en silencio. Apaga la pantalla. Telón lento.  
Fin del Primer acto.*

## SEGUNDO ACTO

### ESCENA I

*Al levantarse el telón, Eva sentada en el sofá lee a Darío un poema de Villaurrutia. Darío, sentado sobre la alfombra, muy cerca de Eva, da la impresión de no estarla escuchando. Sus ojos miran a un punto indeterminado.*

Eva: (*Leyendo*) «El pobre niño alienta una esperanza/ y ensaya en la penumbra, la mirada/ que quiere ser de ayer y que no alcanza/ una resurrección franca y amada. El pobre niño pálido no quiere/ comprender que es inútil el sonrojo/ del ocaso, lejano, en que se ofrece/ un corazón desventurado y flojo.../ y al tibio sol se mira ya jugando/ sin la inquietud, sin el presagio vago/ y ya siente un amor que va enjugando/ el llanto y la congoja de su estrago./ Un `sin embargo' sus silencios junta/ para dejarlo inmóvil y pensando/ sin contestar aquello que pregunta: `¿Hasta cuándo, hasta cuándo?', se repite/ y las noches ajenas y los días/ esparcen la ceniza que derrite la nieve intacta de sus alegrías/ ¿hasta cuándo? ¿Un minuto o una vida?/ No contesta el Amor y el Dolor calla./ El pobre niño



pálido perdida la esperanza, ni persigue ni ensaya/ la luz de una mirada permitida./ Y se va trasluciendo en un desmayo/ su vida ayer de par en par abierta/ y el pobre niño pálido es un rayo que se muere en el quicio de la puerta...» (*Pausa*) Rodolfo Usigli, en un artículo sobre Xavier Villaurrutia, escribió: «Esta condición...» (*Darío la corta intempestivamente*)

DARÍO: Eva... (*Hay un segundo de silencio. Darío se pone de pie. Sin darle la cara*) ¿Por qué ni la más remota esperanza?

EVA: (*Se levanta. Lo mira sin inmutarse. Va hasta la vitrina y deja allí el libro de poemas*) He fracasado, pues.

DARÍO: No niego que he luchado por olvidarla, pero...

EVA: Hace ya semanas me lo dijo, Darío. Hace ya semanas que le estoy enseñando a que me olvide, y lo único que he logrado es afirmar ese tonto imposible amor que siente usted hacia mí... (*Pasa junto a Darío sin decir más. Llega hasta el otro extremo del escenario sin darle la cara. Quiere aparentar ser inflexible y dura*) No queda otro camino que prohibirle terminantemente que me acompañe, que me siga, que me hable, que me cargue los libros, que me espere a la salida de la escuela, que se acerque a mí. (*Voltea a mirarlo*) En una palabra, deberá usted renunciar a mí, sin ninguna concesión, sin ninguna prórroga.

DARÍO: (*La mira*) Es usted cruel... (*Impetuosamente viene hasta ella*) Me mataría entonces...

EVA: (*Quizá imagina que tal amenaza podría hacerse realidad*) Bueno, bueno... (*Se aparta de Darío y camina hacia el espejo*) Realmente no debí ser tan brusca con usted. Estos últimos días han sido para mí tan desagradables, tan deprimentes.

DARÍO: (*Convencido de que es por él*) Lo dice... por mí. (*Eva voltea a mirarlo*)

EVA: No, Darío, no... ¡Ay, muchacho!... Bueno... (*Ha ideado algo*) Mire, venga acá... (*Darío va hasta ella*) Si us-

ted me quiere como dice, me toca a mí ahora poner condiciones... Está usted rumbo a ser profesionista un día de éstos... Y podría ser que de significar yo verdaderamente algo en su vida, podría servirle de algo una esperanza... (*La cara de Darío va iluminándose de felicidad*) Prométame que de ahora en adelante... (*Darío está expectante*) Prométalo primero...

DARÍO: Lo prometo...

EVA: De ahora en adelante me tendrá usted presente en todos sus actos, que mi ausencia o mi presencia le servirán de freno o de acicate en lo que tenga que hacer día con día, (*Darío ha ido asintiendo a todo con la cabeza*) que por lo que yo significo para usted, estudiará más y más cada vez, que por mí presentará un brillante examen, que aprenderá a ver la vida cara a cara y como consecuencia, sabrá ser un hombre íntegro, todo un hombre, para mí.

DARÍO: (*Casi está seguro de que Eva ha dicho todo eso para quitárselo de encima*) Eva, usted tiene moderación para conmigo porque cree que hago el ridículo pero yo la quiero a usted.

EVA: (*Poniéndole uno de sus dedos sobre los labios*) Lo ha prometido, Darío.

DARÍO: Claro... Porque no es el mío ese amor putrefacto y sedoso que se escurre por los ojos y las manos; que se revuelca en los lechos y en la vergüenza. Mi amor es distinto... (*Titubea*) Mi amor... (*no lo sabe*) mi amor es...

EVA: No. No lo sabe usted, Darío. Su amor es como el que sentiría un hermano por la hermana, un hijo por la madre...

DARÍO: No. Mi amor es como el que puede sentir cualquier hombre por una mujer.

EVA: ¿Sabe usted a qué personaje teatral me recuerda, Darío?... A Eugenio... un poeta apasionado y terco a quien Shaw... (*Darío la interrumpe apasionadamente*)

DARÍO: «Cuando usted tenga 30 años, yo tendré 45, cuando yo tenga 75 usted tendrá 60...» No me importa, si usted no me quiere, me mataré.

EVA: Usted no hará eso.

DARÍO: (*La toma suavemente de los hombros*) Por qué no me quiere usted, Eva...

EVA: Si yo lo quiero mucho, Darío... Empiece por enseñarme su cartilla de calificaciones llena de cienes. Empiece por desterrar de su vida las ganas de matarse... Tal vez entonces...

DARÍO: (*La mira como arrobado. Luego sube corriendo la escalera. Eva sonríe desconcertada*) Espere, maestra... (*Casi inmediatamente después de su mutis vuelve Darío junto a Eva. Empiezan a oírse las voces de Celeste y Eric que ensayan arriba*) Para usted... (*Darío entrega a Eva un paquete pequeño envuelto toscamente en papel china de color*) Un humilde regalo.

EVA: (*Lo abre con curiosidad*) ¡Qué encanto! ¿Ve, Darío, ya ve cómo es usted un niño? Usted hizo esto. Con una navaja. En un pedazo de madera. ¡La carita de la virgen es perfecta!

DARÍO: Sólo hubiera podido regalarle algo que hubiese salido de mí, que no hubiesen tocado manos extrañas. Pensando en usted recordé la versión de la Virgen María que desde pequeño miraba en lo alto del frente de mi casa en Orizaba. Y con una navaja, Eva, me fui acordando de las dos sobre un pedazo de madera.

EVA: No le hubiera perdonado que gastara su dinero por mi culpa. Gracias, Darío...

DARÍO: Voy a tomarla del brazo...

EVA: (*Suelta una alegre carcajada*) ¡Cómo no! Sabe usted cobrarse a su manera... (*Mutis de ambos al comedor. De las habitaciones bajan Celeste y Eric*)

## ESCENA II

*Celeste luce un vestido amplio y escotado, de lunares. Eric lleva un sweater holgado de ancho cuello. Celeste se mira fatigada.*

ERIC: Deveritas, Celeste, deveritas... Una última vez, ¿sí? Al fin y al cabo ya la sabes de memoria. No seas mala, hoy tengo prueba de actuación.

CELESTE: Me siento mal, Eric, muy mal, de veras. Después de la clase he sentido una serie de malestares... no sé... Y luego tanto que he ensayado contigo...

ERIC: (*Acercándose a ella, que se sienta*) Es la última vez...

CELESTE: (*Lo mira*) Bueno...

ERIC: Después de «¿Madre, ves esto?»

CELESTE: (*Va y busca su lugar según los ensayos que han tenido ya lugar en la misma estancia. Para interpretar a la madre de Espectros. Eric se coloca en su sitio para interpretar a Oswaldo de la misma obra*) Vamos a empezar, Eric.

ERIC: ¿Madre, ves esto?

CELESTE: ¿Qué es?

ERIC: Polvos de morfina. De manera que a ti te corresponde ahora socorrerme.

CELESTE: (*Profiriendo un grito*) ¿Yo?

ERIC: ¿Quién si no tú?

CELESTE: ¿Yo, tu madre?

ERIC: ¡Tú, madre mía, tú!

CELESTE: ¿Yo que te he dado la vida?

ERIC: No te la pedí. ¿Y qué vida es la que me has dado? No la quiero, tómala.

CELESTE: (*Huyendo hacia el pasillo*) ¡Socorro! ¡Socorro!

ERIC: (*Corriendo hacia ella*) No me dejes solo, ¿dónde vas?

CELESTE: A llamar al médico, déjame salir.

ERIC: Ni saldrás tú ni entrará nadie.

CELESTE: Oswaldo, Oswaldo, hijo mío...

ERIC: (*Siguiéndola*) ¿Y tienes tú, corazón de madre, tú que puedes verme padecer esta angustia sin nombre?

CELESTE: (*Con voz contenida*) Toma mi mano.

ERIC: ¿Quieres?

CELESTE: Si llega a ser necesario, pero no será. ¡Imposible!  
¡Imposible!

ERIC: Esperémoslo así, y mientras tanto, vivamos juntos cuanto podamos. Gracias, madre. (*Se sienta*)

CELESTE: (*Acercándose suavemente*) ¿Te encuentras ahora más tranquilo?

ERIC: Sí.

CELESTE: (*Inclinada hacia él*) Todo eso no era más que un efecto imaginativo. Esas sacudidas te han quebrantado. Necesitas reposar. Aquí, a mi lado, junto a tu madre, hijo del alma. Todo cuanto quieras, cuanto pidas te lo daré, sí, lo mismo que cuando eras pequeño. ¿Ya ves? Ha pasado el ataque. ¡Ah!, bien lo sabía yo. Y ahora, mientras descansas, mira, Oswaldo, qué hermoso día, cómo brilla el sol; ya verás cómo vas a restablecerte aquí, en tu casita...

ERIC: (*Inmóvil. De repente*) Madre, dame el sol.

CELESTE: (*Espantada*) ¿Qué dices?

ERIC: (*Con voz sorda*) El sol... El sol...

CELESTE: (*Acercándose a él*) Oswaldo, ¿qué tienes? (*Eric se desploma en el sillón. Todos sus músculos se aflojan. El rostro pierde su expresión. Los ojos apagados miran fijos*) ¿Qué es esto? (*Gritando*) ¡Oswaldo! ¡Oswaldo! ¿Qué tienes? (*Retrocediendo exclama*) Oswaldo, Oswaldo... (*Se arrodilla junto a él y lo sacude*) Mírame, ¿no me conoces?

ERIC: (*Con voz ahogada*) El sol... El sol...

CELESTE: (*Levantándose de un salto, desesperada, con las manos en la cabeza y gritando*) No puedo... (*Con voz desmayada*) No puedo. ¡Jamás! (*Súbitamente*) Pero, ¿dónde están?... (*Busca con avidez en los bolsillos de Oswaldo*) Aquí... (*Retrocede*) Oh, no, no... Sí... ¡No!

¡No! *(Permanece a algunos pasos de Eric con las manos cruzados entre el cabello y mirando fijamente)*

ERIC: *(Siempre inmóvil)* El sol... El sol... *(Tras unos segundos Eric se endereza)* Parece que sale bien... *(Mira a Celeste que ha dejado caer el rostro entre las manos)* Pero, ¿qué tienes?... ¿Qué te pasa, Celeste?

CELESTE: Llévame, llévame pronto de aquí, pronto, aquí no, aquí no... A casa de Magda, Eric...

ERIC: ¿Qué te pasa, Celeste, qué tienes?

CELESTE: No te preocupes, vamos, no deben enterarse aquí. Eric, por favor, llévame, llévame pronto... *(Entre turbado y sorprendido Eric toma a Celeste en los brazos)* Disimula ante ellos...

ERIC: *(Saliendo con Celeste en brazos)* Atrévanse a alcanzarme, atrévanse... Mía... Nada más mía, cortesanos... *(Carcajadas. Mutis. Se escuchan las risas de los demás en el comedor. Entran sonriendo Darío y Eva)*

### ESCENA III

EVA: Vamos, que se hace tarde, muchacho. Vaya por sus libros. *(Eva penetra en su cuarto. Darío sube corriendo las escaleras. Entra Nina seguida de Mario. Éste baja hasta el juego de sala, esperando)*

### ESCENA IV

NINA: Eva, un joven... ha insistido en hablar con usted... *(Aparece Eva. Mario y ella se miran)* Con permiso... *(Mutis)*

EVA: ¿Usted?

MARIO: Definitivamente.

EVA: ¿Qué es lo que quiere usted, muchacho...?

MARIO: Hablar de nosotros. Decirle lo que aquella noche no me dejó usted decirle. Que la necesito, Eva. Que en una forma o en otra... (*Darío ha ido bajando despacio la escalera y escucha sin ser visto*) tiene usted que venir conmigo... De lo contrario, todos sabrán lo que es usted. Lo que esconde tras esa cara de mística, tras ese porte fingido de institutriz, lo que hace al caer la noche, como aquella que me sonrió y me invitó a su casa.

EVA: Jamás dirá usted nada... Tampoco aceptaré salir con usted a ningún sitio... Lo de esa noche... vaya, usted no comprendería... Ahora, sin mayores escándalos abandonará usted esta casa o avisaré a la policía...

MARIO: No olvide que puedo gritar, enterar a todo el mundo de lo que es usted. Estoy desesperado, ¿no lo comprende? Estoy dispuesto a obtener lo que desde esa noche se ha convertido en obsesión para mí... Usted, la única culpable de que por sus desprecios la tenga ahora metida entre ceja y ceja. No gritaré, nadie sabrá nada si acepta salir conmigo.

EVA: Nunca. Ya lo ha oído. ¡Jamás!

MARIO: (*Alzando la voz con la intención de ser oído*) No finja más, Eva. Es usted lo que es... Y saldrá conmigo. No tiene nada de extraordinario que me acompañe. El oficio puede más que el prejuicio. Tengo dinero.

EVA: Váyase, váyase, se lo ruego.

MARIO: No. Usted saldrá conmigo.

EVA: He dicho que no.

MARIO: Es antipatía o es capricho, «señorita» Lyman... (*Eva solloza*)

EVA: Lárguese. Lárguese...

## ESCENA V

*Darío baja apresuradamente la escalera.*

DARÍO: ¿No lo oíste, cuate, no lo oíste? Largo. Largo ¿O quieres que te saque?

MARIO: ¿Y tú quién eres para echarme? No saldré sin que antes sepan todos que esta mujer es una aventurera. *(Darío de un golpe derriba a Mario)* De que caída la noche, como lo que es, sale a cazar hombres, los hace gastar unas copas, los trae a su casa y aquí se finge la inerte para sacar más dinero, pero aquí traigo más, mucho más para pagarle hasta la saliva... *(Darío levanta de la solapa del saco a Mario y lo va sacando a empujones)* Para pagarle lo que sea. ¡Mujerzuela! ¡Mujerzuela! *(Mutis violento de los dos)*

EVA: *(Sollozando amargamente)* Mentira... Mentira... *(Cae sobre el sillón llorando. Pocos segundos después entra Darío con evidentes muestras en la ropa de haber luchado)*

## ESCENA VI

DARÍO: Me lo dijo todo. Así que usted es... «eso». Qué maestra es entonces para el engaño, para fingir, para burlarse de uno tras esa cara de... *(despectivo)* santa... Y usted quería que yo viese la vida cara a cara y aprendiese a ser todo un hombre. Y usted quería que yo viese la vida con firmeza, que por usted luchara por ser grande, fuerte... *(con ironía)* limpio...

EVA: Todo es una mentira. Tiene usted que comprenderlo... *(Eva va hasta Darío)* Fue un error... *(Darío le da la espalda)* sin consecuencias... Entiéndalo, Darío, por favor... *(Ante el silencio de Darío Eva camina hacia el otro extremo del escenario)* Esa noche... *(quiere justificarse)* Siempre he estado sola; fuera de mis padres, no he conocido otro cariño que el de los niños; esa noche... *(casi para sí misma)* pero si yo he sido siem-



pre limpia, se lo juro... (*Darío sigue callado*) Esa noche tomé, tomé para animarme... para amar... como cualquier mujerzuela... Yo quería vivir, yo quería conocer el amor en la forma que fuera. Salí. Lo encontré. Lo invité a tomar una copa a cualquier parte... Estaba borracha... Vino él aquí conmigo... pero, aquí volví a ser la misma Eva Lyman, la de siempre... Fue entonces que le dije que se fuera; se resintió, anduvo siguiéndome por días, recibiendo siempre la misma respuesta: no. ¡No! Pero ahora... yo no creí que pudiera atreverse... se creyó engañado; es un joven terco... Ahora... (*muy apenada*) pero si no es posible... Darío, usted comprende, ¿verdad? Yo...

DARÍO: Pobre de mí, por haberle creído... pobre de mí... (*Está a punto de sollozar*) Aprenderé de todas maneras a ver la vida cara a cara y a ser todo un hombre, en memoria de esta noche, de estos momentos en que usted dulcificando su mirada, me enseñaba a multiplicar nuestras edades... (*Solloza*) Pobre de usted... Pobre de mí...

EVA: (*Dolida. Conmoviéndose*) Darío...

DARÍO: Ya no engañará usted, señorita Lyman... Al menos a mi corazón... En segundos he empezado, sintiéndome defraudado, a vislumbrar lo que es ser todo un hombre...

EVA: (*Por fin se cansa de Darío y quiere hacer un último intento para que éste la olvide*) ¿Qué? ¿Qué es para usted ser todo un hombre? ¿Asustarse con el ogro, creer en los Reyes Magos, jugar al escondite? No. Yo, con ser mujer, sí puedo decirle a usted, y a muchos como usted, lo que es ser todo un hombre. Yo sí he aprendido, jovencito, a ver la vida cara a cara, afrontando la realidad de nuestra imperfección, la verdad de nuestra mediocridad, y sobre todo, el peso de nuestra soledad. Yo sí podría decirle a usted lo que es ser eso

que usted vislumbra apenas. Pero prefiero que usted también se vaya... Con lo que usted me ha dicho casi para ser blasfemia, me doy por bien pagada. Algún día comprenderá usted la amargura y la grandiosidad que encierra la triste maravilla de estar solo, sujeto a todas las tentaciones y sabiendo vencerlas. Algún día... O quizá nunca... Adiós, Darío... (*Eva penetra en su cuarto. Darío va hasta la puerta. Ésta se abre y quedan frente a frente. Eva lleva su abrigo y sus libros*)

DARÍO: (*Está llorando*) Perdóneme, Eva. Se lo suplico. No era verdad, no podía ser verdad...

EVA: (*Le toma la cara*) Comprenderá, Darío, que desde hoy todo será distinto para nosotros, porque nunca hubiera podido ser de otra manera... Lo perdono... ¿Pero qué espera para ir por sus libros...? Se nos hará tarde, hombrecito... (*Darío sube las escaleras y baja luego con sus libros*)

DARÍO: Estoy listo.

EVA: (*Iniciando el mutis*) Y ese muchacho, ¿qué fue de él?

DARÍO: Huyó sangrando, no volverá a molestarla. Ni yo tampoco... (*Mutis de ambos. Inmediatamente después entran Susana y Alda. Alda penetra en su cuarto. Susana se sienta en un sillón. Le está contando desde ahí un chiste a su hermana*)

## ESCENA VII

SUSANA: Y estaba ella en su camarote, ya desvestida para acostarse cuando le sobrevino un terrible mareo; temiéndolo peor salió al pasillo y corrió a toda prisa en busca del baño, cuando de repente se tropezó con un señor de edad en el mismo estado lastimoso que ella. Horrorizada, dio un grito, pues sólo entonces comprendió que sin darse cuenta se había salido del

camarote como Dios la echó al mundo... «No se preocupe por mí, señorita, —dijo el caballero— de ésta no saldré con vida para contar si lo que he visto era una cigüeña o una peluca...» (*Se escucha la risa de Alda. Luego sale al escenario*)

ALDA: (*Mientras va entrando Nina*) Como esa desnudista que en los principios de su carrera usaba como único vestuario su apellido... (*Las dos ríen*)

### ESCENA VIII

NINA: Muy contentas se miran, niñas... ¿Ya van a comer? (*Alda y Susana niegan con la cabeza. Nina se sienta sofocadísima*) ¡Ay, qué tiempos!... Estiras el dinero y no te alcanza por más economías que hagas... En el mercado las cosas se han puesto por las nubes. Si tomatitos así (*hace el ademán*) que te valían medio centavo, por ahora bien que los retacan a tostón. El cilantro, sin ir tan lejos, en épocas felices, por dos centavos te daban carretadas. Ahora, por diez, dan tres ramitas más choras que mi humanidad, amarillas y viejas como mi suerte. No. Si el mundo está que ni mandado hacer para dinamitarlo. Todos andan al corre que te alcanzo... (*Nina habla rápido como matraca*) Sin ir tan lejos, y qué abuso, ¿eh? Los tendejones han encontrado un pequeño filón en las botellas de cerveza y limonadas. Exigen cuarenta y cinco centavos por el depósito y si no los regresa uno el mismo día ya no los admiten porque «ya pasó el carro» y resulta que el carro se los vende a ellos a treinta centavos. En los mercados, las marchantas ponen un letrero en el tomate que dice «Dos pesos». Pide la compradora un kilo y cuando ya lo tiene en la bolsa y paga, le dicen: «son cuatro pesos». —Ahí dice dos— replica la compradora— y

le contestan con sonrisa de utilería: «pero se refiere al medio kilo»... Y así sucede con las frutas, verduras, etc.; saben aprovechar dos armas, el engaño y la psicología... (*Susana y Alda reprimen una carcajada*) pues resulta penoso para la cliente, devolver la mercancía, sacándola de su bolsa, y así, tienen que apachugar. En las carnicerías, por ejemplo, hay listas oficiales de precios, pero al cobrar se encajan... (*Nina ha ido dando a su voz tonos de orador de pueblo*) porque era carne que «ya tenían apartada y escogida»; todo eso con parecer pequeñeces, son problemas que confronta a diario el sufrido pueblo y que, en conjunto, representa una explotación inicua y arbitraria de los más por los menos... (*Susana y Alda aplauden*) Por mí prefiero a «mesiú» Porfirio; ése sí, muy francés, muy malinchista, pero todo barato... (*Nina da un resoplido final*) He dicho... (*Y se desinfla. Susana y Alda ríen*)

ALDA: Ese discurso me dio hambre.

SUSANA: Y a mí.

NINA: (*Levantándose*) Si vieran nomás qué camarones empanizados les he hecho, y qué sopa de hongos, y qué postre... (*Mutis de Nina*)

## ESCENA IX

ALDA: Nina tiene un pavoroso complejo de fondera. Nunca habla de otra cosa más que de comida, de verduras y de precios.

SUSANA: Es un primoroso cántaro vacío... Pero muy mona la pobre... (*Alda inicia el mutis al comedor*) Alda, ¿no volviste a ver a José Ramón?

ALDA: A diario. En la escuela, pero no me habla. Me ha visto con Miguel, y sólo se queda viéndome. Algún hada benéfica le ha inspirado el que me deje en paz.

(*Risita de Susana*) En verdad. Jamás me importó. Miguel es distinto. Miguel no sueña, no vive de utopías como el otro. Para él no soy demasiado americana como para José Ramón. Una sola vez me habló y sólo para decirme que lo sabía todo, que si yo lo quería así. Le respondí afirmativamente cuando dándome la espalda me deseó buena suerte...

SUSANA: Te quería...

ALDA: Me olvidará... (*Mutis al comedor. Susana queda sola. Va y pone el disco de la primera escena del Primer acto*)

## ESCENA X

SUSANA: Y aquí no ha venido una sola vez... (*Se recuesta en el sillón. Entra muy despacio José Ramón, viene casi transfigurado. Sonríe y trae una hermosa rosa natural en la mano. Llega hasta Susana. Ella no se ha percatado de su presencia*)

JOSÉ RAMÓN: (*Tendiéndole la rosa*) Para ti...

SUSANA: (*Se levanta. Ha enrojecido. Va hasta la consola y le baja a la música*) Gracias, José, gracias.

JOSÉ RAMÓN: Estaba ciego, Susana. Pero eras tú, eras tú... sólo así pude abrir los ojos...

SUSANA: ¿Cómo?

JOSÉ RAMÓN: Tengo apuntes tuyos, es tu misma letra. El anónimo... el que me escribiste...

SUSANA: ¿El anónimo? ¡No sé de qué me hablas!

JOSÉ RAMÓN: Todos estos días... pensé y pensé y todas aquellas actitudes tuyas, tus estremecimientos imprevistos cuando yo te hablaba, tu modo de mirar, todo me lo gritaba y yo... ¡Gran tonto!... Confiesa, confíesame, Susana, que me quieres... que tú escribiste ese anónimo... (*Susana se arroja en los brazos de José Ramón*)

SUSANA: Te quiero...

JOSÉ RAMÓN: Susana...

SUSANA: (*Apaga la consola*) Salgamos a caminar. Comeremos algo afuera, ¿quieres?

JOSÉ RAMÓN: Lo que tú digas, Susana... (*Se toman de la mano. Inician el mutis*) ¿Cómo está tu hermana?

SUSANA: Bien. Acaba de enterarse... (*Entra Miguel nerviosísimo. Mutis de Susana y José Ramón. Entra Alda tras Miguel*)

## ESCENA XI

ALDA: (*Descontrolada*) ¿Quién es esa mujer que estuvo discutiendo contigo en la puerta, esa a la que le diste un empujón, quién es?

MIGUEL: Es... una criada... es (*Alda inicia mutis rápido hacia la calle*) Alda, debo explicarte... (*Mutis de Alda. Miguel queda como estupefacto a mitad de la escena*) No comprenderá... no comprenderá jamás...

## ESCENA XII

*Entra Eric muy abatido.*

ERIC: Buenas tardes, mano.

MIGUEL: (*Se sienta en el sofá*) ¡Quiúbole! (*Eric se sienta en el arranque de la escalera. Eric y Miguel se miran y simultáneamente ocultan la cabeza entre sus manos. En un impulso Eric se levanta y sube la escalera rumbo a sus habitaciones. Entra Alda. Diríase que toda ella ha sufrido una vigorosa transformación. Parece que está a punto de llorar, pero se contiene*)

### ESCENA XIII

ALDA: Esta mujer es otra. No es la que te buscaba a la salida de clases. Esta es una mujer humilde... dulce... La verdadera... La que te ha sostenido la carrera, la que te ha comprado ropa. La otra era una buscona... Ésta espera ahí afuera con tus dos hijos y el que está por nacer. Bastó una palabra para comprenderlo todo... «¡Es mi marido!»

MIGUEL: No es cierto. Como tampoco éstos son mis hijos.

ALDA: Y encima de mentiroso, cobarde. ¿Eludes pues toda responsabilidad, reniegas de tu sangre, de ti mismo? Una mujer que se defiende y llora en esa forma no puede mentir. Ve con ella, cástate con ella, dale un nombre a tus hijos y remedia en parte el mal que les hubieras causado con tu abandono. Tal vez si hubieras sido más honrado conmigo, hubiera podido evitarse esta tonta escena... Cuando todavía no te quería así... ¿Qué esperas para irte? Sabré ser fuerte.

MIGUEL: (*Intenta tocarla*) Alda...

ALDA: (*Con la voz quebrada. Suplicante*) No me toques...

MIGUEL: (*Debatiéndose en la desesperación, no encontrando casi palabras para justificar su turbación y su dolor*) Esa mujer no es más que una estúpida... No sería en mi vida sino un estorbo, una cadena que cerraría todas mis ambiciones, mis planes, mis oportunidades. Ahora, ahora que aún es tiempo, no te separes de mí, Alda. Te necesito para triunfar, no para hundir mis aspiraciones, mi carrera en compañía de quien no podría darme jamás un consejo, una orientación, una ayuda... Antonia... ésa... nunca podría ser lo que tú serías, lo que tú eres en mi vida. Si te mentí sobre ella, no sé... no sé por qué lo hice... Sería porque ya te quería y no me resignaba a perderte... Hay muchas maneras de ocultar el lodo y creo que encontré

la más terrible. Porque ésta también me seguía, era ésta la que yo buscaba, y la que tú viste algunas veces era la de un cine, que varias veces me encontró y otras tantas me invitó a su casa. No importa lo que tú entiendas —Dios mío, qué terrible es todo esto— pero sí entiende, entiende que te quiero, comprende que después de todo no tuve el valor total para decírtelo y la dejé que me siguiera hasta aquí; no puedo, no hubiera podido detener por más tiempo el fin de todo lo nuestro... No comprenderías, pensaba... Alda, te quiero, te quiero...

ALDA: Tu problema como el de tantos estudiantes no varía demasiado del de los demás. Eres como cualquiera de ellos. Han dejado pasar los mejores días en borracheras y sirvientas ultrajadas y cuando ven el mundo encima de ellos, no tienen otra salida que lamentarse. Impetuosos, inestables, despertando apenas a los terrenos vedados de la casa lejana, vienen aquí y ya sin freno sacian una y otra vez sus apetitos... Reprobados y no, año tras año van a sus escuelas y de pronto, casi todos ellos, antes de terminar sus carreras, ya se han casado o tienen hijos. Lo comprendo, Miguel. Pero es generalizando. Tú como ellos tienes que ser leal absolutamente a tu misma culpa. Yo soy quien desde ahora tiene que aprender a olvidar...

MIGUEL: Te quiero.

ALDA: Quizá también en eso me mentiste. Imagino que ya habrás desterrado de tu pensamiento las absurdas ideas de que por feo no serías feliz nunca.

MIGUEL: Alda...

ALDA: Son dos hijos y el otro que va a nacer. Hay cosas presentes que ya no tienen remedio porque cuando se tramaron en un remoto pasado no se les premeditó salida. En ti estaba separarte a tiempo de ella, cuando aún era posible. Ahora son tres hijos. Paga pues



tu error. Sufriré en silencio el mío hasta que pueda olvidarte...

MIGUEL: ¿Pero, no alcanzas a entender lo que todo esto significaría en mi vida futura?

ALDA: Lo comprendo. Pero es tu vida. Amóldate a ella y también triunfarás.

MIGUEL: ¿Y si yo buscara una solución?

ALDA: ¿Irte de México, regresar a tu casa, resguardarte en las faldillas de tu madre, como la mayoría, ocultando todo lo que quedó atrás, simulando ser los santos estudiantes de siempre, los macilentos, hambreados y sufridos estudiantes de los cuentos románticos? No existe ninguna solución. Antonia tiene derechos sobre ti. Tiene derechos sobre ti. Tiene... *(la traicionan los sollozos pero logra dominarse)* porque con su sangre y su trabajo te ha ido pagando tu carrera, no importa cómo, fregando pisos, lavando, planchando, secando platos... ella ha permanecido fiel a ti; no comprenderá qué es tu carrera, tal vez no te comprenderá a ti, pero te quiere y te ha dado tres hijos. Vete ahora. Afuera está esperándote. No creas que ella alcanza a pensar que tú y yo somos lo que nunca debemos ser. Ella no te ha engañado, por tanto, para ella no existe el engaño, no lo concibe, no lo alcanza. Al momento de tú y yo conocernos, ya teníamos todo perdido, con mentira y sin ella, porque el amor no estaba en tiempo. *(Miguel va haciendo mutis muy lentamente)* No interesa si era aquella o ésta, ya existían los hijos, la cadena. Una pequeña muerte interpuesta entre tu corazón y el mío. *(Grita)* Miguel... *(Miguel se devuelve. Alda le tiende los brazos desesperadamente. Miguel igualmente la abraza, pero Alda se separa violentamente de él)* Ahora... adelante. Antonia no debe avergonzarte por ser una mujer humilde... Ya es parte de ti...

Afronta tu destino... No hay nada más terrible que la ingratitud... Quiérela un poco... por tus hijos...

MIGUEL: No puedo resignarme, Alda...

ALDA: Sal. De estas lecciones no te enseñan en la Facultad. Que te diplome la vida. Ya estás rumbo a ser el hombre maduro y fuerte que hubiera querido para mí...  
*(Alda corre a su cuarto. Miguel queda con los brazos extendidos hacia ella. Luego se desploma interiormente y hace mutis por el comedor hacia la calle mientras va entrando Magda de prisa. Grita en el arranque de la escalera)*

#### ESCENA XIV

MAGDA: Eric... Eric... *(Baja Eric apresuradamente con libros)*

ERIC: ¡Magda, por fin! ¿Qué era lo que tenía?

MAGDA: Fue mejor así. Lo perdió.

ERIC: ¿Un hijo?

MAGDA: ¿Qué querías? ¿Un tanque?

ERIC: Yo no lo sabía...

MAGDA: Claro, nunca se sabe hasta que comienza la inflación...

ERIC: No bromees... Vamos ahora a verla. *(Magda se sienta)*

MAGDA: No, hombre, déjala descansar. Con tus aspavientos un día de éstos vas a venir estrangulándola y ni cuenta te darás hasta que la veas como vejiga desinflada sobre el piso. Tienes que ser más consciente con ella. Encima de que como a las osas de los gitanos la hacen brincar todo el día en la academia, tú la haces dar de alaridos toda la noche... ¿Sabes, Eric? Ella te quiere. No me gustaría que un día de estos la mandarás a volar y a tronar el pico. El ambiente de teatro es muy del carajo. Vas conociendo a ésta, a aquella, a la otra, a la de más allá; tus compañeras,

luego las amigas de las compañeras, fiestas, más tarde contratos, otras caras, las amigas de las compañeras de otras compañeras, y las cosas que pudiste retener para tu felicidad se te van de las manos... Celeste es buena, tienes que cuidarla, porque también ella anda en todo esto de nosotros, que es como una lotería...

ERIC: Y si te dijera que pienso decirle que si quiere ser mi esposa, ¿qué me contestarías?

MAGDA: Pues nada, lo del matrimonio está por verse. ¿Con qué ojos divina tuerta? ¿Con qué ojos la ibas a mantener? Si apenas estás haciendo cositas en la tele... y ella pues creo que a lo mejor se va de gira...

ERIC: Voy a intentarlo. Esta noche pasaré a tu casa. Ahí hablaremos. ¿Me acompañas? Tengo todavía que pasar a casa de un amigo por el vestuario. Hoy tengo examen...

MAGDA: ¿De conciencia?

ERIC: Anda, niña, vámonos... Y gracias, gracias por todo, Magda, eres una gran chica.

MAGDA: Menos mal, pude haber sido chica grandota, como Carlota mi hermana, que tiene elefantiasis... *(El término «chica» debe decirse en el tono despectivo en que acostumbran los capitalinos exagerar el término «semejante». Van iniciando el mutis)* Tan idiota la pobre... Y huele como un rastro... *(Mutis de ambos. Alda abre la puerta de su cuarto y sale al pasillo en el preciso momento en que entra Susana radiante de felicidad)*

## ESCENA XV

ALDA: *(Disimulando su tristeza)* De modo que tú, tramposa, lo estabas reservando para ti, bien guardado te lo tenías, y desde cuándo, ¿eh?

SUSANA: Desde siempre. Él me quiere desde ahora. Alda, tú has estado llorando... (*Alda termina llorando*) ¿Qué te pasa, hermanita, qué tienes?

ALDA: Ella estuvo aquí, afuera. Una mujer humilde. No aquella que veíamos y de la cual me contó Miguel la historia que era de ésta. He estado platicando con ella. Se llama Antonia. La verdadera. La de la verdadera historia. La de los tres hijos. Le he dicho a Miguel que se vaya, que la otra tiene más derecho que yo... No hubiera podido luchar contra ella, porque luchar contra una mujer que por él ha dejado pedazos de su vida en los tendedores, en los pisos, en los fregaderos, que le ha dado tres hijos, no es honesto, Susana, no es de humanos. Si tú la hubieras visto. Aquella mirada y sobre todo aquel llanto... Fue cosa de segundos. Ahora me siento liberada. Ya te decía que no tenía tiempo para novios. Y no lo tengo. Quizá no lo tenga nunca. (*Ha pasado el acceso de llanto*)

SUSANA: ¿Y su futuro?

ALDA: El que se busque.

SUSANA: Tardarás en olvidar.

ALDA: No cuando uno se lo propone. Ya ves, no lloro ya. No tienes prueba hoy, ¿verdad?

SUSANA: Mañana...

ALDA: Yo también. Y no me siento preparada... (*Va a llorar*) Tendré que tomar un calmante...

SUSANA: (*Para romper la tensión*) Alda, hoy saldré con José Ramón...

ALDA: ¿Otra vez?

SUSANA: ¡Al cine!

ALDA: Cuídate de los policías y de los besos.

SUSANA: (*Entrando en su cuarto*) Llevaré paraguas... (*Aparece luego con un paraguas*) Nos vemos, Alda, y sé buena, ¿eh? (*Mutis de Susana. Entra Miguel. Alda y él se miran*)

## ESCENA XVI

MIGUEL: Vengo por mis cosas. Quiero despedirme de Nina.

ALDA: Estará en su cuarto.

MIGUEL: Me voy con ella... con mis hijos... Quiero darte las gracias por haberme querido y por hacerme ver que no te merecía. Te amo sobre todas las cosas pero también he comprendido otras tantas... Si algún día volvemos a encontrarnos, Dios quiera que todo ocurra como si nada hubiera existido entre nosotros.

ALDA: Ya tus hijos serán grandes.

MIGUEL: Y tú te habrás casado ya...

ALDA: Entraré a mi cuarto, no quiero verte partir. Sube ahora la escalera; ve por tus cosas. A lo mejor, jamás me olvidarás; tal vez, mañana... *(Miguel le besa la mano. Alda entra a su cuarto. Miguel sube la escalera y desaparece. Entran Eva y Darío)*

## ESCENA XVII

DARÍO: ¿Quién es, quién es, señorita Lyman?

EVA: Nadie, un amigo, tal vez un admirador...

DARÍO: ¿Quién es?, por favor. Nada más si quiere algo con usted; dígamelo.

EVA: ¿Novios? Hijito, nooo... Es nada más un amigo de hace mucho tiempo, casi de la infancia, que me encontré cuando usted me dejó en la glorieta... Nos miramos como hermanos... es arquitecto... tenía cerca de 20 años que no lo veía... desde que se casó...

DARÍO: Es casado... *(Se tranquiliza)*

EVA: *(Jugando)* Enviudó...

DARÍO: *(Entristeciendo)* ¿Enviudó!

EVA: ¿Celos? *(Darío se pone muy serio)* No sería capaz de cambiarlo por otro, Darío, es usted el único hombre

que se ha enamorado de mí... *(Suena un claxon. Eva se sobresalta. Vuelve a sonar el claxon)*

DARÍO: Viene por usted...

EVA: Dijo que vendría... *(Vuelve a sonar el claxon)* pero no saldré. Vaya, vaya usted a dejar esos libros y traiga su guitarra. Me cantará usted algo muy alegre... No sé por qué me siento muy contenta... *(Suena otra vez el claxon. Darío sube lentamente la escalera. Eva se mira visiblemente nerviosa, agitada)*

DARÍO: Entonces...

EVA: Le diré que no puedo salir, que no podré salir nunca, Darío, ande, vaya, confíe usted en mi palabra... *(Un claxon suena varias veces más. Entra después Nina muy aprisa, en el preciso momento en que Eva se mira en el espejo)*

## ESCENA XVIII

NINA: ¿No ha regresado Celeste? La buscan unas compañeras de la escuela... *(Eva siente un desfallecimiento)* ¿No está en su cuarto, Darío? Algunas veces entra y no la siento... Que si no irá a clases, que si quién sabe cuántos líos de locas en mallas...

DARÍO: *(Feliz)* Veré si está. De paso traeré mi guitarra, señorita Lyman... *(Mutis de Darío)*

## ESCENA XIX

NINA: No siga triste, señorita. No siga triste; desde que llegó a vivir a esta casa, hará varios años, no la he visto reír jamás... Hace un momento creí que por fin...

VOZ DE DARÍO: Celeste no está. No ha llegado todavía...

NINA: *(A Eva)* La vida es muy bonita, Eva. Trate usted de encontrarle el lado bueno. *(Mutis rápido. Suena el claxon otra vez)*

## ESCENA XX

*Eva ha quedado triste junto al espejo.*

VOZ DE NINA: ¿Lyman? Sí... *(Eva levanta la cabeza esperanzada)* Cómo no, señor, un momento, voy a avisarle... *(Baja Darío con su guitarra. Tras él Miguel con dos maletas)*

*Entra Nina. La voz de Nina y la de Darío deberán escucharse al mismo tiempo.*

DARÍO: Señorita...

NINA: *(Tendiendo a Eva una tarjeta de visita)* El arquitecto Galindo... *(Eva mira alternativamente a Darío y a Nina. Darío sabe que ha perdido la partida... Al fin Eva se decide y sale aprisa hacia la calle. Nina sonríe. Miguel viene triste hasta Nina)*

*Telón rápido.*

*Fin del Segundo acto.*

## TERCER ACTO PRIMER CUADRO

### ESCENA I

*Al levantarse el telón la escena permanece vacía unos segundos. Entra luego Nina y grita a voz en cuello en el rellano de la escalera.*

NINA: ¿Qué no piensan levantarse en todo el día? Son ya las doce y nadie ha resollado... *(Para ella)* Y dudo que lo

hagan. Como ya pasaron los exámenes hace más de tres días, ya tienen tres siglos durmiendo... (*Vuelve a subir la voz*) Darío, tú que vas a Córdoba, en caridad de Dios no me vayas a dejar esa guitarra; José Ramón, Eric, Celeste, si por ustedes fuera envejecían en las camas. Eric, tienes un telegrama. Contigo no insisto, Celeste, le estás cobrando pereza a las almohadas, pero despierta siquiera a esa loca que se quedó a dormir anoche. Ha de haber quedado exánime de tanto que se rió... (*Va al cuarto de Alda y Susana*) Alda, Susana, ustedes que salen esta noche para Saltillo... (*Se escuchan palabras incoherentes de protesta desde adentro del cuarto de las muchachas. Va al cuarto de Eva*) Señorita Eva... señorita Lyman... (*Va abriendo la puerta y luego se asoma al interior*) Otra vez... Ya tiene días que sale muy temprano. Desde que esos desmayos hicieron que el médico le aconsejara absoluto descanso, y le dijera que temiera una segunda recaída porque el corazón no perdona, parece que le han entrado desenfrenados deseos de vivir... Ya se pinta, usa vestidos más propios y ríe... (*Pausa*) ¡Pero mira nomás qué silencio! (*Grita en dirección a los cuartos*) Aquí me voy a estar como las matracas de Semana Santa... ¡Arriba! ¡Arriba! Que mi garganta no es de palo... (*Va bajando la escalera Magda como si pisara espinas, oprimiéndose la cabeza*)

## ESCENA II

MAGDA: ¡Madre Santísima! ¡Carajo, gorda, qué griterío!  
¿Es aquí la subasta?

NINA: ¿Qué subasta?

MAGDA: ¿O es que han llegado las húngaras?

NINA: ¡Las húngaras viven aquí!



MAGDA: Ay, qué cruda, Rebeca... Agua... ¿Dónde hay agua?

NINA: (*Apuntando enérgicamente a la cocina*) Allá hay bastante agua... Y también hay jabón...

MAGDA: (*Que ya ha bajado y está junto a Nina. Sin dejar de bromear*) ¿Y mucho mucho?

NINA: Tanto como para dejar como un espejo el Monumento a la Revolución.

MAGDA: (*Le mira las asentaderas y le rodea el cuerpo con la mirada*) Viendo la semejanza... qué espera para bañarse, tamalito... (*Nina resopla. Magda va haciendo mutis al comedor*) Agua... barricas de agua...

NINA: Barricas de agua...

MAGDA: Tinacos de agua...

NINA: Tinacos de agua...

MAGDA: Ninas de agua... (*Entra al comedor*)

NINA: ¡Ninas! (*Va también al comedor, pero Magda regresa y pasa junto a ella, insomne casi, con un litro de agua en la mano. Cuando Magda se detiene, Nina se coloca con los brazos en jarras tras ella. Magda queriendo vaciarse el agua sobre su cabeza la tira toda sobre Nina que da un alarido*)

MAGDA: (*En una nebulosa*) Ay, qué helada está el agua... sentí que grité... (*Nina ha quedado como petrificada detrás de ella. Magda vuelve la cara y da un alarido pavoroso. Toca a Nina y la mueve como para cerciorarse de que no está soñando*) Virgen del Perpetuo Socorro, qué borrachera tan terrible, todo lo veo triplicado... ¿Esto es mujer o es mamut...?

NINA: Será melón. Será sandía.

MAGDA: (*Lloriqueando*) ¡Ay, mi agua!... (*Mira a Nina y recalca la palabra Hipopótamos*) ¿Cuántos «hipopótamos» no estarían deseándola?... Nina, ¿entre sus curiosidades no tiene unas naranjas que me preste para hacerme un juguito? De veras que ya me anda con la cruda.

- NINA: (*Resoplando pero divertida*) Allá... en el refrigerador.
- MAGDA: (*Iniciando el mutis*) ¿Qué le dijo un elefante a una hormiguita?... (*Nina le lanza una mirada fulminante. Magda hace mutis declamando*) El elefante lloraba con un aire de infeliz... Duerme elefantito mío que la panda te va a oír... (*Mutis*)
- NINA: ¿Qué le dijo un elefante a una hormiguita?... (*Se sienta a cavilar. Entra Magda con una charola de naranjas partidas. Llega hasta Nina*)
- MAGDA: Todas están huecas...
- NINA: ¡Ay, mis naranjas de cera! ¡Demonio! Tenías que haber venido tú a hacerme destrozo y medio... (*Le quita la bandeja*)
- MAGDA: ¿Son de cera? Creí que estaban adulteradas y vine a prevenirle, como ahora se adulteran hasta las adúlteras...
- NINA: (*Con intención*) A lo mejor también ciertos partos vienen adulterados.
- MAGDA: (*Devolviendo la broma*) ¿Verdad?... (*Mutis violento de Nina. Magda saca de las mangas de su camisa una botella pequeña de licor. Toma un trago. Se reanima*) Si para las mordidas de mamut no hay como este contraveneno... (*Va subiendo la escalera. Baja Celeste vistiendo una pavorosa bata. A Celeste*) Hola, ¿te divertiste en la fiesta?
- CELESTE: ¡Ay, no!, fue una de esas fiestas en las que puedes contar completas hasta a las mamás... (*Va hacia el comedor*)
- MAGDA: (*Haciendo mutis*) Pues yo vi tres de cada una... (*Mutis. Baja Eric que seguramente viene tras Celeste, que ha entrado en el comedor, y se sienta en el arranque de la escalera a esperarla. Celeste regresa luego tomándose un vaso de leche y un bizcocho. Arriba se escucha la voz de Magda que canta: «Y cuánto me gusta el gusto y toda la parranda/ y todo se me va en beber...»*)

### ESCENA III

CELESTE: (A Eric) ¡Hola!

ERIC: ¡Hola! (Celeste va y se sienta en el sillón)

CELESTE: ¿Cómo has estado?

ERIC: Muy solo. (Va hasta ella) Me imagino que tú no, puesto que ni siquiera me has hablado cuando te llego a encontrar aquí, en la casa.

CELESTE: Siempre vengo cansada, los ensayos están cada vez más agobiantes.

ERIC: Me enteré por Magda que tendrás ahora un nuevo programa de televisión. Que terminando la serie te irás a Acapulco con la *troupe* de Quintanar y que en dos meses estarás en Rusia con el grupo de la Solano.

CELESTE: Cierto... (Toma leche) Me dijeron que tú también tienes ya algo...

ERIC: Algo sin importancia. Lo de los cuentos de misterio. No es gran cosa, pero estoy ensayando con Montero algo mejor. No puedo quejarme. Tal vez vaya con Carpentier en la serie de cuentos que prepara en los Titanias para la televisión estadounidense...

CELESTE: Mucho trabajo, entonces... (Termina su leche y el bizcocho) Yo también me alegro. Por lo mío... (Prende un cigarro) Es sensacional familiarizarte con las grandes figuras, conversar, intimar con ellas, penetrar en todas esas gentes que en tiempos pasados eran para ti como algo inasible, como algo inalcanzable. (Fuma) Algo maravilloso te va embriagando y hay momentos en que en ti nacen nuevas aspiraciones y deseos de triunfo...

ERIC: Has cambiado mucho, Celeste.

CELESTE: No lo he notado. ¿En qué forma?

ERIC: En nosotros...

CELESTE: Tenía que ser así, ¿no crees? Después de una serie de acontecimientos desagradables, efectuados por la

inexperiencia, por lo que tú quieras, es ya tiempo de mirar con firmeza hacia adelante, sacrificando si es posible hasta los propios sentimientos, hasta el amor, si es preciso, con tal de conquistar algún lugar largamente anhelado, largamente acariciado. Lo nuestro no podía ser eterno, no podía durar. Tú eres inteligente y comprenderás que nuestros caminos aunque afines, son opuestos y uno, sería inevitablemente, un estorbo para el otro.

ERIC: No si nos hubiéramos responsabilizado tanto en nuestro amor como en nuestro arte, ayudándonos siempre, estimulándonos el uno al otro, en la búsqueda diaria de la consagración. Lo que pasa es que tú te envenenaste antes de tiempo... en este pinche ambiente.

CELESTE: No ha tenido la culpa el ambiente, hemos sido nosotros mismos. Ni tú ni yo estamos en tiempo de contraer obligaciones tan serias como el matrimonio. Si afortunadamente me sucedió...

ERIC: ¿Afortunadamente?

CELESTE: ¿Qué iba a hacer yo con un hijo, dónde iba yo a ocultarlo, dónde hubiera tenido que meterlo para que alguien pudiera darme alguna oportunidad?... ¿De qué me iba a servir un hijo, cuando apenas estoy empezando a hacer carrera? ¿De qué me iba a servir un matrimonio cuando todavía no sabía a qué atenerme? Con un marido actor y una carrera truncada, llena de frustraciones y de amarguras... Repito que ha sido mejor así... Al menos me sé con talento, y seguiré estudiando incansablemente. Quizá me casaré cuando sea tiempo. Ahora que soy joven quiero lograr todo lo que se me antoje.

ERIC: Eso sí. Puedes lograr todo lo que quieras, en la forma que se te antoje, quizá hasta sin talento, que sí lo tienes.

CELESTE: Me envidias.

ERIC: Yo no tengo tus armas, para la mujer es fácil...

CELESTE: Quizá más fácil para el hombre. De cualquier modo, cuando para obtener una oportunidad magnífica haya necesidad de hacer ciertas concesiones...

ERIC: Te desconozco.

CELESTE: No me iba a hacer vieja paseando por ahí, buscando algún productor que se fijara en mis aptitudes... Yo lo hice... primero que otras y ya lo ves... todo es cuestión de decidirse... Llegaré. Alcanzaré lo que quiero. Ser una de las primeras bailarinas de México.

ERIC: Lo lograrás, Celeste. Lo lograrás.

CELESTE: (*Conmovida*) No creas que no lo he pensado mucho, Eric. Esto, lo nuestro. Pero hubiéramos fracasado. ¿Dónde los sueños, dónde las aspiraciones? El artista triunfa más a solas. Te extrañaré mucho.

ERIC: (*Convencido de que Celeste miente*) Dime la verdad, dime la verdad. Yo te quiero todavía...

CELESTE: Yo te quise. Ya no. (*Le tiende la mano*) Nos veremos seguido. Quiero que sigamos siendo amigos...

ERIC: (*Le estrecha la mano*) ¿Amigos?... (*Se miran por unos minutos. Celeste besa las mejillas de Eric y sube la escalera. Eric la mira alejarse. Mutis de Celeste*) Celeste llegará, sabe ser fuerte, y eso es lo que hace falta, mucha tenacidad... (*Entra Eva Lyman por el comedor y se dirige a su cuarto. Lleva un hermoso y moderno vestido de lana, elegante, un peinado juvenil y se ha maquillado. Se mira verdaderamente hermosa. No trae abrigo. Se supone que viene por él*)

#### ESCENA IV

EVA: ¿Tan temprano y triste?

ERIC: Para la tristeza no existe el tiempo. No estoy triste, además. Estoy alegre, ¡muy alegre!

EVA: ¿Algún prodigio?

ERIC: El mayor. Despertar de un sueño hermoso y no arrepentirse de haber despertado, porque se sigue soñando.

EVA: (*Se ha quedado de pie frente a la puerta de su cuarto*) Yo empiezo a soñar un sueño hermoso. Al contrario de usted he despertado de una pesadilla, para que, despierta, sueñe entonces aquello que ya no esperaba, aunque de un momento a otro se espere el otro sueño... el grande y largo sueño...

ERIC: La muerte...

EVA: Con su permiso, Eric... (*Mutis a su cuarto*)

ERIC: La muerte... un violento tirón, y ya. (*Hace mutis hacia el comedor. Baja Darío de su habitación en el preciso momento en que Eva sale de su cuarto poniéndose el abrigo*)

## ESCENA V

EVA: (*A Darío que la mira entre confuso y admirado*) ¿Le sorprende mi presencia... o simplemente yo?

DARÍO: Usted... realmente... se mira usted muy bella. Ya no es aquella mujer sencilla, sin cosméticos. Ha cambiado tanto que no parece ser usted... esta mujer.

EVA: Es como si hubiera muerto aquella a la que usted quería.

DARÍO: Algo así... Estuve enamorado de aquella Eva Lyman clara, sin coquetería, que era para mí como una fuente...

EVA: ¿Estuvo? Eso quiere decir que la locura aquella se le ha pasado ya.

DARÍO: Sigo enamorado de la Eva antigua, de la otra, de la que no se había sofisticado. La sigo llevando (*se toca el pecho*) aquí.

EVA: Donde se lleva a la tía solterona, a la madre serena, a la hermana mayor, tal vez a la abuela. ¿Ya ve que eso era yo en su corazón?

DARÍO: Yo hubiera podido conmoverla, Eva, hacerla que me quisiera, pero se me descolgaba, me caía encima su lenguaje, su manera de decir las cosas, y nunca pude decirle totalmente todo lo que hubiera podido. Antes de empezar a hablar, ya estaba usted sobre mí con su palabra, con su sensatez; hasta que me fui volviendo avaro con mis sentimientos; hasta que preferí encerrarme en mí mismo, para seguir amándola a solas, dentro de mi cuerpo. No me frustré, no, pero sí aprendí a ser menos impetuoso, menos loco. Yo sigo queriendo a la Eva Lyman de otros días. A ésta, no esperaba verla ahora.

EVA: Aquella ya casi no se deja ver. Ésta es la más asidua concurrente a este bullicio.

DARÍO: Y a los cafés, y a los restaurantes de lujo y a los mejores teatros...

EVA: Quiero decirle algo. Esos sentimientos suyos, desde un principio, sin que yo pudiese evitarlo me ayudaron a vivir un poco, a aferrarme a la vida por última vez, a dejar que a mi corazón entrase de nueva cuenta la esperanza. Yo solamente lo hubiera podido llegar a querer como al hijo que aún no he tenido, como al hijo que no tendré jamás, quizá. Lo recordaré, Darío, como una de las claras y bellas cosas de mi vida. Un día se casará... Tal vez ya tiene novia, ¿no es así?

DARÍO: Sí.

EVA: Habrá escogido bien, supongo.

DARÍO: Ella es como usted, como me imagino que fue usted cuando tuvo su edad. Con una rica vida interior. Guapa. Y admirable.

EVA: ¿La quiere mucho, Darío?

DARÍO: La quiero... (*Transición*) Yo quería pedirle, Eva, que se cuidase usted un poco más. Quizás está viviendo tan intensamente que en poco tiempo, eso que el doctor le aconsejó, ya no tendría caso. Hace todo lo

contrario a lo que el médico le dijo... Una recaída, lo sabe, puede ser fatal.

EVA: Si yo muriese, Darío, me llevaría ese mundo tantas veces deseado por mí, la frustración de no haber vivido nunca. De haber hecho por 37 años lo que me mandaban sin hacer nunca lo que yo quería hacer, haber vivido por miedo en la oscuridad de mis complejos con el terror de la palabra sexo llenándome de heridas, sin haber sabido qué era esa vida que veía pasar en torno mío, sin comprenderla. Se lo diré, Darío; he recobrado un poco la fe en la vida, ahora creo en Dios sin vacilaciones y hasta creo en el amor.

DARÍO: Y aún a costa de su muerte usted quiere vivir.

EVA: Por lo que no he vivido. Nada le debo a la vida y asimismo, quiero que ella no quede en deuda conmigo. Voy a casarme.

DARÍO: ¿A casarse?

EVA: Y por amor.

DARÍO: Pero él... ¿la merece?

EVA: ¿Y yo? No sé ni lo uno ni lo otro. Ni me importa tampoco. Siento que lo necesito y él a mí. ¿Un fracaso? No me importa. He fracasado siempre. ¿Un triunfo? Sería lo mejor que pudiera sucederme. ¿Hijos? No lo sé. Tal vez nunca... ¿Felicidad? La espero. ¿La muerte? No me asusta.

DARÍO: ¿Cómo es él?

EVA: Un hombre maduro y caballeroso. Tenaz y emprendedor... *(Se escucha un claxon)* ¡Él! ¡Es él!

DARÍO: Posiblemente cuando usted regrese no me encuentre ya. Me voy esta noche.

EVA: Estaré aquí para despedirme... *(Se escucha otra vez el claxon)* Precisamente ahora vamos él y yo al registro civil. Dentro de unos minutos perteneceré al largo conglomerado de las mujeres casadas... *(Le tiende la*



*mano) Deséeme suerte... (A Darío se le han humedecido los ojos)*

DARÍO: Ahora reconozco que siempre vi en usted, sin torceduras, a una hermana piadosa...

EVA: Sin tristezas, amor mío... *(Le besa la mejilla)* Adiós...

DARÍO: Adiós, maestra, buena suerte. *(Mutis de Eva. Darío sube lentamente la escalera mientras Eric entra del comedor leyendo el telegrama. Mutis de Darío)*

## ESCENA VI

ERIC: «Todo fue repentino. Murió con tu nombre en los labios...» *(Abogadamente)* ¡Mamá! *(En un grito)* Madre, madre mía... ¡Muerta! ¡Muerta! *(Sube precipitadamente la escalera. Se escucha luego el portazo de su cuarto)*

## ESCENA VII

*Salen de su cuarto Alda y Susana vestidas para un viaje. Trajes sastre de colores secos. El semblante de Alda denota una gran tristeza.*

ALDA: Van tú y José Ramón y compran los boletos para la corrida de media noche...

SUSANA: Quién sabe quién te irá a tocar de compañero de asiento. Porque tendrás que sentarte aparte...

ALDA: No tengas cuidado... Pero ahora no vayan. Coman primero algo.

SUSANA: No tengo hambre.

ALDA: ¡Qué noticia! Desde que José Ramón se cambió a esta casa has rebajado con seguridad la mitad de tu peso. Si ya casi salías tronada en las pruebas... Que Ramón acá, que Ramón allá, Ramoncito esto, Ramoncito lo otro, como una letanía y luego ese cursi apodo que le adjudicaste: Fusi aquello, Fusi lo

otro... Sí, Susana, está bien. Sí, Susana, tienes razón... (*Alda la reprende entre seria y festiva*) ¡Qué aburrido romance! Si esta casa tuviera balcones ya estarían los dos como Romeo y Julieta... (*Teatral*) ¡Oh, Fusi, Fusi, *This i drink to you!*

SUSANA: (*También festiva y traviesa*) Yo qué culpa tengo de estar alimentada de una savia superior que les es negada a los seres comunes como tú. Mi vida arrastra un sabor de leyenda y de cuentos de caballerías...

ALDA: Y al paso que vas te van a sacar arrastrando los sepultureros...

SUSANA: (*Bromeando*) ¡Oh!, mi vida no es de este tiempo. Yo debí ser Isolda... ¡José Ramón! ¡José Ramón! (*Se escuchan pasos arriba y aparece luego José Ramón. Sus actitudes son de una gran sumisión y ternura*)

## ESCENA VIII

JOSÉ RAMÓN: ¿Llamabas?

SUSANA: Comeremos algo, ¿no crees?

JOSÉ RAMÓN: Sí. Esperaba que me llamaras. Buenas tardes, Alda.

ALDA: Buenas tardes, ¡Tristán!

SUSANA: (*Recriminándola sonriente*) ¡Alda!

ALDA: Perdóname, Chepé. Le decía a Susana que fueran ustedes a comprar los boletos a Saltillo para la corrida de medianoche.

JOSÉ RAMÓN: Sí, Alda, ¿por qué no?

SUSANA: Fusi me ha prometido ir a visitarnos a Saltillo en Navidad. Yo le he prometido que pasaremos junto a él en Torreón la fiesta de Año Nuevo.

ALDA: (*A José Ramón*) Me parece buena idea, pero ya haremos planes, cuñado... Vamos a tomar algo... (*Mutis al comedor*)

JOSÉ RAMÓN: (*Iniciando con Susana el mutis*) Susana... estoy seguro que le vas a encantar a mi madre... (*Susana sonríe*)

SUSANA:  Qu  le parecer  si le decimos que nos casaremos el año entrante cuando termines tu carrera? (*Mutis de los dos. Celeste y Magda vistiendo faldas de lana a cuadros y holgados sweaters, bajan la escalera riendo*)

MAGDA:  Y t  qué le dijiste?

CELESTE: Le dije:  Oh!, el béisbol no me interesa ni lo entiendo. Pero dígame, dónde se puede encontrar otro lugar con mayor número de hombres por metro cuadrado que en un estadio... (*Magda ríe pero luego se toma violentamente con las manos la cabeza*)  Y a ti cómo te va con el último?

MAGDA: (*Aviv ndose*) Este es el caso más excitante que he tenido en mi vida.  Importa whisky! (*Se ríen las dos. Darío baja corriendo la escalera y al iniciar las muchachas el mutis hacia el comedor, aquél las alcanza y dándoles sendas nalgadas las abraza y entre gritos y risas hacen mutis los tres. Baja Eric la escalera*)

## ESCENA IX

ERIC: (*Muy conmovido*) «Y aun así, madre mía, yo tengo que seguir mi comedia, aunque por dentro, cada risa mía sea una espina que se me clava en el alma. Así, madre de mi vida, con mi comedia, es como voy a llorarte... (*Su voz se torna sucesivamente ronca y lacerante. Casi irreconocible*) Ya que nadie podrá creer en tu muerte, que crean el dolor de mi comedia...» (*Entra Darío con un vaso de leche y un pedazo de pastel. Eric actúa esta vez con más verdad que nunca. A Darío*) Darío, hermano,  mi madre ha muerto! (*Darío con la boca llena, suelta una carcajada. Pausa dolorosa*) « Crees tú, crees t  que la profanar  si la tocase? No. Ahora estoy

puro, completamente puro. Si ella se levantase ahora, podría caminar sobre mi alma como sobre la nieve inmaculada. Si ella reviviese, mi pensamiento, todos mis pensamientos serían por ella como las azucenas. Como las azucenas. ¡Ah!, ¿quién podría decir sobre la tierra que ama a una criatura humana como yo a ésta? No, ni siquiera tú, ni siquiera tú que la amas como yo la amo. Ningún amor es igual al mío sobre la tierra. Toda mi alma es un cielo para esta muerta».

DARÍO: Sigue, sigue, manito, qué bárbaro eres..., ¡qué atorazo!

ERIC: *(Su voz se eleva impetuosa, ardiente, como un delirio que crece o se vela con un estremecimiento de ternura suprema)* «Tú no sabes, tú no sabes lo que era su alma. Todas las bondades de la tierra, todas las bellezas, las bellezas que tú mismo aún no has soñado residían en su alma. Parecía como si cada mañana, cuando se despertaba, todos los soplos de la primavera pasasen sobre su alma y la fecundasen e hiciesen florecer. Parecía por la noche, como si todas las más dulces cosas de nuestro día vivido hubiesen quedado en su alma como en un tamiz y como si ella las amase para sí, para ofrecérmelas como se ofrece un pan; ¡ah!, así, así, durante tanto tiempo me alimentó; de ese pan me alimentaba al fin de cada día. Ella sabía cambiar la más tenue de las sonrisas en una gran felicidad. ¡Ah!, tú no sabes, tú no sabes lo que era su alma. Ningún ser podía igualarla sobre la tierra. No había una sola gota amarga en toda su sangre. La más insignificante de mis alegrías la dilataba en su alma hasta el infinito, como un círculo en el agua tranquila, dándome la ilusión de una gran felicidad.» *(Se interrumpe tiritando como un hombre enfermo cuya sangre se retuerce en un espasmo intolerable. Alda, Susana, José Ramón, Celeste, Magda y Nina han ido entrando y buscando lugar*

*para observar*). «¡Oh, hermano!, ¡oh, hermano mío en la vida y en la muerte!, unido a mí para siempre por este sacrificio. Mírala. Mírala. Es perfecta. Ahora es perfecta. Ahora puede ser adorada como una criatura divina. En el más profundo de mis sepulcros la depositaré y colocaré en torno de todos mis tesoros con su belleza inmarchitable. Para ti, para ti todo lo que resplandece, todo lo que es oro. ¡Adorada, adorada!... Si pudiéramos revivir con toda nuestra sangre tu faz pálida, por un momento, para que un solo momento abrieses los ojos, para que nos vieras, para que oyeras el grito de nuestro amor y de nuestro dolor... ¡Hermana! ¡Hermana!» *(Eric no puede continuar. Llorando sube la escalera. Todos aplauden frenéticamente)*

## ESCENA X

SUSANA: Qué maravilla. Es el intérprete ideal para D'Annunzio.

NINA: Es un buen comediante.

CELESTE: Tiene un talento indiscutible.

MAGDA: *(Oportunista)* Esto merece un trago, esto merece música. Aprovechando que puede armarse aquí una pachanguita de aúpa... *(Se acerca a Nina)* Tinaco, quiero decir, Nina, ¿verdad que pondremos música y de lo que usted tiene oculto en la despensa nos obsequiará un tantito? *(Nina pone cara molesta. Todos esperan sonriendo)* Ándale, gorda, no te hagas del rogar, yo también te quiero, sólo que soy franca como todas las de mi tierra; si te he hecho rabiar una que otra vez, es que no puedo ser de otra manera, tú sabes que el que nace para cura, del cielo le cae el cepo... Ándele, mi chula, ¿sí? *(Celeste y Darío corren al tocadiscos. Magda acaricia la barbilla de Nina)*

NINA: Sí, muchachos, pongan algo de música. (*Alegría general. Darío grita y aplaude*)

MAGDA: ¿Y del otro, del rasposo pero caliente?

NINA: Esperen, quiero hablarles, muchachos, escúchenme. (*Magda se sienta en la escalera. Todos esperan alegres*) Para todos ustedes, muchachos, esta casa ha sido como la otra; yo he querido ser para ustedes como la otra madre. Cada año los miro alejarse y cada año volver más maduros, más crecidos, más juiciosos. No han sido ustedes los primeros que han vivido en esta casa, han sido desde hace veinte años, muchos y muchos. Y siempre ha pasado lo mismo: he llegado a quererlos a todos como si fueran mis propios hijos. La Divina Providencia no me los dio, pero los tengo cada año, y los seguiré teniendo en ustedes y en los que vendrán después. Todos con los mismos problemas, todos con las mismas angustias, todos con las mismas alegrías y dolores. Al principio, cuando puse la primera pensión, creí que los estudiantes no hablarían más que de sus clases, de sus prácticas deportivas, de sus calificaciones, pero después me fui dando cuenta que tienen otras cosas más hondas, otras cosas más profundas, y que no son lo que la palabra estudiante, muchacha o chico nos proyectan, sino que también son mucho corazón. Yo quería pedirles, ahora que todos se me van, que no me olviden y que estaré aquí siempre como una madre general y colectiva esperándolos cuando vuelvan, que ojalá todos vuelvan... (*Los muchachos se han puesto tristes. Entra Miguel. Alda se pone de pie. Miguel llega hasta Nina*)

## ESCENA XI

MIGUEL: Aquí estoy yo también, Nina. (*Nina lo abraza*)

NINA: Sí, hijito, sí...

MAGDA: (*Radiante*) Tiene Nina que bailar con los muchachos. (*Se rompe la tristeza. Un «sí» general. Magda pone música y corre después a la cocina*)

NINA: No, yo no... Bailen ustedes, a ver, bailen ustedes... José Ramón y Susana... Celeste y Darío... Miguel y Alda... Pero bailen, vamos... (*Los aludidos bailan. La música es el mismo jazz nostálgico del Primer acto*) Mientras tanto voy a traerles algún refresco... (*Entra Magda con una charola y siete vasos llenos de algún licor preparado*)

MAGDA: No se moleste, no se moleste; usted vaya a ver qué nos hace de botana... algún quesito, aceitunas, galletitas... que ahora todos estos suben en cuatro pies a los autobuses... porque creo que se me fue la mano con el alcohol... (*Nina sonriente va al comedor. Magda empieza a deshacer parejas y cada quien toma su vaso*)

CELESTE: Voy por Eric. Un coctelito no le caerá para nada mal... (*Hace mutis por la escalera*)

MAGDA: Salud, porque no cicatrice nunca la herida de mamut... (*Susana y José Ramón chocan sus vasos y toman. Alda y Miguel se miran con tristeza y dicen «salud» muy despacio. Magda y Darío hacen un cruzado*)

MAGDA: Hasta el fondo, vamos, hasta el fondo, «buttons up»... (*Celeste baja la escalera. Apaga la consola. Desconcierto general*)

CELESTE: Muchachos, debemos subir a consolar a Eric. Es verdad que su madre ha muerto... (*Empiezan por parejas a subir por la escalera*) Hemos sido crueles... (*Magda se encoge de hombros. Mutis de todos, mientras se va cerrando el telón*)

*Fin del Primer cuadro del Tercer acto.*

## SEGUNDO CUADRO

*El escenario vacío. Fuera del cuarto de Eva dos maletas. Fuera del cuarto de Alda y Susana dos más. Sobre la escalera otras dos que corresponden a José Ramón y Darío. Baja Miguel con Eric que también lleva unas maletas.*

### ESCENA I

MIGUEL: Tu presencia aunque tardía puede reconfortar en mucho a tus hermanas, a tu padre.

ERIC: Nada más unos días, mano. Volveré pronto. Mi madre bien sabía que yo, que todo esto del arte, de las tablas, del aplauso, lo buscaba yo desde niño, y que ahora, ahora más que nunca, daré hasta la última gota de mi sangre por llegar a lo que ella soñaba... porque ella quería ser una gran actriz. Empezó una vez y la crítica la aclamó como una revelación. Se casó después... y yo... quise ser lo que ella perseguía. Y lo seré, Miguel, lo seré, lo juro por su memoria.

MIGUEL: Búscame cuando vuelvas. Estoy con... Antonia; ya sabes dónde... Y si tú quieres, siempre habrá lugar para ti en mi humilde casa, cuando vuelvas. Con mis hijos...

ERIC: Pronto serás un profesional. Me alegro, Miguel. Y gracias, tendré muy en cuenta tu bondad.

### ESCENA II

*Salen Alda y Susana de sus cuartos.*

ALDA: Falta una hora.

SUSANA: (*Gritando*) ¡José Ramón!

VOZ DE JOSÉ RAMÓN: (*Arriba*) ¡Ya voy, Susana!



### ESCENA III

*Sale Eva de su cuarto, vestida también como para un viaje.*

EVA: Rodolfo vendrá dentro de unos minutos por ustedes... Así nos despediremos todos. Nosotros vamos a Tehuantepec. *(Se acerca a Eric y le tiende un sobre cerrado)* Eric, créame que lo siento mucho, le ruego que me acepte este dinero... *(Eva lleva en la mano una pequeña libreta con portada de piel. Entran José Ramón y Darío muy abrigados)*

ERIC: No puedo aceptárselo.

EVA: Si no por usted, por ella, le comprará usted por todos nosotros, un ramo de rosas... *(Eric toma el sobre y se lo guarda en el saco)*

ERIC: Gracias.

EVA: *(Se quita una cadena de la que pende una hermosa medalla)* Alda... para usted, para que recuerde que una mujer por más fuerte que sea, con el tiempo, después de Dios, necesita un compañero... *(Alda toma la medalla y se le humedecen los ojos. Eva toma la libreta)* Susana... mis versos, mis versos de toda la vida, mis pobres y únicos hermanos de todos estos años, para usted... No pude justificar plenamente mi vocación... *(Susana toma la libreta con ternura. Eva va hasta Miguel. Le tiende la mano. Miguel se la estrecha)* Hay que ser como una muralla, Miguel, para las zancadillas de la vida... *(Eva aprieta el brazo de José Ramón)* Y mucho coraje para el año próximo, José Ramón... *(Mira a Darío)* Hombrecito, ahora sí que estoy orgullosa de usted... *(Se abrazan)* Hasta la ausencia, Darío... *(Suena un claxon. Todos se inquietan)* Ahí está ya, vamos... Nina estará en el comedor, llorando la pobre... *(Todos toman sus maletas. Salen Susana y José Ramón, Alda y Miguel, Eva y Darío. Mutis. Eric va saliendo despacio. Baja Celeste la escalera)*

## ESCENA IV

CELESTE: *(Que oculta tras ella un maletín)* Eric... *(Eric se detiene)*

ERIC: Creí que no querías verme...

CELESTE: Te mentí, te mentí, Eric... Todo lo que te dije son mentiras. Yo no me he vendido para conseguir el triunfo... ¿Podría acompañarte?

ERIC: ¿Vendrías? *(Celeste descubre su maletín)*

CELESTE: Voy contigo...

ERIC: ¿Y tus compromisos?

CELESTE: Renuncio. Estudiaré primero. Más todavía. No quiero ser otra improvisada con la cabeza llena de humos... Tú me ayudarás.

ERIC: Yo te ayudaré. *(Suena el claxon repetidas veces. Van saliendo muy despacio. Celeste ha tomado la maleta de Eric. Mutis de ambos. Muy lentamente baja Magda la escalera, mientras Nina entra a escena desde el comedor limpiándose los ojos con el delantal)*

## ESCENA V

NINA: Se fueron todos mis hijos...

MAGDA: ¿Pero no se llevaron el alcohol, mamá?

NINA: No, hija. Sírreme una copita... *(Magda se despabila y corre al comedor. Nina se sienta en el sofá. Regresa Magda con un galón de vino y una copita)*

MAGDA: Todos volverán el año próximo... *(Le sirve la copita a Nina y ella se empina el galón)*

NINA: ¿Y si no volvieran?

MAGDA: Volverán, ni duda cabe. Darío le dejó la guitarra en prenda. Y los demás me dejaron a mí.

NINA: ¿Te quedarás aquí, conmigo?

MAGDA: Ya que insiste... (*Acaricia el galón*) ¡Y con tantas tentaciones en casa!

NINA: Oye, pero no creas que voy a dejarte tomar, ni mucho menos permitirte otras licencias. Está bien, sé que en tu casa son más de la docena y que están muy urgidos de que te salgas de ahí, por aquello de la superpoblación. Mañana telefonaré a tu mamá, para que te permita vivir aquí... Pero me prometerás mucha decencia...

MAGDA: ¡Ay, Nina!, si hemos de ser cuatas, empezaré por hacerle una confesión. Lo mío no es más que una máscara. Una vez, nada más una vez, por aquello de ver qué se sentía, Celeste y yo le dimos una fumada a cierto cigarrillo, pero nada más. Soy una muchacha como todas, eso sí, muy moderna. Pero con una máscara griega. Porque si uno no es así, en este mundo traidor, a estas fechas ya sería una de tantas... rompetacones. Yo soy buena, bueno, buena para nada, pero muy honrada y... (*recalcando la palabra*) virgen... ¡con la crisis que hay! (*Nina ríe*) En verdad, ya es tiempo de que me ponga en juicio yo también, pero mientras tanto, salud, venerable anciana. (*Nina bebe su copita. Magda su galón*) Que lo del alcohol, por ejemplo, es también lo que me quedó de una vez que tomé para ver qué se sentía... pero ese sí me gustó... Ahora que si me lo propongo, dejo también el divino néctar y me pongo a darle duro a la barra...

NINA: ¿A la barra?

MAGDA: A la barra de danza, mal pensada... Y para que vea lo tesonera que soy, nada más espérese...

NINA: Te creo, Magda, te creo; yo te ayudaré con dinero, con cariño, con consejos, porque dicen que tienes mucho talento...

MAGDA: *(Levantando el galón)* Gracias, mi tráiler... Bueno, por los que se van, por los que se fueron, por los que vendrán, *(le sirve a Nina)* salucita...

NINA: Ya, ya...

MAGDA: Brindo como Baco...

NINA: ¿Baco?

MAGDA: Sí, un cuate...

NINA: ¿Baco? ¿Y yo?

NINA: Como vaca... ¡Salud! *(Mientras Magda se empina su galón. Nina se queda mirando su copita)*

NINA: Yo sé que volverán... como todos los años... como todos los años de mi vida...

MAGDA: *(Dejando de beber. Arrastrando festivamente la voz)*  
«Volverán las oscuras golondrinas, en tu balcón sus nidos a colgar...»

*Telón final. Fin de la comedia*

# Quechilóntzin Stranger

## Tortifarsa en un acto

Homenaje a Germán Valdez «Tin Tan» y su «Carnal» Marcelo. A Vitola, Óscar Pulido y «Tun Tun» que inspiraron la recreación de esta antigua leyenda Tolteca, y como la Princesa, la morra que mejor les cuadre de aquellos ayeres y de aquellos peliculones como el de Lilia Prado, por ejemplo, *gulp*. Y al genial humorista y escritor sonorense Francisco Luna Preciado, para la vida, loca.

### PERSONAJES

Dueña	Consejero
Enano	Dos guardias
Princesa	Quechilóntzin Stranger
Rey	

*Época: Valle de México, cuando hubo grandes lagos, en Indinnópolis.*

### ACTO ÚNICO

*Una gran estancia en el Palacio Real. Ricos camastros, pieles de exóticas fieras por alfombras; equipales. Puerta arriba centro que lleva al exterior. Ventana a la derecha, desde donde los actores contemplarán el espectáculo del tianguis, con su policromía*

*de puestos de flora y fauna. Por la ventana, la Princesa, mira expectante hacia los tendidos de verdura; se le ve febril y excitada; a la mitad de la estancia, sentada sobre un equipal está la Dueña o nodriza que pela nopales con un cuchillito de obsidiana. Junto a ella el Enano bufón, que después hará marometas, si el erario Real le paga lo que le debe.*

*Lados: los del público.*

*Música: prehispánica, pero como que muy acá.*

## ESCENA I

DUEÑA: *(Al Enano refiriéndose a la Princesa)* «La Princesa está triste».

ENANO: «¿Qué tendrá la Princesa?»

DUEÑA: «Los suspiros escapan de su boca de fresa...»

ENANO: *(Corea bromeando burlescamente)*... esa.

DUEÑA: «Que ha perdido la risa...»

ENANO: ... isa.

DUEÑA: «Que ha perdido el color...»

Enano: ... lor.

DUEÑA: ¡Ay, no mames!, ya pórtate, baboso.

ENANO: ... oso.

DUEÑA: «La Princesa no ríe...»

ENANO: «La Princesa no siente...»

DUEÑA: ... ente.

ENANO: ¡Ah!, ¡ya ves?

DUEÑA: «La Princesa persigue por el cielo de Oriente...»

ENANO: ... ente; órale, ya me las pegaste.

DUEÑA: «La libélula vaga de una vaga ilusión».

ENANO: Parlanchina, la Dueña, pela y pela nopales.

DUEÑA: *(Aludida)* Yo. «Y vestido de rojo piruetea el bufón.»

ENANO: Yo mero. Pero no tengo humor. El Rey me debe dos quincenas, dizque se hundió la lancha con la nómina.

DUEÑA: ¿Qué tendrá la Princesa, en ano?

ENANO: Tiene un montonal de horas ahí, mirando hacia los puestos de chiles.

DUEÑA: Y, ¿por qué mirará hacia los chiles anchos, en ano?

ENANO: Es que ya está en edad de merecer. Y no me estés jodiendo con en ano. Muy su ano y para lo que le sirve.

DUEÑA: Lo decía por el tuyo, en ano. Eres tan insignificante que parece que de ahí sales, en ano.

ENANO: Lo que tengo de enano...

DUEÑA: Ano. Te gané.

PRINCESA: (*Suspira quejumbrosamente*) ¡Ay!

DUEÑA: Murmulla.

ENANO: La tuya.

PRINCESA: ¡Ay!

ENANO: (*Por escucha*) Oi.

DUEÑA: ¡Uy!

PRINCESA: ¡Ay, qué picor, qué enchilor el chile en flor! (*Va a desvanecerse. La Dueña se levanta, deja los nopales sin pelar sobre el camastro próximo y corre para sostenerla. El Enano asimismo quiere ayudar. La Princesa le cae encima y lo aplasta*)

ENANO: ¡Ay!

DUEÑA: Salte de ahí, muévete, espantajo.

ENANO: Pues ayúdame, quítamela, pendeja, me sofoco.

*La Dueña mueve a la Princesa y aparece el Enano.*

DUEÑA: (*Tomando a la Princesa de las axilas; al Enano*) Tú levántale las patas.

ENANO: Las reales patas, si me hace el favor.

*El Enano la levanta de los pies, pero le mira por adentro de las faldas, al abrirle las piernas para llevar a su alteza al camastro.*

ENANO: ¡Ay!, ya vi qué tiene.

DUEÑA: ¿Qué tiene?

ENANO: (*Desilusionado*) Un chayote húmedo, allá, allá, muy allá. (*Se asoma por el hueco de la falda*) Futaa, desde que los aztecas subieron las tarifas del agua, ¡hay

cada pulque acedo entre tinieblas! Yo que pensaba que las princesas lo tenían diferente.

*Apenas pueden con la Princesa; van llevándola hasta el camastro.*

ENANO: Pesa. *(Reprime un grito)* ¡Ay!

DUEÑA: Y ¿ahora qué, en ano?

ENANO: Precisamente por ahí, un pédotl. Es que me aventé una jarra de curado de guamúchiles con la tunca Zenaida.

PRINCESA: ¡Ay!

ENANO: Chale, ¡que ya cambie de vocal!

PRINCESA: Iy.

ENANO: Oi.

DUEÑA: Uy, ey.

PRINCESA: ¡Ay, qué chilóntzin que vide!. Le brotaba, le salía, le crecía, le nacía, le surgía. *(La tiran al camastro. Da un alarido)* ¡Ayyy! *(Se incorpora rápidamente. Da la espalda al público para mirar el camastro y en la espalda tiene incrustados los nopales de la Dueña)*

DUEÑA: Liiiiiij, ¡la nopaliza!

PRINCESA: ¡Oh!. ¡Uf! ¡Ahhh! *(La Dueña desprende los nopales. El Enano trae un equipal y se sube para ayudar)* Qué castigo. Pero castigo peor es no volver a ver lo que yo vide. Quiero salsa de ese fruto que miré. Padezco, ¡ay de mí!... Era... era... así *(hace el ademán de medida con los índices de cada mano)* como el más grueso y fresco quiote de un maguey.

DUEÑA: ¡Ay, güey!

PRINCESA: Miserable de mí, que yo lo vi. *(Se desmaya sobre la cama)*

ENANO: ¿Así? *(Hace el mismo ademán)*

DUEÑA: ¿Qué podrá ser? ¿Así? *(El mismo ademán)* No entiendo petroglifos.

ENANO: No digas más, háblale al Rey su padre que parece caída en coma.

DUEÑA: Pero en su cama. Vuelo, en ano.



ENANO: Corre, en ano. (*Se rasca la cabeza y hace el ademán de nuevo*) ¿Así? Adivina adivinador, ¿qué cosa es que es así y yo no sé qué es? Pues de aquí no es. Por Xóchitl, la aguamielera, que no es de aquí. (*Sale dando marometas*)

PRINCESA: (*Quejándose*) Que no es de aquí.

Oscuro.

## ESCENA II

*En escena: el Consejero, el Rey y dos guardias a la puerta. El Rey se pasea nervioso por la estancia, la Princesa ha desaparecido, confinada en otro aposento del Palacio.*

REY: (*Al Consejero*) ¿Qué ha dicho el Gran Curandero?

CONSEJERO: Que es mal de amores, de algo que vido y antojósele, Señor.

REY: ¡Ay, qué culto!, no me hables así. ¿Qué vido y antojósele?

CONSEJERO: Un chile, Señor.

REY: ¿Un chile, dices?

CONSEJERO: Un chile, Señor.

REY: ¡Ay, chirriones! ¿Un chile? Pasilla, poblano, ancho, mulato, deárbol, chilpochtli, guajillo, jalapeño, bolita, serrano, relleno, enrajas, escabechado, cascabel, mira pa'rriba, ¿de cuál?

CONSEJERO: Chile de varón, Señor.

REY: ¿Eh? ¿Cuáles son esos? No los conozco.

CONSEJERO: Chile de miar, Señor.

REY: Por Huitzilopochtli, ¡repíte!

CONSEJERO: Verga, Señor.

REY: ¡Por Coatlicue! ¿De quién?

CONSEJERO: No ha querido confesar.

REY: (*Ordenando*) Hazla llamar y que hable.

CONSEJERO: Está dormida.

REY: Páramela enseguida, que ya me venga la paz a este atribulado corazón lacustre, anda, júlatela.

CONSEJERO: Tú que eres Rey Poeta y en el aire las compones... ¿Aquí Señor?

REY: Qué cosas dices: a ella. Y déjanos solos. Qué vergüenza. A ver con cuál chile me sale. (*Mutis del Consejero. El Rey va hasta la ventana y le grita a la muchedumbre*) Raza de tortilla con sal. Chile con chile. Pelusa. Morirán. ¡Pulqueros!

*Entra la Princesa muy desmejorada, ojerosa, debilucha.*

### ESCENA III

PRINCESA: Padre...

REY: Hija de la... real sangre que te distingue, capullo primogénito y único de mi sementera, reina próxima de Indiannópolis, ¿qué es eso que cuentan de un chile de varón, garza mía, sinzontle de la mañana, pajarillo barranqueño?

PRINCESA: ¡Ay!. ¡Ay!. No he vuelto a verlo. Lo he perdido. No será de por acá.

REY: Vamos, cuenta, soy todo chiles, digo, todo oídos para escucharte. Qué escándalo en la corte. Hay que cortar por lo sano.

PRINCESA: ¡No! ¡Que está muy sano!

REY: Habla. Abrevia calenturas.

PRINCESA: (*Relata*) Andándome yo paseando con mi dueña y mis doncellas por el tianguis, admirando las ricas y varias cosas que expenden los naturales destas fértiles regiones, productos óptimos de agua, aire y tierra...

REY: ¡Ay, no declames!

PRINCESA: Es que no sé cómo empezar.

REY: Improvisa. Ya empezaste, acaba, mi tórtola del Ajusco, amapola del camino, varita de nardo, flor sin retoño, flor silvestre, María Candelaria.

PRINCESA: Mientras ellas se entretenían devorando acociles, xumiles, chapulines y pepitas en un expendio colmado de delicias: cacahuates, habas tostadas, semillas de capulín, dulces pencas de maguey de mezcal tatemadas, perdíme entre los vendedores de chile que a grandes voces pregonaban su mercancía tan apetecida por los aborígenes destas comarcas... de pronto escuché una voz de hombre, muy de varón bien machín, como que no era de por aquí: «Mira qué chile, marchantita», dijo la voz. Me dirigí hacia donde provenía aquel: «Mira qué chile, doncella, del que te hará llorar, apréballo, marchantita, apréballo», escuché de nuevo y entonces... ¡Oh! (*Va a desvanecerse*)

REY: ¿Otra vez? Deja el desmayo para otra ocasión y apremia.

PRINCESA: ...Semioculto entre los ramos bellidos de alcataces y caléndulas, sentado en cuclillas sobre sus piernas color de rojo barro, estaba un vendedor de chiles. Lo miré al rostro, yo candorosa y era muy apuesto, no tan prieto como los indígenas destas playas, sino más bien deslavadito como un amoli, de grandes ojos oscuros, bonito pelo, y desnudo.

REY: ¿Desnudo?

PRINCESA: Sí, bichi, en pelotas, y ¡qué pelotas!

REY: ¡Niña!

PRINCESA: Dirás quedada. Ya tengo 25 años y es edad de cotorra. Además todo eso de bolas y en dónde, nos lo enseñan en el taller de sexología las expertas.

REY: Sigue, pues.

PRINCESA: Volvió a decirme: «Mira qué chile, doncella, del que te hará moquear». Entonces miré la mercancía y... lo otro.

REY: ¿Lo... otro?

PRINCESA: (*Lúbrica*) Sí, porque estorbaba, resaltaba entre los montones de serranitos. Era algo así como un camote terso y recién arrancado de la tierra, gordo, de fina punta, surcado por gruesas venas que hacían más vibrante aquel como estropajo nuevo colgando de la rama madre y que descansaba retador sobre el piso de la plaza... Me dio un piquete...

REY: ¿Cómo? ¡Por Tezcatlipoca!

PRINCESA: Digo, un palpito en el estómago y creí sucumbir. ¿Cuánto? —Inquirile—. «Dos talegas de cacao», me respondió. Y se me hizo bien barato el aguayón.

REY: Cordura.

PRINCESA: Yo sólo tenía ojos para aquel miembro excitante. Es fama muy probable que los chúntaros destos lares lo tienen pequeñito como gusano de maguey y sólo lo utilizan, mejor dicho, lo colocan para procrear. Pero aquel de aquel era para armar un Cuecuechcuicatl. ¿Y, eso qué es? —le pregunté— «¿Cuál es eso?»—me respondió. ¡Eso!, le contesté, lo que te nace entre las piernas y que brota dentre los bellos del bajo vientre. «¿Esto?» —y se lo colocó entre las manos—. ¡Qué tamaño! «Oh» —dijo sencillamente—. «Es mi mazo, mi lanza, mi macana, mi cachiporra para las guerras floridas». Y desmayeme de calores. Cuando las doncellas y la dueña, ante el alboroto que provocó mi desvanecimiento vinieron y levantáronme, ya el mancebo había desaparecido. He aquí pues, padre mío, la causa de este horrendo mal que habrá de llevarme al más allá.

REY: Se dice el Mictlantecuhtli, la agencia fúnebre.

PRINCESA: (*Poniéndose histérica y chipilona, «hace teatro»*)  
Qué voy a hacer, lo quiero, lo quiero todo para mí, mío de mí, de lo contrario, arrojareme a la laguna con una mano de metate atada al cuello *in memoriam*.

REY: No mi casita de paja, mi barca de oro, mi noche de ronda, mi paloma cucurrucú.

PRINCESA: No, si lo buscan y me lo traen.

REY: No sabemos ni cómo se llama.

PRINCESA: Tiene señas demasiado particulares.

REY: Es de la plebe, es un macehual.

PRINCESA: Ya quisiera cualquier macehual de mierda tener un cachito de lo que a éste le cuelga. Tráemelo o me ahorco.

REY: Debe ser extranjero, forastero, no de nuestra gente.

PRINCESA: Ya es tiempo de mejorar la raza.

REY: ¿Y tu compromiso con el Príncipe de Ayotla-Tlapacoyan?

PRINCESA: Deshazlo, declárale una guerra, hazlo carnitas, barbacoa, mixiotes, birria... Además, la ha de tener bien chiquita.

REY: Pero, ¡por Huitzilíhuit! Qué gula, oh, lascivia, oh, lujuria; tragona.

PRINCESA: Siempre has hecho realidad todos mis sueños, mis deseos, el más chirris de mis caprichos. No veo por qué éste no. Recuerda que me estoy pasando. Envejeceré muy pronto. Quiero llegar al trono de Indiannópolis todavía buena y tú con nietos.

REY: No es conveniente; dejar paso franco a la infiltración extranjera, sería la corrupción de nuestras tradiciones, de nuestra idiosincrasia. Sería el caos, nuestro sistema de comercio se vendría abajo con la fayuca.

PRINCESA: Adiós, entonces. Muero por él.

REY: No, espera. Déjame pensarlo un poco.

PRINCESA: (*Agravándose, agónica, finge*) Dueña, Dueña, a mí, ¡muerta soy!

*Entra la Dueña alarmada.*

DUEÑA: ¿Qué ocurre, niña?

PRINCESA: «Vivo sin vivir en mí, que muero porque no muero.» ¡Ay, Dueña!, que lo busquen, que me lo traigan; si es extranjero lo encontrarán en las ciudades perdidas de la periferia, donde se hacina el lumpen de provincias.

DUEÑA: Sí, amita, sí, mi niña. *(Corre hacia el Rey y se prende de su túnica. El Rey le da de manotazos)*

REY: ¡Zape! ¡Zape! ¡Aparta!

DUEÑA: Señor, mi Rey. Supremo Mandamás, salva del polvo y del exterminio de la muerte a la Princesa.

REY: «Sólo estamos de paso... un solo instante sobre la tierra.»

DUEÑA: Deja la poesía, busca a ese forastero. *(Se arrodilla ante el Rey)* De lo contrario, mi niña morirá sin conocer descendencia. *(Cómplice)* Hazlo o le cuento de tu idilio con el Rey Nezahualcóyotl, cochino, cuilcontli.

REY: *(Entendiendo)* Guardias, guardias, recorran toda la ciudad, casa por casa, y busquen a ese hombre desnudo, que ha de andar por ahí, dando qué desear, tentando cuerpos solitarios. *(Se aloca)* ¡Ay! Registren las barrancas, las cuevas, los jacales, donde se amontonan todos los extranjeros y busquen a ése que se distinga de los demás por... *(No se atreve. Se lo dice en secreto a uno, pero hace el consabido ademán con los índices de cada mano)* De prisa, ¡vamos! *(Los guardias salen de estampida)* Habrá que ver ese fenómeno. *(A la Dueña)* Y tú, llévate a esa pésima actriz y que la metan al temazcal, que se lo lave, ya llegan brisas de fetidez, y que venga el Consejero.

DUEÑA: Vamos, niña, vamos. *(Van saliendo. La Princesa sigue pujando)* Debes lavártelo.

PRINCESA: Que lo encuentren en el acto, «que muero porque no muero.»

*Mutis de ambas.*

#### ESCENA IV

REY: *(Cavila)* Mi idilio con Neza... Chantajista... Si ya me dejó por el Príncipe de Coatepec, que ha de mover mejor la mandíbula.

*Entra el Consejero.*

CONSEJERO: Está muy grave su Alteza.

REY: Patrañas. Y todo por un aparato genital que yo no he visto.

CONSEJERO: Qué gran poeta eres.

REY: (*Furioso*) Prepara la guerra contra los de Ayotla-Tlapacoyan. Pretexta invasión predial, contaminación de la laguna, usar como excusados las reales chinampas, haberse zampado uno de los 500 guajolotes de Palacio, violación a las leyes de Tránsito por los canales, brujería, mal de ojo, lo que sea, cualquier pretexto, como en todas las guerras, para que quede deshecho el compromiso matrimonial de mi hija con el Príncipe heredero de esos arrabales, a ver si me traen algunas viejas nuevas, las últimas cautivas de Chapingo ya están muy abocinadas, ¡ah!, y a ver si se les pega por ahí de Chalco algún piltontli cuero para mi tiempo libre, hace ya meses que no pruebo mi sangre de pichón, por culpa de esas viejas bombas. He roto con Tezcuntzingo. El rey Nezahualcóyotl ya no paraguas. Saquen la mota y que se las truenen los caballeros grifa, para que le metan ímpetu a la epopeya. Vamos, a la carga, mis valientes.

CONSEJERO: Sí, su Majestad.

REY: Y que venga el Enano. Necesito reír. (*Mutis del Consejero. El Rey cavila*) «Ser... o no ser... He ahí el dilema...»

*Entra el Enano. El Rey lo mira y suelta la carcajada. Lo señala muerto de la risa. El Enano hace pucheros.*

ENANO: Buuuu... Buuuu.

*En ese momento los cuicos entran con el extranjero al que han cubierto con una tilma larga o una capa o un gabán. El Rey se levanta de prisa; excitado.*

## ESCENA V

REY: Es él, ¿éste?

GUARDIA I: Puede ser él, éste. A juzgar por la chulada que le cuelga.

GUARDIA II: Le procuramos ese gabán. Se le veía mucho el cámotl.

GUARDIA I: Es forastero. De los venidos del norte. De los que comen carne seca a puro jalón de quijada.

GUARDIA II: Pero habla nuestro idioma, un poco golpeado, pero lo habla.

*El Rey coloca de espaldas al público al forastero para levantarle el gabán. El Enano llega a husmear.*

REY: Vamos a ver. Descubrámoste. *(El Rey le levanta el gabán)*

ENANO: *(Se desmaya)* ¡Uta madre!

REY: Virgen de medianoche. Qué portento. Qué mazacóatl, qué boa, qué anaconda, qué pitón. Pero cubre tu desnudez. Eso sí, salva a mi hija o mácala.

VOZ DE LA PRINCESA: *(En recámaras)* Aunque me deje pelo-na, aunque me cueste la vida, aunque me sienten en árnic, yo quiero, «que muero porque no muero.»

REY: *(A los guardias)* Que se bañe, vístanlo, acicálenlo, pero que no lo vean las mujeres. Y luego se lo llevan a esa quejumbrosa. Que pague con brillantes su pecado. *(Hacen mutis con él. El Rey le da una patada al Enano que se levanta)* ¡Órale!

ENANO: ¿Viste?

REY: Vide. ¡Por Zeus!

*Oscuro.*

## ESCENA VI

*Sobre el camastro, sentados el Enano y la Dueña, en actitud expectativa, muy juntos el uno a la otra.*



DUEÑA: Ya le echaron el gallo. Estaba guapísimo el extranjero. Con sus ropas blancas y perfumadas de copal, sólo que se le notaba mucho el bulto bajo el taparrabos.

ENANO: No va a decir ni pío su Alteza. ¡Crack! Como gorrion herido.

DUEÑA: Eso quiso. De antojo, la que por su gusto muere, crack, ni pío... (*Grita la Princesa*) Pero eso no fue ningún pío. Graznó. (*El Enano ha brincado sobre el regazo de la Dueña. La Dueña lo avienta. El Enano se arrima mucho a la Dueña*) Hazte pallá, ¿qué quieres? ¡Sácate!

Otro grito.

ENANO: Ahora cacareó.

DUEÑA: ¿Qué esperabas? ¿Qué estuviera muerta de risa? Y estaba vieja, pero señorita.

ENANO: Va a quedar inservible; es que tú no viste aquello. (*Levanta su pierna*) Mira, como toda mi pierna, hasta acá. (*Señala el final del muslo*) Triste un acocote pa recoger aguamiel. Oi, ya no se oyen alaridos. Se desmayó.

DUEÑA: Eso crees. Es elástico. A lo mejor ya le entró.

ENANO: (*Se pone íntimo como una pequeña plaza*) Oye, y cómo es, ¿eh? Yo nunca lo he hecho... con una mujer.

DUEÑA: ¿Qué insinúas?

ENANO: ¿Me dejas probar?

DUEÑA: (*Ahora sí lo tira al suelo*) Cállate. No saldrías del laberinto. Perdido vagarías entre sombras, pequeñín. Búscate una de tu tamaño.

ENANO: Ya me aburrieron las guajolotas.

DUEÑA: ¡Uuuu!, ni has de tener.

ENANO: A las pruebas me remito.

DUEÑA: ¡Ay, sangrón! (*lanza risitas*) ji ji ji ji, ven que te la vea.

*El Enano corre tras ella.*

ENANO: Llorarás.

DUEÑA: De risa. Ji ji ji ji.

ENANO: No huyas, cobarde. (*Mutis corriendo tras la Dueña y su ji ji ji*)

VOZ DE LA DUEÑA: Ven que te la tienta, ji ji ji ji.

*Entran el Consejero y el Rey.*

## ESCENA VII

REY: ¿Qué ocurrirá en Palacio? Todo el mundo se persigue, se tienta, se olfatea. Yo tuve que huir de esas marrañas insatisfechas. Guangas. ¡No tuve erección!

CONSEJERO: Una buena ensalada de aguacates, Señor.

REY: No. Lástima. Escucha. ¡Qué carreras por las recámaras! Parece que se andan metiendo mano, ni los cuicos están en sus puestos.

CONSEJERO: Es el himeneo.

REY: ¿El qué?

CONSEJERO: El himeneo.

REY: ¡Ay, qué meneo!

CONSEJERO: ¿Y la boda Real?

REY: Primero hay que ver cómo la dejan. Pero habrá boda. Tampoco van a burlarse de mí. Luego lo mandaré a guerrear. A ver si lo matan. Me choca.

CONSEJERO: ¿Por qué, su Majestad?

REY: Porque me gusta.

CONSEJERO: Podrían negociar. Hacer un triángulo.

REY: No. Aunque me quede con las ganas. (*Se escucha un gran alboroto proveniente del mercado. El Rey va hasta la ventana y observa*) ¿Lo ves? ¿Lo ves, Consejero? ¡La fayuca! ¡La fayuca! Los compinches de este bicholudo, los extranjeros, han levantado por todo el tianguis sus puestos de fayuca, los mismos productos como los nuestros, pero venidos de allende el Lago;

de Chiautémpan. ¡Por Quetzalcóatl! ¡Qué ignominia! Y mis inspectores de Hacienda, ¿qué hacen? Habrán cobrado mordida, qué corrupción. ¡Mira, mira a la indiada! (*El Consejero mira por la ventana*) Arrebatándose las tilmas, los sarapes, los taparrabos, los rebozos, los gabanes; venganza tlaxcalteca, hay que bajarle de inmediato los precios a lo de Chiconcuac. ¡La ruina! ¡Por Júpiter! Anda, haz traer a ése, que lo bajen del guayabo, ya estuvo suave, vamos a cerrar cuentas de una vez por todas. ¡Qué hecatombe! ¡La quiebra! Y todo por un chile foráneo, habiendo aquí unos tan cómodos, tan sutiles, ¡tan insignificantes!

CONSEJERO: ¡Por eso! (*Sale de prisa*)

REY: ¡Enano! ¡Enano!

*Entra el Enano.*

## ESCENA VIII

ENANO: En ano estaba.

REY: Baja al tianguis y confisca en mi nombre cualquiera de esas baratijas por las que se pelea el pueblo y tráeme una. ¡Que te acompañen los guardias!

ENANO: No podrá ser. Los han secuestrado las esposas de usted, Señor. No vivirán para contarlos.

REY: Que te acompañe la Dueña y quien quede vivo.

ENANO: La Dueña está muerta, Señor.

REY: ¿Cómo?

ENANO: De un ataque de risa, Señor.

REY: Pues alguien de lo que sobre por ahí.

ENANO: Vamos a ver qué sobra, Señor. (*Mutis*)

REY: ¡Qué trampa!

*Entra Quechilóntzin Stranger.*

## ESCENA IX

QUECHILÓNTZIN: Misión cumplida, Señor.

REY: ¿Podrías explicarme...?

QUECHILÓNTZIN: La Princesa está servida, ahíta, harta, repleta. (*Se toca el cuello con un dedo horizontal*) Hasta aquí. Ya no estará más triste la Princesa.

REY: Podrías explicarme...

QUECHILÓNTZIN: El pago de mis servicios será todo eso que escuchas. El libre comercio de mis tribus en todos tus mercados, en tu señorío y más allá, si se puede.

REY: Pero...

QUECHILÓNTZIN: La venta indiscriminada de nuestros productos sobre los tuyos tan chafas. Y la puerta del norte abierta a las transregionales allende del Nevado de Toluca, así como la instalación de nuestras maquiladoras de sandalias, huaraches y pantaletas a la orilla del lago.

REY: ¡Nunca! ¡Nel!

QUECHILÓNTZIN: No habrá boda, entonces, y tu hija quedará desbocinada para burla de todos.

REY: Y... ¿pero yo qué?

QUECHILÓNTZIN: Tu hija confesó que estás en la ruina por tus liviandades y tus excesos, que tu reino sólo produce basura. Deja que mi pueblo se junte con el tuyo como ya lo hemos hecho nosotros, ella y yo. Es bueno. Tú cobrarás lo que desees, derechos territoriales, impuestos, divisas, hasta que mueras y yo seré el Rey consorte de Indiannópolis. ¿Qué dices?

REY: ¡En la torre! «Yo sé bien que estoy afuera. Pero sigo siendo el Rey».

QUECHILÓNTZIN: En tu trono. Y yo, detrás del trono. Podrías viajar, tener nuevas concubinas, algún maya-tiux, guerrear por nuevas tierras, pero la economía, yo. ¿Cuándo dispones que sea la boda?

REY: *(Vencido)* Cuando te parezca. *(Se escucha la voz de la Princesa)*

PRINCESA: Extranjero, mi dueño, ven otra vez, Quechilóntzin, ya vente, aguija.

QUECHILÓNTZIN: Marcho, Señor, los deberes conyugales demandan de mi incansable tarea. Entonces, trato hecho. Nos veremos a la hora de comer. *(Mutis. Entra el Enano)*

## ESCENA X

*El Enano trae en las manos una pantaleta. Se la muestra al Rey.*

ENANO: ¡New Look, Señor!

*El Rey toma la pantaleta asombrado.*

REY: ¡Calzones! *(Lee una etiqueta de la prensa)* ¡Made in Taiwan! ¡Por Con Fut Sé! ¡Por Fu Man Chú! ¡Por Chinastán!

ENANO: ¡Y Ricatán! ¡Tan Tan!

*Ponen cara de bobos. Música. Oscuro.*

*Fin de la tortifarsa*



# Índice

- 7 Nota del compilador
- 11 Abigael Bohórquez: un dramaturgo exiliado del teatro mexicano del siglo xx

## DRAMATURGÍA REUNIDA

- 45 Ave Fénix, levántate y expira
- 88 La madrugada del centauro
- 111 La sagrada familia
- 161 Nocturno del alquilado y la tórtola
- 186 El círculo hacia Narciso
- 209 La hoguera en el pañuelo
- 262 Caín en el espejo
- 289 La estirpe
- 321 Compréndeme y verás
- 354 Nombre de perro
- 400 Tal vez nunca... o mañana
- 477 Quechilóntzin Stranger

*Dramaturgia reunida Abigail Bobórzuez*  
de Gerardo Bustamante Bermúdez  
se terminó de imprimir el 1 de noviembre de 2014  
en los talleres de SM Servicios Gráficos  
Lago Tláhuac núm. 4-12, Col. Anáhuac, C.P. 11320  
Miguel Hidalgo, D.F.  
El tiraje fue de 1000 ejemplares.



Este libro reúne doce obras teatrales del poeta y dramaturgo sonorenses Abigael Bohórquez, una de las voces más lúcidas y radicales que fue siempre consecuente con su ideología disidente y libre, de ahí que la originalidad de su producción lírica y dramática se defiende por sí misma.

La obra del vate sonorenses merece ser atendida por la crítica literaria y teatral, por los actores, directores teatrales y lectores que ahora tienen en sus manos un volumen que es un recorrido por la poesía dramática y simbólica. El nombre de Bohórquez, muy a pesar de la indiferencia que tuvo en vida, sólo puede ser comparado con lo mejor del teatro de Sergio Magaña, Elena Garro o Hugo Argüelles, dramaturgos clásicos de gran alcance. La obra de Abigael Bohórquez está del otro lado del telón oscuro de los grupúsculos literarios. Su palabra generosa queda en esta reunión de teatro a la que nos convoca y asistimos generosos.

978-607-7798-86-6



9 786077 798866